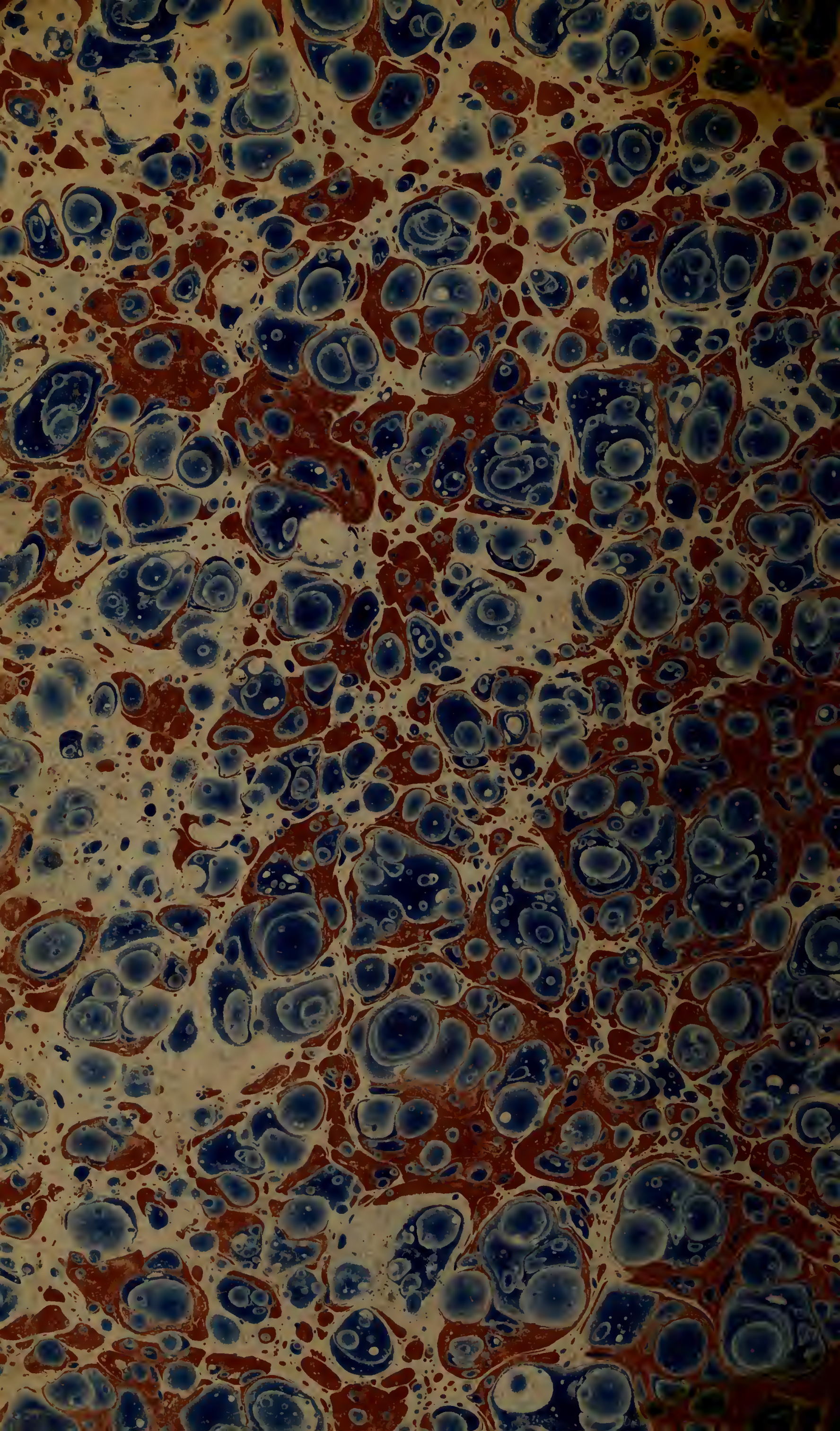
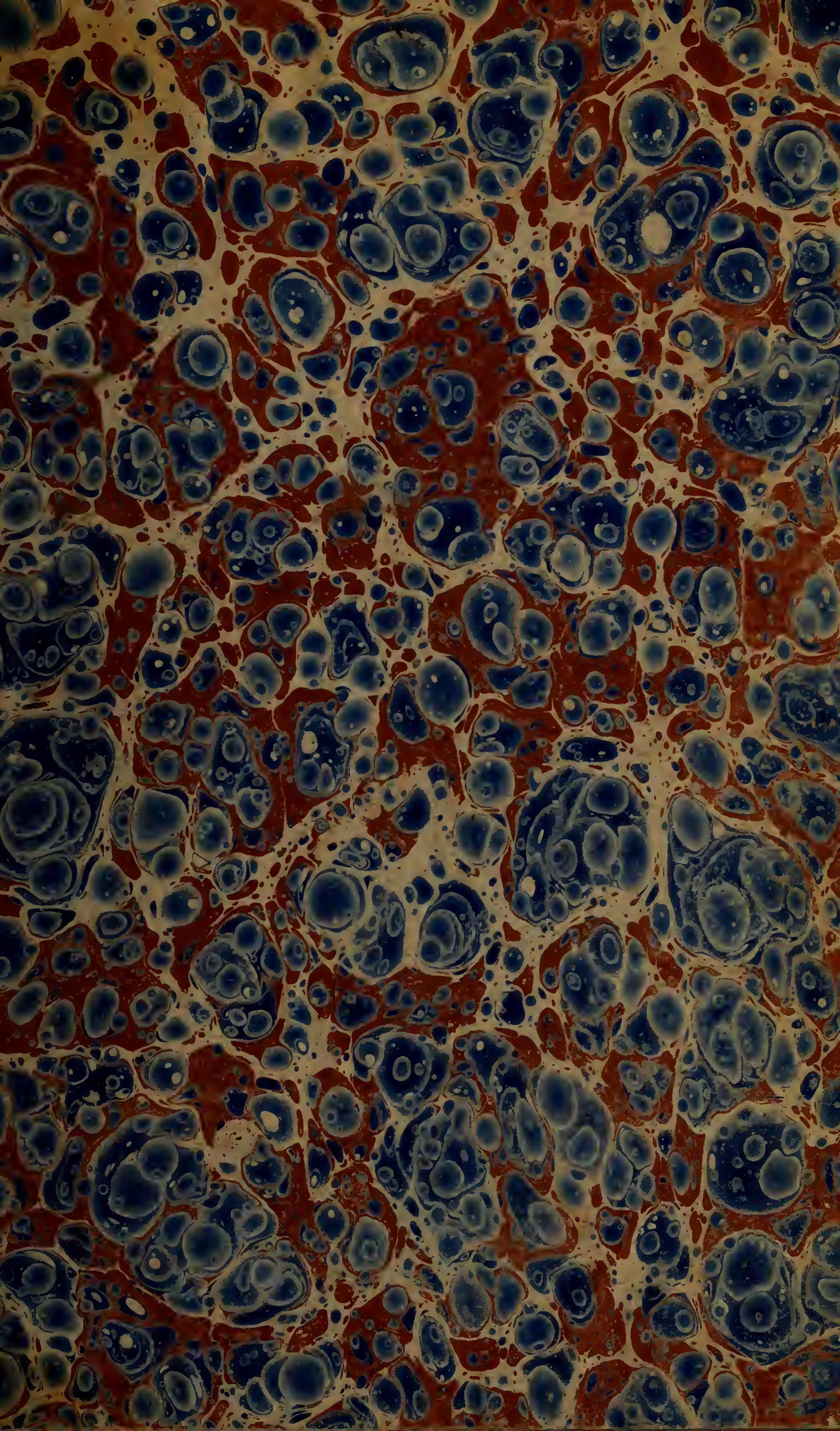






DON ENRIQUE EL DOLIENTE

ó

EL REY NIÑO.

D. ENRIQUE EL DOLIENTE

ó

EL REY NIÑO.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. Santiago Angel Saura y Mascaró

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

Librerias de Oliveras, Concepcion Gerónima, núm. 13: Baylli-Balliere, Principe.

BARCELONA.

Librerias de Manuel Sauri: Viuda Mayol: Libreria Histórica: Isidro Cerdá: Imp. Hispana de V. Castaños, Asalto. 20.

Censura de novelas.—Madrid 15 de frebrero de 1853.=Puede imprimirse.=El censor, *José Antonio Muratori.*=Es copia.

Barcelona:—Imp. Hispana de V. Castaños Conde del Asalto 20. 1853.



Fatjó g.º

ENRIQUE III DE CASTILLA

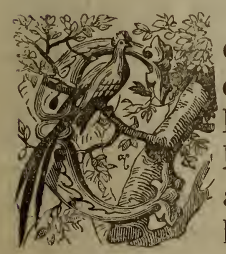
(el doliente.



INTRODUCCION.

CAPÍTULO I.

En que se refiere la muerte de D. Juan I, quien era el arzobispo D. Pedro Tenorio y lo que éste dispuso para ocultar el repentino fallecimiento de aquel.



orrian los primeros dias del mes de octubre del año de mil trescientos noventa y el rey Don Juan I de Castilla hijo de D. Enrique II el Magnánimo y de la reina Doña Juana su esposa, acababa de morir de muerte violenta en Alcalá de Henares.

Contaba entonces D. Juan apenas seis lustros y era reputado por el mas escelente jinete de su tiempo. Nadie en su córte montaba como él un brioso corcel, nadie como él lo sujetaba con solo la fuerza de su puño y sin la ayuda del bocado; nadie en fin podia comparársele por el aplomo y gracia con que iba montado

en la silla y la facilidad con que se hacia obedecer del mas indómito alazan.

Desde muy jóven se habia distinguido por su inteligencia en el manejo del caballo, y andando el tiempo habia llegado á ser un escelente jinete. Soberano de Castilla en la época mas famosa de la caballería, era el verdadero rey de los caballeros. Como aquellos famosos celtíberos de la España romana que fueron reputados como los mas hábiles jinetes del mundo, para él le era indiferente montar un caballo ensillado ó en pelo, ni tampoco le era necesario el estímulo de los ayudas ó de las espuelas para hacerse obedecer del noble bruto que escojía para entregarse á su pasion favorita. Asi montaba por el lado izquierdo que por el derecho, con estribo ó sin el, y era tan completa la confianza que tenia consigo mismo, que acostumbraba escojer los caballos mas difíciles para el salto del foso ó de la barrera. Su firme y sostenida mirada, decian sus cortesanos, fascinaba los caballos mas indómitos, inquietos ó revoltosos.

Sin embargo su maestría en el arte de la jineta, no fué bastante para salvarle en la funesta caida que puso fin á su ecsistencia. Quiso su mala estrella que pereciese víctima de su caballo, aquel caballero tan hábil y tan cumplido. De paso el rey para Andalucía, cuyas bellas comarcas y hermoso cielo habia oido tantas veces ponderar, y en cuyas templadas costas habia resuelto permanecer aquel invierno para descansar de las fatigas que le acarreára la enojosa guerra con Portugal; habia llegado D. Juan á Alcalá en ocasion que lo hicieran tambien cincuenta caballeros cristianos que procedentes de Africa venian á morar en España. Como llegase á oidos del rey que aquellos caballeros se preciaban de ser escelentes jinetes, asi para poder apreciar su destreza en el manejo del caballo, como para entregarse en presencia de caballeros inteligentes á su pasion favorita, el monarca de Castilla dispuso, so pretesto de celebrar su feliz llegada, que se diese una especie de torneo en el cual fueron aquellos invitados á tomar parte.

Los caballeros farfanes aceptaron con gran satisfaccion aquel

favor que les dispensaba el rey, y acudieron todos al circo que al efecto se levantó en las afueras de la poblacion. Ya en el campo habian dado comienzo los ejercicios, cuando al salir D. Juan por la puerta de Burgos picó su caballo por un barbecho á fin de llegar mas pronto al sitio señalado. En mal hora lo hizo, porque al llegar á la mitad de su carrera, tropezó el caballo ruano que montaba el rey, cayó y al querer levantarse con esfuerzo le quebró todo el cuerpo, dejándole ecsánime. Aquella mortal caida solo la presenciaron tres caballeros que acompañaban á D. Juan; pero la verdadera muerte de éste, solo la conoció una persona que tambien formaba parte de su comitiva é iba montado á su lado. El personaje que era dueño de aquel importante secreto se llamaba D. Pedro Tenorio, de nacion portugués, primado de las Españas, sexagésimotercio prelado en el número de los pontífices de la santa Iglesia Toledana y allegado íntimo del rey D. Juan I.

Como este personaje haya de representar un papel muy importante en el decurso de la historia que vamos á escribir, antes de pasar adelante, séanos dado hacer de él un retrato tan acabado como nos lo permitan las noticias que acerca de su oríjen, de su carácter, de su poder y persona, nos refieren las crónicas de su tiempo.

Era este prelado natural de Tavira, del conocido linaje de los Tenorios, é hijo de un caballero de pequeño estado. De ánimo audaz y carácter reservado, la gloria del poder le alhagó durante toda su vida. Era reputado por escelente doctor en teología, de grande juicio y estraordinaria perspicacia. Perplejo á veces en sus resoluciones, gustaba de rodearse de muchos varones doctos que siempre traia en su acompañamiento; porfiado y riguroso otras, cerraba los oidos á los consejos de sus amigos fiando en su benéfica estrella que cuasi nunca le abandonó. Gozando de gran privanza con los reyes, consultado en los mas árduos negocios de los reinos de Castilla, nunca, segun los historiadores de su tiempo, pidió ni alcanzó nada para sí ni para sus deudos y amigos. No obstante, su poder y renta fueron tan crecidos, atendida la grandeza de su estado, anduvo tan sobre manera parco

en el empleo de su peculio, sus necesidades propias llegaron á ser tan limitadas, su autoridad en fin alcanzó á tan alto grado, que durante los dias de su dilatada vida, tuvo la gloria de ver levantarse por su propia voluntad obras dignas de un rey, que han llegado hasta nosotros y que seria muy prolijo enumerar. Por los hechos que vamos á narrar, se verá como su estremado amor á la patria y al soberano, trocaron aquel anciano pastor de la Iglesia en esforzado y decidido caudillo, aquel ilustre consejero de los príncipes en hábil diplomático de su tiempo; como su noble propósito nunca le abandonó, como llevado por su patriotismo llegó hasta el punto de ponerse en abierta desobediencia con su soberano, como para conjurar la tempestad que la ambicion de los grandes habia acumulado sobre la España, tuvo que luchar cuasi constantemente con los mas poderosos magnates de aquella época, como vencedor y vencido alternativamente, acabó por salvar el trono de Enrique III amenazado de contínuo por los violentos choques de las pasiones palaciegas durante la minoridad de aquel rey niño.

D. Pedro Tenorio figura descollante en la historia española del siglo XIV, ha sido justamente reputado con muy escasas escepciones, como uno de los mas firmes apoyos del sólio fundado por Pelayo y engrandecido por Fernando, durante las violentas luchas intestinas que ajitaron una gran parte de la península ibérica en aquellos tiempos turbulentos. Su ambicion personal, su influencia en los negocios públicos, hasta su misma obstinacion y reserva que algunos han querido echarle como defectos de su carácter, fueron por decirlo asi, otras tantas poderosas palancas que le ayudaron á levantar el grave peso de los asuntos políticos que sobre él pesaron. Consejero prudente del soberano, durante tres reinados, dió relevantes muestras de talento y penetracion; prelado de la Iglesia, nunca abandonó las ovejas que le estaban confiadas; anciano, mostró repetidas veces que encerraba su pecho un corazon juvenil; depositario de la voluntad de su rey, fué fiel á sus juramentos, y si bien el curso de los sucesos le forzó á tomar una parte activa en las intrigas cortesanas, los

hechos demostraron mas tarde que lo hizo tal vez contra su voluntad y siempre en pro del monarca y de la patria.

Este personaje fué el único que poseyó por espacio de algunos dias el importante secreto de la muerte del rey D. Juan I despues de su funesta caida en uno de los campos inmediatos á la ciudad de Alcalá. La muerte del rey fué tan imprevista como repentina. Apenas la palidéz de la muerte se derramó en el semblante de aquel, cuando ya apeado el arzobispo de la jaca én que cabalgaba, arrojó sobre el cadáver del rey el holgado manto que pendia de sus hombros, y despues de haber hecho ademan de escuchar unas palabras, que D. Juan no podia ya pronunciar, encaminóse con la rapidéz que le permitian sus años á los tres caballeros de su séquito que se habian parado á una respetuosa distancia. Dirijiéndose al que mas cerca se hallaba, con tono resuelto, le dijo:

—Es la voluntad de D. Juan, maestre, que se ignore su caida de caballo; mas como puede haber sufrido alguna lesion su real persona, manda al propio tiempo que inmediatamente vayais en busca de sus médicos de cámara. Los hallareis indudablemeute en su posada de Alcalá, y decidles que sin pédida de momento se dirijian á este lugar. Espero que no volvereis sin haber cumplido vuestro encargo.

Luego acercándose á los otros dos caballeros de la comitiva:

—Ya conocereis, les dijo, cuanto debe pesar á un escelente jinete, y á un jinete como es D. Juan, la caida que acaba de sufrir, mas bien por torpeza del caballo que por impericia del caballero; asi es que considero ocioso encargaros el mas escrupuloso secreto acerca el hecho que acabais de presenciar. El rey se halla muy postrado y sin fuerzas para seguir adelante. Mucho me temo que haya sufrido algunas heridas mas ó menos graves; de modo, que en tanto que llegan los médicos y resuelven lo necesario para su traslacion, creo obraríamos prudentemente procurándonos sin demora una tienda que podríamos armar en este mismo lugar, evitando de esta suerte las miradas de los curiosos que pueden acertar á pasar y tambien la brisa fresca de la tarde que

ya empieza á soplar desagradablemente en este campo descubierto.

Y como los dos caballeros hicieran ademan de aprobar su resolucion, dirijiéndose al mas jóven de ellos:

—Si, añadió, vos Mendoza os encargareis de esta importante mision y confio la desempeñareis con sijilo y prontitud. Por lo que hace á vos D. Alonso, á vuestra prudencia fia D. Juan un encargo no menos importante. Debeis dirijiros sin pérdida de momento al campo donde estarán aguardando los cincuenta caballeros farfanes y la mayor parte de los caballeros de la córte para dar comienzo á las justas proyectadas. Decidles que una indisposicion repentina, si bien que muy lijera del soberano, le priva del placer de poder asistir á sus juegos; pero que no por esto dejen de justar, que el rey se lo manda. Vos podreis presidir la fiesta en su nombre y por su voluntad.

Al hablar asi el arzobispo Tenorio, llevaba el propósito de impedir que no solo aquellos caballeros, sino tambien los principales señores de la córte reunidos en el circo donde debian tener lugar las justas, abandonasen repentinamente aquel sitio y acudiesen apresurados á informarse del estado de la salud del rey, antes de que el cadáver de éste estuviese enteramente resguardado. Por otra parte, deseaba el arzobispo hallarse enteramente á solas en aquellos momentos solemnes, asi para convencerse otra vez mas de que el rey habia dejado de ecsistir, como para coordinar las ideas del oculto plan de salvacion que habia concebido repentinamente al estrechar la helada mano de su soberano. Don Pedro Tenorio, ya fuese á causa de su edad adelantada en que las resoluciones son mas lentas, ya deseoso de hallar mejor consejo en la meditacion, si bien abarcaba en su mente vastos proyectos, y su perspicacia, como queda dicho era estremada, nunca deliberaba sin haber reflecsionado buen espacio de tiempo, y las mas de las veces hasta haber oido los consejos de los varones doctos de que se rodeaba. En aquel momento sin embargo, toda demora era peligrosa, y conociendo los graves peligros que iban á surjir de repente, si de repente era conocida la muerte del rey,

haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, tomó una resolucion ante cuyas consecuencias debió temblar quizás algunos instantes despues.

Obedientes los tres caballeros á las órdenes del monarca que les habian sido comunicadas por boca de su mas íntimo allegado, partieron presurosos al cumplimiento de su cometido. Ni uno solo de ellos llegó á imajinar que obedecia los mandatos de un cadáver. Los tres ansiosos de llegar los primeros al término de su mision, hundieron á la vez sus espuelas en los hijares de sus corceles, y si bien en distintas direcciones, los tres desaparecieron al mismo tiempo.

Solo ya D. Pedro Tenorio cabe el cuerpo del rey que cubria su negro y holgado manto, alzó pausadamente uno de los estremos de éste para asegurarse de que ya no palpitaba aquel corazon tan noble, para contemplar una vez mas los restos inanimados de aquel monarca de Castilla, muerto en la flor de sus años, rodeado desde su cuna de toda la réjia pompa cortesana, y á quien la dura tierra servia en aquel momento de lecho funerario. Por dos veces la temblorosa mano del anciano levantó la helada mano del jóven monarca; por dos veces besóla con respeto, y ambas volvió á caer sin vida sobre el yerto cuerpo de D. Juan. Una lágrima de dolor rodó por las mejillas del prelado y aquel rostro antes tan inflecsible y severo, marchito por la edad y la meditacion, y en el cual nadie era capaz de leer los afectos del alma, cubrióse de una triste melancolía que bien revelaba el hondo sentimiento que aflijia su ánimo. ¿Veria ya Tenorio en aquella tan repentina como imprevista muerte, el cúmulo inmenso de males que iban á pesar sobre los reinos de Castilla y de Leon, debidos al deseo de mando de unos, á la desmesurada ambicion de otros, y á la sed de riquezas de muchos, ó bien la presencia de aquel solitario cadáver le recordaria la ecsistencia de un desamparado infante, cuyas débiles manos estaban destinadas á tener que empuñar un cetro pesado, sobre cuyas sienes debia descansar la corona de un reino donde jerminaban hacía mucho tiempo los elementos de civiles discordias?

Tales debian ser las ideas que en aquel momento preocupaban el ánimo de Tenorio, porque vuelto de repente en sí del estupor en que por largo rato pareció estar absorto al graznido agorero de una bandada de cuervos que se mecía sobre su cabeza, prorrumpió en tono resuelto:

—Descansa en paz mi rey y amigo; si prudente y fiel cumpliste mis consejos durante tu ajitada vida, fiel te seré yo tambien despues de muerto. *In mandatis tuis exercebor: et considerabo vias tuas.* Yo procuraré que nada turbe el reposo de tu tumba; yo velaré por tu hijo; yo cumpliré tus deseos. Tal vez mi ancianidad me niegue las fuerzas que he menester para sostener la lucha sin cesar renovada que voy á emprender, no uno contra uno, sino yo solo contra todos; quizás quede vencido en este combate desigual; pero mucho ha de valer mi voluntad, mucho confio en el amparo divino, mucho tu buena memoria me alentará. Una santa inspiracion ya ha iluminado mi mente y guiado mi brazo ocultando tu inerte cuerpo á los que ya roto el lazo de tu vida, habrian quizás roto el lazo del respeto que á tí les uniera: Dios hará el resto.

Don Pedro Tenorio cumplió aquella solemne promesa hecha á su rey. Nadie fué testigo de ella; pero su conciencia se la recordó hasta el último instante de su vida. Luchó con ánimo resuelto; fué vencido y vencedor alternativamente; pero acabó por alcanzar el premio debido á su lealtad y patriotismo. Su memoria vivirá eternamente en los pechos castellanos.

Cumplidos ya los deberes de amigo y fiel vasallo, llenaba el arzobispo los que la religion cristiana impone al sacerdote junto el cadáver de D. Juan, cuando á la luz del crepúsculo vió venir en la direccion en que se hallaba el campo donde debian justar los caballeros farfanes, un gran número de jinetes precedidos de trompetas y añafiles tocando marchas guerreras y marciales. Una duda cruzó en aquel instante por la mente de Tenorio; aquella duda enjendró una sospecha y aquella sospecha le hizo estremecer.—¿Si D. Alonso habrá sido infiel á su palabra, se dijo para sí; si dueño del secreto de la caida del rey lo habrá revelado á la

córte reunida en el circo y esta se apresura á regresar para ofrecer sus respetos á D. Juan? Y como su imajinacion le fingiese que el escuadron se dirijia hácia aquel campo, Tenorio á pesar de su edad avanzada abalanzóse al cadáver del rey, levantóle del suelo, dobló una rodilla, cargóle sobre un hombro y con paso tan rápido como le permitian sus muchos años y grave peso que traia encima, alejóse de aquel sitio. Tenia el arzobispo una voluntad de hierro, su querer redoblaba en caso necesario su poder, y en aquellos momentos todo su afan consistia en ocultar la muerte de D. Juan á toda otra persona que no fuese él. Al ver aquel venerable anciano de elevada estatura y semblante azorado, en aquel sitio despoblado y sin senda, en aquella hora misteriosa del dia, con su traje negro talar que flotaba á merced del viento y sobre el cual se destacaba su cabeza encanecida que de vez en cuando volvia hácia atrás como si alguien le persiguiese; al observar sus pasos acelerados, su respiracion jadeante, su incertidumbre en la direccion que debia seguir, llevando en hombros un cuerpo humano cuyo envoltorio no era bastante para ocultar sus brazos y pies que iban flotando en la rapidéz de su marcha, dijérase ser un malvado que iba á ocultar su víctima y su crímen á las miradas de los hombres, ó bien uno de esos seres sobrenaturales que crea la fantasía hijos de las tinieblas y de la noche, enemigos de los mortales, á quienes persiguen en los sitios solitarios donde diz acostumbran morar.

Hubo un momento en que rendido Tenorio por la fatiga, no pudo seguir adelante; sus rodillas se doblaron, su respiracion se hizo penosísima, las fuerzas le abandonaron enteramente; la materia acabó por desobedecer al espíritu. Entonces el arzobispo depositó otra vez en el suelo su preciosa carga y prestó atento oido, como lo hace el jabalí que acosado por el cazador y su trailla, logra introducirse en lo mas enmarañado de las selvas y en sitio inaccesible, perdido ya su rastro por sus tenaces perseguidores, detiénese un momento para cobrar aliento y proseguir su rápida fuga en sentido contrario al que llevan los ladridos de los perros y los sonidos de las trompas.

Todo era silencio y reposo á su alrededor, todo misterio; solo de vez en cuando en alas de la brisa nocturna llegaban á él unos armoniosos sonidos lejanos que acabaron por extinguirse enteramente. La cabalgata debia haber regresado ya á Alcalá, cuyos muros y elevados campanarios se dibujaban vagamente en el fondo de la llanura. Pronto la noche estendió su negro manto sobre la tierra y ya brillaban las estrellas en el firmamento, cuando D. Pedro Tenorio, repuesto algun tanto de su fatiga y del temor que hasta entonces le embargára, pensó en los medios de que debia valerse para hallar ó ser hallado de sus mensajeros, quienes debian estar ya de regreso al sitio de donde habian partido. Abandonar aunque momentáneamente el cadáver del rey á la voracidad ad de las aves de rapiña ó de los animales carniceros que podian descubrirle durante su ausencia, era peligroso; pero permanecer por mas tiempo en aquel sitio apartado donde era probable no acudiesen sus enviados, solo y sin amparo de ninguna clase, era imprudente tambien, asi es que Tenorio estuvo largo tiempo perplejo sin atinar el partido que debia tomar. El tiempo urjía sin embargo y la resolucion debia ser pronta.

Si bien la noche habia cerrado enteramente, al pálido resplandor de los astros del firmamento pudo el arzobispo orientarse del sitio en que se hallaba. Era este un campo algo quebrado en cuyo fondo corria calladamente un brazo del Henares destinado á fecundar aquella llanura. A la derecha se levantaba como una natural ondulacion del terreno, un otero coronado por algunos árboles frutales, y á la izquierda una frondosa huerta como un manto sembrado de esmeraldas, se estendia á considerable distancia. Inmediato al sitio en que se hallaba Tenorio, varias gavillas de mieses recien segadas y ordenadas en forma de pequeñas pirámides, ofrecian el aspecto de otras tantas tiendas de campaña. En el interior de una de aquellas gavillas escondió Tenorio el cadáver de D. Juan y luego dirijiéndose á la colina cercana, trepó hasta su cima para ver si descubria en la llanura algun indicio ó señal que pudiera revelarle la llegada de los caballeros.

A los pocos instantes que el arzobizpo estaba en observacion,

vió brillar á lo léjos unas luces como estrellitas que luego fueron creciendo en grandor é intensidad. Unas voces tambien lejanas que llegaban hasta él, merced al silencio que en torno suyo reinaba, no le dejaron ya dudar que aquellas luces y aquellas voces eran de sus mensajeros. Tomándolas pues por norte y atravesando con harta fatiga y á riesgo de mil peligros la distancia que de ellos le separaba, alcanzó al fin á ser visto de aquellos. Como los tres caballeros llevasen en su busca distintas direcciones, el primero que vió al arzobispo, por ser el que mas habia adelantado en el campo en su busca y en la del rey, fué Pedro Gonzalez de Mendoza, su mayordomo mayor, quien iba acompañado de dos escuderos y un paje, éste con una tea encendida y aquellos conduciendo en hombros el encargo que le habia hecho el arzobispo. Buen caballero y fiel servidor del rey D. Juan, las primeras palabras que dirijió Mendoza al arzobispo fueron en demanda del estado del rey.

—No dudeis D. Pedro, le dijo Tenorio esquivando una contestacion categórica á la pregunta de aquel caballero, que el rey ha de quedaros muy reconocido por el nuevo servicio que le habeis prestado esta tarde; repetidas veces me ha hablado de vos con singular aprecio y no dudo que os hareis mas y mas merecedor á él, si terminais como habeis comenzado el encargo que os hice en su nombre hace algunas horas.

—Mi vida es del rey, mandad y obedeceré.

—Ya os dije que lo que mas interesa á D. Juan es el secreto.....

—Conmigo morirá el secreto.

—Asi cumplireis con vuestro deber de caballero. Ahora bien, con mi ayuda D. Juan se ha trasladado á un sitio cercano donde ha hallado un momentáneo reposo. Pero en razon de una fuerte herida recibida, no es prudente que esta misma noche regrese á Alcalá. Disponed por tanto que vuestros escuderos armen inmediatamente la tienda al pié de la colina que desde aqui se descubre, que luego yo iré en busca de D. Juan.

—Pero Señor, decidme donde se halla que yo estaré en su compañia.

—Don Juan no desea compañia. Es su voluntod que la tienda se levante sin demora, dijo Tenorio con firmeza.

—Obedezco Señor.

Y el mayordomo mayor del rey D. Juan partió con su paje y escuderos al sitio donde le habia designado el arzobispo.

Cuasi en el mismo instante llegaron los otros dos mensajeros; uno de ellos D. Martin Yañez de Barbuda, maestre de la órden de Alcántara, iba acompañado de los dos primeros médicos del rey, quienes se inclinaron respetuosamente en presencia del arzobispo; el otro caballero era D. Alonso de Guzman que habia presidido la justa de aquella tarde, por indisposicion de D. Juan.

—Estoy convencido caballeros, les dijo el arzobispo procurando leer en sus semblantes la impresion que en su ánimo hacian sus palabras, que habreis llenado como cumplidos caballeros y fieles servidores del rey, el encargo que os hice en su nombre. Nadie sino vosotros y sus médicos aqui presentes deben saber.....

Al llegar á esta última palabra, si bien la voz de Tenorio era muy baja y no podia ser percibida por los escuderos de aquellos caballeros que con antorchas encendidas se mantenian á una respetuosa distancia, habló tan quedo que aquellos cuatro personajes adelantaron á la vez un paso hácia el arzobispo para poder oir lo que les decia.

—¿Vos D. Alonso, añadió el arzobispo recordando la sospecha que habia abrigado contra aquel caballero y que le habia obligado con tanta pena á trasladar el cadáver del rey en sitio mas apartado, no habreis dejado sospechar nada de cuanto habeis presenciado? ¿La justa se ha celebrado como si hubiese estado el rey presente? ¿Ninguno de los amigos de D. Juan os ha preguntado nada que pudiera hacer creer que ecsisten dudas acerca de la realidad del hecho?

—Señor, dijo el conde de Niebla con el acento de la verdad, si bien es cierto que la ausencia del soberano en una fiesta que por su voluntad y en su obsequio se hiciéra, hubo de sentirse vivamente, no lo es menos que obedientes tambien á sus mandatos cuantos caballeros estaban congregados en la liza, léjos de ima-

jinar que D. Juan pudiese ser presa de dolores mas ó menos graves, justaron con empeño, con valor y con fortuna. Por largo tiempo estuvo la suerte indecisa sobre cual de los adalides debia alcanzar el lauro: mas diestros los caballeros españoles en el manejo de las armas, llevaron ventaja sobre los caballeros farfanes; pero éstos, como escelentes jinetes, debian vencerles en la carrera, de modo que.....

—Permitidme, conde, que os interrumpa, porque debemos aprovechar un tiempo precioso. No es mi objeto saber ahora los lances de la liza. Deseaba únicamente tener una completa seguridad de que el accidente que motivó la ausencia de D. Juan, no tan solo no ha sido conocido, sino tampoco sospechado. Nunca esperé menos de vosotros como cumplidos caballeros que sois, en quienes se puede confiar secretos de la mas alta importancia.

Al pronunciar el arzobispo estas últimas palabras, dirijió una rápida y penetrante mirada á aquellas cuatro personas que en torno suyo se hallaban agrupadas, y en la oscuridad de la noche sus ojos brillaron como dos centellas. Desechando ya toda idea de sospecha y con semblante tranquilo en el que podia leerse la satisfaccion que le cabia por el buen éxito que iban alcanzando sus planes, añadió:

—Don Alonso de Guzman, vuestra mision no está todavía terminada, y la parte mas importante que falta, espera el rey que la llenareis con la atencion y sijilo que lo habeis hecho hasta aqui.

—Señor arzobispo, contestó el conde con la voz de la entereza, en mil ocasiones he espuesto mi vida en defensa de mi rey y de mi patria. Sabe bien D. Juan que cuasi siempre he estado á su lado en Portugal, y sabeis vos tambien que cuantos encargos me fueron confiados en aquella penosa campaña, sobremanera espinosos algunos de ellos, los cumplí como dictaron mi honor y mi conciencia.

—Por esto se os ha elejido á vos para desempeñar la delicada mision cuyo comienzo repito, habeis llenado debidamente. Por esto ahora debeis.....

Y como Tenorio titubeára un momento ó en la eleccion de las

palabras que iba á pronunciar, ó en la idea que deseaba comunicar al conde; éste impaciente por la tardanza esclamó:

—Decid por Dios, señor, lo que quereis de mí que vuestro silencio me impacienta.

—Oid. Ahora mismo volvereis á montar á caballo y regresareis á Alcalá, donde se sabrá ya sin duda la ausencia del rey. Tranquilizad á los caballeros que pregunten por él, diciéndoles que mañana apenas brille el sol, sabrán el lugar en donde se halla. Y cuando la hora adelantada de la noche os permita salir de la poblacion sin ser visto, conducid hasta este sitio algunos hombres de armas, y vos con ellos esperareis las órdenes que os serán comnnicadas.

Era el conde de Niebla un militar pundonoroso, amigo íntimo del rey D. Juan, de cuya estima habia gozado constantemente. Fiel á sus deberes, obedeció escrupulosamente las órdenes del arzobispo.

Solo ya éste con D. Martin Yañez de Barbuda, maestre de la órdén de Alcántara y los dos médicos, les dijo:

—Ahora nos toca desempeñar á nosotros otro deber no menos importante: seguidme.

—Señor, estamos á vuestras órdenes, dijeron los que acompañaban al arzobispo.

Y aquellos cuatro personajes alumbrados escasamente por la luz de algunas teas, se dirijieron hácia el otero que ya conoce el lector, en cuyo pié el mayordomo del rey acababa de mandar levantar una tienda bastante espaciosa. Apenas llegados á ella y reunidos con Mendoza, que les salió al encuentro, éste recibió órden del arzobispo para que enviase inmediatamente á sus escuderos en busca de víveres en una de las alquerías cercanas á fin de que ninguno de ellos presenciase la entrada del rey en la tienda. Cumplida aquella órden y á la pálida luz de una tea que ardía inmediata á la tienda, D. Pedro Tenorio despues de un momento de reflecsion, penetró en aquella á fin de cerciorarse por sí mismo de que nadie habia quedado en ella: en seguida llamó por sus nombres á los tres caballeros y á los dos médicos; sacó de deba-

jo de su túnica negra una grande cruz de oro y con voz solemne dijo:

—¿Jurais caballeros por este signo sacrosanto guardar el mas profundo secreto acerca lo que vais á ver y oir? ¿Jurais que ni por causa de muerte quedareis relevados de la promesa que ecsijo de vosotros?

—¡Juramos! esclamaron los cuatro á la vez con sorpresa.

—Si asi lo hicierais, Dios os lo premie y sino os lo demande. Luego Tenorio, añadió:

—De vuestro juramento depende sin duda la salvacion del trono de D. Juan. Conviene sobremanera que hasta pasados algunos dias todo el mundo ignore que D. Juan ha muerto.

—¡Ha muerto, esclamaron con asombro aquellas cuatro personas!

—Sí, murió; Dios haya dado paz á su alma. Vosotros Yañez y Mendoza vísteis su caida, yo recibí su postrimer aliento; vosotros que fuiéteis sus mejores amigos, podeis conocer los males que podrian sobrevenir si de repente fuese divulgada tan funesta nueva asi es que creo muy necesario tomar preventivamente algunas precauciones antes de que sea conocida la muerte de D. Juan. Urje ahora sobre todo recojer y exhumar el cadáver del rey, y este importante cometido queda confiado á vosotres, añadió Tenorio, dirijiendo la palabra á los médicos.

—¿Donde está el cadáver? dijeron éstos.

—Alli, dijo Tenorio, señalando una de las gavillas.

Algunos instantes despues la tienda quedó cerrada enteramente. Dos hogueras fueron encendidas en sus inmediaciones y algunos hombres de armas rondaron en silencio aquellos sitios durante toda la noche.





CAPÍTULO II.

De la conversacion que tuvieron tres caballeros camino de Alcalá, y como mientras éstos discurrian, obraba un anciano secsajenario junto al cadáver de un rey.

Apenas la luz del nuevo dia brilló en el horizonte, cuando corrióse lijeramente la cortina que cerraba la entrada de la tienda donde se hallaba depositado el cadáver de D. Juan, y tres caballeros ya entrados en edad y armados lijeramente salieron uno en pos de otro del interior de aquella. A corta distancia junto á unas hogueras mal apagadas, en torno las cuales habia algunos arqueros sentados, les aguardaban tres escuderos que sujetaban por el freno á tres briosos caballos. Montaron los caballeros en aquellos potros de pura raza árabe y partieron á la vez al paso en direccion á Alcalá.

En un principio los tres caballeros guardaron el mas profundo silencio; pero luego el que llevaba la derecha, rompiéndolo el primero, dijo al que iba mas inmediato á él.

—Aun no he vuelto de mi asombro, maestre, por el tristísimo suceso que acaba de tener lugar.

—Como vos, contestó D. Martin, mi pasmo fué grande, cuando oí de boca de Tenorio, que D. Juan habia muerto. Recuerdo muy bien que cuando lo ví caer del caballo, quedó en el suelo sin movimiento; mas como se apresurase en acudir en su ausilio el arzobispo y ademas las consideraciones de respeto debidas á su real persona, me forzaron á permanecer á cierta distancia sin que pudiese conocer que aquella caida habia sido mortal.

—Preciso es confesar, caballeros, dijo D. Alonso de Guzman, que el arzobispo es hombre de un talento estrordinario. En el apurado lance en que se vió, reconozco que obró muy cuerdamente; tal vez á ninguno de nosotros se nos hubiera ocurrido tan de repente la feliz idea de ocultar la muerte del rey.

—Hablad mas bajo, dijo Mendoza, porque si bien llevamos mucha ventaja á los escuderos que nos siguen, pudiera ser que el viento les llevase algunas de nuestras palabras. El juramento que hemos hecho nos prohibe que nadie sea conocedor del secreto que solo nosotros poseemos.

—Efectivamente, repuso el conde de Niebla, debemos ser muy parcos en nuestras palabras. Una imprudencia por nuestra parte podria desbaratar todos los planes del arzobispo.

—Y apropósito de estos planes, decidme D. Alonso, vos que reconoceis tanto talento en D. Pedro Tenorio, vos que habeis calificado de feliz su idea de ocultar la muerte del rey, creo que tendreis vuestros motivos para hablar asi, dijo Mendoza mirando al soslayo á su interlocutor; cuando menos habreis reconocido una intencion plausible que yo en vano he intentado adivinar. Como á vosotros se me ha ecsijido el juramento de guardar silencio, como vosotros lo he prometido solemnemente, como vosotros lo guardaré; pero ignoro si vosotros veis mas claro que yo en un asunto en el que no he hecho mas que obedecer y callar.

Encargado el mayordomo mayor del rey de levantar la tienda para el resguardo de éste, ignoraba si en su ausencia el arzobispo habia revelado á D. Alonso de Guzman y á D. Martin Yañez de Barbuda sus compañeros, el objeto de ocultar por algun tiempo la muerte del soberano. Verdad es que á los tres se les habia

revelado la muerte del rey á un mismo tiempo, que los tres habian jurado á la vez, pero Mendoza abrigaba una sospecha que alimentaba en su pecho el silencio que habia guardado durante la noche D. Pedro Tenorio y la alabanza que de éste acababa de hacer D. Alonso.

—Ignoro completamente el objeto que llevará el arzobispo en ocultar por ahora el fallecimiento de D. Juan, contestó Don Alonso, admirado de la pregunta que le acababa de hacer su compañero, y si bien es cierto que he aplaudido el comportamiento de D. Pedro Tenorio, lo he hecho mas bien por la rapidéz con que concibió y ejecutó su idea, que por el objeto que en ella pudiera tener.

No satisfizo sin duda aquella contestacion á Mendoza, porque despues de haber arqueado lijeramente las cejas y estrechado los labios un momento, acercó su caballo al que montaba el conde de Niebla y le dijo con acento amistoso.

—Comprendereis muy bien que si os hablo así es porque á los dos, lo propio que á D. Martin, aqui presente, nos tiene buena cuenta no ser instrumentos ciegos de la voluntad de un solo hombre, cuando este hombre, añadió despues de una breve pausa, no es nuestro soberano.

—Permitidme que os conteste por D. Alonso, dijo el maestre de Alcántara, y os diga, que ninguno de nosotros puede saber hasta ahora si la voluntad de Tenorio fué antes la voluntad del rey. Como ninguno de nosotros ignora, ha sido este prelado el mas fiel allegado de D. Juan durante su vida; y bien pudiera ser que éste le hubiese ordenado lo que hoy cumple por caso de fallecimiento repentino.

—Por otra parte, prosiguió D. Alonso, interrumpiendo al maestre, los tres debemos estar agradecidos de la eleccion que ha hecho el arzobispo de nuestras personas para que fuésemos depositarios de un secreto que segun él tanto interesa conservar.

—Convengo en que es muy posible, contestó Mendoza, que el arzobispo no obre por voluntad propia y sí por la del rey que pudo haberle sido comunicada durante su vida; tambien reconozco

que tenemos un deber de gratitud para con él por haber depositado en nosotros un secreto tan importante; pero ¿y si el arzobispo obrára solo por su capricho? ¿Si el asociarnos parcialmente á su pensamiento, no fuese mas que para dar una autoridad aparente á sus propósitos? ¿Si llevados esclusivamente por nuestra obediencia y fieles ejecutores de sus mandatos, acabásemos un dia por ser juguetes de su ambicion?

—¿De su ambicion decís?, esclamaron los dos caballeros á la vez, como dominados por una idea repentina.

En sus semblantes leyó el mayordomo su buena fé, y esto le dió ánimo para revelar su pensamiento.

—Sí, de su ambicion, repitió Mendoza. ¿Si D. Pedro Tenorio, cuya mirada penetrante, cuyo talento que ninguno de vosotros le negais, hubiese visto en la minoridad de Enrique una época propicia para ensanchar su harto crecido poder, para empuñar un cetro, colocando en las sienes del niño una corona; si para lograr su objeto se valiera ahora de nosotros, para olvidarnos ó relegarnos despues, á nosotros que hemos sido los mejores amigos de D. Juan, de cuya amistad y favor hemos gozado durante su vida, no es verdad que debiéramos arrepentirnos muy de veras por nuestra ciega obediencia? Nuestro honor como caballeros, D. Alonso, nos impone el deber de cumplir nuestras promesas; pero nuestro amor al soberano, D. Martin, debe aconsejarnos que cumplida la mision que llevamos, interroguemos al arzobispo acerca de lo que se propone alcanzar con ese secreto que tanto le interesa guardar.

Las palabras de Mendoza causaron honda impresion en el ánimo de sus compañeros. Fieles servidores de su rey, no habian abrigado hasta entonces la menor sospecha acerca el singular comportamiento de D. Pedro Tenorio, á quien ya por su carácter sacerdotal, sus venerables canas y su íntima amistad con D. Juan, habian obedecido ciegamente, como lo hicieran con el mismo rey; pero ya encendida en su pecho la llama de la desconfianza, alimentada en cierto modo por su propia ambicion personal, las suposiciones de su compañero no les parecieron tan desacertadas;

de modo, que asi como en el principio de la conversacion que vamos refiriendo, admiró á ambos caballeros la especie de desconfianza que encerraban las palabras de su compañero, ya las consideraron entonces muy oportunas, adecuadas y dignas de meditarse.

—Sería mucha ingratitud por parte de Tenorio, dijo el conde de Niebla, despues de algunos momentos de reflecsion, si despues de haberle ayudado para llevar á cabo sus planes, sean los que fueren, prescindiera de nosotros para reportar todas las ventajas que estos pudiesen darle. No cabe duda que Tenorio tiene una alma ambiciosa, los hechos de su vida que todos conocemos asi lo demuestran; pero tambien es preciso confesar que son desconocidos para él la traicion y el engaño. Por mí se decir que siempre se ha portado conmigo como un cumplido caballero, y si bien su reserva y aislamiento y lo que es mas su ánimo audaz, han hecho llover sobre él los tiros de la maledicencia, no lo es menos que puede gloriarse de no haber cometido, al menos que se sepa, ninguna accion infame. Será riguroso y porfiado si se quiere, pero es amigo de la justicia; no es franco ni liberal, sin embargo, es buen cristiano y cuidadoso de sus ovejas; le alhaga la privanza y el poder, pero su recto juicio y sano procèder, hacen que encamine á buen uso ambas cosas. ¿Cómo es posible pues, que este prelado eminente haya abrigado contra nosotros ideas malévolas? ¿Su ambicion de mando le habria hecho desviar acaso de la noble senda hasta hoy seguida?...

—Es que hasta hoy, no se habia ofrecido á Tenorio una ocasion mas oportuna para dar libre suelta á su pasion que vos mismo le reconoceis, dijo Mendoza.

—En efecto.

—Es que hasta hoy su ambicion habia tenido un poderoso contrapeso en la persona de D. Juan, y ahora solo tiene á su lado un niño.

—Es verdad.

—Y este niño que vá á ser educado segun sus preceptos, alimentado con sus mácsimas, y obediente á sus menores mandatos,

le dará la fuerza necesaria para obrar segun sea la voluntad del prelado, y esta voluntad, repito, que hasta ahora no es de nadie conocida, solo el tiempo nos la revelará.

—Sin embargo, observó D. Martin, supuesto que no ecsistiera la del rey difunto respecto á la tutoría de Enrique, no es de creer que D. Pedro Tenorio fuese el único que asumiera este importante cargo.

—No lo dudeis, Mendoza, no corresponde esclusivamente al arzobispo en la hipótesis muy oportunamente sentada por nuestro amigo el maestre, el dar órden en las cosas de la gobernacion del reino, y no correspondiendo solamente á su persona, aunque abrigase las intenciones que hemos debido suponerle con motivo ó sin él, no debemos temer tampoco sus consecuencias.

—Decis bien, D. Alonso, repuso Mendoza, pero esto en el caso de que el rey no hubiese escrito su testamento y nombrado en él los tutores del jóven Enrique; pero ¿y si D. Juan hubiese elejido su persona para este cargo? ¿Si nombrado rejente para durante la minoridad de aquel, temiéra escitar los celos de los grandes del reino y de la misma reina Doña Beatriz y se escudára con nosotros y comprometiera nuestros nombres y nuestras personas antes de ser conocida aquella eleccion? ¿Quién sabe si esta reserva que quiere guardar por ahora sobre la muerte del rey, no es mas que por el temor que le inspira mostrarse de repente como el mas grande entre los grandes del reino, como el soberano despues del soberano? Como quiera, considero que nuestra posicion es muy equívoca, y opino que debemos salir de ella cuanto antes y á toda costa.

—Pues bien, dijo D. Alonso, ya que entre nosotros ecsiste una ilimitada confianza, ya que nuestros intereses son comunes, comunes tambien sean los medios de que debemos valernos para conjurar en caso de peligro las asechanzas que pudieran tendersénos.

—El peligro no ecsiste, dijo D. Martin.

—Puede ecsistir sin conocerse, replicó Mendoza.

—No aventuremos suposiciones. Las apariencias son muchas veces engañosas, dijo el maestre.

—Pero es de prudentes prepararse en tiempo de paz para la guerra, observó el mayordomo del difunto rey.

—Sea, repuso D. Alonso; pero que nuestra prevision no peque en imprudencia. Si el peligro ecsiste, es remoto, ó mejor como ha observado D. Martin, no ecsiste todavía. Estando los tres sobre el aviso, mútuamente debemos comunicarnos los descubrimientos que hagamos, porque no ha de llegar á tanto la reserva de Tenorio que no nos deje ver, ó cuando menos adivinar sus proyectos. Esta situacion es violenta y no puede durar; pronto los hechos ulteriores aclararán el misterio que rodea la muerte de D. Juan.

—Opino como el conde, dijo el maestre.

Mendoza permaneció silencioso.

En esto los tres caballeros llegaron á la puerta de Alcalá llamada de Burgos, cuando el astro del dia empezaba á dorar con sus primeros rayos los elevados techos de pizarras de sus tortuosas calles y las ennegrecidas torres de sus altos campanarios. La mayor parte de los leales habitantes de aquella noble ciudad que durante la víspera habia tenido la honra de hospedar á su soberano, gozaban todavía del reposo; solo de vez en cuando algun vecino madrugador atravesaba las calles fijando la vista en los caballeros ó bien las pisadas de los caballos de estos, turbando el silencio que reinaba en aquellas, escitaba la curiosidad de alguna mujer que se asomaba al portal ó á la ventana de una casa.

Preocupados los tres caballeros por el estraordinario suceso que durante la tarde y noche anterior habia absorvido toda su atencion, y ocupados además durante el corto trecho que mediaba desde la tienda donde se hallaba depositado el cadáver de Don Juan hasta la ciudad de Alcalá, en discurrir acerca los ocultos planes del arzobispo, no ha tenido ocasion el lector de saber el motivo que á los tres conducia á la ciudad. Tampoco podria saberlo si por mas tiempo los siguiera, porque al llegar á una pla-

zuela no muy distante del sitio en que los hemos dejado, separarónse los tres y tomaron por tres diferentes calles que desembocaban en aquel punto. Sin embargo, si su curiosidad está escitada hasta el punto de querer saber á toda costa el objeto que llevaban los caballeros de vuelta á Alcalá, porqué se separaron y en qué se ocupaba entretanto D. Pedro Tenorio, vuelva con nosotros á la tienda que ya conoce, que no le habrá de faltar ocasion para satisfacer sus deseos.

Apenas los tres caballeros se hubieron despedido del arzobispo y quedando solo éste con los médicos, les dijo:

—Afanosa noche hemos pasado, señores, pero creo que nuestros desvelos quedarán debidamente compensados. Habeis cumplido fielmente mis disposiciones, y no dudeis que el jóven vástago que está destinado á ocupar el sólio que acaba de quedar vacante por la muerte de D. Juan, ha de quedaros reconocido.

—Su Ilustrísima hallará siempre en nosotros unos fieles servidores.

—No ecsijo de vosotros mas que el secreto.

—Ciertamente que faltaremos á la verdad, si se nos interroga acerca el estado de D. Juan, pero faltaremos gustosos á ella, si es en provecho del rey de quien somos obedientes vasallos, dijo uno de los médicos.

—Ecsijo todavía mas de vosotros, añadió Tenorio siempre desconfiado y receloso, ecsijo de vosotros que inicieis en el secreto á los médicos que he mandado á buscar; van á venir y vosotros me respondeis con vuestro honor y vuestras vidas que no se traslucirá la verdad de la muerte de D. Juan.

—Sereis obedecido.

—Los caballeros que acaban de salir llevan diferentes encargos y uno de ellos es que hagan venir inmediatamente á tres de los principales médicos de Alcalá para que declaren con vosotros, que si bien D. Juan ha sufrido una cruel herida á consecuencia de una caida de caballo, no hay que temer por ahora por su vida. Entendedlo bien: en pos de los médicos vendrán los principales caballeros de la córte que sigue al rey, y todos deben quedar con-

vencidos por vuestras palabras de que D. Juan no está en peligro.

—Vuestra voluntad será cumplida.

—Ahora podeis salir al encuentro de vuestros cólegas y decid á los guardias de la tienda que solo dejen entrar en ella á mis familiares.

Estos no se hicieron esperar. Advertidos por los caballeros que habian ido á Alcalá, llegaron provistos de cuanto era necesario para resguardar debidamente en el interior de la tienda el cadáver del rey. Al atravesar el umbral de aquella, ecsijió de ellos el arzobispo el mas completo silencio. Ya debidamente ordenado todo lo que juzgó conveniente á su objeto, dijo al que le hacia de secretario:

—Escribid en mi nombre á la reina Doña Beatriz que inmediatamente se ponga en camino para Alcalá, que la vida del rey está amenazada por un accidente tan grave como repentino, y encargadle que no divulgue esta triste nueva por no dispertar ambiciones. Decidle que cuente con mi escaso apoyo, y que yo me hallo al lado del rey para velar por él. No olvideis esta circunstancia que tranquilizará á la reina. Luego os daré la lista de los prelados y caballeros á quienes debeis escribir igualmente. A estos participareis tambien la muerte de D. Juan encomendándoles por ahora el secreto y diciéndoles si puedo contar con su apoyo para luchar en caso necesario contra las ambiciones que pueden surgir. Decidles á D. Lorenzo Suarez de Figueroa, maestre de Santiago y á D. Gonzalo Nuñez de Guzman, maestre de Calatrava, que el rey ha muerto sin haber hecho testamento que sea por mí conocido, y que esto puede motivar algunas pretensiones que tal vez dejeneren en ódios y parcialidades; que esploren la voluntad de sus amigos en las hipótesis de que el rey falleciese; que me la comuniquen con sijilo, y que fio en ellos para el porvenir. No escribais á D. Fadrique duque de Benavente, que yo quiero hacerlo de puño propio.

De este modo D. Pedro Tenorio junto al cadáver del rey empezó á poner en obra sus nobles propósitos de evitar al reino de Castilla dias de luto y discordias civiles. Esplorando la voluntad

de sus amigos, alhagándoles con su confianza, invitándoles á tomar parte en la salvacion del trono que uno de esos presentimientos que raras veces engañan, le decia estar amenazado, creia apartar la tormenta que oia rujir á lo léjos. Pronto veremos como no pudo evitar que estallase y como luchó á brazo partido con mil encontrados elementos que contra sus sanos deseos se desencadenaron violentamente.

Una mirada en la que iban mezclados el respeto y el amor, fué dirijida por el anciano arzobispo al ataud que encerraba los restos mortales de D. Juan, cuando hubo terminado de dar las instrucciones á su secretario.—Rey mio, díjose para sí, ¿triunfará el anciano?

Y el venerable prelado pareció guardar un profundo silencio, como si una voz amiga debiese contestar á la voz de su conciencia satisfecha.

Fué el acento conocido de uno de los médicos que le sacó de la meditacion en que parecia estar absorto.

—Señor, le dijo aquel adelantando un paso é inclinándose respetuosamente en su presencia; vuestras órdenes quedan cumplidas; mis compañeros aceptan sin repugnancia vuestro encargo y han prometido solemnemente guardar silencio hasta que su Ilustrísima lo contrario disponga.

¿Les habeis dicho que es preciso que hagan una declaracion formal y esplícita de que el rey D. Juan, si bien se halla en el lecho del dolor, su vida no corre peligro? ¿Qué la ciencia aconseja que nadie le hable?....

—Se lo he dicho, Señor.

—¿Y están en hacerlo fielmente?

—Lo han jurado. Aqui está la declaracion que acabamos de suscribir.

Don Pedro Tenorio fiaba mucho en la declaracion de los médicos, porque temia que alguno habia de sospechar de sus palabras. Leyóla atentamente y se dió por satisfecho.

—Ese ruido de armas y pisadas de caballos, me anuncian que los caballeros del séquito del rey acaban de llegar, prosiguió el

arzobispo, y levantando la cortina que ocultaba el féretro del rey en el interior de la tienda:

—Perdona, D. Juan si falto á la verdad y fuerzo á mentir á tus servidores, dijo con voz solemne; el cielo es testigo, añadió señalando el firmamento, que si asi lo hago, es por el bien de tus hijos.

Un momento despues uno de los médicos publicaba en alta voz delante de un gran número de caballeros que escuchaban silenciosamente, como la enfermedad de D. Juan no ofrecia peligro. A todos aquellos señores satisfizo aquella nueva, todos se apresuraron á rodear al arzobispo agradeciéndole el cuidado que se tomaba por D. Juan. Solo tres caballeros permanecieron silenciosos en su puesto; éstos eran Mendoza, D. Alonso de Guzman y D. Martin Yañez de Barbuda, en cuyos rostros no podia leerse la satisfaccion que brillaba en los demas semblantes. Nadie sin embargo se apercibió de ello.

Nuevas tiendas se alzaron á poco en las inmediaciones de la tienda del rey, y antes de que el astro del dia llegase á la mitad de su carrera, tres mensajeros partian de aquellos lugares: el conde de Niebla llevaba un pliego que debia entregar en manos de doña Beatriz: D. Martin Yañez de Barbuda iba á conferenciar con los maestres de Santiago y Calatrava, y el mayordomo mayor del rey era portador de una carta escrita por el arzobispo de Toledo á D. Fadrique duque de Benavente.

Otros mensajeros partieron de aquellas tiendas para varias ciudades y villas de los reinos durante aquel dia.

Al caer de la tarde las campanas de Alcalá anunciaban que iban á dar comienzo las preces de la iglesia para que el Todopoderoso restituyéra la salud á D. Juan I.



Enrique III.–lám. 1.ª



CAPÍTULO III.

Como de una conversacion tenida cuasi á oscuras se desprende una gran claridad, y como de una mirada inocente pueden originarse funestas sospechas.

ALGUNOS diás despues de los acontecimientos que acabamos de referir someramente, hallábase en uno de los aposentos mas retirados del palacio arzobispal de Alcalá, una mujer jóven aun y dotada de singular belleza, cuyo semblante aflijido revelaba el hondo pesar que la aquejaba. Sentada en un gótico sillon, descansaban sus piés sobre un cojin de terciopelo negro de cuyo color eran tambien sus holgados vestidos. Estaba apoyada su cabeza sobre la palma de su mano izquierda y el codo en el brazo del sillon, al propio tiempo que su mano derecha tenia abierto un libro cuidadosamente manuscrito en letras de colores, en cuya primera pájina se podian leer las siguientes palabras: *Speculum nostræ salutis.*

Todo respiraba tristeza en aquel aposento, el cual si bien tenia poca elevacion, era sumamente largo y dilatado. El techo formado de maderos anchos y gruesos, cuyos espacios intermedios ocu-

paban unas tablas mal pulidas que las humedades y el tiempo habian esquebrajado, tenia un color negruzco que la hora del dia y la escasa luz que entraba en la habitacion, hacian mas oscuro todavía. Habria contribuido tal vez á dar aquel tinte sombrío á la pieza cuyas paredes participaban del color del techo, una vasta chimenea groseramente construida que se veia en el fondo de ella, y que en aquel momento estaba apagada á pesar de la temperatura fria que reinaba. Una sola ventana cuadrilonga junto á cuyo alfeizar estaba sentada aquella jóven, dejaba entrar la moribunda luz del dia amortiguada aun por los empañados cristales de aquella. Sin embargo, reinaba todavia la suficiente claridad para distinguir la imájen del crucificado que pendia de un grueso cordon atado á un robusto clavo, y que aparte dos sillas de brazos y un banco con asiento de baqueta, eran los únicos objetos que habia en aquel triste aposento. En cada uno de sus estremos se abrian dos grandes puertas que servian de comunicacion con otras piezas interiores. Ambas se hallaban cerradas aparentemente.

El mas profundo silencio reinaba á su alrededor. De vez en cuando aquella jóven volvia la cabeza en direccion á una de las grandes puertas que habia en el aposento, como si aguardase á alguna persona que estuviese pronta á llegar; sin embargo, ni el mas lijero rumor podia hacer sospechar que alguien se dirijiese á aquel sitio.

Hora es ya que digamos quien era aquella mujer, porqué se hallaba allí, y á quién aguardaba.

Aquella jóven era la reina Doña Beatriz, esposa del difunto Don Juan I, que con el aviso del arzobispo de Toledo vino á Alcalá desde Madrid en compañia de D. Juan Serrano, obispo de Sigüenza, prior que habia sido del monasterio de Ntra. Señora de Guadalupe y canciller del sello secreto del rey D. Juan. Este prelado en quien la reina depositaba toda su confianza, estaba conferenciando á la sazon con D. Pedro Tenorio de asuntos del mas alto interés para la reina viuda, y como aquella conferencia se prolongaba mucho mas de lo que Doña Beatriz se

esperaba, su impaciencia por saber el resultado crecia cada vez mas y mas.

La posicion de aquella mujer no podia ser mas triste. El hado adverso que desde su niñez habia pesado sobre ella, la habia hecho recelosa y tímida; mártir de su destino, sufria sin embargo con resignacion los rudos golpes de la suerte, y si su corazon veíase atormentado sin cesar, no era por faltas cometidas á su dignidad de reina y á sus deberes de esposa, sino por esas tempestades interiores que por ser ocultas, no causan menos estragos y desencadenan en los pechos mas nobles, la ingratitud, la perfidía y el engaño; esas pasiones bastardas que hallan cabida muchas veces en los séres que nos rodean y que dispiertan en las almas puras los mas funestos presentimientos. Hija única de Fernando I de Portugal y de Leonor Tellez, fué juguete de la ambicion y de la debilidad de su padre. Dada por éste sucesivamente en matrimonio, primero á un niño de seis años hijo de Edmundo, conde de Cambridge, luego al hijo mayor de Don Juan I de Castilla, y mas tarde á su hermano D. Fernando, y anulados uno despues de otro todos aquellos matrimonios, sin consultar ni su voluntad, ni su amor, ni sus afecciones personales; la obediente jóven sumisa á la voluntad paternal, acabó por dar formalmente la mano de esposa al rey de Castilla. Aquel sacrificio de su propia voluntad, le costó mas tarde el trono de su padre, cuya corona usurpó su tio á pesar de los lejítimos derechos de doña Beatriz, y además le costó su independencia y una perpétua viudedad. Muerto D. Juan y quedando doña Beatriz sin hijos del rey su marido, desconocida la voluntad de éste, rodeada de ambiciosos señores y sin mas apoyo que el prior Don Juan Serrano ya mentado, única persona que permaneció fiel á su lado apenas fué sabida la muerte del rey, con justo motivo debia estar impaciente por saber lo que seria de ella; con razon debia temer por el porvenir, aquella mujer á quien un cadáver acababa de hacer bajar de un trono, á quien otro cadáver la habia impedido sentarse en otro. Algunos dias antes aquella jóven veíase rodeada de todas las galas de la córte, cercada

de mil cortesanos que procuraban adivinar sus menores deseos para satisfacerlos al instante; y en aquellos momentos hallábase aisladada en un frio aposento, cuasi á oscuras y esperando con ánsia una palabra de consuelo. Algunos dias antes mil frases lisonjeras sonaban en sus oidos, hijas al parecer del agradecimiento, del amor y del respeto; ahora solo reinaban en torno de ella el silencio del olvido, el abandono, la ingratitud. ¡Triste ejemplo por cierto en el que deben aprender los que la fortuna ensalza, los que la fortuna puede derribar!

Esperaba la reina viuda y oraba. Confiaba en Dios único amparo del afligido, espejo de nuestra salud. Habia sido tan desgraciada, habia sufrido tantos desengaños, que habian llegado á secarse en su pecho las fuentes de la esperanza en los hombres.

Un rumor de pasos lejanos hizo levantar á Beatriz de su asiento, y á pesar de la oscuridad que reinaba en el aposento, dió algunos pasos en direccion á la puerta tras la cual aquellos sonaban. Una vivísima luz vino á herir el semblante de la jóven viuda; pero como aquella luz era debida á una linterna, no alumbraba al mismo tiempo á la persona que la llevaba. Creyó Beatriz sin embargo, que era el obispo D. Juan el que llegaba, asi es, que dirijiéndose apresuradamente hácia él, le dijo:

—Y bien monseñor! ¿Se muestra esta vez el destino favorable?

—Silencio, dijo una voz desconocida á la reina, no soy yo quien tal vez imagináis; pero hablad quedo, porque las paredes tienen oidos.....

Un rayo que hubiese estallado en aquel momento á los piés de Beatriz, no la hubiese causado tan honda sensacion como las palabras del desconocido. La reina viuda esperaba á D. Juan; su tardanza empezaba ya á impacientarla, y cuando creía ver colmados al fin sus deseos con la presencia de aquel prelado, hé aquí que una persona desconocida mata sus esperanzas y despierta otra vez en su pecho la desconfianza, ese gusano roedor de las personas que han sido víctimas del engaño ó de la desgracia.

Llamada la viuda de D. Juan desde Madrid donde se hallaba á la sazon, por el arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio, habia pasado á Alcalá de Henares en compañía del obispo citado, su mejor amigo y de algunos caballeros. Llegada á esta ciudad y despues de cumplidos sus deberes de esposa, y de esposa cristiana junto al cadáver del rey, creyó Beatriz que el arzobispo la haria partícipe de la última voluntad de aquel; pero léjos de suceder asi, D. Pedro Tenorio guardó con ella la mas completa reserva, y ya algunos dias se habian pasado y el arzobispo se disponia á trasladar el cadáver del rey donde reposaban los restos de D. Enrique su padre, cuando oido el consejo del obispo de Sigüenza, resolvió Beatriz interrogar al mas íntimo allegado de su régio esposo acerca su porvenir. El obispo con dificultad habia podido alcanzar una entrevista de Tenorio, y la reina esperaba con ansiedad el resultado de ella en el aposento que ya conoce el lector, y que solo sabia se hallaba en él D. Juan Serrano. Júzguese por consiguiente cual sería su sorpresa cuando vió entrar una persona desconocida que no contestaba á su pregunta. Sola y aislada en una habitacion apartada del palacio episcopal, toda voz de ausilio hubiese sido perdida; salir á los corredores inmediatos que apenas conocia, le era imposible, por cuanto el desconocido se hallaba parado en el umbral de la puerta y tal vez no la hubiera permitido fugarse. Creciendo sin embargo el sobresalto de Beatriz, con el silencio que aquel guardaba, y deseando salir de aquel estado á toda costa, recordó que en el estremo de la sala en que se hallaba, habia otra puerta que quizás la procuraria una fácil salida á los claustros del palacio, asi es, que volviendo apresuradamente la espalda al desconocido, dió algunos rápidos pasos hácia aquel sitio. Pero apenas fué notada su accion por la persona que tanto temor la infundia, rompiendo ésta el silencio, dijóla con voz varonil:

—¿Por qué me huis Beatriz?

Aquel acento, aunque fuese completamente desconocido á la jóven reina, no era un acento temible. Habia en aquellas pocas palabras un aire de proteccion; habian sido pronunciadas con

cierto tono de amistad, encerraban en fin tan dulce reconvencion, que Beatriz no pudo menos de tranquilizarse por el momento, y detuvóse en su fuga para prestar atento oido á ellas. Transcurrieron no obstante algunos momentos y el desconocido parecia habia vuelto á encerrarse en su silencio. Entonces fué la reina la que lo rompió, diciendo:

—¿Por qué os huyo? me preguntais, ¿Y quién sois vos que asi me hablais?

—Soy vuestro amigo.

—¡Mi amigo, decis! No veo vuestro semblante, ni reconozco vuestra voz.

—Ni mi semblante ni mi voz os son conocidos.

—¿Pero me lo será vuestra amistad?

—Tambien lo dudo.

—¿Entonces qué garantías tengo para daros crédito?

—¡Mi palabra!

—La palabra de un desconocido....

—Os he dicho que soy vuestro amigo; ahora os añadiré que soy un caballero.

—Decidme vuestro nombre.

—Permitidme que por ahora me lo calle.

—¿En fin, que quereis de mí?

—Daros una muestra de la amistad que he dicho que os profeso.

—Hablad.

Y como el desconocido diése algunos pasos en la direccion en que se hallaba la reina, ésta le dijo:

—Deteneos. No está bien que una mujer de mi clase comparta mano á mano y en las tinieblas que nos rodean con un caballero, y con un caballero desconocido. Ademas, oigo sonar vuestros vestidos de guerra, y esto me hace sospechar que no sois de la córte.

—Efectivamente, dijo el caballero, no está bien que se hable á una reina como pudiera hacerse con una mujer vulgar.

—No soy reina; pero sí la viuda de un rey, dijo Beatriz.

—Os parecerá impropio, prosiguió el desconocido, que acuda á la viuda de un rey, cuando ésta se halla relegada en apartado aposento, sumida en la oscuridad y abandonada de todos....

—En ello no debeis ver mas que mi propia voluntad, caballero, repuso Beatriz resentida por las palabras del desconocido; si me hallo en este sitio apartado, es porque este sitio es un oratorio, si en la oscuridad y en el silencio, porque la oracion reclama el retiro y el recojimiento.

—Tambien debe pareceros efectivamente estraño que turbe vuestras santas ocupaciones un hombre que vá armado para la guerra, aunque os lleve palabras de paz; pero no debereis estrañarlo ya, cuando sepais que este hombre debia acercarse á vos en estos momentos en que están ocupados fraguando vuestros grillos los que os rodean y se dicen tal vez vuestros amigos, y que al intentarlo debia revestirme de todas las armas con que hace frente un caballero á sus enemigos por numerosos que sean.

—Me hablais de grillos y enemigos, caballero, y en verdad que no os comprendo. Yo juzgo verdaderos amigos á cuantas personas me rodean.

—¡Amigos decis! respeto vuestra inocencia, y ójala no fuera tan inminente el peligro que os amenaza, para que nunca mis palabras pudieran haceros conocer la triste verdad.

—Quien quiera que seais, caballero, dijo Beatriz sobresaltada, os ruego que nada me oculteis. Yo escucharé benévola vuestra revelacion, y aunque vuestras palabras deban serme amargas, no harán sino añadir una gota mas á la amargura de que rebosa mi corazon. Harto ha descargado sobre mí sus golpes el hado cruel; á todo me resigno. Y Beatriz dió un paso hácia el desconocido.

—Mártir del sufrimiento, dijo aquel; vuestra alma pura no puede ocultar sus bellos sentimientos. Mi destino tambien adverso hasta este momento, me habia impedido acercarme á vuestro lado, pero siempre vuestro nombre habia llegado á mis oidos colmado de bendiciones. Sin embargo, decís bien; aunque nacida para ocupar el trono de vuestro padre, aunque destinada

para imperar en el sólio de Castilla y legar á la posteridad una raza de esclarecidos príncipes que hubiesen perpetuado las virtudes de su madre, la ambicion y la infidelidad os arrebataron el trono de Fernando de Portugal, la Providencia os negó los hijos, la muerte os ha hecho bajar del trono de D. Juan I. Decís bien; vuestro corazon debe rebosar de amargura y, suerte fatal, nuevos sinsabores amagan todavía vuestra triste ecsistencia; porque si vuestro perverso tio, el maestre de Avis, suponiendo que podais dar este respetable nombre al hijo natural de Pedro I, os usurpó la corona de Portugal á pesar de los solemnes contratos matrimoniales que precedieron á vuestro enlace con Don Juan I de Castilla, un advenedizo, un hombre sediento de honores, un sacerdote ambicioso de mando, vá á arrojaros de la alta esfera que debíais ocupar como á reina viuda, única tutora de los hijos menores de vuestro real esposo y Leonor, para sentarse por su propia voluntad, apoyada por algunos pocos de sus partidarios, en el glorioso trono que solo deberian ocupar las personas de estirpe real.

Al pronunciar estas últimas palabras el desconocido, hizo una breve pausa para poder apreciar el efecto que habian hecho en el ánimo de Beatriz, y ésta interpretando aquel momentáneo silencio por falta de nuevas razones en su interlocutor:

—¿Y estos son los grillos que se forjan; en esto consiste el infortunio que me amenaza? le dijo:

La interrogacion de la jóven viuda al paso que implicaba una pregunta, no podia hacer sospechar que aquella diese asentimiento al razonamiento del caballero. Aunque á Beatriz debiesen alhagarle aquellas palabras, como las pronunciase una persona que todavía no gozaba de su confianza, su prudencia debió aconsejarla mostrarse reservada, dudosa é indiferente. Su contestacion llenaba cumplidamente su propósito. Su curiosidad de mujer mas que el interés propio, hubo de retenerla en aquel sitio para quedar satisfecha.

Por su parte el desconocido sin hacer caso al parecer de las palabras de la jóven, pero animado interiormente por ellas, asi

por el tono de dulzura con que fueron pronunciadas, como para permitirle proseguir en la esposicion de su propósito, añadió:

—Pero no será mientras haya españoles amantes de sus reyes, mientras haya caballeros que protejan á la inocencia y á la virtud, mientras haya espadas que puedan blandirse contra báculos y cayados. Si la muerte nos arrebató á D. Juan, si al morir cayó su cetro en manos de quien nunca debe empuñarlo, no han de faltar hidalgos que se lo arranquen de las suyas para dárselo á la mujer á quien la voluntad del reino señala, en tanto que pueda sostenerle la mano del que hoy es muy niño todavía.....

El tono de ecsaltacion con que fueron pronunciadas estas palabras, alarmó á Doña Beatriz, asi es, que interrumpiendo á su interlocutor, le dijo:

—Caballero, permitid que os diga que procedeis muy imprudentemente hablando de esta suerte. Todavía no es conocida la voluntad de mi difunto esposo, y no dudeis que cuando lo sea se cumplirá fielmente.

—La voluntad de vuestro esposo no será conocida, porque no la dictó en sus últimos momentos; pero sí es conocida ya la de Tenorio.

—¿Cómo sabeis que D. Juan no dictó en vida su última voluntad, dijo la jóven viuda, con notable ansiedad y acercándose mas y mas á aquel hombre que parecia poseer los secretos que tanto importaba conocer á la reina, y por los cuales se hallaba en aquel sitio?

—Porque nada á mí se oculta, porque velo en el silencio..... y luego añadió en voz baja, porque tengo pruebas.....

—¿Estas pruebas? dijo rápidamente Beatriz.

—Voy á dar óslas; pero antes ecsijo de vos que nunca abusareis de mi confianza.

—Mal podria revelar vuestro nombre, si me es desconocido, dijo la jóven viuda, para eludir la promesa que aquel le ecsijia.

—Si os es desconocido mi nombre en este momento, no os lo

será en el instante que me deis una muestra que corresponda á mi amistad con vuestras palabras de amiga.

— Nunca he sido infiel á la amistad caballero, dijo Beatriz con tono resuelto. Pero vos me hablábais de unas pruebas..... añadió la jóven, dominada por una sola idea.

— Es verdad, y voy á dároslas, porque fio en vos, porque creo que no me haréis traicion, sacrificándoos á vos misma.

— Hablad, porque el tiempo urge.

— Pues bien; os dije que vuestro esposo habia fallecido sin manifestar su última voluntad; ahora añado que dejó de ecsistir sin dejar señaladas las personas que debian ocupar la regencia durante la menor edad del jóven Enrique. El primero que fué sabedor de esta falta del soberano, fué el arzobispo D. Pedro Tenorio, quien llevado por su ambicion ha creido deber aprovecharse de esta circunstancia para escalar el trono, usurpando los derechos que tienen para sostener la corona del infante, otras personas por cuyas venas circula la sangre de los monarcas españoles.

— Hasta aqui caballero, todas vuestras decantadas pruebas se reducen á meras suposiciones. Si D. Pedro Tenorio ha velado al lado del rey en sus últimos instantes, si despues de muerto ha dictado algunas providencias encaminadas al ordenamiento de los negocios de los reinos, tal vez lo ha hecho por disposicion verbal de D. Juan, y aunque asi no fuera, creo que aquel venerable prelado lo habrá hecho llevado por las mas sanas intenciones; porque no le juzgo tan ambicioso como vos le suponeis.

— ¡Qué no es ambicioso el arzobispo, señora! Voy á desengañaros de una vez para siempre, y vereis que mis pruebas no son suposiciones, sino hechos muy reales.

Al decir estas palabras el desconocido colocó la linterna que llevaba en la mano sobre la única mesa que habia en el aposento, y sacando de debajo de su cota de malla un pergamino arrollado, dióselo á Beatriz, diciendo:

— Leed, señora este escrito, y juzgad por su contenido de las intenciones del arzobispo.

Leyó Beatriz atentamente aquel escrito. Luego fijando la vista en el desconocido que continuaba sumido cuasi en la oscuridad:

—Efectivamente, le dijo; al participar Tenorio la muerte de Don Juan á la persona á quien vá dirijida esta carta, duda el prelado que el rey haya hecho testamento; pero tambien podeis ver en ella como le encarga fidelidad á su sucesor.

—No duda, señora, el arzobispo, no; el mas íntimo allegado de D. Juan no puede dudar de estas cosas; pero sí teme y recela, y antes de arrancarse la máscara, antes de alzarse con el omnímodo mando de estos reinos, implora amparo de los caballeros y señores que le puedan servir de escabeles para ascender á lo alto. Sus miras son harto torcidas; reconócese sobrado débil para obrar por sí solo. Varias misivas de esta clase fueron espedidas por el prelado á un mismo tiempo y á toda priesa para esplorar los ánimos y sondear las voluntades, y mucho me temo que algunas criaturas suyas le den apoyo para poner en planta sus bastardos proyectos. Todavía es tiempo, señora, pronunciad una palabra y no faltarán caballeros que salgan á la defensa de la justa causa; vuestro deber de esposa asi lo reclama, vuestra dignidad de reina lo ecsije. Pronunciad esta palabra, doña Beatriz, y quién sabe si rijiendo durante la menor edad de Don Enrique los destinos del reino como soberana regente, los mal aconsejados portugueses recuerden un dia á la jóven, á la virtuosa hija de Don Fernando y quieran borrar su ingratitud volviendo á vos sus manos y sus corazones, que nunca debió satisfacer el triste reinado del bastardo maestre de Avis. No desperdicies señora, esta ocasion, ya que el cielo os brinda con dias de paz y ventura; solo vos podeis conjurar los males que el deseo de riquezas y de mando vá á hacer retoñar sobre estos trabajados reinos; mas tarde el arrepentimiento seria infructuoso y deberíais llorar con lágrimas de sangre vuestro error; no os arredre la empresa, que si no han de faltar espadas para defenderos, tampoco faltarán príncipes que os ausilien.

—¡Príncipes decis! esclamó Beatriz á quien las palabras de

fuego del desconocido y el tono de conviccion con que al parecer las pronunciaba, la habian cuasi cautivado.

—Sí, Beatriz, añadió aquel; ecsiste en el reino de Castilla un príncipe, un nieto de un rey, á quien la envidia de perversos cortesanos enemistaron con su soberano, que lograron aprisionar villanamente, que encerraron trás espesos muros, que cargaron de grillos y confiaron á la vijilancia del que hoy quiere arrebataros el mando del reino. Este príncipe señora, que no desea mas que vuestra felicidad y la de estos reinos, romperá hoy mismo sus cadenas y se pondrá á vuestro lado para obedeceros apenas le sea conocida vuestra voluntad.

Fluctuando Beatriz entre la curiosidad y el temor, guardó silencio durante algunos instantes. Las últimas palabras del desconocido habian hecho nacer en ella una sospecha que acabó por engendrar un deseo, y este deseo quiso verlo satisfecho. Asi es, que rompiendo otra vez el silencio, dijo al caballero:

—Me hablais de un príncipe que está preso, y como no sea mi tio el infante D. Juan de Portugal.....

—No señora, no es D. Juan el príncipe que os ofrece sus servicios, que os señala los males que debeis evitar y que acude á vuestro lado á costa de muchos riesgos y sacrificios. Hora es ya que de nada recele, que todo lo espere de vuestra magnanimidad y grandeza, quien le unen con vos los lazos de parentesco y de la mas alta alcurnia. El caballero que se halla á vuestro lado, doña Beatriz, es el prisionero de Almonacid, la víctima de Don Pedro Tenorio, el cuñado de vuestro esposo, D. Alonso de Aragon.

La sospecha de la jóven viuda trocóse en realidad; pero aquella misma sospecha hizo que al oir el nombre del hermano de Leonor su ánimo no esperimentase una sensacion violenta. Aunque ajena doña Beatriz á las intrigas de la córte durante la vida de su esposo; aunque hubiese llevado una vida tranquila y retirada, no ignoraba sin embargo que su pariente, llevado por ambiciosas miras, repetidas veces se habia puesto en abierta desobediencia con el rey D. Juan, que habia luchado contra él, ya

sordamente, ya uniéndose á sus enemigos; que habia conspirado para reinar en Portugal, que repetidas veces habia alcanzado el perdon real y otras tantas habia vuelto á delinquir, y que finalmente cansado D. Juan de tanta rebeldía, lo habia puesto preso en el castillo de Almonacid, cerca de Toledo, bajo la vijilancia del arzobispo D. Pedro Tenorio. Todos estos hechos que recordó la jóven viuda, apenas el infante reveló su nombre, le hicieron pensar cuánto debia desconfiar de las palabras de un caballero que tan repetidas veces habia faltado á la fé de sus juramentos, por mas que sus razonamientos alhagasen su amor propio y tuviesen una apariencia de verdad.

Afortunadamente, dijóse para sí Beatriz, al dar oido á sus propósitos, la prudente reserva que he guardado para con él, merced al incógnito que hasta este momento ha querido conservar, no le permite que pueda sospechar cual sea el efecto que en mi ánimo han hecho sus palabras, al paso que ahora que no puedo dudar de sus ambiciosas intenciones, me es dado ya alejarme de este hombre sin ningun remordimiento.

En esta oculta resolucion de la jóven viuda, la conciencia del bien obrar acallaba el deseo de gloria que dispertó un momento en su pecho la seductora voz de la ambicion. En esta tácita confesion de Beatriz se revelaban sus sentimientos: recelo y esperanza, resignacion y duda.

El momentáneo silencio de Beatriz fué interpretado favorablemente por D. Alonso, quien sacando de debajo de su armadura otro pergamino, dijo á la viuda:

—Solo falta que suscribais esta declaracion señora, para que secunden vuestros deseos mis numerosos amigos, entre los que se cuentan distinguidos caudillos y venerables prelados. Ellos han abierto las puertas de mi cárcel y me han diputado para que os hiciera sabedora de los sentimientos que los animan. Solo aguardan vuestros mandatos, toda tardanza seria funesta, firmad, señora, firmad!

—Don Alonso, dijo entonces Beatriz con toda la majestad de una reina; nunca la viuda de D. Juan servirá de instrumento

á vuestros locos deseos, nunca su mano encenderá la tea de la discordia civil en estos reinos. Retiraos, conde de Gigon al castillo donde la voluntad de mi esposo os mandó permanecer y del cual nunca debíais haber salido. Todavía es tiempo, digo yo á mi vez, antes no se descubra vuestra presencia en este sitio, antes que vuestra osadía no os cueste tal vez la vida.

Y la viuda de D. Juan señaló con ademan imperativo la puerta por donde habia entrado el conde.

Aterrado éste por una repulsa que no esperaba, dudó algunos momentos si obedeceria el mandato de aquella mujer tan débil en apariencia, y tan firme en sus resoluciones; pero pudo en él mas el deseo de triunfar en su propósito, que el temor de desobedecer á la que fué esposa de su hermano. De un carácter altanero y porfiado, D. Alonso no cejaba nunca ante ninguna dificultad, y cien veces habia espuesto su vida para acercarse al trono de Castilla. Burlando en aquellos dias la vijilancia del alcaide de Almonacid, é instruido por sus emisarios de la llegada de la reina Beatriz á Alcalá, se habia puesto en acecho para descubrir el instante en que pudiese hablarla á solas. La fortuna hasta entonces le habia protejido, y aunque al parecer en aquel momento le abandonaba, D. Alonso queria correr el último albur; el conde de Gijon queria ser consecuente consigo mismo; habia resuelto jugar el todo por el todo y el dado estaba ya echado. Sin embargo, antes de apelar á los estremos, quiso otra vez hacer uso de la persuacion:

—Doña Beatriz, dijo con voz al parecer tranquila; muy mal me habeis juzgado y pagais en verdad con ingratitud á quien os sirve leal. Nada pido para mí, todo para vos; y si soy yo el primero que os revela las asechanzas de los que os rodean, es porque tambien he sido yo el primero que he sido víctima de sus perversas miras....

—No prosigais, conde, dijo la reina con ademan impaciente; no soy yo quien debe juzgaros, ni tampoco quien debe oiros. Salid, yo os lo mando.

—Señora, dijo el conde con reconcentrado furor, viendo que

todas sus palabras eran impotentes; he venido para salvar el trono del hijo de Leonor, es decir de mi sobrino, y no me alejaré de vos sin que lo haya alcanzado.

Apurada era la situacion de la jóven viuda. Sola y sin apoyo de ninguna clase, todo debia temerlo del infante, que firme como una estátua y embozado en holgado manto, permanecia impasible á corta distancia de Beatriz. Los carácteres mas débiles se revisten sin embargo de gran valor en los lances estremos, y aquella jóven sumisa y obediente hasta entonces á la voluntad ajena, resolvió arrostrarlo todo antes que ceder á los deseos y hasta á las ocultas amenazas que encerraban las palabras de Don Alonso.

—Don Juan Serrano vá á llegar, dijo Beatriz, afectando indiferencia, y con vuestra pertinacia quereis comprometer mi decoro y vuestra libertad.

—Antes que llegue el obispo habreis firmado, porque estoy resuelto á despreciar todos los peligros, contestó el conde con impasibilidad esta vez, y dando un paso hácia la viuda.

Por un movimiento cuasi involuntario, Beatriz dió al mismo tiempo un paso hácia atrás, diciéndole:

—Conde, respetad á la viuda de D. Juan I.

En aquel momento la puerta opuesta á la que habia entrado Don Alonso se abrió de par en par, y de la oscuridad que reinaba en su interior, salió un hombre cuyo embozo no permitia verle el semblante.

—Don Alonso de Aragon, recordad que D. Juan I os perdonó la vida, que os colmó de favores durante su reinado y que vos se los pagásteis con ingratitudes. Sedle al menos agradecido despues de su muerte y no atenteis contra el decoro y la libertad de su viuda, dijo la voz de aquel hombre.

—¡Por tu maldito acento te conozco bastardo! Mucho tiempo hacia que ambicionaba el instante en que el destino te pusiéra á mi paso. Bendigo á la Providencia que te lleva á mí en este momento solemne, esclamó lleno de furor D. Alonso, empuñando la daga que llevaba en la cintura.

—Funesto te habia de ser este instante, dijo aquel nuevo personaje, si otro fuera el sitio y la hora; pero este instante ha de llegar, yo te lo juro.

—En vano hornecino, intentarás eludir mi venganza, que Don Alonso sabrá tomársela cumplida del hijo de Leonor Ponce.

Y los ojos de aquellos dos caballeros brillaban como dos ascuas en la penumbra que reinaba en el aposento. Inmóvil doña Beatriz en el centro del espacio que mediaba entre los dos enemigos, seguia con la vista sus menores movimientos sin atreverse á proferir una sola palabra, temerosa de complicar su situacion y escitar mas y mas el furor de aquellos dos rivales de un poder que ambos creian alcanzar, y cuya posesion imagináran ambos debia darles la debilidad de una mujer. Uno y otro habian espiado la ocasion favorable para acercarse sin ser vistos á la reina viuda; los dos abrigaban las mismas intenciones, ambos habian alcanzado su primer propósito; pero habiéndose anticipado de algunos momentos el conde de Gijon, creia estar en el derecho de poder alejar á su contrario. Enemigos antiguos é irreconciliables por otra parte, su presencia en aquel sitio y en aquellos momentos, avivó su ódio; su permanencia al lado de la reina dispertó su furor.

—No doy oido á vuestros sarcasmos, conde, por respeto á la dama cuya dignidad olvidais; pero recojo el guante que me arrojáis y sabré vengar tambien la injuria que me habeis hecho. Ahora, condestable salid, que estais por demas en este sitio. Vuestra permanencia en él por mas tiempo podria ser desagradable á la reina.....

—Duque de Benavente, mereceríais por vuestra osadía que os arrancára la lengua. Soy yo y no vos, quien manda aquí!

—Ni uno ni otro, dijo la voz récia y sonora del arzobispo Don Pedro Tenorio, que acompañado del obispo de Sigüenza, de algunos caballeros y pajes que llevaban antorchas encendidas, entraron en aquel momento en el salon. Solo aqui se obedece la voluntad suprema de aquel señor que murió por nuestra salud, cuya sagrada imájen aqui teneis presente, añadió mostrándoles el gran crucifico que pendia de la pared, y que en la ceguedad de vuestros ódios, tal vez no habreis visto para respetarla como se merece. Aqui nadie manda, caballeros, aqui todos se humi-

llan y rezan para la eterna salud del rey D. Juan, cuyo cadáver que se halla á algunos pasos de nosotros, vá á ser trasladado mañana á Toledo y enterrado en la capilla de los Reyes nuevos, donde están sepultados los restos de los soberanos sus projenitores.

Vos, presidireis esta triste ceremonia, doña Beatriz, añadió dirijiéndose á la jóven viuda, cumpliendo asi con el deber de esposa y de reina cristiana. Yo parto tambien mañana á Talavera donde se halla D. Enrique el hijo primogénito de D. Juan I, y al anunciarle la funesta pérdida que acaba de esperimentar Castilla con la muerte de su gran rey, me cabrá la dicha de decirle que los pechos de los leales castellanos anhelan que su reinado sea dilatado y feliz. ¡Ojalá el cielo atienda sus votos!

Por lo que hace á vos D. Alonso de Aragon, prosiguió dirijiéndose al conde que con la cabeza descubierta y como si estuviese clavado en el suelo permanecia aterrado en presencia del arzobispo, podeis volver al castillo de Almonacid de donde salisteis sin mi permiso, hasta que os sea conocida la voluntad del nuevo rey. Espero que se tendrá en consideracion vuestro rango, y aun no sé si me atreva á decir vuestro arrepentimiento, para haceros salir lo mas pronto que sea posible de la posicion embarazosa en que os colocaron vuestros pasados yerros.

—Os obedezco señor, dijo á media voz el conde de Gijon. Pero al alejarse de aquel sitio acompañado de un capitan y algunos hombres de armas que se hallaban estacionados en uno de los corredores inmediatos al lugar de aquella escena, oyóse que D. Alonso murmuraba: ¡Venganza, Tenorio y Benavente!

—A vos D. Fadrique de Castilla, dijo el arzobispo, con tono amistoso, apenas hubo salido D. Alonso, no os esperaba ver tan pronto á mi lado para ayudarme en la árdua cuanto fatigosa empresa de poner en órden los negocios del reino, en tanto que sea conocida la voluntad del rey. En verdad que me hacia estar con ansia vuestro silencio despues del mensaje que os envié noticiándoos el fallecimiento de D. Juan y mis deseos de que cooperáseis con vuestro leal concurso al sostenimiento del trono del jóven Enrique. Pero ya veo que habeis querido darme una grata sorpresa, siendo vos mismo portador de una contestacion que no dudo estará en armonía con mis deseos, que son tambien los de todos los leales castellanos. ¿No es verdad D. Fadrique, prosi-

guió el arzobispo, despues de un momento de pausa, no es verdad que vuestro brazo y vuestra espada serán siempre fieles al primojénito del rey difunto?

No podia ser mas embarazosa la posicion de D. Fadrique en aquel momento. De una parte sino eran conocidas de doña Beatriz sus intenciones, debió adivinarlas por el imprudente paso que acababa de dar; de otra deseaba no enemistarse con el arzobispo á pesar de que le odiaba en el fondo de su corazon, y por otra no queria dar una palabra que no llevaba ánimo de cumplirla. Sin embargo, el arzobispo que lo acababa de prender en sus redes, se complacia al parecer en atormentarle. D. Fadrique aun que jóven y dotado de una imajinacion fecunda, hallábase en aquellos momentos perplejo sin atinar la contestacion que debia dar. Conociólo sin duda la jóven viuda, y llevada por ese sentimiento de gratitud que abrigan las almas nobles á favor de las personas á quienes son deudoras de un beneficio, doña Beatriz quiso satisfacer la corta y reciente deuda de agradecimiento que habia contraido para con el duque, salvándola del furor de Don Alonso, y contestó por él al arzobispo.

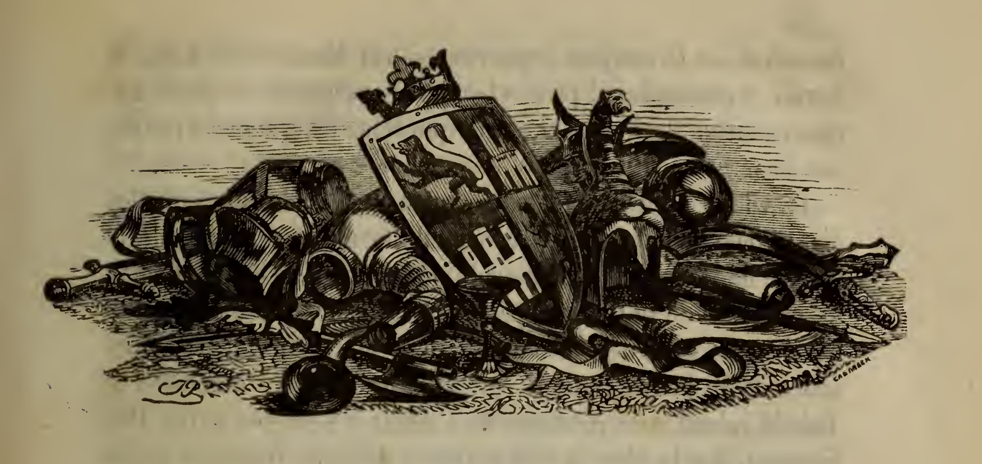
—Señor, le dijo, cumple á mi deber manifestaros que Don Fadrique ha acudido á tributar el último homenaje de respeto al rey, quien por los lazos de la sangre que con él le uniéran tanto respeto le merecia, y cuya bondad le impulsó á crearlo segundo duque de estos reinos. El caballero que asi llega al lado del cadáver del que fué su mejor amigo, no puede ser infiel á su memoria. D. Fadrique cumplirá la voluntad del rey, añadió Beatriz, fijando una mirada en aquel caballero á quien no pasó desapercibida, que sorprendió Tenorio, y que ambos interpretaron torcidamente.

Aquella mirada tan inocente hizo que el duque dijéra con aire satisfecho al arzobispo.

—Ya lo oís D. Pedro; no creo que imagineis que yo deba contradecir á la jóven viuda.

Algunas horas despues partía de Alcalá de Henares el arzobispo D. Pedro Tenorio abismado en profundas reflecsiones.

FIN DE LA INTRODUCCION.



PRIMERA PARTE.

EL REY NIÑO.

CAPÍTULO I.

Un corzo herido conduce al rey á las ruinas de un valle solitario; quién habia escondido en ellas, y promesa que hace un paje negro á un judio anciano.

Era una tarde triste y fria de invierno. Encapotado el cielo con densas y pardas nubes, solo llegaba débilmente á la tierra la luz del astro del dia que corria velozmente á su ocaso. El viento glacial que soplaba con violencia de los puertos de Guadarrama y se introducia hasta en las calles mas tortuosas de la villa coronada, ahuyentaba á los pocos curiosos que quedaban aun en la plaza real para ver pasar de regreso á palacio al rey y su comitiva que aquella mañana habian salido á cazar en los bosquecillos que se

estendian en la márgen izquierda del rio Manzanares hasta el Pardo, y presenciar al propio tiempo los preparativos que se hacian en dicha plaza para el torneo que debia tener lugar á los pocos dias.

La villa y córte de Madrid se habia vestido de luto aquellos dias, como lo estaba el cielo aquella tarde, con motivo de la muerte de D. Juan I, tan deseado de los suyos, como le llaman los cronistas de su tiempo; pero ya terminados los solemnes funerales que para descanso de su alma se habian celebrado por órden de D. Pedro Tenorio, primado de España y arzobispo de Toledo, alzados los pendones de Castilla y Leon por el rey Don Enrique, iba la córte á entregarse á públicos regocijos segun costumbre de esta nacion en semejantes casos.

Aunque el sucesor en el trono de D. Juan contaba á la sazon tan solo once años cumplidos, cuya corta edad le imposibilitaba para gobernar, bien fuese por el amor que sus vasallos habian profesado á su padre, bien á causa de sus cortos años, ó bien por esas simpatías secretas que inspiran á veces algunos monarcas á sus pueblos, D. Enrique habia sido proclamado rey con júbilo general. Su aparicion en la córte de vuelta de Tálavera donde le habia dejado su padre en compañía de su jóven esposa y de su hermano el infante D. Fernando al partir para Andalucía, fué objeto de singulares y públicas demostraciones de contento. Todos querian ver al rey niño, todos lo vitoreaban, todos ponderaban su jentileza y angélico semblante. ¿Creerian ver los castellanos en aquel tierno mozo la aurora de su felicidad, despues del cisma religioso que habia cubierto de luto su Iglesia, despues de las funestas guerras que con Portugal hubieron de sostener á costa de su sangre, despues de los graves males que sobre ellos habian pesado debidos al afan de riquezas y honores que aquejaba á los nobles de aquel tiempo? Y si tal creyeron ¿sus presentimientos se vieron cumplidos? El curso de esta historia nos lo dirá.

Huérfano de madre D. Enrique desde su mas tierna edad, alejado cuasi constantemente de su padre á quien las guerras y los disturbios del reino apenas dejaban de morar en la córte, ha-

bia recibido una educacion puramente militar, de modo que al ser llamado al trono por muerte de su padre, á pesar de ser un niño, era un cumplido caballero. La caza y el noble ejercicio de las armas le eran muy familiares y formaban sus delicias, y mas de una vez en las correrías que hiciéra en compañia de su hermano menor D. Fernando, á quien idolatraba, habia logrado dar muerte por sus propias manos á los mas fieros habitantes de las selvas. Aquel dia Enrique desde muy de mañana habia salido en compañía de algunos pocos caballeros de su córte para entregarse á su pasion favorita. Apenas la régia comitiva entró en los bosques que á algunas leguas de Madrid se estendian en la márgen izquierda del rio Manzanares, Enrique dió órden al montero mayor para que dispusiera un ojeo en aquel terreno quebrado, sembrado de malezas y arbustos. Pronto las roncas trompas dieron la señal de empezar la batida, en tanto que algunos peones se situaban en sitios convenientes para formar la manga y dirijir la caza á orillas del rio que por estar mas despejadas debian ofrecer mas espacio y mejor puntería á los tiros de los cazadores.

Iba el jóven rey montado en un bellísimo caballo tordo lleno de fuego que piafaba de impaciencia por lanzarse á la carrera. A su lado cabalgaba en un soberbio alazan Pedro Guzman, hijo del conde de Niebla y menino del rey. Desde muy niños se habian criado juntos, y aunque Guzman tuviese algunos años mas que Enrique, ambos tenian los mismos gustos é inclinaciones; para ellos no habia secretos, sus voluntades eran por decirlo asi unisonas. Léjos de alterar sus mútuas simpatías la nueva dignidad de Enrique, su amistad se unió con mas estrechos lazos, jurando el rey ser constante amigo del hijo del conde, y éste de no apartarse nunca de su lado. Conforme aquellos pactos que debidos á la primera edad de la vida acostumbran ser los mas inalterables, aquel dia Enrique y Guzman partieron juntos á la caza y juntos lanzaron los nobles brutos que montaban en las revueltas de la selva empuñando el venablo que debia herir á la pieza que levantáran sus lebreles. Los ladridos de éstos no tar-

daron en revelar á los cazadores que el ojeo empezaba á dar buenos resultados y prestando atento oido á los gritos de la jauria que les precedia, hundieron las espuelas en los hijares de sus corceles tomando la direccion hácia donde aquellos sonaban.

Llevados los dos jóvenes por su deseo de ser los primeros en descubrir la res que habian levantado sus sabuesos, penetraron con tal rapidéz en lo mas intrincado de la floresta, que no tardaron en hallarse enteramente solos; los monteros y cazadores que hasta entonces los habian seguido, uno en pos de otro habian ido desapareciendo en las escabrosidades y espesuras de la selva. Avezado Enrique á aquel ejercicio, aconsejó á su amigo que en lugar de dirijirse directamente al sitio donde se oian los ladridos de los perros libres ya de la trailla, diesen un rodeo, y ganasen el lado opuesto al en que aquellos se hallaban, para salir al encuentro del animal que fuese objeto de su persecucion. La idea del jóven monarca fué aprobada por su compañero, pero para realizarla era preciso apearse; el bosque en aquel sitio era tan espeso, las ramas de los árboles y arbustos estaban tan estrechamente enlazadas, que solo con suma dificultad podia abrirse paso un hombre. Apearónse los dos amigos y con el ausilio de sus cuchillos de monte, atravesaron un largo trecho de la espesura siempre guiados por los ladridos de los canes. Al entrar en un frondoso soto ambos amigos se pararon de repente. Un rumor sordo en un principio, pero que fué creciendo gradualmente, les advirtió que se dirijia hácia el sitio en que se hallaban, alguno de los moradores del bosque ahuyentando por la jauria. Efectivamente fué así, porque apenas habian tenido tiempo para preparar sus ballestas, un hermoso corzo pasó al alcance de sus armas. Dos flechas partieron silvando al mismo tiempo, y una de ellas dirijida por mano hábil fué á clavarse en el corvejon del tímido venado. Aquella herida no fué bastante sin embargo para detener al animal, el cual, si bien que con menos velocidad, prosiguió en su rápida carrera. Juzgando los dos amigos que no podria seguir por mucho tiempo en su fuga y que mas ó menos tarde ha-

bria de ponerse al alcance de sus ballestas, emprendieron con redoblado empeño su persecucion y atravesaron cuasi con la misma rapidéz del fugitivo, el soto en que se hallaban.

Fecundaba la robusta vejetacion que habia en aquel sitio un riachuelo tributario del Manzanares, cuya límpida corriente antes de bajar á serpentear por la llanura y unirse mas tarde con el rio, descendia lentamente formando bellas y sonadoras cascadas por entre las quebradas de un monte vecino. Una angosta y revuelta senda apenas practicable al pié humano, se abria paso al lado del murmurador arroyo cuyas sinuosidades imitaba, y como si aquella senda fuese conocida del fugitivo corzo, trepó velozmente por ella. Siguieron sus huellas los cazadores sin perderle nunca de vista, y al doblar un recodo que formaba el monte, vieron con sorpresa que bajaba á un sombrío valle que se abria en el corazon de la montaña y en cuyo fondo se alzaban los restos de un edificio arruinado.

Aumentaban la tristeza de aquel sitio las enormes masas de rocas peladas que en forma de muro natural cerraban el valle cuasi por todos lados y cubrian el suelo con sus despojos, sin permitir que la vejetacion pudiese arraigarse en él. El color parduzco que la mano del tiempo habia impreso en aquellas peñas y el tinte rojizo que la caida de las aguas habia dado á sus lomas, parecia crecer de punto en aquel dia en que densas nubes encapotaban el cielo; tambien los escasos y raquíticos árboles y plantas que crecian entre las breñas, carecian entonces de su pobre vida esterior á causa de los rigores de la estacion. Todo en aquel valle respiraba melancolía. El único objeto que pudiera alegrar su triste soledad, era el edificio que en otro tiempo se habia levantado en el fondo de él; pero aquella morada de los hombres habia sido arruinada y completaba con su destruccion el cuadro desolador que ofrecian aquellos lugares.

El corzo desapareció entre las ruinas y los dos jóvenes se interrogaron con la vista si llegarian hasta aquel sitio en persecucion del fujitivo. La juventud no es recelosa y desprecia los temores. Cada amigo leyó en el semblante del otro, que nada

debia arredrarles aunque se hallasen muy apartados de sus compañeros, y con paso apresurado descendieron al valle.

Al llegar junto á las ruinas creyeron oir una voz humana; pero era una voz tan dulce, tan tierna y apasionada, que léjos de infundirles sobresalto cautivó gratamente su atencion. Tambien la juventud es amante de lo maravilloso y todo lo inesperado y sorprendente la seduce y atrae. El misterio que rodeaba aquellas ruinas, la voz angelical que de su fondo salia, el haber buscado un refujio entre aquellas paredes el corzo fujitivo, la soledad y tristeza que reinaba en aquel valle, todo habia escitado vivamente la curiosidad del jóven monarca de Castilla, y deseaba satisfacerla á toda costa. Adelantaron los dos jóvenes todavía algunos pasos y creció mas y mas su admiracion, al oir que aquella dulce voz pronunciaba palabras de reconvencion y de cariño, las cuales eran contestadas de vez en cuando por un balido doloroso del corzo.

Guzman que por ser de mas edad era mas osado que el rey, deslizándose por entre las malezas que ocultaban la entrada de las ruinas, hizo seña á Enrique de que no se moviese del sitio que ocupaba, en tanto que iba á averiguar quién era la que de aquel modo hablaba en aquella soledad. Un grito de sorpresa que pocos momentos despues sonó en el interior del edificio, hizo adelantar al jóven soberano, deseoso á su vez de averiguar quien lo daba. Salióle al encuentro su compañero con la sonrisa en los labios y señalándole con la diestra un oscuro boqueron:

—Por allí, le dijo, se ha ocultado.

—¿El corzo? añadió Enrique.

—¡No, ella!

—¿Quién es ella? esclamó el rey niño.

—El hada de estos bosques, la señora de este castillo encantado, repuso el jóven Guzman, apasionado por todo lo misterioso.

—Te chanceas, amigo.

—¡Cómo! no oistes hace un momento una voz dulce.

—Efectivamente.

—¡Pues de quién podia ser aquella voz sino de una jóven hechicera!

—¿Y tú la viste? repuso el rey en tono de duda.

—Un momento no mas; pero bastó este momento para quedar admirado de tanta belleza. Dicen que las hadas que acostumbran morar en el seno de los bosques, toman á su antojo la forma que mas les place, y bien pudiera ser que el corzo fujitivo fuese un hada errante transformada de repente en seductora doncella.

—Recuerdo vagamente haber oido hablar de estos séres misteriosos, repuso Enrique despues de un momento de reflecsion. Refieren que los viajeros perdidos ó los cazadores osados que turban la paz de sus dominios, son atraidos con engañosos alhagos hasta lo mas profundo de sus antros, que son unos palacios encantados cuyas paredes están cuajadas de perlas y pedrería; y que despues de haberles hecho penetrar en el fondo de un hermoso pabellon tapizado de coral, conchas y turquesas, les dan de beber en una copa de diamante un licor que les embriaga ó les dá la muerte.

—Otras veces el hada se transforma en un enano feísimo que tiene la fuerza de un gigante, añadió Guzman sonriéndose, ó bien en un anciano de faz venerable y cubierto de canas.....

—¡Como aquel! esclamó el rey con una mezcla de sorpresa y de terror.

—¡Cuál! dijo Pedro Guzman, cesando de reirse y buscando con la vista el objeto que le indicaban los ojos de su compañero.

No tardó Guzman en ver el rostro del anciano que habia descubierto el rey sumerjido en la penumbra que reinaba en el interior del angosto boqueron por donde habian desaparecido el corzo y la jóven. Inmóvil el cuerpo sobre el cual descansaba aquella cabeza venerable, dijérase ser una estátua que se habia levantado de repente del seno de la tierra para impedir la entrada en aquella mansion de las tinieblas. Hubo un momento en que los dos amigos estuvieron indecisos si adelantarian ó retro-

cederian; pero pudo mas su valor que el temor del peligro que pudieran correr y adelantaron con resolucion hácia la vision de las ruinas.

—¡Quien quiera que seas, dijo Guzman, cuando estuvo á corta distancia del anciano, dinos lo que quieres de nosotros!

—¡Paz! dijo la voz del anciano.

—¡La paz sea contigo!

—¿Y qué buscais en esta soledad? prosiguió el anciano venerable.

—A una bella jóven, dijo Guzman.

—A un corzo fugitivo, añadió Enrique.

—¿Y quién sois vosotros que asi reclamais las prendas de mi amor?

—Somos dos jóvenes cazadores de la comitiva del rey, contestó Enrique, que recorriendo los bosques cercanos á este monte, descubrimos y herimos al corzo.

—Y que persiguiéndole, hemos oido y visto á una belleza encantadora, prosiguió Guzman, interrumpiendo al rey.

—La jóven que habeis visto, es mi hija; el corzo que habeis herido, es mi compañero. Os ruego tengais compasion de mi ancianidad y respeteis á estos dos séres que son mi familia y mis mejores amigos. Harto el Dios de Israel me ha castigado, separando de mi lado á los séres que eran mas queridos á mi corazon; solo me queda una hija que es el báculo de mi vejez; solo una criatura de Dios, que me recuerda sin cesar su poder y su grandeza, ya que no me es dado admirar las maravillas de la creacion á causa de mi ceguedad.

—Si efectivamente sois un anciano desgraciado, dijo Enrique que abrigaba todavía cierto recelo sobre la aparicion de la jóven y de aquel anciano en medio de aquellas ruinas lanzadas en la mas espantosa soledad; si vuestras palabras son verdaderas, os prometemos respetaros á vos y á los séres que os son queridos.

—¿Y cómo podeis dudarlo? dijo el anciano con sorpresa, no pudiendo apreciar el sentido de las palabras del rey. Entrad y

vereis mi pobreza y mi horfandad. La miseria que me rodea, me disculpará sino puedo dar cumplida hospitalidad á dos caballeros de la comitiva del rey.

Era aquel viejo uno de los mas famosos judíos de la aljama de Toledo. Roboan, tal era su nombre, despues de haber atesorado inmensas riquezas con sus usuras y su desmesurada avaricia, desapareció de repente de aquella ciudad, donde habia morado por espacio de muchos años. Como si la tierra le hubiese tragado, nadie sabia de él y hasta sus mismos correligionarios creian habia sido víctima de algun malvado que quitándole la vida robárale cuanto poseía. Al alejarse Roboan del trato de los hombres, no lo habia hecho sin embargo por puro capricho, ni tampoco porque estuviese satisfecha su sed de oro y riquezas. De una parte, la constante persecucion que sufrian en aquellos tiempos los judíos y de la cual habia sido no pocas veces el blanco su persona, y de otro el temor de que le arrebatasen un dia el mejor de sus tesoros, su hija única Raquel, le habian decidido á buscar un refujio en lugar apartado. Dotada Raquel de una belleza estraordinaria, sencilla como una paloma, inocente y pura como un ángel, habia sido tambien el blanco de las asechanzas de no pocos malvados que solo ambicionaban de los tesoros del judío, su tesoro mas querido. Incapaz el viejo de poder resistir por mas tiempo á los repetidos golpes que á los objetos de su amor dirijian incansables enemigos, falto de la vista para poder vijilarlos, sin mas apoyo que un criado fiel que le servia, habia resuelto alejarse de Toledo durante algun tiempo para burlar los lazos que sin cesar se le tendian. Despues de haber reflecsionado detenidamente acerca el lugar donde podria ir á ocultar á su hija, resolvió ir á Madrid donde le dió hospitalidad durante algun tiempo uno de sus amigos; pero tambien descubierto allí por uno de los mas tenaces perseguidores de su hija, y sabedor el viejo de la ecsistencia de aquellas ruinas, se habia desterrado voluntariamente en aquella soledad. Un criado, como dijimos, procuraba el alimento al padre y á la hija. Hacía muchos dias que aquellos dos séres moraban en aquel sitio apartados de todo tra-

to humano, cuando la inesperada llegada de Enrique y Pero Guzman difundió otra vez el sobresalto en el ánimo del anciano israelita. El corzo domesticado por Raquel y su único amigo en aquella soledad, fué la causa inocente de que fuese descubierta la misteriosa morada de Roboan.

—Entrad y vereis nuestra miseria, repitió el anciano, procurando alejar cualquiera sospecha que pudiesen abrigar aquellos jóvenes acerca de su verdadera condicion.

Efectivamente, el interior de las ruinas presentaba un aspecto tan sombrío y melancólico como su esterior. Bajo la bóveda donde les introdujo Roboan ennegrecida por el humo, no se veian sino unos pocos muebles rústicos indispensables para las mas precisas necesidades del viejo y su hija. Dos oscuros aposentos á manera de celdas, un corredor que daba paso á un jardinito cubierto de arbustos y plantas trepadoras, y una escalera en parte derruida que conducia á unos pisos desfondados; hé aquí lo que constituia la morada del israelita.

—Ya que no puedo ofreceros bebidas agradables ni manjares delicados, dijo Roboan, al menos descansad un momento al amor de la lumbre.

Y el viejo y los dos jóvenes se sentaron delante de una pequeña hoguera que ardía en un rincon de aquella estancia de forma cuasi circular, que debió haber sido en otro tiempo una de las poternas ó tal vez la entrada principal de aquel castillo arruinado.

—¿Y no temeis que las fieras vengan á turbar vuestro reposo? dijo Enrique al anciano.

—¡Alabado sea el Dios de Jacob! El que salvó al pueblo de Israel y le condujo á salvo por el desierto, se apiadará de estas humildes criaturas. Por otra parte, añadió el judío con intencion; nuestra estancia en este sitio es pasajera; tal vez mañana ya tendremos que abandonar este refugio por faltarnos el pan que ha de alimentarnos.

—¿Pues qué no morais aqui de contínuo? observó Guzman.

—Ah! señor, condenado á una vida errante, á medida que agoviado por el peso de los años, voy descendiendo al sepulcro,

los hombres me arrojan de su lado porque pertenezco á un pueblo maldecido, y mis necesidades me vuelven otra vez á la sociedad porque soy hijo de los hombres.

—¡Pero vos sereis muy desgraciado, dijo Enrique movido por las palabras del anciano; las leyes protejen á vuestro pueblo que goza en estos reinos de muchos bienes y riquezas, en cuya tranquila posesion le ampara el soberano!

—¡Las leyes, decis, esclamó el anciano ahogando un suspiro, el soberano! Vosotros asi lo creeis porque vuestra vista no alcanza la miseria del pobre, porque no llegan á vuestros oidos las quejas ni los ayes de los desgraciados. Las leyes no siempre son acatadas, y desgraciadamente muchas veces las infrinjen aquellos que mas interesados debian estar en su cumplimiento. Por vuestro acento y vuestras palabras conozco que sois muy jóvenes y.....

—En efecto, dijo Guzman interrumpiendo á Roboan, somos pajes de unos caballeros.

—Pues bien, á vuestra edad todavía no es conocida la perfidía de los hombres; mas tarde cuando el hálito de la maldad haya emponzoñado vuestros corazones, cuando los terribles desengaños hayan turbado la paz de vuestra alma, conocereis cuan feliz es el hombre que puede alejarse del cieno de la sociedad, cuando está corrompida; tal vez entonces os acordeis de las palabras del infeliz anciano de las ruinas.

—Tambien por vuestro acento, digo yo á mi vez, repuso Enrique, conozco que los últimos dias de vuestra vida están acibarados con el recuerdo de amargos quebrantos, y tal es la compasion que nos inspirais, que desde luego os ofrecemos todo nuestro escaso valimiento, para ampararos y protejeros, si amparo y proteccion apeteceis.

—Ah! esclamó el anciano ahogando un suspiro, si bien agradezco sínceramente y en el fondo de mi corazon vuestro noble ofrecimiento, dispensadme que no lo acepte porque seria impotente vuestra proteccion contra mis enemigos.... porque, aña-

dió despues de un momento de pausa, porque son muchos y poderosos.

—¿Con que teneis enemigos? dijo Enrique con interés.

—¿Y qué enemigos puede tener un infeliz anciano como vos? añadió Guzman, que tambien abrigaba simpatías por el padre de la bella israelita.

—Nunca faltan enemigos al hombre por despreciable que sea, repuso Roboan, tal vez pesaroso por haber proferido aquellas palabras; tambien los tiene el insecto que zumba por los aires y la hormiga que se arrastra á nuestras plantas. Dejad que los mios me persigan. Poco le falta que perder al viejo israelita.

—Sin embargo, vos teneis una hija de quien, segun nos habeis dicho, sois su único apoyo, y cuando el leñador destruye la encina protectora, la yedra amorosa cae, se arrastra y muere sin amparo, dijo el compañero de Enrique.

—Tus palabras jóven, encierran una gran verdad, y por esto huyo léjos de los hombres para que no rompan el lazo que me sujeta á la vida.

—Entonces, observó el rey, tus perseguidores lo son tambien de tu hija, de esa bella criatura que hemos visto á nuestra llegada y á la cual tal vez condenas á permanecer encerrada en este desierto por tu culpa, cuando podria ser la gala del mundo.

—El mundo está corrompido y marchita sus mas bellas flores.

—Anciano, en tu ceguedad no ves el sol que velan las tinieblas que te rodean.

—Pero oigo el rujido de la tempestad que me amenaza.

—Tus sobresaltos no son tal vez fundados.

—Ya he apurado hasta las heces el cáliz de la amargura y roto mas de una vez los lazos que se me han tendido.

—La justicia no ha abandonado todavía la tierra.

—¡La justicia habeis nombrado, señor! dijo el anciano con acento lastimero; cuando he tocado todos los desengaños, cuando los que se llaman sus sacerdotes han sido los primeros.....

—¡Todavía queda un soberano en Castilla!

—¡Un niño! dijo Roboan con acento de compasion.

—¡Un niño que mañana será rey! esclamó Enrique con altivez. Anciano, prosiguió el jóven soberano con resolucion; no reniegues de la Providencia. Ella se vale á veces de los medios mas singulares para amparar al desvalido y socorrer al desgraciado. Yo fio en tus palabras y quiero que fies en las mias. Tal vez Dios quiere que esta vez sea instrumento de sus miras misteriosas. Por tus palabras conozco que eres una víctima inocente. La justicia dices huye de tí, y yo quiero que la justicia salga á tu paso. Yo te brindo proteccion y te juro que sabré cumplir mi palabra.

—Señor, no jureis que el mas pequeño de mis enemigos es mayor que vos.

—El paje no teme á nadie.

—Ni ellos tampoco.

—Serán vencidos.

—¡Lucha estéril!

—¡Fecunda!

—¡Quizá!

—Oye, anciano; antes que el astro que nos alumbra haya desaparecido tres veces en el ocaso, los tutores de Enrique se habrán reunido en la córte para ejercer el poder real. Acudid á palacio y preguntad por el paje negro, de este color es el traje que visto y por este nombre soy conocido en la morada del rey.

—No iré, señor.

—¿Por qué?

—Porque entre esos caballeros que habeis nombrado, estará mi perseguidor.

—¡Vuestro enemigo entre los tutores del rey! dijo Enrique con sorpresa. Y despues de haber meditado algunos instantes. Pues bien, mejor, añadió el jóven príncipe, asi habrá el acusador y el acusado, el reo y la víctima, y el juez supremo podrá fallar cumplidamente.

Y como el anciano hiciera ademan de no dar fé á las palabras del paje, Enrique se acercó al oido del judío y le dijo rápida-

mente: Me intereso por vos; soy hermano de leche del rey y nada me niega.

Roboan necesitaba un apoyo; además hay en el acento de la sinceridad tal seduccion, que el judío acabó dejándose convencer por las palabras de aquel jóven, así es que le dijo:

—Iré.

Apenas habia acabado de pronunciar esta palabra, cuando entró apresuradamente su hija esclamando:

—¡Padre mio!

Levántose sobresaltado Roboan estendiendo los brazos en ademan de proteccion y prestando atento oido á lo que pasaba á su alrededor. Pronto los festivos ladridos de dos hermosos lebreles que entraron apresuradamente en el sitio en que se hallaban aquellas cuatro personas, reveló el objeto que habia infundido tanto temor á la bella hebrea.

—¿Quién sigue á estos perros? dijo Roboan con ansiedad.

—Nadie, dijo Guzman que habia salido á averiguarlo y acababa de entrar en aquel momento. Sin duda han seguido nuestro rastro hasta encontrarnos, añadió el amigo del rey.

—Y ellos nos advierten, prosiguió Enrique, que ya es tiempo de retirarnos. Nuestros compañeros deben ya haber notado nuestra ausencia y estarán buscándonos tal vez. Acordaos de vuestra promesa, amigo mio, dijo el rey al israelita; por lo que á mí hace, no temais que olvide lo que os he ofrecido. Siento mucho, añadió dirijiéndose á la hermosa Raquel con la galantería de un cumplido caballero, haber herido á vuestro compañero en esta soledad; pero al mismo tiempo me felicito por ello, por cuanto he tenido ocasion de admirar á la mas preciada flor de este valle.

La jóven inclinó sus rasgados ojos y las rosas del pudor se pintaron en sus mejillas mas blancas que la nieve, al oir las palabras de cortesanía del monarca. Guzman permaneció estático sin proferir una sola palabra. Cuando ya léjos de las ruinas, iban á perderlas de vista al doblar el recodo del monte desde donde las habian descubierto por vez primera, el menino del rey volvió la vista á ellas repetidas veces ahogando un suspiro.

Pronto el bronco sonido de las trompas de caza que se percibia confusamente en los bosques cercanos, advirtió á los dos amigos que los cazadores no estaban muy distantes. Algunos esploradores que aquellos habian enviado en busca del rey y de su menino, no tardaron en acudir al toque del clarin que el jóven Guzman llevaba pendiente del hombro.

Reunido Enrique con su comitiva, dió órden de volver á la córte. La tarde era fria y sombría. Preocupados los dos amigos, si bien que por diversas ideas, volvieron á montar en sus caballos y embozados en anchas capas, atravesaron silenciosos las cortas leguas que les separaban de Madrid, Enrique meditando en el primer acto de justicia que en su reinado debia cumplirse por su voluntad, y Guzman meciéndose en las dulces ilusiones que habia hecho nacer en su alma el primer suspiro de amor.





CAPÍTULO II.

El lector asiste á la primera parte de un duelo singular que engendra la ambicion, alimenta la venganza, triunfa la hidalguia y suspende el amor.

Dos dias despues del singular encuentro que habia tenido el rey en las ruinas cercanas á los bosques del Pardo, un caballero jóven seguido de algunos hombres de armas montados todos en buenos caballos, salian en las primeras horas del dia por una de las puertas de Madrid. Aquel reducido escuadron fué costeando por buen espacio de tiempo la orilla izquierda del Manzanares, hasta llegar á un sitio en que abandonando la senda la orilla del manso rio, se dividia en dos brazos, estendiéndose el uno en direccion á una frondosa vega, cuyos límites apenas alcanzaba la vista desde aquel punto, y penetrando el otro en el corazon del mismo bosque donde dos dias antes el rey niño se habia entregado á su pasion mas favorita. El caballero que iba al frente del pequeño escuadron, paróse en aquel lugar y estuvo algun tiempo indeciso acerca la senda que debia tomar, hasta que por último se deci-



D. Enrique III.-lám. 2.ª

dió por la que se introducia en el bosque, dejando á dos hombres de armas en aquella encrucijada.

En aquellos tiempos de revueltas y parcialidades á mano armada, era muy frecuente ver estacionados en las sendas menos frecuentadas, algunos soldados destinados ya para protejer á los viajeros, ya para espiar los movimientos de los enemigos que reconocian varios nombres y eran numerosos; así es, que el lector no debe estrañar que aquel peloton salido de la córte, fuese diseminándose poco á poco en las revueltas de los bosques por los cuales atravesó, hasta llegar á la entrada de una rambla que ya conoce, en cuyo sitio tan solo tres hombres acompañaban al jóven caballero jefe de aquella partida. Sin duda hubiera proseguido éste su comenzado camino, á no llegar de repente á sus oidos los lejanos ayes de una persona invisible. Aquellas voces lastimeras sonaban al parecer en el fondo de una selva que se estendia al otro lado de aquel ribazo, y dirijiéndose rápidamente hácia dicho sitio, no tardaron en descubrir á la persona que se lamentaba. Era esta un anciano cuyos ateridos miembros cubria una túnica color nazareno; su encanecida cabeza estaba descubierta y sus manos atadas por detrás y sujetas con unos cordeles al tronco de un alto pino. Como su rostro estaba lívido y acardenalado, el caballero jóven que á él se dirijió apresuradamente, no pudo reconocerle, hasta que interrogado el anciano, dijo con voz balbuciente:

—¡Si venis á darme la muerte, sea al menos de un golpe y no me hagais sufrir mas!

Aquel acento y aquel semblante, no eran desconocidos al interlocutor del anciano, asi es que dirijiéndose á los hombres de armas que le acompañaban:

—Pronto, desatad á este infeliz, les dijo, antes no ecsale el último suspiro. Roboan, añadió en seguida ¿quién os ha conducido á tan mísero estado? ¿Cómo os hallais aquí? ¿Qué se ha hecho de vuestra hija?

Repuesto algun tanto el viejo israelita, contestó con voz entrecortada por los sollozos:

—Me condujo aqui mi desgracia y vuestros consejos; porque os reconozco por vuestra voz. Sois el compañero del jóven paje que hace dos dias me brindó proteccion en las ruinas y que yo, infelice de mí, dí crédito á sus palabras, sin imajinar que tenia un enemigo que sin cesar velaba para descargar sobre de mí el golpe mas rudo. En mal hora venisteis á turbar el reposo de mi retiro; en mal hora lo abandoné sin imajinar que iba á abrirse un abismo á mis piés para tragarme!.. ¿Por qué el malvado no hundió su daga en mi seno? ¡Al menos asi no conservaria el recuerdo de mi afrenta y de mi deshonor! Y el anciano escondió su marchito rostro entre sus manos ensangrentadas.

Hay dolores para cuyo consuelo son impotentes todas las palabras; el silencio es su mejor bálsamo.

Aunque Roboan no habia revelado á Pero Guzman, pues ya habrá adivinado el lector que no podia ser otro el salvador del israelita, sino la mitad de su infortunio, el amigo de Enrique habia presentido el resto, y por no irritar mas la profunda herida que en su corazon paternal acababa de recibir el anciano, se abstuvo de preguntarle otra vez acerca del paradero de Raquel. Sin embargo, preciso es confesarlo, la hija de Roboan habia dispertado en el pecho del menino del rey un sentimiento tan dulce al par que profundo, que aunque hasta en aquel momento no pudiese calificarse de amor, bien pudiera decirse que era de afecto acendrado.

Desde que la vió por vez primera como una blanca aparicion en medio de las ruinas, su recuerdo no se habia borrado un instante de su mente; luego las misteriosas palabras del judío acerca de un enemigo tenaz que conspiraba incesantemente contra su bienestar, y la promesa que hiciera á Enrique de acudir á palacio, habian dispertado en él un deseo violento. Roboan, dijóse para sí, no dejará sola á su hija en las ruinas y al dirijirse á Madrid necesariamente tendrá que atravesar algunas sendas muy peligrosas y tal vez sea víctima de algun malvado. Entonces Guzman llevado por ese sentimiento que en defecto de un nombre mas propio, podremos llamar de benevolencia, solicitó y obtuvo

de D. Pedro Tenorio, á quien ya era conocido el desgraciado estado del israelita por revelacion de Enrique, el encargo de salir en su busca el dia señalado para la audiencia. Guzman imaginaba tener la satisfaccion de volver á ver y hablar á la jóven que habia hecho sentir á su alma sensaciones desconocidas; pero sus tristes presentimientos se vieron realizados. Habia tenido la fortuna de encontrar al pobre viejo transido de frio; mas el objeto de sus ansias no se hallaba á su lado.

Participando por consiguiente aquel jóven amante del sentimiento de Roboan, dijóle con dulzura:

—Todavía nos queda la esperanza, amigo, de recobrar la hija que habeis perdido; llevo yo conmigo algunos hombres que espero sabrán dar buena cuenta del raptor. Decidnos quien es, quién iba con él y hácia donde ha dirijido sus pasos.

—¡La esperanza! repitió el anciano con acento desgarrador. ¡La esperanza! ¡Triste y última luz del corazon! Pero ¿quién me devolverá la honra? Si, la honra de mi hija que es mi honra. ¿Quién me podrá restituir sin mancilla el ídolo de mis amores, el báculo de mi vejez, quién?

—¡Yo! esclamó Guzman sin poder ahogar por mas tiempo la voz de su corazon. Hablad y correré en pos del infame; porque yo amo á vuestra hija y mi amor me dará alas. Aun no puede estar léjos el malvado, y por tanto lo hallaré, sí, lo hallaré y arrancaré de sus torpes brazos á la mujer por quien suspiro desde el instante en que la ví!

—¿Y quién sois vos? dijo Roboan con sorpresa. Si mal no recuerdo me dijesteis que erais un paje.

—Os engañé, soy un caballero. Soy Pero Guzman, hijo ûnico del conde de Niebla y.....

—¡No prosigais, dijo Roboan con amargura, mi hija no será nunca la querida de un conde!

—Anciano, os engañais, yo amo á vuestra hija con un amor puro y mi amor, no lo dudeis, la elevará hasta mí.

—¡Insensato! Raquel no puede ser nunca condesa, porque

es la hija de un miserable judío, como decís vosotros con orgulloso desprecio. Jamás los tuyos te perdonarian un enlace que para ellos seria una afrenta, y tarde ó temprano mi hija sería la víctima de tu imprudencia.

—El amor todo lo iguala, añadió el entusiasta jóven; ademas que la bella Raquel si correspondiese á mi amor, no dudo satisfaciera tambien mis deseos. El agua del bautismo la haria cristiana.....

—¡No pronuncieis, conde, tan locas palabras; no esperanzeis que mi hija pueda renegar nunca de la fé de sus mayores!

Apenas Roboan habia proferido en voz solemne estas palabras, vióse venir apresuradamente por una trocha que desembocaba en aquel sitio, á uno de los jinetes que Guzman habia dejado de observacion en la entrada del bosque.

—Apresuraos, señor, le dijo el ballestero, una lucha singular se ha empeñado en la revuelta de la cercana colina; dos caballeros armados de todas piezas, pero en cuyos escudos no luce ningun símbolo, estan batiéndose con encarnizamiento; á ambos caballeros les siguen algunos jinetes que permanecen impasibles espectadores de la contienda. Se me olvidaba deciros, prosiguió el soldado, que uno de los caballeros, lleva en brazos á una jóven al parecer moribunda.

—¡Una jóven decís! esclamaron á la vez Guzman y el israelita.

—Si, añadió el ballestero, á la cual uno de los caballeros quiere arrebatar á su contrario.

—¡Es ella! el corazon me lo dice, anciano. Y los celos y la esperanza inflamaron las pupilas de Guzman.

—¡Mi hija! dijo el anciano con acento indefinible; sí, ¡ah! corred, salvador mio; todavía podeis llegar á tiempo; devolvedme mi único tesoro, y pedidme cuanto querais; porque yo soy rico.... tengo oro, mucho oro y os daré cuanto querais si me devolveis á mi hija, esclamó el judío, olvidando su acostumbrada reserva y su aparente miseria.

Aquel buen padre todo lo sacrificaba para salvar al tesoro

que mas queria, hasta la tranquilidad de su porvenir. Hablaba en él por vez primera la voz de la naturaleza, y aquella era tan poderosa que acallaba la de la sórdida avaricia, del engaño y hasta la de la hipocresía que le era habitual. Roboan tan solo se acordaba en aquel instante que era padre.

—No quiero oro ni riquezas, dijo Guzman, empuñando el pomo de su espada y aplicando á sus labios la embocadura de una pequeña trompa de que iban provistos algunos capitanes en aquel tiempo; prometedme tan solo la mano de vuestra hija, y yo respondo con mi vida que la salvaré aunque tenga que sucumbir en la demanda.

Y el anciano cuya ansiedad iba creciendo por momentos, contestó con voz entrecortada como un hombre que se halla fatigado por una larga carrera:

—¡Mi gratitud... nada podrá... negarte... salvador mio!

Apenas Roboan hubo pronunciado estas palabras, cuando los ecos de la selva repitieron por tres veces el sonido del clarin, y en breves momentos varios hombres de armas se hallaban agrupados alrededor de Guzman. Este encargó á dos de ellos que acompañasen al judío hasta la córte cediéndole alternativamente sus caballos, y un instante despues se precipitó con la velocidad del rayo por entre las revueltas del bosque cercano, precedido por el ballestero que habia sido portador de la nueva que tan honda, aunque diversa sensacion habia causado en el ánimo de aquellas dos personas.

No tardó el pequeño escuadron que capitaneaba el menino del rey en avistar á los dos combatientes, cuyas relucientes y anchas espadas brillaban á lo léjos como relámpagos y cuyos repetidos golpes descargados con furor sobre sus armaduras de hierro, semejaban el martillo de un ayunque. Sus armas estaban cubiertas de sangre, sus yelmos abollados, sus escudos rotos, sus cotas rasgadas y sus caballos heridos; pero esto léjos de amenguar su pujanza, habia redoblado su furor. Largo tiempo habia durado aquel singular combate, sosteniendo uno de los caballeros con su brazo izquierdo á la hija del judío, protejida por el

escudo que abrazaba, mientras que con la diestra blandía la temible espada; pero cuasi ecsánime Raquel, y enervado el brazo del raptor, la hija del judío habia caido moribunda á los piés de los caballos, de donde la habian sacado algunos hombres armados que seguian á los combatientes y que ninguna parte tomaban en la encarnizada lucha de sus señores.

Antes de que la voz del conde pudiese ser oida de aquellos caballeros, rota la espada de uno de ellos, el combate se habia suspendido un momento; pero bastó éste para apearse y desembainar ambos sus dagas y, abalanzándose el uno sobre el otro con furor, la lucha iba á ser á muerte, á no haberla interrumpido la llegada de Guzman y su jente.

El menino del rey ignoraba quien fuese el raptor de la hija de Roboan, porque éste hasta entonces se habia reservado declarar su nombre temeroso tal vez de su venganza; de modo que al dirijirse á los combatientes cuyos semblantes estaban velados por sus celadas, estuvo un momento indeciso á quien debia dirijir la palabra. Sacóle de su perplejidad el caballero misterioso, el raptor de Raquel, quien solicitando una momentánea tregua de su contrario, dijo con voz airada al menino del rey.

—¿Quién eres tú, caballero osado é imprudente que te atreves á venir á turbar el cumplimiento de mi venganza? Por el ímpetu y arrogancia que á nosotros te llegas, dijérase que vienes á imponer leyes á nuestro duelo, y el caballero que te dirije la palabra, no reconoce mas leyes que su deber, ni mas voluntad que la que le dicta su antojo.

—Pues yo en nombre del soberano, te mando que te des á prision por haber faltado á las leyes de la caballería, mal caballero, arrebatando del lado de su padre á una doncella honesta.

La entereza con que fueron pronunciadas estas palabras por el jóven Guzman, hubieron de hacer mella en el ánimo del misterioso caballero, porque deponiendo de repente su arrogancia, contestó con mesurado acento:

—Mal habeis juzgado de mis intenciones, si imaginais que yo haya arrancado de los brazos del autor de sus dias á esa jó-

ven para satisfacer mis torpes deseos. Si he apelado á la violencia, ha sido impulsado por mi loco amor, porque yo amo á Raquel con delirio, y su padre que es un judío miserable, ha despreciado constantemente mis ruegos, mis súplicas y hasta mis amenazas. Pues bien, cuando ya dueño del único tesoro que ambiciono, iba á depositarlo donde el deber me aconsejaba.....

—Atajó tus perversos pasos, quien como una sombra te sigue constantemente y espía tus inícuas intenciones, dijo el caballero desconocido que acababa de batirse con el raptor de Raquel. Por dos veces y en muy cortos dias la Providencia me ha puesto en tu camino para estorbar el cumplimiento de tus siniestros propósitos, y ambas veces he sido tan feliz, que lo he logrado cumplidamente. Mi presencia en el oratorio de Alcalá impidió que....

—Callad, dijo con voz de trueno el caballero misterioso á quien iban dirijidas aquellas palabras, callad!

—Lo haré, repuso su interlocutor, no porque os tema conde, ni se me hayan agotado las fuerzas para cumplir la promesa que en otro sitio os hice, y que cumpliré, no lo dudeis, cuando menos podreis imajinarlo, sino por mostrarme una vez mas jeneroso con mi enemigo.

—Acepto nuevamente duque, vuestra promesa, dijo el conde con reconcentrado furor.

—Pero antes de alejarme de vos, cumple á mi deber de caballero, repuso su contrario con acento irónico, que manifieste al capitan que vuestro amor á la bella judía podrá ser estremado, pero lo que es ella no participa á lo que parece de vuestra furiosa pasion. Digánlo sino las voçes de socorro que daba cuando vió en mí á un salvador. Dijo muy bien, el capitan, prosiguió el conde despues de un momento de pausa, que habiais faltado á las leyes de la caballería por haber hecho desaguisado á una doncella. No lo dudeis duque, sois culpable, y por tanto merecedor de castigo.

—Vuestros sarcasmos son armas de mala ley en este momento; pero no dudeis que los olvide para una ocasion oportuna. Ahora, capitan, añadió dirijiéndose á Guzman, permitidme que

me retire á mi castillo donde se le tributarán á esta jóven todas las atenciones debidas á su secso y á su estado.

Hasta aquel momento Pero Guzman al frente de sus ballesteros, habia permanecido impasible espectador de la lucha de palabras entre aquellos dos caballeros, cansados ya sus brazos de descargar sobre sus fuertes armaduras sendos tajos y reveses. Durante aquel tiempo sus miradas se habian fijado alternativamente al través de su celada, ya en uno ya en otro caballero, pero sobre todo en Raquel, que repuesta de su desmayo, se hallaba graciosamente sentada sobre el mullido cesped apoyada dulcemente su cabeza en el tronco de una robusta encina cuyas pobladas ramas velaban en parte su esbelta figura. Vestia una sencilla pero elegante túnica blanquecina; sus cabellos estaban recojidos por una toca amarillenta y sus menudos y albos piés calzaban unas pulidas sandalias. Al verla Guzman por segunda vez, el fuego de la pasion por la jóven israelita, creció mas y mas; su corazon palpitó con violencia y estuvo tentado un momento de saltar de caballo para arrojarse á sus plantas y decirla, yo te adoro. Pero su deber le imponia ocultar sus sentimientos; su deber y su amor le inspiraron las imperiosas palabras que aplacaron el orgullo del duque. Indudablemente Guzman en aquel momento á pesar de sus escasas y juveniles fuerzas, se hubiese arrojado contra su rival, si otra hubiese sido su contestacion; pero encerrado en los límites de la espectacion, permaneció impasible y silencioso, en tanto que las palabras de aquel fueron de disculpa ó se dirijieron á su contrario. Pero cuando vió que el duque, cuyo nombre le era todavía desconocido, no solo finjia olvidar el arresto que sobre él pesaba, sino que queria llevarse consigo á su amada, herido en lo mas profundo de su corazon, dijo á aquel.

—¿Os olvidais caballero que estais preso? Podia reclamaros vuestra espada y sin embargo no lo he hecho; podia conduciros á la córte y tampoco lo haré. Os concedo la libertad; pero ha de ser con la promesa que no habeis de atentar nunca mas contra la seguridad individual de esta jóven á quien me encargo de devolver á su padre.

Aquellas palabras que llegaron á los oidos de Raquel hicieron levantar los negros y rasgados ojos de la bella hebrea, los cuales se fijaron con una espresion de dulce agradecimiento en el caballero que las habia proferido. Por el contrario, irritaron de tal modo á su perseguidor, quien saltando en la silla del caballo y blandiendo en el aire su espada, esclamó con voz irritada:

—¡Primero me arrancarán la vida que á Raquel; compañeros á ella!

Apenas aquella voz de amenaza fué oida por Guzman, cuando éste puso velozmente su caballo delante del sitio que ocupaba Raquel. Cuasi instantáneamente hallóse á su lado el caballero desconocido, y tanto los hombres de armas que éste llevaba, como los que seguian al menino del rey, se pusieron en estado de defensa formando una especie de muro alrededor de la hija del judío.

Corto era el número de hombres que acompañaban al duque, pero osados todos como su señor, y á la voz de éste, sin titubear, espada en mano, se arrojaron sobre sus contrarios. El terreno donde aquella estraña lucha tenia lugar, era sumamente angosto y obstruido á trechos por gruesas piedras salientes y resbaladizas. Bien fuese por los sarcasmos que el conde habia proferido contra su mortal enemigo, bien por ser aquel el que le habia impedido consumar el rapto de la judía, el duque se abalanzó á él como un leon, pero en la impetuosidad de la carrera que imprimió á su caballo, ya por lo fatigado y herido que se hallaba éste, ó porque resbalase con una de las pizarras de que estaba sembrado el piso en aquel lugar, fué á caer á los piés del caballo del conde. Éste poniendo la punta de su espada en la garganta de su enemigo:

—¡Pié á tierra, gritó á los que le seguian, ó deja de ecsistir!

Y aquellos hombres animados un momento antes del furor que dominaba á su jefe, movidos por una sola voluntad en vista del peligro que amenazaba á su señor, obedecieron aquella voz imperiosa y se dejaron desarmar en silencio.

Mientras este acto tenia lugar, decia el conde á su enemigo á quien daba su mano para levantarse:

—No quiero abusar de vuestra desgracia y de mi triunfo Don Fadrique; únicamente permitid que os recuerde ahora que nadie nos oye, que si mi presencia en el oratorio de Alcalá impidió que sedujérais á una reina para satisfacer vuestra loca ambicion, mi presencia en este sitio ha impedido que arrastrárais á la perdicion á una jóven para satisfacer vuestra desenfrenada pasion.

Y Guzman libre de la celada que ocultára hasta entonces su semblante y dando el brazo á la hija de Roboan, la decía:

—Yo soy el paje, hermosa jóven, que hace dos dias os ví por vez primera en las ruinas del valle solitario, y desde aquel instante no he gozado de reposo, porque os amé desde el momento en que os ví. Ahora si me lo permitis, tendré la dicha de acompañaros al lado de vuestro padre á quien no es desconocido mi amor.

La jóven calló. ¿Quién es capaz de poder esplicar los secretos que encierra á veces el mas profundo silencio?

Dirijiéndose luego Guzman al caballero que habia salvado á su amada y que mas tarde se habia puesto á su lado para reprimir la arrogancia de su rival, dijóle con la voz del agradecimiento:

—Faltaria á un sagrado deber, caballero, si no os manifestase mi agradecimiento por la parte tan activa como habeis tomado en la salvacion de esta jóven; pero la satisfaccion de Pero Guzman, hijo del conde de Niebla no será cumplida, añadió levantando la celada, hasta que sepa el nombre de su valiente amigo.

—Acepto este título, Guzman, dijo el conde de Gijon, sacando de su diestra la manopla ensangrentada y dando la mano al jóven menino en muestra de amistad; pero no puedo acceder por el momento á vuestros deseos; altas consideraciones de estado impiden que revele mi nombre. Por otra parte, mi venganza no queda todavía satisfecha, añadió dirijiéndose al duque á quien sus

soldados vendaban las heridas que habia sufrido en el duelo que acababa de sostener. ¿Espero duque, que en cuanto vuestro estado os lo permita, no os negareis en satisfacer la deuda que todavía teneis pendiente conmigo?

—¡A vida ó á muerte! dijo aquel.

—¡De dos uno! repuso el conde.

El conde y sus jentes fueron los primeros que se alejaron perdiéndose en las revueltas del bosque. Antes de hacerlo Guzman, dirijióse á su rival ofreciéndole sus servicios; pero éste con voz sombría le dijo:

—Todavía alienta mi corazon; todo lo he perdido menos el honor en este instante, pero entended caballero, quien quiera que seais, que la judía será mia y.....

—¡Nunca! esclamó Guzman interrumpiendo al misterioso caballero; primero me arrancareis la vida, porque yo tambien la amo.

—¡Os repito que Raquel será mia; porque nada resiste á mi voluntad!

—¡Orgullosas por demas son vuestras palabras! ¿Y quién sois vos que á tanto osais?

El duque haciendo un esfuerzo levántose de la roca que le servia de asiento; con un ademan imperioso hizo alejar á los que le rodeaban, y acercándose al oido de Guzman, pronunció unas palabras que nadie oyó. Éste contempló un instante con una mezcla de terror y asombro á su rival y luego sin que éste opusiera nueva resistencia, tomó el menino del rey el camino de la córte seguido de Raquel y de los ballesteros.





CAPÍTULO III.

Porque las apariencias son muchas veces engañosas, y como una voluntad oculta puede alimentar varias esperanzas.

MIENTRAS tenian lugar los hechos que hemos narrado en el capítulo anterior, dos caballeros embozados en anchas capas entraban en la villa de Madrid, precisamente por la puerta opuesta á la que algunas horas antes habia salido el menino del rey, en direccion á los bosques del Pardo. Los dos parecian entrados en años y por la rápida marcha que imprimian á sus cabalgaduras, dijérase que llevaban intencion de llegar lo mas pronto posible al sitio donde se encaminaban. Despues de haber atravesado las tortuosas calles que confinaban con el portillo de Valencia, desembocaron en una plazuela angosta y solitaria en cuyas casas de elevados techos, grandes aleros y caprichosos voladizos, reinaba un sepulcral silencio. Frente el portal de uno de aquellos edificios, que tenia todas las apariencias de un modesto palacio, se pararon los dos desconocidos. Un instante despues un hombre que vestia gregüescos de

terciopelo negro, jubon corto atacado con una correa de baqueta y ropilla de bayeta de la que pendian otros mangas sueltas sobre manera largas, salió del portal y acercándose respetuosamente á los dos caballeros, dijóles algunas palabras á media voz. En vista de una seña afirmativa que le hicieron, tomó en seguida á los caballos por el freno y los condujo hasta el interior del patio del palacio, donde se apearon los caballeros y subieron con bastante rápidez la escalera que conducia al piso principal. Otro servidor cuyo traje corria parejas con el del anterior, con la sola diferencia de que iba sin ropilla y traia el jubon acuchillado, muy ceñido y ajustado al cuerpo con faldillas sumamente cortas, atacado con los calzones, salió á recibirles haciendo á los dos personajes una profunda cortesía.

—¿El maestre está en disposicion de recibir á dos amigos? dijo el caballero que llevaba la derecha.

—¿Vuestas mercedes se dignarán decirme sus nombres, para que tenga el honor de anunciarles? dijo el servidor, haciendo una nueva cortesía.

—¿El maestre se halla solo? preguntó el otro caballero, sin atender á la ecsijencia del criado.

—Don Lorenzo hace rato que ha recibido á otras personas; pero tengo órden para.....

—Bien os decia yo que habíamos tomado el tiempo muy corto, esclamó uno de los dos interlocutores, dirijiéndose á su compañero sin esperar que el criado terminase la frase comenzada. Id, prosiguió dirijiéndose á éste y decid al Sr. de Figueroa muy reservadamente, que están esperando aquí sus órdenes D. Gonzalo Nuñez y D. Juan Alonso.

Otra vez hizo una cortesía el servidor, y salió á cumplir el mandato de los amigos de su señor.

Pocos instantes habian transcurrido, cuando entró apresuradamente en la pieza del palacio en que se hallaban aquellos dos caballeros, otro tercer personaje de edad provecta, semblante severo y mirada penetrante. Véiase entre los pliegues de la capita que colgaba de sus hombros la cruz de maestre de Santiago y

del talabarte que ceñia su cintura, pendia una espada de doble filo con rica empuñadura.

—Empezaba á desconfiar, señores, de vuestra llegada, dijo el maestre de Santiago á sus amigos apenas se halló en su presencia; considerad que hace tres dias que os estoy aguardando en Madrid, que hoy es el señalado para recibirnos el arzobispo, y que dentro pocos instantes dará la hora de la cita, y sin embargo todavía no hemos tenido la entrevista que vosotros deseabais y que tambien yo juzgaba muy conveniente.

—No creais, maestre, que haya sido por culpa nuestra la tardanza de que os lamentais y nosotros sentimos en el alma, dijo D. Alonso de Guzman, conde de Niebla; un accidente imprevisto que....

—Dispensad, conde, que os interrumpa, dijo D. Lorenzo Suarez de Figueroa, mirando á su alrededor; considero que os debeis hallar un poco fatigados y justo es que tomeis un momento de descanso. A vuestra edad, añadió dando algunos pasos hácia una puerta que se hallaba en frente de la que habia salido, un viaje largo se hace mas penoso.

Entraron luego los tres caballeros en un gabinete de cuyas paredes pendian varias armaduras antiguas y entre ellas algunos cascos y espadas colosales. Antes de cerrar la puerta tras sí, dirijiéndose el maestre de Santiago al criado de jubon acuchillado, que le hacia las veces de mayordomo, le dijo:

—Entrad en el salon, donde se hallan reunidos algunos caballeros, decidles que he salido á recibir á unos amigos y que luego volveré á estar con ellos. No estrañeis, señores, añadió dirijiéndose á los recien llegados, que os haga entrar en esta especie de armería, porque ausente del antiguo palacio de mis padres cuasi todo el año, se hallan poco menos que desmueblados los otros salones. Ademas deseo que nuestra entrevista sea á solas, y aqui ningun importuno vendrá á incomodarnos.

Aquellos tres personajes tomaron en seguida asiento en otras tantas banquetas de cuero que rodeaban el gabinete. El conde de Niebla fué el primero que tomó la palabra.

—Os decia, esclamó dirijiéndose al maestre de Santiago, que un accidente imprevisto habia retardado nuestra llegada. Apenas recibimos el mensaje del arzobispo encargándonos venir á esta córte para acordar lo necesario á fin de dar órden en las cosas de la gobernacion, recibimos otro de Guzman en que nos decia pasáramos por el castillo de Benavente donde tambien él acudiria con el objeto de concertar con D. Fadrique lo que juzgásemos necesario antes de avistarnos con D. Pedro Tenorio; pero es el caso, que si bien fuimos á Benavente donde nos estaba aguardando Mendoza, hallábase ausente estos dias sin que nadie supiese su paradero, el infante D. Fadrique. En vano hemos aguardado hasta el último instante; el duque no ha parecido; entonces de comun acuerdo con D. Gonzalo, nos pusimos en camino para esta villa. El mayordomo mayor de Don Juan quedóse allí sumamente ansioso por la tardanza de su amigo, y nos prometió hacernos partícipes de cualquiera novedad que pudiese haber ocurrido.

—Yo creo, dijo el maestre, que ese D. Fadrique anda perdido de amores por no sé que condesa, que lo tiene siempre ausente de su castillo; de modo que mal podrá atender á los negocios del reino este mozo cuyo corazon amante dominará sin cesar su cabeza juvenil.

—En efecto, repuso D. Gonzalo, algo he oido decir de las correrías del duque en demanda de la mano de cierta dama que diz es tan poderosa como bella; pero si no miente la fama, no son estos los únicos amores que traen ocupado al osado doncel; por manera que si tenemos que dar crédito á lo que de él se dice, es D. Fadrique tan ambicioso de gloria y riquezas como de nobles corazones.

—De modo, observó el primer interlocutor, que la persona con quien mas contábamos para oponer al ascediente del arzobispo con el rey, es de la que menos podemos esperar; y de veras que me pesa, porque ya sabeis, señores, prosiguió D. Lorenzo Suarez, rebajando el tono de su voz, ya sabeis que el duque de Benavente es muy temido de Tenorio y....

—Permitid que os interrumpa, maestre, dijo D. Alonso, pero considero altamente necesario en la entrevista que vamos á tener con el arzobispo, que éste nada trasluzca acerca nuestras simpatías para con el duque. Convengo en que el infante es osado y que le teme Tenorio; pero nosotros debemos estar á la espectativa hasta ver el sesgo que toma el negocio.

—Está bien; pero decidme, señores, dijo D. Lorenzo Suarez, ¿de que parecer sois en caso que el arzobispo quiera prescindir de la presencia de D. Fadrique? ¿Considerais prudente aceptar, aunque sea condicionalmente las proposiciones que nos haga Tenorio, ó bien resistirnos á dar una contestacion definitiva hasta tanto que nuestro amigo haya manifestado su voto?

—En verdad maestre, dijo el conde de Niebla, que no sé que deciros; vuestra pregunta me pone perplejo. ¿Qué os parece á vos D. Gonzalo?

—Señores, yo opino que no debemos resolver nada definitivamente hasta que veamos cuales sean las miras del arzobispo. Hasta ahora D. Pedro Tenorio no ha dejado traslucir sus intenciones é ignoramos completamente el destino que nos reserva ó la autoridad que nos señala.

—Es que D. Pedro Tenorio, á pesar de su alta dignidad no tiene facultades omnimódas sobre nosotros, dijo el maestre de Santiago, el arzobispo podrá consultarnos; pero no mandarnos. Si á tanto se atreviera, creo caballeros, que tenemos sobrado amor propio para resistirnos. Iguales á él, en la regencia podremos serlo, inferiores nunca.

Estas palabras que alhagaban la ambicion de aquellos personajes, hallaron un favorable eco en ellos, asi es que D. Gonzalo y D. Alonso se apresuran en contestar:

—¡Decís bien, maestre, el arzobispo no es de mejor condicion que nosotros!

—A mas de que, prosiguió D. Lorenzo Suarez, en tono satisfecho, ahí están tambien D. Pedro de Castilla, conde de Trastamara y D. Alonso de Aragon, porque es probable que cese el en-

tredicho que pesa sobre este último, quienes servirán de poderoso contrapeso contra cualquiera violencia que se intentára ejercer sobre nosotros....

—A propósito de contrapeso, observó D. Gonzalo Nuñez, ¿Y sabeis maestre, si el arzobispo cuenta con muchos prosélitos?

—En el corto espacio de cuatro dias que me hallo en Madrid, no me ha sido posible averiguarlo; verdad es que he andado muy precavido en hacer preguntas, porque ese hombre á lo que parece, tiene muchos emisarios secretos. Ahora mismo antes de llegar vosotros, me hallaba en el salon con algunos grandes y procuradores de las ciudades y villas de los reinos que han venido á Madrid al propio objeto que nosotros, y mucho he de engañarme, ó me temo que algunos de ellos están vendidos al arzobispo. Tengo mis razones para creerlo asi. Asi es que, y sea dicho sin ánimo de despediros, juzgo prudente que no os vean; no sea que luego vayan á sospechar algo; yo vuelvo con ellos en tanto que llega la hora de ir á palacio. Si os parece, alli volveremos á vernos.

—Está bien, contestó D. Alonso.

—Entretanto irémos á nuestras posadas á mudarnos el traje y descansaremos para esperar la hora de la audiencia.

Los tres amigos se despidieron; mas antes de hacerlo D. Gonzalo de D. Alonso, dijo éste á aquel:

—¿Qué os parece del maestre?

—¿Y á vos?

—Francamente no se que deciros, pero....

—Os comprendo, porque pienso como vos.

El maestre de Calatrava y el conde de Niebla sospechaban del maestre de Santiago; éste recelaba de aquellos dos caballeros, y los dos amigos no tenian una completa confianza entre sí.

Tampoco la tenia de ninguno de aquellos y otros personajes que acababan de llegar á la corte, D. Pedro Tenorio que á la sazon se hallaba abismado en profundas reflecsiones en uno de los aposentos interiores de palacio, despues de haber despedido á algunos sabios teólogos á quienes acababa de consultar un asun-

to de grave peso para su conciencia. Lo dijimos ya anteriormente; el arzobispo de Toledo, á pesar de la edad madura que habia alcanzado, dificilmente resolvia ninguna cuestion trascendental, sin haber oido antes el parecer de su consejo de teólogos, cuyas opiniones, preciso es confesarlo, no acataba siempre ciegamente.

El arzobispo cuya mirada penetrante alcanzaba hasta en los mas recónditos pliegues del corazon humano, habia sorprendido la que la reina viuda habia dirijido á D. Fadrique en la noche que los halló con D. Alonso de Aragon en el oratorio de Alcalá, y aquella mirada y aquella entrevista, no se habian borrado de su memoria. Avisado oportunamente aquel prelado de la llegada de D. Fadrique á Alcalá, habia dispuesto que fuese vijilado de cerca; de modo que apenas el infante entró en el aposento de la reina, estuvo tambien en él Tenorio seguido del obispo de Sigüenza con quien á la sazon estaba conferenciando. Sospechaba el allegado de D. Juan cuales fuesen las intenciones del atrevido infante; pero lo que no se le habia ocurrido hasta entonces, era que la reina pudiese blandear con él. La contestacion evasiva y salvadora de Beatriz y mas que todo su mirada, que el arzobispo juzgó que era mirada de inteligencia, engendraron en el ánimo del anciano violentas sospechas, infundadas si se quiere, pero que en su natural receloso tomaron proporciones jigantescas.

Todo debe esperarse, díjose para sí, de ese osado mozo, quien durante la vida de D. Juan ha dado repetidas muestras de su carácter rebelde y de su ambicion desmesurada, y esa osadía y esa ambicion crecerán de punto, desde el momento en que le ausilie en sus locos propósitos, ya sea con su afecto ó tal vez con su amor, la reina Doña Beatriz. Esta idea tuvo preocupado al arzobispo hasta el punto de olvidar sus ordinarios deberes. Hubo un momento en que pensó dirijirse á la reina viuda para saber de su boca la verdad de lo que hasta entonces no era mas que una sospecha en él; pero temió oir aquella verdad, y dejó á Doña Beatriz en el silencio en que al parecer se habia encerrado. Para él los dos rivales mas temibles en la regencia, eran la reina viuda y D. Fa-

drique; pero ni á uno ni á otro temia si se hallaban separados.

En sus profundas meditaciones para destruir aquellos elementos que á su vez podian tal vez un dia derribarle de su poder, discurrió varios medios para acallar cualquiera pretension que pudiese abrigar la reina viuda, y si bien su imajinacion recorrió toda la escala de las pasiones humanas que vencen y subyugan los ánimos mas resueltos, acabó por no fijarse en ninguna como acontece generalmente en las personas del carácter del arzobispo. Entonces fué cuando recurrió al consejo de los teólogos. El parecer de estos estuvo esta vez de acuerdo con los deseos del prelado, y su resolucion quedó fijada pocos momentos antes que los grandes y procuradores de las ciudades y villas de los reinos llegasen á palacio.

Estaba meditando sin duda Tenorio en la resolucion que acababa de tomar respecto á la conducta que debia seguir para con Doña Beatriz, cuando le sacó de sus reflecsiones la voz de un ujier quien le advirtió, que habiendo dado la hora de la audiencia, varios grandes del reino, nobles, señores y procuradores de las ciudades y villas, iban llegando á palacio para asistir á ella.

Don Pedro Tenorio siempre ecsacto y puntual en sus deberes, levantóse apresuradamente del sillon en que estaba sentado, y dirijiéndose al ujier, díjole rápidamente:

—Avisad al camarero mayor D. Juan de Velasco, para que advierta al rey, á su hermano D. Fernando y á la reina Doña Beatriz, que la hora de la audiencia ha llegado por si es de su agrado asistir á ella.

Pocos momentos despues se trasladaba el arzobispo de Toledo á uno de los salones mas espaciosos y bien dispuestos de la réjia morada, en el cual fueron entrando en seguida, ocupando los numerosos asientos que en él habia dispuestos oportunamente, D. Lorenzo Suarez de Figueroa, maestre de Santiago, D. Gonzalo Nuñez de Guzman, maestre de Calatrava, D. Alonso de Guzman, conde de Niebla, Fray Juan Enriquez, confesor del rey, Fray Hernando de Illescas, confesor del rey su padre, D. Diego Hurtado de Mendoza, almirante mayor de Castilla, D. Diego Lo-

pez de Estúñiga, justicia mayor, D. Pero Lopez de Ayala, que vino á ser canciller mayor, Ruy Lopez de Avalos, condestable que vino á ser de Castilla, D. Juan Serrano, obispo de Sigüenza, D. Juan de Velasco, camarero mayor del rey, y otro buen número de prelados, grandes, caballeros y procuradores de las ciudades y villas de los reinos, convocados todos espresamente por el arzobispo para tratar de la constitucion de la rejencia durante la menor edad del rey niño.

Ya reunidos todos aquellos personajes en el salon, levantóse Don Pedro Tenorio del asiento que ocupaba, y dirijiendo la voz á las personas eclesiásticas y seglares que en torno suyo se hallaban, les habló de esta suerte:

—La providencia me reservó para recibir el último suspiro de D. Juan, y mi deber me aconsejó que no abandonase al tierno infante que al morir confió á la hidalguía y á la fidelidad de los pechos castellanos el mejor de los reyes. Mi conciencia está tranquila, porque juzgo que he cumplido con mi Dios y con mi rey.

Los amigos de Tenorio acojieron con un murmullo de aprobacion tan solemnes palabras. Aquellos á quienes su conducta era sospechosa, se contentaron con callar.

—Pero no hubiese llenado las obligaciones que me imponia mi deber, como íntimo amigo que era del difunto rey, si despues de haber jurado fidelidad á su réjio vástago, no os hubiese convocado en su nombre á vosotros los prelados, los grandes y nobles de los reinos, los que representais las ciudades y villas de Castilla y Leon, para que acordáseis lo conveniente para la eleccion de las personas que deben ocupar la rejencia durante la minoridad de Enrique.

—Cúmplase la voluntad del rey difunto, dijo el conde de Niebla.

—La voluntad del rey no es conocida, repuso el arzobispo.

Aquellas palabras causaron honda sensacion en el congreso, porque hasta los mas íntimos amigos de Tenorio, sospechaban que D. Juan aunque muerto intestado, habia revestido al morir de poderes estraordinarios al arzobispo. Aquella declaracion destruia sus sospechas y ponia de manifiesto la buena fé de Tenorio.

En esto levantóse D. Pero Lopez de Ayala, muy notable caballero en letras y erudicion, diciendo:

—La voluntad del rey es conocida.

Todas las miradas se fijaron en aquel caballero, y los que habian absuelto tácitamente á Tenorio, volvieron á condenarle por creerse que habia faltado á la verdad. El mismo arzobispo quedó absorto al oir aquella inesperada revelacion.

—¿Creeis que asi sea? dijo á D. Pero Lopez con el mayor interés que algunos juzgaron que era hipocresía.

—Si vuestra memoria no os es infiel, contestó aquel caballero, debeis recordar que el mismo D. Juan os envió el testamento que hizo en mi presencia, si mal no recuerdo, el dia veinte y uno de julio del año pasado de ochenta y cinco en el cerco de Cillorico de la Vera en el vecino reino de Portugal.

Al oir aquellas palabras que condenaban al prelado, permanecieron silenciosos sus amigos; pero sonó un murmullo de acusacion en los asientos que ocupaban sus enemigos. Entonces todas las miradas pasaron de D. Pero Lopez de Ayala á la persona de D. Juan Tenorio que aparecia como un reo. Este sin inmutarse, con faz serena, contestóle:

—Es asi verdad, y recuerdo perfectamente el contenido del testamento de D. Juan á que os referis. Tan presente lo tengo, que el rey nombraba por tutores de Enrique y gobernadores de los reinos al condestable D. Alonso de Aragon, marqués de Villena, á D. Juan Garcia Manrique, arzobispo de Santiago, á Don Pedro Nuñez, maestre que fué de Calatrava, á D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla aqui presente, á D. Pero Gonzalez de Mendoza, que fué mayordomo mayor del rey, y con ellos un vecino ó dos de las ciudades de Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba y Murcia, y ademas á mi humilde persona; pero habeis de saber D. Pero Lopez, puesto que lo ignorais y con vos tal vez varios de los caballeros que están aqui presentes, que aquel testamento fué devuelto al rey á instancias suyas, porque como mostró mas tarde en palabras y obras, no fué aquella su última voluntad.

—Como en hecho de verdad lo mostró, dijo D. Gonzalo Nuñez de Guzman, por haberlo oido de boca propia del rey.

—Otro tanto puedo decir yo, sin faltar á los secretos de la confesion, añadió Fray Hernando de Illescas, confesor que habia sido del rey.

—En tanto esto es asi, prosiguió Ruy Lopez de Avalos, que sé de cierto, y como yo varios grandes del reino, que D. Juan en las últimas córtes que celebró en Guadalajara, nombró á ciertas personas para gobernadores de los reinos, mientras que el príncipe D. Enrique fuese de menor edad.

—Entonces, de todos modos, repuso D. Pero Lopez de Ayala, á quien la réplica del arzobispo y las aseveraciones de los demas caballeros que habian tomado la palabra, colocáran en una posicion embarazosa; como quiera, dijo el cronista, Don Juan hizo testamento. Quedaría sin valor el que hizo el rey en mi presencia, convengo en que asi sea, puesto que vosotros lo asegurais, señores; pero es un hecho, segun acaba de demostrar Don Ruy Lopez de Avalos, que el rey no murió intestado.

—Si la voluntad del rey difunto ecsiste escrita, yo seré el primero en acatarla, dijo D. Pedro Tenorio, con voz solemne; pero urje saber donde ecsiste este documento que debe señalarnos nuestra conducta para el porvenir. Diga cualquiera de vosotros, si es que lo sepa, donde se halla guardado el testamento que se supone hizo D. Juan en las córtes de Guadalajara. Gran responsabilidad pesaría sobre cualquiera de nosotros, que con su criminal silencio dejase yacer en el olvido un escrito que debe tranquilizar nuestra conciencia, y que debe ser al propio tiempo la norma de nuestro deber. Yo soy el primero que deseo que se cumpla la voluntad del rey.

Un profundo silencio sucedió á las palabras del arzobispo, porque ellas sellaban la boca á sus enemigos.

—En esto levantóse D. Diego Lopez de Estúñiga, justicia mayor, diciendo:

—Opino, señores, que ya que es sabido que D. Juan nombró antes de fallecer á ciertas personas para gobernadores de

los reinos, en tanto que el príncipe D. Enrique, que ahora es rey, fuese de mayor edad, considerando que nadie de los que aqui están presentes, sabe el paradero del testamento y como deseamos todos hallar una escritura que para luz de estas cosas y dificultades haga al caso, encárguense algunos de nosotros de pasar á la cámara del rey difunto á fin de ecsaminar sus papeles para ver si entre ellos se descubre su testamento.

Aquella proposicion mereció el aplauso general, y ya entre los concurrentes se trataba de quienes habian de ser los caballeros que formasen la comision, cuando se dejó oir otra vez la voz de Tenorio.

—Me conformo, dijo, con lo que acaba de proponer D. Diego Lopez; pero como sea esta una mision muy delicada, opino á mi vez que deben desempeñarla aquellas personas que por su rango y autoridad merezcan la simpatía y el sufragio general. No se diga luego que en nuestro afan de gobernar hemos atropellado por todo. Faltan en este congreso tres personas respetables, y son á saber: D. Fadrique de Castilla duque de Benavente, D. Alonso de Aragon, marques de Villena y conde de Denia, y D. Pedro de Castilla conde de Trastamara, quienes por ser de sangre real, les corresponde en mi concepto el derecho de formar parte de la comision investigadora. Aguárdese que que lleguen estos señores, quienes podrán proceder en union de otras personas, si asi se considera necesario, al ecsámen de los papeles que puede encerrar la cámara real.

Tambien fué aprobada aquella proposicion por unanimidad, y antes de disolverse la asamblea, acordóse que mientras se aguardaba la llegada de aquellos personajes, se celebrase el torneo que formaba parte del programa de las fiestas reales que debian verificarse con motivo de la elevacion al trono de Enrique III.

Apenas la grandeza del reino hubo despejado el salon, las hojas de una puerta dorada que comunicaba con los aposentos interiores de palacio se abrieron de par en par, y apareció en su umbral el rey niño.



CAPÍTULO IV.

Mientras el rey pide justicia al rey, unos pajes y escuderos juzgan y fallan sin apelacion en el patio del réjio alcazar; pero la imprevista llegada de un desconocido, suspende la accion de uno y otros.



RESENTÓSE el jóven Enrique acompañado de su madrastra Doña Beatriz. En pos de ellos iba Don Alvar, obispo de Cuenca, que como prelado que al rey educaba, posaba en palacio. Detrás de aquellos tres personajes seguian Don Fernando, hermano menor del rey, y el jóven Guzman su menino.

Despues de haber atravesado el dintel de la puerta dorada por donde salieron, las hojas de esta volvieron á cerrarse impelidas por una mano invisible. El salon se hallaba enteramente vacío; solo habian quedado en él D. Pedro Tenorio y dos familiares del arzobispo que estaban dispuestos á hacerle las veces de secretarios, pero que ni una sola línea habian escrito durante la solemne sesion que acababa de tener lugar. Al ver D. Pedro á Enrique y demas personas que le acompañaban, levantóse de su asiento é iba á descender el escalon de la tarima donde descansaba la mesa delante de la cual estaba sentado, pero el rey le hizo ademan de que permaneciera en su puesto.

Sentaos, D. Pedro le dijo, que bien estais en este puesto, y hacedlo tambien vosotros á mi lado, añadió dirijiéndose á las personas que le acompañaban; cada uno ocupe el lugar que le corresponde en este momento; vos arzobispo por vuestro carácter, por vuestra edad y por vuestro deber, como un juez que vá á administrar justicia, nosotros como unas simples personas que venimos á reclamarla.

Aquellas inesperadas palabras, llenaron de asombro al allegado de D. Juan I, porque si de una parte estaba ajeno de imajinar cual era el propósito de Enrique, admirábale de otra en boca de un niño semejante lenguaje. Al ver el ademan noble y severo del rey, pudo creer en un principio que iba á fulminar algun terrible cargo que él ignoraba contra su persona, mas al punto su conciencia tranquila y el honorífico puesto que le señalaba el jóven soberano, le sosegaron completamente. Si D. Pedro Tenorio era ambicioso del poder, no lo era para abusar de el, sino para hacer nacer de su imperio todo el bien posible; deseaba acercarse al rey, no tanto para gozar de la aureola que rodea al monarca, cuanto para poder ejercer la autoridad bienhechora que está reservada á éste.

—Ya os escucho, señor, dijo el venerable prelado con voz tranquila y permaneciendo en pié.

—Sentaos, repuso Enrique, que aqui solo debo estar yo en pié.

Obedeció D. Pedro Tenorio, y el rey añadió:

—Apenas aquel que rije los destinos del mundo, separó de mi lado á un rey benéfico y á un padre amante, depositando en la débiles manos de un niño el pesado cetro de los reinos de Castilla y Leon, fuisteis vos el primero, D. Pedro, que acudisteis á mí, y al anunciarme tan triste nueva, jurasteis lealtad y amparo al hijo de D. Juan. Yo acepté agradecido vuestros nobles ofrecimientos, y antes faltará el aliento á este niño que os habla, que la gratitud en su pecho. Enrique os dá las gracias no solo en su nombre, sino tambien en el de su hermano D. Fernando y de la reina Doña Beatriz aqui presentes. A dos personas soy deudor de

eterno agradecimiento; á vos D. Pedro porque aconsejásteis con lealtad y sabiduría á mi padre, y en el momento de peligro os pusisteis á mi lado para ampararme, y á mi maestro D. Alvar, cuyos saludables consejos tienden á encaminarme por la senda del deber y de la virtud.

—Señor, dijo el arzobispo hondamente conmovido por las bondadosas palabras de Enrique; el que cumple con su deber no merece en mi concepto, ni elojio ni recompensa. Yo creí que el mio me aconsejaba prestaros mis humildes servicios y esto con tanto mas motivo, cuanto con la inesperada muerte de vuestro padre podian surjir de repente ciertas dificultades....

—No prosigais, D. Pedro, porque aunque muy jóven, no se me ocultan á mí las maquinaciones de los hombres. Y no estrañeis que asi os hable un niño, porque apenas me he sentado en el trono de Castilla ya llegan á mis oidos el rumor de las discordias y los lamentos de los desgraciados. Pues bien, D. Pedro, á vos que por vuestra dignidad y vuestra elevacion, cuando no por la voluntad de mi padre, debeis formar parte de la rejencia durante mi menor edad, vengo á pediros justicia y consejo, la la justicia la reclamo para un infeliz anciano oprimido por un poderoso, el consejo lo pido para una mujer aflijida; el anciano vá á comparecer dentro de poco en vuestra presencia, la mujer es mi madrastra Doña Beatriz de Portugal.

—Todavía no es conocida la voluntad de vuestro augusto padre acerca quienes deben ser los grandes de los reinos que deban rejentar la corona, dijo D. Pedro, tal vez para eludir el compromiso que iba á pesar sobre él. Los prelados y nobles señores que acaban de salir de este salon, imajinan que es probable pueda ser mas tarde conocida; entretanto no está constituido el poder y por consiguiente no me es dado poder ejercer la administracion de justicia. Aguardad señor, que...

—La justicia no aguarda como vil cortesana: cuanto mas infeliz sea el que acude en su amparo, mas pronto debe dejar oir su voz; ¿no son estos los preceptos de que soy deudor á vuestra sabiduría, D. Alvar, repuso el rey niño dirijiéndose al obispo de

Cuenca. Ahora bien, D. Pedro, yo Enrique III de Castilla os revisto de todos los poderes necesarios para ejercer justicia en nombre del rey, ya que esos grandes y esos señores de que me hablais, siquiera por gratitud, no lo han hecho ya antes de salir de este sitio en vez de disputarse un derecho efímero del que tal vez tras cortos dias yo les privaré.

Y como el jóven monarca observase que aun titubeára el arzobispo, añadió con entereza:

—Nada temais, D. Pedro: el rey demanda justicia al rey, y el que lo es tan solo de nombre hoy en Castilla, quiere tener la gloria de haberla pedido antes que ejercido. Cúmplase la voluntad del hijo, no lo dudeis, porque tal hubiese sido la voluntad del padre.

—Será cumplida, señor, dijo Tenorio cada vez mas admirado de la valentía que encerraban las palabras del rey.

—Ahora bien, prosiguió Enrique, recordareis que al entrar en este sitio os dije que venia para reclamar justicia para un anciano y consejo para una mujer. El anciano aguarda allí, añadió señalando la puerta dorada, la mujer ya se halla aquí y esta es Doña Beatriz. Las leyes de la cortesanía y el respeto debido á las damas, me imponen el deber de suplicaros que oigais primero á la que mi padre elejió por esposa, á la virtuosa señora que desde mi mas tierna infancia me ha hecho las veces de madre. En vuestro doble carácter de ministro de Dios y de los hombres, ella os dirá cosas que no debe oir un niño, por mas que este niño sea un rey. Salgamos amigos mios, dijo á su hermano, maestro y amigo, que aunque sea esta una escena de familia, y vosotros compongais la mia, hay secretos que bien están en serlo.

Siguieron á aquellas cuatro personas los dos familiares del arzobispo, y éste quedó solo con Doña Beatriz en aquel grandioso salon sin mas testigos que los mudos retratos de numerosos reyes de frente altiva y mirada penetrante, que estaban colgados de las suntuosas paredes de aquella soberbia estancia. Aquellas imájenes fieles de los soberanos de Castilla revestidas de toda la pompa real, aquellos grandes reyes que habian pre-

cedido en el sólio al esposo de Doña Beatriz, fueron los únicos que presenciaron aquella escena que Enrique habia calificado de familia, pero que tenia todas las trazas de ser una confesion en la que iban mezclados altos asuntos de estado.

Por lo que hace á Enrique y las personas de su séquito, desaparecieron tras la puerta dorada que volvió á cerrarse cuidadosamente apenas hubo dado paso á aquellos personajes.

Dejémoslos un momomento que pronto volveremos á encontrarlos, para ocuparnos entre tanto de otras escenas que tenian lugar al propio tiempo en remoto lugar del antiguo palacio de los reyes de Castilla.

Mientras algunas horas antes los grandes de la nacion y los representantes de las ciudades y villas de los reinos se encaminaban á palacio para corresponder al llamamiento que les habia hecho el primado de las Españas, entraba por una de las puertas de la villa, Roboan seguido de los ballesteros que le acompañaban. Iba el israelita montado en uno de los caballos de aquellos, y como el infeliz llevaba los vestidos manchados de sangre, la cabeza caida sobre el pecho y abismado en profundas reflecsiones, imaginaban los que le encontraban al paso que era un criminal confeso y convicto manchado todavia con la sangre de su víctima, ó que habia sido herido en encarnizada lucha; é inútil es decir que con este motivo llovian sobre el hebreo mil burlas á cual mas picantes. Su condicion de judío, pues asi lo revelaba su traje, hacía que se mostrasen mas desapiadados con él los que le rodeaban y lanzasen contra su persona todo el veneno de la mofa. El viejo procuraba cerrar sus oidos á aquellas voces de maledicencia; pero algunas de ellas como afiladas saetas, se abrian paso hasta su corazon que ya estaba rebosando amargura. Sin embargo, mártir del amor paternal, Roboan permaneció impasible, al menos aparentemente, y solo al apearse en uno de los patios de palacio y hundiendo su cabeza entre las palmas de su mano, ecsaló un hondo y prolongado suspiro.

—¿Si será un gran señor, disfrazado de judío que viene de luengas tierras á prestar pleito homenaje al rey? dijo en tono

de burla un escudero que sujetaba por las riendas á un brioso caballo árabe.

—Brava suposicion, contestó un doncel muy relamido atusándose los bigotes; se conoce amigo, que tienes muy dura la mollera, ¿á quién puede ocurrírsele sino á tí, que un hijo de padres cristianos quiera disfrazarse con este traje de infamia.

—Cuidado señores, añadió un pajecillo, en adular demasiado á los nazarenos, que aquí está la luz del sanedrin que os alumbrará de un candelerazo.

—Pero si maese Nasi no vé, cómo quieres que....

—Pero sabrá arañar de lo lindo, y vaya lo uno por lo otro; mira sus manos como todavía chorrean sangre.

—¿Qué cristiano has desollado vil ave de rapiña?

—Es la sangre de Judas, que le mana por todos los poros, y sino miradle el rostro que tambien gotea.

—Pues entonces un soguita al pescuezo y ponerlo á secar.

Roboan levantó entonces su cabeza como si dispertase de un profundo sueño, y dijo con acento lastimero á los que le rodeaban:

—Señores, por piedad, decidme ¿dónde se halla el paje negro?

Una estrepitosa carcajada acojió las palabras del israelita. La risotada atrajo en torno del hebreo las miradas de otros pajes y escuderos que andaban dispersos por el gran patio de palacio esperando á sus señores que se hallaban conferenciando á la sazon con D. Pedro Tenorio, y como toda era jente bulliciosa y desocupada, no tardaron en rodear al infeliz viejo colmándole de sarcasmos é injurias.

—¿Quién de vosotros es el paje negro? díjoles el doncel almibarado.

—El Judas necesita un cuervo; ¿quién de vosotros quiere prestarle el pico y las uñas? añadió el escudero.

—Te equivocas amigo, prosiguió el paje, ya se basta el judío y no tiene necesidad de ninguna otra ave de rapiña por ausiliar. ¡No ves que entonces tendria que compartir la presa! Lo que pi-

de el pigargo es su demonio familiar para que le saque del garlito en que ha caido.

—En efecto, dijeron varias voces; esa canalla tiene pacto hecho con el demonio.

—Pero tambien tenemos nosotros jurado que no hemos de dejar con cabeza á ningun hijo de Satanás, añadieron otras voces.

—¡Mejor es asarlo vivo!

—¡O llevarlo á la picota!

—¡Preferible es atarlo á la cola de un potro!

—De todos modos debe morir; pues que muera divertiéndonos.

—Ea, no hay que perder tiempo, que los ballesteros que lo custodiaban se han ido y debemos aprovechar la ocasion.

Y cuatro ó cinco de aquellos hombres desapiadados se arrojaron como fieras sobre el anciano. Al sentir éste el violento contacto de sus callosas manos, incorporóse de repente y con acento irritado les dijo:

—Cobardes y felones, almas bajas y corrompidas, asi os atreveis contra un pobre viejo indefenso que acude al soberano, no como preso y acusado de un crímen, sino en demanda de amparo y de justicia.

—El viejo marrullero pide justicia, como si ignorase que nosotros vamos á hacérsela muy cumplida, esclamó uno de aquellos sayones dirijiéndose á sus compañeros.

—Si supiérais lo que es dolor de un padre que le han robado á su hija única, no os mofaríais de mí.....

Apenas el judío hubo pronunciado aquellas palabras, un caballero embozado que pocos momentos antes habia llegado á aquel sitio y que hasta entonces habia permanecido mudo espectador de aquella escena, adelantó un paso en el círculo que formaban en torno del israelita los pajes y escuderos, y les dijo con tono de autoridad:

—Yo salgo á la defensa de este infeliz.

Luego dirijiéndose á Roboan.

—Soy padre y me duelo de tu quebranto.

El tono imperioso con que fueron pronunciadas aquellas palabras y el noble porte del defensor de Roboan, dispersó en breves instantes á la turba escuderil que se habia cebado por puro pasatiempo en el padre de Raquel.

Su protector dióle el brazo y le condujo á un aposento bajo de palacio que era una especie de cuadra que tenia salida en la parte opuesta del edificio. Apoyado Roboan en el brazo de aquel caballero, díjóle con el acento del agradecimiento.

—Os quedo reconocido señor, por haberme arrancado de las manos de aquellos infames. Siempre imajiné que el paje negro habia de venir en mi socorro. ¿Vos sereis sin duda uno de sus amigos?

—Lo soy vuestro, pero no de ese paje á quien no conozco, contestó su acompañante.

—¡Un amigo mio! dijo con sorpresa el anciano.

Y despues de haber permanecido callado durante algunos momentos, añadió:

—Por mas esfuerzo que haga en mi memoria, no recuerdo haber oido nunca vuestro acento.

—Nunca os habia hablado.

—Pues entonces, decidme quien sois, para que pueda bendecir vuestro nombre.

—Dentro de poco lo sabreis; ahora urje que nos pongamos inmediatamente en camino, si quereis consolar á vuestra hija que bien lo ha menester la infeliz.

—Mi hija decis? ¿Qué se ha hecho de mi hija? ¿Dónde se halla? dijo Roboan con el mas vivo interés.

—Vais á saberlo. Arrebatada Raquel por su amante ó mejor por su perseguidor, añadió el desconocido corrijiendo la palabra que acababa de proferir, tuvo la fortuna de verse salvada por uno de los capitanes del rey; pero la desgraciada jóven se halla en un estado tan lamentable, que desconfia aquel que pueda ponerse en camino en algunos dias á causa de su delicado estado. Nadie mejor que su padre podrá atender entretanto á los cuida-

dos que ecsije su salud; asi es que Guzman me ha enviado á vos para que inmediatamente voleis á su lado.

Roboan no pensaba mas que en su hija; asi es que se dejó llevar por las palabras amistosas del desconocido. Cubrió éste sus vestidos con una gran capa, pretestando el escesivo frio que se dejaba sentir, montaron ambos en dos caballos que los estaban esperando y se alejaron rápidamente de Madrid. A alguna distancia de la córte se les unieron silenciosamente algunos hombres armados.

Fuerza es que digamos algo acerca del nuevo engaño de que acababa de ser víctima Roboan.

Antes que el menino del rey y sus hombres de armas se alejasen del raptor de Raquel, recordará el lector que el duque de Benavente dijo al oido de Guzman algunas palabras que nadie oyó. Irritado el duque por la derrota que acababa de sufrir, asi él como sus partidarios, y en la imposibilidad de poder vengarse en aquel momento con las armas en la mano, creyó hacerlo diciendo al menino del rey:—Me arrebatas á Raquel; pero sabe Dios lo que será de su padre.—Te engañas, contestóle con aire de triunfo Guzman; Roboan está libre y vá camino de Madrid.

Aquella revelacion inesperada fué un rayo de luz para el duque. Apenas su contrario se hubo alejado, llamó á uno de sus hombres de armas, veterano fiel y esperimentado á quien mas de una vez habia confiado importantes misiones, y le dijo:

—El maldito judío que atamos al tronco del pino se nos ha escapado y se dirije á Madrid; ignoro quien le acompaña; pero toma toda mi jente y á toda costa impide que llegue á la corte. No has de volver sin traerme á Roboan muerto ó vivo, porque si habla al rey me compromete y pierdo mis esperanzas.

El veterano se habia dado tan buenas trazas, que si bien no habia podido impedir que el israelita llegase á la córte y hasta á palacio, siguió tan de cerca sus huellas, que al fin logró dar con él, y como le fuese conocida la morada de los reyes, pudo fácilmente llevárselo sin ser visto de otras personas que los escuderos, quienes pronto se olvidaron de su juguete.

Raquel habia sido conducida en una litera á Madrid custodiada por Guzman y los soldados que le acompañaban. Al llegar á palacio, sin cuidarse de averiguar si habia llegado ya Roboan, apresuróse en presentar el objeto de su amor á Enrique su mejor amigo; y si bien le refirió el rapto de la jóven y la sangrienta lucha habida entre los dos caballeros desconocidos, reservóse revelar al rey la violenta pasion que abrigaba su pecho juvenil. El jóven monarca que tenia un corazon sensible y recordaba la solemne promesa que habia hecho al padre de Raquel, suplicó á Doña Beatriz que se encargase del cuidado de la jóven judía en tanto que llegaba el autor de sus dias. Inútil es decir el contento que recibió en ello Guzman.

Esto se pasaba cuando el arzobispo iba á recibir á los grandes del reino, y como Enrique dijéra á la reina viuda que esperaba que aquellos señores, revestirian de los poderes necesarios al primado para ejercer ya él solo, ó bien en union de otras personas la rejencia del reino durante su menor edad, y que por tanto habia resuelto presentarse al rejente antes de salir del salon para implorar justicia á favor de aquellos desgraciados, una idea luminosa cruzó por la mente de la viuda de D. Juan, y dijo á Enrique.

—Tambien iré yo, porque si vos teneis que pedirle justicia, yo necesito un consejo.

Luego Guzman habia tratado de averiguar lo que se habia hecho del padre de su amada, y dijósele que le habian visto sentado en un ángulo del patio sumamente postrado; que se habia acercado á él un caballero protejiéndole contra la audacia de algunos escuderos que le rodeaban, y que dando el brazo al viejo, lo habia conducido al interior de una de las piezas bajas de la réjia morada. Si bien pesóle al menino del rey el olvido en que habia dejado al hebreo, le consoló la proteccion que al parecer le habia dispensado el caballero desconocido, y encargando buscasen al anciano y le condujeran al lugar donde se hallaba su hija, reunióse con Enrique que deseaba le acompañase en la audiencia que iba á pedir al arzobispo.

Al salir del salon donde habia quedado Doña Beatriz, júzguese cual seria la sorpresa de Enrique y Guzman al oir de boca de las personas encargadas de buscar á Roboan, que el judío no se hallaba en palacio. Los dos amigos estaban discurriendo acerca los motivos de aquella misteriosa desaparicion, cuando Enrique recibió un aviso del arzobispo suplicándole se sirviese pasar al salon.

Antes de hacerlo, un mensajero hizo sabedor al rey que un ballestero habia visto partir al ciego seguido de un caballero.

Ya en presencia del prelado, díjole el rey:

—Una mano invisible, tal vez la misma que hasta hoy ha descargado sus golpes sobre el infeliz anciano que debia presentaros, y por quien me intereso vivamente, acaba de arrebatarle de este mismo palacio. Guzman ya habia logrado salvar al padre y á la hija de las asechanzas de sus enemigos en los bosques del Pardo, y vencido el raptor se hallaba á la discrecion de mi amigo, cuando éste movido por un sentimiento de hidalguía concedióle la libertad.

—Ya que quizás por falta mia, el anciano israelita ha vuelto á caer en poder de su enemigo, permitidme, señor, dijo Guzman movido por su amor, que suplique á Doña Beatriz que tome bajo su amparo á la jóven huérfana.

—Doña Beatriz, dijo el arzobispo con tono satisfecho, tiene un corazon muy noble y muy compasivo; Doña Beatriz se hará un deber en amparar á esa jóven, porque Dios ha dotado su alma con el inapreciable don de hacer bien constantemente.

Aunque aquellas palabras eran muy significativas en boca de Tenorio, atendidas las sospechas que debia abrigar, y despues de la entrevista que acababa de tener con la reina viuda, sin embargo, no pudieron ser apreciadas debidamente por los dos jóvenes á quienes iban dirijidas.

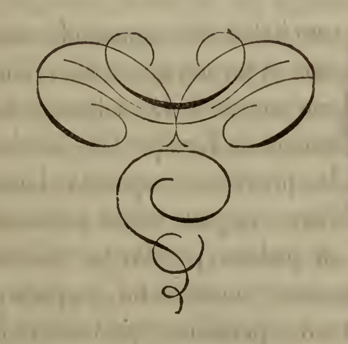
—¿Y decid, Guzman, prosiguió el arzobispo, no pudisteis conocer al osado caballero, que cual salteador de la via pública, arrebató á un padre su hija amada?

—La celada velaba su semblante, y asi el raptor como el otro

caballero con quien estaba batiéndose á mi llegada, se obstinaron en ocultarme sus nombres. Solo puedo deciros que el primero llamaba conde al segundo, y éste duque á aquel.

—No importa, yo sabré sus nombres; porque nada resiste á la voluntad de D. Pedro Tenorio, añadió en voz baja.

Temeroso Pero Guzman de que su incansable rival le arrebatase tambien á su amada, desde aquel instante constituyóse noche y dia en perenne vijilante de la hermosa hebrea, luz de su corazon y objeto de sus ansias.





CAPÍTULO V.

En el que se describe una de las escenas mas privilegiadas de la edad media, en las que el amor y la gloria imperaban absolutamente sobre los valientes y las hermosas.

Como habia sido anunciado con mucha anticipacion el torneo que debia celebrarse en Madrid, con motivo de las solemnes fiestas de la coronacion de Enrique III, muchos caballeros de las provincias españolas habian acudido á la córte, ya para tomar parte en la palestra donde podian ejercitar los únicos talentos que daban entonces estimacion y nombradía, ya para presenciar las hazañas de los esforzados paladines que debian justar aguijoneados por los mas poderosos incentivos del corazon humano, el amor y la gloria.

Las proclamas que se habian espedido, y que los heraldos repitieron al son de tambores y añafiles en los sitios mas públicos de la córte en la víspera del torneo, señalaban por liza la plaza mayor donde veinte caballeros llevando á su frente el pendon de Castilla, debian combatir con otros veinte caballeros que militarian bajo la enseña de Leon. Cuarenta escudos de armas habian

sido espuestos préviamente en los claustros de San Francisco el Grande pertenecientes á los que deseaban entrar en la liza, y si bien habian permanecido en aquel sitio por espacio de algunos dias, durante los cuales fueron atentamente ecsaminados por las damas y los señores de la córte, no hubo que tildar en ellos cosa alguna, por pertenecer todos á caballeros que hasta entonces habian cumplido fielmente con su Dios, con su rey y con su dama.

La víspera del torneo se habia solemnizado con una especie de justa llamada esgrima, en la cual los escuderos de los caballeros que debian combatir al siguiente dia, divididos tambien en bandos, se ensayaron los unos contra los otros, verdad es que con armas mas lijeras y manejables que las de aquellos, mas fáciles de romperse y menos peligrosas para los que eran heridos con ellas; pero por la gallardía con que se presentaron y por los giros y carreras, arrancadas y huidas, choques, encuentros, golpes y botes de lanza, caidas y vencimientos que hubo, hizo prometer á los espectadores que debiendo aventajarles sus señores en esfuerzo y pujanza, el torneo del siguiente dia podria correr parejas con los mejores que se dieron y tanto renombre alcanzaron en tiempo de D. Juan. No se equivocaron los que tal pronosticaron; pero en mengua del brillo cortesano, fué aquel, uno de los pocos torneos dignos de mentarse en los primeros tiempos del reinado de Enrique; porque no tardó en corromporse el ánimo de aquellos dechados de los antiguos caballeros, y convirtiéndose el espíritu militar que hasta entonces los habia animado, en espíritu de intriga y de partido, acabaron por ser mas que fieles y guerreros, faccionarios y revoltosos.

El sitio que se habia escojido para aquel juego marcial, no podia ser mas á propósito, pues aparte su capacidad, podian disfrutar de la lid un número considerable de espectadores. La arena del combate era cuasi circular y cojia cerca de dos tercios de la plaza circunvalada con dos órdenes de barreras á cuatro palmos de distancia la una de la otra. Habíanse levantado tres tablados poco elevados; uno de ellos debian ocuparlo los ministriles encargados de tocar ciertas fanfarrias al llegar los tornean-

tes y durante los blancos de la pelea; otro estaba destinado para los criados, farautes y pajes de los caballeros, prontos para retirar á sus amos si cayesen de caballo ó fuesen heridos; y otro para los heraldos y reyes de armas para observar á los combatientes, mantener el órden, juzgar de los golpes que se diesen ó recibiesen, avisar, ó de otra manera asistir á los que tuviesen necesidad de ellos. Dos puertas, una en frente de otra, estaban destinadas para facilitar la entrada al palenque, las cuales debian abrirse únicamente para dar paso á los torneantes. Dos heraldos ó reyes de armas acompañados de algunas trompetas, unos cuantos perseverantes ó donceles y algunos hombres de armas encargados de mantener el órden y asegurarse de la cualidad de los caballeros inscritos para la liza, debian situarse junto á dichas puertas.

A corta distancia de estas habia dos magníficas tiendas cuyas telas eran de los colores nacionales. Sobre la tienda de la derecha se habia colocado el pendon de Castilla y sobre la de la izquierda, ondeaba el pendon del reino de Leon. Alrededor de estas tiendas debian ponerse los veinte escudos de los caballeros torneantes custodiados desde las primeras horas de la mañana del dia señalado para el torneo, por los escuderos de aquellos, vestidos y armados de todas piezas. Las otras dos tiendas en cuyo remate no se veia ningun pendon, estaban reservadas para los caballeros aventureros ó sea combatientes contra los mantenedores. Para el servicio de unos y otros, se habian construido tambien algunos pabellones en cuyo interior habia dispuesto todo lo necesario de refrescos, vendajes y demas que pudiera ofrecerse durante el torneo. Unas maromas sostenidas con estacas fijadas en el suelo y cubiertas con tapices, impedian que el pueblo pudiera acercarse á dichas tiendas, las cuales por otra parte, tambien se hallaban guardadas por algunos hombres de armas. Finalmente, en un ángulo de la plaza junto á uno de los edificios que se alzaba en el lado del norte, se habia dispuesto otro pabellon destinado para los herradores, albeitares, herreros y demas artesanos cuyo concurso pudiera ser necesario durante la fiesta.

El esterior de la arena estaba en parte ocupado por galerías

provisionales cubiertas con ricas alfombras y tapices, en las cuales habia algunos asientos de preferencia con mullidos almohadones de seda y bellos cojines recamados de plata y oro, reservados espresamente para las damas y nobles ancianos que debian asistir al torneo. Un espacio estrecho que corria entre las galerías y la arena, estaba destinado para los guardias de la real persona, y para los espectadores de la clase media. Aquel sitio que se guardaba cuasi en todas las lisas de aquellos tiempos para la citada clase, podia compararse al patio de nuestros teatros. En los blancos que dejaban las galerías provisionales de que hemos hablado anteriormente, habia una especie de anfiteatro destinado para el pueblo, al cual quedaban además los balcones, ventanas y azoteas de las casas inmediatas que dominaban la plaza.

Para completar la descripcion general, solo nos falta hablar de una galería colocada entre las dos entradas del palenque. Aquella galería era un poco mas elevada que las demas, mas ricamente decorada, y presentaba una especie de trono en cuyo dosél estaban bordadas en realce las armas de Castilla y Leon. Algunos escuderos, pajes y arqueros, aquellos vestidos con sus mas lujosos trajes, y éstos con sus cotas de malla, vijilaban alrededor de aquel sitio de honor, destinado para el rey D. Enrique, su hermano D. Fernando, su madrastra Doña Beatriz y su séquito. Enfrente de este palco réjio, habia otro de la misma altura decorado con mas elegancia, pero con menos suntuosidad quizá. Un buen número de pajes, criados niños y damas jóvenes, pertenecientes éstas á la clase de la nobleza y notables todas por su belleza ó sus gracias personales, debian ocupar aquel sitio reservado para la juventud y la hermosura. En los pendones y estandartes que flotaban sobre aquella galería, veíanse pintados en vivos colores algunos corazones heridos ó inflamados, arcos, vendas, antorchas, flechas, palomas; en una palabra, todos los emblemas ordinarios de los triunfos del dios alado. Un gran cartelon anunciaba en hermosas letras de oro, que aquel sitio pertenecia esclusivamente á *las reinas de la belleza y del amor.*

Aquella fiesta marcial debia comenzarse en las horas medias del dia que siguió á aquel en que el arzobispo recibió á los grandes del reino, y ya desde las primeras horas de la mañana se observó cierta animacion en el sitio de la palestra. Poco á poco las galerías fueron ocupándose, primero aquellas que, como llevamos dicho, estaban destinadas para el pueblo y la clase media, y en seguida las que estaban reservadas para los nobles y caballeros. Éstos vestian jeneralmente suntuosos trajes de córte, y como la estacion estaba muy adelantada, los mas ancianos iban abrigados con ropones forrados de armiño ó con ricos mantos de varios, pero vivos colores, que formaban vistoso juego con los de las damas que ostentaban sus mas preciosas galas y preseas.

Si las matronas romanas se complacian en asistir á los sangrientos combates del circo y ansiosas de fuertes emociones, tomaban un vivo interés en las luchas de los gladiadores á quienes animaban con sus palabras é infundian valor con sus ardientes miradas; las damas españolas de la edad media, con su dulce sonrisa, sus gracias seductoras y su aplauso sincero, alimentaban la llama del valor de nuestra antigua nobleza siempre dispuesta á lucir y ostentar su bizarría. Las damas romanas se contentaban con un espectáculo sangriento y desgarrador; las nobles matronas y doncellas castellanas no asistian á aquellos juegos bélicos como simples espectadores, sino que eran consultadas para la adjudicacion de los premios, y eran tambien las que por su mano los entregaban á los combatientes. Escaso era el número de caballeros que entraba en aquellas lides sin tener la vista fija en la señora de sus pensamientos. Todo justador ó torneante tenia por lo comun una dama á quien consagrar sus triunfos, y ésta graduaba por el número de ellos el mérito de un caballero.

Apenas dió la hora señalada, los clarines, timbales y añafiles anunciaron la llegada del cortejo real. Todas las miradas se fijaron en el jóven Enrique que entró en la liza seguido de una escolta numerosa compuesta en parte de laicos y en parte de ecle-

cuyos trajes si bien diversos, segun eran sus diferentes condiciones sociales, todos eran á cual mas rico y suntuoso. Iba el rey montado en un soberbio caballo lijero cubierto con rica gualdrapa de terciopelo negro bordada con flecos de oro, en cuyo campo brillaban las armas reales; la silla de una forma elegantísima, estaba cubierta con un paño color escarlata tachonado con galones de oro, y descansaban sus pies, que calzaban unas botas de marroquí cuyas puntas eran estremadamente largas, en unos estribos de plata cincelados con mucho arte y esmero. El jóven monarca cuya faz risueña y dulce semblante conquistaban desde luego las simpatías de cuantos le veian, vestia un rico traje de terciopelo negro, á causa sin duda del luto que hasta entonces habia llevado por muerte de su padre, y cubria su cabeza un elegante sombrero de ancha ala, en el cual estaban sujetas por un broche de diamantes tres bellísimas plumas tambien negras. Á su derecha cabalgaba en un hermoso palafren, su madrastra Doña Beatriz vestida con un traje magestuoso y severo, y á su izquierda iba tambien en otro palafren, su jóven esposa Doña Catalina, hija del duque de Lancaster y nieta de Pedro el Cruel. Seguian á aquellas tres personas, las únicas de la familia real que habia á la sazon en la córte, algunas damas de la mas distinguida nobleza, entre las cuales veíase la jóven hebrea protejida de Doña Beatriz. Seguian á aquellas damas algunos altos dignatarios de la Iglesia, ocupando entre ellos un lugar distinguido el arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, cubierto con ricas pieles de armiño y brillando sobre su túnica morada una cruz de esmeraldas que le habia regalado pocos dias antes de fallecer el rey Don Juan; algunos jefes principales de palacio y de la milicia, y en pos de éstos los maestres de las órdenes militares, el condestable y el almirante mayor de Castilla, el justicia, chanciller y camarero mayor y otros caballeros notables por su rango, su estado ó su nobleza.

Aquel brillante cortejo, despues de haber dado pausadamente la vuelta á la liza, fueron apeándose las personas que lo compo-

nian dando ejemplo el rey el primero, ocupando en seguida los sitios de distincion que les estaban reservados.

Entre las damas que hemos dicho formaban parte del cortejo real, sobresalía por su juventud y belleza Doña Leonor, condesa de Alburquerque y de Montalvan, señora de las cinco villas del Infantazgo y de otros pueblos, la cual era hija del conde D. Sancho, hijo del rey D. Alonso último. Esta condesa siendo la mas principal señora que habia en los reinos de Castilla y Leon, estaba de muchas gentes entendido que la hubiera por esposa D. Fadrique duque de Benavente, como en recompensa del casamiento que primero para con él fué concertado con Doña Beatriz, heredera de Portugal, la cual mas tarde se casó con el difunto padre de Enrique. Y no sin fundamento pensaban los que tal decian, porque, como se verá en el decurso de esta historia, D. Fadrique habia dado muestras de amar á la bella castellana, y ésta no se habia mostrado indiferente al parecer á los obsequios de aquel galante caballero. Mas en los últimos tiempos de la vida de D. Juan, y sobre todo en los dias que siguieron despues de su muerte, la persona que hubiese espiado hasta entonces los secretos de uno y otro amante, hubiese podido observar, sin duda con sorpresa, que el caballero frecuentaba mucho menos las desviadas sendas que conducian al castillo de Montalvan, residencia habitual de la poderosa condesa, y que el semblante de ésta, antes radiante de belleza y felicidad, mostrábase de vez en cuando lijeramente anublado por una especie de melancolía, como si su alma hubiese sido herida de repente por agudo pesar.

Los hechos posteriores á los que ahora vamos narrando, arrojarán sin duda la debida luz sobre aquellos secretos del corazon; por ahora solo podemos decir que invitada Doña Leonor de Alburquerque en nombre de Enrique para asistir á las fiestas reales, habia aceptado gustosa el réjio convite, y aquella jóven que hacía mucho tiempo no habia abandonado la morada de sus mayores, que se levantaba orgullosa en el centro de las mas solitarias comarcas de Castilla, feliz en su soledad, porque amaba

y creia ser amada, abandonó su condal palacio, testigo mudo de su felicidad y de las horas mas plácidas de su vida, y se dirijió á la córte acompañada de dos respetables caballeros, D. Juan Gonzalez, su ayo y mejor amigo, y D. Lupercio Carvajal, jefe de sus hombres de armas, bien ajena sin duda de imajinar que iba á ser la reina de la fiesta á la que acudia como simple espectadora llevada por un secreto presentimiento.

En efecto, Doña Leonor, cuya belleza rayaba en muy alto, fué elejida por la córte por reina de la hermosura y del torneo, habiendo contribuido singularmente á aquella eleccion, el voto respetable de D. Pedro Tenorio, que aunque al parecer debia ser ajeno á aquellos negocios, habia mostrado cierta complacencia en ser consultado y dar su parecer en aquella resolucion. La modesta jóven en vano se habia resistido en aceptar aquel alto honor que tanto debia alhagar á una dama de aquellos tiempos, pero las repetidas instancias de la familia real y de los mas galantes caballeros de la córte, y sobre todo el voto significativo del arzobispo, hubieron de decidirla en que accediese á los deseos de tan señaladas personas.

La reina del torneo, que tambien lo era de la hermosura y del amor, ocupando un lugar privilejiado al lado de las personas reales, debia colocar con sus propias manos una corona de oro en forma de hojas de laurel, sobre el yelmo del vencedor. Este vencedor sin embargo, como se dirá luego, debia serlo no solo de todos los veinte caballeros del bando contrario, sino tambien de cualquiera otro caballero aventurero que se presentase á la palestra, cuyo combate con armas corteses debia aceptar.

Antes que los torneantes entrasen en el palenque, los reyes de armas tuvieron buen cuidado de ecsaminar si estaban atados en sus sillas, si sus armas eran arregladas á las leyes establecidas ó escedian de la longitud señalada. Ya cumplidas atentamente aquellas formalidades, á la voz de *¡plaza!* dada por los heraldos y al toque marcial de los clarines, timbales y añafiles, abriéronse de par en par las dos puertas del palenque y entraron á dos de frente por la que se hallaba á la derecha de la galería que ocupaba

el rey, los caballeros del escuadron á cuyo frente iba el pendon de Castilla, y por la que se hallaba á la izquierda, el otro escuadron compuesto de igual número de caballeros llevando el estandarte de Leon. Cada caballero aparte un buen número de criados con vistosas libreas, iba seguido de un paje y escudero, los primeros sujetando del freno á los briosos caballos, y los segundos trayendo las lanzas y escudos de sus señores. Éstos cuyos semblantes no estaban cubiertos aun por las celadas, iban revestidos de todas armas, aunque el combate no debiese ser de hierro agudo.

Aquellos dos brillantes escuadrones compuestos de la flor y nata de la nobleza española, antes de empezar la lucha hicieron varias evoluciones marciales, y entre tanto varias damas que habia en las galerías y anfiteatros, les dieron favor, joya, nobleza, insignia, etc., que eran una banda, un velo, un brazalete, una pieza cualquiera de su vestido ó tocado, con los cuales los caballeros favorecidos, adornaron sus yelmos ó sus lanzas, sus escudos, su cota de armas ú otra parte de su armadura.

A una señal de los jueces del campo, todos los caballeros ocuparon sus puestos, y uno de los heraldos de armas leyó en voz alta el ordenamiento del torneo escrito en tiempo de D. Alonso el XI, cuando instituyó la órden de los caballeros de la Banda, que por acuerdo del soberano y de los jueces del torneo, debia observarse con todo su rigor en la palestra que iba á dar comienzo, y que nosotros reproduciremos en la parte que puede interesar á nuestros lectores.

Dijo el heraldo de armas:

«Lo primero es que los fieles (*) han de catar como hecho está, las espadas que no las traigan agudas en el tajo ni en las puntas, sino que sean romas lo propio que las lanzas, é que no traigan agudos los aros de las capellinas (**) é tomar juramento como está tomado á todos, que no den de punta con ellas en ninguna guisa, ni de revés al rostro, é que si alguno cayére

---

(*) Jueces del torneo.

(**) La armadura de acero que cubria antiguamente la parte superior de la cabeza y lo mismo que yelmo ó capacete.

en tierra que non le atropellen. É adviértanles los fieles que comienzen el torneo cuando tañéren las trompetas é los atabales. É cuando oyéren el añafil, que se tiren á fuera é se recoja cada uno á su parte. É como el torneo es grande de muchos caballeros en que hay pendones de cada parte, é se habrán de trabar los caballeros los unos de los otros para hacerse derribar de los caballos, que los caballos de los caballeros que fuéren ganados de la una parte é de la otra ó llevados á do estuviéren los pendones, que no sean dados á los caballeros que los perdiéren hasta que el torneo sea pasado. É desde que sea pasado el torneo hánse de ajuntar todos los fieles: é con lo que ellos viéren é preguntando á caballeros, escuderos é doncellas de las que mejor lo pudiesen ver, escojan un caballero de los de una parte é otro caballero de otra cuales lo fueron mejor, é hobiesen la mejoría del torneo, é aquellos den el prez é la honra de ello; en señal de esto, que lleven dos de los fieles sendas joyas de parte de las dueñas é doncellas que aqui se halláren para estos dos caballeros escojidos, como dicho es.»

Hasta aqui el ordenamiento de D. Alonso el XI, que debia observarse; pero los jueces del torneo habian añadido á la proclama, que tambien leyó en alta voz el heraldo: que los dos caballeros mantenedores estaban obligados á aceptar el combate singular contra cualquier caballero aventurero que se presentase en la liza, uno despues del otro si el primero fuese vencido, ó ambos á la vez si fuesen dos los aventureros que los retasen, y que en el caso de no presentarse en la liza ningun otro caballero, los dos elejidos por los jueces debiesen conquistar con nueva lucha entre sí, á juicio de aquellos, el prémio supremo que debia recibir el vencedor de manos de la reina del amor y de la hermosura.

Habiendo terminado el heraldo de armas la lectura de la proclama con el grito acostumbrado de *¡Liberalidad, merced, bravos caballeros!* una lluvia de monedas de oro y plata cayó sobre él y sus compañeros desde lo alto de las galerías; porque era una ley rigurosa entre los caballeros, mostrar su largueza para

con aquellos que se consideraban á la vez como los secretarios é historiadores del honor. Despues de haber recibido aquella muestra de generosidad, prorrumpieron en las ordinarias aclamaciones de *¡Amor á las damas, honor á los guerreros, gloria á los valientes!*

En seguida proclamaron los nombres, los blasones y libreas de los combatientes; despues les señalaron el lugar que debian ocupar, teniendo gran cuidado de partir con ecsactitud el sol, es decir que favoreciese igualmente á los unos que á los otros. Finalmente antes de que los instrumentos músicos diesen la señal de ataque, varios pajes y escuderos fueron recojiendo las joyas que para los vencedores tenian dispuestas las damas y doncellas.

La liza presentaba en aquel momento un magnífico espectáculo. Las galerías superiores estaban ocupadas por las personas mas distinguidas por su rango ó por su cuna, por su dignidad ó grandeza, por su hermosura ó su riqueza, que encerraban los reinos de Castilla y Leon. Los lujosos trajes bordados de oro y plata que vestian aquellos nobles espectadores, las joyas y preseas de aquellas damas, sus recamados mantos de seda ó sus vestidos de bellísimos colores, formaban un imponente contraste con las severas armaduras de acero, plata y oro que cubrian á los torneantes, en cuyos bruñidos yelmos, petos y escudos, iban á quebrarse los rayos del hermoso sol del mediodia. Tantas plumas y penachos en las cimeras; tantos timbres y emblemas en los pendones; tantas empresas y divisas y letras amorosas en las adargas; por do quiera el contento y la satisfaccion pintados en los semblantes de los numerosos espectadores, ansiosos todos por presenciar los choques, encuentros, golpes y botes de lanza; el noble talante en fin de aquellos esforzados paladines, cubiertos de todas armas y cuyos pechos debian palpitar secretamente á la vista de sus rivales y sus damas, ofrecian un punto de vista admirable y seductor que en vano la pluma se esforzaría en describir, ni el mas diestro pincel sabria reproducir con fidelidad. El esfuerzo español y la galantería castellana, brillaban entonces en su escena mas augusta, entonces mas que nunca, en que la hora de la lucha y del triunfo iba á llegar. Y ésta llegó.

A una seña de los reyes de armas «tañeron las trompetas é los atabales» y el torneo dió comienzo.



CAPÍTULO VI.

Como no es raro ver aliarse dos enemigos para vencer á muchos contrarios reunidos, y como la mirada de una muger amante penetra las mas fuertes armaduras.

DURANTE algunos instantes el profundo silencio que de repente reinó entre los espectadores del torneo, solo se vió turbado por el crujir de las armaduras y el resbalar de los aceros sobre los bruñidos petos y escudos. Como un alud que se precipita desde elevado monte y va á estrellarse en las rocas del valle que desprecian inmóviles el violento choque de la poderosa mole, asi los veinte caballeros de cada bando resistieron firmes é impávidos, la primera acometida de sus contrarios. Por un movimiento tan rápido como uniforme, los jinetes de ambos escuadrones volvieron instantáneamente grupas á sus caballos, y colocándose otra vez á una distancia convenida, volvieron á cargar de nuevo con denuedo y valentía. Tambien esta vez los cuarenta torneantes fuertes como una torre, resistieron el violento empuje; ni un solo caballero fué botado de la silla, ni una sola lanza se quebró. Por tercera vez dando de acicates á los corceles, vinieron al en-

cuentro tan furiosamente cuanto podian correr; pero en este choque una mitad de los caballeros de uno y otro bando quedaron desmontados, mal parados ó rotas sus armas. Los que se sintieron con ánimo de seguir en la lucha, volvieron á montar á caballo ausiliados por sus pajes y escuderos, y aquellos cuyas armas habian sido quebradas ó sus escudos abollados, los reemplazaron por otros de nuevos.

Entonces cambió el órden del combate. Asi como en las tres primeras acometidas el ataque se habia dado en línea de frente, esta vez los torneantes formados en dos alas paralelas, se embistieron de lado lanza en ristre. Aunque el choque no debia ser tan rudo, no era por esto menos temible, porque cada caballero tenia que sostener el golpe de lado, y por consiguiente todo el peso del cuerpo debia descansar en el estribo opuesto. Tambien en este encuentro varios caballeros fueron desmontados y quedó ya muy reducido el número de combatientes de ambos escuadrones. Sin embargo, animados éstos por su triunfo, otra vez iban á lanzar á la carrera los nobles brutos que montaban, cuando uno de los jueces del campo arrojó su baston de mando en medio de ellos.

Aquella era la señal de que debia suspenderse el combate. El número de torneantes estaba desaquilibrado. Cinco caballeros de Castilla iban á combatir con otros siete de Leon, y la lucha hubiese sido desigual; asi es que transmitida por los heraldos la voluntad de los jueces, fieles observantes de las leyes del torneo, dos de los caballeros que hasta entonces habian justado bajo la enseña de Leon, se retiraron de la arena aguardando que algunos de sus compañeros quedasen fuera de combate, para poder reemplazarles. No tardó este caso en llegar. Los cinco caballeros de uno y otro bando que quedaron en el palenque, animados por las voces de la multitud, las aclamaciones de los heraldos, y sobre todo por la presencia de sus damas, hicieron inauditos esfuerzos de valor. Los dos jinetes que llevaban los pendones, ambos revestidos de fuerzas hercúleas, desde el principio del torneo habian luchado á brazo partido, y aunque uno y otro quedaron por dos ó tres veces desmontados y otras tantas mordieron el polvo del

palenque, la derrota que cada cual á su vez habia sufrido, les habia dado nuevos brios, nueva pujanza y arrojo.

Hubo un momento sin embargo, en que el jefe de los leoneses, ya fuese que el brazo que sostenia su pesada lanza quedase envarado, que su cansancio fuese estremo, ó bien que su corcel no pudiese resistir al violento empuje del castellano, caballo y caballero fueron á estrellarse en la barrera. El jinete fué llevado en brazos por sus escuderos, y el glorioso pendon en cuyo campo habia bordado el leon rampante, fué instantáneamente alzado del suelo por otro de sus defensores que acaba de vencer á su contrario.

Habiéndose retirado ya á sus tiendas los caballeros heridos ó vencidos, recojidos los caballos, armas, lanzas, yelmos y escudos que habian rodado por la arena del palenque, y dispuestos los seis campeones que habian quedado triunfantes á entrar nuevamente en combate, á otra seña de los jueces del campo, los tambores, trompetas y añafiles, dejaron oir una vez mas sus agudos sones para anunciar que la primera parte del torneo estaba terminada, y que iban á consultarse los fieles, damas y caballeros espectadores segun las leyes publicadas, para saber cuales debian ser de entre aquellos torneantes, los dos caballeros mantenedores que l's cabria el honor de disputarse el premio reservado al vencedor, ó bien aceptar la justa que les propusieran los caballeros aventureros que pudieran presentarse, para disputarles á su vez aquel premio.

Oido el parecer del rey, de las damas y de los principales señores de la córte que mas prócsimos se hallaban á la barrera, y tambien segun el leal saber y entender de los fieles y jueces del campo, fueron proclamados por los heraldos como vencedores del torneo, los dos caballeros que empuñaban los respectivos pendones de sus bandos.

Apenas los gritos de la multitud, las aclamaciones de los heraldos y el sonido de las trompetas, hubieron anunciado el triunfo de los vencedores y la derrota de los vencidos, las puertas

del palenque se abrieron de par en par para dar entrada á dos caballeros aventureros cubiertos de todas piezas y con la visera calada. A las voces de júbilo sucedió un grito de sorpresa, y con la vista fija en los recien llegados, todos los espectadores se preguntaron quienes podian ser aquellos osados aventureros que intentaban desafiar la irresistible pujanza de los dos caballeros mantenedores. Las armaduras de ambos guerreros eran negras; negras las gualdrapas que cubrian sus caballos negros, y sin penachos sus yelmos. Ninguna divisa se veia en sus escudos; tan solo el esmalte del que abrazaba el caballero que entró por la puerta de la derecha, era de gules, que segun el lenguaje figurado de la heráldica, significa valor, intrépidez y audacia; y el de su compañero de sinople simbolizando la esperanza y libertad.

Los dos caballeros aventureros iban acompañados de sus correspondientes pajes y escuderos, los cuales al entrar sus señores en el palenque y á una señal que les hicieron éstos de que despejasen, se quedaron en el espacio que mediaba entre ambas barreras dispuestos á acudir al ausilio de aquellos en caso necesario. Unos y otros llevaban una grande haz de armas que debian reemplazar á las que fuesen rotas ó maltradas durante el combate. Así estas como las que empuñaban los aventureros, eran armas corteses conforme la ley del torneo. Ecsaminados por los jueces y obtenido el beneplácito del rey, los aventureros se dirijieron á los dos mantenedores que habian montado en caballos de refresco y cambiado las piezas de su armadura abolladas ó rotas durante la finida lucha. El aventurero que abrazaba el escudo con esmalte de gules, fué á herir con la punta roma de su lanza el del caballero mantenedor que lo traia de azur, símbolo de severidad y realismo, y el otro aventurero cuyo escudo era de sinople, hirió al propio tiempo el del caballero mantenedor que era de sable, figurando modestia y afliccion.

El reto fué aceptado y la aguda voz de los clarines y añafiles anunció el comienzo de la justa. Un momento despues los cuatro caballos que montaban los torneantes devoraban el espacio que

mediaba entre ellos. Lanza en ristre los jinetes, se arrojaron sobre sus contrarios con todo el ardor que infunde el deseo de la victoria y la esperanza del triunfo.

Mientras que aquellos denodados paladines redoblaban sus esfuerzos para vencer á sus contrarios, la mas viva ansiedad se veia pintada en los semblantes de los espectadores. Ignorantes éstos de quienes fuesen los aventureros, porque solo poseian el secreto de su nombre y la seguridad de que podian como caballeros tomar parte en la justa, los jueces del campo, cada cual se deshacia en conjeturas acerca de quiénes podian ser aquellos osalides que desafiaban la pujanza de los mantenedores.

Tres mujeres habia sin embargo en el circo cuya mirada penetrante fija en uno de los dos aventureros, habia hecho nacer en su ánimo la ansiedad que enjendra la duda. Sin perder ni uno solo de sus movimientos, atentas á sus menores acciones, dijérase se interesaban vivamente en la suerte de aquel guerrero. Indudablemente las tres abrigaban una misma idea; un mismo presentimiento tenia preocupadas á las tres damas. Cuando despues de una encarnizada lucha, durante la cual la victoria se mostró por largo tiempo indecisa, los dos caballeros aventureros triunfaron á la vez de sus antagonistas, al grito de aplauso que se levantó en todas las gradas y galerías del torneo, vióse brillar la alegría y la satisfaccion en el semblante de dos de aquellas mujeres, al paso que el de la otra, que era sin duda la mas hermosa y mas jóven de las tres, espresaba mas bien el enfado y la contrariedad. A buen seguro que debia pesarle aquel triunfo que todos aplaudian.

Don Pedro Tenorio, mudo y atento á todo lo que pasaba á su alrededor, contempló con cierta indiferencia, ó bien si se quiere sin un interés manifiesto, la lucha de los dos bandos; pero cuando las trompetas y la voz de los heraldos anunciaron que entraban en el palenque dos aventureros y vió á dos caballeros calada la visera y en ademan arrogante, que fijaban la vista en su persona, el arzobispo sin poder reprimir un movimiento involuntario, levantóse de su asiento, y á su vez los contempló un instante.

Mas al punto volvió á sentarse para escuchar algunas palabras que le dijo al oido uno de sus familiares que acababa de entrar en la galería que ocupaba el arzobispo en compañía de otros prelados y señores de la córte. Desde aquel momento la atencion de Tenorio se compartió entre los justadores y las tres damas de que hemos hecho mencion; pero el interés de éstas, como dijimos tambien, era tan vivo en la suerte de los combatientes, sus miradas estaban tan fijas en ellos, que no hubieron de apercibirse que á su vez eran objeto de la atencion de otra persona.

Por su parte Enrique y su hermano, educados en la escuela de la caballería, gozábanse en aquel espectáculo marcial que recordaba en ellos sus mas nobles hábitos de caballeros. El manejo de la lanza, el juego del escudo, el aplomo que guardaban en las sillas los jinetes á pesar de los rudos embates que tenian que sufrir, la destreza en desviar los golpes ó la habilidad en dirijir el caballo, eran otros tantos temas que alimentaban la animada conversacion del jóven soberano y de su hermano. Uno y otro á habérselo permitido su edad y su rango, indudablemente hubiesen trocado gozosos el elevado puesto que ocupaban, por el que habian conquistado aquellos caballeros con su valor y fortaleza, y á quienes mil bocas felicitaban sin cesar con palabras entusiastas y sumamente lisonjeras para ellos.

Ocupaba un asiento inmediato á los réjios vástagos de D. Juan I, el íntimo amigo de Enrique, Pero Guzman su menino, quien desde que habian entrado los aventureros en la liza, no les habia dejado de vista ni un solo instante. Por dos veces, mientras duró el combate con los mantenedores de los bandos de Castilla y Leon, se habia levantado de su asiento para hablar al rey, y otras tantas habia vuelto á sentarse como si hubiese logrado desechar una idea que al parecer le habia asaltado repentinamente. Pero apenas hubieron vencido á sus contrarios, el menino del rey ya no pudo contenerse, y dirijiéndose á Enrique, le dijo:

—Tal vez sea ilusion de mis sentidos, pero fuerza es que os diga, señor, lo que yo siento.

—Hablad, amigo mio, dijo el rey.

—Pues ya que me lo permitis, repuso Guzman con lentitud y como temiese soltar las palabras que debian revelar su pensamiento; os diré que se me figura conocer á los dos caballeros aventureros que están batallando en la arena.

Escitada la curiosidad de Enrique y de su hermano, ambos se apresuraron en contestar:

—¿Dinos, Guzman, dinos quienes son estos esforzados paladines?

—Repito que puedo engañarme, porque solo me es dado juzgar por las apariencias; pero la semblanza es tan perfecta, sus maneras son tan parecidas, su porte tan igual, y sobre todo su modo de ofender y defenderse tan semejante con el que empleáran hace dos dias en los bosques del Pardo los dos caballeros misteriosos, que.....

—¡Cómo! dijo el rey con sorpresa, ¿imaginas, Guzman, que estos dos caballeros sean los mismos que encontrastes luchando y disputándose la posesion de la hija del judío?

—En efecto, repuso Guzman, ahogando un suspiro.

—Las leyes del torneo permiten que pueda conservar el incógnito el aventurero que lo desee, observó el infante.

—Si asi no fuera, repuso su hermano, obligaríamos á esos torneantes que se levantasen las celadas, y á los jueces que nos dijéran sus nombres, terminado que hubiese el torneo.

—Pero aunque asi fuera, no podria responder de la identidad de las personas, dijo Guzman, porque no me es conocido ni el nombre, ni el semblante de estos caballeros.

—Pues entonces, ¿cómo podrias asegurar que fuesen ellos, si ni el semblante ni el nombre te son conocidos? dijo Fernando.

Durante algunos momentos permaneció silencioso el menino del rey: luego rompiendo el silencio, esclamó con cierto aire de satisfaccion:

—¡Pero me es conocida su voz!

—¿Y recuerdas bien su acento? observó el rey.

—Me parece que todavía oigo las palabras del duque: ¡os digo que Raquel será mia, porque nada resiste á mi voluntad!

—¿Con qué uno de los caballeros es un duque? preguntó el hermano del rey.

—Este título le daba su contrario.

—¿Y quién será el otro?

—Es un conde, señor; al menos asi le llamaba el duque.

—Estoy cierto, observó Enrique sonriéndose, que en este momento D. Pedro Tenorio ya es conocedor de los nombres y dignidades de estos dos aventureros, sin haber violado por esto las leyes del torneo. Esta mañana me decia, que tal vez antes de llegar la noche, sabría quien hubiese sido el raptor de la hebrea; de modo que si tú le dijéras, Guzman, las sospechas que abrigas acerca estos caballeros, podríamos ausiliarle tal vez en sus investigaciones.

—Que me place, señor, y si lo permitís, pasaré á la galería que ocupa el ilustre prelado.

—Vé, amigo mio, y díle de mi parte, que si conoce sus nombres y puede revelármelos sin faltar al secreto, me holgaré mucho de ello.

Mientras esta conversacion tenia lugar en el palco réjio, los dos aventureros habiendo vencido á sus contrarios, y dueños ya del palenque, se habian puesto en guardia para volver á empezar el combate; de modo, que apenas las trompetas y añafiles dieron la señal del comienzo de la justa, se arrojaron el uno sobre el otro como dos leones. La mayoría de los espectadores creyó ver en aquella empeñada lucha el deseo del triunfo, y por consiguiente de alcanzar el premio ofrecido al vencedor; asi es que los aplausos y salutaciones redoblaban á medida que crecia el empeño de aquellos caballeros en vencerse recíprocamente. Pero el atento observador hubiese podido notar que animaba á los dos guerreros un deseo mas poderoso que el que podia inspirarles la sed de gloria ó el afan de ceñir una corona de laurel; habia en el furor de sus golpes y en la arrogancia de sus maneras, algo parecido á la ira reconcentrada ó á la espansion de la venganza por largo tiempo anhelada, y por muchos dias reprimida. Efectivamente, aquellos aventureros á quienes nadie conocia, dijéra-



D. Enrique III.–lám. 3.ª

se que se habian dado cita en aquel palenque para desahogar á porfía su furor, y si en un principio habian aunado sus fuerzas, habia sido para vencer á sus rivales, y poder humillarse despues el uno al otro.

Aquella suposicion hubiese sido mucho mas fundada, si las voces bélicas de los instrumentos músicos y las de gozo y contento de la multitud, no hubiesen apagado el grito de guerra salvaje con que se saludaron los dos aventureros:

—¡A vida ó á muerte! dijo la voz ronca del que parecia mas jóven.

—¡De dos uno! contestóle con resolucion su rival.

La lucha se habia empeñado y la implacable odiosidad que abrigaban aquellos dos hombres, revelaba que no habria tregua ni compasion. Y fué así. Por largo tiempo el violento movimiento que imprimian á sus cuerpos, sus bruñidas armaduras despidieron mil centellas al ser heridas por los últimos rayos del sol; por largo tiempo la victoria se mostró indecisa; por largo tiempo se atacaron y defendieron con aplomo, facilidad y prevision; porque si se asemejaban en sus ódios, eran dignos el uno del otro como caballeros. Hubo un momento sin embargo en que el que abrazaba el escudo con esmalte de gules, irritado por la tenaz resistencia de su contrario, hizo describir rápidamente un semicírculo á su caballo, y lanza en ristre, volvió á caer con furia sobre su rival. La embestida fué ruda, rápida y brillante; la punta de la lanza fué á clavarse como una saeta en el escudo de sinople que protejía el cuerpo del otro caballero, y en la veloz carrera que llevaban los caballos, saltó de la silla el jinete del escudo atravesado al violento empuje que sufriéra, y perdiendo los estribos, cayó desplomado sobre la arena.

El sordo crujir de las armaduras del vencido, y los gritos ahogados de dos mujeres, fueron apagados por la potente voz de los espectadores, que como un trueno retumbó en aquel momento en la liza.

El del escudo de sinople cuya primera parte del significado de éste acababa de perder, quedó inmóvil por un momento so-

bre la arena; pero antes que sus pajes y escuderos hubiesen acudido, ya estaba apeado á su lado su intrépido y audaz contrario, quien tendiéndole la mano para levantarse, le decia con acento irónico:

—Si debeis hoy vuestra vida, conde, á las armas corteses, justo es que debais á mi cortesía que os levante del suelo. Tambien habia de llegar mi dia para humillaros, como llegará, no lo dudeis, otra hora mas terrible para vos, porque no hay plazo que no se cumpla....

La llegada de los pajes y escuderos, cerró la boca al vencedor que se gozaba en la derrota de su enemigo, mientras la multitud tenia fija la vista en su persona. Pronto á la voz de «¡*Gloria á los valientes, honor á los bravos*!» proferida por los heraldos y al toque marcial de los instrumentos músicos, los reyes de armas declararon vencedor del torneo al caballero del escudo con esmalte de gules.

El vencedor debia ir á recibir el premio del torneo de manos de la reina de la hermosura, la cual como dijimos ya, ocupaba en compañía de otras damas notables por su juventud y belleza, una de las galerías mas bien decoradas y distinguidas del palenque. Mientras aquel se dirijia á aquel sitio acompañado de un brillante cortejo de heraldos, reyes de armas, fieles, pajes, escuderos y farautes, la reina viuda, Doña Beatriz, pretestando la curiosidad de conocer al vencedor, se encaminaba igualmente en compañía de otras damas de su séquito al lugar que ocupaba Doña Leonor de Alburquerque. Iba en compañía de la reina viuda la jóven Raquel, cuya belleza arrancó á su paso lisonjeros murmullos de admiracion de entre los caballeros que se hallaban congregados en la liza.

Ni un solo amigo acompañaba al vencedor, ni una sola persona conocia su nombre; asi es que todos los espectadores estaban ansiosos de que llegase el instante en que hincando la rodilla el afortunado aventurero en presencia de la reina del torneo, levantase la celada y pudiese ser visto su rostro. Pero aquella esperanza quedó frustrada, porque el caballero que habia to-

do por divisa *valor*, *intrepidéz y audacia*, quiso conservar el incógnito con no poca sorpresa de los espectadores, y al apoyar su rodilla sobre uno de los cojines que habia al pié del trono de la reina de la hermosura, no cuidó de levantar la visera de su casco.

Antes de llegar á aquel sitio el gran número de damas que se habian reunido en torno de Leonor, hubieron de abrirle calle, y ya fuese casualidad ó bien hecho á propósito, al pasar el aventurero por delante de Raquel, que se hallaba en primera fila, una de las mallas de su plaquin hubo de prenderse al flotante velo de gasa que cubria la rica túnica de la jóven hebrea.

Aprovechó aquel momento el caballero desconocido para decirla rápidamente:

—Si en algo aprecias la vida de tu padre, ingrata mujer, esta noche sal á la reja de tu aposento que dá al jardin de palacio.

Raquel no contestó ni una sola palabra, pero la palidéz de la muerte se pintó en su semblante.

Un instante despues Doña Leonor de Alburquerque con mano temblorosa ceñía la corona de laurel al vencedor, cuya inmovilidad á los pies de la reina de la hermosura, le asemejaba á una estátua de hierro.

—Hoy es el dia mas feliz de mi vida, díjole á media voz la bella condesa, porque tengo la dicha de coronar al mas arrogante caballero de Castilla, y tambien el mas ingrato, añadió con tan débil acento, que solo pudo oirla el duque, porque imaginamos que el lector habrá conocido ya al amante de Raquel.

—Si los caballeros os aplauden por vuestro valor, las damas os felicitan por vuestro triunfo, díjole Doña Beatriz, y en muestra de su admiracion, recibid caballero esta prenda que en su nombre os ofrezco.

Y la reina viuda colocó sobre el pecho del vencedor del torneo una preciosa cadena de oro de la que pendia un medallon orlado de piedras preciosas. Al hacerlo la jóven viuda, dijo rápidamente al duque:

—El agradecimiento es una virtud que me hágo un deber en cultivarla.

—En vano he intentado ocultar mi persona bajo la capa de hierro que me oprime, dijo para sí D. Fadrique, la mirada penetrante de estas mujeres me ha descubierto. No importa; ellas tambien están interesadas en el secreto, ambas me recuerdan su amor; y si bien mi pecho está cerrado á su querer, mi alma está sedienta de ambicion; yo ecsijiré de ese agradecimiento de Doña Beatriz, con que mal encubre su fuego, el ausilio que he menester para derribar del poder á ese ministro-rey que hoy se sienta en las gradas del trono; yo reclamaré de ese amor de Leonor que ni siquiera sabe ocultar, las riquezas que me son necesarias para luchar con mis contrarios, y mal que te pese, prelado ambicioso, yo arrancaré de tu lado á Raquel, yo arrebataré de tus manos el cetro que has querido empuñar; yo te derribaré como acabo de derribar al orgulloso D. Alonso.

Al descender las gradas del anfiteatro, Guzman y algunos caballeros que le acompañaban, se acercaron al duque.

—Caballero, le dijo aquel, el rey me ordena que en su nombre y en el de la córte, os convide para el sarao que se dará mañana en palacio.

El duque de Benavente se inclinó respetuosamente en señal de aceptar el convite y desapareció.





CAPÍTULO VII.

En que se revelan al lector algunas escenas nocturnas y algunos planes secretos.

La protectora luz del crepúsculo favoreció la fuga de D. Alonso. Envuelto en las tinieblas de la noche alejóse de Madrid aquel hombre pertinaz cuya alma no habia abandonado todavía la esperanza; pero cuyo corazon rebosaba la amargura que revelaban sus labios con palabras de venganza. Por dos veces habia logrado burlar en cierto modo la vijilancia del alcaide del castillo de Almonacid; por dos veces un hado favorable habia secundado sus miras poniendo en mitad de su camino á su mortal enemigo; por dos veces en fin, habia alcanzado humillarle en presencia de su reina una, y delante de su amante otra. Pero le habia] llegado tambien su hora adversa, y á su vez habia sido vencido en presencia de la córte reunida en el palenque. Verdad es que suavizaba la amargura de su derrota, la idea de que nadie pudo conocerle como no fuese su rival, pero este lenitivo á su dolor, no calmaba el sentimiento de ver frustrados sus planes mas queridos.

Don Alonso al abandonar por segunda vez la fortaleza que le servía de prision, abrigaba dos intenciones que formaban la norma de su conducta. La primera era espiar los pasos de D. Fadrique y caer sobre él como el rayo que hiere ó aniquila. Los hechos que llevamos referidos, demuestran como en parte lo habia logrado; el segundo objeto del rebelde infante, consistia en acercarse una vez mas á Doña Beatriz, cuya esquivez é indiferència intentaba ablandar con los medios que le prestára el triunfo; pero el que sobre su persona acababa de alcanzar su rival en el poder, desbarataba completamente aquellos própositos. No se crea sin embargo que por esto desistiéra D. Alonso; en las almas de su temple, las contrariedades sonotros tantos aguijones que estimulan los deseos burlados. El cuñado de Doña Beatriz al retirarse otra vez al castillo de Almonacid, formaba en su mente algunos vastos planes mas ó menos quiméricos para el porvenir.

Por lo que hace á D. Fadrique, dueño del campo del honor como caballero, aspiraba á mayor conquista como amante, y esta la fiaba esta vez en el fuego de su pasion por la hebrea. Una voz secreta decía al infante que nada resiste al amor. Por Raquel habia despreciado imprudentemente á la bella castellana de Montalvan; por Raquel habia luchado con teson y vencido con fortuna, y por Raquel iba á presentarse á la córte, á desafiar frente á frente á su mayor contrario, á sufrir todas las consecuencias de su pasada conducta, es decir, á arrostrarlo todo. Tan poderoso era el amor en el mancebo, que llegaba á ahogar en su pecho la llama de la ambicion que habia encendido en él la sed de mando y honores, la que por ser muy poderosa, no se habia estinguido aun enteramente.

Llevado por su amor á la bella hebrea, que esta no compartia en modo alguno, al alejarse del palenque cubierto de gloria y aplausos, olvidaba su triunfo y sus laureles, tan ardientemente disputados por la flor de la caballería castellana, para no pensar mas que en la hija de Roboan. En la cita que envuelta en palabras de venganza le acababa de dar, tenia fundada su mas bella esperanza, imajinando en su loca pasion, poder

convencer á la jóven israelita á que se mostrase propicia á sus deseos. Porque como nos lo revelarán los hechos subsiguientes, si bien el amor de Fadrique tenia todos los caractéres de la seduccion, en su fondo era puro, y aunque imposible en la correspondencia, atendido la alcurnia y elevado carácter del amante, era arrebatado y ciego como todo amor contrariado.

Asi como la pasion del jóven Guzman por aquella misma mujer, era tranquila y callada, el amor de Fadrique era frenético y feroz; si el primero se contentaba con admirar de léjos, en silencio y á cada instante la belleza de Raquel, y le cautivaba dulcemente su inocencia y su candor, el segundo solo anhelaba el instante de su posesion, para cuyo logro todo lo atropellaba, á todo se atrevia, llegando su delirio hasta el punto de arrebatarla de los brazos de su padre.

Repetidas veces el duque lo habia intentado, ya cuando el judío moraba en Toledo, en cuya ciudad conoció á la jóven por vez primera; mas tarde en Madrid, donde como dijimos, se habia refujiado el hebreo en casa de uno de sus amigos; pero siempre con mala fortuna, hasta que espiando sus pasos, como una fiera ambrienta que sigue incansable el rastro de su presa, habia podido averiguar que el israelita y su hija no estaban léjos del lugar donde habia perdido sus huellas, y donde el hado fatal que perseguia á Roboan, quiso que diese otra vez con el perseguidor de su hija. Ya cerca entonces del objeto de sus mas vivas ansias, nada del mundo era capaz de alejarle de su lado, y si entró y luchó en el palenque, si triunfó de todos sus contrarios, si se atrevió á dirijir la palabra á Raquel, fué impulsado únicamente por el fuego inestinguible que ardía en su pecho.

Pero Fadrique no imajinaba que habia unos ojos que á su vez estaban clavados en su persona, que habia un hombre que sin cesar espiaba sus acciones; que con su mirada de águila escudriñadora y profunda, nada se le escapaba y adivinaba sus intenciones por mas ocultas que fuesen; porque aquel hombre dotado del talento que dá la naturaleza y de la ciencia que se adquiere con la edad, retirado en el silencio de su aposento y velando no-

che y dia para no ser sorprendido por los que intentaban escalar el puesto que habia conquistado con su saber y su perseverancia, iba á salirle tambien al paso, deteniéndole en su desatentada carrera, pero sin ira, con calma y prudencia.

D. Pedro Tenorio desde la llegada de los justadores al torneo, como pudo haber adivinado el lector, tuvo conocimiento de sus nombres y sus personas. Como lo logró el prelado sin violentar el sagrado del secreto, tal vez mas tarde nos sea conocido; pero desde luego podemos afirmar que quellos nombres no salieron de su boca, por mas que el rey se empeñase en que le cumpliese la cuasi promesa que le habia hecho el dia anterior. El primado obraba con sijilo y prudencia, y no debia soltar una palabra imprudente que pudiera comprometer el écsito de los planes de salvacion que abrigaba á favor del trono del rey niño, y para la conservacion de la paz de Castilla. Por este mismo motivo, si bien escuchó con benevolencia á Guzman cuando le reveló sus sospechas acerca los dos caballeros, sospechas que yá para el primado eran realidades, trató sin embargo de disuadirle manifestándole que las apariencias acostumbran ser falaces. El menino del rey no se dió sin embargo por satisfecho, y solo su amor se tranquilizó algun tanto, cuando á ruegos del arzobispo invitó al vencedor del torneo á que asistiese al baile del siguiente dia, cuyo convite fué aceptado por aquel, aunque tácitamente. Me habré engañado; es imposible, díjose para sí el enamorado mancebo, que el raptor de Raquel, quien quiera que sea, tuviese la audacia de presentarse en el baile de palacio.

La morada que tenian en Madrid nuestros reyes en el siglo décimocuarto, estaba muy distante todavía de reunir á la comodidad de su interior, la pompa verdaderamente réjia que distingue el actual palacio de nuestros soberanos. Era un edificio, si bien digno de las elevadas personas que lo habitaban, pero modesto en apariencia, sobre todo en sus formas esteriores.

La cerca del jardin, por ejemplo, que se estendia á considerable distancia en la parte posterior del edificio, era muy poco elevada, de modo que con facilidad se podia escalar y entrar en

aquel sitio donde el arte ausiliaba escasamente á la naturaleza y llevaban notable ventaja los árboles y arbustos, á las plantas y las flores. Uno ó dos centinelas apostados en los ángulos estremos de la cerca, eran los únicos guardianes que de noche vijilaban aquellos sitios.

Apenas dió la hora de la queda del dia en que la córte reunida en la plaza mayor asistió al espléndido espectáculo del torneo, dos hombres embozados en anchas capas se deslizaban silenciosamente junto á la cerca del jardin de palacio. Ésta, si bien como dijimos, era poco elevada en lo jeneral, lo era mucho mas en las inmediaciones de un bosquecillo prócsimo al edificio junto al cual se hallaban los dos embozados, y donde ambos se pararon de repente sin duda por estar distantes de los centinelas. Uno de ellos sacó de debajo de su capa un lio que lo formaba una escala de cuerda sumamente sencilla. Despues de haberla dispuesto convenientemente, arrojó con mano esperta uno de sus estremos al otro lado de la cerca. La escala de cuerda describió una especie de parábola sobre el caballete del muro, y como estaba provista en el estremo que cayó en el jardin de unos garfios de hierro, oyóse al caer un ruido sordo que produjeron estos al dar contra la pared.

La mas profunda oscuridad reinaba en aquel sitio. Dos solas luces brillaban tras los cristales de palacio, las cuales tomó por norte uno de aquellos dos hombres despues de haber salvado el muro del jardin. La mas cercana y mas viva de aquellas luces, brillaba junto á una ventana del lado del edificio que miraba á poniente y la otra que era muy déblil, tras una ventana colateral del lado opuesto. Aquellas luces correspondian, á juzgar por la altura en que se hallaban, al primer cuerpo del edificio, y tal vez á dos de sus aposentos principales. El hombre embozado se dirijió tan rápidamente como se lo permitian las tinieblas que le rodeaban, á la luz mas cercana, á la luz mas viva, á la que brillaba tras la ventana del lado de poniente. Cuando llegó muy cerca del edificio, creyó oir el rumor acompasado que producen las pisadas de un hombre que marcha pausadamente, y cre-

yendo fuese un centinela, paróse de repente á fin de alejarse de aquel sitio antes de ser visto por el soldado.

Pero el centinela, pues no era otra la persona cuyos pasos habian llegado á oidos del embozado, á su vez se habia apercibido de la presencia de éste, y mas practico en aquel sitio, se dirijió directamente al desconocido, y poniéndole la pica en el pecho, le dijo:

—¡Daos á prision!

Una idea salvadora cruzó en aquel instante por la mente del rondador nocturno. Desembózose apresuradamente, y mostrando su traje de guerrero al centinela, díjole con desenfado:

—Piquero, si bien habeis cumplido con la consigna, por vuestras palabras conozco que os habeis engañado; pertenezco á la casa real, y si me veis á semejantes horas en este sitio, es para cumplir con los deberes del servicio. Abrid paso á uno de los capitanes del rey.

El tono resuelto con que fueron pronunciadas aquellas palabras, hubieron de convencer sin duda al piquero, quien levantando su arma, que hasta entonces tuvo puesta horizontalmente, dejó libre el paso al caballero.

Éste para confirmar en cierto modo con sus acciones, las palabras que acababa de dirijir al vijilante, en vez de tomar la senda del jardin que corria al pié del palacio, dirijióse con paso firme hácia una escalera que arrancaba en aquel punto y conducía á una de las galerías esteriores del edificio, precisamente donde brillaba tras una de sus ventanas, la vivísima luz que habia descubierto al escalar el muro del jardin, la persona cuyos pasos hemos seguido hasta ahora, y acerca cuyas intenciones preciso es que digamos algo.

Si el lector recuerda las palabras que envueltas en una amenaza dirijió el duque de Benavente á la hija de Roboan, no será difícil que adivine quien era aquel osado guerrero que á favor de las tinieblas de la noche, escalaba los muros de los jardines, engañaba á los centinelas y penetraba sin recelo en las galerías de palacio. Fadrique, pues tal era el rondador nocturno, habia

dado cita á Raquel, y si bien le habia señalado el lugar donde se hallaría á media noche, porque habia averiguado que la habitacion de la hebrea daba al jardin, no sabia sin embargo á punto fijo, cual era la ventana donde debia esperar que se asomase el objeto de su ardiente pasion. El duque que fiaba cuasi todas sus empresas tanto á su valor como á su fortuna, penetró en el jardin sin otro norte, como dijimos ya, que las dos luces que brillaban trás los cristales de palacio. Si hubiese sido sola una luz la que hubiese herido la pupila de Fadrique, á buen seguro que se hubiese dirijido directamente á ella por juzgar, no sin motivo, que en aquella hora adelantada de la noche nadie podia velar en palacio, ó mejor, que ninguno de sus habitantes podia dejar abiertos los postigos de su habitacion, sin una intencion señalada, y por tanto, debia juzgar que aquella única luz fuese una seña injeniosa de Raquel para guiarle en su camino. Pero eran dos las luces que se veian y aquel número hubiera hecho titubear sin duda al audaz mancebo, á no haberle decidido primero su viveza, y obligado despues en cierto modo la necesidad, á dirijirse á la galería trás cuyos cristales brillaba una de las dos luces.

Ya en la galería y cercano á la ventana, iba Fadrique á llamar á ella, cuando el sordo rumor de algunas voces que sonaban en el interior del aposento, hubieron de detenerle de repente. En su ilusion, imajinó el infante que aquellas voces pertenecian á los servidores de Doña Beatriz y de la hebrea que se hallaba bajo su cuidado, y deseoso de averiguar si entre ellos estaba Raquel, aprocsimóse lenta y cuidadosamente á los cristales de la ventana. Como la noche era completamente oscura, podia cumplir su propósito sin temor de ser descubierto. Júzguese cual seria su sorpresa, cuando trás los empañados cristales, vió á tres venerables eclesiásticos en cuyo número se contaba D. Pedro Tenorio. Los tres se hallaban en pié delante de una gran mesa sobre cuyo tapete negro se veian varios libros y pergaminos arrollados. La conversacion parecia ser muy animada; pero solo llegaban algunas palabras á oidos de Fadrique y aun estas imperfectamente. Sin embargo, como creyése el infante haber oido

mentar su nombre, dispertóse en él tan violenta curiosidad, que resolvió, en cuanto le fuese posible, enterarse de aquella conversacion que tanto debia interesarle.

Al escaso resplandor que proyectaban en la galería las dos lámparas que alumbraban el interior de la estancia donde se hallaban D. Pedro Tenorio y los dos teólogos sus consejeros, pudo notar Fadrique una puerta que se abria inmediata á la ventana de aquel aposento. Dirijióse á ella con todo sijilo, y empujando suavemente sus hojas, vió con gran satisfaccion que no se hallaban cerradas. Aquella puerta daba entrada á un corredor oscuro, abovedado y largo, á juzgar por el lijero eco que producian las pisadas del duque. Por la luz á que daban paso las rendijas de otra puerta cercana, adivinó aquel la entrada de la estancia donde se hallaba su temible rival en el poder. Un momento permaneció junto á su dintel, pero temeroso de ser descubierto si de repente salian aquellas personas al corredor en que se encontraba, trató de buscar un fácil refujio en caso que tuviese que emprender una retirada precipitada. No tardó en hallarlo.

Frente por frente de aquella puerta, habia otra enteramente igual y con gran contento del duque, habiéndola empujado lijeramente, vino en conocimiento de que se hallaba solamente entornada. Aquel ecsámen motivó sin embargo que, jirando la puerta sobre sus enmohecidos goznes, produjéra un agudo chillido. Tan imprevisto rumor hubo de llegar á oidos de las personas que platicaban en la estancia inmediata, y sobre todo de Tenorio, siempre vijilante y atento para que no fuesen descubiertos sus planes; asi es que dirijiéndose apresuradamente á la puerta de aquel aposento, y abriéndola de par en par, apenas dió tiempo al infante para introducirse y ocultarse trás la puerta de la estancia colateral.

—Parecióme, dijo el arzobispo, que traía una lámpara en la mano y examinaba atentamente el corredor en cuanto se lo permitian el alcance de su vista y las tinieblas que en él reinaban, parecióme, dijo, haber oido un estraño rumor en este sitio.

—Efectivamente, contestó uno de los teólogos, si mal no he

percibido, era el rumor que produce una puerta al jirar sobre unos goznes enmohecidos.

—Y asi fué, repuso el segundo teólogo. El viento de la noche ha empujado y abierto la que dá entrada á ese corredor, y esto esplica el estraño rumor que ha llegado á nosotros.

D. Pedro Tenorio encaminóse lentamente á la puerta que daba paso á la galería, cerróla cuidadosamente, y dirijiéndose en seguida á sus dos consejeros, les dijo:

—Es hora ya de retirarnos señores, agradezco vuestros consejos y espero seguirlos fielmente en el importante asunto de que acabamos de ocuparnos. Por dos veces el conde de Gijon burlando la vijilancia del alcaide de Almonacid, ha intentado poner en obra sus criminales proyectos. Concivo muy bien su ida á Alcalá y su empeño en seducir á Doña Beatriz, pero como os dije ya, no atino el porqué el conde vino ahora á Madrid y tomó parte en el torneo como un caballero ambicioso de gloria.

—La venganza y la rivalidad le arrojaron en pos de D. Fadrique, dijo uno de los teólogos.

—Y la derrota y la vergüenza le han forzado á refujiarse otra vez bajo las bóvedas de Almonacid, como vos sabeis D. Pedro, prosiguió el otro consejero.

—Está bien, dijo el primado, pero mañana volverá á retoñar en su pecho la ambicion, y so pena de tener que aherrojarle ó hundirle en un calabozo, lo que no haré nunca, señores, en un miembro de la familia real, no puedo responder de las acciones del conde. Estoy resuelto; no quiero tener mas á mi cargo á Don Alonso; yo rogaré á los del consejo, luego que esté constituido, que lo retiren de mi poder, y al menos entonces tendré la satisfaccion de decir que nunca el amigo de D. Juan tuvo bajo sus hierros al cuñado del monarca. Podré ser la barrera que le impida llegar al trono de un niño, pero nunca la historia podrá decir que he sido su verdugo. Por lo que hace á D. Fadrique, mi resolucion está tomada. Yo le batiré con sus propias armas; yo le aprisionaré con sus propias pasiones y le venceré con sus mismos defectos. Yo haré nacer el bien del mal, y encaminaré sus propias

fuerzas y nobles bríos por la senda del deber; en una palabra, amigos mios, me valdré de la ambicion y del amor de este mozo para cimentar el trono del rey y apagar las pasiones palaciegas.

—Solo vos podeis intentarlo, dijo uno de aquellos eclesiásticos.

—Y lo cumpliré, no lo dudeis, contestó el primado como un hombre que fia en sus propósitos. Desde mañana pondré en planta lo que el deber y la meditacion me aconsejan, porque ó mucho he de engañarme, ó ese osado jóven ha de venir al baile de palacio.

—Sí, iré, dijo para sí el duque que no habia perdido una sola palabra de aquella conversacion tan interesante para él; sí, iré, pero tambien, ó mucho he de engañarme, ó se estrellarán todos tus planes contra mi voluntad y mis deseos. ¿Con qué intentas, ambicioso rival, que yo sea el juguete de tus ilusiones, el escabel para subir al poder? Mucho te engañas, viejo insensato, porque Fadrique puede anonadarte cuando menos lo imajines. Ahora mismo, en la soledad de este apartado aposento de palacio, prosiguió el infante acariciando el pomo de su daga, protejido por las tinieblas que nos rodean, podría hundir el acero en tu seno, aniquilando con tu vida todos tus perversos planes; pero no lo haré vive Dios, porque no te temo, porque quiero luchar contigo y agotar todas tus fuerzas en esa lucha insensata que me ofreces. ¿Con qué no ignoras que he venido al torneo? Mejor: tu inquisicion ha de valerme; mi situacion se presenta cada vez mas despejada; ya verás como yo me aprovecho de ella.

Don Pedro Tenorio y los dos teólogos se habian alejado pausadamente de aquel sitio, y ya solo Fadrique, salió de su escondrijo. Á pesar de la profunda oscuridad que reinaba en el corredor, el duque pudo dar con la puerta que abrió y salió á la galería.

La otra luz que una hora antes brillaba en el estremo opuesto de aquella ala del edificio, habia desaparecido ó la habian apagado. Venciendo mil obstáculos y con peligro de ser descubierto, el infante llegó hasta el pié de la ventana donde habia visto

antes un débil resplandor, pero nada pudo hacerle sospechar entonces que hubiese alguna persona en aquellas ventanas. El silencio que reinaba en palacio, revelaba que todos sus habitantes estaban entregados al descanso.

—¿Tal vez, díjose el duque, cansada Raquel de esperar, se habrá retirado ó no le fué posible cumplir la cita que la dí? ¿Quizás despreció mis palabras, y la porfiada esquivez que me muestra haya ahogado en su pecho la voz del amor filial? Sí, añadió el duque combatido por su orgullo y su amor, sufre corazon una afrenta mas de esa mujer con quien me ha encadenado estrechamente el destino; de esa mujer, que debí aborrecer y que sin embargo es la dueña absoluta de mi alma, el único móvil que infunde el entusiasmo en mi pecho, á quien soy deudor de ese ardor que me hace invencible y cuya sola imájen llena el vacío que hasta el presente habia sentido mi corazon. Yo me esforzaré en combatir tu desdén, yo me justificaré de los defectos de que tal vez me acusas y de los cuales temes infundadamente la funesta influencia. ¡En mucho tengo mi reputacion, y no podria soportar la vida si temiese ver mi nombre manchado con la mas leve falta á las leyes del honor; pero si persistes en mostrarte sorda á mis ruegos, si insensible á mi querer te complaciéras en atormentarme, el que te adora todo lo olvidaría para no acordarse mas que de la venganza!

Y Fadrique desviándose de la senda que habia seguido al entrar al jardin, despues de haber dado un rodeo para evitar los centinelas, salvó otra vez el muro en el momento en que el astro de la noche mostraba su disco de plata en el nebuloso horizonte.



CAPÍTULO VIII.

Las ilusiones truécanse á veces en realidades, y éstas no siempre lo son aunque lo parezcan.

Raquel no habia asistido á la cita que la diéra Fadrique al ir á recibir el premio del torneo. La débil luz que al penetrar al jardin habia vislumbrado el amante de la hebrea, no pertenecia al aposento en el cual ésta moraba. Aquella luz era debida á una lámpara que ardía en la estancia de Guzman á quien las violentas emociones que habia esperimentado durante el dia, habian alejado el sueño de sus párpados. El menino del rey tenia necesidad de confiar al silencio de la noche, el recelo que habia dispertado en su pecho la estraordinaria aparicion de su rival; le eran necesarios el reposo y el aislamiento, para buscar el consejo que habia menester, y que nadie como no fuese él mismo podia darle.

Abismado en profundas reflecsiones, las horas de la noche le habian corrido fugaces, y el recuerdo del pasado y el sombrío porvenir que á su imajinacion se ofreciéra, traian turbado el

ánimo del jóven amante. Mil veces se habia arrepentido de haber dejado en libertad á su rival, y sonaban todavía en sus oidos con voz fatídica las palabras del duque. El misterio que rodeaba á aquel caballero, su altivez y su valor, sino amedrentaban á Guzman á pesar de su juvenil edad, le infundian sin embargo cierto respeto y le hacian dudar de las fuerzas que pudiera infundir en su pecho la llama del amor que en el ardía callada, pero viva é inestinguible.

Por dos veces intentó Guzman conciliar el sueño, y otras tantas la imájen de aquel feroz guerrero habia cruzado por delante de su vista revestida con toda la soberbia majestad de un héroe fabuloso. Aunque sus facciones le eran desconocidas, finjiále Guzman un rostro severo y surcado por las fatigas de la guerra, y en su ilusion creia ver la mirada de aquel hombre fija en él con una espresion siniestra y perversa.

Deseando alejar de su mente aquella enojosa imájen, el menino del rey despues de haber recorrido varias veces y á grandes pasos su estancia, ya estinguida la débil llama de la lámpara que hasta entonces le habia alumbrado, abrió la ventana buscando que el fresco ambiente de la noche apagase el fuego que ardía en su frente.

La luna ascendia lentamente en el horizonte, y á su luz misteriosa otra vez creyó ver Guzman el funesto fantasma de sus sueños. Abalanzado sobre el antepecho de la ventana, con la vista fija en la galería, alumbrado por los trémulos rayos del astro de la noche, Guzman vió sentado enfrente de él, inmóvil y silencioso, aquel mismo hombre, aquel mismo guerrero, cuyo recuerdo hasta entonces habia turbado su reposo. Pero esta vez ya no era una ilusion, era la realidad, la terrible y espantosa realidad. Aquel ser no era una vision engañadora, no era el lúgubre fantasma de sus sueños, era sí el caballero batallador de los bosques del Pardo, el raptor de Raquel, el aventurero audaz que habia entrado, luchado y vencido en el torneo, por mas de lo que en contra dijéra el arzobispo, era en fin el caballero misterioso que habia jurado arrebatar al mismo rey, la tierna jóven que habia

hecho palpitar por vez primera el corazon de su amigo, como la habia arrancado en dia no lejano de los brazos de su propio padre.

—Sí, es él, díjose para sí Guzman, aunque envuelto en holgado manto, yo lo reconozco por su ademan orgulloso, por su estatura atlética, por su mirada soberbia. Sí, él es, que cual fiera ambrienta husmea el rastro de su presa, ó lobo carnicero que á favor de las tinieblas de la noche salva los cercados para arrebatar la mas tímida oveja del rebaño. Bien me lo decia mi corazon que este hombre cuya voluntad es ley, conspiraba en secreto y sin descanso para ver satisfechos sus deseos. ¡Pobre corazon mio, no te engañabas! ¡Presentimientos funestos érais realidades!

Hubo un momento en que aquel jóven amante, pensó llamar la atencion de los centinelas para que prendieran á su rival; pero al momento su hidalguía hizo enmudecer aquella voz de la venganza. Otra resolucion tomó el amante de Raquel que estaba mas en armonía con sus nobles sentimientos de cumplido caballero. Resolvió Guzman dirijirse á su rival, para echarle en cara su imprudente osadía y decirle una vez mas que amaba con delirio á aquella mujer que contra su voluntad, y valiéndose de las armas mas innobles, intentaba hacer suya.

—Ignoro hasta que punto la ama, si es que sea amor lo que ha impulsado á este hombre á violar este sitio, díjose Guzman, pero por poderosa que sea su pasion, no ha de llegar de mucho á mi amor, y si este hombre no tiene un corazon insensible, mis palabras han de hallar un eco favorable en él. Yo le diré lo que he sentido desde que ví á Raquel en las ruinas del valle solitario, como noche y dia su imájen está viva en mi memoria, como el reposo ha huido de mí, como á la alegría de mis floridos años ha sucedido la melancolía de un corazon oprimido, como nada es bello, nada grato, nada dulce para mí, como no sea el recuerdo, el semblante ó la voz de mi adorada; como la naturaleza es triste y fria cuando no la embellece la presencia de Raquel, el sol mústio y sin fuego, cuando sus puros rayos no alumbran su cándido rostro, la vida en fin triste y enojosa, cuando todos sus instantes no se consagran á ella. Yo le diré á ese hombre cuyo

amor puede ser tan grande como el mio, que prefiero mil veces la muerte á la pérdida del único ser que es capaz de fijarme á la vida. Y si la amase mas que yo, lo que mi imajinacion no puede concebir, como no se concibe lo infinito, Guzman tiene el corazon sobrado grande para sacrificarlo todo en aras de la felicidad de Raquel.

Y el menino del rey llevado por la idea que su amor y su nobleza le habian inspirado, atravesó rápidamente las réjias estancias cuyos callados ecos repitieron en el silencio de la noche el rumor de sus pisadas; pero al llegar á la galería donde algunos momentos antes creyó ver á su rival, ya éste habia desaparecido, y si bien imajinó verle cruzar las tortuosas calles del jardin y hasta le llamó con la voz del cariño y de la amistad, sus palabras fueron llevadas en alas de la brisa nocturna, esperando en vano que fuesen contestadas.

Mientras estas escenas tenian lugar, la hija de Roboan era presa de un terrible combate interior. La memoria de su padre idolatrado, le recordaba las terribles palabras de su perseguidor, y aunque su amor filial rayaba en lo sublime, era incapaz de sacrificar sus mas puros sentimientos á una pasion mentida. Si grande era el amor que la tenia el duque, no era menor la aversion que éste inspiraba á la jóven hebrea, aversion que habia crecido de punto á medida que el infante habia apurado todos los medios que estuvieron á su alcance y la habia dictado su loca pasion, para ser correspondida de grado ó por fuerza. Atenta á la voz del deber, fortalecida por la irresistible antipatía que tenia á Fadrique desde el primer instante que lo vió, habia resuelto no asistir á la cita para no alimentar siquiera la mas remota esperanza de aquel hombre que en vez de un amante era para ella un enemigo.

Encierra el corazon humano tan singulares misterios, abriga el alma sentimientos tan recónditos, que en vano el talento mas profundo, la penetracion mas esquisita podría sospechar su oríjen ni menos esplicar su ecsistencia. La de aquella jóven comparable solo á un tierno capullo cuyo aroma no han besado las au-

ras, ni abierto su seno los rayos del sol, habia permanecido hasta entonces cerrada á la voz del querer é insensible al fuego del amor. Para Raquel no ecsistia otro amor posible como no fuese el amor filial; asi es que aquella jóven educada constantemente al lado de su padre, á quien servia de apoyo en su ceguedad y por quien era querida como su mas preciado tesoro; huérfana de madre desde sus mas tiernos años, en los tres lustros que contaba de ecsistencia, sumisa á la voluntad paternal, para ella eran desconocidos los alhagos del mundo, ni habia penetrado su álito emponzoñado en el sagrado de su retiro. Verdad es que varios caballeros que teniendo necesidad de las riquezas del judío llamáran en el dia del apuro á su puerta, habian visto y tambien codiciado la joya de hebreo, pero ninguno como Fadrique habia mostrado tan decidido empeño, tanta constancia y tenacidad en el logro de su deseo. Insensible la jóven á su instancias, temeroso el viejo por sus intenciones; éste acabó por cerrarle su casa, como aquella nunca le habia abierto su corazon. No por esto desistió el enamorado infante; antes bien recurriendo á la astucia y á la violencia para obtener lo que no habia podido lograr con sus súplicas y ruegos, tendió varios lazos al judío y á su hija que afortunadamente no tuvieron para ellos ningun resultado funesto; por el contrario, haciendo mas y mas cauteloso á Roboan, decidieron á éste á refujiarse, como hemos dicho, primero en Madrid y despues en las ruinas del valle solitario.

La hija del hebreo escudada con la proteccion de Doña Beatriz, nada temia por ella, pero todo lo recelaba por su buen padre; por manera que si se hubiese sentido capaz de poder corresponder un dia á la ardorosa pasion que al parecer sentia por ella D. Fadrique, á buen seguro que llevada por ese esquisito sentimiento que Dios ha dado á la mujer, hubiese sembrado la esperanza en aquel pecho donde jerminaban, á la vez que el amor para la hija, la venganza para el padre. Y no se crea que Raquel al despreciar á su poderoso amante, lo hiciera por abrigar su pecho un sentimiento mas ó menos tierno por otro ser mas privilejiado. La hija de Roboan, como tambien lo hemos indica-

do, era todavía vírgen de corazon: nunca su pecho habia palpitado por esa segunda alma de la mujer llamada amor. Cierto es que mas tarde las palabras de Guzman, pronunciadas en el momento solemne de su salvacion en los bosques del Pardo, no habian hallado cerrados los oidos de la pudorosa jóven, que las ardientes miradas del menino del rey habian sido contestadas mas de una vez por otras miradas llenas de ternura y agradecimiento, ni tampoco habian pasado desapercibidas por la bella israelita esas finas atenciones, esos delicados obsequios que solo un amante tributa á su amada, que solo ésta puede apreciar, y que el hijo del conde de Niebla habia depuesto galante á los piés del objeto de su amor, aprovechándose de algunos momentos felices que le proporcionaba su estancia en el réjio alcázar donde moraba tambien Raquel.

Antes de conocer á Guzman, Raquel nunca habia amado; lo que despues sintió se parecia mucho al amor.

Sin embargo, aquel amor, preciso nos es darle este nombre, tan puro como lo eran los sentimientos de los dos jóvenes que lo abrigaban, debia sufrir terribles y funestas contrariedades; y sin que sea nuestro ánimo adelantar los hechos, séanos dado no obstante presajiar para aquellos pechos amantes, algunos dias de luto y dolor.

Uno de esos dias de prueba, uno de esos momentos de amargura que dejan honda huella en el corazon humano y son una pájina tristísima en el libro de la vida, no tardó en llegar.

Este dia fué el siguiente al en que tuvieron lugar las escenas que acabamos de describir someramente. El palacio de los reyes estaba radiante de luz y armonía; todo era gozo y felicidad en él. Sus anchurosos salones revestidos con todas las galas que el lujo y la riqueza prestan á los poderosos de la tierra, ofrecian un aspecto deslumbrador. El querer y el poder del hombre habian concurrido para transformar el alcázar del soberano en una mansion de delicias y encantos; el arte y la naturaleza se habian dado la mano para derramar en él á porfía sus mas preciosos tesoros, sus dones mas esquisitos. El sarao que se daba en palacio.

era en celebracion del advenimiento al trono de Enrique III, y la fiesta debia ser y fué digna de un rey. Las armas y las letras, la nobleza de la cuna y del talento, todas esas aristocracias que la sociedad crea por deber, por gratitud y por respeto, tenian numerosos y dignos representantes en aquellos suntuosos salones. Tambien los tenian en mucho mayor número la juventud y la belleza, esa belleza sin rival que celebra el mundo en las damas españolas.

Entre aquellas mujeres nacidas en los floridos jardines de la afortunada Hesperia, que aunque flores, son flores lozanas que vivifica sin cesar el sol del mediodia, del cual son hijas queridas: entre aquellas mujeres cuyos rasgados ojos son estrellas que brillan mas lucientes con el poblado marco de sus pestañas y cabellos mas negros que el azabache, descollaban dos jóvenes, la una por su majestad y nobleza, por su candor y melancolía la otra; ambas por su belleza singular. En la primera veíase toda la pureza, toda la virilidad de la raza goda; era la segunda el verdadero tipo de la estatuaria griega: el cutis moreno de la primera, el fuego de sus miradas y la esbeltez de su talle, recordaban la imájen de esas soberbias reinas del Oriente que admiramos en los trasuntos que nos ha legado la antigüedad; al paso que la morbidez de las formas de la segunda, la dulzura de sus facciones y su blanquísima piel herida por los torrentes de luz que sobre ella iban á estrellarse, dejando entrever el azul mate de sus venas, asemejábanla á una de esas estátuas de mármol que han hecho la gloria de Fidias y Praxiteles, y en las que dijérase que el arte ha logrado arrancar á la naturaleza el secreto del bello ideal.

Aquellas dos beldades eran Leonor y Raquel, es decir, la amante despreciada y la amante que desprecia; la mujer que adora y la mujer que ódia; aquellas dos reinas de la hermosura, si bien rodeadas de menos pompa que las dos reinas de la nobleza, Doña Catalina y Doña Beatriz, la esposa y la viuda de un rey, pero imperando sobre ellas; aquellas dos rivales sin quererlo y sin saberlo, envidiadas de todas las damas y admiradas por todos

los caballeros, suspirando ambas en silencio, una por Fadrique y otra á causa de Fadrique: Leonor por su amante, Raquel por su padre, unidas ambas por esas secretas simpatías que acercan y unen las almas con lazos tan misteriosos como indisolubles, estaban platicando con la sonrisa en los labios y la amargura en el corazon, cuando de repente se ofreció á su vista el hombre que á su vez las dominaba con el amor la una, con el terror la otra. Ambas vieron cuasi instantáneamente á Fadrique, apenas penetró en el salon acompañado de D. Pero Gonzalez de Mendoza, mayordomo que habia sido de D. Juan é íntimo amigo del infante, de D. Alonso de Guzman, conde de Niebla y padre del menino del rey, y de algunos otros caballeros principales de la córte. Ambas esperimentaron un movimiento convulsivo, que por ser tan uniforme y de una duracion tan igual, no hubieron de apercibirlo la una de la otra por mas que sus cuerpos estuviesen en contacto.

Cuando el dolo ó la perfidía no han corrompido aun el corazon humano; cuando en la bella edad de la vida llamada juventud, todavía esa máscara del alma llamada hipocresía, no ha mentido lo que ésta siente, los ojos que son el espejo del alma revelan en lenguaje mudo, pero elocuente, los sentimientos mas recónditos. En el semblante y en los ojos de aquellas dos mujeres para quienes era desconocido el disimulo, pudo leerse en aquel instante la ajitacion violenta que sufriéra su ánimo. Pero ni una sola persona se apercibió de aquella ajitacion, ni unos ojos se fijaron en aquellos ojos, brillando la alegría en unos, el dolor en los otros.

Fadrique y sus compañeros fueron acercándose lentamente al sitio de honor que ocupaban la jóven esposa de Enrique y su madrastra, y despues de haber ofrecido á ambas sus humildes respetos, dijo Fadrique á aquellas damas.

—Hace un momento que admiraba con mis amigos el esplendor de los astros del firmamento, que brillan cual nunca hermosos en esta noche tranquila; pero desde que he penetrado en este cielo sembrado de estrellas, he olvidado aquellos luminares á los cuales eclipsan vuestra belleza y vuestras gracias.

Una sonrisa de satisfaccion, una de esas sonrisas que revelan el placer que siente la mujer cuando llegan á sus oidos palabras de lisonja y admiracion, asomó en los labios de ambas reinas. Mientras Doña Catalina conversaba con los demás caballeros:

—Muy galante estais D. Fadrique, repuso Doña Beatriz con ese acento tembloroso que imprime al habla un sentimiento profundo. En vuestra boca las alabanzas valen mucho, porque teneis fama de ser tan sincero como valiente.

—Me precio señora de no faltar nunca á la ley de Dios que ordena la verdad y al deber de caballero que aconseja el valor, y si alguna vez mis acciones no han correspondido á mis deseos, no lo achaqueis Doña Beatriz, á falta de voluntad. Muchas veces en el decurso de la vida, he tenido que luchar con un enemigo, tanto mas poderoso, cuanto todas las armas se embotan en su escudo. ¿Sabeis señora, prosiguió Fadrique, mirando fijamente á Doña Beatriz á fin de poder leer en su semblante, sabeis cual ha sido ese enemigo que ha sembrado de luto mis mocedades, persiguiéndome por do quiera he estampado la huella de mis pasos? Pues bien, ese tirano de mi vida ha sido la fatalidad. Desde la cuna cual sombra funesta no se ha apartado de mí un instante, complaciéndose en trocar mis mas bellas esperanzas en amargos sinsabores, y si un dia he visto brillar un rayo de luz, si he podido vislumbrar en lontananza una aurora de felicidad, pronto nuevos celajes han velado el cielo de mi futura dicha, y terribles tempestades han estallado con todo su furor sobre mi cabeza inocente.

Las palabras de Fadrique estaban preñadas de intencion. Presunto esposo de Doña Beatriz un dia, el infante habia esperanzado estrechar, al par que la mano de su esposa, el cetro de Portugal; pero una voluntad mas poderosa que la suya, la voluntad real, habia sentado en el trono de Castilla á la infanta, y el cetro de aquel reino débilmente disputado por el monarca español, habia caido en manos del maestre de Avis. Muerto D. Juan, habian retoñado las esperanzas del bastardo, pero tambien esta vez la presencia de D. Alonso y de D. Pedro Tenorio, habian impe-

dido que se acercase á la reina viuda. Indudablemente Doña Beatriz no hubiese secundado los deseos del ambicioso infante, porque para ella ya no habia mas amor posible que el amor divino, pero abrigaba en su pecho el agradecimiento, que es hijo del amor y la dulce memoria de las ardorosas protestas que en dias lejanos le habia hecho el infante. La invencible barrera que mas tarde su enlace con D. Juan habia levantado entre ella y D. Fadrique, alejándolos el uno del otro, habia estinguido aquellos sentimientos que antes pudieron hallar eco en su alma.

—No siempre esa tirana fatalidad de que os lamentais, prosiguió Doña Beatriz, habrá pesado en vuestro destino. Tambien algun dia habreis sido feliz, tambien habreis contado siquiera algunos momentos de dicha; pero de una dicha tan completa que hace olvidar años enteros de amarguras y quebrantos. Imaginad infante, que yo tengo un hada misteriosa que á veces me revela hechos maravillosos.

Las palabras de Doña Beatriz, encerraban tambien un doble sentido. La reina viuda estaba cuasi convencida de que Fadrique habia sido el vencedor del torneo, y al hablarle de su dicha, queria recordarle su reciente triunfo. El infante, si bien creía haber sido reconocido por ella en el palenque, no la comprendió ó mejor, la comprendió mal. Fadrique imajinó que Doña Beatriz era conocedora del amor que tenia á Raquel, cuya jóven que sabia se hallaba bajo su amparo, debia haberle confiado el secreto. Aquella supuesta revelacion contrariaba los planes del infante, asi es, que la ambicion puso palabras de perjurio en su boca.

—Esa dicha es quimérica, Doña Beatriz, dijo con triste acento.

—¿Acaso por ser oculta es menos grande?

—¡Ah! señora, he sido un insensato! Ciego he ido en pos de un fantasma, cuando mi deber y los mas dulces recuerdos debian haberme aconsejado otra conducta.

—Bien cabe en un pecho noble tan honroso comportamiento.

—¿Lo creeis así, señora? esclamó Guzman que en su engaño imajinó ver en aquellas palabras un rayo de esperanza.

—¿Y por qué no? ¿Acaso yo misma no os he demostrado tá-

citamente el aprecio que me mereciais? repuso Doña Beatriz refiriéndose al rico medallon que habia puesto en ocasion de su triunfo en el pecho del infante.

En aquel momento los acordes sonidos de armoniosos instrumentos, anunciaron que el baile iba á dar comienzo, y la reina Doña Catalina á quien daba el brazo D. Pedro de Castilla, conde de Trastamara, que acababa de llegar á la córte, se dirijió á uno de los salones inmediatos para tomar parte en la danza. Siguióla Doña Beatriz acompañada del conde de Niebla.

Si el arzobispo hubiese estado presente, la mirada que lanzó Fadrique á Doña Beatriz, le hubiese recordado sin duda la que ésta dirijió al infante en el oratorio de Alcalá. Las dos miradas habian sido de agradecimiento; pero la una reconocia por oríjen una virtud, la otra era debida á un sentimiento bastardo.

—¡Ya he triunfado de una; dijo para sí, satisfecho el infante; ahora corazon mio no me abandones, y tambien serán mias Leonor y Raquel!





CAPÍTULO IX.

En que se muestra un singular contraste en el que tres corazones luchan, vencen y son vencidos.

MADRIQUE tendió una prolongada y escudriñadora mirada á su alrededor, y no viendo entre las numerosas damas que habia en el salon el objeto de sus ansias, iba á pasar á las otras piezas inmediatas en su busca, cuando hubo de llamarle la atencion un grupo de caballeros que estaban platicando con calor no muy distantes del sitio en que se hallaba. En el mismo instante en que se encaminaba hácia ellos, Mendoza que se habia mantenido á una respetuosa distancia, mientras el infante habia conversado con la reina y Doña Beatriz, se unió con él.

—Acabo de saber, le dijo, que D. Enrique no ha entrado todavía en los salones, circunstancia bastante notable que admira á los cortesanos. Se me figura, amigo mio, prosiguió el antiguo mayordomo del rey, con cierta sonrisa de inteligencia, que los místicos consejos del arzobispo-rey, van produciendo su efecto en el ánimo del rey-niño.

—Tanto mejor.

—¿Cómo mejor? ¿Os felicitais vos de que?....

—De lo que me felicito, es de que el rey esté ausente todavía de este sitio, y con él ese jóven capitan que me dijo amaba á Raquel y á quien no sé si debo despreciar ó mas bien olvidar. Estando ausente el rey, me veo libre para buscar á mi amada y no incomodándome la presencia de ese pigmeo de mi rival, tal vez pueda hablarla. ¿La habeis visto Mendoza?

—¿A quién?

—¿Pues de quién os estoy hablando? ¿Acaso ignorais vos mi mejor amigo, á quien nada oculto, cuál es la mujer que ambiciona mi corazon?

—En verdad, señor, que no puedo contestaros afirmativamente, asi es que no debeis estrañar mi pregunta.

—¡Cómo! ¿Habeis olvidado que por Raquel deliro?

—No lo he olvidado, señor, como no he olvidado tampoco que en Leonor fundais vuestras mas alhagüeñas esperanzas.

—Cierto es.

—Y como vuestro amor es doble, naturalmente debia preguntaros á cual de las dos os referíais, dijo cuasi con una imperceptible sonrisa el desconfiado mayordomo del difunto rey.

—No, ahora no se trata de Leonor....

—Pues haceis mal, duque, porque la bella castellana, os ha estado contemplando con marcado interés, mientras habeis permanecido al lado de Doña Beatriz, y si mis años y mi conocimiento del corazon humano valen algo, podré añadir que el semblante de Leonor revelaba un despecho reconcentrado.

—¿Dónde está Leonor? esclamó el infante alarmado por las palabras de Mendoza.

—En vano será que la busqueis á vuestro alrededor, contestó su amigo; la castellana de Montalvan, que esta noche me pareció en su enfado mas hermosa que nunca, sin duda llevada por ese despecho que he creido adivinar en ella, y que vuestro olvido ha motivado indudablemente, despues de haberse mostrado indiferente á los obsequios de muchos caballeros que la rodea-

ban, ha acabado por aceptar el brazo de uno de ellos y se ha dirijido al otro salon, tal vez para tomar parte en la danza, y olvidar vuestra ingratitud, como vos habeis olvidado su amor.

Como era tan considerable el número de damas y caballeros que habia en el salon donde se hallaban Doña Catalina y Doña Beatriz, cuando entró en él Fadrique, y se dirijíese éste desde luego á la reina viuda, no hubo de apercibirse de la presencia de aquellas dos mujeres. El mayordomo de D. Juan tenia razon; Leonor á quien su amor habia llevado á Madrid, donde su belleza y su alta alcurnia la habian hecho reina, y donde el que en dias no lejanos habia jurado nunca serle infiel, parecia abandonarla, sufria en silencio los tormentos del desprecio y del abandono, porque Leonor amaba á Fadrique con todo el fuego de un alma entusiasta. La amorosa castellana no podia esplicarse porque aquel hombre antes tan sumiso á su voluntad, porque aquel jóven tan tierno, porque aquel amante tan leal, se habia alejado de ella tan de repente, sin haberle dado ningun motivo de queja, ni haberle mostrado siquiera su enfado. Y es porque Leonor ignoraba que en el pecho de Fadrique jerminaba hacía mucho tiempo un amor insensato, un amor delirante, que cada dia hacía mas estragos, y cada vez adquiria mas predominio en el corazon del que en otro tiempo era su esclavo.

—Tiene razon la condesa, mi conducta debe parecerle sobrado estraña, y justo es que me justifique con ella de un modo ú otro. Acompañadme Mendoza al salon de baile.

Al dirijirse ambos caballeros al sitio que acababa de indicar Fadrique, hubieron de pasar tan inmediatos al grupo de caballeros que un momento antes habian llamado la atencion del duque, que éste resolvió prestar atencion á sus palabras. Júzguese cual seria su curiosidad, cuando la primera palabra que llegó á sus oidos fué el nombre de su amada.

—Raquel, tal es el nombre de la judía, decia uno de los caballeros del grupo, fué hallada cuasi moribunda en medio de un bosque por un capitan de la comitiva del rey que la salvó y la trajo á Madrid.

—Su aparicion en la córte se me ha referido á mí de distinta manera, repuso otro caballero; á mí se me ha dicho que prendado el rey de sus gracias y hermosura, habia significado á Don Pedro Tenorio sus deseos de que fuese educada debidamente y encaminada por la senda de la verdadera relijion cristiana, y como la niña se hallaba cuasi abandonada, el arzobispo por tener contento al rey y salvar un alma al propio tiempo, habia accedido á los deseos del jóven monarca.

—Señores, añadió un tercero con aire satisfecho, creo que ambos estais mal informados. Esta jóven fué arrebatada del lado de su padre, que es un hebreo mas rico que Creso, por cierto caballero cuyo nombre me es desconocido, quien so protesto de hacer el amor á la hija, codiciaba las riquezas del padre.

Como en este punto el interlocutor hiciéra una breve pausa, añadió otro personaje que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion:

—Pues si no sabeis mas que esto, amigo mio, no sabeis mas que la mitad de la historia.

—Permitidme, baron, que concluya y luego añadireis vos lo que falte. Pues como decia, el finjido amante viendo que no podia lograr sus propósitos y que perdia el tiempo miserablemente, resolvió consumar un rapto....

—¡Vaya una idea! dijo uno de aquellos caballeros, ¡cargar con una obligacion en lugar de obtener un provecho!

—Si me interrumpis á cada paso, será cosa de nunca acabar. Os decia que el héroe desconocido de esta historia, resolvió consumar un rapto. Se puso en acecho, espió los pasos del padre y de la hija, llegó la ocasion favorable y arrebató á la judía. ¿Y sabeis porqué señores? para obtener un buen rescate del viejo avaro.

—¿Y cómo fué que esa jóven haya venido á parar en palacio? dijo el baron.

—Vais á saberlo.

—Ese marqués se pinta solo, para referir historias amoro-

sas. Deberíamos nombrarle cronista del dios ciego en los reinos de Castilla.

—Sí, sí, luego le nombraremos, dijeron á la una los caballeros del grupo, pero ahora que termine su historia que empieza á ser interesante.

—Sucedió pues, prosiguió el marqués con cierto aire de petulancia, que espiaba los pasos del astuto mancebo, cierto rival....

—¿Este competidor era por los ojos de la niña ó por el dinero del padre?

—La crónica no lo refiere; pero sí dice que este rival salió al encuentro del raptor é intentó á su vez arrebatar á éste la prenda que habia arrancado violentamente al hebreo.

—¿Y lo logró?

—No por cierto, porque mientras ambos rivales se batian como dos desesperados, apareció en el lugar del combate otro caballero, y como *inter duos litigantes gaudet tertium*, la jóven que en el calor de la refriega se habia escurrido á los piés de los caballos, vióse librada providencialmente de aquella mala posicion por unos brazos amigos que la condujeron hasta Madrid.

—¿Este seria un tercer rival?

—No lo creo, dijo el marqués, arqueando las cejas, porque segun parece, la jóven hebrea fué presentada á la reina viuda y ésta la ha tomado bajo su proteccion, hasta tanto que aparece su padre. Esta es, baron, la verdadera historia de esa jóven.

Fadrique no habia perdido una palabra de aquella conversacion, compadeciéndose de aquellos cortesanos tan bien informados, en quienes la murmuracion era tan necesaria como el aire que respiraban, é indudablemente se hubiese alejado de su lado, para ir en busca de Raquel cuya presencia en aquel sitio le acababan de revelar sus palabras, á no haber añadido uno de los caballeros del grupo:

—Pues á la niña le dolerá poco la pérdida del padre, cuando asiste á las fiestas de la córte y toma parte en los saraos que se dan en palacio.

—Te equivocas, baron, á fuer de buen fisonomista desde que entré en el salon observé en el semblante de la hebrea el profundo dolor que debe sentir su alma por semejante pérdida. Un tinte de dulce melancolía bañaba su rostro angelical.

—Efectivamente, dijo un tercero, esa jóven á quien yo mismo dirijí algunas palabras lisonjeras apenas hube entrado en este sitio, mostróme la mas completa frialdad, sucediendo otro tanto con otros caballeros que en pos de mí fueron á hablarla.

—Y en tanto eso es así, repuso el primer interlocutor, que acaba de abandonar el salon en este mismo momento sin duda para no volver mas á él.

—Mi mas grata esperanza acaba de desvanecerse, dijo Fadrique á Mendoza con el acento de un hombre que acaba de sufrir una gran pérdida. Raquel ya no está aquí y sabe Dios si volverá. Aconsejadme, amigo mio, decidme lo que puedo hacer para ver esta misma noche á la hija de Roboan.

El antiguo mayordomo del rey tenia á su vez fundadas todas sus esperanzas en Fadrique, cuya alta alcurnia y aparente valimiento con Doña Beatriz, eran para él sobrados títulos para que el infante pudiese aspirar á la rejencia; asi es, que deseando complacer al amante, para poder tener mas tarde un protector en el poder, despues de haber reflecsionado un momento, dijo al duque.

—Por vos haré lo que no haria por mí mismo. Seguidme y si es posible ver á Raquel, no dudeis que la veremos y hablareis con ella ahora mismo.

—¡Ah Mendoza! si esto lográra seríais mi salvador y os deberia mi vida, porque ¿de qué me sirve la ecsistencia sin el amor de Raquel?

Ambos amigos salieron del salon. El mayordomo del rey que á causa del cargo que habia ejercido, conocia las diferentes dependencias de palacio, como las de su propia casa, condujo al infante por entre un laberinto de corredores y piezas retiradas, hasta un pequeño estrado donde ardía una lámpara que lo alumbraba escasamente.

—Permaneced aqui hasta tanto que yo vuelva. Estoy cierto que nadie penetrará en este sitio durante mi ausencia.

Mientras el infante aguardaba con impaciencia el cumplimiento de la promesa de su amigo, éste valiéndose de un antiguo servidor á quien confió una parte de sus planes y propósitos, averiguó que Raquel, pretestando una repentina indisposicion, habia solicitado y obtenido de Doña Beatriz el permiso de retirarse á su aposento, donde se hallaba enteramente sola por haber despedido tambien la dueña que estaba á su servicio.

—Pues bien, decidla que un caballero desea obtener su permiso para comunicarle una nueva de su padre que debe interesarla vivamente. A fin de que no sospeche cosa alguna que pueda alarmarla, añadid que ese caballero es hombre entrado en años.

El plan de Mendoza obtuvo un écsito completo. Raquel dió permiso para hablarla y el antiguo mayordomo del rey con ese talento del engaño que solo se obtiene con el roce del gran mundo, convenció á la jóven de que un mensajero de su padre que no queria ser visto de nadie, la aguardaba en la pieza retirada de que hemos hecho mencion. Allí se dejó conducir por Mendoza; pero éste al llegar al umbral de la puerta, dijo á la hija de Roboan.

—Asi como me hago un deber en protojer á la hermosura, cumple á mi delicadeza respetar sus secretos. En tanto que hablais con la persona que os aguarda en este aposento, yo esperaré aqui á fin de que nadie os sorprenda en vuestra importante entrevista.

Mendoza decia verdad; pero sus palabras tenian doble sentido.

Penetró Raquel ansiosa en aquella estancia débilmente iluminada por una lámpara moribunda, y dirijiéndose al mensajero que creia encontrar en ella:

—¡Habladme de mi padre! le dijo, ¿qué se ha hecho de mi padre?

—Vuestro padre, hermosa mia, la dijo Fadrique saliéndola

al encuentro, solo aguarda una palabra de vuestra boca, para ser feliz y labrar con su bendicion nuestra dicha, porque vuestra dicha es la mia, sol de mi vida.

El asombro que infundió en Raquel la inesperada presencia de Fadrique, no solo anudó la voz en su garganta, sino que robándole cuasi todas sus fuerzas vitales, la fijó en el sitio en que habia llegado, incapaz de poder adelantar ni retroceder. Como si una mano de hierro oprimiéra su corazon, las palpitaciones de éste eran tan aceleradas y tan violentas, que el infante hubiera podido oirlas indudablemente, si á su vez no hubiese sido tambien presa de una viva ajitacion. Durante algunos momentos el mas profundo silencio reinó en aquella solitaria estancia; pero era el silencio precursor de la tempestad que iba á estallar entre aquellos dos séres á quienes el inflecsible destino habia separado con una valla profunda que en vano intentaba salvar uno de ellos en alas del amor.

Cuando en fin Raquel se hubo recobrado algun tanto de su sorpresa, cuando pudo revelar su boca lo que sentía su corazon, revistiéndose del valor que dá la desesperacion, dijo al duque:

—Mi padre os maldice como yo os aborrezco. Nunca, entendedlo bien caballero, nunca oireis de mi boca mas que palabras de desprecio y aversion. En vano podeis tender lazos á mi paso; en vano os valdreis de la perfidia, del engaño y de la traicion, para obtener el logro de vuestros torpes deseos.....

—Cesad, cesad Raquel de pronunciar tan infundadas palabras. No es mi pasion hija de sentimientos bastardos; yo os amo con toda la pureza del primer amor, de ese amor sin límites que comienza en la aurora de la vida, y solo la muerte puede estinguir. Si cual sombra voy constantemente en pos de tí, si te persigo sin cesar, si apelo á la violencia y al engaño, es, adorada mia, es solo impulsado por mi amor. Ya sé que me desprecias, que me aborreces, que me ódias; pero ese mismo desprecio, tu misma esquivez, avivan todavía mas la llama inestingible que arde en mi pecho. Por tí solo vivo, en tí están fundadas mis mas ricas esperanzas, á tí dirijo todos mis pensamientos, y yo el infante

de Castilla, el gran duque de los reinos, el primero en dignidad y nobleza despues del rey, gozoso depongo á tus plantas mis dignidades, mis títulos y mis blasones. Ese amante que tu desprecias y ese hombre que tu humillas, á quien rinden vasallaje los valientes y sonrien las mas altas damas de Castilla, todo lo olvida por tí, la humilde hija de un hebreo. Si he batallado y he triunfado de mis contrarios, si en el torneo ceñí la corona del vencedor, si he penetrado hoy en esta réjia morada, solo ha sido por tí, solo ha guiado mis pasos y dado fuerza á mi brazo el recuerdo de tu persona, la esperanza de poder decirte una vez mas yo te adoro.

—Mal procedeis, caballero, si para demostrarme este amor que decís me profesais, y que yo en vano intentaria corresponder, mal digo obrais, persiguiendo y maltratando á mi padre que es mi único amor. ¿Qué habeis hecho de él? ¿dónde se halla mi padre? Si le habeis dado la muerte, si le habeis arrebatado sus riquezas, decídmelo, y tendré un motivo mas para maldeciros. ¡Si le habeis aherrojado, si lo teneis encarcelado en ignoto sitio, decídmelo tambien y cúmplase asi vuestra venganza en mis destinos!

—Vuestro padre está libre y tranquilo, y como os dije ya, solo aguarda de vos que troqueis vuestros desdenes en fino amor para con aquel á quien el cielo ha elejido para labrar vuestra felicidad y la suya.

—No, esclamó Raquel con el acento de la mas íntima conviccion, no, mi padre nunca violentará mis deseos, nunca querrá herir el corazon de una hija idolatrada; mi padre sabe que yo os aborrezco como él os aborrece, y no puede ordenar nunca lo que mienten vuestras palabras.

—¡Pues bien, esclamó el infante pudiendo apenas reprimir su furor al ver que eran impotentes todos sus esfuerzos para rendir á Raquel; yo me vengaré de vuestro desprecio en mi rival, porque sabed, pérfida, que no ignoro que Guzman os ama; yo retaré en combate singular á ese mozo que me roba mi dicha, y si la Providencia ampara mi brazo, como lo ha amparado hasta

hoy dia, arrancaré de vuestro lado esa sombra funesta. Y cuando mi venganza esté satisfecha, cuando vuestro dolor desgarre ese corazon sordo á mis ruegos, cuando la desesperacion anuble ese semblante que han formado las gracias, yo me gozaré en vuestro quebranto, y con la sangre fria de la indiferencia, me reiré de vuestro llanto!

—En vuestro delirio, caballero, inculpais á Guzman la causa de mi desprecio, cuando solo debeis hallarla en mí misma. Y decidme, ¿qué derecho teneis para obligarme á que corresponda á un amor que no siento, ni puedo sentir? ¿Por qué quereis sacrificar á una jóven que nunca podria ser feliz con vos? Vuestra conducta es altamente criminal, y deberia quejarme al soberano, como lo haré, si pronto, muy pronto, no dais libertad á mi padre.

—Dadla vos á mi corazon, que lo teneis aprisionado con cadenas de diamante. Oiga yo al menos de vuestra boca una palabra de consuelo, sembrad siquiera en mi pecho una remota esperanza, y ese padre que tanto idolatrais, correrá á vuestros brazos para bendeciros. Entonces léjos de vos, si tal es vuestro deseo, sufriré en silencio las amarguras de vuestra ausencia; pero en mi triste cielo brillará al menos ese rayo de esperanza, esa confianza en el porvenir que habrán pronunciado vuestros labios.

—¡Nunca! esclamó con firme resolucion la hija de Roboan.

—De rodillas imploro de vos esta palabra, dijo el infante correspondiendo sus acciones á sus palabras.

Raquel con toda la majestad de una reina, señalando la puerta de entrada de la estancia, esclamó:

—¡Basta ya; salid, ó salgo yo!

—Voy á obedeceros; pero antes de cumplir vuestros deseos, quiero que oigais mis últimas palabras. Antes de que el astro del dia brille en su cénit, vuestro padre os habrá maldecido.

—¡Qué decís! esclamó aquella jóven con el acento de la exaltacion del amor filial.

Una sonrisa sardónica cruzó en aquel momento por el semblante del jóven guerrero, el cual iluminado débilmente por la

lámpara moribunda, y contraido por la ira, tenia un aspecto siniestro.

—Todavía es tiempo, dadme siquiera una remota esperanza, y Roboan se salvará.

Pero como Raquel anegada en llanto, permaneciese silenciosa ocultando entre las manos su semblante.

—Del contrario, no volverás á ver nunca mas al autor de tus dias, y ¡ay de tí, si pronuncias una sola palabra que pueda dar á conocer tan terrible secreto!

Despues de haber proferido aquella amenaza, el infante dió algunos pasos hácia la puerta.

—Deteneos, esclamó Raquel con el acento de la amargura; no en mi pobre padre, sino en mí debeis vengaros; el es un anciano mísero y desvalido y vuestras iras caerán sobre una cabeza inocente; mi padre bendeciría mi amor si yo fuese capaz de amaros; si quereis desgarrar un corazon, desgarrad el mio; pero salvad á mi padre; caiga sobre mí todo vuestro furor, pero respetad al menos la inocencia y la venerable ancianidad del autor de mis dias....

En aquel momento se abrió de repente la puerta de la estancia en que se hallaban Raquel y Fadrique. Un caballero entró en ella, y despues de haber cerrado cuidadosamente por dentro, dijo en voz baja al infante:

—Vuestra ausencia de los salones ha sido notada, y por mandato del rey y del arzobispo que han sabido ya vuestra llegada, os están buscando por palacio.

Aquel caballero que no era otro que Mendoza, quien dirijiéndose á Raquel, la dijo:

—En tanto que nosotros salimos por la puerta secreta que hay en el fondo de esta estancia, permaneced aqui un momento, que luego vendrá á buscaros vuestra dueña.

Entonces Fadrique dijo rápidamente al oido de la hebrea:

—Vuestro comportamiento trazará la norma de mi conducta. Os concedo todavía algunas horas para resolveros.

Una mirada de desprecio acojió las palabras del infante, apenas hubo desaparecido con su compañero por la puerta falsa.

Antes de llegar al salon principal, cautivó la atencion de los dos amigos, una voz varonil; era una voz dulce y melancólica que cantaba al compás de los gratos sones de una cítara, las hazañas y proezas de los caballeros, y su rendimiento y fidelidad á las damas. Era la voz de uno de los trovadores que habian sido llamados á palacio, y cuyos cantos estaban destinados á llenar los blancos de la fiesta. Los armoniosos versos llenos de fuego que habian atraido en torno del cantor un gran número de damas y caballeros, hubieron de parecer detestables al duque por echarle en cara el mal proceder que habia guardado con Raquel y con Leonor.

Iba el infante á alejarse de aquel sitio para ir en busca del rey, cuando una mano suave detúvole por el brazo, y mientras los vitores al poeta llenaban la sala, una voz amiga decia al oido del duque:

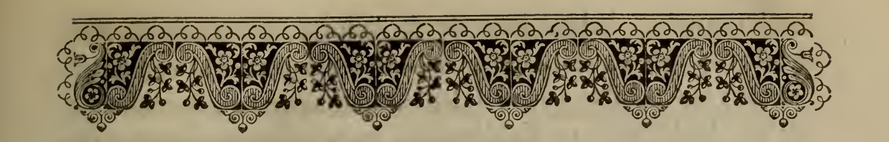
—Guardaos, Fadrique, de pronunciar una palabra, de hacer un movimiento que me vuelva á la realidad de mi ecsistencia y me haga conocer que no sueño, porque entonces mi venganza seria tan espantosa, como los tormentos que despedazan mi corazon.

—¿Y sobre quién descargariais vuestra ira, Leonor?

—Sobre ella, respondió estremeciéndose la castellana de Montalvan, sobre la que me arrebatase el amor de Fadrique; con su vida espiaría tu perjurio.

Y Leonor desapareció.

—¡Yo te compadezco mujer infortunada, dijo para sí Fadrique, porque por lo que yo siento, juzgo lo que debe sentir tu alma ardorosa. Ambos llevamos en el pecho el demonio de los celos, ambos estamos condenados á sufrir los tormentos del infierno, mientras la voz del placer suena triunfante en torno nuestro!



CAPÍTULO X.

La córte asiste silenciosamente á una escena tan tierna como inesperada.

TAL vez han dispertado en vos, infante, emociones harto vivas, esos melodiosos cantos del trovador que acabais de oir, si debo juzgar por el aspecto tan triste y meditabundo en que os hallo, dijo la voz de D. Pedro Tenorio.

Al oir aquel aborrecido acento, el corazon de Fadrique latió con violencia, sus pupilas se dilataron, y un temblor convulsivo ajitó todos sus miembros. Hacía mucho tiempo que el duque abrigaba sentimientos hostíles contra Tenorio, nacidos del favor que siempre habia gozado el primado al lado del rey. Su aversion á aquella persona, que era el escollo donde naufragaban todos sus planes, habia crecido de punto desde la muerte del rey D. Juan, por cuanto su privanza con el jóven monarca, y su favor con la reina viuda, le estorbaban todos sus propósitos. Su aparicion repentina en el oratorio de Alcalá, y la conversacion que le habia sorprendido en la

noche anterior, habian acrecentado su furor. El amante de Raquel no queria sin embargo enemistarse abiertamente con aquel hombre tan temible por su talento y por su poder, y confiando en que debia llegar un dia favorable para poder derribarle, resolvió hacer uso de los mismos medios que el arzobispo habia indicado se valdria él para dominarle. Lucha sorda y sin cesar renovada, lento trabajo de contramina y zapa, encaminado á derrumbar dos torres soberbias: la del orgullo fundada en la fuerza y la ambicion; la del valer, cimentada en el deber y la esperiencia. Pero Fadrique no hubo en cuenta que tenia un flanco abierto por donde podia penetrar su enemigo: y por el fué batido, y por el vencido sin estrépito, pero completamente.

Tenorio que espiaba sus pasos como el infante lo habia hecho hasta entonces con Roboan y su hija, no le eran desconocidos ya sus amores con la judía, y sus pretensiones á la mano de Leonor. La una salvará á la otra, díjose para sí el arzobispo, como ambas me libertarán del ambicioso bastardo.

—Parece que os sorprende mi presencia, añadió el arzobispo, viendo la turbacion del infante; ¿tal vez estrañais verme en este sitio y á estas horas? Pero no debeis admiraros, porque de veras deseaba veros y hablaros. Desde nuestra entrevista en Alcalá, no habia tenido esta satisfaccion; de modo que no sé donde os ocultais y en qué pensais, cuando urje sobremanera poner término á ese estado de ansiedad que se observa en Castilla para conocer la última voluntad del rey, y en consecuencia constituir definitivamente la rejencia.

El arzobispo como hábil diplomático, salia al encuentro de los deseos del infante, y al evocar la cuestion política que al par de la cuestion amorosa, traian desatentado á Fadrique, queria llevarle al terreno donde pudiese apreciar sus fuerzas, y batirle con ventaja y á toda luz.

—Señor, contestó el duque, que creia adivinar las intenciones del primado: si antes no he venido á la córte, ha sido para dejar libre y espedita vuestra accion en un asunto de tamaño interés. No se dijera luego, prosigió Fadrique marcando sus pala-

bras, que mi presencia hubo de poner obstáculos y crear dificultades.

—No concibo, repuso el arzobispo con la mayor naturalidad del mundo, como vuestra presencia podria servir de estorbo en un negocio en que tan necesario es el consejo de todos. Además, debeis tener en cuenta Fadrique, que circula por vuestras venas la sangre de los reyes, y cuando no tuvieseis otros títulos de aprecio y consideracion, estos solos bastarian para solicitar vuestro leal concurso.

—Este ambicioso, dijo para sí el duque, me está lisonjeando para venderme luego; pero yo he de estar muy alerta, y veremos quien engaña á quien. Entretanto preciso es disimular. Luego añadió en voz alta.

—¿Con qué vos creeis, D. Pedro, que mis débiles fuerzas y mis escasos conocimientos, han de tomarse en consideracion en asunto de tan grave peso?

—¿Cómo si lo creo? repuso Tenorio, como un hombre que está convencido de lo que dice. ¿Acaso no se hubiese resuelto ya la cuestion de la rejencia, á no haber estado ausente vos, y con vos el conde de Trastamara y el marqués de Villena? No lo dudeis, infante, solo á vos y á estos señores que tambien son de sangre real, aguardabamos; y ya que estais aqui y tambien ha llegado el conde de Trastamara, mañana mismo, con el beneplácito del rey, pasaremos á la cámara real para ver si descubrimos el paradero del testamento de D. Juan entre sus papeles.

—Mucho me pesa, señor, haber perdido un tiempo tan precioso, prosiguió Fadrique, procurando remedar el tono de naturalidad del arzobispo.

—Tal vez no habrá sido enteramente perdido para vos, dijo Tenorio con cierto abandono y fijando la vista en el infante.

—¿Qué quereis decir?

—Supongo que serán hablillas de los cortesanos, pero sí debo deciros lo que la fama refiere de vos, parece que sois muy afortunado con las damas, y que vuestros amores van á pares. Esto os llevará muy ocupado.

Tenorio al soltar aquellas palabras, se proponia que el infante fuese conocedor que era dueño de un secreto que le importaba guardar, y como no habia de abusar de el, era ya un lazo que sujetaba al duque.

Sorprendido éste por semejante lenguaje en boca de su antagonista, titubeó un momento acerca la contestacion que debia darle. ¿Si ya no será un misterio para ese hombre, á quien nada se le oculta, mi amor á Raquel? ¿Si aludirá tal vez á Doña Beatriz? ¿Quizás quiera hablarme de Leonor? Batallando con estas dudas, contestóle:

—La fama miente mucho, señor, y vuestro talento no desconocerá que las apariencias son muchas veces engañosas.

—En efecto, infante, pero preciso es que confeseis que las damas deben apreciaros por lo cortés y lo valiente.

—Este aprecio es muy efímero, D. Pedro, y si bien debe alhagar á un caballero, no puede fundar en él ninguna esperanza. La mujer es muy voluble, y sus afectos por lo comun son pasajeros. Por mí sé deciros, señor, que toda mi ambicion se cifra en ser útil á mi rey y á mi patria; á la defensa de estos caros objetos he consagrado mi brazo y mi espada.

—El rey y la patria os deberán estar reconocidos, infante. Y apropósito del rey, justo es que vayamos á tributarle nuestros humildes respetos, porque acabo de saber que ya ha entrado en los salones.

—Que me place, D. Pedro, y me hareis singular merced en presentarme al jóven soberano.

Al salon donde se hallaba el rey de Castilla, á su belleza propia, á sus adornos comunes, el arte y el gusto de la época habian añadido nuevas galas, nuevo esplendor. Todo respiraba en él magnificencia. Las paredes estaban entapizadas con ricas telas labradas y tejidas con gran primor. En unas veíanse dibujadas con singular maestría, algunos cuadros históricos recordando las antiguas glorias españolas, y en otras, atributos propios del comercio, de la agricultura y de las artes, que por ser fuentes de toda riqueza, no son menos gloriosas, y cuyos

símbolos debe vanagloriarse cualquier monarca, de guardar en su réjia morada al lado de los que representan el poder de las armas y la majestad del sólio. Sobre aquel fondo soberbio, descansando en marmóreos pedestales hábilmente esculpidos, descollaban unos pulidos vasos etruscos, de cuyo seno se levantaban revestidas de los mas brillantes colores, las mas bellas flores de los jardines, tanto mas admirables, cuanto los rigores de la estacion no podian haber favorecido aquella lozana vejetacion. De aquellos colosales ramilletes, se desprendia una atmósfera inpregnada de aromas suaves, que embalsamaban el templado ambiente que reinaba en la estancia. En los ángulos del salon veíanse otras tantas estátuas de puro mármol blanco, representando las virtudes guerreras, y á su entrada principal, como si estuviesen destinadas á recordar la hora en que se celebraba la fiesta, y el respeto que se merecia aquella estancia verdaderamente réjia, habia dos estátuas, representando la una la Noche y la otra el Silencio. Por un capricho del artista que armonizaba en cierto modo con el elocuente símbolo de aquellas estátuas, ambas eran de puro mármol negro. La majestad y misterio de la primera, corria parejas con el recojimiento y meditacion de la segunda; las dos eran unas verdaderas obras maestras. Suntuosos sillones, alternados con blandos cojines formados con ricas telas tejidas en Oriente, que los reyes moros de Granada habian hecho presente á D. Juan, llenaban los espacios intermedios junto al muro del salon. El pavimento estaba cubierto con preciosas alfombras de gusto árabe, y las ventanas y puertas laterales cerradas con bellísimas colgaduras de damasco con flecos de oro. Del artesonado techo pendian un gran número de lámparas de plata y oro que derramaban torrentes de luz, aparte varios candelabros de plata y bronce que estaban colocados sobre algunas mesas formadas de maderas esquisitas.

Rodeado de las principales dignidades de los reinos y de los altos funcionarios de palacio, hallábase el jóven Enrique en aquel salon, cuando entraron en él D. Pedro Tenorio y D. Fadrique de Castilla, duque de Benavente. El respeto que se merecian am-

bos personajes, el primero como primado de las Españas y privado del rey, y el segundo como miembro de la familia real y primer duque de los reinos, hizo que apenas les vieran entrar los cortesanos, que se mantenian á una respetuosa distancia del rey, les abrieran paso y les saludáran atentamente. Entre aquellos satélites de la majestad, los habia que eran enemigos ocultos del infante; pero al verle al lado de Tenorio, cuya proteccion creyeron reconocer, ocultando sus verdaderos sentimientos, fueron los primeros en alargar la mano y felicitar al duque, que hasta entonces habian creido en desgracia. Condicion inmutable es esta de esos hombres que pululan al lado de los poderosos, y que incapaces de alcanzar adelanto alguno por sus propios méritos, debiéndolo esperar todo de los demás, se arriman ó alejan, hieren por la espalda ó besan la mano, conforme es propicia ó adversa la fortuna de aquel que debe servirles de apoyo ó de quien esperan favor.

Como viese el rey que se acercaba á su persona el arzobispo, levántose del asiento que ocupaba y le dijo:

—Bien venido seais, mi buen amigo; mucho me huelgo de veros aqui, para que contribuyais con vuestra presencia al brillo de esta fiesta que debo al amor de mis vasallos.

—Señor, mi satisfaccion entonces es doble, porque al propio tiempo que me felicito por vuestras lisonjeras palabras, me cabe el honor de presentaros á vuestro pariente y leal servidor D. Fadrique de Castilla, primer duque de estos reinos por la augusta voluntad de vuestro padre, quien viene á ponerse á vuestras órdenes y ofreceros sus mas humildes respetos.

La conducta que habia guardado el infante durante los últimos años del reinado de D. Juan I, lo habia tenido cuasi constantemente apartado de la casa real, asi es, que Enrique habia visto muy raras veces á su pariente, cuando todavía era muy niño, y no recordaba ya sus facciones. Ajeno además á las intrigas de aquel pariente, estaba bien léjos de imajinar que conspirase contra su trono, ni menos que fuese el mismo hombre contra quien habia pedido justicia al arzobispo.

—Señor, dijo D. Fadrique, dirijiéndose al rey; los azares de la fortuna y de la guerra, me han tenido apartado del lado de vuestro padre, á quien amaba como á un hermano, y de quien recibí altos honores. Lo propio que D. Pedro, conde de Trastamara aquí presente, un hado adverso dijérase se ha complacido en descargar sobre nosotros todos los rigores de la suerte.

El hijo bastardo del rey D. Enrique II, abuelo del jóven monarca á quien dirijia la palabra en aquel momento, al asociar á sus destinos los destinos del conde, no lo hacía sin razon y sin motivo. Como él, D. Pedro, conde de Trastamara, habia gozado el favor de D. Juan, pero como el infante, habia sido ingrato y rebelde. Sin embargo, llevado por su buen corazon, el padre de Enrique llamó del destierro al conde y le admitió otra vez en su servicio. Como ambos pertenecian á la familia real, como los dos abrigaban los mismos sentimientos y tenian las mismas esperanzas, entre ellos se habian formado unos lazos de interés que solo el interés podia quebrantar. Ya veremos mas tarde como asi fué.

—Pero ya apagada la antorcha de civil discordia, dichosos los reinos por la paz y respetado el trono de Castilla por las demás naciones, cuyos embajadores me acaban de felicitar por mi advenimiento al sólio español, confio, infante, que ya no tendreis que alejaros nunca mas de su lado, y del cual espero tambien sereis su mas leal defensor, como igualmente me lo prometo de los leales sentimientos del conde.

El noble corazon de Enrique, se mostraba en aquellas palabras que desgraciadamente no fueron proféticas; porque aquellos en quienes mas confiaba, fueron precisamente los primeros que arrojaron la poma de la discordia entre los vasallos del rey.

—Nuestro brazo y nuestras espadas están á vuestro servicio, contestaron á la vez el duque y el conde.

—Por lo que hace á vos, D. Pedro, prosiguió el rey, he oido relatar vuestras hazañas de caballero, y juzgo que los pendones de Castilla nunca han de verse humillados, contando con tan valiente defensor. Respecto á vos, D. Fadrique, aunque sé que sois

un cumplido caballero, no me son tan conocidos los lauros que indudablemente deben ceñir vuestra frente.

—Como á D. Fadrique le es desconocido el orgullo, dijo Don Pedro Tenorio con disimulada ironía, su modestia le hace ocultar muchos de sus triunfos.

El infante como si hubiese sido mordido por una víbora, volvió rápidamente la cabeza hácia el lugar que ocupaba el arzobispo.

—Este hombre, dijo para sí, vá á venderme y me pierde irremisiblemente.—¿De qué triunfos quereis hablarme D. Pedro? dijo en tono que se traslucía la cólera reprimida.

—Muchos podria citaros, pero como al rey le son desconocidos todos estos laureles, y vuestro valor y pujanza haya alcanzado uno muy reciente, al par que glorioso, creo debiérais....

—¡Qué decís, D. Pedro! esclamó Enrique cuya penetracion era esquisita. ¿Fadrique sería tal vez el vencedor del torneo, el esforzado paladin á quien invitamos á asistir al baile y que en vano hasta ahora hemos aguardado?

—No falta quien haya creido adivinarlo.

—Efectivamente, dijo el jóven monarca, mirando fijamente al infante de piés á cabeza; la persona del vencedor se parece mucho á la persona del duque. Pero si tal fuera, añadió Enrique para sí, recordando las palabras de Guzman, entonces el infante seria quizás tambien el.....

El rey rechazó la consecuencia que se desprendia de aquella suposicion. Fadrique puede haber sido el vencedor, pero no el raptor de Raquel, díjose aquel niño, cuya alma no conocia el engaño, ni podia apreciar todavía hasta donde alcanza el imperio de las pasiones humanas.

Titubeó un momento el infante entre si negaria su presencia en el torneo ó bien la confesaria voluntariamente. Mas como supiese ya que el arzobispo estaba convencido de ello, y como su principal objeto habia sido ocultarse del prelado para no verse sorprendido en sus propósitos, habiendo desaparecido aquellos motivos, optó por la confesion.

—¿Y bien, qué decís á esto D. Fadrique? añadió el rey.

—Digo que D. Pedro Tenorio tiene una mirada muy penetrante, si es que descubriéra mi persona trás la armadura que la envolvia.

—¿Creeis duque que solo viendo su semblante se puede reconocer á un amigo? ¿Quién además puede competir con vos en la lid? Entended, duque, que no fuí yo solo quien os reconoció bajo vuestra negra armadura.

—Pero no faltó quien se equivocára, añadió Enrique; mi menino creyó reconocer á los dos caballeros aventureros; pero yo ahora reconozco á mi vez su error. Mas decid, duque, ¿qué objeto teniais en ocultar vuestro semblante y vuestro nombre á la reina del torneo? ¿Por qué renunciar á la parte mas envidiada del triunfo, esto es, al aplauso de las damas y caballeros? ¿Por qué no presentaros como el vencedor de aquel adalid que tan dignamente luchó con vos?

—Precisamente fué este el motivo que me indujo á ocultar mi nombre para que no fuese conocido el de mi contrario.

—¡Cómo! ¿Acaso no era un caballero, dijo admirado el rey, no cumplió como debia con las leyes del torneo?

—Era un caballero, señor, pero un caballero que abriga un corazon perverso y malvado. D. Pedro Tenorio os dirá sin duda su nombre, porque á él, á lo que imajino, no debe serle desconocido. Por mí se decir que mi mayor satisfaccion, consistió en poder humillar á un hombre cuyas intenciones tampoco ignorará D. Pedro.

Con aquella maliciosa contestacion lograba Fadrique cuatro objetos: apartar las sospechas que el rey y el primado pudiesen abrigar acerca su misteriosa aparicion en el palenque, suponiendo virtud personal y amor al soberano, lo que no era mas que cumplimiento de dos pasiones violentas; vengarse de D. Alonso infundiendo deseos al rey de averiguar el nombre de aquel caballero, que tan desfavorablemente acababa de calificar; dar á conocer á Tenorio que no se le ocultaba la inquisicion que ejercia

en todo cuanto le rodeaba, é inspirar recelos al rey acerca la clase de relaciones que podia tener el primado con aquel caballero á quien, supuesta su maldad, dejaba libre.

Ignoramos el efecto que produjeron entonces en el ánimo del rey semejantes palabras, porque la tan repentina como inesperada aparicion de Doña Beatriz y sus damas en el salon, hubo de cortar aquella conversacion en la que á vueltas de la ironía y del engaño, brillaba la inocencia de un pecho juvenil.

—Señor, dijo Doña Beatriz acercándose á Enrique con el semblante radiante de alegría, permitidme que me apresure á comunicaros una nueva que no dudo colmará de gozo vuestro corazon. Oid vos tambien D. Pedro.

Y como D. Fadrique hiciera ademan de alejarse:

—No, no os aparteis, duque, que no dudo sabreis con satisfaccion lo que voy á decir. Sabed, añadió, dirijiéndose á Enrique, que antes de principiar el baile, una de mis camareras me dijo, que al cerrar la noche se habia acercado á las puertas de palacio un pobre viejo israelita, empeñado á entrar en el patio contra la voluntad de los piqueros. Pero viendo que sus súplicas y ruegos de nada servian, habia solicitado hablar con uno de vuestros pajes llamado el paje negro.....

—¿El paje negro? esclamó el rey con sorpresa.

—Sí, este nombre dijo, repuso Doña Beatriz admirada á su vez. Pero ¿por qué este nombre os ha causado tanta sensacion? ¿Acaso os es conocido?

—Sí.... sí.... ¿y éste israelita anciano está ciego? añadió Enrique, sin terminar la frase comenzada.

—Efectivamente, dijo Doña Beatriz. Los piqueros creyendo que estaba falto de juicio, trataron de alejarlo; entonces el buen viejo anegado en llanto, y dominado por una especie de delirio, pronunció varias veces el nombre de Raquel. Uno de los guardas al fin hubo de compadecerse de él y le dió algun alimento.—Venia en busca del paje negro, le repitió, para que me ausiliase en buscar á una hija que me han robado.—El nombre de Ra-

quel, las palabras y la condicion del israelita, me hicieron entrar en sospechas, é inmediatamente mandé que fuesen en busca del anciano; pero el infeliz ya habia desaparecido.

—¿Y sabeis, dijo con sentimiento el rey niño, quién era aquel anciano?

—Lo sé, el padre de Raquel. Entonces mandé que lo buscasen por todas partes y ofrecí una recompensa al que lo condujéra á palacio. Las pesquisas de mis criados obtuvieron un feliz écsito. Rendido por el cansancio, el infeliz anciano se halló sentado no léjos de este alcazar, y conducido á mi presencia, me ha referido como pudo evadirse de las manos de su perseguidor.

—¿Y ha dicho quien era éste?

—El hebreo ha callado su nombre.

A medida que Doña Beatriz fué refiriendo lo que acabamos de trasladar, la sorpresa, el sobresalto y la ira, estaban batallando en el interior de Fadrique; pero cuando la reina viuda contestó al rey, que Roboan habia ocultado el nombre de su perseguidor, el infante respiró. En aquel momento D. Pedro Tenorio que habia permanecido cabizbajo mientras habia hablado Doña Beatriz, levantó la vista y la fijó alternativamente en las tres personas que le rodeaban, prolongando mucho mas tiempo su mirada en Don Fadrique. Luego dirijiéndose á la reina viuda, la dijo:

—¿Y dónde se halla Roboan ahora?

—Aguardando el permiso del rey para poder abrazar á su hija.

—Hacedlo entrar, dijo Enrique, quiero que la córte, quiero que mis nobles y barones, gocen conmigo de una escena tiernísima.

Guzman tuvo la dicha de acompañar á Roboan hasta el réjio salon. Al atravesar las salas, cuya magnificencia no podia admirar el viejo avaro, decíale el menino del rey cuasi al oido:

—Vais á hablar con el paje negro que os quiere, y cumplirá ahora mismo la promesa que os hizo en las ruinas del valle solitario.

—¿Y ese buen paje habrá podido libertar á mi hija de las ase-

chanzas de los cortesanos, como vos la libertasteis de las manos de su perseguidor?

—Vuestra hija ha estado bajo la vijilancia y amparo de Doña Beatriz, la viuda del rey; y yo que, como os dije, la amo con un amor puro, la quiero ahora mas que nunca.

El anciano calló, y Guzman selló su boca porque habian llegado ya en presencia del rey y de la córte reunida en el gran salon.

Un momento despues solo se oyó una voz dulce y angelical que decia.

—¡Padre mio!

Junto al rey se hallaba Fadrique cuya inmovilidad y palidéz la asemejaba á las estátuas que le rodeaban.

Cuando los brazos de Raquel soltaron por primera vez el cuello del anciano, el arzobispo dijo en voz baja al infante.

—¿Qué os parece de esta escena? ¿No es verdad que conmueve?

El duque se contentó con hacer un lijero movimiento afirmativo con la cabeza. El mas agudo dolor no le hubiese arrancado en aquel momento una sola palabra de queja. Dos hombres temibles para él se hallaban á cortos pasos de distancia. Para aquellos dos hombres, sus facciones estaban en su voz, y Fadrique no deseaba ser conocido en aquel momento ni de Roboan ni de Guzman.

Raquel abrazó una vez mas á su padre, pero esta vez lanzando una mirada de triunfo al infante.

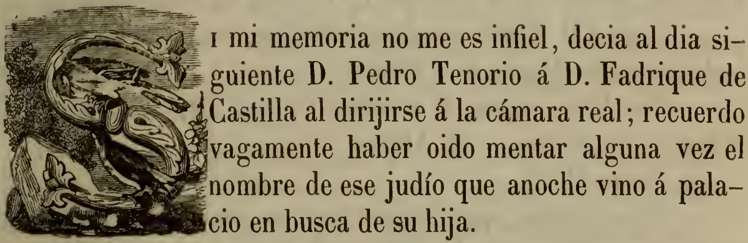
—¡Tambien llegará mi hora! dijo para sí el duque.





CAPÍTULO XI.

Desvanécense algunas esperanzas y surjen nuevas dificultades.



Si mi memoria no me es infiel, decia al dia siguiente D. Pedro Tenorio á D. Fadrique de Castilla al dirijirse á la cámara real; recuerdo vagamente haber oido mentar alguna vez el nombre de ese judío que anoche vino á palacio en busca de su hija.

—¿Cuál es su nombre? dijo el infante con indiferencia.

—Roboan se llama el viejo, y segun dijo ayer el rey, ha morado por espacio de muchos años en la aljama de Toledo.

—Efectivamente, tampoco me es desconocido este nombre. A lo que recuerdo, lo llevaba un renombrado hebreo de aquella aljama, famoso usurero que se hizo poderoso esquilmando á los cristianos que tenian necesidad de sus riquezas. Tal vez sea el mismo. ¿Y cómo fué que su hija viniese á parar á palacio?

—Yo os lo diré, dijo el arzobispo; es una historia muy singular. Esa jóven, que es preciso confesar es un ángel por su her-

mosura é inocencia, parece dispertó una pasion violenta en cierto caballero que quiso hacerla suya á toda costa; pero la jóven dominada por una de esas antipatias cuyo oríjen es difícil de esplicar, cerró los oidos á las protestas de su amante; mas éste insistió tanto, que acabó por alarmar al padre y á la hija, hasta el punto de tener que ausentarse de Toledo. Como fué, lo ignoro, pero es un hecho que el perseguidor de la hija descubrió mas tarde su paradero y la arrebató del lado de su padre.

—Mucho amor supone esto en el caballero, dijo el infante á Tenorio que le referia su propia historia. Y decidme ¿no se ha podido averiguar quien sea ese amante?

—Ecsisten varias presunciones; pero una de ellas tiene ciertos visos de verdad á juzgar por algunos antecedentes.

—¿Con qué teneis motivos para sospechar algo? repuso el infante mirando al soslayo el semblante del arzobispo que permanecia impasible. ¿Sería imprudencia, añadió, preguntaros sobre quien recaen las sospechas?

—Parece que la historia os interesa; yo bien desearia complaceros, pero no sé si me atreva á revelar un nombre que....

—Confiad D. Pedro que guardaré el secreto, añadió el infante demostrando el mas vivo interés.

—Pues bien, repuso el arzobispo en voz baja, dicen que el raptor de la judía es.... D. Alonso.

—¿Es posible?

—Y tan posible, que llevado por esa pasion que no sabria calificar, por dos veces ha faltado á la fé de sus juramentos, saliendo sin mi consentimiento del castillo de Almonacid. La primera se dirijió á Alcalá en demanda de no sé que objeto; bien que imajinó que solicitaria de Doña Beatriz, que le lograse la libertad para entregarse sin freno á su loca pasion; la segunda ha sido ahora con motivo de las fiestas reales, pues me consta que el conde ha estado en Madrid.....

Presentábase al infante una ocasion brillante para remachar los grillos que sujetaban á D. Alonso, y como le odiaba de muerte, no quiso dejarla pasar desapercibida. Sabia por la conversa-

cion que habia sorprendido á Tenorio, que á éste le era conocida su venida á la córte; pero el arzobispo no podia atinar el porqué habia venido. Fadrique quiso derramar la hiel de la duda en su corazon.

—Pues bien, le dijo, ya que me habeis hecho esta confianza, en cambio yo os haré otra. Sabed D. Pedro, que si el conde está perdido de amor, tambien lo está de ambicion. D. Alonso conspira contra vos.

—¡Contra mí! dijo el arzobispo como si le sorprendiesen aquellas palabras.

—Sí, contra vos, repitió el infante, ansioso de clavar mas hondamente aquella espina en el corazon de su presunta víctima.

Tenorio que estaba muy sobre sí, no se dejó sin embargo cojer en el lazo que se le tendia aunque lo aparentase.

—Pues no concibo que objeto llevará ese buen conde, en conspirar contra mi pobre persona. Si es porque está bajo mi vijilancia en el castillo de Almonacid, no es por mi voluntad, sino por la del difunto rey, y además, vos mismo estais viendo como rompe sus cadenas á su antojo. Si es porque gozo del aprecio del rey, me lo dispensó tambien su augusto padre, y si correspondo en cuanto alcanza mi pobre talento á su confianza, no hago mas que cumplir con mi deber.

—Tal vez sea porque juzgue que os quereis alzar con la rejencia, durante la menor edad del rey, desconociendo los derechos que él pueda tener, dijo el duque con refinada malicia.

—Pues si tal imagina, discurre muy mal, porque vais á verlo quizás ahora mismo. En este asunto, si mi débil voz debe ser oida, no se obedecerá mas que la voluntad del rey, y ¿quién sabe si D. Juan le nombró á él solo ó bien en union de otras personas para ejercer tan delicado cargo? Tal vez seais vos el elejido. Ahora debo repetir duque, lo que vos decíais hace un momento, es á saber: que las apariencias son á veces engañosas.

Entended, D. Pedro, prosiguió Fadrique á quien aquellas palabras habian sonado gratamente en sus oidos, que lo que

acabo de deciros es una mera suposicion mia, para completar en cierto modo la idea por vos anunciada.

En este punto estaban de su conversacion aquellos dos rivales, cuando un caballero ya entrado en años, se acercó al arzobispo. Aquel caballero era D. Juan Gonzalez, amigo y ayo de Doña Leonor de Alburquerque.

—Mi señora Doña Leonor, le dijo, me manda os participe que habiendo obtenido la licencia del rey para regresar al castillo de Montalvan, parte ahora mismo para la morada de sus mayores; pero antes implora vuestra bendicion.

—Decid á la condesa, contestó al arzobispo, que se la doy de todo corazon; pero que siento que parta tan pronto de la córte. Añadid que en este momento no puedo salir á despedirla; pero que en cuanto me vea aliviado de la grave tarea de los asuntos políticos que sobre mí pesan, me haré un deber en hacerla una visita en su condal castillo.

Doña Leonor partia de Madrid lleno el corazon de amargura. Éste le decia que ya no era amada por Fadrique, y huia léjos del ingrato que habia faltado á la fé de sus juramentos. Ya veremos mas tarde como el arzobispo se aprovechó de aquel rompimiento, para hacer imposible en adelante el enlace de la condesa con el infante, cerrándole otro camino para llegar á las gradas del trono.

Por su parte, oyó el duque con la mayor sangre fria aquellas palabras. Si durante la permanencia de la condesa en la córte se habia mostrado indiferente, no debia pesarle su partida. No se crea sin embargo que Fadrique hubiese olvidado del todo á la bella condesa; por el contrario, su amor entraba en sus cálculos; pero estaba tan convencido que habia de ser perdonado el dia del arrepentimiento, que no se curaba siquiera de disculparse con la castellana. Una imájen mas querida, un sentimiento mas dulce para él, alejaban de su pecho el recuerdo de su noble amante, y el amor que la profesaba.

Aquel sentimiento que imperaba despóticamente en su alma,

le hubiese sin duda decidido á interrogar al arzobispo acerca el paradero de Raquel, si la misma casualidad que le hiciera sabedor de la resolucion de Leonor, no le hubiese proporcionado la ocasion de averiguar lo que se habia hecho de Roboan y su hija, despues de la patética escena que hemos descrito en el capítulo anterior.

Antes de entrar en la cámara del rey, quiso D. Pedro Tenorio impetrar la vénia de Enrique y su madrastra, quienes recibieron al primado con las mayores muestras de benevolencia.

—Ya visteis anoche, dijo el rey niño al infante, despues de haber trocado con él algunas palabras de cortesía, hasta donde alcanza el amor de una hija para con su padre. Verdaderamente me sentí enternecido en presencia de aquel sublime cuadro. El me recordó el amor que me profesaba mi buen padre, é involuntariamente rodó una lágrima por mis mejillas.

—Y yo me felicito, añadió Doña Beatriz, por haber amparado aquella desgraciada jóven tan tiranamente perseguida por un hombre que aborrece y que se complace al parecer en atormentarla.

Bien hubiese querido Fadrique interrogar á la reina viuda acerca su ulterior determinacion; pero sellaba su boca la presencia de Guzman que le estaba contemplando atentamente. En el semblante del menino del rey, veíanse pintados á la vez los mas encontrados afectos.

Don Pedro de Trastamara, que se hallaba en pié detrás del sillon donde estaba sentada Doña Beatriz, tomó entonces la palabra para decir al arzobispo:

—¿Y no se ha podido averiguar quien sea ese perseguidor?

—Únicamente ecsisten algunas presunciones, que tal vez el tiempo trueque en realidades.

—Mi menino, añadió el rey, conoce á ese malvado; pero lo mas singular es que solo recuerda su acento.

—¿Pero el judío ó su hija habrán revelado el nombre de ese caballero misterioso? preguntó el conde.

—Si lo saben, lo han callado, y en este caso, añadió Doña

Beatriz, es mucha generosidad, mucha nobleza en ellos. ¿Qué os parece de semejante conducta en unos hebreos, D. Fadrique?

El infante que hasta aquel momento habia guardado el mas profundo silencio, veíase forzado á contestar á Doña Beatriz mal de su grado, y al hacerlo, no solo debia condenarse á sí propio, sino mostrarse culpable ante Guzman que deberia reconocer su voz. Como quiera, no habia medio de eludir una pronta contestacion, y el infante la dió diciendo rápidamente:

—¡Sublime!

Bastó sin embargo aquella palabra para que aumentáran mas y mas las sospechas de Guzman, acrecentando su dolor el ver que tendria que luchar con un rival tan poderoso como osado.

—De modo, prosiguió el conde de Trastamara, que es de temer que ecsistiendo desconocida la causa, y no pudiendo estirparla, continuen los efectos de la persecucion, al momento que esta jóven se separe de vuestro lado.

—No lo creais, conde, esta causa nos es cuasi conocida como os dije ya ¿no es verdad D. Fadrique? y he tomado ya mis medidas para que cesen sus efectos, dijo el arzobispo.

—¿Con qué habeis logrado alcanzar lo que me prometisteis? dijo el rey con tono satisfecho. ¿Ya lo oyes Guzman? D. Pedro ha visto cumplidos sus propósitos.

En lugar de satisfacer al hijo del conde de Niebla aquellas palabras, derramaron en su alma nuevas dudas.

—Y en tanto estoy convencido que cesarán los efectos de la persecucion, añadió Tenorio con tono satisfecho, que mañana mismo pueden partir tranquilos para la aljama de Toledo, Roboan y su hija, si tal es el deseo de su majestad.

—Mi deseo es de que sean dichosos.

Algunos momentos despues, Doña Beatriz llevada por sus buenos sentimientos, iba á participar tan grata nueva á Raquel. Guzman presa de hondo pesar, lloraba en silencio la pronta ausencia de su amada. Fadrique se felicitaba interiormente por la resolucion del arzobispo que le dejaba libre el campo de la persecucion, alimentando la esperanza que abrigaba su pecho, lo

que se habia propuesto precisamente el arzobispo, á fin de alejarle de la córte, donde su ambicion y sus intrigas podian mas ó menos tarde ser funestas para el trono de Enrique. Por otra parte Tenorio se descartaba de un enemigo temible, sin atentar á su libertad. De este modo se iban cumpliendo los propósitos de aquel diplomático, que logró poner en juego las pasiones de los cortesanos de su tiempo que podian estorbarle en su laudable obra, para vencer sus propias pasiones.

Al entrar en la cámara del rey acompañaban al primado además del duque de Benavente y el conde de Trastamara ya citado, el arzobispo de Santiago, el maestre del mismo nombre y el de Calatrava y D. Pedro Lopez de Ayala. Habiendo D. Pedro Tenorio señalado la hora que debia tener lugar el exámen de la cámara del rey, saliéronles al encuentro, D. Ruy Lopez de Avalos, criado que habia sido de D. Juan y que despues fué condestable, y D. Juan Martinez del Castillo, canciller del sello secreto. Este último entregó al arzobispo D. Pedro, como persona de mas autoridad, la llave dorada que debia abrir la puerta de la real cámara. Al hacerlo, dijo á éste:

—Mucho tiempo hacía, señor, que no se habia abierto esta puerta. Si mal no recuerdo la última vez que la cerré, fué al despedirme de D. Juan que iba á partir para Andalucía. ¡Quién habia de imajinar que el jóven monarca acababa de atravesar para siempre sus umbrales!

El amoroso recuerdo de fiel canciller, no halló ningun eco entre aquellos personajes preocupados al parecer por una idea dominante. No se acordaban de D. Juan, sino en cuanto D. Juan pudo acordarse de ellos.

Era el canciller uno de esos hombres indispensables al lado de los monarcas, y D. Pedro Martinez se habia hecho, por decirlo asi, tan necesario á D. Juan, que nada pensaba, nada resolvia, nada ponia en planta, que no lo consultase antes con su canciller. Y sin embargo en aquel hombre, no brillaba tanto el talento, como el deseo de agradar: era mas bien la mano que obra, que la cabeza que dirije. Verdadero reverso de Tenorio, amol-

dabase fácilmente á las circunstancias, en la imposibilidad de poder crearlas. Su semblante que sin tener ningun carácter se acomodaba á todos los carácteres, era el verdadero retrato de su alma. Fogoso en su juventud y entregado por espacio de muchos años á una vida ajitada, veíase en su frente semivelada por algunos mechones de cabellos grises que sobre ella caian, el pliegue que deja la tempestad de las pasiones ó la tiranía de pensamientos importunos. Sus cejas caidas é inmóviles, revelaban vivamente la falta completa de impresiones en su alma. Los ángulos de su boca lijeramente deprimidos, daban á su fisonomía una espresion habitual de desden. Su voz léjos de distinguirse por esas modulaciones que dan la firmeza de ánimo y los sentimientos elevados, habia tomado un timbre metálico que acentuaba secamente cada palabra, y solo se acomodaba á las entonaciones banales ó estudiadas. Solo sus ojos, ya empañados por una inquieta preocupacion, ya brillando con un fulgor singular, arrojaban miradas recelosas y ardientes, como una llama ajitada por el viento, ó bien frias y penetrantes como una hoja de acero.

Mientras aquel hombre que conocia todos los secretos de Don Juan, y que tan necesario era en aquellos momentos á Tenorio y sus compañeros, como lo habia sido antes al monarca, se dirijia al través de las tinieblas que reinaban en el aposento á abrir una de las ventanas, dijo D. Pedro de Trastamara al arzobispo.

—Mucha oscuridad reina en este sitio, D. Pedro.

—Y sin embargo de esta oscuridad debe nacer la luz, contestó el primado, refiriéndose al testamento que creian hallar en aquella sala. Y á propósito de luz, añadió el arzobispo dirijiéndose al canciller que acababa de abrir la ventana, juzgo que vos podreis prestarnosla á propósito del objeto que nos lleva á este sitio.

— En efecto, que el canciller y D. Ruy nos digan *per quod iter debeamus ascendere*, repuso el arzobispo de Santiago, que habia fijado la vista en el primer capítulo del Deuteronomio que se hallaba abierto sobre la mesa del despacho del rey.

—*Ne forté in itinere quidquam patiatur mali* nuestra buena intencion, añadió Tenorio citando otro testo bíblico, no queriendo ser menos que su concólega.

Don Juan Martinez, que aunque no entendia el latin, comprendia perfectamente la intencion de aquellos señores, contestóles:

—Voy á complaceros en cuanto me sea posible. D. Juan era muy amante del órden, y le gustaba tener todas las cosas en su lugar. Mirad, añadió, señalando un elevado estante ocupado con gran copia de legajos de pergaminos. Todos esos manuscritos, como lo señala el cartelon que cuelga de ellos, son referentes á la guerra de Portugal.

—Con todos estos papeles debia haberse formado una hoguera en Aljubarota, para alumbrar la derrota del rey y de los que le acompañaban.

—Duque, respetad los decretos de la Providencia y no murmureis de los que ya han dado cuenta á Dios de sus acciones, dijo el maestre de Calatrava.

—¿Y esos pliegos que están atados con una cinta encarnada? preguntó el maestre de Santiago á D. Ruy Lopez de Avalos que estaba leyendo los cartelones que pendian de los estantes.

—Señor, en este se lee: «De la correspondencia seguida por varios conceptos con el duque de Lancaster, presunto rey de Castilla.» El del lado, prosiguió, lleva la fecha de 1388 y se lee en él: «Córtes de Birviesca. De lo que se trató en estas córtes y como se acordó echar tributo general en los reinos, asi sobre el estado seglar, no perdonando á hijosdalgo, como sobre el eclesiástico, y porque los hijosdalgo y los clérigos estaban quejosos desto, se dió despues otra órden.»

—No leais esto que de nada sirve, dijo con impaciencia D. Pedro Tenorio. A buen seguro que D. Juan no habia de tener su testamento en este sitio. Buscad mejor en los cajones de estos muebles.

Obedeció D. Ruy, y despues de algunas inútiles pesquisas, dijo con cierto aire de satisfaccion:

—Ved, D. Pedro si habré sido tan afortunado que haya dado con lo que buscamos.

Y entregó al arzobispo dos rollos de pergaminos, ambos atados con una cinta negra.

Todos los circunstantes se agruparon alrededor de Tenorio, y éste leyó en voz alta:

—«Como obligado por las repetidas rebeldías de D. Pedro, conde de Trastamara, me he visto forzado á desterrarle á Francia, y como obediente á lo que aconseja el Rey de los reyes, le perdoné sus culpas y lo volví á admitir en mi servicio.»

Todas las miradas se fijaron involuntariamente en el conde, que se mostró insensible á aquellas palabras salidas al parecer de la tumba y que reasumian toda su vida. D. Pedro Tenorio sin levantar la vista, colocó aquel pergamino debajo su brazo y abriendo el otro rollo leyó:

—«Quejas que han llegado á mi real persona acerca el comportamiemto que constantemente ha guardado conmigo mi hermano natural D. Fadrique de Castilla, y como ha pagado en ingratitudes, los favores, títulos y honores que le concedí.»

—Estos apuntes son hijos de influencias estrañas, de ambiciones personales, de ódios palaciegos, dijo el infante, cuyos ojos arrojaban chispas. El bueno de mi hermano se dejaba llevar por falsos testimonios, sin tomarse la pena de averiguar la verdad. Opino, señores, que por el honor de la casa real, esos documentos deben ser entregados ahora mismo á las llamas.

Fadrique hizo un ademan para apoderarse de aquel rollo de pergaminos, cuya accion secundó instantemente el conde de Benavente; pero el arzobispo detuvo con su diestra al infante y con una mirada al conde.

—Deteneos, señores, les dijo, que estos documentos no nos pertenecen; ellos son del patrimonio de D. Juan, y aun cuando su voluntad nos nombrára rejentes, no seríamos mas que sus guardadores. Yo creo, añadió, que el contenido de estos manuscritos pertenece á la historia y la historia narrará los hechos que en ella se refieren, por mas que nosotros arrojemos á las llamas estos pergaminos.

—Don Pedro, dice la verdad, observó el arzobispo de San-

tiago, que creia deber buscar un protector en el arzobispo; y si mi débil voz debiera ser atendida, os aconsejaría amigos mios, que vuestra futura conducta, procurase borrar vuestros pasados errores, si es que los hayais cometido.

—La calumnia, señor, dijo el de Trastamara con ronca voz, se ha cebado en nosotros.

—Pues bien, que los hechos hagan enmudecer á la calumnía. Ante vosotros queda todavía un brillante porvenir, aprovechaos de él y vuestra fama vivirá eternamente.

En tanto que el buen arzobispo de Santiago trataba de calmar con palabras de paz, la irritacion del infante y del conde, Don Pedro Tenorio volvia á colocar cuidadosamente en el cajon del cual habian sido estraidos, los dos pergaminos atados con una cinta negra.

—Tal vez, ecsistan guardados algunos documentos interesantes en ese armario que está cerrado, dijo entonces D. Pero Lopez de Ayala, señalando un vetusto mueble en cuyas hojas se veian esculpidas las armas reales.

—En efecto, dijo el maestre de Calatrava. ¿Alguno de vosotros, señores, sabe donde podriamos hallar la llave?

El mas completo silencio siguió á aquella pregunta. D. Ruy fué el primero que lo rompió, diciendo:

—Quizás D. Alvar que se halla en el aposento inmediato y ausiliaba á veces á D. Juan en su despacho, sepa decírnoslo.

La puerta que comunicaba con el aposento del obispo de Cuenca, fué abierta desde la cámara del rey, sorprendiéndose al prelado que estaba calentándose delante de una chimenea. Interrogado por Tenorio, contestó que le era desconocido lo que se le preguntaba; pero que él podria tal vez dar alguna luz sobre lo que todos deseaban. En efecto, el obispo tuvo la satisfaccion de hallar entre unos borradores guardados en el cajon de una arca antigua, el testamento de D. Juan de una fecha posterior al del último que era conocido de aquel monarca. La mas grande ansiedad se pintó simultáneamente en el semblante de aquellos personajes; hasta en el de Tenorio por lo comun inflecsible, podia leer-

se la viva emocion que esperimentaba su alma. Todos se agruparon entonces al rededor de D. Alvar, rogándole leyese el pergamino cuyo contenido iba á decidir de sus destinos.

Obediente el obispo de Cuenca á la voluntad de aquellos señores, leyó en alta voz:

—«En nombre de Dios que....»

—Seguid adelante, dijo el maestre de Santiago, interrumpiendo al prelado.

—«Yo D. Juan I rey de Castilla y de....»

—Tambien podeis prescindir de los títulos, observó el de Calatrava.

—«Mando en favor de la iglesia de Toledo....»

—Tampoco esto hace al caso, dijo D. Fadrique ansioso de llegar, como los que le habian precedido en el uso de la palabra, al capítulo de la rejencia.

D. Alvar recorrió con la vista y apuntó el comienzo de algunos capítulos hasta llegar á un apartado que decía:

«Si Dios me llama á sí, antes de que mi hijo mayor D. Enrique haya llegado á la mayor edad....»

—Leed detenidamente este capítulo, dijo D. Pedro Tenorio.

Y pendientes de los labios de D. Alvar, aquellas nueve personas escucharon relijiosamente el capítulo que hablaba de la rejencia y en el que se designaban las personas que debian componerla; pero con grande asombro del duque de Benavente, del conde de Trastamara, de D. Lorenzo Suarez de Figueroa, maestre de Santiago, y de D. Pedro Lopez de Ayala, sus nombres no sonaban en la lista de las personas señaladas por D. Juan.

—Y está rubricado de mano del rey y al pié podeis ver, señores, el sello real, dijo D. Pedro Tenorio, dirijiéndose á las personas alli presentes que quedaban escluidas.

Este testamento, no tiene ninguna fuerza, repuso el infante fijando en el pergamino sus ardientes miradas. Ha sido hallado entre borradores y papeles de ningun valor y debe ser considerado como tal. Este testamento debió ser un proyecto.

—Sin embargo está revestido de los requísitos necesarios,



D. Enrique III.-lám. 5.ª

como acaba de observar muy oportunamente D. Pedro, y además su fecha es posterior á las córtes de Guadalajara, dijo D. Juan García Manrique arzobispo de Santiago.

—Está visto que este testamento ha de ser la poma de la discordia entre los mas fieles servidores del rey, observó D. Pero Lopez de Ayala, en tono quejumbroso.

Por lo mismo propongo, señores, que este documento apócrifo sea arrojado á las llamas, dijo el de Trastamara, señalando las ascuas que habia en la chimenea del inmediato aposento del obispo de Cuenca. Dios os lo tendrá en bien si asi lo haceis, D. Alvar.

—Yo me guardaré de obedeceros, contestó el preceptor del rey, poniendo apresuradamente sobre una cama aquel documento, como si le quemase las manos.

Indudablemente el infante se hubiese abalanzado á él pues ya habia dado un paso, á no interponerse Tenorio. Este tomó el pergamino y arrollándole cuidadosamente:

—Cumple á mi deber recojer y guardar este testamento, dijo, porque en el vienen consignadas ciertas mandas en favor de la iglesia de Toledo, y si cabe en la posibilidad que disputeis vuestros derechos al mando de los reinos, no concibo que como buenos cristianos querais destruir los que con este documento adquiere la casa del Señor.

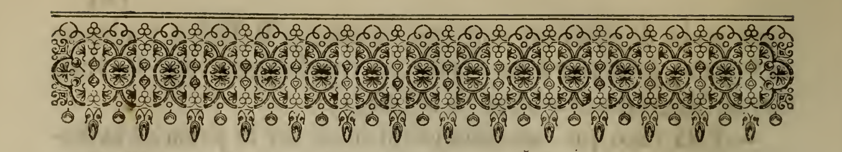
—Haga valer el arzobispo de Toledo sus derechos, que el infante no ha de descuidar los suyos, dijo Fadrique tomando del brazo al conde y saliendo ambos al mismo tiempo del aposento del rey. Otro tanto hicieron el maestre de Santiago y D. Pero Lopez de Ayala cabizbajos y sin proferir una sola palabra.

—Cerrad esta cámara, D. Juan Martinez, dijo el arzobispo al canciller, que nuestra mision está terminada en este sitio.

—¿Quién os parece que anda mas acertado? preguntó el antiguo confidente de D. Juan á D. Ruy, cuando ambos quedaron solos.

—Don Juan, las paredes tienen oidos, y creo ha llegado la hora de ver, oir y callar.

—Pues de seguro que no he de decir esta boca es mia, hasta que se despeje la incógnita.



CAPÍTULO XII.

Una mirada retrospectiva.—Como cuasi siempre es aventurado decir quien engaña á quien.

Justo será ahora que volvamos atrás, y que nos remontemos á la mañana de aquel dia que habia sido tan fatal para Roboan y su hija. Apenas el duque se hubo separado del fiel veterano, á quien dió órden de perseguir al judío é impedir á toda costa que éste llegase á la córte, se dirijió á la sierra de Alcobendas, donde en un castillejo que habian levantado los árabes y mas tarde abandonaran los cristianos, tenia algunos hombres de armas que esperaban sus órdenes. Mandaba aquel peloton de aventureros, Juan Sanchez de Sevilla, famoso usurero de quien Fadrique habia recibido muchos subsidios á buena cuenta de la recompensa que le habia ofrecido el infante al momento que ocupase el poder. El usurero que queria mucho á su dinero, no perdia de vista un solo momento al duque, y pegado á él como su

sombra, protejíale con sus consejos y hasta con las armas en la mano, no por el amor que le profesase, sino porque en la conservacion de la vida y en el logro de las esperanzas del infante, estaban fundadas sus propias esperanzas. Juan Sanchez llevado por aquella idea, habia trocado sus gregüescos y su ropilla, por una buena cota de armas, y el cinto del que antes solo pendia su bolsa, sostenia despues su bolsa y su espada.

En aquel dia sabedor de los planes del infante, habia querido seguirle en su arriesgada empresa, y á buen seguro que hubiese corrido á libertarle del conde de Gijon, si hubiese llegado á su noticia el inminente peligro que corriéra la vida de su protejido amenazada muy de cerca por la formidable espada de su rival. Pero como Sanchez ignorase el albur que corria su señor, aguardó el resultado de su empresa en aquel castillejo.

Era ya al caer de la tarde, cuando desde la eminencia que ocupaba el usurero y desde la cual se descubria un gran trecho de la llanura, vió venir por las revueltas del monte al duque seguido de los suyos. Apenas llegó á la cima, el usurero adivinó lo que habia pasado, porque vió brillar en el semblante de Fadrique la cólera y la desesperacion.

—Vuestros planes se han frustrado, le dijo, y lo siento; pero habeis salido con vida de la demanda y me alegro.

—Si, para martirizarme con tu presencia, para cebarte en mí y poder beber gota á gota la sangre de mis venas, prorrumpió el duque derramando sobre el usurero toda la hiel de que rebosaba su corazon.

—Señor ¿de este modo pagais mis servicios? ¿Asi recibís al amigo que os abre sus arcas y es vuestro mas fiel defensor? ¿Qué seria de vos, con qué ausilios contariais, si os abandonase? ¿Cómo tendriais á vuestras órdenes unos valientes soldados que os defendiesen y muriesen por vos, en el dia del peligro, si yo no les satisfaciéra religiosamente sus sueldos, si no les diese los víveres con que se alimentan, si no les comprase los caballos que montan y las armas que esgrimen?

A pesar de la ira del duque, aquellas palabras hubieron de

convencerlo algun tanto, porque apeándose del caballo que montaba, arrojando el escudo que abrazaba y el casco que cubria su cabeza, dijo á Juan Sanchez:

—Ven amigo, desátame esas hebillas y quítame esas armas que me oprimen. Creo que estoy herido lijeramente y tú me vendarás las heridas. Yo debo partir esta misma noche para la córte, antes del amanecer debo estar en Madrid; pero necesito nuevas armas, porque esas que me acabas de quitar están abolladas, añadió señalando las que habia arrojado al suelo; sí, necesito nuevas armas; y esta vez las quiero negras, pero hermosas, brillantes, pero fuertes. Estoy resuelto á tomar parte como aventurero en el torneo que vá á darse, y esto tanto porque estoy convencido de que no ha de faltar el conde, como para acercarme al objeto de mi amor. A propósito, Juan, añadió el duque despues de un momento de reflecsion; no dudo que el cabo de mi escolta ha de traerme á Roboan. Mientras yo me dirijo á la córte, sal tú á su encuentro con esos hombres de armas, y á tu vigilancia fio al viejo hasta que yo te avise lo que debes hacer de este perro judío.

Partió el duque y en pos de él su confidente y protector. El infante esperó en la córte la hora del torneo, y el usurero salió al encuentro del hebreo. En mitad del camino topó con la escolta que conducia á Roboan. El veterano que la capitaneaba dirijióse al usurero y le dijo algunas palabras al oido. Sin duda debió advertirle de la estratajema de que se habia valido para engañar al hebreo, porque el amigo de Fadrique acercóse al anciano y le dijo con voz cariñosa.

—Amigo mio, la providencia vela por las desgraciados, porque despues de los terribles golpes que al parecer habeis sufrido, al fin dijérase se compadece de vos.

—Quien quiera que seais, contestóle el judío, seais bien venido y el Dios de Jacob oiga vuestras palabras de consuelo, y bendiga vuestros nobles sentimientos. ¿Habeis visto á mi hija? ¿como se halla la infeliz?

—Yo os diré, dijo el usurero, haciendo seña á los hombres

de armas que le seguian para que se mantuviesen á cierta distancia á fin de que no pudiesen oir sus palabras; aunque pertenezco al servicio del rey, y mando una compañía de ballesteros, no he podido ver todavía á vuestra hija, porque en cuanto llegué al sitio en que se halla en compañía del capitan Guzman, recibí órden de salir á vuestro encuentro para protejeros en caso necesario.

—¿Y está muy léjos todavía el lugar en que se encuentra? preguntó el anciano al finjido capitan.

No, pronto llegaremos. Entre tanto podríais contarme, si os place, la historia de esa persecucion funesta que pesa sobre vos y vuestra hija.

Accedió Roboan á aquella demanda hecha por una persona que al parecer se interesaba tanto por él, y en el gozo que sentía su corazon, no olvidó ninguno de los detalles de las varias escenas que habian tenido lugar aquel dia. Tan verídico estuvo el viejo israelita, que no olvidó siquiera las promesas que habia hecho al amante de su hija si lograba salvarla.

Aquella revelacion que pudo ser funesta para sus interéses, le libertó sin embargo del poder de Fadrique. Una idea perversa cruzó por la mente del usurero, y aquella idea que brilló para él primero como un relámpago, acabó despues por fijar toda su atencion. Buen rato estuvo acariciando aquella idea, y despues de haber calculado interiormente el pro y el contra que encerraba su pensamiento, aquel hombre que todo lo reducia á cuestion de número; y á la materialidad del dinero, acabó por dejarse seducir por una de las consecuencias de su plan: la ganancia.

—Este judío, dijo para sí, es muy rico como él mismo acaba de confesármelo, y si yo logro amedrentarle, lo que me será fácil, me dará á mí indudablemente lo que ofreció á Guzman, es decir, sino todas sus riquezas, una buena parte de ellas. La ocasion es oportuna y no debo despreciarla; además que arrancar á un judío sus riquezas, no es mas que obtener una restitucion. Por otra parte, llevo yo mucho dinero adelantado al duque, y sabe Dios cuando volveré á recobrarlo. Justo es que ingrese en mis arcas

por conducto del infante, lo que por su causa he tenido que desembolsar. Pero mi plan ofrece algunas dificultades, y no es la menor conservar una aparente fidelidad al duque y lograr al propio tiempo mi propósito. Si descubro á este hebreo que vuelve á hallarse otra vez en poder del infante y ecsijo por su libertad un cuantioso rescate, verdad es que podrá dármelo, pero entonces además de desvanecerse mis lejítimas esperanzas, corre gran peligro mi vida, porque Fadrique no habrá de perdonarme mi infidelidad; y si por el contrario, no ofrezco una prenda á ese infeliz, tampoco veré satisfechos mis deseos.

Perplejo anduvo largo rato el usurero acerca la determinacion que debia tomar, hasta que resolvió tantear al judío antes que decidirse por ningun partido.

—¿Con que estabais resuelto, le dijo, á entregarle al capitan cuanto os hubiese pedido á trueque de libertar á vuestra hija?

—En efecto, mi amor para con ella es tan grande, que sacrificaria los sudores de toda mi vida para que mi hija fuese feliz.

—Y eso que debereis contar con unas arcas muy bien repletas, dijo Sanchez, mirando con avidéz el descarnado semblante del judío.

—No lo creais, contestóle éste, que ya no tenia necesidad de pasar plaza de poderoso, son muy escasos mis bienes de fortuna.

—Pues entonces, añadió el usurero, ¿cómo habriais podido satisfacer la ambicion del libertador de vuestra hija, si hubiese sido desmesurada?

—En este caso, contestó Roboan suspirando, no me hubiesen faltado medios de que echar mano.

Pronto los dos esclavos del dinero llegaron al castillejo. La noche acababa de tender su negro manto sobre la tierra. Una nube lívida y azulada habia velado el firmamento, apagando una en pos de otra las lumbreras del cielo que empezáran á brillar en el cénit. Un viento glacial azotaba las ramas de los pinos y abetos, produciendo un rumor sordo parecido al lejano estruendo de un mar ajitado.

El usurero no dejaba de ojo á su víctima, y dijérase que se

complacia en acariciarla, antes de lanzar sobre ella el dardo que aguzaba.

Despues de haberse apeado aquellas dos personas, Sanchez de Sevilla quitó la capa al ciego, condujóle á una especie de sala baja que habia en el castillejo y cuyo techo era el único que no estaba desfondado; hizólo sentar en un poyo que corria á su alrededor, sentóse él á su vez á su lado y tomándole de la mano, díjole con dulzura.

—Descansad mi buen amigo, que las fatigas de nuestro rápido viaje y el peso de vuestros años, os tendrán postrado.

—¿Con qué este es el término de nuestro viaje? dijo el hebreo. ¿Entonces mi hija se hallará cerca de nosotros?

—Efectivamente, dijo el usurero con una sonrisa infernal, que no reprimió en presencia del ciego.

—Pues entonces ¿por qué no me conducís á su lado?

—Voy á hacerlo, dijo Sanchez, levantándose del asiento que acababa de ocupar y dirijiéndose á la puerta de la estancia en que se hallaban. Cerróla por dentro cuidadosamente y luego en pié, de frente al ciego, díjole con acento tranquilo:

—Roboan, ha llegado ya la hora en que cada cual sepa á que debe atenerse; vos lo que debeis esperar de mí; yo lo que debo prometerme de vos.

El usurero acababa de arrancarse la máscara.

—¿Qué quereis decirme? esclamó el judío sobresaltado.

—Es muy sencillo. Solo un talisman es capaz de poder restituiros á vuestra hija. Esta se halla bajo el influjo de un poder, al cual solo es capaz de vencer este talisman, y no dudo que vuestra penetracion adivinará el resto.

—¡Por Dios, amigo mio, que os espliqueis mas claro!

—No por esto he de disgustaros. Entended que si quereis volver á abrazar á vuestra hija, ha de ser pagando su rescate.

—¿Pues acaso mi hija está presa?

—¿Y quién lo duda? Vos mismo lo estais. ¿Sabeis el lugar en que os hallais? Pues yo os lo diré para que al momento desecheis todos los escrupulos que pudieran retardar vuestra reso-

lucion. Os hallais no en poder del duque de Benavente, que es un caballero y pudiera apiadarse de vos, sino á discrecion de sus hombres de armas, es decir, de unos aventureros que no conocen mas ley que el capricho, y ¡ay de vos si persistís en mostraros sordo á mis palabras! ¿Sabeis dónde os hallais? Os rodea un espeso muro que apaga todos los lamentos; estended los brazos, tocad esas paredes, y vuestras manos os dirán que estais encerrado en un húmedo calabozo. Y este calabozo, entendedlo, Roboan, se halla rodeado de otros muros y en torno de estos muros ecsiste la soledad. En este sitio os espera la muerte, y mas léjos tal vez el deshonor caiga sobre vuestra hija, si pronto, muy pronto, no comprais á peso de oro vuestra libertad y el derecho de correr á salvar el fruto de vuestros amores.

Renunciamos á describir la terrible escena que siguió á estas palabras dictadas por la codicia y la maldad; renunciamos á pintar el profundo desconsuelo de Roboan y la cruel perfidia del usurero; como estuvieron batallando largo tiempo el amor paternal y el amor al oro, con la sórdida avaricia y el mas refinado egoismo, para venir á su desenlace. Vencido al fin Roboan por las amenazas de Sanchez, acabó por acceder, al menos aparentemente, á la demanda de aquel; pero como le dijéra que tenia guardados sus tesoros en un sótano de Madrid, fué con la condicion de acompañarle hasta aquella villa en una de cuyas puertas debia aguardarle el tesorero, en tanto que el judío iba por el dinero. Motivos poderosos forzaban á Sanchez á no entrar en la córte, y tenia una cuasi seguridad de que el hebreo cumpliria su promesa, porque con la entrega del dinero lograba el rescate de su hija que supuso el confidente se hallaba tambien en su poder.

Si Roboan se propuso cumplir su promesa, lo ignoramos; pero si tal fué su propósito mientras estuvo en poder de Sanchez, hubo de abandonarlo cuando se vió libre en Madrid, porqué evocando sus recuerdos de la villa, encaminó lentamente sus pasos al palacio de los reyes á cuyos guardas pidió, como ya saben nuestros lectores, por el paje negro. Júzguese cual seria la satisfaccion del avaro judío, cuando en presencia de Doña Beatriz

supo que su hija estaba libre y que dentro de algunos momentos iba á estrecharla en sus brazos.

Por lo que hace á Sanchez, aterido por el frio, en vano aguardó por espacio de muchas horas el regreso del hebreo, y mil veces se arrepintió por haber dado fé á sus palabras. Y si hubo de sentir vivamente el engaño del israelita, no fué tanto por la pérdida de un tesoro que juzgó poder adquirir, cuanto por la terrible responsabilidad que sobre él pesaba, por tener que dar cuenta del prisionero al infante. Sanchez era hombre sin embargo, que no se apuraba por poca cosa, y apeló á su fecunda imaginacion para salir airoso del compromiso en que se hallaba. Su inventiva no le abandonó tampoco esta vez. Mejor que podríamos hacerlo nosotros, nos demostrará hasta dónde llegaba su talento de mentir, el siguiente diálogo que tuvo lugar en las afueras del castillejo que ya conocen nuestros lectores, al dia siguiente á aquel en que D. Alvar leyó el testamento del rey.

—La muerte, decia el duque, no es bastante para castigar tu traicion.

—¡Señor no me condeneis sin haberme oido!

—Tu habrás recibido una recompensa de ese maldito viejo; pero vive Dios, que te ha de costar cara tanta infamia. ¿Sabes que dando libertad á ese hombre, no solo has comprometido mi honor, sino que has roto la única áncora de salvacion que me quedaba para obtener un dia la mano de Raquel?

—¡Oidme Señor, por piedad!

—Ahora me esplico, añadió el duque, que estaba furioso, la generosidad del hebreo y de su hija en callar mi nombre. ¡Esta seria una de las condiciones que tú le impondrías, malvado!

—¡Asi pagais, infante, mis buenos servicios, asi condenais á un hombre que se desvela por vuestro bienestar! Si he dado libertad á Roboan, ha sido por vuestro propio bien. ¿Creeis que yo habré soltado al viejo sin tener una cuasi seguridad de que aprobariais mi resolucion? ¿Me creeis tan necio que quiera perder vuestra buena amistad para complacer á un perro judío?

Fadrique miró fijamente á Juan Sanchez de Sevilla con aire de duda, diciéndole:

—Veamos que embrollo has fraguado en tu mente para engañarme; pero guárdate Juan, de faltar á la verdad, porque tu vida pende de un hilo.

—Señor, oidme y juzgad despues. Roboan, cuyo corazon sondeé hasta en lo mas profundo, como sabeis vos acostumbro yo hacerlo, me hizo una confesion tan sincera de sus sentimientos, que no pude menos de darle crédito, como se lo hubieseis dado vos mismo.

—¡Confesiones de un judío! Tú necesariamente has enloquecido, dijo el duque con un tono que revelaba á la vez la esperanza y el temor.

—No tal, dueño mio; cuando un hombre está sobre sí, como lo estaba yo escuchando al judío, no se le engaña tan fácilmente. Desesperado, me dijo, de llevar una vida errante, convencido del profundo amor que abrigais por su hija, prócsimo á descender al sepulcro, habia interrogado á aquella si podria amar un dia á Fadrique, y la jóven que hasta entonces habia ocultado sus verdaderos sentimientos á su padre, por no disgustarle, habia acabado por confesar que amaria al infante cristiano, si tal fuese la voluntad de su padre.

—¿Esto dijo? esclamó el duque, cuyo amor le hacia sobrado crédulo.

—Estas fueron sus propias palabras, añadió el usurero que ya veia encaminado á buen fin su propósito. Entonces, repuso, para convencerme mas y mas de la veracidad de aquellas palabras, díjele que su determinacion habia sido harto tardía; que desconfiando vos de obtener la correspondencia que tanto habíais anhelado, renunciando para siempre á la mano de Raquel, ibais á darla á una condesa que os idolatraba.

—¿Porque decirle esto? esclamó Fadrique, cuando sabes que....

—Ya os he dicho que esto no fué mas que una prueba; pero

una prueba que puso el sello á mi conviccion. Porque habeis de saber, que apenas solté aquellas palabras, las lágrimas empezaron á correr abundantemente por las mejillas del anciano, maldeciendo su hado adverso que así le castigaba por haber desoido por tanto tiempo vuestras súplicas. Si vos le hubierais oido, de veras os hubiese enternecido. ¿A quién decia, confiaré al morir el mejor de mis tesoros, á mi hija idolatrada? ¿Que será de ella, que serán de mis riquezas, que para ella eran? ¿Cómo he de decir yo ahora á Raquel que su amante la desprecia? Y el buen viejo se mesaba la barba y los cabellos encanecidos por la edad.

—No concibo entonces, dijo para sí Fadrique despues de un momento de reflecsion, como Raquel me recibió en palacio con tanto desden y hasta si se quiere con tanto ódio. ¿Si se arrepentiria despues de su amor por la violencia que hice á su padre? ¿Si contestaria tal vez favorablemente á éste para no disgustarle, pero me aborrece de veras en el fondo de su corazon? ¿Si la presencia de Guzman hubo de seducirla y hacerla olvidar sus propósitos? Pero bueno es que el padre esté á mi favor que luego mi amor habrá de vencerla. Y bien, añadió el infante en alta voz, que contestaste á las sentidas esclamaciones del anciano?

—Entonces, llevado por el cariño que os profeso, imajiné que debia renunciar á toda violencia y dar alguna esperanza al judío. Hice todavía mas: con gran peligro de disgustaros, colmé de atenciones á Roboan y le dije:—Todavía no está todo perdido. De un enemigo que en mí teníais, vais á contar en adelante con un amigo, con un protector; ahora mismo voy á acompañaros á Madrid; corred al lado de vuestra hija, y decidla que confie en la Providencia que ella vela por dos corazones amantes. Pero, entended, Roboan, le dije, antes de despedirme de él, que nadie en el mundo debe saber lo que ha pasado entre nosotros, ni menos que se sepa el amor que mi amo y señor profesa á vuestra hija. Os debe bastar el consuelo de saber que ese amor puede colocar en las gradas del trono á la hermosa Raquel. Y el anciano me lo juró por sus dioses radiante de contento.

Entonces Fadrique recordó la escena de palacio; recordó que

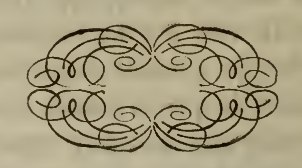
Raquel le habia dicho que procedia muy mal, si para demostrarle su cariño, perseguia y maltrataba á su padre, y que éste bendeciría su amor si Raquel le amase; recordó en fin la mirada de triunfo que le lanzó la jóven al abrazar á Roboan, y todas aquellas escenas, todos aquellos recuerdos, le convencieron de que si la hija del judío se habia mostrado sorda á sus ruegos, era porque él habia ordenado el robo de su padre;—Raquel y su padre me perdonarán, dijo para sí.

—Creo en tus palabras, Juan, porque ellas me revelan hechos que yo no comprendia. Ahora necesito del descanso. Mañana en vez de dirijirnos al castillo de Benavente, tomaremos la ruta de Toledo en cuya aljama hallaremos indudablemente á Roboan y su hija.

—¿Y la rejencia, Señor? preguntó el usurero con doble intencion.

—Ya te contaré yo mañana esto. Por ahora se ofrecen algunas dificultades que queda encargado de solventarlas el de Trastamara.

Mientras que mecido por alhagüeñas esperanzas, huya el sueño de los párpados del duque, Juan Sanchez de Sevilla á quien sus engañosas palabras habian salvado tal vez la vida, estaba discurriendo en el silencio de la noche algunos vastos planes para el porvenir, pero que llegaron á realizarse mas pronto de lo que él imajinaba, como podrá verse en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XIII.

Como los frutos de la falsedad son frutos perversos, los cuales mas ó menos tarde enjendran el luto, la venganza ó la muerte.

HABIA á fines del siglo XIV en Toledo una calle trise y sombría, donde penetraban dificilmente los rayos del sol. Como todas las calles de oríjen árabe, su angostura y tortuosidad asemejábala á una serpiente monstruosa que apoyase su cabeza en la ciudad cristiana para ir á terminar en la risueña vega que fecunda el Tajo. Aquella calle pertenecia á la aljama ó barrio donde vivian los judíos. Sus casas, si bien de modesta apariencia, encerraban cuantiosos tesoros, porque sus moradores además de hacer multiplicar sus caudales con la usura, dedicábanse con ahinco á toda suerte de especulaciones comerciales mas ó menos lícitas, que el carácter de la época toleraba, y el espíritu de aquellos tiempos alimentaba.

Pocos dias despues de los hechos que hemos narrado en el capítulo anterior, dos aljamiados encerrados en el interior de un modesto aposento, estaban platicando amistosamente, y segun

era de ver por sus ademanes y por las esclamaciones dolorosas que de vez en cuando proferian, su conversacion debia versar sobre un tema poco agradable para ellos. El mas anciano de los dos interlocutores que vestia una túnica tan blanca como lo eran su larga barba y sus cabellos, decia á su compañero:

—Triste condicion es la nuestra desde que dispersados nuestros padres despues del destierro de Babilonia, nos vemos forzados sus hijos á errar por el mundo sin patria ni hogar que nos pertenezca. Despues de la ruina del segundo templo de Jerusalen, es decir, por espacio de catorce siglos, nuestra suerte no ha sido mas que un largo martirolojio; do quiera hemos estampado nuestra planta, no hemos hallado mas que espinas y abrojos, y nuestra familia diezmada sin cesar por la cimitarra del musulman ó el hierro del cristiano, ha tenido que llorar en silencio la pérdida de sus mas queridos miembros, de sus haciendas y de sus riquezas. Se nos acusa de avaros, egoistas y faltos de corazon, y los que tal dicen no saben ó afectan ignorar que pesa sobre nosotros una terrible maldicion que no nos deja gozar siquiera un momento de reposo, y que aunque tenemos por patria el mundo, el mundo nos aborrece y nos niega los derechos que concede á los demás hombres. La sentencia fulminada contra Ahasvero, pesa todavía sobre nosotros, no lo dudeis Roboan; en el destino del pueblo judaico, están escritas con caractéres indelebles estas funestas palabras: marcha, marcha sin descansar hasta la consumacion de los siglos.

—Pero es bien doloroso por cierto Jesiel, que nuestra peregrinacion sobre la tierra sea una persecucion continuada; desconsolador es que al par del estigma que en nuestra frente ha impreso el sello de la fatalidad, tengamos que sembrar el camino que pisamos con nuestros propios despojos, con la sangre de nuestros hijos, de nuestras esposas y de nuestros hermanos. Apenas cumple un lustro que esta aljama se vió saqueada por las huestes de un rey de Castilla, y ya otra vez nos amenaza la misma desgracia. La voz del arcediano de Écija predica otra vez ira y venganza contra nosotros; guerra á muerte contra los hijos de

Jacob. Ya se han encendido las teas del incendio en Sevilla y Córdoba, y pronto, muy pronto, me temo que ha de sonar la hora terrible para nosotros.

—¿Lo creeis así Roboan? díjole su compañero con ansiedad.

—En tanto lo creo así, que hoy mismo ha estado en esta casa un mensajero del D. Mayr, que como sabeis es médico del rey y muy amigo nuestro, quien ha podido sorprender la conjuracion que se está tramando contra esa aljama por algunos caballeros de la córte, al frente de la cual se halla el perverso Don Juan Sanchez de Sevilla. Y no me ha sorprendido oir este nombre en la lista de los conjurados, porque aparte el ódio que naturalmente debe abrigar Sanchez contra mi persona por haber escapado de su poder, está sediento de riqueza, y juzgará saciar su loca ambicion en nuestros depósitos y almacenes.

—¿Y en vista de este salvador aviso, qué pensais hacer, Roboan? ¿No os parece oportuno en bien de nuestros correlijionarios participarlo al Sanedrin para que ponga cada cual en salvo sus intereses? ¿O mejor seria callárnoslo para no dispertar la ansiedad entre nuestros hermanos?

—Me parece que debemos decidirnos por lo último, dijo Roboan, llevado sin duda, mas por su egoismo personal, que por el bien de sus semejantes. Por lo que á mí toca, añadió, ya se hace inútil toda sorpresa; apenas el mensajero de D. Mayr ha salido de esta morada he enterrado todos mis tesoros, y antes me arrancarán la vida en el tormento que dé á un cristiano siquiera una meaja.

—Pues permitid que yo vaya hacer otro tanto, dijo Jesiel, levantándose del asiento que ocupaba y despidiéndose de su compañero, el viejo israelita.

El aviso del pérfido médico del rey era cierto. Temeroso el confidente y falso amigo del infante D. Fadrique de Castilla, de que si éste iba á Toledo y averiguára la falsedad de que habia sido víctima, le costára tal vez la vida, aprovechándose de la efervescencia que reinaba en los ánimos con motivo de las predicaciones que en aquellos dias hacian varios eclesiásticos y en

particular D. Fernan Martinez, arcediano de Écija, de la iglesia de Sevilla, contra los aljamas de los judíos, no solo en los templos, mas aun en las plazas y calles; concertóse con algunos amigos en quienes dominàba màs el deseo del saqueo que el fervor relijioso, para ir á Toledo y dar un golpe repentino á su aljama. Ya veremos mas adelante como en la obra de destruccion del usurero, iba envuelta la muerte de Roboan y su hija.

Aprovechó á Sanchez, para llevar á cabo sus planes, la detencion inesperada que sufrió en Madrid su señor de paso para Toledo.

Aquella detencion, como puede adivinar el lector, fué motivada una vez mas por la gran cuestion que traia ajitados á los grandes del reino, con motivo de la rejencia. Nosotros para no retardar el curso de nuestra historia, diremos que despues de varios acuerdos y controversias que hubo entre aquellos magnates, no tanto sobre la órden que en la gobernacion de los reinos se habia de tomar, cuanto para satisfacer los intereses particulares de cada uno de ellos, se acordó con gran satisfaccion del duque de Benavente y del conde de Trastamara, que sin curar del testamento del rey D. Juan, ni de los otros papeles suyos, que buscaron y no hallaron, que el gobierno fuese por consejo, siendo nombrados miembros de él, el duque y conde ya citados, y el marqués de Villena, como señores de estirpe real; los arzobispos de Toledo y Santiago; los maestres de Calatrava y Santiago, y algunos otros caballeros, y que de los diez y seis procuradores de las ciudades y los reinos, asistiesen ocho en el consejo, de seis en seis meses, por tandas; pero que ni los unos ni los otros, asi prelados y maestres, como caballeros y procuradores, no tuviesen gobierno ni voto sino residiendo en la córte.

Debemos observar sin embargo, que aquella resolucion que á todos agradó, porque satisfacía la ambicion de todos, no hubo de merecer la aprobacion del arzobispo de Toledo, que si bien como todos aspiraba el mando, era el único sin duda que deseaba alcanzarlo en cumplimiento á la voluntad del rey y conforme á las antiguas prácticas de la monarquía. D. Pedro Tenorio

pues, aconsejado por la voz de su conciencia, negóse á jurar aquel acuerdo que estaba en abierta oposicion con lo dispuesto en el testamento del rey; pero los del consejo sin hacer caso en un principio de su negativa, no solo prescindieron de su voto, sino que para no dar disgusto á algunos caballeros que se quejaban, acrecentaron todavía mas el número de los que formaban el consejo. Pero bien sea que el voto del arzobispo fuese considerado de gran valía, bien que entre los miembros del consejo contase con algunos amigos ó que temiesen que reuniendo sus partidarios que eran numerosos, lograse mas ó menos tarde destruir aquella singular rejencia con la fuerza de la opinion ó de las armas, todos los miembros del consejo á escepcion del infante y del conde de Trastamara, que hicieron una cruda oposicion, opinaron en que debia suplicarse al arzobispo que se juntase con ellos. Aceptada aquella proposicion por la mayoría, enviaron un respetuoso mensaje al arzobispo, y éste que no deseaba otra cosa, contestóles por conducto del arzobispo de Cuenca, que si se habia negado á admitir la multiple rejencia, lo hiciera por no contravenir á las leyes del reino, que establecian que al tiempo que un rey quedaba niño, sin que el soberano su padre le nombrase tutores, en tal caso el reino escojiese uno, tres ó cinco que rijiesen; pero en descargo de su conciencia, oido á él, si á ellos pareciese otra cosa, que él seria contento de ello. Los del consejo admitieron la respuesta, y pareciéndoles que delante de todos no osaria contravenir al acuerdo general, ó seria mal acojido, le respondieron que otro dia en la plaza del alcázar le querian oir. El arzobispo siendo prevenido por el obispo de Cuenca y por uno de los procuradores de los reinos, del designio de los del consejo, juntándose con ellos al dia siguiente en una iglesia, juró la rejencia, diciendo lo hacia para evitar los grandes escándalos que de lo contrario pudieran sobrevenir.

El duque de Benavente y el conde de Trastamara á quienes aquella resolucion contrariaba sus planes, desde luego trataron de concertar los medios para alejar de su lado al arzobispo, asi como éste ocupó su consejo de teólogos para que le ilustrasen en

el modo como debia apartar del réjio alcázar aquellos temibles rivales.

En tanto que estos hechos tenian lugar, el menino del rey suspiraba en silencio por Raquel. Desde la partida de la hija del isralcita del réjio alcázar, se habia apoderado del hijo del conde de Niebla una profunda melancolía que minaba sordamente su salud. En vano Enrique habia interrogado varias veces á su mejor amigo acerca la causa de su tristeza; Guzman por motivos que fácilmente adivinará el lector, habia guardado en lo mas recóndito de su corazon el secreto de su amor á la judía. Su mismo padre que le idolatrada y á quien nada ocultaba el jóven Guzman, ignoraba el hondo sentimiento que abrigaba el pecho de su hijo querido.

Un dia que el menino del rey postrado por aquella lucha sin cesar renovada, yacía en el lecho del dolor presa de un funesto delirio, entró en su aposento para visitarle D. Mayr, médico del rey, persona muy adicta como hemos visto ya, á los discípulos de la sinagoga. Hallábase solo el jóven Guzman y en su delirio su boca profirió algunas palabras entrecortadas. D. Mayr prestó atento oido á aquellas palabras, y con no poca sorpresa suya, oyó que el menino del rey, llamaba por sus nombres á Roboan su amigo y á su hija. Aquellos nombres pronunciados en el ardor del delirio, fueron un rayo de luz para el médico, quien hasta entonces no habia podido penetrar la causa de la enfermedad de Guzman. Reflecsionó un momento sobre el pasado, recordó varios hechos en que habia figurado el paciente, remontóse al oríjen de su enfermedad, que databa desde poco despues de la partida de Raquel para Toledo, y acabó por cuasi convencerse del mal de que adolecia el enfermo. D. Mayr como hombre intelijente, halló en aquel descubrimiento un medio escelente para salvar al jóven amante y al propio tiempo á sus amigos los hebreos. Cuando estuvo ya repuesto algun tanto Guzman de la postracion en que se hallaba, merced á los ausilios de la ciencia, el astuto médico, sin que el enamorado doncel pudiese adivinar que habia sido sorpendido su secreto, díjole con gran reserva que tenia

presentido que se fraguaba una conjuracion para asesinar á los judíos de la aljama de Toledo, y que en bien de la humanidad y por el buen nombre del soberano, bajo cuya proteccion se hallaban, debia el menino solicitar del rey su amigo, el permiso de ir á aquella ciudad con algunos hombres de armas para protejer las vidas y haciendas de los israelitas. Aquella revelacion, como se lo habia prometido D. Mayr, produjo tan escelente efecto en el ánimo de Guzman, que prévio el beneplácito del rey salia en secreto pocos dias despues para Toledo seguido de algunos soldados. La esperanza de poder ver y salvar á su amada habian restituido rápidamente las fuerzas al jóven caballero, en cuyo semblante pocos dias antes velado por la melancolía, brillaban entonces el ardor y la mas cumplida satisfaccion.

Si bien el usurero Juan Sanchez de Sevilla fraguó con gran misterio y sijilo su plan de muerte y destruccion, como pretendiese asociar á su obra de esterminio varios caballeros de la córte para que el golpe fuese mas poderoso y terrible, hubo de llegar en los últimos momentos á noticia de D. Alvar Vazquez de Losada, caballero del duque de Benavente y su mejor amigo. Éste que era sabedor de los amores del infante, juzgó hacerle un gran servicio participándole aquella nueva. El duque que vió amenazada la vida de Raquel, montó en seguida á caballo seguido de algunos de los suyos y llegó á Toledo cuasi al mismo tiempo que Guzman, pocos momentos despues de haberse alzado la voz de muerte contra los judíos.

Los dos amantes al frente de sus pequeños escuadrones, si bien que por vias diversas, llegaron á la vez á la aljama, y como ambos desconocian la morada de Roboan, ambos pararon sus corceles en una plazuela que habia al entrar en el barrio de los hebreos. Algunos caballeros del bando de Sanchez, acababan de penetrar en la sinagoga y otros se habian derramado por las casas cuyas puertas violentáran. El barrio de los judíos como dijimos ya, lo formaba un dédalo de calles angostas y tortuosas y era punto menos que imposible penetrar en ellas á caballo. Fadrique y Guzman que asi debieron comprenderlo, se apearon y

espada en mano entraron en aquel laberinto sombrío, donde no se oia mas que los ayes de las víctimas y el crujir de los aceros. Largo tiempo anduvieron al acaso sin guia que dirijiéra sus pasos. Mezclados con los grupos de los conjurados, estos los tomaron por amigos y muchos de ellos les siguieron juzgando que como ellos corrian á esterminar á los judíos.

Al desembocar Fadrique en una calle que terminaba en un jardin, oyó unos gritos lastimeros que salian de aquel sitio. Corrió á el creyendo haber oido una voz de mujer, y efectivamente vió á un anciano que estaba forcejando con un caballero que llevaba cubierto el semblante con la celada y queria arrancar de sus brazos á una niña que estaba asida fuertemente á ellos.

—O me acompañas inmediatamente á la morada de Roboan, le decia el guerrero, ó muere esta jóven á tus piés.

Aquella voz no era desconocida á Fadrique, asi es que dirijiéndose al caballero que estaba batallando con el anciano, le dijo:

—Deten, Sanchez, tu mano y no hieras á ese pobre anciano que preferirá mil veces morir antes que hacer traicion á uno de de sus correlijionarios. Pero si dices á ese hombre que has venido aqui, no para dar muerte á Roboan, sino para salvarle la vida, á buen seguro que habrá de guiar tus pasos.

Fadrique léjos de sospechar las intenciones de Sanchez, imajinó que el usurero se le habia adelantado para salvar á Raquel y en esta persuacion tendióle la mano y le dijo con entusiasmo.

—Gracias, Sanchez, yo he de recompensar como merecen tus buenos servicios.

El usurero á quien la voz del infante le habia helado la sangre en las venas, dióse por muy contento con la falsa suposicion del duque, y apresuróse á confirmarle con sus engañosas palabras en aquel error.

—¡Y bien amigo, dijo el infante al judío, te resuelves ó no á acompañarnos? Mira que los instantes son preciosos. Si persistes en tu negativa, te abandonamos, y sabe Dios lo que será de tí, al paso que si nos sirves de guia, te juramos á fé de cristia-

nos protejer, no solo á tí y á esa niña, sino tambien á Roboan de quien somos íntimos amigos. Y como el hebreo titubease todavía, levantóse el duque la celada, añadiendo:—Un infante de España te dá su formal palabra de que tus dias serán respetados!

El judío inclinó respetuosamente la cabeza y se puso en marcha. Su hija entró en la casa paterna cuya puerta quedó guardada por dos hombres de armas.

Pocos momentos despues al desembocar en la plaza mayor de la aljama, Fadrique y Sanchez arrojaron á la vez un grito de júbilo el uno, de espanto el otro; gritos que se confundieron con los que lanzaban las víctimas que iban cayendo bajo los golpes de los satélites del usurero. El infante y su tesorero acababan de descubrir á Raquel que era cuasi llevada en brazos por un caballero que atravesaba rápidamente aquella plaza. Con la velocidad del rayo corrieron ambos á su encuentro, y cuando estuvieron á una distancia en que sus voces pudiesen ser oidas, gritaron á la vez:

—¡Deteneos, villano, ó vais á morir á nuestras manos!

El caballero que salvaba á Raquel era Guzman, quien al punto reconoció la voz del infante, aquella voz terrible que tantas veces le habia turbado sus sueños y resonaba sin cesar en sus oidos con un acento infernal.

Guzman se hallaba solo en mitad de la plaza; sus hombres de armas se habian alejado de él, protejiendo á los judíos y ahuyentando á sus matadores. La fuga era imposible; á mas de que Guzman era un cumplido caballero, y antes hubiese preferido morir á los piés de su amada, que pasar plaza de cobarde en su presencia.

—¡Huyamos! esclamó Raquel, anegada en llanto y estremeciéndose de todos sus miembros; es él, si, es él, mi fiero perseguidor; yo reconozco en ese hombre al robador de mi padre, es el caballero de quien me salvasteis en los bosques del Pardo. Y la tímida jóven hacia inauditos esfuerzos para arrastrar á Guzman, quien desde que reconociéra á su rival, no habia adelantado un solo paso.

—No temais, díjole Guzman con cariño, yo os defenderé, como os defendí entonces, y mi amor y vuestra salvacion harán invencible mi brazo.

—Son tres, señor, contra vos, dijo Raquel fijando sus bellos ojos en los enemigos que iban acercándose rápidamente.

—No importa, me siento con ánimo suficiente para resistir á los tres.

En aquel momento llegó Fadrique y con la espada levantada iba á descargar un terrible golpe sobre el capitan que creía le arrebataba á Raquel, para satisfacer sus torpes deseos, cuando Guzman alzando la voz, díjole con entereza:

—Deteneos, insensato, sino quereis incurrir en el desagrado del rey, dirijiendo vuestros golpes contra uno de sus mas leales servidores.

Fadrique quedó con la espada levantada como si una mano de hierro hubiese detenido de repente su brazo. Aquella voz y aquellas palabras hubieron de recordarle el menino del rey y el amor que éste profesaba á la bella judía. Entonces mas que nunca los celos, esa pasion que impera sobre todos los corazones amantes, estallaron en el pecho del duque con todo su furor. Ciego por ellos y sin consideracion á las palabras del menino, iba á dejar caer la espada suspendida, cuando Juan Sanchez que le seguia abroquelado de todas armas, dobló repentinamente una rodilla intentando herir traidoramente á Guzman, ó mejor á su protejida; pero el duque que adivinára su pérfida intencion, apartóle con mano airada de su lado, diciéndole:

—No es de caballeros herir alevosamente, ni batirse uno contra tres. Alejaos vosotros que á ninguno necesito para apoderarme de esa jóven á quien se hace violencia.

—Os engañais, caballero, dijo entonces Raquel, queriendo evitar á su salvador la lucha á que le provocaba el infante. Voy con este caballero por mi propia voluntad, y si me arrancáseis de su lado dándole la muerte, vuestro triunfo consistiria en dos cadáveres, porque yo moriria con él antes que perteneceros. Y Raquel arrancó del cinto de Guzman la daga que llevaba en él.



Enrique III.-lám. 6.

—Perdonad, jóven encantadora si ciego por el engaño, quise haceros violencia, dijo humildemente el duque. Léjos de mí querer incurrir en vuestro desagrado, y puesto que vuestra voluntad es seguir á este caballero, sea en buen hora; os bastará él, porque es valiente, para protejeros contra las asechanzas de vuestros enemigos.

Fadrique acababa de tomar una resolucion tan repentina como inesperada. Si las palabras de Guzman habian encendido sus celos, las de Raquel habian apagado su furor. Aquellas le recordaban la pasion del doncel para la jóven hebrea, estas la revelacion de Sanchez que, segun el infante, le habia dado la llave para esplicarse el ódio que le mostrára Raquel. Fadrique creyó que debia mostrarse sumiso á la voluntad de su adorada para obtener su agradecimiento. Por otra parte evitaba el compromiso de darse á conocer al menino del rey. Con gran sorpresa de éste y del usurero, que manteniéndose á cierta distancia seguia con la vista todos sus movimientos, el infante envainó su espada y alejóse tristemente de aquel sitio. A una seña suya siguiéronle Sanchez y el soldado que le acompañaba.

—¿Qué habeis hecho, señor? preguntóle el usurero, que todavía no habia vuelto de su estupor.

—He terminado tu obra, Sanchez, he logrado ver en salvo á la jóven que idolatra mi corazon. Solo el mas profundo respeto es capaz de conquistarme su aprecio. De hoy mas, amigo mio, merced á la confidencia que te hizo Roboan, renuncio á toda violencia, el amor hará el resto.

Si bien aquellas palabras eran algun tanto inintelijibles para el usurero, hubo de aprobarlas cuando el infante con acento melancólico añadió:

—Llama á mis jentes y partamos en seguida para Madrid; nuestra mision queda cumplida; yo no debo ver á Roboan y á su hija en muchos dias; tú serás el único mensajero de mis amores.

—Señor, mi fidelidad os responde del cumplimiento de vuestras órdenes, contestó el usurero que veia abrirse un nuevo horizonte á su codicia.

Por lo que hace á Guzman, si bien tuvo la satisfaccion de libertar á su amada del inminente peligro que corriéra su vida, no pudo evitar que su padre fuese herido gravemente y saqueada su casa. Cuando ya apaciguado el tumulto popular, el menino del rey iba á retirarse de la morada del israelita, díjole su hija con acento angelical, que nunca la imájen del que la habia salvado dos veces se borraria de su pecho. Aquella promesa que fué el mejor galardon á que podia aspirar Guzman, llenó su corazon de inefable contento.

Roboan en el lecho del dolor juró vengarse de los cristianos, y á pesar de que en adelante la cariñosa voz de su hija abogó incesantemente por los nazarenos, el anciano se mostró inflecsible y los últimos dias de su vida los consagró á llevar á cabo la cruel venganza que habia jurado.





CAPÍTULO XIV.

Don Pedro Tenorio cerrando la entrada á la ambicion, abre paso sin saberlo, á una raza de héroes.

NADA se le ocultó á Tenorio de cuanto habia pasado en el barrio de los judíos de Toledo, pero lo que no supo esplicarse por mas que el menino del rey le hiciese partícipe de la escena que habia tenido lugar en la plaza de la aljama de aquella ciudad, fué la repentina resolucion que tomára Fadrique y su vuelta precipitada á la córte. En sus dudas, sospechó el arzobispo que el infante abrigaba una siniestra intencion ó que en su pecho ocultaba un deseo dominando el amor que por la judía sentia, por mas poderoso que este fuese. Como quiera, la ausencia frecuente del duque y conde de Trastamara del consejo, avivaron mas y mas aquellos recelos hasta el punto de que el arzobispo temiese por la vida del rey y por su propia ecsistencia. Hubo momentos en que acrecentándose su temor, trató de revelarle al rey sus sospechas ó bien hacer partícipe de ellas á su consejo de teólogos y á D. Martin Yañez de Barbuda, que en estos tiempos gozaba de

la amistad íntima del prelado; pero antes de infundir recelos en el ánimo del rey niño y soltar una prenda temible, resolvió apelar á otros medios para convencerse mas íntimamente de lo que imajinaba adivinar. Su inquisicion no alcanzaba sin embargo á profundizar los arcanos de aquel pecho donde se encerraban tan violentas pasiones, y hubo de discurrir un medio que le diese la llave para penetrar en él sijilosamente. Despues de haber meditado por espacio de muchos dias de quien podria valerse para conseguir su propósito; despues de haber probado, por decirlo asi, en la piedra de toque de su criterio, la fortaleza de ánimo y lo que podia prometerse de las personas que rodeaban al infante; despues de haber desechado á Pero Gonzalez de Mendoza, por Alvar Vazquez de Losada, y éste á su vez por otros caballeros que gozaban de la intimidad de D. Fadrique, hubo de fijarse el arzobispo en la persona de Juan Sanchez de Sevilla, para quien el duque de Benavente habia pedido la contaduría mayor en el consejo y contradijo el arzobispo de Santiago, diciendo, que el que habia de ser juzgado no podia ser juez.

Al elejir D. Pedro Tenorio al usurero para que le revelára los secretos del infante, hubo de conocer sin duda la pasion que dominaba á aquel hombre sin fé ni honor, y creyó que por el interés habia de vender á su señor, si el premio fuese crecido. No se engañó el arzobispo, como se verá luego; pero no atendió sin duda que como una espada de dos filos, podia ser herido con aquel instrumento que habia elejido, como asi fué; porque Sanchez vendiendo á Fadrique, vendió al propio tiempo á Tenorio.

Ya resuelto el arzobispo á emplear aquel medio, llamó secretamente al usurero, y despues de haber alhagado sus miras, manifestóle que tal vez mas tarde seria asequible conciliar los deseos del duque con los intereses del estado; pero que en su propósito de protejerle, era necesario que Sanchez mostrase de un modo mas ó menos patente su adhesion al trono, seguro de que sus servicios habian de hallar pronta recompensa.

El usurero, si bien sospechó la celada que le tendia el arzobispo, como hombre avisado, imajinó que debia finjir someterse á

sus deseos esperanzando reportar algun lucro, y con todas las muestras de un verdadero agradecimiento, prometió que en adelante nadie le habia de aventajar en fidelidad al trono de Enrique.

—Un hombre como vos, díjole el arzobispo, puede ser de grande utilidad á los que están destinados á ocupar el puesto del rey, durante su menor edad, y esto tanto porque os hallais en relaciones con la mayor parte de los grandes de la córte, cuyas arcas llenais con vuestras riquezas, cuanto en vuestra calidad de confidente y protector, necesariamente deben confiaros sus planes y sus propósitos.

—Ah! señor, ¿creeis vos que yo seria capaz de faltar por nada de este mundo á quien sirvo? esclamó el usurero transformado de repente en un verdadero mojigato.

—Ni yo tampoco lo permitiria, se apresuró en contestar el arzobispo; pero si como no dudo vuestra adhesion al trono fuese tal como habeis manifestado, os haríais un deber en conjurar el mal á tiempo, si este os fuese conocido. Én ello cumpliríais con vuestro rey y con vuestra propia conciencia, y asi como el soberano os premiaria, vuestra conciencia gozaría de la satisfaccion que indudablemente siente el que obra bien.

—En efecto, contestó Sanchez, que no podia adivinar á donde queria conducirle el primado, si bien presentia sus intenciones.

Un momento de silencio siguió á estas palabras. Tenorio hubo de conocer que tenia que habersélas con un hombre astuto que no se dejaría seducir con facilidad, por mas que le atrajéra con el sebo del oro, y combinó rápidamente en su mente un plan de ataque diverso del que habia imajinado en un principio para hacerlo suyo. Por su parte el usurero se puso en guardia esperando que viniese el enemigo y escudóse entre tanto en el silencio.

—Estos nobles sentimientos os honran, dijo por último Tenorio; ya tenia yo noticia de vuestro recto proceder, y hé aquí porque os he llamado.

—O este hombre se burla de mí, dijo para sí el usurero, ó

quiere seducirme con lisonjas venales. De todos modos quiero saber á que atenerme, es decir, si debo reirme de él ó compadecerle. Y añadió en alta voz:—¿Pero como es posible que mis escasos merecimientos hayan llegado á noticia de su ilustrísima, cuando mi humilde persona ha estado siempre ausente de la córte, sin tomar parte en ningun hecho digno de memorarse?

En el momento no se le ocurrió á Tenorio ningun hecho del usurero digno de alabanza, porque no los tenia en las negras pájinas de su vida; pero en la necesidad de haber de cohonestar sus palabras, recordó que Guzman le dijo que Sanchez se hallaba con el infante en la aljama de Toledo, y á tenor de las últimas palabras de éste, finjió estar en la creencia que habia ido á aquella ciudad para salvar las vidas de los israelitas.

—Algunos hechos, le dijo, podria citaros, pero merece particular mencion vuestra reciente ida á Toledo, llevado sin duda por sentimientos humanitarios que á los ojos de un ministro del Padre de las misericordias, son muy loables.

—Este hombre acaba de descubrir su intencion, dijo para sí el confidente del duque; sabedor de que yo estuve en la aljama con el infante quiere indudablemente que le manifieste los ocultos amores de Fadrique con la israelita para tener un motivo de acusacion contra él; pero á buen seguro que lo he de llevar bien léjos del objeto de su propósito. Hé aquí una brillante ocasion de salvar al infante y contentar al arzobispo, sin reñir por esto con mis intereses. Es un escelente juego á tres manos, si sé bien jugarlo. Probemos. Y dijo al arzobispo:

—Fuí, efectivamente, á Toledo, pero en honor de la verdad sea dicho, no guió mis pasos ningun sentimiento humanitario como vos decis, y esta síncera confesion os dará una muestra de la confianza que en vos depongo, haciendoos dueño de un secreto que no hubiese revelado á nadie del mundo.

—Confiad en mí, dijo el arzobispo sorprendido de aquellas palabras, y acercando su sillon al asiento que ocupaba Sanchez.

—Fuí á Toledo, y creo me lo perdonareis, señor, en fuerza de mi arrepentimiento, para vengarme de un infame judío y su

hija, que sin duda hubieron de dar un filtro funesto á mi señor el infante. Hasta estos últimos tiempos, qué digo, hasta estos últimos dias, Fadrique á quien me honro con servirle, y cuya ilimitada confianza poseo, presa de una idea fija, no pensaba en otra cosa que en esa infernal judia que lo tenia hechizado, y á buen seguro que mas ó menos tarde hubiese sido víctima de sus encantos, si Dios no se hubiese apiadado de él y de mí; de él porque asi como antes seguia constantemente sus pasos, ahora la aborrece, y de mi que detuvo mi brazo vengador cuando tal vez iba á ocasionar una víctima.

—¿Y á qué atribuís vos este cambio tan repentino? dijo el arzobispo, que empezaba á creer en las palabras del usurero.

—Yo os lo diré; el infante hubo de convencerse que Raquel, tal es el nombre de la judía, tenia dado su corazon á otro amante y que todas sus instancias serian infructuosas en adelante, asi es que ha renunciado para siempre á aquella mujer.

—Vuestras palabras me llenan de satisfaccion, dijo el arzobispo, porque en verdad era deshonroso para un infante de España semejante amor.

—Y era tanto mas sensible su ceguedad, cuanto D. Fadrique es correspondido por una dama de alto linaje que idolatra por él.

—Algo sé de esto, dijo el arzobispo; pero segun tengo entendido esa dama está altamente resentida del estraño comportamiento del infante.

—No lo creais, dijo el usurero que creia haber convencido al arzobispo é intentaba fijar toda la atencion de éste en los amores de Fadrique con Leonor. La condesa de Alburquerque acaba de perdonar al duque sus pasados yerros y es probable que no tarde en darle su mano. Sin duda habreis observado en estos dias que el infante se halló ausente de la córte y del consejo; pues bien, se hallaba en Montalvan; yo mismo estuve con él, y puedo responderos de la veracidad de mis palabras.

El usurero estaba en su elemento. Para aquel hombre en quien el dolo y el engaño eran tan familiares, el finjimiento y la men-

tira tomaban en su persona y en su boca todas las apariencias de la verdad, aguzaban su imajinacion y deleitaban su alma. En aquel momento su goce era doble, porque juzgando salvar al duque, se complacía en envolver en las redes del engaño á Tenorio, tan ensalzado por sus talentos y á quien miraba entonces á sus piés como una víctima.

—Mucho me holgaría de ello, repuso el primado, bien léjos de corresponder su pensamiento con sus palabras. Esto me convenceria mas y mas del prudente acuerdo tomado por el duque.

—Pues bien, para que vuestra satisfaccion sea cumplida y podais juzgar por los hechos, os referiré brevemente si os place, lo que pasó estos últimos dias en el castillo de Montalvan.

—Con mucho gusto os oiré, dijo el arzobispo cada vez mas satisfecho por haber llamado á Sanchez.

Éste, cuyos ojos chispeaban de contento, despues de haberse cerciorado de que ninguna persona estraña podia oirle, acercó todavía mas su asiento al que ocupaba Tenorio, y le dijo:

—Era ya de noche cuando llegamos al castillo de Montalvan; mi señor temia con justo motivo la entrevista que iba á tener con la condesa, quien como vos mismo, creia era presa de los celos, cuando al pasar por delante de una de las ventanas de la torre, vimos brillar una luz y oimos una dulce voz acompañada por un laud. Paramos nuestros pasos y prestamos atento oido á aquella voz. No tardamos en reconocer el acento de la condesa y en su canto la pasion que abrigaba por el infante. Entonces éste me mandó que fuese á pedirla permiso para saludarla. Al llegar á la cámara de la condesa, á donde me condujo uno de sus pajes, ví á Leonor que estaba inclinada en el antepecho de la ventana, prestando atento oido al canto de Fadrique contestando á su canto de amor. De amor fué tambien el coloquio que siguió, y el infante al despedirse de la bella condesa juróle no serle nunca mas infiel.

En aquel punto se hallaba de su narracion el usurero, cuando un clérigo entró respetuosamente en la cámara del arzobispo.



D. Enrique III.–lám. 4.ª

Salióle éste á su encuentro y despues de haberle comunicado aquella persona en secreto su mensaje, volvió á salir de la estancia.

Cumplido ya el propósito del arzobispo, despidió atentamente al usurero á quien ofreció desde aquel dia su buena amistad. Éste que ya creia segura la contaduría mayor que solicitaba, salió tambien altamente satisfecho de la entrevista.

Apenas se halló solo Tenorio, arrodillóse al pié de un reclinatorio colocado debajo de un crucifijo, diciendo:

—Os doy gracias, Dios mio, por haber iluminado mi mente llamando en mi socorro á ese hombre, y haber sacado el bien del mal. Prestadme nuevas fuerzas para poder cumplir el juramento que hice junto el cadáver de D. Juan, y el cetro de Castilla lo empuñará un dia para gloria de sus pueblos el que hoy todavía es un niño.

Levántose en seguida D. Pedro y volviéndose á sentar en el sillon que hacia un momento habia abanbonado, añadió:

—Ese hombre no me ha engañado; ahora me esplico la ausencia de Fadrique del consejo; ahora comprendo porque quiere recompensar á Sanchez; ahora veo cuales son las intenciones del infante que me tenian tan sobresaltado; pero, prosiguió despues de un momento de reflecsion, conviene tambien ahora cortar las alas á ese mancebo, no sea que uniéndose con la condesa se haga sobrado poderoso para poder batirle. La castellana de Montalvan es sobremanera rica, y los tesoros de Leonor servirian indudablemente para encender la tea de la civil discordia. ¿Si yo pudiera impedir sin estrépito que se realizára este enlace? Leonor indudablemente profesa un amor acendrado al infante, pero Leonor es una mujer y á una mujer se la vence de varios modos. Veamos como puedo vencer á la condesa.

Y Don Pedro Tenorio quedó pensativo largo rato.

Interrumpióle en su meditacion la llegada del mismo eclesiástico que un momento antes habia entrado en la cámara. Como esta vez vióse solo á Tenorio, le dijo en alta voz.

—Su Eminencia, sin duda habrá olvidado que el maestre está aguardando.

—Ah! si, dijo Tenorio, no lo recordaba, decidle á D. Lorenzo que entre.

—Maestre, dispensad que os haya hecho aguardar, porque un asunto del mayor interés me tenia ocupado y.....

—Si no hubiese sido por la urjencia del caso, me habria retirado sin molestaros, pero he creido deber insistir para poder hablaros.

—¿Ocurre alguna cosa estraordinaria? dijo el arzobispo sobresaltado.

—Lo que es por el momento, todo está tranquilo, pero mucho me temo que el conde y el infante estén tramando en secreto algun plan para revelarse contra el consejo y tal vez contra el rey.

—¿En qué lo fundais maestre?

—Lo fundo en que uno de nuestros amigos ha visto congregarse en cierta casa de la villa á muchos escuderos del conde y del duque, provistos de todas armas; lo fundo en que ambos amigos están alistando jente para su servicio, como si hubiesen menester hombres de armas para una prócsima guerra.

—El aviso es saludable y nos aprovecharemos de él. Entre tanto conviene entretener al duque con algunas promesas hasta que hayamos logrado quitarle uno de los principales medios con que cuenta para hacernos la guerra.

—¿Con qué sabiais ya?....

—A mi nada se me oculta. Como amigo fiel que sois, voy á revelaros un proyecto que acabo de concebir.

Y Tenorio esplicó al maestre el propósito que abrigaba de estorbar la union del infante con la condesa. No solo aprobólo Don Lorenzo Suarez de Figueroa, sino que además le indicó la persona que debia sustituirle. Pronto ha de saber el lector quien fuese aquella persona, cuya eleccion mereció á su vez el aplauso del arzobispo, porque si no lo ha á enojo, haremos que asista á

una escena sumamente interesante que tuvo lugar pocos dias despues en uno de los aposentos reservados de palacio.

El arzobispo de pié, á cuyo lado se hallan los maestres de Santiago y Calatrava, y el arzobispo de Santiago, dirije la palabra al rey, que le está escuchando con la mas profunda atencion. En el momento en que nosotros penetramos en aquella retirada estancia, á una seña de Enrique, toman asiento aquellos personajes.

—Habla Tenorio, le dice el jóven monarca.

—Faltariamos á nuestro deber señor, si en vuestra mocedad, como amigos vuestros y del rey vuestro padre, y sobre todo en nuestra calidad de rejentes, no os protejiésemos con nuestras personas é ilustrásemos con nuestros consejos. Ecsiste un foco de ambicion alimentado por innobles pasiones que si vuestros cortos años no pueden comprender, conjuramos nosotros con cuantos medios están á nuestro alcance. Ahora bien, ecsiste en Castilla una princesa poderosa en la cual esa ambicion de que os hablamos, ha puesto sus miras con el objeto sin duda de apoderarse de sus inmensas riquezas y causar con ellas dias de luto á la patria. Nuestra prudencia pues, nos ha aconsejado venir á vos para impedir que la Rica-Hembra sea víctima de falaces promesas.

—Querrás hablarme, Tenorio, de la reina de la hermosura, de la infanta Doña Leonor, dijo Enrique que récordaba todavía la reciente permanencia de la condesa en la córte, en ocasion del torneo.

—En efecto, de la hija del conde D. Sancho, la mas principal señora de los reinos de Castilla y Leon. Pues bien, á esta dama tan celebrada por su riqueza como por su hermosura, le corresponde por mas de un título la mano del hijo de un soberano, y nos, los rejentes del reino, venimos á vos rey de Castilla, con el objeto de pediros la mano de vuestro hermano D. Fernando para la ilustre condesa. Si nos concedeis esta gracia, aunque el duque de Peñafiel y señor de Lara vuestro hermano sea de menor edad, con vuestro acuerdo y voluntad del infante, nosotros concertaremos el casamiento.

—Ya sabes Tenorio que tu voluntad es la mia, dijo Enrique

que profesaba grande respeto á los preceptos del arzobispo, y puesto que vosotros los rejentes me lo aconsejais en bien de mis reinos, asi sea. Yo soy muy niño todavía para poder apreciar toda la importancia de este paso; pero fio en vuestro saber y lealtad, asi como fio en el amor que me profesa mi hermano, para obedecer vuestras indicaciones que para nosotros son mandatos.

—Rey Enrique, esclamó el arzobispo enternecido, vuestros nobles sentimientos os harian digno del trono que ocupais, si por los títulos que os legaron los soberanos vuestros antepasados, no os correspondiéra de derecho. Ellos os salvarán con la ayuda de Dios en vuestra horfandad, y harán enmudecer la voz de las pasiones que suena en torno vuestro.

—Tambien soy muy jóven para comprender toda la estension é importancia de vuestras palabras; pero el corazon me dice que llegará un dia en que habré de llamar á la prudencia en mi ausilio, bendiciendo los sabios consejos que me estais dando, y por los que, no lo dudeis, os estaré agradecido en los dias de mi vida.

Enrique leia en su porvenir. No hubo rey en quien fuese mas necesaria la prudencia para gobernar sus estados, y ¡cosa singular! aquel soberano imperó con fortuna en una época de la vida en que aquella virtud acostumbra ser menos frecuente. Y si no se vieron coronados sus esfuerzos con un écsito completamente feliz, no se atribuya á la falta de edad ni á las pasiones propias de la juventud, las cuales fueron desconocidas á Enrique, porque apenas salido de la infancia, fué en cierto modo un rey anciano, sino porque en torno suyo jerminaban las malas pasiones que no pudieran domeñar ni su prevision ni la de sus consejeros, hijas de una época azarosa y del espíritu aristocrático de aquellos tiempos.

Al salir los rejentes de la cámara real, decia el primado á sus amigos.

—Mañana parto á Montalvan; que mi viaje sea un secreto. Entre tanto vijilad al duque y al conde, contemporizad con ellos si es necesario, que yo no he de volver á la córte sin ha-

ber convencido á la infanta de la necesidad de dar su mano á Fernando.

—Pero, observad D. Pedro, díjole el arzobispo de Santiago, que si bien la condesa puede obligarse en forma, no puede jurar el infante á causa de su tierna edad.

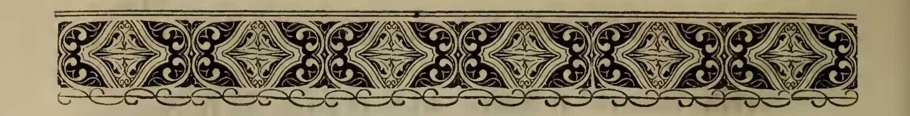
—Convengo en ello; pero aunque solo se obligue Leonor, impedimos que Fadrique pueda llamarla esposa un dia. A mas de que, aun cuando el infante fuese de mayor edad, tampoco podria hacerlo. Recordareis señores, que en uno de los capítulos de las paces hechas con el duque de Lancaster, se espresa: de que si el rey D. Enrique falleciese antes de llegar á la edad de catorce años, es decir, mientras su matrimonio sea rato con la reina Doña Catalina su esposa, en tal caso el infante D. Fernando debe casarse con aquella señora.

Antes de partir D. Pedro Tenorio se proveyó de tres cartas que él mismo dictó. Una de ellas escrita de puño propio del rey, facultaba al arzobispo para firmar los esponsales; la segunda habia sido escrita por el infante D. Fernando, en la que daba su consentimiento; en la tercera la reina Doña Beatriz, á quien el arzobispo habia sometido la aprobaciou de su propósito, decia á su amada prima, que puesto que Dios por boca de su ministro la hablaba, obedeciese la voluntad del Señor que en ella hallaría la felicidad.

Provisto el primado de aquellas misivas, y fiando en sus propias fuerzas, decia para sí al poner el pié en el estribo en el momento de partir.

—Infante, la partida está muy adelantada. ¡Ahora veremos quien vence á quien!





CAPÍTULO XV.

Como no es posible leer en el porvenir, y como los cálculos mas bien fundados se desvanecen ante la fuerza de los hechos.



UIEN seria capaz de pintar el contento que esperimentó Doña Leonor de Alburquerque, cuándo vió honrado su feudal castillo con la presencia del primado de las Españas D. Pedro Tenorio, de ese hombre qus solo frecuentaba la morada de los reyes y con ellos compartía como con sus iguales! Si bien la hija del conde D. Sancho habia recibido formal promesa del arzobispo de que este iria á visitarla, estaba bien léjos de imaginar que cumpliese D. Pedro tan prontamente su promesa. Huérfana de padres la nieta de D. Alonso XI desde su mas tierna edad, acostumbrada á vivir en la soledad de su retiro, educada por los paternales cuidados de D. Juan Gonzalez su ayo y mejor amigo, hasta la edad en que el corazon empieza á sentir la necesidad de amar, habia crecido pura y cándida como la flor de las selvas que rodeaban su condal castillo. Para ella no habia mas belleza que la que la naturaleza desplegaba á sus ojos en torno suyo, ni mas gloria que la que le narraba su ayo ó leyó en las

antiguas crónicas caballerescas que le habian legado sus antepasados. Un dia sin embargo un jóven guerrero se acercó al pié de sus balcones y la habló de amor, y como era la primera vez que llegaban á sus oidos aquellas palabras seductoras, como el que las pronunciaba era tan noble como ella, la jóven primero le escuchó con interés, despues deseó con ansia su vuelta, y acabó por amarle con delirio. Su amor fué primero un sentimiento recóndito; mas tarde un secreto para su pecho, pero luego hubieron de conocerlo varias personas; asi es, como llevamos referido, estaba de muchas gentes entendido como aquel amante que era D. Fadrique de Castilla, hubiera á la condesa por esposa. Y sin duda habria sido asi, á no haberse dispertado en el corazon del infante una pasion mas poderosa que la que abrigaba por Leonor, pasion que como tambien queda dicho, dominaba á Fadrique al par de su ambicion.

Desde que el duque fué presa, por decirlo asi, de los hechichos de Raquel, sus visitas al castillo de Montalvan fueron mucho menos frecuentes, y la jóven amante que hubo de conocer el desvío de su amado, sintió crecer su amor con tanta mayor fuerza, cuanto mas aumentaba la indiferencia del infante. Aquel fuego oculto que ardía en su pecho, la hizo aceptar con júbilo la invitacion que la hiciera el rey á instancias del arzobispo para asistir al torneo, y él le puso en su boca aquellas rápidas palabras que dirijió á Fadrique en la noche del baile. Dominada sin embargo por los celos y la ira, Leonor alejóse del pérfido jurando olvidarle; pero indudablemente su juramento no hubiese tenido efecto, sin la oportuna visita que la hiciera D. Pedro Tenorio.

Cuando llegó el primado á su estancia, hallábase ocupada la condesa en pintar el escudo de armas de su familia, y aquella circuntancia imprevista, hubo de prestar un tema favorable al valido del rey para preparar el ánimo de la jóven, á fin de que acojiese favorablemente la proposicion que iba á hacerla.

En efecto, D. Pedro Tenorio con aquel fino tacto que le distinguia, con aquella intelijencia que presidia en todas sus accio-

nes, aprovechóse de la presencia del escudo de la condesa para ensalzar la alta nobleza de su cuna, las glorias de sus mayores y el brillante porvenir que sin duda la reservaba el destino. Allende el condado de Alburquerque y señorío de las cinco villas del infantazgo que poseeis, díjole D. Pedro, vuestras son las villas de Haro, Briones, Cerezo, Vilhorado, Ledesma, Codesera, Azagala, Alconchel, Medellin y Alconeta, además de los pueblos de Villalon y Urueña con sus tierras que os diera el rey D. Juan, vuestro primo. Por vuestra alcurnia y vuestras riquezas, mereceis ocupar el trono de un rey, ó cuando menos sentaros en sus gradas como princesa..

La jóven condesa escuchó aquellas palabras suspirando en silencio, porque le traian á la memoria las dulces ilusiones en que se habia mecido por mucho tiempo y que mas tarde el mas amargo de los desengaños habia desvanecido completamente. Sus títulos y sus riquezas le recordaban el desprecio que el bastardo habia hecho de su dignidad, la cual al par de su amor habia humillado, y su justo resentimiento avivóse con aquel recuerdo. El arzobispo sondeó con cautela aquel corazon juvenil, logró penetrar en él sin grande esfuerzo, y acabó por dominarle enteramente. Leonor confesó su antiguo amor al infante, y D. Pedro que á su vez declaróle no desconocerlo, manifestóle con prudencia los inconvenientes que ofrecia, inconvenientes que ya no se esforzó en ponderar, desde que por revelacion de la condesa supo el apartamiento del duque, la resolucion de olvidarle tomada por la jóven, y consiguientemente el desengaño de que habia sido víctima por parte de Sanchez el usurero.

—Ahora bien, díjole el arzobispo ¿si yo os proporcionára un medio de vengaros de vuestro pérfido amante, lo aceptaríais?

La condesa en cuyo pecho ardia todavía la llama de un amor mal apagado, apresuróse á contestar con orgullo:

—Lo aceptaria.

—Y si esta venganza fuese noble, grande y digna de vos; si ella os colocára en el elevado puesto que hace un momento os se-

ñalé os estaba reservado por vuestro rango y vuestras riquezas, ¿no es verdad que no titubearíais un instante en darme vuestra formal palabra de seguir mis leales y amorosos consejos?

—No titubearía, D. Pedro, repuso Leonor en quien los celos ahogaban su amor.

—Pues bien, nieta de D. Pedro el Justiciero, os ofrezco la mano de un infante de España, de un sucesor al trono de Castilla.

—¿De un infante de España? dijo admirada la hija del conde D. Sancho.

—Si, prosiguió el primado con tono resuelto; os ofrezco la mano del duque de Peñafiel y señor de Lara, del infante D. Fernando, del hermano del rey. Y no solo os ruega que la acepteis por vuestro propio bien vuestro mas adicto amigo, sino que tambien os lo pide vuestra amiga y parienta la reina Doña Beatriz.

Y el arzobispo entrególe la carta de la viuda de D. Juan. Leyóla atentamente la condesa, y dijo á D. Pedro:

—Respeto vuestros consejos y los de mi parienta; pero no sé si yo deba.....

—Debeis seguirlos, y si asi lo haceis, cumplireis tambien con la voluntad del rey.

Y Tenorio entrególe la carta que Enrique escribió á la condesa.

—Tan inmerecido honor, señor, me enorgullece; mas permitidme que yo pueda reflecsionar.... decidle á D. Enrique que....

—Luego me direis lo que debo decirle al rey; pero antes leed esta carta y ved lo que debo decir al infante.

Y el primado entregó á la Rica-Hembra una tercera epístola.

Cruzó en aquel momento una idea por la mente de Leonor, y dijo al primado:

—Yo iré con vos á contestarle.

Leonor cumplió su promesa. Tres dias despues de la escena que acabamos de referir, la condesa de Alburquerque volvia á entrar en la córte por segunda vez, y por segunda vez un pensamiento oculto é importuno jerminaba en su mente. Difícilmente se borra del corazon la huella que en él deja el primer amor, ese

sentimiento profundo que solo la muerte puede estinguir, puesto que ni los desengaños, ni otras pasiones violentas, ni la mano del tiempo que todo lo acaba, pueden desvanecer su dulce recuerdo. Leonor al pisar los umbrales del réjio palacio, recordaba al infante, cuya presencia ambicionaba como la primera vez que vino á Madrid para ser reina del torneo; pero esta vez deseaba verle para darle el último adios, ese beso del alma tan puro como su oríjen. En su venganza de mujer iba envuelto el amor de la jóven, pero de un amor que solo vive del recuerdo como la lava que arde por mucho tiempo despues de haber sido separada del fuego que la ha puesto íncandescente.

La hija del conde D. Sancho recibió los abrazos de Doña Beatriz que se los prodigó con ternura como pudiera hacerlo una madre con su hija, y la jóven condesa que tenia necesidad de desahogar su corazon en otro corazon que la comprendiese, depositó en el pecho de la reina viuda, los secretos que en el suyo se encerraban. Doña Beatriz, si bien jóven aun, mártir de su destino y víctima inocente como Leonor de los rudos golpes de la suerte, hubo de comprender mejor que ninguna otra persona, toda la estension del hondo pesar que aflijia á la condesa, en el momento en que iba á renunciar para siempre al májico ídolo de sus primeros sueños de amor. Doña Beatriz sin embargo, que por la relacion de Roboan y por las revelaciones del arzobispo, conocía la doble pasion de Fadrique, creyó derramar un bálsamo en aquella alma herida, ocupandola del duque, para trocar luego el ser amado en objeto de desprecio. Para cicatrizar la llaga de la condesa, preciso era abrirla mas hondamente, y la reina viuda lo hizo con prudencia, con maestría y feliz écsito. Despues de haberle recordado el valor, la intrepidéz y las prendas mas sobresalientes del duque, ocupóse de sus bastardos sentimientos, dejándola adivinar por fin la pasion indigna que abrigaba por la hebrea. Como la cierva herida por el dardo del inclemente cazador, el corazon de Leonor lanzó un grito de dolor, pero el dardo de la reina acabó por matar su amor. Desde aquel momento la dignidad y el orgullo de la condesa dominaron los deliquios

amorosos de la jóven, y éstos acabaron por ser vencidos completamente por aquellos. La castellana de Montalvan fué la primera en acelerar el juramento que debia unirla para siempre con el hermano del rey, y juró con verdad, con fé y con resolucion.

Asi la venganza de un amor mentido y la prudencia de un hombre previsor, secundado por una reina desgraciada, trocaron aquella jóven que apenas contaba tres lustros, conocida primero en Castilla con el nombre de Doña Urraca, y mas tarde con el de Rica-Hembra, por su grande estado, en una infanta virtuosa y noble en sus condiciones segun nos refiere la historia, y que por uno de esos decretos inesplicables de la Providencia, dió á la España una raza de héroes; porque hubo del infante Don Fernando su esposo cinco hijos varones famosos todos por sus preclaros hechos, á saber: D. Alonso que fué rey de Aragon, Nápoles y Sicilia; D. Juan que primero fué rey de Navarra y despues de Aragon y Sicilia; D. Enrique que fué maestre de Santiago; D. Sancho que fué maestre de Alcántara, ambos terror de la morisma y D. Pedro, que no siendo rey ni maestre, vino á morir cubierto de gloria en las guerras de Nápoles. Además de estos cinco hermanos que fueron la admiracion de España y aun del mundo, llamados por los historiadores los infantes de Aragon, tuvo Doña Leonor de su esposo D. Fernando dos hijas, que tambien fueron llamadas infantas de Aragon: Doña María, que casó con su primo D. Juan, segundo de este nombre, rey de Castilla, y Doña Leonor que fué esposa de Eduardo, único de este nombre, onceno rey de Portugal.

La llegada de la condesa de Alburquerque á la córte, pronto fué conocida de Fadrique, á quien sorprendió en estremo; mas como el casamiento de aquella con el infante fuese un secreto, el duque se apresuró en acercarse al objeto, sino de su amor verdadero, al menos de su ciega ambicion. Por su parte, seguro ya el arzobispo de que todos sus propósitos debian estrellarse ante la fé del juramento proferido por la condesa, y por el resentimiento que contra el bastardo abrigaba aquella, no puso el menor

reparo en que se viesen aquellos dos jóvenes, entre los cuales acababa de abrir un abismo insondable.

Mientras algunos dias despues Tenorio estaba presidiendo el consejo, cuyos individuos estaban congregados en una iglesia de Madrid, donde tenian costumbre de juntarse, el duque penetró sijilosamente en el jardin de palacio, cuyas tapias habia saltado otra vez, y por cuyas floridas calles estaba paseándose á la sazon Doña Leonor respirando el dulce aroma de las flores. Como el buitre voraz que acecha su presa, esperando entre la enramada el momento favorable para arrojarse sobre ella, el duque cuya osadía es ya conocida del lector, oculto en una glorieta cubierta con rico manto de follaje, aguardó el instante en que la infanta estuviese alejada de palacio para salir á su encuentro sin ser visto. Sanchez le habia ocultado hasta entonces su entrevista con el arzobispo, y el duque que temia mucho que éste habia de contrariar sus planes, si fuesen de él conocidos, tuvo por conveniente presentarse á la condesa reservadamente, para disculparle su ausencia, recordarle su amor, y destruir las intenciones que pudiese abrigar el prelado. Un triste presentimiento decia á Fadrique que Leonor ya no le amaba, y que habia sido llamada á la córte para apartarla quizás para siempre de su lado. Y aunque la condesa se hallaba allí sola en aquel apartado jardin, á dos pasos del cenador, el osado infante que tenia los ojos fijos en ella, no se atrevia á descubrirse. Verdad es que el duque se hallaba arrobado contemplando á aquella jóven, en la que al par de la beldad, distinguia su noble y marcial talante. La Grecia en sus mas bellos dias no vió una hermosura tan perfecta en sus perfumados jardines sembrados de las glorias del arte y de la naturaleza; jamás, cuando la sacerdotisa abrasada por el fuego celestial, confiaba al aura vespertina el himno pitio, vió Delfos entre el grupo de las ninfas que deponian sus floridas guirnaldas al pié de la estátua de Apolo, una vírjen mas admirable que aquella jóven digna de reinar en Citerea.

Sin embargo, el amor y el deseo hubieron de vencer al fin y el

infante se mostró. A su vista Leonor asombrada como si una vision sobrenatural se hubiese levantado de repente del seno de la tierra, detuvo su planta. La hija de D. Sancho que habia luchado y vencido, creíase débil en presencia del hombre que la hiciera sentir por vez primera la afeccion mas dulce al corazon humano, y dió momentos despues algunos pasos para alejarse de aquel sitio.

El duque en ademan suplicante rogóle que tal no hiciera y trató de disculpar el aparente olvido de su amor. Habia tanta sinceridad en el acento del mancebo, el deseo de alcanzar el perdon de Leonor puso palabras tan elocuentes en su boca, esforzóse tanto en disculpar sus pasados yerros, que la condesa indudablemente le habria perdonado si hubiese sido posible una reconciliacion entre aquellos dos amantes. Pero unian ya á Leonor lazos indisolubles con otra persona que no era Fadrique, y fiel al juramento que acababa de proferir, vióse obligada, sino á revelar el secreto de su union con Fernando, que habia prometido tambien guardar, al menos alejar cualquier recelo del ánimo de su amado. Ya no era entonces la venganza la que hacia obrar de aquel modo á la jóven castellana, era su deber, tanto ó mas poderoso que aquella.

Al pronunciar ella misma su propia sentencia, porque es preciso confesar, que si bien voluntariamente la condesa habia hecho el sacrificio de su amor, dos líquidas perlas rodaron por sus mejillas y aquel testimonio del dolor que sentia su corazon, aumentó el ardor del mancebo.

—Esperad, díjole la jóven, Dios es bantante poderoso para cicatrizar la herida que en nuestro pecho pudo abrir una pasion insensata.

La esperanza, este consuelo de las almas aflijidas, ese bálsamo reparador en los sinsabores de la vida, ese astro que sin cesar nos alumbra hasta el momento de descender en la tumba, era el único don que podia conceder la futura esposa de D. Fernando á su primer amante en aquellos momentos solemnes.

En vano Fadrique insistió, en vano apuró todos los medios de seduccion; Leonor se mantuvo, como debia, inflecsible, hasta el momento en que sintiéndose mas y mas débil por la lucha que acababa de sostener, desapareció rápidamente como una blanca aparicion creada por la fantasía, hija de la ilusion y del recuerdo.

El infante veia desvanecerse uno á uno todos sus sueños dorados, su estrella funesta que desde la cuna habia hecho errar sus pasos en la senda de la ajitada vida que recorriéra, acababa de mostrarle un nuevo desengaño; pero antes que doblegar la cabeza al terrible golpe que el destino amagaba descargar sobre ella, en su desesperacion quiso luchar otra vez con el destino, y con el corazon lleno de amargura se encaminó apresuradamente á la morada del conde de Trastamara.

—Ese hombre funesto que sin cesar me persigue, dijo al conde, ese ministro del Señor, que para nosotros es ministro de venganza, acaba de herir una vez mas mi corazon. Aprovechándose de mi ausencia de Montalvan, ha logrado seducir indudablemente á Leonor, y ésta á pesar del entrañable amor que me profesa, se ha mostrado hace un momento, inflecsible á mis ruegos. Leonor se ha alejado de mí, no despreciándome, porque la condesa no puede olvidarme jamás, pero aplazando para dias mas propicios el cumplimiento de los deseos que abrigan nuestros corazones. Todo esto es obra del arzobispo, no lo dudeis, conde, quien á buen seguro que está maquinando ahora mismo algun plan perverso; pero antes de que llegue á realizarlo, necesario es que nosotros se lo impidamos.

—¿Qué intentais hacer? díjole el de Trastamara.

—¡Vengarme!

—¿Cómo os vengareis de este hombre?

—Preciso es intentarlo, díjole Fadrique, cuyos ojos chispeaban de cólera; hora es ya de que nos arranquemos la máscara y prescindamos de toda consideracion con ese enemigo comun. Nuestra suerte está enlazada. Si triunfamos, el premio será nues-

tro y ambos nos dividiremos los trofeos; si somos vencidos, ¡ay de nosotros, conde! pronto como el infeliz D. Alonso, nos veremos aherrojados en otro Almonacid.

—Pero repito que no veo medio de salir airosos.

—Conde, preciso es jugar el todo por el todo. Al engaño opongamos la violencia, á la perfidia la fuerza.

—Tenorio cuenta con las milicias del rey.

—Nosotros con cien arqueros decididos, y en la lucha mi brazo valdrá por otros cien.

—Duque, creo que todavía no es llegada la hora.

—Conde, si no tuviera pruebas de vuestro valor, os dijera que sois un cobarde. ¿Esperais desenvainar la espada, cuando las esposas sujeten vuestras manos? Si vuestra ceguedad llega hasta este punto, permaneced tranquilo en buen hora, escuchando las melífluas palabras del hipócrita; no necesito vuestra alianza; me basto yo solo.

—¡Don Fadrique! dijo con voz de trueno el de Trastamara, he jurado no abandonaros, y si la prudencia me aconsejaba permanecer por ahora tranquilo, mi deber me fuerza á seguiros. ¿A dónde vamos? añadió ciñéndose su espada y cubriéndose la cabeza con el casco.

—Primero á reunir nuestros soldados, y despues al consejo.

—¡Partamos!

Una hora mas tarde un gran número de hombres de armas penetraba tumultuosamente en la iglesia donde estaba congregado el consejo, deliberando acerca de varios asuntos del estado. Era por segunda vez que los rejentes del reino se ocupaban de la necesidad de reducir al valor antiguo, el precio de cierta moneda de figuras de Agnus-Dei llamada blancas, que en tiempo del rey D. Juan se habia labrado, causando mucho daño á la nacion. Los ecos de las bóvedas de aquella iglesia que hasta entonces solo habian repetido los cánticos relijiosos y la voz mesurada de los rejentes, resonaron súbitamente al fragor de las armas y á los gritos sediciosos de los guerreros que en el templo acababan de penetrar. Los del consejo levantándose de sus asientos, trataron de

huir la presencia de los soldados, pero éstos capitaneados por un guerrero cuyo semblante estaba cubierto con la celada, los envolvieron de repente, y solo despues de haberlos ecsaminado uno á uno, les dejaron libre el paso. Indudablemente llevaban órden de prender á Tenorio, pero éste acababa de salir en fuerza de un aviso confidencial que habia recibido pocos momentos antes librándose asi de caer en poder del infante.

Fué tanto el sobresalto que se apoderó del primado al ver semejante audacia por parte del duque y del conde, que sin curarse de despedirse del rey, huyó de Madrid temeroso por su vida, acompañándole en su fuga D. Martin Yañez de la Barbuda, maestre de Alcántara, y D. Diego Hurtado de Mendoza.

Al desamparar D. Pedro Tenorio la córte, dirijióse primero á Alcalá, pero no creyéndose todavía seguro en aquella ciudad, pasó sucesivamente á Illescas y á Talavera de la Reina, publicando por do quiera que el consejo se habia ordenado contra el testamento del rey D. Juan. Despues escribió no solo á las ciudades y villas y á los grandes de los reinos, especialmente á los caballeros anteriormente nombrados que el rey D. Juan dejaba en el testamento por tutores, mas al pontífice Clemente, á los cardenales y á los reyes de Aragon y Francia, rogándoles que no admitiesen los acuerdos del consejo por del rey D. Enrique.

Mucho pesó la fuga de Tenorio á Fadrique, porque temia con motivo que habia de volver con fuerza é ira sobre él; pero aprovechándose entre tanto de su ausencia y seduciendo á la mayoría del consejo, aquellos señores empezaron entre sí á repartirse oficios y tenencias con grande escándalo de los que habian quedado fieles al rey.

Pocos dias duró sin embargo aquella situacion violenta, porque no olvidando D. Pedro el juramento que habia hecho de salvar el trono del rey, rodeóse de algunos leales capitanes, quienes al frente de numerosos tercios, fueron acercándose á la córte. Por su parte los del consejo que se habian declarado á favor del infante, se aprestaron tambien á la defensa, é indudablemente hubiese habido un choque sangriento, á no haberse apoderado un

justo temor de Fadrique, quien habiendo reunido sus jentes salió apresuradamente de Madrid y se fué á Móstoles desde donde pasó á encerrarse en su castillo de Benavente.

Huérfano Enrique de su mejor amigo y protector, á pesar de su corta edad, hubo de conocer que las palabras del arzobispo habian sido proféticas. La tempestad acababa de desencadenarse á su alrededor, y para guiar la nave del estado, en el borrascoso mar de las pasiones cortesanas, no bastaban las fuerzas de un niño. Los obispos de Santiago y de Cuenca que habian quedado á su lado, aunque dotados de bellos sentimientos, no eran hombres capaces de empuñar con firmeza el timon. Entonces mas bien por inspiracion propia que por acuerdo del consejo, en el que solo dominaba la ambicion, el rey niño llamó en su ausilio á la nacion que le habia saludado con júbilo á su advenimiento al trono, y aunque el feliz pensamiento de convocar á córtes generales fuese recibido con cierta repugnancia por algunos individuos de aquella anómala rejencia, hubo al fin de acatarse por ser la voluntad del niño-rey.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

EL NIÑO-REY.

CAPÍTULO I.

Como las predicciones de los astrólogos pueden ser de algun provecho en ciertos casos.

Mientras Enrique conjuraba con sus débiles fuerzas la tempestad que bramaba á su alrededor; mientras escribia al arzobispo D. Pedro Tenorio lamentándose de su ausencia, y al duque de Benavente y al marques de Villena que le habia seguido, por su precipitada salida de la córte; en tanto que á unos y á otros encomendaba acudiesen á Madrid á las córtes que celebrar queria; unos y otros se denegaban á hacerlo bajo simulados pretestos y todos aprestaban sus jentes para la guerra. Ausente de la córte el principal

émulo de Tenorio, los del consejo insistieron repetidas veces en que el arzobispo volviese á Madrid, porque á pesar de su ambicion, veian que el mal se agravaba por momentos y solo el primado era capaz de conjurarlo: todavía mas; convinieron en sujetarse á lo que las córtes acordasen respecto del testamento de D. Juan, á cuyo efecto mandaron algunos mensajeros al arzobispo, entre ellos el legado del papa que á la sazon llegó á la córte, para que de viva voz se lo manifestasen; pero aquel, bien que temiera que el infante volviese á Madrid y atentase contra su vida, bien que por motivos ocultos quisiese permanecer fijo en su resolucion, respondió con palabras de mucho comedimiento, dando escusas, asi por lo del testamento, como por las leyes del reino que segun él se habian infrinjido.

—Señor, díjole el legado á quien acompañaban D. Pero Suarez de Quiñones, adelantado mayor de Leon, D. García Alonso de Sahagun y el oidor de Salamanca D. Anton Sanchez; ya que no quereis aceptar los justos partidos que en nombre del consejo os propongo, os ruego que no gasteis con hombres de armas los dineros de la Iglesia que son de los pobres.

A lo que contestó Tenorio:

—Recordad lo que dijo Joás á los sacerdotes: Todo el dinero de las santificaciones que fuere presentado en el templo del Señor por los que pasaren, el que es ofrecido por precio de alma, y el que espontáneamente y al arbitrio de su corazon traen al templo del Señor, lo recibirán los sacerdotes y repararán las quiebras de la casa, si vieren que alguna cosa tiene necesidad de reparo. Pues bien, si gasto el dinero de la Iglesia, es para reparar el trono que es el asiento del soberano y el refujio de los pobres en el cual la ambicion, la maldad y la desobediencia á las leyes del reino, acaban de abrir hondas quiebras.

Creciendo cada vez mas el espanto de los del consejo, en pos de aquella, enviaron al arzobispo nuevas embajadas. En una de ellas iba el maestre de Santiago y el conde de Trastamara. El aliado de Fadrique que solicitaba de todas veras la condestablia, mas audaz que su amigo, lo habia abandonado dominado por

su sed de riquezas; pero al ver que el arzobispo habia adelantado hasta Illescas al frente de un respetable cuerpo de tropas; tambien el temor se apoderó de él, y provisto de un salvo conducto, fué en compañia del maestre citado y otros caballeros á hablar con Tenorio á quien creia convencer.

—Cesad, señor le dijo este ajuntamiento de gentes de guerra que vos y los de vuestra liga estais haciendo, que nosotros nos contentaremos con pasar por lo que los reinos ordenen en córtes.

—Ya no es posible retroceder, contestóle con dulzura el arzobispo; he llamado á la nacion, no en mi ausilio, sino en defensa de la voluntad del rey, y la nacion como un solo hombre, se ha levantado diciendo á voz en grito: cúmplase el testamento de Don Juan que fué nuestro soberano y cuya memoria respetamos. Vos y vuestro amigo quisisteis violentar aquel precepto, y yo que por mi deber y por mi carácter soy ministro de paz, para evitar escándalos me sometí mal de mi grado, á lo que vosotros, que no el rey, quisisteis. Mas luego hubisteis de llevar la violencia hasta un estremo que me duele el recordarlo, y que por sabido me callaré, y desde entonces me creí con derecho para faltar á mis compromisos.

Como el conde y el maestre, obtuvieron una contestacion análoga, D. Juan de Velasco, camarero mayor del rey y D. Pero Fernandez de Villegas merino mayor de Bugos, grandes amigos que eran del arzobispo, y que al propio objeto fueron á avistarse con él solicitados por los del consejo.

En tanto que estas entrevistas tenian lugar, Enrique con esfuerzos superiores á su edad, procuraba contener el despilfarro que los del consejo estaban haciendo del tesoro público, y aquel virtuoso jóven se lamentaba en silencio de la porfía de Tenorio á quien con justa razon consideraba como la única áncora de salvacion. Por su parte el infante, en quien su amor y su ambicion pudieron mas que el temor y el recelo que á su vez le habian infundido Tenorio y sus jentes, despues de algunos dias de permanencia en el castillo de Benavente que proveyó de víveres y vituallas para el caso de tener que refujiarse en él, regresó á

Madrid con el objeto de aprovecharse de la ausencia de su enemigo para volver á estrechar sus relaciones amorosas con Leonor y acercarse á Raquel, cuya ausencia no podia soportar. Otra idea, como veremos luego, llevaba tambien el duque.

Como la infanta permaneciese en palacio al lado de Doña Beatriz, el duque que supo que el rey habia pasado á Segovia con los del consejo para poner freno á los desmanes que estaban haciendo los cristianos á los judíos, penetró en la real cámara prévio el beneplácito de la reina viuda. Recibióle Doña Beatriz con la sonrisa en los labios y la amargura en el corazon, porque no eran desconocidos á la que fué esposa de D. Juan, los procederes del bastardo y los males que estaba ocasionando en los reinos su loca ambicion. Pero aquella débil mujer que no podia luchar con él abiertamente, se guardó bien de mostrarle su enojo, y se escudó con su sonrisa para batirle ó bien herirle con armas ocultas, si se presentase ocasion favorable. Queria sobrado la reina viuda la tranquilidad de la nacion y al hijo de su esposo, para no dar su contingente para el logro de aquellas cosas y objetos, vengando al propio tiempo los ultrajes que le habia hecho aquel hombre. Asi es, que escuchó con benevolencia al infante cuando le habló de sus planes del porvenir y le confesó su amor á la condesa. El duque, que cuando la muerte de D. Juan habia elejido á aquella mujer para instrumento de sus miras, y que hasta creyó en su amor para alcanzar la rejencia singular, viendo ya frustrados sus deseos, volvia á ella para que le sirviera de ausiliar para alcanzar la mano de la condesa. Aquel deseo, si bien imposible de poder ser satisfecho, hizo concebir á Doña Beatriz un proyecto que dió á poco tiempo un buen resultado.

—¿Sabeis, le dijo, que la condesa cuenta con solo un amigo, cuyas indicaciones son mandatos para ella, y que este amigo es vuestro enemigo?

—Sospeché que la condesa habia sido seducida por el arzobispo, para herirme en el fondo de mi corazon. Sabia, sin que nadie me lo hubiese revelado, que ese hombre perverso habia emponzoñado nuestro amor con su álito funesto y ¿sabeis por qué

poseia este secreto? Porque mi corazon herido me decia que nadie en el mundo sino Tenorio, es decir, ese monstruo salido del averno para amargar mi ecsistencia, era capaz de robarme el amor de Leonor. Y por esto señora, en el colmo de la desesperacion....

Y como el infante titubease en terminar la frase.

—Proseguid, le dijo Doña Beatriz, siempre con la misma sonrisa.

El infante creyó no debia hacerla sabedora del plan de venganza tomado en la morada del de Trastamara, asi es que se contentó con añadir:

—Juré ódio á ese hombre.

—Pues hicisteis mal, añadió Beatriz con acento indiferente; porque persiguiendo al amigo de la huérfana, haciais imposible en adelante la satisfaccion de vuestro amor.

—El ódio que le juré fué á causa de su desleal proceder; fué él quien me arrojó el guante, yo no hice mas que aceptar el reto. Además ¿creeis vos, señora, que aunque yo hubiese permanecido indiferente á sus tiros, hubiera permitido que nunca me hubiese acercado á la condesa desde que le fué conocido nuestro amor? ¿Creeis que mi impasibilidad le hubiese desarmado? No; lo que queria, lo que él quiere, es que muera de desesperacion. A su vez me ha jurado ódio á muerte.

—Estraño que vuestra pasion llegue hasta el punto de ofuscar vuestro preclaro talento. Otro que hubiese estado menos ciego que vos, hubiera averiguado antes el porqué el arzobispo, si es que este prelado turbase vuestro amor como vos decis, procedia de este modo. Indudablemente que habríais hallado la causa, y si esta hubiese podido desvanecerse, tambien habrian cesado los efectos.

—La causa de su aversion me es bien conocida, señora. D. Pedro, que no es otro mi mortal enemigo, ha ambicionado desde la muerte de D. Juan, como no lo ignorais vos misma, hacer las veces de rey durante la minoridad de Enrique; y el infante de España D. Fadrique de Castilla, el primer duque de estos reinos,

le ha hecho sombra, ha despertado sus celos y ha jurado aniquilarle para saltar al trono por sobre su cadáver.

—Me guardaré yo muy bien de dirimir esta contienda, prosiguió la reina viuda que queria conducir á otro terreno al duque, porque no debo ser yo quien ha de juzgarlo; pero sí os diré infante, que ella os ha conducido á ambos muy léjos de vuestro propósito, que no es otro á mi ver, que la felicidad de la nacion. Vos precisamente sois el que mas mal librado ha salido, porque habeis perdido en ella el cariño de la mujer que os amaba. ¿Qué os importa á vos que el arzobispo quiera hacer valer el testamento de D. Juan, si lograis el objeto de vuestros deseos? Ahora teneis al primado al frente de una numerosa hueste pronto á entrar en la córte para hacer cumplirlo, y al propio tiempo estais enemistado con Doña Leonor, que no quiere oir hablar de vos.

—¿Por qué señora?

—¿No os dije ya que la condesa es una hechura de Tenorio y mientras á causa de vuestras rencillas lo tengais alejado de la córte, no debeis esperar ninguna reconciliacion?

Al oir aquellas palabras, Fadrique lanzó un suspiro profundo y ocultó el semblante entre ambas manos. Las contrariedades que habia esperimentado su amor á la condesa, le habian hecho mas vivo, hasta el punto de sobrepujar á la pasion que sentia por Raquel. Tan cierto es que no caben en un pecho dos amores. En el de Fadrique el amor á la cristiana habia triunfado del amor á la judía.

—Bien os daria yo un medio si quisiérais obedecerme, para poder satisfacer al arzobispo, cumpliendo al propio tiempo vuestros deseos.

—¿Cuál, señora? dijo Fadrique, levantándose precipitadamente del sillon que ocupaba; hablad y os obedeceré.

—Reconciliaros con D. Pedro.

—¡Imposible! el arzobispo no querrá reconciliarse nunca conmigo.

—¿Y si fuese posible esta reconciliacion? ¿Si vos le prometieseis renunciar á vuestros propósitos de mando; si solo oyendo

como debeis, al amor que por la condesa sentís, le ofreciéseis vuestro leal concurso para alcanzar la paz tan apetecida?

—No querria aceptar mis ofertas.

—¿Y si la viuda de D. Juan interpusiera su valimiento con el arzobispo y lograse esta reconciliacion que tanto á vos como á él os interesa vivamente, la aceptariais vos, duque?

—La aceptaria.

Preciso es que conozca el lector algunos hechos anteriores, para que pueda apreciar el repentino cambio que se habia operado en el ánimo de D. Fadrique de Castilla.

Hacía cuatro dias que el infante habia tenido un sueño horrible que dejára en él honda impresion. Al romper el dia levantóse sobresaltado, y juzgando que aquel sueño era un aviso misterioso de Dios, el duque, que al par de sus sentimientos relijiosos, abrigaba ciertas creencias supersticiosas hijas de la época, quiso obtener la esplicacion de aquel presajio. Recordó que no léjos del castillo de Benavente habia un famoso astrólogo que pasaba su vida encerrado en arruinado alcazar, estudiando el movimiento de los astros y prediciendo el porvenir por el curso de las estrellas. Aquel hombre que pasaba plaza de gran sábio á cien leguas á la redonda por los maravillosos horóscopos que habia hecho, y que consultaban con fé las jentes del pais, mereció la eleccion del infante para que no solo le esplicase su terrible sueño, sino tambien para que le vaticinase su porvenir.

Ciñó Fadrique su ancha y larga espada, calzó sus botas de montar, hundió su sombrero de espaciosas alas hasta sus sienes, y envolviéndose en holgado manto, montó á caballo dirijiéndose á la morada del observador de los astros.

El crepúsculo precursor de la noche, acababa de suceder al último rayo del sol, cuando Fadrique llamó á la puerta del astrólogo.

—¿Que me quereis? díjole el sucesor de los Jannes y Mambres (*).

(*) Jefes de los sacerdotes ejipcios, esto es, esplicadores de sueños y obradores de prodijios.

—Vengo á pediros consejo.

—¿Quién sois vos?

—El juguete del destino.

—Sus sendas son ignotas.

—Necesito luz en las tinieblas que me rodean.

—¿Qué me dareis en cambio?

—Oro.

—La luz estará en vos. ¡Entrad!

Y Fadrique penetró en la morada del nuncio del destino.

La noche acababa de estender su negro manto sobre la tierra; el gabinete del astrólogo iluminado por una sola lámpara, que proyectaba muy escasa luz en su dilatado ámbito, ofrecia un aspecto fantástico. Esparcidos acá y acullá, veíanse un gran número de instrumentos astronómicos, libros voluminosos, muebles raros, cráneos calcinados, figuras misteriosas y animales horribles. Aquel hombre dominaba todos aquellos objetos con su alta estatura, su faz venerable y su larga barba blanca; vestia túnica negra sujeta á la cintura con un gran cordon de color encarnado y cubria su cabeza un gorro del mismo color. Nadie sabia de donde habia venido y cuales eran sus creencias; y si alguien le preguntaba qué relijion seguia, habia de contentarse con saber que era la del verdadero Dios. No tenia familia ni hijos, y se apartaba del comercio de las jentes.

Sentado aquel hombre misterioso delante de una mesa sobre la cual habia varios libros abiertos, dijo á Fadrique que permanecia en pié:

—¡Hablad, ya os escucho!

—Oidme con atencion, y contestadme como os dicte vuestro saber, repuso el infante, arrojando sobre la mesa del astrólogo una bolsa llena de oro.

A su vista el anciano, dijo con reconocimiento.

—Si quereis vuestro horóscopo, decidme el dia que vinisteis al mundo y conocereis vuestro porvenir como sabéis vuestro pasado; si deseais que os diga el secreto de vuestro destino, mostradme la palma de la mano y en ella leeré la duracion de vues-



Enrique III.-lám. 9.

tra ecsistencia y los indicios del honor y de la fortuna. Sino quereis darme la mano, decidme vuestro nombre y los secretos de la onomancia os serán conocidos; si finalmente no quereis revelar vuestro nombre, si algun sueño enojoso ha turbado vuestro descanso, referidme este sueño y quedarán cumplidos vuestros deseos, porque la onirocricia tambien me es conocida.

—No tengo fé en vuestras ciencias ocultas, como no la tengo en mi propia persona.

—Entonces ¿por qué acudis á mí?

—Porque dudo, porque desconfio como os acabo de decir, de mí mismo.

—Si la esperiencia de muchos siglos, dijo el adivino, no bastase á probar la verdad de estas ciencias, deberíamos respetar sus inerables fallos, como los respetaron el sapientísimo Job, que afirma que Dios ha señalado en la mano de cada mortal el secreto de su destino; la lumbrera de la sabiduría, Salomon, que afirma lo que Job dijo, y Aristóteles y muchos otros varones eminentes que consideraban estas ciencias como positivas. La adivinacion por los astros era ya conocida y practicada por los ejipcios, caldeos, persas, griegos y romanos. Los cuadros sagrados, los oráculos, las sentencias de los magos, los.....

—Cesad de encomiar vuestra ciencia, dijo Fadrique, y puesto que me someto á oir sus fallos, aunque sea sin creencia, pronunciadlos, que á esto he venido. No os diré mi nombre porque mi nombre debe seros desconocido, pero aqui teneis mi mano; leed!

Ecsaminó el anciano atentamente la mano del duque y despues de algunos instantes de silencio, le dijo:

—Aunque la verdad os deba ser amarga, os diré la verdad.

—Nada temo, anciano, dí lo que veas y á tu vez no temas.

—Veis esta línea de la vida profunda y matizada de manchas lívidas, pues revelan la presuncion, la doblez y la envidia; esta línea del triángulo ahorquillada, indica rivalidad y ódio.

—No necesito que me digas lo que soy, adivino, sino lo que será de mí, observó el duque con mal reprimida cólera.

—Pues bien, esta misma línea de la vida cortada en su mitad

por dos pequeñas rayas bien aparentes, es el signo de una muerte prócsima, si otra no es vuestra conducta futura á la que habeis seguido hasta hoy dia; en la de la felicidad entreveo algunas lijeras ramas que se elevarian hácia lo alto de la mano, sino se lo impidiesen las dos pequeñas rayas de que os he hablado, y entonces serian aquellas mensajeras de las dignidades, del poder y de la riqueza. Sin embargo, prosiguió el viejo que acercó mas y mas la mano de Fadrique debajo la lámpara; fiel á la verdad que ambicionais, debo deciros que esa constante union de la línea de la felicidad, me hace presajiaros la miseria y el infortunio.

Al oir aquellas últimas palabras, el infante arrancó su mano de las del viejo como si de repente se hubiesen vuelto incandecentes.

—¡Tu me conoces! díjole con ira y fijando en él sus ojos que brillaban como dos ascuas.

—No os conozco caballero, y vuestro enojo infundado me prueba una vez mas la veracidad de mis pronósticos.

—Tus pronósticos son muy funestos; veamos ahora si me interpretas un sueño que he tenido la última noche sin haber sido sucitado por emocion de ninguna clase, y que se ha reproducido perfectamente completo y lúcido al despertar.—Soñé que el astro de la noche transformado en un gran boton de fuego ó bien tomando formas espantosas, iba acercándose lentamente á la tierra cuyos habitantes estaban sobrecojidos del mas grande espanto; miles de rayos se desprendian de su seno y la horrisona voz del trueno no cesaba un momento en su fragor; cuando el astro iba á chocar con nuestro planeta, horrorizado disperté.

—Vuestro sueño, díjole el astrólogo, es un oráculo, es decir, una revelacion ó advertencia del Ser supremo, y ¿sabeis lo que os advierte? Os advierte que debereis sufrir penas terribles y contrariedades funestas en vuestras empresas; os pronostica una grande guerra. Vuestro sueño es de muy mal agüero, y os aconsejo que.....

—¡Nuncio de la fatalidad que me persigue! esclamó el du-

que dando algunos pasos hacía la puerta; cierra tu boca, discípulo de Satan; en mal hora he penetrado en esta morada maldita para oir lo que por mí propio bien debia ignorar.

Y Fadrique agoviado por la prediccion del anciano, regresó lentamente á su castillo. Al dia siguiente, se encaminaba tristemente á Madrid en compañia de Sanchez el usurero.

Indudablemente este episodio dará á comprender al lector, porque el duque ofreció á Doña Beatriz que aceptaría la reconciliacion con el arzobispo, si éste se aviniese á abrirle sus brazos. El pronóstico del adivino estaba todavía muy vivo en su memoria, y su propia conservacion, mas que el amor á la patria, le aconsejaba ahuyentar el peligro.

—Pues bien, díjole la viuda de D. Juan, yo me ofrezco acompañaros á Illescas donde hallaremos á Tenorio, y muy poco ha de valer mi amistad con el arzobispo, ó este prelado será tambien vuestro amigo, si vos de veras le prometeis serle fiel.

—Lo juro; pero ecsijo de vos que D. Pedro haga otro tanto.

Al dia siguiente Doña Beatriz y el infante cabalgaban juntos seguidos de una numerosa escolta, camino de Illescas.





CAPÍTULO II.

En que se demuestra con algunos hechos históricos, hasta donde alcanza el poder de una mujer, cuando se propone de veras un objeto.

Bellísimo por su aparato, era el aspecto que presentaba el campamento de la liga formada contra los del consejo á cuyo frente se hallaba Tenorio. Las tiendas eran numerosas, y flotaba en cuasi todas ellas el pabellon nacional. Mas de mil y quinientos hombres de armas y tres mil y quinientos infantes habia logrado reunir aquel clérigo jeneral en torno suyo, para hacer valer la voluntad del rey que era tambien su propia voluntad. Verdad es que aguerridos capitanes y leales caballeros, se habian agrupado bajo sus pendones ofreciéndole sus vidas y los tercios que mandaban; verdad es que el espíritu popular, esa voz sorda pero potente que mas ó menos tarde logra convencer á los mas rebeldes y decide de los destinos de los pueblos, se le habia mostrado propicio; verdad es que el partido del infante y del consejo-rejencia era poco numeroso; pero en cambio el primado tenia que luchar con escasos recursos pecuniarios, contra la ambicion de

los magnates de su tiempo, y mas que todo con sus deseos de evitar la efusion de sangre.

Agoviado ya el pueblo con numerosos pechos y gabelas, solo podia pedírsele el ausilio de sus brazos; postrada la nacion por las luchas intestinas y particularmente por las de sus fronteras, donde el árabe y el portugués, habian puesto repetidas veces á prueba sus fuerzas vitales, D. Pedro Tenorio solo podia llamar á la guerra para afianzar la paz; solo podia ecsijir un esfuerzo momentáneo para ofrecer luego el reposo.

Ocupado en buscar una satisfactoria solucion á aquel difícil problema, permaneciéra estacionado el primado en Illescas, cuando llegó secretamente al campo de la liga, la reina viuda en compañia del infante D. Fadrique.

—Señor, dijo Doña Beatriz á Tenorio, á quien sorprendió en estremo su inesperada visita; el infante ignora el juramento hecho por Leonor de ser un dia la esposa de Fernando, y como el afan de alcanzar su mano sea mas poderoso que su ambicion de mando, á vuestro arbitrio está que hagais del enamorado doncel un fiel servidor del rey.

—Doña Beatriz, contestóle el arzobispo con la sonrisa en los labios, vuestros nobles sentimientos no os permiten que podais sospechar los perversos fines que abriga el pecho del infante. Vuestra alma pura en la que el engaño nunca ha hallado cabida, es incapaz de poder comprender hasta donde alcanzan las siniestras intenciones del duque. ¿Sabeis por qué me alejé del rey y tambien de vuestro lado? Porque el infante aguzaba el puñal asesino contra mi persona y tal vez contra mis partidarios. ¿Sabeis porque he provocado la guerra civil? Para evitar mayores males; para salvar el trono del jóven monarca; para contener el desenfreno de las pasiones palaciegas que bullen en la córte.

—Don Pedro, nunca falté á la verdad, decis bien; pero esta vez me he valido del engaño para triunfar de la perfidia. Si he engañado á Fadrique, ha sido para salvar á la nacion de una lucha fatricida, y al rey de los peligros que como á vos mismo le amenazan. ¿No me decíais vos que era preciso sacar el bien del

mal? Pues esto he creido yo hacer D. Pedro. Con la esperanza de poder llamar suya á Leonor un dia, el infante se somete á todo; hasta renuncia la parte que podria tocarle en la rejencia.

—¿El orgulloso infánte ha empleado semejante lenguaje? esclamó el arzobispo cada vez mas admirado por las palabras de Doña Beatriz. Señora, estais en una ilusion.

—Puesto que es preciso deciróslo, el infante acudió á mí para que protejiéra sus amores, y aprovechando aquella ocasion favorable, llegué á convencerle de que solo reconciliándose con vos podria abrigar la esperanza de que Leonor se mostrase propicia á sus ruegos.

—¿Y este convencimiento lo creeis síncero, señora?

—En tanto lo creo síncero, que el infante solo aguarda sus órdenes para arrojarse en vuestros brazos.

—Para hundir en mi pecho su daga tal vez.

—Don Pedro, esclamó Doña Beatriz con voz solemne, el infante me lo ha prometido.

—Las promesas se las lleva el viento.

—¡Me lo ha jurado!

El arzobispo inclinó la cabeza, apoyó los codos sobre la mesa que tenia delante, y ocultó la vista con ambas manos, como una persona que quiere apartar la atencion de los objetos que le rodean para entregarse á una profunda reflecsion. Mientras estaba sumido en ella, levantóse lijeramente la jóven viuda del sitial que ocupaba, y saliendo á la estancia inmediata, donde á sus ruegos aguardaba el infante embozado en ancha capa, cojiόle por el brazo y le dijo rápidamente:

—¡Venid!

Cuando el arzobispo levantó la vista, hallábanse en pié, frente de él, Doña Beatriz y D. Fadrique.

A la vista de su enemigo, levántose sobresaltado Tenorio, é iba sin duda á pedir socorro, cuando Doña Beatriz con ademan imperioso, hízole seña de que no se moviese. Luego dirijiendo la palabra al arzobispo y señalando á Fadrique:

—¿Creeis que este caballero, á quien mi augusto esposo nom-

bró primer duque de estos reinos, haya faltado nunca á la fé de sus juramentos? Y si no ha faltado ¿imajinais que atendida su nobleza, la sangre real que circula por sus venas, y las leyes de la caballería que profesa, pueda faltar á ellos un dia?

—¡No! dijo secamente el arzobispo.

Luego dirijiéndose al infante:

—¿Y vos D. Fadrique de Castilla, me prometeis formalmente estar á lo que ecsijiré de vos segun los deseos que me manifestasteis por vuestra propia voluntad? ¿Teneis fé en las palabras de Don Pedro Tenorio?

—¡Si! dijo el infante con resolucion.

Entonces D. Pedro, llamad á vuestros capitanes que en su presencia el infante ha de ofreceros para en adelante su buena amistad.

Pocos momentos despues la estancia donde tenia lugar esta escena, se llenaba con los guerreros que ocupaban los mas altos puestos de las milicias del arzobispo.

—Compañeros y amigos, dijo Fadrique á los que componian aquella asamblea, á muchos de vosotros os es conocida la fé de mis promesas; pues bien, sed todos testigos, porque esta es la voluntad de Doña Beatriz y tambien la mia, de que ofrezco mi buena amistad á D. Pedro Tenorio, si su ilustrísima se digna admitirla.

—Y yo la acepto con agradecimiento, contestó el arzobispo con cierto acento en el que se traslucía todavía algun recelo.

Hubo de comprenderlo asi Doña Beatriz, y sin duda para hacer sellar con el juramento la promesa del infante, esclamó:

—Ya lo oís, señores, merced al noble comportamiento del duque de Benavente, merced á su poderoso influjo con los individuos del consejo, pronto debemos esperar que cesarán las discordias que en mal hora han sobrevenido á causa del modo como debia cumplirse la voluntad de mi amado esposo. ¿No es verdad D. Fadrique que desde hoy unireis vuestros esfuerzos al leal concurso de los servidores del rey D. Enrique? ¿No es verdad que los saludables deseos de D. Pedro Tenorio son vuestros

deseos, y que ya nunca mas hareis oposicion al testamento de Don Juan?

—¡Lo juro! dijo el infante.

El arzobispo se dió por satisfecho y desde aquel dia el duque permaneció á su lado, hasta que surjiendo nuevos hechos como veremos mas adelante, D. Fadrique sin faltar á la fé de su juramento, hubo de dar que sospechar otra vez al rey por la ambicion que retoñó en su pecho.

De vuelta Doña Beatriz á la córte, donde se hallaba todavía ausente el rey que permanecia en Valladolid al frente de mil y seiscientos hombres de armas, reunidos por dilijencia de los del consejo, recibió la inesperada visita de Doña Leonor, reina de Navarra, tia del rey D. Enrique. Esta señora que estaba unida con estrechos vínculos de amistad y de parentesco con el conde de Trastamara su primo, vino á la córte, no tanto á ruegos de Don Pedro de Castilla para que interpusiéra su valimiento con D. Pedro Tenorio, como por obtener del rey Enrique la crecida pension que la daba en vida su padre y hermano respective D. Juan. Era la de Navarra una mujer ambiciosa al par que osada, y juzgó favorecerse á sí misma favoreciendo á su pariente en aquel viaje. Su propósito quedó cumplido como veremos luego.

Llegó Doña Leonor á Madrid en ocasion que se hallaba Doña Beatriz conferenciando con D. Pedro Tenorio en Illescas, y apenas se apeó de su hacanea, dirijióse apresuradamente al sitio donde á la sazon se hallaba deliberando el consejo.

No sorprendió á aquellos señores tanto la inesperada presencia de Doña Leonor, como la arrogancia con que se presentó y la altivez de sus palabras. Pero el consejo se hallaba envuelto, por decirlo asi, en un círculo de hierro que le oprimia; su poder iba cada dia debilitándose, y á la osadía sucedia el temor, á los desafueros el remordimiento, que es la pena inevitable del que procede contra su conciencia. La llegada de aquella amazona, reanimó la abatida esperanza, y el ambicioso arzobispo de Santiago y los orgullosos maestres del mismo nombre y Calatrava, se humillaron ante la ambicion é imperiosidad de una mujer que

ofreció salvarlos. De modo, que al propio tiempo que Doña Beatriz triunfaba en Illescas del arzobispo y del infante, logrando hacer de dos enemigos al parecer irreconciliables, dos amigos íntimos, la reina de Navarra, supeditaba con su osadía, la osadía del consejo. Éste que juzgó de grande importancia atraer á su liga á la reina, sometióse sin titubear á sus mandatos.

Como Doña Beatriz lo hiciera con Fadrique, Doña Leonor hizo jurar á los del consejo absoluta obediencia, y como aquellos, éstos pusieron su honor por garantía de sus promesas. Dueña ya la reina de Navarra de la voluntad de aquellos soberbios señores, ordenó que en nombre del rey D. Enrique se le entregase inmediatamente en buenas doblas de oro la pension que el rey D. Juan le solia dar inclusos los atrasos; y el consejo que para su salvaguardia habia señalado muchas lanzas y otras cosas sobradas, el consejo que sabia que con gran desórden la costa escedia de mucho á las rentas del rey, el consejo que ya debia avergonzarse de echar mas tributos al pueblo y causar mas desafueros á los súbditos del soberano; no solo cumplió ecsactamente la órden de la reina de Navarra, sino que para tenerla mas contenta, rogóle que aceptase mucho mas de lo que pedia.

Doña Leonor que hubo de conocer que su voluntad era ley, á fuer de mujer agradecida, en cuanto vió satisfecho su propio querer, creyó muy razonable satisfacer el de la persona que le habia abierto la puerta de un poder, si bien ficticio, muy real en aquellos momentos. La reina de Navarra que tambien podia llamarse de Castilla y Leon en aquellos tristes dias, acordóse del conde de Trastamara, y le dijo con toda la majestad de una soberana absoluta.

—¿Qué ambicionas conde?

—Prima mia, tu corazon es sobrado grande, para que yo me atreva á poner tasa á tus deseos?

—Eres muy galante conde, y esto merece su recompensa.— Dime ¿qué título, qué dignidad hay mas alta en Castilla despues de la que está reservada al soberano?

—La de condestable.

—Mañana, hoy mismo lo serás.

—Atiende prima mia que hace nueve años que lo es D. Alonso de Aragon, marqués de Villena y conde de Denia, y esta dignidad que se la dió D. Juan por sus servicios en la guerra de Portugal, no será tal vez prudente que tú se la quites para dármela á mí que....

—Mi voluntad será cumplida.

Y lo fué. D. Pedro de Castilla, conde de Trastamara, nieto del rey D. Alonso XI é hijo del maestre D. Fadrique, fué segundo condestable de los reinos por la voluntad de Doña Leonor reina de Navarra.

Callóle Doña Beatriz la entrevista que acababa de tener con Tenorio, pero como sus simpatías estuviesen á favor de éste, no desperdició ocasion para ponderarle el influjo que el prelado ejercia en el pueblo y sus temores de que la liga del arzobispo mas ó menos tarde cercase la córte. La viuda de D. Juan insistió mucho mas en su propósito, desde que supo el dominio que ejercia la de Navarra en el ánimo de los del consejo. No fueron perdidas las palabras de Doña Beatriz, porque habiendo adelantado el ejército del arzobispo hasta Ontiveros, el maestre de Calatrava acudió con trescientas lanzas á Cuellar á fin de evitar una sorpresa, y Doña Leonor á ruegos de los que habian quedado del consejo en Madrid, resolvió avistarse con el arzobispo, que cada vez se presentaba mas poderoso.

Doña Beatriz infundiendo el desaliento en el consejo por conducto de Doña Leonor, creia apresurar el instante de la reconciliacion, sino por la conviccion y la satisfaccion de intereses; al menos por el temor, y asi fué.

La primera entrevista de la reina de Navarra con el arzobispo, no dió ningun resultado lisonjero, porque no podia darlo. Era preciso que aquella mujer depusiera algun tanto su orgullo y el peligro estuviese mas cercano. El peligro no tardó en mostrarse mas prócsimo.

Reunida la córte en Valladolid, donde tambien se habian retirado Doña Leonor y el conde, el arzobispo y sus jentes ade-

lantaron hasta Simancas, en cuyo punto se alojaron. Creciendo el temor de los del consejo, otra vez delegaron á la de Navarra, para que persuadiera al arzobispo; mas tampoco esta vez sus ruegos fueron admitidos, hasta que al fin mostró tanta pena, trabajó tanto, é hizo en persona tantos viajes de Valladolid á Simancas, que al cabo los concertó á que siquiera se hablasen en Perales.

La entrevista tuvo lugar. Tenorio ufano por su triunfo, dió á aquel acto todo el aparato posible, y solo despues de haber tomado muchas precauciones, despues de haber llenado con minuciosa escrupulosidad singulares requisitos, abrió las puertas de su morada á los señores del consejo. La recepcion debia hacerse con toda solemnidad. Sentado D. Pedro Tenorio en réjio sillon, debia ocupar su derecha el cuitado infante, y su izquierda el marqués de Villena que se habia unido á la liga desde que supo ser reemplazado en la condestablía, y alrededor de aquellos señores, lo mejor que encerraba Castilla en dignidad, valor y grandeza. Quinientos jinetes, la flor y nata de la caballería española, divididos en escuadrones de cien hombres, permanecian montados empuñando sus largas lanzas en las inmediaciones del sitio donde debian conferenciar los magnates de ambos bandos.

A la hora señalada, una nube de polvo que se levantaba á lo léjos, anunció que los soldados que precedian la comitiva del rey se acercaban á Perales. Efectivamente, pocos momentos despues las trompetas y añafiles anunciaban la llegada de los señores del consejo. Estos á su vez quisieron dar mayor importancia á aquel acto, suplicando al rey fuese con ellos y Enrique accedió á las súplicas de aquellos caballeros que se decian defensores de su persona y de sus derechos, pero que al decir de los historiadores de su tiempo, tiraban mas á sus propios intereses, que al servicio del rey y al bien de la república.

Iba á la derecha de Enrique, Doña Leonor de Navarra, y á su izquierda D. Pedro de Castilla conde de Trastamara. El monarca y el condestable montaban briosos corceles. La reina estaba sentada en una lujosa litera. En pos de aquellos señores veíanse

el legado del papa, el arzobispo de Santiago, los maestres de Santiago y Calatrava y D. Juan Hurtado de Mendoza, que habia abandonado la liga de Tenorio para llegar á ser mayordomo mayor del rey. Seguia á aquella cabalgata, un numeroso escuadron de buenas lanzas, que se estacionó durante la entrevista en frente de los escuadrones de la liga.

Obtenida la venia del arzobispo, el rey y la estraña córte que le seguia, entraron en el alojamiento de Tenorio. Éste que ignoraba que Enrique fuese con los del consejo, sujetóles á la humillacion de tener que aguardar en la antesala; pero irritado el hijo de D. Juan de que se le hiciese esperar, con el pomo de su espada batió con violencia una de las hojas de la puerta que permanecia cerrada, y luego alzando la voz, esclamó:

—¡Abrid al rey!

A la voz de mando del monarca, apartarónse respetuosamente los hombres de armas que habian impedido la entrada de la réjia comitiva, y la puerta de la estancia de Tenorio se abrió de par en par.

—¿Por qué, amigo mio, dijo Enrique, dirijiéndose rápidamente al lugar que ocupaba el arzobispo, haces aguardar á tu rey, y le cierras la puerta de tu casa?

A la vista del soberano todos los jefes de la liga se levantaron, y D. Pedro Tenorio abandonando el asiento que ocupaba, fué á abrazar al jóven soberano.

—¡Perdon! Señor, dijo á Enrique, si no he salido á recibiros, para besar respetuosamente, como lo hago ahora, vuestra real mano. Ignorábamos cuantos aquí nos hallamos congregados, que habia de honrarnos vuestra majestad con su presencia.

Algunos momentos despues todos aquellos señores tomaron asiento y Enrique ocupó el que estaba reservado para el arzobispo. A su derecha se sentó la reina de Navarra y el primado á su izquierda. El conde de Trastamara cúpole el sitial que se hallaba colocado frente por frente del que ocupaba el duque de Benavente.

El profundo respeto que mostrára el arzobispo por el jóven

soberano, hubo de dar nuevos ánimos á los del consejo, de modo que sin permitir que aquel tomase la palabra, levántose el arzobispo de Santiago preguntando al de Toledo en tono de proteccion:

—¿Qué deseais D. Pedro?

—Creo inútil repetir lo que en nombre de mis compañeros he manifestado ya á las varias embajadas que el consejo nos ha hecho el honor de enviarnos; pero puesto que parece lo habeis olvidado, diré una vez mas; que mi deseo, es decir, lo que los reinos quieren, es el cumplimiento de la voluntad de D. Juan.

—Tambien lo deseamos nosotros, dijo el maestre de Calatrava.

—Efectivamente, añadió la reina Doña Leonor; el consejo, como vos, señor, tan solo ambiciona someterse á la voluntad escrita de mi hermano, y en esto se halla enteramente conforme con vuestros leales sentimientos. Pues bien, en nombre del rey, aqui presente, en el de mis compañeros y en el mio propio, os ruego D. Pedro, que tendais las manos á vuestros amigos, porque debeis considerar como tales los que piensan como vos.

Tenorio guardó el mas profundo silencio.

—Decid, D. Pedro, añadió el legado del papa ¿quereis ó no pasar por el testamento del rey D. Juan, como os lo ruega Doña Leonor?

—Como os lo pide el rey, prosiguió Enrique.

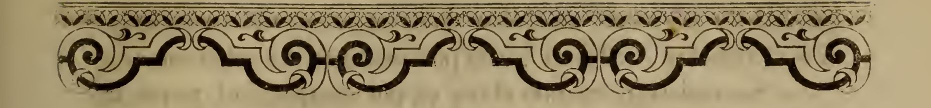
La boca de Tenorio permaneció cerrada. Hubo de comprender aquel elocuente silencio el duque de Benavente, porque levantándose de su asiento, dijo con emocion á la asamblea.

—No estrañeis, señores, el silencio del primado, porque lo motiva indudablemente un bello sentimiento. ¡Gracias D. Pedro! añadió dirijiéndose al arzobispo. Si bien es cierto que fuí de los primeros en oponerme al testamento de D. Juan, mas tarde la reflecsion me aconsejó cambiar de parecer, que es de avisados mudar de consejo. Ahora bien, prosiguió dirijiéndose al rey, Don Pedro que no dudo debe estarme agradecido, aqui el infante marcó bien sus palabras, por no desagradarme, no confesará su

deseo de que valga el testamento. Hablad D. Pedro, que aunque no sea yo de los nombrados en el testamento por tutor, renuncio todos mis derechos á vuestro favor por la tranquilidad de los reinos.

El amor puso aquellas generosas palabras en boca del infante y ellas hubieron de inclinar todos los ánimos á su favor. Hasta D. Pedro Tenorio, que algunos dias antes era su mortal enemigo, abogó por él. El agradecimiento es una virtud, y aquel consejo tan débil que habia ido á humillarse á las plantas de Tenorio, el general de la liga, por el agradecimiento, acabó triunfando del virtuoso prelado. La asamblea concluyó por acordar que el testamento de D. Juan valiese, y que á los seis tutores en él nombrados, se añadiesen el duque de Benavente, el conde de Trastamara y el maestre de Santiago. Ordenaron mas; que para mayor firmeza de aquel acuerdo, se celebrasen córtes en Búrgos, y en seguida diesen D. Juan Hurtado de Mendoza, D. Pero Lopez de Ayala, D. Diego Lopez de Estúñiga y D. Juan Alonso de la Cerda, mayordomo mayor del infante D. Fernando, sendos hijos en rehenes. La ciudad de Búrgos hizo otro tanto al mismo duque y al arzobispo de Toledo.

De este modo cumplieron dos mujeres sus propósitos, sin derramamiento de sangre. Doña Beatriz logró reconciliar á Fadrique con el arzobispo, y la reina de Navarra á éste con el consejo. Sin saberlo, las dos reinas se dieron la mano. Doña Beatriz alejando del lado de la futura esposa de D. Fernando á su amante, hizo brotar el bien del mal segun las doctrinas del primado; Doña Leonor reconciliando al consejo con el arzobispo, satisfizo su ambicion y la de sus deudos y amigos. Pero si la nacion ganó aparentemente en la doble intriga de aquellas dos mujeres, fué por muy corto tiempo, porque pronto la voz de las pasiones volvióse á dejar oir, y su obra fundada en bases falsas, tuvo una efímera ecsistencia.



CAPÍTULO III.

Mientras los grandes de los reinos se disputan y reparten la hacienda del soberano, éste se vé obligado á empeñar sus propios vestidos para poder alimentarse.

Pocos dias despues de haber acontecido los hechos que hemos narrado en el capítulo anterior, dos caballeros montados en buenos potros salian de Búrgos al caer de la tarde, y tomaban apresuradamente el camino que desde aquella ciudad conduce al sitio conocido con el nombre de Miraflores. Ambos caballeros íntimos amigos y ya entrados en edad, eran D. Diego Lopez de Zúñiga y D. Ruy Lopez de Avalos. Cuando estuvieron á cierta distancia de la ciudad, D. Diego dijo á su compañero:

—Satisfecho debe estar D. Enrique de lo que ha hecho la noble ciudad de Búrgos por el rey, desde que se halla aquí; y digo por el rey, porque estas jentes sin atender á la persona que empuña ó debe empuñar el cetro, solo ven á la majestad soberana.

—Y tales deben ser los sentimientos de todo buen vasallo, repuso Ruy Lopez en tono sentencioso, el rey representa en su

unidad los diferentes miembros de la nacion, y los respetos que á él se tributan, refluyen á ésta por conducto del soberano.

—Sin embargo, cuando el rey ya por incapacidad, ya por falta de edad, ó por otro motivo, no se halla en el caso ni de recibirlos ni de transmitirlos, en mi entender, son perdidas aquellas demostraciones.

—Vuestros razonamientos se fundan en muy mala lójica, Don Diego; y si quereis que os hable con franqueza, entreveo en vuestras palabras cierto resentimiento cuyo oríjen creo adivinar.

—Pues ya que sois franco conmigo, á mi vez lo seré yo tambien con vos. El comportamiento que con nosotros ha guardado la muy noble y muy leal ciudad de Búrgos, no me parece ni muy propio, ni muy consecuente. ¿Acaso nosotros los rejentes del reino, no representamos al rey, puesto que ejercemos la autoridad real?

—Efectivamente.

—Pues entonces ¿cómo se esplica esta indiferencia que muestran con nuestras personas?

—Muy fácilmente D. Diego. Habeis de saber, si es que lo ignorais, que el arzobispo procede en mi concepto con muy mala fé, y sus redes se estienden por do quiera. Valiéndose de sus numerosos partidarios, no solo ha logrado pervertir el ánimo del pueblo que nos mira con mal ojo, sino que ha seducido tambien á muchos de los procuradores de los reinos que han sido convocados para las prócsimas córtes. De ahí ese indiferentismo, esa especie de aversion que observamos en las maneras y hasta en los semblantes de estas jentes.

—Como vos estoy convencido que el arzobispo está intrigando, y si bien ha prometido estar por el testamento de D. Juan, imajino que otras son sus miras.

—¿Creeis vos que la ambicion de D. Pedro, raye hasta el punto de.....

—Silencio que llega á nosotros una persona desconocida, no sea que se entere de nuestra conversacion.

Era ya de noche y los objetos solo se distinguian á corta dis-

tancia; de modo que la persona que aquellos caballeros juzgaron se dirijia á ellos, era un centinela apostado en mitad del camino.

—¿Quién vá? dijo en voz ronca.

—Dos caballeros del rey.

—Adelántese uno.

Cuando D. Diego estuvo junto al centinela que iba montado tambien, díjole á media voz:

—¡España por D. Enrique!

El centinela se hizo rápidamente á un lado, porque aquellas palabras abrian paso á las personas que se dirijian á una torre aislada que habia muy cerca de aquel sitio y en cuyo piso bajo estaban congregados aquella noche, no solo los individuos del consejo, sino tambien muchos de sus partidarios.

Cuando entraron en la asamblea D. Diego Lopez de Zúñiga y Ruy Lopez de Avalos, el arzobispo de Santiago, émulo constante de Tenorio, tenia la palabra y decia:

—Preciso es señores que estemos prevenidos á cualquier evento, porque las miras de este hombre son muy torcidas. Si hoy ha consentido aliarse con nosotros, mañana romperá el pacto, porque asi convendrá á sus intereses. Las córtes de Búrgos van á abrirse, y conviene por nuestra propia salvacion, que formemos una compacta falanje sino queremos vernos derrotados cuando menos lo imajinemos.

—En efecto, repuso D. Diego Lopez, interrumpiendo al arzobispo, hace un momento decia á mi compañero, que los ánimos están muy pervertidos, y no me sorprendería en verdad, ver á muchos procuradores apoyar cualquiera proposicion de Tenorio por descabellada que fuese.

—Pues ya que no soy yo solo quien ha sospechado una intriga reaccionaria por parte de Tenorio, sabed, señores, que no vais descarriados; sabed que, si mis informes son ecsactos, dijo el maestre de Calatrava, Tenorio trata de apoyarse en la mayoría que indudablemente tendrá en las prócsimas córtes; para lle-

var á cabo un pensamiento que si lo viese cumplido, seria funesto para nosotros y para el rey.

—¡Hablad, maestre, hablad! dijeron cuasi á la vez todos aquellos ambiciosos señores.

—Sabed que Tenorio, añadió ahuecando la voz, trata de prolongar indefinidamente la minoría de Enrique.

—Esto ya es cosa sabida, observó el arzobispo de Santiago. Y esto ¿qué mal nos hace á nosotros?

—Esperad que no he terminado todavía. Y si logra su propósito, mas ó menos tarde pondrá en planta su proyecto que consiste en hacer desaparecer al rey y al infante D. Fernando, para ocupar en cierto modo el alto puesto que está destinado á los hijos de D. Juan I.

—¿Cómo se estiende? dijo un procurador de los reinos ¿llegaría la loca audacia de este hombre á aspirar al trono?

—Lo que es su propia persona, eso no; pero colocaria en su lugar á uno de sus mas poderosos partidarios.

—Adivino vuestro pensamiento y el de Tenorio, esclamó Don Juan Hurtado. El primado se servirá como á instrumento de sus codiciosas miras del infante D. Fadrique ¿no es verdad?

—Vos lo habeis dicho.

—Ahora comprendo, prosiguió el arzobispo de Santiago, porque el bastardo desertó de nuestras filas; ahora me esplico por que el ambicioso hizo liga con el ambicioso. Pero desde luego se me ocurre una idea, que no dudo merecerá vuestra aprobacion. En nuestra mano está poner un contrapeso al influjo del duque. Opongamos un infante á otro infante, y las fuerzas se equilibrarán. Si Fadrique es osado, no lo es menos D. Alonso, conde de Gijon, y como los dos son enemigos irreconciliables, la lucha será encarnizada y terrible. Por las venas de ambos corre la sangre de nuestros reyes, ambos son dos leones indomables; ¡maestre de Santiago, abrid la jaula y arrojad al circo vuestra fiera!

Aquella idea diabólica se cumplió en todas sus partes. D. Alonso, conde de Gijon, cuya audacia ya es conocida del lector, y

que en poder del maestre de Santiago estaba preso, fué suelto y por mandato del rey su sobrino, que asi se lo rogó el consejo, le fueron restituidas las tierras que en Asturias solian ser suyas. Envalentonados los rejentes con aquel triunfo para ellos, ecsijieron todavía mas; ecsijieron que el conde de Gijon tio del rey, fuese añadido á la rejencia. Esta demanda, como era consiguiente, enjendró nuevas parcialidades, diciendo la reina de Navarra, el duque de Benavente y el conde de Trastamara que previeron las intenciones del consejo, que lo ordenado en Perales se confirmase; pero el arzobispo de Santiago, los maestres de Calatrava y Santiago, D. Juan Hurtado, D. Diego Lopez de Zúñiga y Ruy Lopez de Avalos, replicaban que el conde tenia derecho para entrar en la rejencia. A esto contradecian el duque, el conde de Trastamara y tambien la reina de Navarra, por haber sido su libertad sin acuerdo suyo, con intencion de dañar á todos tres y á los demás de la liga.

Tanto puede la inconstancia en los grandes señores, dice el cronista Garibay al referir este hecho, que los que antes pedian que el testamento de D. Juan valiese, ya decian despues que lo concertado en Perales se guardase. Al revés, los que antes eran contra el testamento, ahora en union con el conde D. Alonso, eran en favor. Con estas divisiones los procuradores de los reinos tambien se hicieron parciales, diciendo los unos que si el testamento del rey se guardaba, no podian ser tutores los arzobispos de Toledo y Santiago y maestre de Calatrava, por ser personas eclesiásticas, y otros que sí.

A todo esto Tenorio permanecia impasible espectador, viendo que eran impotentes todos sus esfuerzos para poder reprimir la tempestad que se habia desencadenado á su alrededor, y que ya tanto tiempo antes habia previsto. Sin embargo, en la soledad de su retiro, mientras los demas rejentes se dividian las rentas del estado y reducian cuasi á la miseria al niño rey; mientras los magnates se partian los restos de los tesoros de la corona y los últimos feudos y fortalezas que quedaban al jóven soberano, el arzobispo que recordaba el juramento que habia hecho cabe el

cadáver de D. Juan, el arzobispo que obraba de muy buena fé, á pesar de lo que en contra decian sus rivales, meditaba atentamente el modo de poder conciliar los ánimos y arrancar á Enrique del abismo en que iba á caer. En la imposibilidad de poder aconsejar al jóven monarca, que se hallaba cercado continuamente por los del consejo, y no le dejaban apenas llegar á su lado, preciso le era contemporizar con aquellos señores cada uno de los cuales se consideraba como un rey absoluto.

Prolíjo seria enumerar los bandos y parcialidades que en los cortos meses que siguieron á los sucesos que llevamos referidos, se fraguaron en Castilla, la cual andaba rejida mas con codicia que razon; enojoso fuera por cierto, si quisiéramos enumerar los proyectos que se formaron, las intrigas que se tramaron, los propósitos que se hicieron y las ligas que resultaron de la desmedida ambicion de los grandes, y de la sed de mando y honores que á todos dominaba. Correremos un túpido velo á aquel cuadro de desolacion, que tampoco haria al caso para nuestra historia, para llegar al dia en que el arzobispo por su parte y el rey por otra, hicieron aisladamente un grande esfuerzo para conducir á seguro puerto la nave del estado por tanto tiempo abandonada á las pasiones de los que mas debian procurar por su salvacion.

Postrado por una lucha intestina, el consejo de la gobernacion se hallaba, por decirlo asi, aletargado. Tenorio juzgó deber aprovechar aquella favorable ocasion para formar mientras duraba su marasmo, un cuerpo homojéneo; y revistiéndose del valor que dá una resolucion aceptada por una conciencia tranquila, convocó en su palacio de Búrgos, no solo á los magnates que se le habian mostrado constantemente adictos, entre ellos el duque de Benavente, el conde de Niebla y otros caballeros á quienes se habia unido últimamente el conde de Trastamara, sino tambien al arzobispo de Santiago, al conde de Gijon que á Asturias habia ido, y á los maestres de Santiago y Calatrava.

El arzobispo llevaba propósito de someter á la aprobacion de aquellos señores, un plan que hacia mucho tiempo jerminaba en

su mente y que indudablemente hubiese dado un buen resultado en fuerza de la meditacion que le habia precedido y de la unánime aprobacion que mereciéra de su consejo de teólogos, si una intriga palaciega no le hubiese destruido.

Sabedora la reina de Navarra de que Tenorio trataba de poner fin á los desmanes y atentados que la multiple rejencia ocasionaba, imajinó que el arzobispo se valdria de aquel pretesto, no solo para privarla de la crecida pension de que disfrutaba, y enviarla de grado ó por fuerza á su esposo D. Cárlos de Navarra, para que hiciera vida maridable con él, sino que mas tarde despojaria de sus grados y dignidades á los amigos que por su propio interés habia favorecido, entre los que se contaba el conde de Trastamara. Desde luego trató de destruir la obra del arzobispo, y esperó una ocasion favorable para poner en planta su proyecto. Esta ocasion no tardó en llegar.

Posaba Doña Leonor en compañía del rey en el castillo de Búrgos cuyo alcaide era á la sazon D. Diego Lopez de Estúñiga. El resto de la familia real se hallaba en aquellos dias en Valladolid. Doña Leonor de Navarra que reunia á su ambicion un gran talento, procuró ante todo ganar á aquel caballero. Poco le costó por cierto, porque D. Diego era enemigo declarado del arzobispo y esperaba mucho de la reina. Segura de que podia fiarse del alcaide, díjole un dia que el rey habia salido á cazar.

—D. Diego, cuento con vos para la realizacion de un proyecto del que depende vuestra fortuna y el bienestar de la nacion.

—Señora, el alcaide del castillo de Búrgos os ha efrecido su espada y morirá con ella en la mano en vuestra defensa si es menester.

—La acepto D. Diego. ¿Y me prometeis obedecerme cualquiera que sea mi mandato?

—Ciegamente.

—¿De cuántos hombres de armas podeis disponer?

—Tengo cincuenta lanzas y otros tantos arqueros cuya fidelidad me es conocida.

—Lo tendré presente para cuando me sean menester. Pero

ahora se trata de otra cosa. El rey pronto vá á llegar de la caza. Antes de que Enrique esté de vuelta, vos debeis salir del castillo y no volvereis á él hasta que yo os lo mande.

—Pero señora, atended que.....

—¡Don Diego, habeis prometido obedecerme!

—Y lo cumpliré. Voy á salir al momento.

—Aguardad. ¿Puedo fiarme del despensero del castillo?

—Como de mí mismo.

—Pues decidle que le estoy aguardando para comunicarle mis órdenes.

Iba á salir el alcaide del aposento donde tenia lugar esta escena, cuando Doña Leonor llamóle otra vez y le dijo:

—Don Diego, llevaos á todos los criados. Cuando hayais salido, los despedireis á todos escepto á dos de los mas fieles que podrán volver mañana á recibir mis órdenes. Por lo que hace á vuestra persona, pronto os será conocida mi ulterior voluntad.

Don Diego Lopez cumplió ecsactamente las órdenes de Doña Leonor, aunque sin comprender una palabra de los propósitos de la reina de Navarra.

Momentos despues el despensero del castillo, prometia atenerse estrictamente á las órdenes verbales que le daba aquella señora.

El astro del dia corria velozmente á su ocaso, cuando Enrique regresó al castillo de Búrgos. Habia salido de incógnito á la caza de codornices á la cual era muy aficionado; pero aquel dia, á pesar de haber perseguido con constancia aquellos pájaros, escaso número de ellos llenaban su zurron de cazador. El ejercicio que habia hecho durante su cacería habia sido muy vivo, y en su afan de recojer mayor número de codornices, habia descuidado tomar alimento; asi es que al llegar al castillo su apetito se hallaba muy escitado.

Contra lo acostumbrado, ningun criado salió á recibirle, nadie le advirtió que la comida estuviese dispuesta. El único criado que le acompañaba, en vano buscó á sus compañeros; asi la morada, como la mesa del rey se hallaban desiertas. Irritado

Enrique á mas no poder, llamó á grandes voces á sus pajes y criados; pero el mas completo silencio siguió á sus palabras. Solo despues de un breve rato, acudió el despensero que habia recibido las órdenes de la reina de Navarra.

—Señor, dijo aquel con triste acento; he oido vuestras voces y siento en el alma tener que deciros que es inútil que os esforzeis, porque no han de tener contestacion.

—¿Pues dónde se hallan mis servidores? esclamó Enrique sobremanera admirado.

—Todos se han marchado; solo yo he hecho el sacrificio de no abandonaros, porque no me espanta la miseria á la cual desde muy jóven me acostumbré.

—¡Osado estás despensero, y merecerías que te mandase castigar por tu audacia! ¿Cómo te atreves á hablar de miseria al rey de Castilla? ¡Presto, sírveme la comida, que pronto he de dar buena cuenta de esos villanos!

Mas el despensero quedó parado, fijando tristemente la vista al suelo.

—¡Pardiez, que me irrita tu tardanza! repuso el rey.

El despensero siguió en su inmovilidad.

Levántose entonces Enrique en ademan amenazador, pero el despensero le contuvo diciendo:

—No puedo obedeceros señor, porque la comida no está guisada.

—Pues ¿á cuándo aguardas mal servidor?

—Es que.... me ha faltado.... lo necesario para....

—¿Cómo se entiende? ¿Dónde se halla D. Diego?

Y el rey dió algunos pasos para ir en busca del alcaide.

—No vayais, señor, que tampoco habeis de hallarlo.

—¡Tambien él! ¡Asi todos me abandonan! ¡Qué misterio es éste!

—Puesto que es fuerza confesároslo todo, prosiguió el despensero con acento compunjido, os diré que los criados se han ido todos porque hacia mucho tiempo que no se les pagaban sus sueldos, y D. Diego Lopez ha hecho otro tanto, derramando co-

piosas lágrimas, por no poder cobrar las libranzas que vuestros caballeros le daban. D. Diego hace tiempo ha apurado todos sus recursos, y hasta ha llegado á vender sus mejores armas para alimentaros; y éste humilde servidor que tiene el alto honor de hablaros, para poder serviros en estos últimos dias, ha tenido que empeñar sus prendas.

Renunciamos á pintar el hondo sentimiento que se apoderó de Enrique al oir aquella mentida declaracion de su falso criado. Repuesto á poco, porque el hijo de D. Juan tenia un ánimo esforzado, no quiso humillarse en presencia de su servidor, y aunque tenia sus ojos preñados de lágrimas, dijo con aparente sonrisa al criado.

—Ya procuraré yo mañana que no falte lo necesario, porque no es justo que el rey de Castilla que goza de una renta de setenta cuentos, tenga que sujetarse á las privaciones de un pechero. Entre tanto para satisfacer á la necesidad del momento, toma estas codornices que podrás dar al criado que me acompañaba para que las aderece; y como ellas no bastarian para satisfacer nuestro apetito, ahi tienes mi balandran que podrás empeñar donde lo has hecho con tus prendas que luego volveremos á recobrarlo todo junto.

Y D. Enrique III de Castilla se quitó con resolucion su ropa de abrigo, para poder comer aquel dia con el producto del empeño de su vestido.

Cuando el despensero aparentó ir á cumplir las órdenes del rey, solo Enrique en su aposento, levantó los ojos al cielo y con el corazon henchido de dolor, esclamó:

—¡Ya lo veis padre mio, á que triste estremo me han conducido los desórdenes de estos señores que vos nombrasteis rejentes de vuestros reinos durante mi menor edad, y que en vez de ser los guardadores de mi corona y sus tesoros, los acaban de dilapidar disputándoselos entre sí y reduciendo á vuestro hijo á la mas espantosa miseria! Hasta este sacerdote que como á vos mismo me juró eterna amistad y proteccion, me ha abandonado en mi quebranto, cuidando solo de conservar su dignidad y sus

honores. Pero no temais, padre mio, que aunque muy jóven, yo haré valer mis derechos y mostraré á la nacion, al mundo entero que soy digno hijo de un monarca de Castilla.

Pronto los hechos nos han de demostrar que Enrique cumplió fielmente su palabra.

De vuelta al castillo, el despensero sirvió al monarca dos espaldas de carnero que dijo habia comprado con el producto del empeño del balandran del rey. Antes de satisfacer su apetito, Enrique dividió su cena en dos partes iguales; una de ellas mandó al despensero que la hiciera llevar por su criado á la reina de Navarra, que como dijimos, se hospedaba en el castillo, y de la otra parte hizo dos porciones iguales, una de las cuales ofreció á su servidor.

—Permitidme, Señor, que os diga que Doña Leonor no ha menester que dividais con ella vuestra comida, porque su mesa se halla muy bien provista de todo lo necesario.

—Gracias á la pobreza de la mia, dijo para sí Enrique; merced á mi munificencia.—No importa, añadió en alta voz, asi verá la reina que Enrique no se olvida de sus amigos hasta en los lances mas estremos.

Sin imajinarlo, castigaba de aquel modo el rey, pero de una manera noble y digna de él, la negra ingratitud de Doña Leonor.

—Os obedeceré, señor, contestó el criado, pero permitidme que no acepte el ofrecimiento que acabais de hacerme; ya os dije que estoy acostumbrado á la escasez, y puedo muy bien pasarme sin la cena de esta noche.

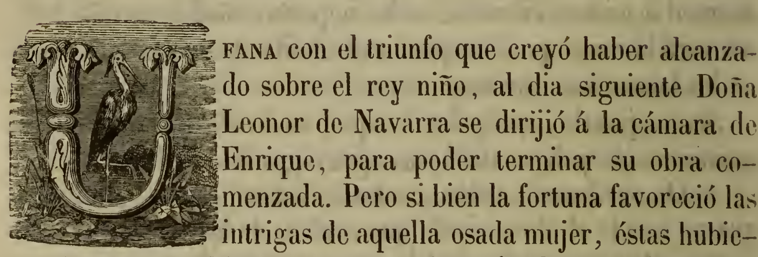
Comió el rey escasamente, porque el dolor, antes que los manjares, habia apagado su apetito. Fué en la mesa servido por el despensero, quien al retirarse Enrique á descansar, recojió intactas las dos espaldas de carnero. Al rey le bastaron las codornices que él mismo habia cazado.

Cuando hubo dado la hora de la queda, el falso servidor se dirijió silenciosamente á la estancia de Doña Leonor de Navarra, á quien dió minuciosa cuenta de su encargo y entregó el balandran de D. Enrique III.



CAPÍTULO IV.

Como en los lances estremos deben cerrarse los ojos para lograr un buen fin



Ufana con el triunfo que creyó haber alcanzado sobre el rey niño, al dia siguiente Doña Leonor de Navarra se dirijió á la cámara de Enrique, para poder terminar su obra comenzada. Pero si bien la fortuna favoreció las intrigas de aquella osada mujer, éstas hubieron de acelerar el instante en que sobrepujándose el hijo de Don Juan I á sí mismo, sacudiéra la enojosa tutela que sobre él pesaba.

—Señor, díjole Doña Leonor, he sabido aunque tarde, que no solo el alcaide de este castillo, sino tambien vuestra servidumbre, os han abandonado por faltarles los haberes, que no el amor de su soberano. Este hecho que ha causado en mi ánimo hondo sentimiento, me demuestra una vez mas que estas jentes obran solo llevadas por el interés.

—¿Y acaso no es este uno de los principales móviles del corazon humano? repuso Enrique, no sin intencion.

—Concibo, prosiguió Doña Leonor, que vuestros criados se alejasen por faltarles sus pagas, pero ¿cómo podreis disculpar semejante proceder en D. Diego Lopez?

—Don Diego ha hecho por mi persona lo que podia y lo que debia, contestó Enrique, refiriéndose á la falsa revelacion del despensero. No tienen la culpa en verdad el alcaide ni mis criados; la tienen sí, mis rejentes, esos soberbios señores que me rodean, que se dicen mis defensores; los guardas de mi corona y de mi hacienda, y por lo que estoy viendo no son mas que los verdugos de mi honor y los que absorven todas mis riquezas.

—Don Enrique, esclamó la de Navarra con interior satisfaccion al ver que el rey le salia al encuentro; nunca hubiese usado con vos semejante lenguaje, para evitar que pudiéseis sospechar de mis leales sentimientos; pero puesto que vuestra clara intelijencia ha vislumbrado el oríjen del mal, fuerza es que os diga que como vos, juzgo que la rejencia ha tomado una senda muy descarriada para llevar á buen término la difícil mision que le ha sido confiada.

—Efectivamente, dijo el rey, mirando fijamente á Doña Leonor. En esto he sufrido un triste desengaño, prosiguió el monarca, porque si bien tenia mucha confianza en los rejentes nombrados por mi padre, la tenia mucho mas en sus consejos desde el pacto de Perales por el que se unió á ellos el arzobispo D. Pedro Tenorio.

—¡Don Pedro Tenorio decis! esclamó la de Navarra con finjida sorpresa.

—¿Pues que os sorprende? repuso Enrique, al ver la admiracion de la reina, ¿acaso no debia esperar la mas decidida proteccion de este sábio prelado que tanto favor gozó por sus virtudes y sus prudentes consejos durante el reinado anterior?

—Pues yo creo que D. Pedro habrá prevaricado, si debo juzgar por los actos de su conducta que á mi noticia han llegado. Enrique no os fieis ya de este hombre.

—¿Qué quereis decir?

—Puesto que la gratitud es un deber, cumple al mio deciros

que D. Pedro Tenorio despues de lo pactado en Perales, sin duda por vengarse del consejo y con él de vos, es el que mas tira á la perdicion de vuestra hacienda y de la nacion, á cuyo frente os hallais.

—¿Es posible semejante conducta en Tenorio?

—No quiero que deis fé á mis palabras, juzgad por los hechos. Vos mismo podreis ser testigo y juez, si asi lo deseais.

—Esplicaos Doña Leonor.

—Asi lo haré por vuestro bien. Mientras vos estais condenado á sufrir toda clase de privaciones, los rejentes del reino, es decir, los soberanos de Castilla, se huelgan en zambras y festines.

—Se holgarán el conde y el duque, que no los maestres y el arzobispo.

—Tambien el arzobispo, señor, repuso la de Navarra.

—¡Es posible, tanta impudencia, esclamó Enrique á quien la miseria de la pasada noche y la escasez del dia siguiente, se le mostraron con toda su espantosa realidad.—Oid, prosiguió acercándose á Doña Leonor, yo esperaba dirijirme á estos señores inculpándoles el abandono en que dejan á su rey y señor; pero vuestra revelacion me hace cambiar de parecer. En lugar de ser el rey quien se humille ante su grandeza, sean los rejentes los que se avergüenzen ante la majestad del príncipe. Vos Doña Leonor me advertireis el dia en que esos falsos amigos se entreguen á sus acostumbradas fiestas, y cuando la voz del festin y sus libaciones enciendan el carmin en sus rostros, yo me presentaré de improviso para trocar el fuego de sus mejillas con los colores de la vergüenza.

—Aplaudo vuestra resolucion, D. Enrique, pero me temo que corrais algun peligro, si no os prevenis contra cualquier amago, contra cualquiera venganza de los del consejo. Considerad que al verse sorprendidos en su orjía, han de hacer esfuerzos inaudítos para cerrar vuestra boca y entorpecer la accion de vuestros brazos. Quizás llegue su audacia hasta el punto de atentar contra vuestra vida.

—Los que á tanto se atreven, repuso el jóven soberano, son

capaces efectivamente de cualquier atentado; pero ¿cómo me defiendo yo de sus ataques?

—Muy fácilmente, contestó Doña Leonor, llevándoos secretamente algunos hombres de armas fieles, para que os protejan en caso necesario.

—Doña Leonor, dijo Enrique con triste acento, considerad que hasta ahora solo soy un rey de puro nombre, y que mi voz de mando no será oida.

—Lo será, esclamó con orgullo la de Navarra; yo os daré el número de hombres necesarios para hacer respetaros, si teneis valor para arrancar la máscara á los que os venden.

—¡Si tendré valor! contestó el hijo de D. Juan con reconcentrado furor. Sabed Doña Leonor que si es cierto, como no dudo, lo que acabais de decirme, he de tomar tan cumplida venganza de ellos, que ha de sonar por todo Castilla.

Pocos dias despues de haber tenido lugar esta conversacion el palacio en que moraba el arzobispo de Toledo en Búrgos, se disponia para recibir á los principales señores de la córte que estaban invitados para asistir á una gran cena que les daba el arzobispo D. Pedro Tenorio.

Recordará el lector el propósito del primado, y aquella noche era la destinada por el íntimo amigo de D. Juan, para comunicar á los rejentes del reino, su plan de gobierno y consiguiente reconciliacion de todos los ánimos. El arzobispo deseaba que presidiese á aquel importante acto, la mas completa alegria y satisfaccion: asi es, que en lugar de preparar una sala de consejo, donde los concurrentes podrian irritarse con la discusion habia ordenado una espléndida cena para preparar los ánimos á la amistad por medio del contento.

El plan de Tenorio indudablemente hubiese dado un buen resultado; pero Doña Leonor de Navarra, á quien como queda dicho, hacia sombra el prelado, habiendo averiguado, merced al espionaje que ejercia, el festin que se preparaba aquella noche, y dando parte en seguida á Enrique, disfrazado éste de paje y acompañado de un buen número de hombres de armas del casti-

llo de Búrgos, que habia puesto D. Diego Lopez á disposicion de la reina, y ésta á su vez de Enrique, se encaminó secretamente á la morada de Tenorio.

Mientras que el rey logra introducirse de incógnito en el interior de la casa del arzobispo, merced á su disfraz; en tanto que sus soldados se ocultan entre los patios y galerias del palacio, penetremos nosotros en uno de sus principales salones destinados para el festin.

Ocupando el puesto preferente de una ancha mesa cubierta de delicados manjares y jarros llenos de esquisitos vinos, veíase á D. Pedro Tenorio con semblante jovial dirijir la palabra á sus comensales. Cerca de él, unos en traje de córte, y otros con lijeros vestidos de guerra, hallábanse el duque de Benavente, el condestable Don Pedro, el conde de Niebla, los maestres de Santiago y Calatrava, D. Ruy Lopez de Avalos, D. Juan Hurtado, D. Diego su hermano, D. Diego Lopez de Estúñiga, D. Juan Velasco y otros caballeros, pertenecientes unos á la rejencia, y otros que ocupaban altos puestos en las milicias del reino.

—Satisfactorio me es señores, les decia D. Pedro Tenorio, el veros aqui reunidos, olvidando nuestros antiguos ódios y rivalidades que á nada bueno podian conducirnos y sí causar males sin cuento á la nacion á cuyo frente nos hallamos.

—Vuestra idea ha sido perfectamente feliz, contestó el conde de Niebla que conocia el propósito del arzobispo. De hoy mas el pueblo no tendrá motivo para murmurar de nosotros achacando nuestros bandos á una ambicion desmesurada.

—Pues sabed conde, que el pueblo no anda tan desacertado cuando tal dice, repuso Ruy Lopez con señalada intencion, y sino, con franqueza sea dicho, cada uno de nosotros al procurar por el rey, hemos procurado por nuestro propio interés.

—Ruy Lopez, atended que vuestras palabras son como una espada de dos filos, observó Pero Alfán de Rivera, adelantado de la frontera.

—Si, si; preciso es que la verdad no se oculte, esclamó Don Diego Lopez de Estúñiga, y sino dígalo su ilustrísima que posee

el mas suntuoso palacio de Búrgos y cuyos pajes son tan numerosos como la guardia de un rey.

—Don Diego, dijo el primado con semblante risueño, creo no debereis estar quejoso, porque si yo habito en un palacio que me corresponde por mi dignidad, y cuento con algunos familiares que me son precisos en mi ministerio, vos sois el alcaide del castillo de esta ciudad, en cuya fortaleza mandais como soberano; con la única diferencia que asi como este palacio nada me produce, á vos el título de alcaide os dá buenos maravedises al mes que os satisface relijiosamente el tesoro.

—Sin contar otros gajes que del rey lleva, dijo el condestable.

—¡Condestable! si yo llevo gajes del rey, vos los llevais de la reina, esclamó con mal reprimida cólera el alcaide. A su bondad debeis, conde, la condestablía cuyo sueldo vale por cierto mucho mas que mi castillo y mis gajes.

—Don Diego, entended que la condestablía me correspondia de derecho, y Doña Leonor no ha hecho mas que cumplir con su deber; no el favor, sino la justicia me asistia.

—Vuestras palabras, conde, encierran una inculpacion; si á vos os asistia la justicia, á mi favor clamaban los servicios que como á militar tengo hechos á la causa del trono; y sea dicho sin ánimo de zaherir la reputacion de ninguno de los que están aqui presentes, pocos son en verdad los que pueden decir otro tanto.

—¡Don Diego, quereis irritarme! esclamó encendido en cólera el condestable levantándose de su asiento.

—¡Haya paz, señores entre nosotros! esclamó Tenorio; que no os he invitado yo á concurrir á este sitio para que cruzeis vuestras espadas, ni os irriteis con vuestras palabras.

—Don Pedro, dice la verdad, observó el maestre de Calatrava; léjos de nosotros la envidia y las malas pasiones; atienda, como lo hacemos cada cual para sí, que Dios ha de procurar para todos.

—¡A la salud de D. Pedro Tenorio! dijo D. Diego Hurtado levantando la copa.

—¡Que viva el arzobispo! esclamaron la mayor parte de aquellos caballeros, levantando simultáneamente sus vasos.

—¿Qué, no bebeis maestre? dijo el duque de Benavente al de Santiago en voz baja.

—Duque, el vino del arzobispo no es bastante para apagar la sed de todos, contestó con maliciosa intencion el maestre; bebed vos que ya estais acostumbrado á hacerlo.

—¿Tambien vos, maestre, quereis derramar el veneno en el festin? preguntóle Fadrique con irónica sonrisa.

Y el maestre de Santiago contestóle con rápido acento:

—¡No quiero beberlo!

Iba á replicar el duque, cuando el arzobispo de Toledo, dirijiéndose á él le dijo:

—Don Fadrique de Castilla, hacedme el obsequio de contestar en mi nombre al brindis de estos caballeros.

—Que me place, señor; y levantando la copa en el aire, esclamó:—¡Brindo, señores, en nombre de mi amigo D. Pedro y en el mio propio, á la paz de Castilla, á la salud del rey y á la reconciliacion de la rejencia!

Cinco brazos permanecieron inmóviles, cinco bocas se callaron, cinco caballeros fijaron su vista en un paje que silenciosamente como la estátua del comendador, iba adelantando lentamente en el salon, procedente de una puerta que hasta entonces habia permanecido cerrada. Aquel paje iba cubierto en ancha capa y ocultaba su semblante con el embozo. Su sencilla gorra de paje en la cual estaba sujeta una pequeña pluma blanca, permanecia cubriendo su cabeza á pesar de hallarse en presencia de aquellos nobles señores.

Inútil es decir que aquel paje era Enrique, quien no queriendo fiarse de la relacion de la reina de Navarra, resolvió cerciorarse con sus propios ojos de lo que aquella le habia revelado, para lo cual se introdujo disfrazado en una de las salas inmediatas á la en que se daba el festin, donde confundido entre la muchedumbre de sirvientes, pudo observar que nada le habia exajerado Doña Leonor, y admirar la impudencia con que los re-



Enrique III lám. 7.

jentes del reino y sus amigos hacian alarde de los puestos que ocupaban y de las riquezas que debian á sus rapiñas.

Antes de entrar Enrique en el salon, habia ordenado que sus hombres de armas no dejasen salir á ninguna persona de palacio, y un corto número de ellos habian penetrado como dijimos, hasta muy cerca del sitio en que se hallaba el arzobispo y sus falsos amigos. Pendia del cinto del hijo de D. Juan una daga; su pecho estaba defendido por una coraza de plata y vestia interiormente una finísima cota de mallas de acero, al través de las cuales difícilmente hubiese penetrado la punta del mas agudo puñal. Si bien al entrar en el salon llevaba ánimo de descubrirse, juzgó mas seguro el golpe aplazándolo para el siguiente dia.

Don Enrique recatando siempre el semblante, detúvose de repente á cierta distancia de la mesa, y señalando con su diestra á Don Pedro Tenorio que acababa de soltar la copa, díjole ahuecando la voz.

—¡Don Pedro, el rey me manda hablaros en secreto!

Dudó un momento el arzobispo si obedecería aquella estraña órden; pero su inalterable respeto al soberano, le decidió á levantarse y seguir al paje que le guió hasta una de las galerias inmediatas. Escudado por las tinieblas que reinaban en aquel sitio, detúvose el niño-rey y dijo á Tenorio:

—¿Conoceis al paje que os ha dirijido la palabra?

—Su voz no me es desconocida.

—Creí que ya la habriais olvidado.

—¿Seria posible? esclamó el arzobispo que en aquel momento creyó reconocer al monarca.

—Por tu sorpresa juzgo que me has conocido. Sí, el paje que desea hablarte en secreto, es el hijo de D. Juan I.

—Señor, perdonad si.....

—No perdamos tiempo Tenorio. Oye á lo que he venido, y dime si puedes llenar mis deseos.

—Don Enrique ha tenido siempre en mi persona, uno de sus mas leales defensores.

—¡Hipócrita! dijo para sí Enrique, pronto has de purgar tu finjimiento. Luego añadió al oido del anciano.

—He resuelto poner en planta un pensamiento del que depende mi salud y mi tranquilidad, y tambien la salud y tranquilidad de mis reinos. Cuento con tu ausilio; me eres indispensable, y como los del consejo difícilmente me dejan llegar á tí, me he valido de este medio para comunicarte mis proyectos.

—Precisamente, señor, esta noche habia convocado á los rejentes y sus allegados en este sitio, para proponerles un plan de reconciliacion general del que habia de resultar indudablemente vuestro bienestar y la prosperidad de la nacion; pero puesto que vos os habeis anticipado, suspenderé mi propósito, para cumplir puntualmente vuestro proyecto.

—¡Siempre la falsedad y el engaño! añadió Enrique para sí. Tenorio, prosiguió dirijiéndose al primado, deja que yo obre ahora por mí, que luego habrá de valerme tu consejo.

—Mandad señor.

—Conviene que digas á estos señores, que mañana el rey desea hablarles en secreto, en el castillo que es mi morada; que el asunto de que debemos ocuparnos es grave y están interesados todos en su conocimiento. Me es necesario que los convenzas que asi lo hagan, porque te repito Tenorio, que depende de ello la felicidad de mis reinos.

—Me parece, señor, que he de convencerlos.

—Ahora, prosiguió Enrique, vuelve al banquete y comunica á esos señores las órdenes que acaba de darte el paje del rey.

Obedeció Tenorio maquinalmente, sin poder atinar cual era la intencion que abrigaba el rey-niño.

Mientras éste bajaba las escaleras de palacio murmurando.—¡Engaño, por engaño!—los rejentes del reino escuchaban con irónica sonrisa las órdenes que procedentes del rey, les eran transferidas por boca del arzobispo. Afortunadamente para Enrique, estuvieron léjos de imajinar aquellos ambiciosos el lazo que les tendia; por el contrario, juzgaron que aquella entrevista secreta iba á reportarles mayores provechos. Cada uno de por sí y

todos luego unánimemente, se felicitaron por la resolucion tomada por el hijo de D. Juan. No podia caber en su imajinacion que un mozo inesperto burlase la esperiencia de sus años y sorprendiéra su velo cuando mas remontado se hallaba.

—Mi propósito no tiene ya objeto, díjoles D. Pedro Tenorio; sin duda que el rey ha adivinado mi intencion y cumple á mi deber que él os lo esponga con todo el lleno de sus facultades.

Nuevos brindis se sucedieron en la mesa del arzobispo; nuevas, pero tambien falsas demostraciones de amistad recibió éste, por manera que era muy entrada la noche, cuando todos aquellos caballeros se retiraban á sus moradas dándose cita para el dia siguiente en el castillo de Búrgos que habitaba el rey con Doña Leonor de Navarra.

De vuelta Enrique al castillo, dispuso ante todo que ninguno de los soldados que le habian acompañado, saliera de la fortaleza aquella noche; para ello valióse de Guzman su menino, que seguido de algunos hombres de armas acababa de llegar y le traia nuevas de Doña Catalina su mujer, de D. Fernando su hermano y Doña Leonor su futura esposa que en Valladolid se hallaban.

Guzman se encargó de la vijilancia de la puerta del castillo, asi como de algunas otras misiones importantes que le confió para el dia siguiente su amigo de infancia; de modo que solo el hijo del conde de Niebla fué dueño en aquella noche del importante secreto de Enrique, tanto era la confianza que en su persona ponia el rey.

Ya dispuesto su plan de defensa, Enrique se dirijió á la habitacion de la reina de Navarra. Salió ésta apresuradamente al encuentro de aquél, apenas tuvo noticia de su llegada, y con la mas viva curiosidad, preguntóle el resultado de sus investigaciones nocturnas.

—Mañana lo sabreis todo, señora, díjole el rey con acento tranquilo. Os doy gracias por vuestra revelacion que me ha puesto en la dura, pero necesaria precision de arrojar de mi lado á los culpables.

—Sin duda os habeis convencido de que Tenorio era de los que mas.....

—Tenorio presidia el festin.

—¿Con qué habeis llegado á ver?....

—Todo lo he visto y oido. Aguardad á mañana y creo que habreis de aplaudir mi resolucion.

Al retirarse Enrique observóle Doña Leonor que tenia dos criados fieles á su disposicion, los cuales se habia procurado de su propio peculio.

—Gracias, señora, díjole el rey; muy pronto tendré sin gravámen de mis amigos, la numerosa servidumbre que corresponde á mi rango.

—¿Qué propósito abrigará este jóven? díjose para sí la ambiciosa reina; pero á buen seguro que cualquiera que éste sea ha de favorecerme. Por de pronto, he logrado destruir la influencia que en su ánimo y en el del consejo, podia ejercer la hipocresía del arzobispo, en notable daño de mis intereses y de los de mis amigos.





CAPÍTULO V.

El rey juega el todo por el todo, y la fortuna parece sonreirle en el comienzo de su arriesgada empresa.

Y BIEN, Pero Guzman, decia el rey á su amigo en las primeras horas de la mañana del dia siguiente, ¿cuántos hombres de armas encierra el castillo?

—Pocos son señor, pero esforzados y fieles. Sus cabos son jente honrada, y antes morirán que faltar á vuestras órdenes. Además contamos con la numerosa escolta que traje yo ayer.

—¿Les has prometido una señalada recompensa y su licenciamiento si se muestran obedientes?

—Obedecerán antes por deber que por el interés. Confiad, señor, que no ha de faltaros ni un solo de vuestros soldados.

—Atiende Guzman que jugamos el todo por el todo, y que si nos saliese fallida nuestra empresa, peligrarian nuestras vidas.

—Asi lo comprendo, y por tanto he tomado todas las precauciones que me ha dictado mi celo, á favor de vuestra persona y de vuestro trono.

—Está bien, ahora toma este pergamino en el que hallarás nuevas instrucciones que he escrito durante la noche, y que cumplirás ecsactamente ó guardarás en tu memoria para cuando llegue el momento oportuno.

Enrique se retiró á su aposento donde se cubrió cuidadosamente de todas armas.

Una hora mas tarde, todos los caballeros que en la noche anterior habian asistido al banquete que les diera el arzobispo, iban entrando en el castillo, y dirijiéndose á la grande sala, fueron tomando asiento, aguardando el momento en que el rey quisiese darles audiencia. Cuando todos estuvieron reunidos en aquel sitio, el rey mandó levantar el puente de la fortaleza y cerrar sus puertas, cuyas llaves se hizo entregar. Otro tanto hizo con las llaves de la torre y de las poternas que daban salida á los fosos del castillo. Luego comunicó algunas órdenes á los cabos de sus hombres de armas, y armado de punta en blanco, se dirijió resueltamente al aposento de la reina de Navarra.

Cuando Doña Leonor le vió armado como si fuese á partir para la guerra, díjole admirada:

—¿Pues qué Enrique, vais á pelear con los moros, ó desconocido enemigo se ha acercado á nuestros muros?

—¡Reina de Navarra, contestóle con acento tranquilo el jóven Enrique, voy á luchar con los cristianos, es decir, con enemigos familiares!

—¿Acaso ha estallado una rebelion entre vuestros vasallos?

—Efectivamente, y cuenta ya algunos dias; pero vais á presenciar vos misma como el rey sabe juzgar á los rebeldes. ¡Seguidme si os place!

Y Doña Leonor de Navarra siguió silenciosamente al rey.

Lo propio que á aquella ambiciosa mujer, la curiosidad de los rejentes se trocó en asombro y turbacion, cuando vieron entrar á Enrique en el salon cubierto de todas armas, con la espada desnuda, y seguido de algunos hombres de armas con la visera calada. Enrique con noble talante señaló á Doña Leonor el asiento que debia ocupar, y sin advertir á los rejentes que vol-

viesen á sentarse, con paso firme se dirijió al sencillo trono que habia en una de las estremidades de la sala cuya silla real ocupó con toda la majestad de un rey.

El mas profundo silencio siguió á aquella inesperada escena. Despues de algunos instantes, D. Enrique lo rompió dirijiéndose á Tenorio:

—Decidme vos D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo y primado de las Españas, cuyas canas os dan derecho á grandes recuerdos, ¿cuántos reyes habeis conocido en Castilla?

Admirado el arzobispo por semejante pregunta, contestó algo turbado:

—A cuatro, señor, á los reyes D. Pedro vuestro bisabuelo cuando yo era todavía muy niño, á D. Enrique, vuestro abuelo cuando era mozo, luego á D. Juan vuestro padre y finalmente á vos.

—Y vosotros, señores, prosiguió Enrique, dirijiéndose á los demás caballeros que le contemplaban asombrados, sin poder atinar porque el rey habia hecho semejante pregunta, ¿á cuántos soberanos habeis conocido?

El maestre de Calatrava que contaba algunos años mas que Tenorio, tomó la palabra por sus compañeros y contestóle:

—Los mismos que D. Pedro, y además conservo un vago recuerdo de vuestro bisabuelo D. Alonso XI que murió cuando yo me hallaba todavía en la infancia.

—Entónces ¿como se esplica, que siendo yo tan mozo y vosotros ya viejos, haya conocido muchos mas reyes?

—No comprendemos, señor, el sentido de vuestras palabras, añadió el maestre, y en verdad os decimos que no hemos conocido mas soberanos.

—Pues ya que aparentais no entenderme, fuerza es que os diga, repuso el rey, que yo siendo tan jóven he conocido veinte, y no debiendo haber mas que uno en Castilla, ya es tiempo de que yo lo sea solo y perezcan todos los demás.

—En Castilla no hay mas rey que vos, observó el osado duque de Benavente, creyéndose captar la benevolencia de Enrique.

—Faltais á la verdad, duque, replicó aquel, pudiendo apenas reprimir su cólera, porque cada uno de vosotros es un soberano que no yo; vosotros sois los que me tomais y embarazais las rentas de mi patrimonio real; y mientras nada se halla en mi despensa para alimentarme, sobra en vosotros para holgaros en banquetes y festines!

—Observad D. Enrique, dijo á media voz la reina de Navarra, que no siempre es culpable el que lo parece.

—¡Silencio, señora, que habeis venido aqui para ver, oir y callar!—¿Sabeis, los rejentes de mis reinos, los que os dividis en facciones para destrozar mi corona, y que al querer partiros mi cetro lo habeis hecho pedazos; sabeis que á pesar de la frugalidad á que me habia querido ceñir para no gravar á mis vasallos, volviendo hace pocos dias de la caza me encontré sin tener que comer, sin dinero, sin prendas y sin crédito para comprar las mas despreciables vituallas? ¿Sabeis que me fué preciso empeñar mi balandran, es decir, la prenda de mas valor que poseia, la cual todavía no he podido recobrar, para poder alimentarme aquel dia? ¿Sabeis que despues de vosotros, mi alcaide y mis criados llegaron á abandonarme, por no serles pagados sus sueldos? Ahi están sino D. Diego Lopez que se alejó de mi lado y Doña Leonor de Navarra, que ambos muy bien enterados están de mi triste historia.

Y aquellos dos personajes se miraron sin comprenderse.

—Señor, contestó humildemente D. Pedro Tenorio, no envolvais á todos en vuestro anatema; por mi boca os habla la inocencia.

—Don Pedro, basta de finjimientos, repuso Enrique, vos fuisteis el primero que os alejasteis misteriosamente de mi lado; el primero que os presentásteis en rebeldía; el que me cerrásteis vuestra puerta, y el que ocupábais el puesto preferente en los banquetes de los rejentes, cuando al hijo de vuestro amigo le faltaba lo necesario. No hableis de inocencia, D. Pedro, que como los demás sois culpable.

El buen prelado á quien condenaban las apariencias, si bien

que con el corazon traspasado de dolor, antes que faltar á sus leales propósitos, resolvió sufrir con resignacion las terribles acusaciones de Enrique. Calló, pero su silencio era un grande sacrificio, que nadie era capaz de poder apreciar.

—Hora es ya, prosiguió el rey, que cesen tamañas dilapidaciones y ese lujo de rapacidad que estais mostrando en mengua de la corona, en desdoro de mi persona. Hora es ya que se lave con sangre el lodo de que habeis cubierto mi réjio manto. Sepa Castilla para escarmiento de malos tutores, que el rey D. Enrique ha hecho rodar por el suelo la cabeza de los suyos, antes de subir al trono.

Al oir aquella terrible sentencia, la sorpresa de aquellos señores se trocó en desesperacion; los mas tímidos se abalanzaron á las puertas que hallaron cerradas; los mas osados hicieron ademan de empuñar sus espadas. Enrique sin inmutarse, levantó la suya y dijo:

—Os creí rebeldes, pero no traidores; en verdad no imajiné que pudiéseis faltarme al respeto; pero puesto que me he engañado, morireis desarmados. Y dirijiendo la voz á una de las puertas inmediatas, esclamó: —¡Hola!

A aquella esclamacion abrióse la puerta, y presentáronse un buen número de hombres armados. Iba al frente de ellos con el rostro descubierto, Pero Guzman el menino del rey.

—¡Soldados, díjoles Enrique, desarmad á esos hombres que con altivez traidora osaron amenazarme.

Y luego levantándose de su asiento, añadió:

—Me creisteis un débil niño y os burlasteis de mí; pero este niño se ha vuelto hombre. Entendedlo bien, malos vasallos: el que ayer insultábais impunemente, hará rodar hoy las cabezas de los traidores; y ya que los que se llamaban falsamente mis rejentes intentaron arrancarme mi corona, de hoy mas habrá un verdugo que velará por ella. ¡Que la justicia sea cumplida!

A una seña de Enrique, abrióse otra puerta del salon y entró majestuosamente el verdugo de la córte seguido de sus ayudan-

tes que llevaban el tajo, la cuchilla y los demás aparejos necesarios para el degüello.

A tal aspecto todos aquellos orgullosos señores viendo llegada su hora postrera, llenos de terror se arrojaron á los pies del rey implorando su clemencia. Doña Leonor fué la primera que rompió el silencio.

—¿Qué dirá, señor, la nacion, que dirá la Europa entera, cuando sepa este terrible acto de vuestra justicia?

—Que diga el mundo lo que quiera; pero á buen seguro que mis leales vasallos han de aprobar mi justiciera conducta, y los reyes mis aliados mi firme resolucion.

—¡En nombre de mis compañeros, prosiguió D. Pedro Tenorio tened compasion de nosotros, señor; ponemos á vuestra disposicion nuestras fortalezas y nuestros bienes, todo cuanto poseemos; pero apiadaos de nosotros; yo os lo ruego por la dulce memoria de vuestro padre!

—¿La tuvísteis acaso vosotros de mí? No. El temor de la muerte os hace humildes, asi como vuestras dignidades os hacian rebeldes; doblais la frente cobarde ante el peligro y la erguíais altanera cuando yo gemia en la miseria. Ha llegado la hora de la espiacion, y solo vuestra muerte puede apagar mis justas iras. ¡Mateo Sanchez, cumple con tu deber!

Y el verdugo adelantó un paso.

—Señor, ignoro si mi padre es culpable, dijo entonces el menino del rey; mas entre los que envuelve vuestra justicia, se halla el autor de mis dias; perdon por él, perdon por sus compañeros, os lo ruega el amigo de vuestra infancia.

Pero Guzman salvó la vida á los rejentes de Enrique.

—¡Despejad! dijo éste al verdugo y á los soldados que rodeaban á los magnates, cuyos pálidos semblantes revelaban bien manifiestamente el profundo terror de que se hallaban poseidos.

Cuando el rey volvió á quedar solo con ellos, envainó su espada y dijo con voz solemne:

—Os perdono la vida por intercesion de mi menino á quien nada mi cariño puede negar; pero ecsijo de vosotros estrecha

cuenta del erario público que habeis manejado. Entended que no os será devuelta la libertad, hasta que me hayais restituido las fortalezas que por fuerza ó artificio me habeis usurpado, y dado ecsacta razon de mis haberes.

—Será cumplida vuestra voluntad, dijo D. Pedro Tenorio, que se encargó de llevar la palabra por sus compañeros de rejencia.

—Además, mando que cedais en beneficio del patrimonio real, las gruesas pensiones que durante la tutela y de propia autoridad, habeis osado consignaros.

—Sereis obedecido, añadió Tenorio, y para que los hechos correspondan á mis promesas, mandad que me traigan recado de escribir que ahora mismo os suscribiré una formal declaracion de lo que ecsijis de mi persona, como otro de los rejentes.

Cumplióse el deseo del arzobispo y la mayoría de los individuos del consejo siguieron su ejemplo. A estos, fiando Enrique en su palabra escrita, concedióles desde luego su libertad; el menor número que por varios motivos no quisieron firmar ningun documento, permanecieron presos en el castillo hasta que hubieron cumplido su promesa. De unos y otros cobró Enrique en el corto espacio de dos meses, mas de ciento y cincuenta cuentos de maravedis, que le eran en cargo, y recobró al propio tiempo todas las fortalezas que le habian usurpado.

Antes de descender el rey de aquel trono, desde el cual acababa de dictar leyes á los que hasta entonces no habian conocido otras que las que les aconsejaba su ambicion, ordenóles que su boca permaneciese cerrada para aquel hecho en honor de sus propias personas. De hoy mas, añadió, quiero presidir vuestro consejo, que no está bien que el rey ignore lo que se ordena en pro de sus vasallos.

De este modo Enrique se dispuso para empuñar las riendas del estado á pesar de su corta edad. Ya saltada la primera valla, no tardó el hijo de D. Juan, como veremos luego, en sacudir la enojosa tutela que sobre él habia pesado. Por su parte los rejentes, vista la firme resolucion y ánimo esforzado de aquel

jóven soberano, trataron de buscar, léjos de su persona nuevo pábulo á su ambicion. Solo Fadrique, los condes de Gijon y Trastamara y la reina de Navarra, esto es, las personas que procedian del trono, y mas debian procurar por su conservacion, fueron las que conspiraron nuevamente contra él. Enrique sin embargo luchó con ánimo y esperanza, y á buen seguro que hubiese triunfado completamente de todos ellos, como triunfó de la rejencia, si la muerte no le hubiese sorprendido en la flor de sus dias. Doña Leonor fué la primera que puso á prueba sus fuerzas juveniles.

La reina de Navarra habia puesto sin imajinarlo en manos de Enrique un puñal de dos puntas, y al dirigir su brazo contra el arzobispo, de rechazo el rey la habia herido á sí misma. Nunca imajinára aquella mujer osada la firme resolucion de Enrique, y si su pasmo fué grande en presencia de un hecho tan inesperado, no lo fué menos su deseo de destruir con nuevas intrigas, las intrigas que le habian salido fallidas. La esposa de D. Fernando necesitaba mantener viva la ajitacion que hasta entonces habia reinado en Castilla; no lo podia por sí, sus fuerzas no alcanzaban á tanto; pero miró á su alrededor, y con su penetrante mirada adivinó que habia tres brazos hábiles para secundar sus proyectos; tres bocas cerradas dispuestas á abrirse al alhago de la ambicion; tres espadas envainadas prontas á brillar en el aire á la voz de mando. Aquellos tres actores que el ademan altivo y la accion amenazadora de Enrique habian anonadado un momento, esperaban otro momento favorable para luchar y reluchar sin descanso.

El conde de Trastamara que ya habia recibido singulares favores de la reina, y que como hombre agradecido debia mostrarse obediente á sus menores mandatos, reservóle Doña Leonor para el momento oportuno; era un peon que no debia figurar en aquel momento en su tablero. El conde de Gijon, aquella presunta víctima del arzobispo, cuyos miembros, decia, estaban todavia acardenalados por los hierros de Almonacid, era un dar-

do envenenado que la reina guardó gozosa en su aljaba; pero como el de Trastamara, no debia parecer todavía en la escena que les preparaba Doña Leonor.

Quedaba el duque de Benavente, el osado Fadrique de Castilla, la ambicion personificada de la época, y en él fijó con amor sus ojos la reina codiciosa de riquezas. Hasta entonces el amante de la castellana de Montalvan habia sufrido resignado el yugo del arzobispo; hasta entonces como el lobo domesticado, Fadrique habia besado la mano del dueño que aborrecia; por su amor y su ambicion, el infante habia fingido olvidar ambas cosas, y Doña Beatriz se felicitaba en secreto por el brillante éxito de su plan; pero llegó el momento en que el rey desvaneció su ilusion, y al verse igual en pena y en perdon al que hasta entonces habia creido tan superior á su persona, alejóse del lado de Tenorio con desprecio, dirijiéndose en demanda de ausilio á quien pudiera dispensarle mejor favor.

Asi como Doña Leonor habia reconocido en el infante el instrumento que mejor podia convenir á sus miras; del mismo modo Fadrique elijió á Doña Leonor como el mas útil ausiliar de sus propósitos; ambos se comprendieron, y como ambos se hallaban animados de los mismos sentimientos, no tardaron en unirse con los lazos de la mas íntima amistad.

Pronto la de Navarra fué la confidenta secreta de los amores del infante, y deseando alhagar á su amigo y ausiliar, puso en planta cuantos medios le inspiró su celo en favor de su protejido y protector, á fin de que éste pudiese ver colmados sus deseos en los que estaban basados los suyos propios; pero por una parte la imposibilidad de su realizacion y por otra la incorruptibilidad, por decirlo asi, de Doña Beatriz, bajo cuya guarda se hallaba siempre Doña Leonor de Alburquerque, hicieron inútiles los aunados esfuerzos del infante y de la reina. Doña Beatriz hubo de apercibirse sin embargo de los medios harto violentos que aquellas personas ponian en juego para el logro de sus torcidos fines, y no confiando ya con sus propias fuerzas, buscó apoyo en el hijo de su esposo. Digna resolucion de aquella mujer que en-

cerraba un corazon tan magnánimo. Enrique que á pesar de su corta edad, estaba dotado de un talento preclaro, y adivinaba ya lo que anticipadamente habia previsto el arzobispo, antes que arrostrar las consecuencias de un temible rompimiento con el infante, resolvió alejarlo del lado de la prometida esposa de su hermano, alhagando al propio tiempo su ambicion. Llamándole á su lado, nombróle su embajador en la córte de Portugal á fin de que tratára con aquel soberano de las treguas necesarias para la tranquilidad de ambos reinos.

Aquel acertado nombramiento satisfizo por el momento los propósitos de Enrique; pero no tardó en conocer que no bastaban las distancias ni los honores para apagar las violentas pasiones que se ajitaban en el pecho del infante. Bien fuese porque Fadrique quisiese decidir al rey á que le diese la mano de Doña Leonor de Alburquerque; bien que la ambicion venciese al amor aspirando á mayor altura; ó ya que se dispertasen en su ánimo sus antiguas miras á la corona de Portugal, el infante creyó no deber cerrar los oidos á las proposiciones que le hiciera el maestre de Avis de darle por mujer á su hija bastarda llamada Doña Beatriz, que antes de reinar hubo de una amiga suya llamada Doña Inés de Castro. El intruso monarca portugués llevaba tambien un oculto propósito en aquella oferta, y era dar mayor importancia á las injustas pretensiones que tenia sobre Castilla; por manera que al poder realizar la union de los dos bastardos, creaba un poderoso defensor á sus bastardas intenciones. Tanto le alhagaba al de Avis aquel proyecto, que llegó á ofrecer en dote á su hija, la considerable suma de setenta mil francos de oro. Pero si el infante habia olvidado por algun tiempo á Raquel por Leonor, ni la hermosura de la portuguesa, ni las riquezas y esperanzas que le traia en dote, hubieron de seducirlo hasta el punto de olvidar el amor que profesaba á aquellas dos mujeres, puro el uno, interesado el otro. Guardóse bien sin embargo de mostrarlo así, antes por el contrario, llevado por los consejos de la reina de Navarra, finjió mostrarse muy inclinado á los ofrecimientos del portugués. Este que ya lo creia su yerno,

tomó tanto ánimo, que solo ofreció la paz con condiciones que no podia admitir en modo alguno el monarca español.

En vano fueron las instancias del rey, para que la paz se consolidase; en vano las embajadas que en pos de la de Fadrique, envió al orgulloso portugués el prudente Enrique; en vano Don Pedro Tenorio que volvia á gozar del favor del rey, acompañado del obispo de Sigüenza, de D. Pero Lopez de Ayala y del doctor Anton Sanchez de Toledo, intentaron persuadir al maestre de Avis de cuanto convenia para la tranquilidad de ambos reinos que se firmase una paz perpétua. El usurpador se negó á toda clase de negociaciones en tanto que Fadrique se mostró favorable á sus deseos; pero éste no tardó en abandonarle como veremos luego, al renacer su esperanza para alcanzar la mano de Doña Leonor de Alburquerque.

Apresuró aquel instante, sumamente favorable para las suspiradas treguas, una nueva intriga de la reina Doña Leonor de Navarra.





CAPÍTULO VI.

El lector asiste á algunas escenas que aunque tienen todas las apariencias de la fábula son sin embargo puramente históricas.

LA reina de Navarra era una mujer incansable. Alejada de su esposo D. Fernando, primero por motivos de interes personal, y luego á causa de su caráter indomable é irascible, habia elejido la córte de Castilla que por ser un foco constante de intrigas y turbulencias, cuadraba admirablemente á los sentimientos que abrigaba su pecho. Mucho habia logrado su audacia en el tiempo que permaneciera en ella, pero la enerjia que de repente mostrára Enrique, la habian hecho temer por la pérdida de sus triunfos pasados y de sus proyectos futuros. Necesitaba una tea para encender el fuego de la ajitacion y de las rebeliones en cuya atmósfera hallaba su vida y su placer, y habia elejido como dijimos ya, para instrumento de sus miras, al infante D. Fadrique. Mucho obró, mucho instó para que éste aceptase la alianza con Portugal, pero como el duque solo hubiese dado oidos al maestre de Avis, para decidir al rey á que le diese la mano de

la condesa de Alburquerque, resistióse á las instancias de la reina en tanto que abrigaba su pecho un átomo de esperanza.

Entonces la de Navarra cambió de plan. Aceptó el amor de Fadrique por la de Alburquerque; prometióle secundar sus propósitos y se constituyó su defensora y protectora. Adivinó aquella mujer que el infante inspiraba recelos al rey, y al declararse abiertamente su amiga, juzgó que Enrique para alhagar á aquel, la alhagaria á sí misma; y siendo defensora de los intereses ajenos, lo seria á la vez de sus propios intereses. El plan de Doña Leonor, verdad es que la salvó por algun tiempo, pero mas tarde fué causa de que acelerase su ruina.

Ya resuelta á seguir aquella nueva senda, dirijióse Doña Leonor á implorar el ausilio de Doña Beatriz bajo cuyo amparo se hallaba la condesa; pero la viuda de D. Juan sin hacer traicion á su secreto, hubo de convencer á la reina de Navarra que su voluntad y su querer eran de escasa importancia en aquel asunto. Luego llamó á la puerta del arzobispo, quien como dijimos volvia á gozar del favor del rey por haber reconocido éste su inocencia; pero tambien Tenorio, cuyo propósito habia visto satisfecho uniendo á la condesa con D. Fernando, se negó á inmiscuirse en un negocio que la dijo pertener esclusivamente á la potestad real. Entonces fué cuando la reina de Navarra, autorizada por Fadrique, con quien seguia estrecha y secreta correspondencia, se dirijió á D. Enrique.

Hallábase á la sazon el rey en Segovia revistando sus tropas por si llegaba el caso de volverse á romper las hostilidades con Portugal.

—Señor, díjole la de Navarra, vos estais aprestando aqui vuestras tropas para la guerra y yo soy tan dichosa que os vengo á traer la paz.

—Bien venida seais, Doña Leonor, díjole el rey, en cuyos oidos hubieron de sonar agradablemente aquellas palabras.

—Vos revistais vuestras tropas para hacer frente al portugués, ¿no es verdad?

—Efectivamente, pues no ignorais que de algunos dias á esta parte se muestra mas orgulloso que nunca, y es de prudentes, á lo que yo entiendo, prepararse en la paz para la guerra.

—¿Y no atinais, porque se ha apoderado tan de repente el orgullo del maestre de Avis?

—En verdad que no acierto.

—¿No imajináis porque ese usurpador renueva las antiguas y ya olvidadas pretensiones de aquel reino sobre Castilla?

—O porque cree estar en su derecho, ó porque cree sacar un partido de sus alardes.

—No es esto D. Enrique. El maestre de Avis está orgulloso, porque cree contar con un apoyo en la persona del infante Don Fadrique, á quien ha ofrecido su hija y además una dote cuantiosa; pero el infante me autoriza para que en su nombre os pida la mano de Doña Leonor de Alburquerque.

—De modo que en su peticion va envuelta una amenaza.

—No lo creais, dijo sobresaltada la de Navarra. D. Fadrique de Castilla ama apasionadamente á la condesa, y para cerrar la boca al maestre de Avis, y desvanecer las locas esperanzas que le han hecho concebir el proyectado enlace de su hija con el duque; solo espera que le deis vuestro real consentimiento.

El rey reflecsionó un momento y en seguida añadió:

—¿Por manera, que juzgais vos, que si Doña Leonor diese la mano á Fadrique, el de Portugal firmaria las treguas á que ahora se niega y dejaria en paz nuestros reinos?

—Indudablemente, se apresuró á contestar la reina que ya empezaba á entrever un rayo de esperanza.

—Es necesario que yo medite sobre el particular. Descansad entre tanto á mi lado algunos dias, que luego concertaremos lo que mejor cumpla á nuestros intereses.

Durante el plazo que se tomó Enrique para contestar á la reina de Navarra acerca las pretensiones del infante á la mano de Doña Leonor de Alburquerque, pidió secretamente consejo á Doña Beatriz y al arzobispo. Como aquellas dos personas cono-

cian perfectamente las intenciones del bastardo, su parecer fué el mismo, su consejo uniforme. Aceptólo el rey agradecido, y llamó entonces otra vez á la ambiciosa reina.

—En efecto, díjole el rey, despues de haberle manifestado que sus ideas estaban de entera conformidad con las suyas; me parece que las pretensiones del infante no están fuera del caso; porque si el es oriundo de nuestra real familia, tambien Doña Leonor de Alburquerque cuenta entre sus antepasados ilustres personas y grandes soberanos.

—Mucho me place, contestó altamente satisfecha Doña Leonor, vuestra resolucion. De su cumplimiento han de reportar, no lo dudeis, mucha tranquilidad vuestro ánimo, mucha paz los reinos y mucha felicidad vuestros súbditos. Al conceder la mano de Doña Leonor al infante, no solo os haceis un aliado, es decir, un defensor acérrimo de vuestros derechos, sino que además estinguís de una vez la ambicion que pudiera abrigar D. Fadrique, y acallais las pretensiones que ha podido concebir el maestre de Avis, dando al duque la mano de su hija bastarda.

—Todo esto está muy bien, repuso Enrique; que asi en esta ocasion, como siempre se portó como un hombre consumado en la esperiencia y muy conocedor de los mas recónditos móviles del corazon humano. Por mi parte os repito que no tengo inconveniente en que la condesa de Alburquerque dé la mano á D. Fadrique, pero no basta mi voluntad, es preciso que conozcais señora, que debe consultarse tambien la de la jóven.

—No es necesario, se apresuró en contestar Doña Leonor de Navarra, porque sé de un modo positivo, y presumo que tampoco vos lo ignorais, que la condesa ama entrañablemente al duque. Sus amores cuentan ya larga fecha, y solo ciertos entorpecimientos que puso una persona que no nombraré, pero que juzgo que vos adivinareis, ha sido causa que hasta ahora no se hayan visto cumplidos los deseos de ambos jóvenes.

—Os creo por vuestra palabra, Doña Leonor; sin embargo, mi deber me aconseja interrogar á la condesa acerca sus verda-

deros sentimientos. Bien pudiera ser que ahora no abrigase los mismos deseos que antes.

—Puesto que este es vuestro querer cúmplase en hora buena, contestó la reina de Navarra con resignacion.

Pocos dias despues de esta escena que habia tenido lugar en el palacio de Segovia, entre el rey y Doña Leonor de Navarra, otra escena no menos importante pasaba en el real alcázar de la córte. Hallábanse reunidos en uno de los principales salones de la réjia morada, el rey D. Enrique, su madrastra Doña Beatriz su parienta Doña Leonor de Navarra, la condesa de Alburquerque, el arzobispo D. Pedro Tenorio y el conde de Niebla, padre del menino del rey.

El objeto de aquella reunion, que tenia todas las trazas de una escena de familia, llevaba por objeto interrogar á Doña Leonor de Alburquerque en presencia de la reina de Navarra, por si queria aceptar por esposo al infante D. Fadrique de Castilla. Como se deja colejir, estaba prevenida de antemano la condesa, de la necesidad del finjimiento en aquel importante acto sobre el cual dijerónla estrivaba la tranquilidad de los reinos y la paz de Castilla. Pero si bien en verdad que Doña Beatriz al ponderarle la conveniencia del disimulo, le habia encargado que contestase afirmativamente á la pregunta que se le haria; por consejo de Don Pedro Tenorio se habia reservado cual seria la pregunta que debia hacerse á la condesa. En vano insistió ésta, llevada por su curiosidad de mujer, para averiguar lo que debia interrogársela; Doña Beatriz guardóse el secreto, asegurándola únicamente, bajo su real palabra, de que ninguna consecuencia tendria la respuesta que diese, cualquiera que ésta fuese.

Ajena Doña Leonor de Alburquerque á las intrigas que en torno suyo se urdian, estaba bien léjos de imajinar que habia de dar un sí formal á la declaracion amorosa de su primer amante en presencia de la córte, ella que en manos del arzobispo habia depuesto la fé de sus juramentos de ser la esposa del hermano del rey. Asi es, que su asombro y su sorpresa fueron grandes,

cuando en presencia de los personajes arriba citados, D. Pedro Tenorio se dirijió á ella y le dijo con amorosa dulzura:

—Doña Leonor de Alburquerque, verdad es que el Todopoderoso os arrebató á vuestros padres desde la cuna, pero si os faltó el amor de D. Sancho que os idolatraba, hallasteis en el del rey D. Enrique y en su madrasta Doña Beatriz, el cariño paternal que os faltó con la muerte de aquellos séres tan queridos.

—Efectivamente, contestó la jóven condesa, asi por ser verdad lo que se le preguntaba, como para corresponder á las instrucciones que habia recibido.

—Pues bien, llevados por ese cariño al que os habeis hecho merecedora por vuestras virtudes y relevantes prendas, hoy por mi boca os ofrecen un nuevo testimonio de su amor; pero como en lo que voy á proponeros se halla envuelta vuestra felicidad, desea el rey aqui presente, que contesteis con toda libertad, y no por respeto al soberano oculteis los verdaderos sentimientos de vuestro corazon.

—Lo haré, contestó la castellana de Montalvan, cuya curiosidad crecia cada vez de punto.

—Vuestras gracias y vuestras virtudes han cautivado á un caballero hijo de réjia cuna, que diz os ama con respeto y ha solicitado del rey vuestra mano de esposa.

—¡Mi mano de esposa! dijo con admiracion la condesa, sin poder reprimir la emocion que aquellas palabras le causaron.

—Si, vuestra mano de esposa, prosiguió Doña Beatriz mirando fijamente á la condesa, y recordándole con su mirada la promesa que la habia hecho.

Comprendió la intelijente jóven lo que queria significarle con aquellas palabras la reina viuda, y se apresuró á contestar:

—Proseguid señor, pues confio no me propondreis ninguna cosa que desdiga de mi decoro y dignidad.

—Pues bien; sabed que el caballero que solicita vuestra mano de esposa, es el infante D. Fadrique de Castilla.

Si de repente el rayo hubiese ido á estrellarse á los pies de lá condesa, no hubiese quedado tan aterrorizada como lo quedó

al oir aquellas inesperadas palabras en boca de Tenorio. Ellas le recordaron un amor que habia olvidado y un juramento que de todo corazon deseaba cumplir; asi es que dudó un momento si debia manifestar su admiracion ó bien encerrarse en un silencio significativo. En sus crueles dudas optó por este último estremo, y alzando sus bellos ojos los fijó con una especie de reconvencion en el venerable semblante del anciano. Éste que hubo de conocer el estado de su alma, cumpliendo con lo que el deber le imponia, prosiguió:

—Si, Doña Leonor de Navarra acaba de pedir al rey en nombre del duque citado, vuestra mano de esposa, y D. Enrique que desea que obreis con toda libertad en un acto tan importante de la vida, me encarga, como os he dicho ya, que os pregunte si accedeis ó no á los deseos del infante.

—Cúmplase la voluntad de mi soberano, contestó Doña Leonor de Alburquerque, señalando modestamente la persona del rey que se hallaba sentado á corta distancia de la condesa y guardaba el mas profundo silencio en aquella escena tan singular bajo muchos aspectos.

—No es mi voluntad la que debe ser conocida en este momento, dijo el rey acompañando sus palabras con una graciosa sonrisa. Aqui se trata de saber únicamente si en vuestro pecho pueden hallar cabida los sentimientos que abriga el corazon del infante respecto de vos, ó bien el vuestro debe permanecer cerrado á sus ansias.

Doña Beatriz que conocia como la misma condesa la triste historia de aquellos dos jóvenes, si bien apasionados amantes un tiempo, pero que separaba ya una valla invencible; la reina viuda que habia suplicado y obtenido de la hermosa condesa una contestacion afirmativa á la pregunta que se la hiciéra en presencia del rey y de la córte, cualquiera que aquella fuese; la esposa de D. Juan en fin, que al oir las palabras de Enrique, vió el peligro que corria la estratajema del rey y sus amigos, si la castellana de Montalvan contestaba afirmativamente, apresuróse á añadir apenas el rey hubo cesado de hablar.

—¿Decidnos pues Doña Leonor si aceptais la mano que os ofrece D. Fadrique?

Dudó un momento la jóven condesa, y aunque obediente á los preceptos de Doña Beatriz á quien amaba y respetaba como á una madre, sus labios se negaban á abrirse y su boca á pronunciar una palabra que su honor y su conciencia le prohibian; todavía mas: una palabra que revelaba contra sí misma su alma pura y candorosa. Aquella palabra que en otros tiempos hubiese labrado su dicha y hecho palpitar de gozo su corazon, en aquel momento que le recordaba la ingratitud y perfidia de su primer amante, y tambien el terrible desengaño que habia sufrido su primer amor, ese fuego de la vida que aun mucho tiempo despues de haber sido estinguido deja sentir los efectos de su poderosa llama; aquella palabra en fin para ella tan misteriosa como indigna, tal vez no la hubiese pronunciado á no animarla el deber de su promesa y la confianza que tenia en su buena amiga Doña Beatriz. Si el amor de ésta decidióla á declarar lo que no debia, una de sus miradas abrió sus labios de carmin y.....

—¡Si! dijo con débil acento aquella mujer angelical.

—Ya lo ois Doña Leonor de Navarra, esclamó D. Enrique, la condesa de Alburquerque consiente en dar la mano de esposa á D. Fadrique de Castilla y esperamos que nuestro buen pariente, vista esta nueva prueba del aprecio que asi nuestra amiga como nosotros le tributamos, se alejará desde luego del lado del maestre de Avis, y vendrá á nos renunciando á sus propósitos de enlace con la hija del portugués.

—Descansad señor que hoy mismo enviaré un correo al duque que será portador de tan plausible nueva.

—Y luego que el infante vuelva á la córte, y cumplidos que sean nuestros deseos, hemos de concertar lo necesario para que las bodas se efectuen lo mas presto posible.

—En efecto, repuso la de Navarra, cuyo semblante estaba radiante de contento, y si vos me lo permitis, señor, han de celebrarse en mi villa de Arévalo. Siquiera los jóvenes esposos re-

cuerden con este motivo, mis buenos deseos en la union por la que me he constituido voluntariamente en decidida protectora.

Acordóse asi y disolvióse al parecer con satisfaccion general, aquella reunion de familia en la que el engaño habia jugado tan buena parte. Solo la condesa inocente á todas aquellas intrigas, no habia podido esplicarse todavia porque le habian hecho prometer una cosa que no podia ni debia cumplir, y en la confianza que tenia en sus amigos, fundó la esperanza de que todas aquellas palabras no habian de tener ningun efecto. Como podia ser asi, hé aqui lo que no pudo decirse por mas que se esforzára en adivinarlo. Por lo que hace á Doña Beatriz á quien se atrevió á preguntárselo, sea por desconfianza que tuviese en la jóven, sea por otro motivo, se negó tenazmente á revelarle aquel enigma.

El rey y el arzobispo se dieron por muy satisfechos del resultado de aquella estratajema y mucho esperaron que ella habria de romper la alianza de Fadrique con el monarca portugués, y que acariciado aquel por sus dulces ilusiones, habria de renunciar por algun tiempo á sus bastardos planes de ambicion.

—Confiad, señor, decia el arzobispo á D. Enrique pocos momentos despues de la escena que acabamos de referir, que esa cadena de flores que hemos tejido para el infante, nos lo ha de tener tan sujeto que nada debemos temer de él. Si me abandonó, es decir, si se alejó de mi lado donde habia permanecido por tanto tiempo, fué porque juzgó, vista la desgracia en que habia caido con vuestra majestad, que ya no podria favorecerle en las pretensiones que sabia yo muy bien abrigaba, respecto á la posesion de la mano de Doña Leonor; pero ahora que vos me habeis honrado nuevamente con vuestra confianza, y además os habeis servido elejirme como mediador en este asunto, no lo dudeis, el infante volverá á mí presuroso, y yo haré de él lo que mejor convenga á vuestros intereses.

Satisfacieron al rey las palabras del primado, y aprobando su plan, díjole con agradecimiento.

—En tí confio Tenorio el buen éxito de esta empresa, y co-

mo tú mismo, imajino que en mucho tiempo hemos de sujetar al infante con el alhago de un amor que no podrá ver jamás cumplido.

—¡Justo castigo de sus ingratitudes! contestó Tenorio en tono sentencioso.

Por lo que hace á la reina de Navarra, apenas se halló sola, apresuróse á noticiar al infante el feliz éxito que habia obtenido su demanda.—Sabed, le decia, que he logrado por vos lo que vos mismo tal vez no hubieseis podido alcanzar. Mucho ha sido mi afan, mucha mi perseverancia, muchas las dificultades que he tenido que vencer; pero ¿qué es lo que no se hace por un buen amigo? Entended D. Fadrique, que solo el favor que gozo al lado del rey, me ha valido para decidirle á aceptar vuestros ruegos y los mios; yo he logrado que en presencia del monarca y de la familia real, asi como del arzobispo D. Pedro Tenorio, que vuelve á gozar del favor del rey, y de otros caballeros principales, se interrogase á la condesa de Alburquerque, y ésta jóven con toda la lealtad de su corazon, con todo el fuego de una pasion por mucho tiempo oculta en su pecho, ha pronunciado el sí que la une á vos para siempre.

Si hubieseis visto la viva emocion con que pronunció esta palabra tan corta como significativa; si hubieseis oido el dulce acento de su voz, á buen seguro que no os hubierais podido conteneros, y en presencia del rey y de su córte, delante de ese hombre para vos tan temido, como poderoso al lado del monarca, Don Pedro Tenorio, os hubieseis arrojado á los piés de la condesa para decirla:—¡Si, yo os adoro, yo tambien os doy el sí formal de ser siempre vuestro, como siempre lo he sido, aunque motivos tan funestos como inesplicables para mí y para vos, nos hayan forzado á ocultar la llama del amor que desde mucho tiempo arde callada en nuestro seno!—Cualquiera que no fuera conocedor del cariño que ambos os profesais, al ver la sorpresa que causó en Leonor la pregunta que por mandato del rey le hiciera el arzobispo, y como se estremeció al oir vuestro nombre, hubiese creido que en lugar de amaros os aborrecia; pero yo que

poseo todos vuestros secretos, conocí muy bien que aquella emocion era porque su alma entreveia ya el cielo que por tanto tiempo ha aspirado, y si el carmin pintó sus mejillas, era porque las rosas del pudor revelaban el fuego de su corazon. Pronto acudid infante á gozar de vuestra dicha, porque si no está señalado todavía el dia en que el sacerdote debe bendecir vuestra union, lo está la villa donde se celebrarán las bodas, y esta villa sabed que os pertenece, porque es de vuestra fiel amiga la reina de Navarra.—Asi participaba aquella mujer engañadora y engañada, el écsito de sus propósitos al primer instrumento de su ambicion y de sus miras codiciosas. Asi procuraba alejar sin imajinarlo, del lado del portugués, al osado doncel y lo atraia á Madrid, haciéndose á su vez el instrumento de la voluntad del rey, pero donde le esperaba el mas triste de los desengaños.

Apenas el infante recibió aquel mensaje, trató de ponerse en camino y volar á los brazos de su amada. Parecíale aquello un sueño y apenas se atrevia á dar fé á las palabras de la reina. Y es porque Fadrique veia que iba á realizarse una esperanza que durante mucho tiempo le habia alhagado, para cuyo cumplimiento se habia sujetado como humilde esclavo á la voluntad del arzobispo, á quien, como ya hemos dicho otras veces, aborrecía, y últimamente habia tendido la mano al portugés para que le ofreciera la de su hija.

—Verdaderamente que debí burlarme como lo hice, del famoso astrólogo, díjose para sí Fadrique, cuando me vaticinó la miseria y el infortunio. Pero recuerdo que tambien me habló de muerte, guerra y ruina, sino cambiaba de conducta; al paso que me prometia dignidades, poder y riqueza, si abandonaba la senda por mí seguida hasta entonces. Y la abandoné, no cabe duda; porque de enemigo que era de Tenorio, me constituí voluntariamente en su mejor amigo. Como quiera, ya fuesen ciertas ó falaces las predicciones del anciano del castillo misterioso, lo cierto es, que la fortuna me sonrie cuando mas tristes dias debia esperar despues de la firme resolucion tomada por D. Enrique en el castillo de Búrgos. Mis arcas empezaban á hallarse ya exhaus-

tas y no habia esperanza de rellenarlas ni á la sombra de la rejencia, por habernos quitado el poder el jóven monarca, ni con el ausilio de Sanchez el usurero, que infiel me abandonó desde que me vió caido en la desgracia. Por fin brilló el dia de la felicidad, y Fadrique de Castilla será el esposo de la Rica Hembra, es decir, de la mas poderosa señora de estos reinos.

Alhagado por tan bello porvenir, el infante se apartó del portugués, y en alas del amor se dirijió á la córte donde esperaba ver pronto realizados sus deseos; pero donde conforme dijimos ya, habia de sufrir un terrible desengaño.

Al trazar D. Pedro Tenorio el plan para alejar de Portugal al infante, no tendria en cuenta sin duda, muchas de las consecuencias que llevaria su realizacion; y estas consecuencias que ni á él ni á D. Enrique hubieron de ser conocidas antes ni despues de aquel hecho, fueron causa de que su propósito no tuviese el écsito satisfactorio que se prometieron desde un principio. Ni el arzobispo ni el rey, el uno á causa de su ancianidad y el otro por su poca edad, el primero en razon de su ministerio, y el segundo por su dignidad y el consiguiente aislamiento que de ella se orijinaba, podian juzgar de los efectos del amor por no haber sentido nunca aquella pasion.

Es el amor como el fuego que no se oculta ni se finje, y aquellos dos reyes, por decirlo asi, que habian resuelto emplearlo como un instrumento comun para el logro de sus fines, fueron burlados por esa pasion que aunque le den los poetas la figura de un niño ciego, tiene la fuerza de un gigante; sus armas mas temibles y afiladas que las de aquellos soberanos de la intelijencia y del poder, vencieron sin estrépito y segaron calladamente los hilos de la mas bien tramada intriga.

Don Fadrique llegó á la córte y con el ausilio de la reina de Navarra no tardó en ver á la condesa; hablóla un momento, y si bien con hondo pesar de su corazon, se convenció que era imposible que aquella mujer hubiese podido prometer de buena fé lo que le habia escrito Doña Leonor de Navarra. Si una palabra, una mirada, muchas veces hasta un simple ademan, revelan una

pasion profunda, un sentimiento poderoso; tambien una palabra, una mirada, un jesto, bastan para demostrar á un ojo intelijente todo lo contrario. Apenas la condesa de Alburquerque habló á Fadrique, si bien ninguna de sus palabras podia hacer sospechar al infante el lazo que se le habia tendido, ninguna mirada irritante podia revelar los sentimientos que abrigaba Doña Leonor; sin embargo, preciso es decirlo, el infante hubo de convencerse como si lo hubiese oido de su propia boca, que la castellana de Montalvan ya no le amaba, ni podia nunca jamás amarle. Aquella noble jóven al jurar amor á D. Fernando, habia logrado borrar de su corazon la imájen de su primer amante, por mas despóticamente que hubiese imperado en su pecho en otro tiempo. Doña Leonor en el transcurso de su vida fué fiel á aquel juramento. Para ella habia dejado de ecsistir el ser que habia hecho palpitar su corazon por vez primera.

—Nos han engañado artificiosamente, dijo la reina de Navarra á Fadrique, á quien el sentimiento que le causára el desvio de la condesa, le traia triste y melancólico.

Porque es preciso confesarlo, el duque á pesar de su ambicion de mando y de riquezas, amaba de veras á Doña Leonor, como habia amado á Raquel, como la amaba todavía. Y no se nos diga que no son posibles dos amores en un mismo pecho; la historia de la humanidad contesta por nosotros, y viene en apoyo con numerosos ejemplos, que es muy posible el doble sentimiento que abrigaba el alma del infante.

De repente éste desapareció de la córte temiendo ser víctima del ridículo que sobre él indudablemente hubiese pesado; pero al alejarse, juró venganza. Doña Leonor de Navarra le animó en aquel propósito y le prometió ausiliarle en sus planes del porvenir.

La repentina partida de Fadrique de la córte dió mucho que pensar al rey, y ni Enrique ni Tenorio pudieron imajinar las causas de su alejamiento. Encerrado el infante en su castillo de Benavente y en su silencio, dijérase habia ido alli para ocultar su vergüenza y llorar su perdido amor. En vano Enrique le en-

vió algunos de sus fieles capitanes para saber los motivos que le forzaban á permanecer en aquel apartado sitio; Fadrique dió á todos aquellos mensajeros algunas contestaciones evasivas, pero todas revelaban que el duque estaba profundamente resentido y que abrigaba propósitos ocultos. Temeroso el rey de que otra vez no volviese á aliarse con el maestre de Avis, rogó á D. Pedro Tenorio que él mismo fuese en persona á verse con el duque, y si bien el arzobispo mostró alguna repugnancia, pretestando varios motivos mas ó menos plausibles, para complacer á su soberano y evitar un nuevo rompimiento, púsose en camino para Benavente á pesar de sus muchos años.

Mucho sorprendió á Fadrique la visita del arzobispo, y su admiracion se trocó en recelo, cuando éste le espuso el objeto de la ida á su feudal morada.

—Mi enlace con la condesa es imposible, díjole el infante con amargura, y bien debíais saberlo vos cuando me ofrecísteis su mano.

—¿Por qué? contestóle el arzobispo al punto, temeroso de que el infante era conocedor del secreto enlace que unia á la condesa con D. Fernando.

—Por que es mala esposa la que antes no es verdadera amante.

—¿Acaso Doña Leonor no os ama?

—Si me amó un dia, su amor se ha estinguido ya. Por respeto al rey me daria su mano, no lo dudo, pero nunca su corazon seria mio. Sea otro feliz á su lado; decidla que si bien con profundo pesar, le relevo de los juramentos que en otro tiempo me hicíera en Montalvan.

—Pues bien, contestóle el arzobispo, ya que Leonor no os ama, ya que juzgais imposible este enlace; el rey que os quiere, os ofrece la mano de la hermosa hija del marqués de Villena y la dará tanto dote, cuanto en Portugal os ofrecieron, cuanto os podria traer Doña Leonor de Alburquerque.

—Agradezco la fineza de rey, pero decidle que mi corazon es demasiado noble para sacrificar sus mas puras afecciones al

interes; ni puedo admitir sus favores, que para mí se trocarian en espinas, mientras tenga á su lado las personas que conmigo le enemistan. Con mi espada y mi derecho, no me habrán de faltar buenos amigos que no me venderán, ni me engañarán con falaces palabras.

D. Fadrique, observó resentido el arzobispo, considerad que estais en vuestro castillo y que yo....

—No, no, se apresuró en contestar aquel; si estais en vuestra casa. Voy á dejaros dueño de este castillo. Imajinad que ahora mismo voy á partir con mis hombres de armas y el cielo me dará fortuna. A Dios D. Pedro, recordad al rey mis humildes respetos.

El arzobispo quedó solo y pensativo. Cuando atravesaba el puente levadizo del castillo, una nube de polvo que se levantaba á lo léjos, ocultaba al infante y á la tropa que le seguia.

—No mas consideraciones, no mas respetos, decia el duque hundiendo los acicates en los hijares de su brioso corcel.

—¡Infeliz! corres á tu perdicion, esclamaba el arzobispo mirando desde la ventanilla de su litera aquella nube que se perdia en el horizonte. Como esa nube han de desvanecerse tus quiméricos proprósitos; como el polvo que la forman, han de trocarse tus sueños de oro.





CAPÍTULO VII.

Como tambien llega para el justo el dia de la tribulacion.

SABIA Fadrique muy bien que si volvia á Portugal, otra vez el maestre de Avis habia de recibirle con los brazos abiertos, y no solo le daria en casamiento su hija natural, sino que además le ausiliaria con hombres, armas y dinero, si intentase entrar armado en Castilla; pero el infante que conservaba un resto de amor á la patria, si bien deseaba imponer con un aparato bélico á la córte y á sus contrarios que á la sombra de aquella se amparaban y desde el pié del trono le hacian cruda guerra, no queria tampoco encender la guerra civil valiéndose de ausiliares estranjeros que ya vencedores ya vencidos, habian de vivir á costa del pais para alzarse tal vez mas tarde con el trono que él mismo queria combatir, no por la persona que lo ocupaba, sino por los cortesanos intrigantes que lo rodeaban.

D. Fadrique á pesar de su ambicion y de su sed de mando, no estaba tan cegado, que no conociera que si le ofrecia ausilios el portugués, era para probar fortuna á su sombra, y si Doña Leonor de Navarra le animaba en sus empresas, tambien era para lucrar á costas suyas. Asi es, que al alejarse de Benavente con el firme propósito de vengarse del engaño de que habia sido víctima, no se dirijió al maestre de Avis ni á la reina de Navarra para pedirles favor, sino que fué á llamar á la puerta de uno de sus mas fieles partidarios que creyó ajeno á todas las intrigas cortesanas y á los planes de usurpacion que juzgaba, no sin fundamento, trazaban en silencio algunas personas que se llamaban sus amigos. D. Fadrique se encaminó á Zamora donde era alcaide de su fuerte castillo y de la torre de San Salvador de la misma ciudad, su íntimo amigo D. Nuño Martinez de Villaizan, á quien refirió sus cuitas y sus propósitos, y quien le abrió los brazos prometiéndole muy de veras amparo y proteccion. En tanto fué así, que al poco tiempo de permanecer el duque en el castillo, ya habian reunido un considerable cuerpo de tropas y el alistamiento continuaba todavia. Nadie sabia porque se reunian aquellas jentes; nadie podia adivinar el objeto que llevaban el duque y el alcaide en poner bajo un respetable pié de defensa aquellas dos fortalezas; nadie conocia la bandera en torno á la cual se agrupaban tantos guerreros. ¿Y como lo habian de saber si el mismo infante, si el mismo D. Nuño no la tenian? Su objeto, como se deja adivinar por lo que llevamos referido, no era otro que presentar un aparato bélico á la córte, y hacer alarde de una pujanza que era quimérica para amedrentar al rey y á su consejo, para alcanzar de uno y otro concesiones importantes y vengarse con ello del falso comportamiento que habian guardado con él durante su ausencia.

Por otra parte, Fadrique estaba en la intima persuacion, que si la condesa de Alburquerque habia dejado de amarle, era por haber infundido en su pecho sentimientos contrarios á su persona, no solo Doña Beatriz y el arzobispo, sino tambien Doña Leonor de Navarra que se llamaba su amiga. Porque ¿como es

posible, se decia el infante, que esa mujer no conociera lo finjido de las promesas de la condesa, esa mujer cuya mirada penetrante alcanza hasta en los mas recónditos pliegues del corazon humano? La reina de Navarra no solo me ha vendido, sino que se ha mofado de mí; pero ha de llegar el dia de la espiacion, y al sonar su hora, no habrá piedad para ella, como no la habrá tampoco para Tenorio, como no la habrá para el conde de Gijon que anda revuelto otra vez en las intrigas palaciegas.

Asi discurria el bastardo, quien llevado por sus celos y su ambicion, no fué mas que un aventurero que consumió los dias de su vida luchando sin cesar contra imposibles, y que agotó sus fuerzas en querer derribar un jigante á quien bastaba levantar la mano para anonadarle.

Los habitantes de Zamora recelaron de que el duque y el alcaide, á quienes veian de continuo encerrados en las dos citadas fortalezas, abrigasen intenciones siniestras y perversas contra ellos; y como ambos estaban en muy mal concepto, no solo se fortificaron contra ellos, sino que además pidieron ausilio al maestre de Calatrava que con un cuerpo de tropas pasaba á la sazon á la frontera de Portugal, para reprimir cualquiera invasion que intentára el maestre de Avis. Quedó sorprendido á su vez el de Calatrava, al ver tanto aparato y prevencion, y antes que resolver nada por sí, consultó á la córte. D. Enrique que por consejo del arzobispo deseaba la paz á toda costa, autorizó al maestre para que concediera algunas mercedes al infante y al alcaide. Hízolo asi el de Calatrava, pero el prudente consejo de Tenorio dió un resultado contrario al que se esperaba, porque envalentonado el infante, otra vez volvió á andar tan inquieto y azorado, que D. Enrique temió volveria á unirse con el portugués para hacerle la guerra. Entonces el rey para evitar un conflicto, resolvió obtener á toda costa unas dilatas treguas del rey de Portugal, y trasladándose á Medina del Campo logró al fin ver cumplido su propósito. Verdad es que el portugués acordó las suspiradas treguas con muchas condiciones poco favorables á Casti-

lla, pero al menos á tenor de uno de sus capítulos, dejaban al reino por el espacio de quince años en completa tranquilidad.

—De este modo decia el arzobispo al rey, cerramos á D. Fadrique la entrada á Portugal, y hacemos imposible toda alianza con el maestre obligado como está por el juramento.

—¿Pero creis, D. Pedro, que el duque ha de sosegarse por esto?

—No por cierto, pero le quitamos un arma poderosa.

—Si Fadrique no puede aliarse con el portugués, es capaz de juntarse con el moro, si éste le ofrece sus alfanjes y sus cimitarras para turbar la paz de Castilla.

—Convengo que al infante difícilmente podrá contentársele; pero ya procuraremos por todos los medios que estén á nuestro alcance, calmar su irritacion y tenerlo contento. Tal vez despues de firmarse las treguas con el vecino reino, sea diverso su modo de pensar, y en obsequio de vuestra persona y en bien de la nacion otra vez, si es de vuestro agrado, me dirijiré á él para suplicarle que apague para siempre la tea de la civil discordia que con imprudente mano por tantas veces ha encendido.

Accedió gustoso Enrique á la demanda de Tenorio, y aquel hombre á la vez sacerdote y ministro, es decir, apóstol de la paz y defensor de los derechos del rey, á pesar de los desprecios del infante y del ódio personal que le profesaba, llamó nuevamente á su tienda de guerra, no para batir su escudo con la punta de su espada, sino para hacerle oir palabras de amistad y reconciliacion.

Acompañaron al arzobispo en aquella nueva entrevista, algunos procuradores de las ciudades que al consejo asistian, para darle un carácter mas solemne.

—Mucho se maravilla el rey de vos, díjole Tenorio sin cólera y con el acento de la dulzura evangélica, asi por quereros casar con la hija del rey de Portugal, como por andar tan armado, comiendo á discrecion las vituallas de la tierra, habiendo recibido de su persona tantas mercedes, pues os dá un cuento de

maravedises cada año. ¿Qué mas podeis ambicionar? ¿Qué mas quereis? Pedisteis honores y los obtuvisteis; deseasteis riquezas y las riquezas no os faltaron; luego pretendisteis formar parte de la rejencia, y aunque D. Juan no hizo mencion de vuestra persona, por el pacto de Perales se os admitió en el consejo. El rey confiando en vuestra lealtad, os nombró su embajador en Portugal, y para colmo de tantas mercedes, acojió benévolo la demanda que por conducto de la reina de Navarra le hicisteis, y pidió para vos la mano de esposa á la condesa de Alburquerque. Abandonad duque esa vida errante y ajitada que llevais, os lo suplica un amigo por el bien de la patria y por vuestro propio bien; volved á la córte que aun alli habeis de hallar nuevos favores, nuevos lauros y dignidades.

Estas y otras semejantes palabras, dijo el arzobispo al infante; pero ninguna de ellas hubo de convencerle, por juzgarlas falsas y envolver una intencion dañosa para él. Imajinára el duque que querian desarmarle y atraerle á la córte para hacerle sufrir la cautividad del conde de Gijon; asi es que nada del mundo hubiese sido capaz de hacerle desistir de sus propósitos. Sin embargo, como las recientes treguas con Portugal le habian quitado un poderoso apoyo, sin comprometerse para el porvenir, fué comedido en sus palabras.

—Es verdad, señor, contestó con calma á Tenorio, que el rey de Portugal me ha ofrecido la mano de su hija, y con ella un cuantioso dote; pero no lo es menos que nunca dí oido á ello, á menos que entre los reinos se hiciera tregua ó paz. ¿Y sabeis por qué? Porque no se dijera que daba armas á un estrangero, es decir, porque mi enlace con la portuguesa, no hiciera sobrado orgulloso al maestre de Avis. En esto creo haber obrado como español y como caballero. En lo demás, si estoy armado, lo digo con franqueza, D. Pedro, es por temor á los enemigos que tengo en la córte, que tan conjunta está contra mi persona, que de nadie me fio, la verdad sea dicha. Un momento dí oidos á la promesa que se me hizo por boca de una ilustre dama, una promesa que llenó de gozo mi corazon, porque satisfacia mis mas

queridas esperanzas, porque clavaba la rueda de la adversa fortuna que jira veloz sobre mi cabeza; pues bien, esta esperanza se ha desvanecido para mí como el humo, y al estinguirse para siempre, ha dejado un profundo vacío que nada del mundo es capaz de poder llenar.

Vos no sabeis, añadió el infante, acercándose al oido del arzobispo, ademan que fué interpretado torcidamente por algunos procuradores, lo que es el amor, no podeis saberlo, por vuestro estado, ni á vuestra edad podeis concebir lo que sufre un pecho amante cuando le arrebatan la mujer por quien ha suspirado por espacio de diez años; no; vos no podeis imajinarlo, del contrario, por mucho que me hubieseis odiado, por grande y poderoso que hubiese sido vuestro afan para vengaros del infante, no le hubieseis arrebatado á Leonor, porque no creo que abrigueis un alma tan vil que se complazca en hundir el puñal homicida en el seno de vuestros enemigos. Robándome el amor de Leonor, habeis hecho mas que quitarme la vida, me habeis condenado á sufrir en los dias que me quedan de ecsistencia, el tormento que solo puede compararse con el de los precitos. ¡Bien os habeis vengado D. Pedro; pero entended que Dios ha de pediros un dia estrecha cuenta de vuestra conducta como sacerdote, como ministro y como hombre!

En vano se esforzó el arzobispo para convencer al infante que no habia influido en nada ni por nada su consejo en el cambio de conducta de la condesa; Fadrique insistió tenazmente que asi él como la reina de Navarra, le habian vendido y trataban una vez mas de prenderle en sus lazos.

—¿Pues estais resuelto duque, prosiguió el arzobispo en alta voz y con acento calmoso, á no acceder á los deseos del rey viniendo á la córte con nosotros, abandonando vuestros planes?

—Decidle al rey, contestó Fadrique, que soy muy amante de mi patria, para que mi patria tenga nunca motivos para maldecirme, y muy amante de mi rey para conspirar contra su cetro y su corona; que agradezco como leal caballero las mercedes que me tiene hechas y que mi vida y mi hacienda están siempre á la

disposicion de mi soberano; pero que le ruego me dispense mi ausencia de la córte, hasta ver mas sosegadas las cosas de los reinos.

—Ya lo ois, señores, dijo entonces Tenorio levantándose y dirijiendo la palabra á los procuradores que le acompañaban. Nosotros hemos cumplido fielmente nuestra mision; hemos rogado encarecidamente al duque que con nosotros diese la vuelta á la córte, licenciando sus numerosos hombres de armas; pero Don Fadrique no tiene á bien acceder á nuestra demanda que es el deseo de D. Enrique. Sin embargo, al transferir al soberano la respuesta que nos acababa de dar su alteza, no olvidaremos las últimas palabras que todos hemos oido con satisfaccion, son á saber: que nunca D. Fadrique de Castilla conspirará ni contra su patria ni contra su rey.

Asi intentaba el arzobispo sujetar con su palabra de caballero al rebelde infante, siguiendo siempre su laudable propósito de evitar la guerra civil, y consiguientemente la efusion de sangre; pero todos aquellos nobles propósitos se veian burlados por el tenaz empeño del infante de mantener constantemente viva la ajitacion en el reino de Castilla.

Poco tiempo habia transcurrido desde la escena que acabamos de referir, y ya supo el rey que el duque estaba otra vez muy adelante en el negocio con Portugal. Todavia mas; sonó en la córte que algunos parciales suyos darian al duque entrada en la villa, y como el infante era osado y todo debia esperarse de él, hubo tanta turbacion, que los unos y los otros comenzaron á juntar sus jentes de guerra. D. Pedro Tenorio vió los daños que aquellos alardes podian ocasionar, y para evitarlos, siguiendo siempre su plan de conciliacion, propuso al rey y á los tutores una idea salvadora, que si bien aprobaron estos últimos en un principio, luego se revelaron contra ella porque afectaba sus intereses y les hacia recelar del arzobispo.

—Puesto que el ódio del infante, les dijo Tenorio, no es á la persona del rey, sino á nuestras personas; ya que sus quejas al parecer se fundan en que con nuestros consejos supeditamos la

voluntad real; ya que D. Enrique desde lo resuelto en el castillo de Burgos, preside nuestro consejo y conoce de la marcha del gobierno, hagamos un nuevo sacrificio á la pública tranquilidad; alejémonos de la córte, cada cual se vaya á sus tierras y quede solo al lado del rey uno de nosotros, aquel que mas afecto merezca al infante; tal vez asi logremos acallar sus quejas y estinguir para siempre sus ódios.

Aprobóse con suma repugnancia el pensamiento del arzobispo, y fué elejido para permanecer al lado del rey, D. Juan Hurtado de Mendoza, quien debia quedar encargado del gobierno con los procuradóres de las seis ciudades; pero los rejentes recordando lo que éstos les dijeron respecto haber visto hablar en secreto al duque y Tenorio, creyeron ver en aquel plan un fin perverso del arzobispo, ya por juntarse con Fadrique y arrebatarles la rejencia, ya para levantarse él solo contra todos ellos. Se fijaron tanto mas en esta idea, cuanto el arzobispo antes de la partida pidió varias gracias á los del consejo, que aquel tambien interpretó torcidamente, especialmente que al duque de Benavente contentasen en todas maneras, librándole los maravedises que se le debian; que á D. Diego Hurtado de Mendoza, que como es sabido era íntimo amigo del infante, le contentasen igualmente en lo del almirantazgo que pedia; á D. Juan de Velazco en lo de la camarería mayor del rey; y á Juan Alonso de la Cerda en lo de la mayordomía mayor del infante D. Fernando. Todas aquellas gracias, como se deja colejir, las pedia el arzobispo para acallar en cierto modo al infante y á sus allegados, y para que satisfecha por de pronto su ambicion, dejasen en paz durante algun tiempo el reino; pero desgraciadamente los demás tutores juzgaron, como queda dicho, que si bien el arzobispo queria alhagar al duque y á sus amigos, era para captarse su aprecio, y aliarse despues con ellos. Asi es que llevados por aquellas ideas, empezaron á conspirar en secreto contra Don Pedro Tenorio, haciendo cundir la voz que aquel partia dentro breves dias con intencion de alborotar los reinos, pretestando que los tutores usaban mal del gobierno; que con él se iba tambien

Juan de Velazco á su villa de Villalpando que habia habido en dote con su mujer Doña María Soliér, hija de un famoso caballero francés enemigo de España. Al rey diéronle á entender que el arzobispo de Toledo habia recojido en los reinos la veintena parte de cuanto se vendia y otros derechos indebidos; añadiendo otras muchas falsas acusaciones que se encargó de apoyar la reina de Navarra que á la sazon pareció dispertar del letargo en que al parecer habia estado sumida por algun tiempo; pero que bien considerado, no era sino por falta de una escena donde pudiera poner en juego su espíritu de intriga.

Mucho pesóle al rey la supuesta prevaricacion de Tenorio, á quien queria como á una padre; pero sus cargos estaban al parecer tan bien fundados, las apariencias condenábanle de tal modo, que no pudo menos de acceder á los deseos de los tutores para prender á aquel hombre que hasta entonces habia sido el salvador del rey y el único tal vez que habia trabajado con fé y constancia para la paz de Castilla.

D. Pedro Tenorio fué arrestado por los mismo rejentés en su propio palacio el dia de Carnestolendas por la noche, cuando la villa entera se entregaba al público regocijo de la fiesta de la locura. Locos estaban tambien aquellos hombres que so pretesto de defender unos intereses ajenos, solo trataban de defender sus propios intereses, se dirijieron arrogantes al arzobispo, apellidándole traidor y le mandaron con imperio que se diese á prision.

—Señores, díjoles el arzobispo con la sonrisa de la inocencia, no me permite mi carácter ni mi edad entregarme como podeis hacerlo algunos de vosotros á los devaneos y locuras de este dia; gozad en buen hora de vuestra alegría en los salones ó en la plaza pública; pero dejad á un sacerdote en la paz de su retiro que nada debe turbar ni por nadie debe ser turbada.

Imajinaba Tenorio que aprovechándose aquellos señores de la licencia que concede la fiesta de Carnaval, y queriéndole dar una sorpresa remedando una escena de prision, habian acudido á su palacio con aquel objeto. Pero los rejentes que hablaban muy de veras, no pudieron comprender en un principio la estra-

ña contestacion que les diéra el arzobispo; por manera que llevados por la admiracion, permanecieron un momento silenciosos despues de haber oido la contestacion del ilustre prelado.

Viendo éste su turbacion, añadió:

—No creais que por esto me pese, ni me enoje vuestra chanza; dígolo solo porque me seria muy sensible que semejante escena llegase á noticia de otras personas que no fuésemos nosotros.

—D. Pedro, estais en un error cuando tal decís; nosotros hablamos muy formalmente; os venimos á prender en nombre del rey y del consejo.

—¡Señores, basta ya de broma, que á mi edad cuadran muy mal estos juegos!

—Don Pedro, basta de finjimiento. dijo á su vez D. Juan Hurtado de Mendoza, y si no es suficiente nuestra palabra, tomad, aqui teneis este pergamino, ved si reconoceis el sello del rey y nuestras firmas.

Tomó el arzobispo con mano temblorosa el pergamino que le dió Hurtado de Mendoza; leyólo con rapidéz y volviéndolo á arrollar, dejólo sobre la mesa que tenia delante.

—Cúmplase la voluntad del rey y de su consejo, dijó con voz débil; mandad y os obedeceré; pero como mi conciencia está tranquila y nada me remuerde en ella, desearia, ya que este auto de prision no lo dice, que me manifestaseis las causas que han dado lugar á tan singular mandato. Os lo suplica en nombre de la amistad, vuestro leal compañero en el consejo.

—Precisamente la falta de lealtad, D. Pedro, es lo que ha forzado al rey y á su consejo á prenderos á vos y á D. Juan de Velazco, dijo uno de los rejentes.

—Por haber sido falso amigo del rey, D. Enrique os ha retirado su amistad, añadió otro.

—¡Yo desleal! ¡yo falso amigo! esclamó el primado con el rostro encendido por la indignacion. ¡Miente vilmente el que tal dice! Yo juré cabe el sepulcro de D. Juan, ser fiel á su hijo y he cumplido mi juramento, y lo cumpliré hasta mi postrer instante.

No seré yo quien diga los desvelos, los afanes y trabajos que me ha costado hasta hoy dia sostener el bamboleante trono de ese niño que fué rey desde la cuna; la posteridad, que no mis contemporáneos ha de hacerme la debida justicia. Bien sabia yo que habia de luchar con la ambicion y la negra intriga; no se me ocultaba que por do quiera habian de surjir enemigos poderosos que asestarian sus emponzoñadas saetas contra el niño y su protector; pero nunca imajiné que los mismos que se llamarian sus amigos, como se llamaron los amigos de D. Juan, habian de hacer traicion á la memoria del padre, á la inocencia del niño y á la amistad del tutor; pero puesto que Dios lo quiere, cúmplase tambien su santa voluntad; él que proteje la inocencia, él velará por los dias del rey; y si mi vida os estorba, D. Pedro Tenorio morirá satisfecho y tranquilo por su rey y por su patria.

—El rey os perdona la vida, díjole D. Juan Hurtado, y además yo me comprometo en nombre de mis compañeros en devolveros la libertad, pero ha de ser mediante dos condiciones, á saber: que habeis de prometer formalmente dar los castillos de Talavera, Uzeda y Alcalá la vieja, hasta que el rey tenga catorce años, que despues él ordenará lo que fuese servido; y luego que habeis de salir inmediatamente de la córte, elijiendo por residencia un lugar que esté cuando menos cincuenta leguas distante del alcazar de Zamora, donde se ha fortificado el infante Don Fadrique de Castilla.

Aquellas severas condiciones que se le imponian, dieron á comprender al arzobispo el motivo porque el rey y el consejo se habian declarado en contra de él; aquellas palabras levantaron el velo que hasta entonces habia ocultado á Tenorio la causa de aquel repentino cambio. Cesó el misterio; D. Pedro Tenorio era acusado de estar en connivencia con el infante D. Fadrique, y sin oirle, sin admitirle siquiera la natural defensa, como se admite á cualquier reo por culpable que aparezca, se le habia condenado. Aquel prelado tan inocente levantó entonces la voz y dijo á los rejentes:

—Por vuestras palabras juzgo que me obligais á sufrir una

pena que no merezco bajo ningun concepto. Vosotros habeis juzgado por los apariencias, y sabed, señores, que las apariencias son engañosas; vosotros habeis imajinado sin duda, en vista de los favores que he pedido para el infante, que yo estaba en relaciones secretas con ese hombre osado; pero os habeis engañado tristemente. Precisamente todo el afan de mi vida, todos mis esfuerzos se han dirijido constantemente á refrenar á ese coloso de la ambicion, ya con dádivas, ya con promesas; ahora mas que nunca en que habíamos acordado separarnos del lado del rey, para apagar sus iras y desvirtuar sus amenazas, juzgué necesario prodigar á él y á sus amigos esas gracias que vosotros sin duda habeis creido, porque yo las proponia, que eran para captarme su benevolencia y volver contra vosotros. Mal me habeis juzgado, rejentes, y debiais haber procedido con mas calma y discernimiento; pero si ha podido mas en vosotros la envidia y la mala fé, que la justicia y la reflecsion; si os habeis aprovechado de esta circunstancia para enemistarme con el rey, yo os perdono, como me perdonará D. Enrique un dia, conocida que sea mi inocencia, como lo será, no lo dudeis.

Los del consejo dieron escusas á Tenorio, por aquel hecho que atribuyeron esclusivamente al rey. Ninguna voz se levantó á su favor; solo uno de ellos se aprovechó de un instante de descuido de sus compañeros, para decirle rápidamente al oido:

—¡D. Pedro, no os fieis del conde de Gijon, porque este hombre conspira en secreto contra vos!

Obediente el arzobispo á la voluntad real, hizo cesion de sus castillos y con el entredicho que sobre él pesaba, salió de la córte triste y apresadumbrado. Aquel prelado que algunos dias antes era el ministro favorito del rey, que se hallaba rodeado de todas las consideraciones y respetos que rinde el comun de la jentes al que vé encumbrado en el poder, cuyo acuerdo era ley y á cuya voluntad se sometian desde el rey hasta el último vasallo; salia de la córte como un desterrado llevando el desprecio de los mismos que antes lo ensalzaban y le rendian humilde vasallaje. El crímen de lesa majestad y de traicion que se le imputaba, y

que sus enemigos se esforzaron en hacer cundir; alejaron del lado de Tenorio hasta sus mas fieles servidores. Solo acompañado de dos familiares y dos teólogos amigos que conocian bien su inocencia, se retiró en apartada villa de Castilla, donde lamentó por algun tiempo en silencio la perfidia de los hombres y los males que la sed inmoderada de las riquezas y los innobles sentimientos de falsos consejeros, causan á las naciones y á los que se hallan al frente de ellas.

En tanto que aquel prelado que habia evitado muchos dias de luto á la patria, se hallaba con la conciencia tranquila entregado esclusivamente á su retiro, la córte se trasladó á la ciudad de Toro andando los negocios de los reinos cada vez mas revueltos, faltos de un buen piloto para llevar la nave del estado, al través del borrascoso mar de las pasiones cortesanas. Cada vez tambien mas osado el duque de Benavente, instigado por la de Navarra, á pesar de sus protestas, amenazaba sin cesar arrebatar al rey cetro y corona; y Enrique que hubo de conocerlo, incapaz por el momento de poder luchar con él, nuevamente se humilló ante el aventurero, nuevamente le envió un mensaje, otra vez le ofreció riquezas y honores para atraerlo á su servicio; y sus consejeros que habian condenado á Tenorio porque queria hacer mercedes al infante, fueron los que emplearon el mismo medio para reducirlo á la obediencia.

—¿Qué quereis? dijo el arzobispo de Santiago al infante que se hallaba en Tordehumos. Estamos autorizados para concederos las gracias que pidais para vos y vuestros amigos.

—Ante todo, quiero que se ocupen las temporalidades del arzobispo D. Pedro Tenorio, y que no se le levante el entredicho que sobre él pesa, hasta el rey sea de mayor edad.

—Ordenado está, dijo el arzobispo.

—Quiero que no vuelva á la córte durante dicho tiempo.

—Tambien le está mandado.

—Quiero que D. Enrique aleje de su lado á Doña Leonor de Navarra que me ha engañado traidoramente.

—Rogaremos al rey que cumpla vuestra voluntad.

—Deseo además que el rey me dé una gruesa suma de maravedises al año, cual corresponde al primer duque de los reinos.
—Ya se os dá, señor, díjole al arzobispo con humilde respeto.
—No basta, es mi deseo que se aumente cuando menos en otro tanto.
—Duque, las arcas del tesoro se hallan cuasi exhaustas.
—Pero se hallarán rebosando las de D. Pedro Tenorio.
—Tomad en consideracion señor, esta triste circunstancia y......
—Del contrario, prosiguió el infante sin atender á la observacion del arzobispo, llevaré mis hombres de armas á la córte y me tomaré por mis propias manos lo que vosotros me negueis.
Tanto el arzobispo de Santiago como los demas rejentes deseaban evitar á toda costa que se cumpliesen las amenazas de Fadrique en las que iba envuelta su destitucion, asi es que se apresuraron en contestar.
—Sereis obedecido.
—La mas negra de las intrigas, prosiguió el infante, que se aprovechaba del terror que habia infundido su osadia en el ánimo de aquellos magnates, me arrebató á la mujer que mi corazon habia elejido por esposa; pues bien, yo olvido ese infame comportamiento que conmigo se ha guardado; pero en cambio, ecsijo del rey que me dé sesenta mil francos de oro para ayuda de cualquier casamiento que en lo sucesivo tratáre.
—No sé si....
—Pues debeis saber que D. Enrique me tiene ofrecido un dote igual al mayor que me ofrezca cualquier soberano.
—Entonces vuestra peticion está tambien concedida.
—Finalmente, prosiguió el duque, quiero que el rey me dé su formal palabra de olvidar todo lo pasado y que me presenté sendos rehenes.
—¿Y en cambio, se atrevió á preguntarle el arzobispo, que le ofreceis vos?
—¡Le ofrezco volver á su lado y vijilar como vosotros para la conservacion del trono y procurar la paz de Castilla!

Aunque la promesa del impudente infante era un escarnio hecho á los rejentes, estos se contentaron con ella porque en ella creian ver cumplido su propósito.

No tardó el duque en llegar á la córte para reclamar el cumplimiento de las concesiones que en nombre del rey le habia hecho el arzobispo de Santiago en Tordehumas; pero D. Enrique que oyó bramar la tempestad sobre su cabeza, revistiéndose de un valor estraordinario y llevado por un arrojo al par que por una discrecion que escedian á sus tiernos años, guiado por su propio consejo, sin sujestion de persona alguna, resolvió acabar de una vez para siempre con las parcialidades, pasiones y aficiones de sus falsos tutores. Pronto los ulteriores sucesos nos han de demostrar cuan acertadamente procedió el rey en tomar tan cuerda resolucion.





CAPÍTULO VIII.

Por segunda vez recuerda D. Enrique que es rey, y esta vez resuelve serlo enteramente solo.

Siendo D. Enrique el feliz écsito que habia tenido la resolucion que tomára hacía algunos meses para contener las demasías de sus tutores, encerrándolos en el castillo de Burgos y haciéndoles restituir lo que con sobrada codicia le habian usurpado; visto que á pesar de su resolucion y de su presidencia en el consejo, continuaban gobernados los reinos mas por el interés de aquellos magnates, que por el bien de los vasallos; visto finalmente que aun los mismos tutores confesaban la verdad de esos defectos, y que ya no trataban de ocultarlos; deliberó sin aguardar á los catorce años, salir de tutorias. Decidióle tambien á tomar aquella resolucion, la audacia cada vez mayor del duque de Benavente; la autoridad que se tomaba sobre su persona la reina de Navarra, y las fuerzas, que aunque niño, se sintió revestido para luchar contra todos aquellos enemigos domésticos.

Antes que sacudir aquel pesado yugo, dirijióse otra vez Don Enrique á su mejor amigo, al compañero que nunca le habia faltado desde su infancia; al que siempre habia hallado á su lado en el peligro, y que hubiese sacrificado gustoso su existencia, no solo para salvarle la suya, sino para sostenerle en el trono en el que lejitimamente se sentaba.

Fácilmente comprenderá el lector que hablamos de Pero Guzman el menino del rey, el hijo del conde de Niebla, que fué el único que ausilió á D. Enrique en el castillo de Burgos y á cuya fidelidad debia la vida su propio padre, con los demás rejentes y sus allegados. Conocedor Guzman del propósito del rey, como en la ocasion arriba dicha, se ofreció á secundarle en aquel propósito.

—Vos sereis, señor, le dijo el que ordenará y yo el que cumpliré; lo que dicte vuestra voz, obedecerá mi brazo; porque si vos sois el rey cuyo mandato todos deben acatar, yo soy el capitan de vuestro ejército, el amigo de vuestros soldados, que por vos y por mí morirán gustosos si es necesario.

—Bien Guzman, contestóle el rey satisfecho; tu lenguaje corresponde al amor que siempre me has profesado; pero Enrique tiene grabado en el fondo de su corazon el recuerdo de tus virtudes y de tus merecimientos, y las palabras que acabas de pronunciar te ponen muy alto en mi estima. Cuando libre de la tutela que sobre mí pesa, pueda obrar por mi solo sin las trabas que ahora me sujetan, yo te ofrezco Guzman premiar dignamente tus servicios.

—No ambiciono nada señor, como no sea ese amor que decis me profesais. Solo vos sois mi amigo; solo vos mi protector. Despues de haber salvado la vida á mi padre, éste léjos de mostrarme su reconocimiento, se ha apartado de mí, y por el desvío que me muestra, dijérase que en vez de haberle hecho un servicio fuí culpable con él.

—¿Y no puedes tú adivinar el motivo porque tu padre se aleja de tí?

—Si bien he discurrido varias veces sobre las causas de tan

estraña conducta; si bien he podido vislumbrar por decirlo asi, un motivo, por ser muy poco favorable á los hidalgos sentimientos del conde, he creido deber rechazarlo.

—¿Y que motivo es este? dijo el rey picado por la curiosidad.

—No, no intenteis saberlo señor; permitidme que me lo calle.

—No temas, habla amigo mio, que despues de haber perdonado por tu intercesion la vida á tu padre y á sus parciales en el castillo de Burgos, no hay motivo porque receles de mí.

—Pues bien, precisamente á causa de la escena del castillo, imajino yo que mi padre me tiene aversion.

—No te comprendo Guzman; como tú mismo acabas de manifestar, juzgo que mas bien que aversion, debiera ser agradecimiento lo que sintiera el autor de tus dias por su salvador.

—Estos señores, prosiguió el menino del rey, habrán imajinado que sin mi leal concurso, tal vez no hubieseis podido llevar á cabo la firme resolucion que concebisteis; y si tal han creido fácilmente se esplica su resentimiento conmigo y con vos.

—Pero tú me has prometido fidelidad Guzman; repuso el rey á quien convencieron las palabras de su menino.

—¡Hasta la muerte señor!

—Atiende que en la empresa que vamos á acometer, crecerá si cabe esa aversion que acabas de manifestarme, tal vez tu padre te maldiga.

—Primero es mi rey y mi patria; y por mucho que quiera á mi padre, el amor filial no vencerá en mí el amor á mi soberano.

—Eres un leal caballero, dijo D. Enrique con emocion estrechando la mano de su amigo. Como ya eres conocedor de mi propósito, urje ahora que aceleremos su cumplimiento. Como en Burgos, preciso es que el mayor sijilo preceda á la ejecucion de nuestro plan; de él depende su écsito. Conviene que estos señores no puedan traslucir nada, y es necesario engañarles con falsas apariencias. Si la vez primera los llevé á un castillo, ahora la escena debe ser muy diversa; para darles el golpe de muerte he elejido un monasterio, es decir, la mansion de la paz y del sosiego

Si como lo imajino, logro sujetar con el terror á estos ambiciosos cortesanos, el célebre claustro de Santa María la Real de las Huelgas se hará mas célebre todavía, por cuanto en el acabarán su poder mis tutores y en el comenzará mi verdadero reninado.

—¿Con qué habeis escojido el monasterio de Santa Maria la Real, para convocar á los rejentes?

—Si, Guzman, despues de bien meditado, creo que es el sitio que mas conviene ámi objeto. Si mis rejentes, lo que no creo, se revelasen contra mí, á mi voz tú te presentarás de repente para hacer cumplir la justicia del rey.

Pocos dias despues de haber tenido lugar la escena que acabamos de referir, el rey Enrique III seguido de algunos pajes y escuderos, se apeaba del hermoso tordo que montaba, en los pórticos esteriores del monasterio de Sta. Maria la Real de las Huelgas. El Rdo. P. Capellan que no esperaba sin duda aquella visita, salió apresuradamente á recibir al jóven soberano, á quien dió sus escusas por no haber acudido á su encuentro para tributarle todas aquellas atenciones debidas á su alto rango.

—Mi objeto al dirijirme en este monasterio, díjole el rey, ha sido por querer hallar en esta morada el sosiego y tranquilidad que me son necesarios en una importante entrevista que debo tener aqui con algunos de los principales señores de mi córte.

—Señor, díjole el sacerdote, aunque esta casa que es la casa del señor, no pueda ofreceros las comodidades de vuestro real alcázar, hallareis en ella sin embargo el sosiego que anhelais.

—Reverendo P. Hernandez, prosiguió el rey, ordenad que dispongan una celda para mí, y alojamiento para mi séquito en el segundo claustro del monasterio que no habitan las relijiosas. Espero que mi permanencia en este sitio será de corta duracion. Ahora este paje, añadió Enrique, señalando á uno de los de su séquito que llevaba en brazos una caja de ébano, os comunicará mis órdenes. Os encargo la obediencia y el silencio.

El rey habia convocado á sus rejentes para que se vieran en Sta. Maria la Real en aquel dia. Necesaria me es, les decia, vuestra presencia y vuestro consejo, para someter á vuestro cesá-

men importantes despachos recibidos, y la contestacion que espero dar á ellos.

Ni un solo rejente faltó; uno en pos de otro fueron llegando al real monasterio, ansiosos por saber el contenido de los despachos, y el por qué el rey les habia designado aquel sitio para su entrevista. Prescindiremos de los comentarios á que dió lugar aquella convocatoria del soberano, para venir á la relacion de uno de los principales hechos del reinado de Enrique III de Castilla.

Era ya muy cerca la hora del medio dia, cuando el P. Capellan llamó respetuosamente á la puerta de la celda que habia destinado para D. Enrique. El rey que á la sazon estaba orando delante de una pequeña imájen del crucificado, que pendia de una de las paredes de la humilde estancia, levantóse apresuradamente y se dirijió á la puerta.

—¿Quién es? dijo D. Enrique á la persona que llamaba.

—Siento interrumpir á vuestra majestad, contestó humildemente el sacerdote; pero como ya se hallen reunidos en el segundo claustro los señores que esperabais, á ruego suyo vengo á participároslo.

—¿Mis pajes han dispuesto la sala?

—Lo está ya.

—Gracias, hermano mio, repuso el rey besando respetuosamente la mano del capellan. Decidles que al momento estaré con ellos y al propio tiempo mandad á uno de mis pajes que suba á este sitio.

Momentos despues un paje escuchaba atentamente las siguientes palabras que le decia con suma rapidéz el rey.

—Montad en el mejor de los caballos que hemos llevado, y si es posible con la rapidéz del viento, dirijios á Búrgos. Si al pasar al puente del Arlanzon veis á un hombre que vista ropilla azul y greguezcos amarillos, paraos un momento. Si mirándole fijamente se quita la gorra en la que debe haber una pequeña pluma blanca caida al lado izquierdo, decidle que venis de Sta. Maria la Real. Entonces aquel hombre os contestará estas pala-

bras que es preciso que no olvideis: —Tambien irá él—y vos replicadle: —Que sea muy pronto. —En este caso, regresad al punto; mas si no hallais á este hombre en el puente, penetrad en la ciudad, dirijios á mi palacio, y advertid á mi menino que ha llegado el momento.

Para evitar todo recelo, el rey habia ordenado á Guzman que no saliese de Búrgos con sus hombres de armas hasta el instante oportuno. El menino debia esperar prevenido en el alcázar real, y si lo creyera conveniente, mandar disfrazado á uno de sus soldados en el puente del Arlanzon. El soldado esperaba; comunicóle las órdenes del rey el paje, y poco tiempo despues Guzman llegaba al monasterio por oculta senda seguido de un buen número de hombres de armas. Todos eran infantes, y su jefe se dió tan buenas trazas, que sin ser vistos por los huéspedes del monasterio, distribuyólos convenientemente en varias dependencias de aquel estenso edificio.

Ya preparado todo debidamente, y habiéndose avistado Guzman con D. Enrique, éste le dijo:

—Vá á llegar el momento decisivo, amigo mio, y tal vez no tendria suficiente valor, sobrada audacia para romper los grillos que me ha impuesto la rejencia, si tú no me infundieses ánimo y no te viese á tí tan resuelto á secundarme.

—Confiad, señor, que como en la torre de Búrgos, triunfareis en Sta. Maria de las Huelgas.

—Si lo alcanzo te lo deberé á tí, y quisiera poderte ofrecer desde luego un premio que fuese digno de tu noble conducta.

Miró Guzman fijamente al rey; sus labios se abrieron como si quisiera contestar á aquel generoso ofrecimiento; pero luego hubieron de cerrarse, dominado al parecer por una resolucion tan poderosa como repentina.

—¿Tú querias pedirme algo? díjole D. Enrique que habia adivinado su intencion.

—Señor.....

—No me ocultes tu pensamiento; bien sabes que nada te puede negar el amigo de tu infancia.

—Bien lo sé señor, y tambien mi reconocimiento no tiene límites; pero yo quisiera pediros una gracia y no sé si me atreva á hacerlo en este momento.

—¿Por qué no? dijo D. Enrique con resolucion.

—¡Pues bien! Sí......

Cerró la boca á Guzman la repentina llegada del reverendo P. Capellan de las religiosas Bernardas, quien parándose á una respetuosa distancia, dió muestras de querer hablar al rey.

—Señor, repuso entonces Guzman, que os aguardan y el tiempo es precioso; id, romped vuestros grillos, que despues he de revelaros el secreto que hace mucho tiempo oculta mi pecho.

Esta vez tambien iba armado el rey, pero cubria su rica armadura una ancha capa de raso blanco. Precedíale el capellan de las relijiosas y seguíale á corta distancia su menino. Despues de haber atravesado algunos de los corredores y galerías no habitadas del convento, detúvose delante de una puerta el citado capellan que le servia de guia y le dijo:

—Aquí está, señor, tomad la llave, si gustais.

—Pues bien, abrid la puerta que yo entraré solo y decid á estos señores que aqui les aguardo.

Obedeció el sacerdote, y entonces D. Enrique dirijiéndose á su menino, le dijo:

—Ahora retírate y al momento que los rejentes hayan entrado en esta sala y cerrado tal vez su puerta, tú ponte junto á ella con algunos hombres de armas. Presta atento oido, y cuando yo levante la voz y oigas pronunciar tu nombre, llama á la puerta, y si se negasen á abrirla, aqui tienes la llave que te facilitará la entrada.

D. Enrique todo lo habia previsto. En el fondo de la sala se elevaba un sencillo trono á cuya derecha en una mesa cubierta con un tapete donde habia bordadas las armas reales, veíanse el cetro y la real corona, que habia llevado el paje en la caja de ébano. Varios sillones pertenecientes á diferentes épocas que habian sido prestados por el capellan de las religiosas, estaban distribuidos alrededor de aquel trono improvisado, donde la silla

real que habia pertenecido á D. Alonso VIII de Castilla fundador del monasterio, ocupaba el puesto que algunos dias antes estaba destinado para la imájen del crucificado. El resto de la sala estaba desmantelado; sus paredes que en otro tiempo habian sido cuidadosamente encaladas, andando el tiempo habian tomado un color pajizo. Del techo que era abovedado, pendia una lámpara de forma antiquísima, pero que indudablemente habia mucho tiempo que no ardía delante del trono del rey de los cielos que en aquel momento iba á ocupar el rey de Castilla.

Por la única puerta que daba paso á aquella sala débilmente iluminada por un solo y alto ventanal, entraron reunidos los rejentes del reino. Iba delante de todos D. Domingo obispo de Santiponce y legado del pontífice Clemente á quien habia invitado espresamente el rey; á su derecha veíase el arzobispo de Santiago y el conde de Gijon; á su izquierda el duque de Benavente y el maestre de Calatrava. En pos de aquellos magnates, seguian los demas rejentes, y despues de éstos, otros caballeros y personas eclesiásticas y seglares, que tambien habian sido invitadas por D. Enrique; por manera, que aunque la sala era muy espaciosa y numerosos los asientos, muchos de los concurrentes hubieron de quedarse en pié.

Como viesen los rejentes aquel gran número de personas cuya considerable mayoría no pertenecia al consejo, aunque eran todas de categoría, imajinaron que los despachos que iba á leerles el rey, debian de ser de suma importancia, por cuanto queria que asistiesen á aquel acto tan gran número de testigos. Y no se engañaban por cierto aquellos señores, porque deseaba D. Enrique que aquel importante acto, estuviese revestido de toda la solemnidad posible. Verdad es que los supuestos despachos debian ser muy poco agradables á los tutores; sin embargo, el rey intentó con ellos y lo logró cumplidamente, llamarles la atencion, que de otro modo tal vez no hubiese podido alcanzar.

No dejó de sorprender á los rejentes la vista del trono y de las insignias reales en aquella sala destinada para el rezo divino. Enrique finjiendo no haber notado su sorpresa, dirijióse al sólio,

terció con gracia su manto de raso blanco, y en pié delante de aquella respetable asamblea, dijo:

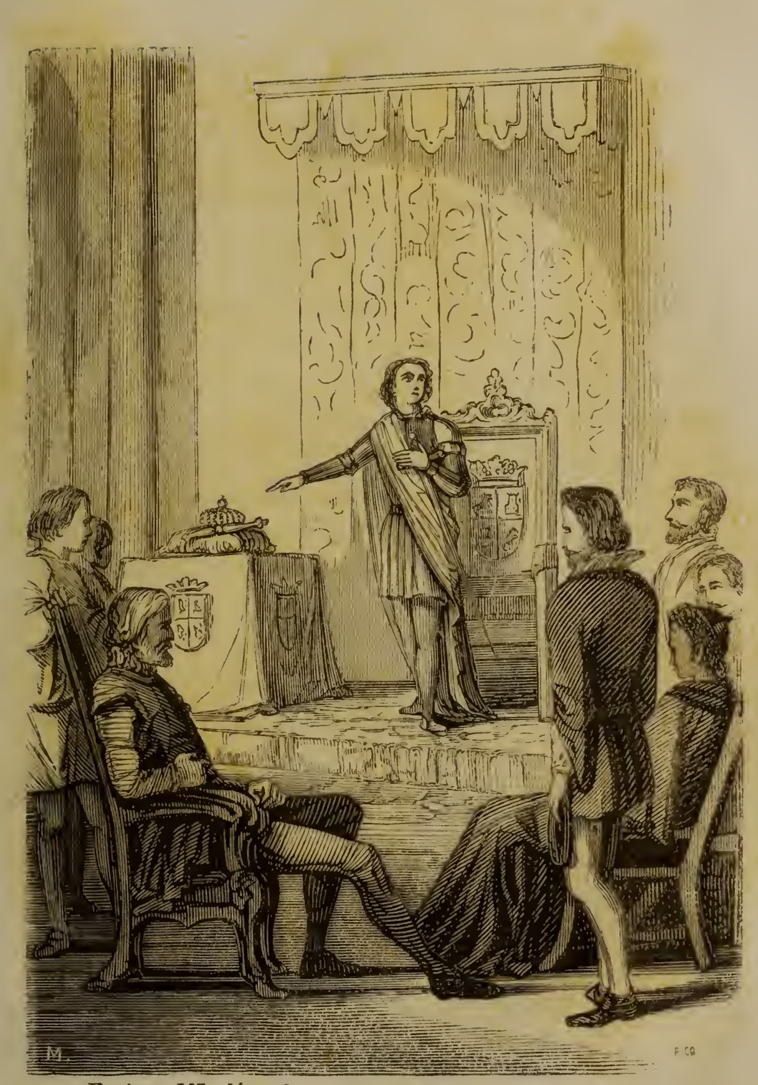
—Os he convocado, señores, en este sitio, para ocuparnos en el silencio y sosiego que en él reina, de un asunto de la mas alta importancia para los asuntos de Castilla y por mí propio decoro. Deseo que asi los de mi consejo, como los que no lo son, oigan mis palabras. Sentaos, yo os lo permito, y atended á lo que voy á manifestaros.

Obedecieron al punto los concurrentes, y en pié el rey sobre la tarima de su trono, añadió:

—Las cosas que en los reinos de Castilla han pasado durante mi infancia, han debido llamar vivamente la atencion de los demas reyes mis aliados, como han llamado particularmente la mia. No os culpo á vosotros, señores, ni trato de exigir á nadie la responsabilidad de estos hechos; pero mi pariente D. Cárlos, rey de Francia, creyendo darme una grande muestra de la amistad y cariño que me profesa, acaba de enviarme por sus mensajeros sus reales despachos, diciéndome tener pena de la desobediencia que algunos grandes, súbditos mios, me están haciendo, para cuyo remedio no solo me ofrece ayudarme con su persona y poder, mas aun está empeñado en mandarme las tropas que haya menester para hacerme obedecer cual cumple á un soberano. He hecho á tan buenos mensajeros, señores, la honra y mercedes que merecian, he contestado al rey de Francia agradeciéndole su buena voluntad; pero asi para evitar en lo sucesivo esa proteccion que quieren dispensarme mis aliados, como para mostrar á los reinos que soy capaz de gobernarlos sin ausilio de ninguna clase, he deliberado por mi propia voluntad, sin aguardar á los catorce años, salir de tutorias.

Los rejentes se miraron unos á otros asombrados; pero ninguno de ellos se atrevió á alzar la voz; D. Enrique sin inmutarse, prosiguió despues de una breve pausa.

—Digo que tomo sobre mí el gobierno de mis reinos, y que dende en adelante ninguno se llame tutor, ni se entremeta en la gobernacion. Este cetro y esta corona, señores, añadió D. Enri-



Enrique III.–lám. 8.

que, señalando con su diestra las insignias reales, pertenecen de hoy en adelante al rey y ¡ay del que se atreva á tocarlas! Espero sin embargo, y os encargo encarecidamente, que prosigais ayudándome todos con vuestros buenos consejos en mi tierna edad, y que con vuestra prudencia me encamineis por la buena senda.

Por una de esas rarezas que harto á menudo nos ofrece ejemplos la historia, los tutores de D. Enrique léjos de rebelarse por el momento contra las palabras del niño rey, permanecieron callados y tranquilos en sus asientos, como si la resolucion que acababa de tomar D. Enrique, fuese de escasa importancia para sus propios intereses. El mismo duque de Benavente, aquel infante rebelde que tantas veces habia turbado la tranquilidad del consejo de Castilla con sus locas pretensiones, creyendo dominar á todos sus concolegas en el poder, permaneció como todos sus demas compañeros aterrado, por decirlo asi, por las resueltas palabras del hijo de D. Juan. Solo el arzobispo de Santiago tomó la palabra y habló al rey en esta forma:

—Con respeto hemos oido, señor, vuestras palabras. Por mí sé decir que ellas han sembrado el contento en mi pecho, y confio que con el mismo ánimo vos me oireis. Este es el tercer año despues que por el testamento de vuestro padre fuimos puestos por vuestros tutores y gobernadores del reino. Cuanto hayamos en esto aprovechado, quédese á juicio de otros. Pero lo que con verdad os podemos certificar, es que ningun trabajo ni peligro de nuestras vidas hemos escusado por esta causa, por el bien y pro comun de estos reinos. Hablar de nuestras alabanzas seria cosa penosa y ocasion de envidia; no puedo empero dejar de consignar, como hasta ahora siempre hemos conservado la paz, y el reino ha estado en sosiego, que es de estimar asaz en tanta variedad de pareceres y voluntades. En nuestro gobierno ni sangre, ni muerte de alguno no se ha visto: cosa que se debe atribuir á milagro, y á vuestra buena dicha y felicidad, que plegue á Dios sea asi y se continúe en el restante de vuestro reinado. Aplacamos con treguas los ánimos feroces de los portugueses. Dirán algunos que los pueblos están irritados y gastados con nues-

tras imposiciones. ¿Cómo puede ser esto, pues para aliviarlos reducimos la alcabala á la mitad menos de lo que antes pagaban, es á saber: á razon de uno por veinte, todo á propósito de acudir á las necesidades del pueblo, y alejar sus quejas y disgustos. Tambien muchos que se habian desterrado de sus tierras, y desamparado sus haciendas por la violencia y crueldad de los alcabaleros, se hallan al presente en sus casas. Dirán otros que los tesoros y rentas reales están consumidas y acabadas. No lo podemos negar; pero de otra suerte ¿cómo se pagáran las deudas y obligaciones que quedaban, y se apaciguáran las alteraciones de la nobleza y del pueblo, si no fuera con hacerles mercedes y acrecentarles sus gajes? Que si pareciese demasiado, ¿quién quita que no lo podais todo reformar como fuera mas conducente, asentadas las cosas de vuestro reino? Ningun pueblo, hasta la menor aldea hallareis enajenado; todo está tan entero como antes; de suerte que ninguna cosa falta para vuestra felicidad y para nuestra alegría, sino lo que hoy se hace, que concluida tan larga navegacion, llegados al puerto despues de tantos peligros y á salvamento, caladas las velas y echadas anclas, muy de gana descansemos en vuestra prudencia y benignidad, seguros y ciertos que si en tanta diversidad de cosas algo se hubiese errado, sin que sea menester intercesor ni tercero, vos mismo lo perdonareis. Esto tambien aumentará vuestra gloria, que hayais tenido por tutores personas que con las mismas virtudes de templanza, prudencia y dilijencia con que han hecho guerra á los vicios, y llevado al cabo cosas tan grandes, podrán de aqui en adelante sufrir la vida particular, su recojimiento y sosiego.

Asi habló el arzobispo de Santiago, tratando de disculpar con bellas palabras el comportamiento que habia guardado la rejencia; y sus razones que alcanzaron manifiestas muestras de aprobacion de la mayoria de sus compañeros, fueron contestadas por el rey con dignidad y nobleza.

—De vuestros servicios, de vuestra lealtad y prudencia, todo el mundo dá bastante testimonio. Yo mientras viviére no me olvidaré de lo mucho que os debo, antes estoy resuelto que como

hasta aqui, por vuestro consejo he gobernado mi persona, asi en adelante he de ayudarme de vuestros avisos y prudencia en todo lo que concierne al gobierno de mi reino.

—Don Enrique al dar algunas esperanzas á sus tutores, alejaba el conflicto que su rebeldía hubiese podido ocasionar; al perdonar sus pasados yerros, se mostraba generoso y sembraba el reconocimiento.

Apenas el rey hubo cesado de hablar, levantóse el legado del Papa, que como dijimos asistia á la conferencia, y dijo á D. Enrique.

—Señor, que vuestro perdon sea estensivo tambien á los ausentes. Tres obispados están entredichos con motivo del destierro que pesa sobre el arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio; las jentes están muy aquejadas, y puesto que han cesado ya los motivos que mantenian fuera de la córte á este prelado que por tanto tiempo fué vuestro consejero, perdonadle sus errores si los cometió, llamadle á vuestra gracia, restituidle sus fortalezas y que sean alzadas las censuras.

—La voluntad del obispo de Santiponce será cumplida, dijo D. Enrique; haya amnistía general en mis reinos.

Antes de concluirse aquel importante acto, que contra lo que debia esperarse, tan buenos resultados diéra, varios de los rejentes manifestaron á D. Enrique sus deseos de que se diére solucion á varios negocios graves que instaban; pero el rey que deseaba tomar consejo sobre el particular y que á pesar de su corta edad obraba con suma prudencia antes de resolver ninguna cuestion de importancia, aplazó aquellos que le proponian los rejentes para verse en las córtes que en Madrid acordó celebrar desde luego. Apoyólo en aquella resolucion el arzobispo de Santiago, que á la sazon ocupaba al lado del monarca el puesto que por tanto tiempo habia estado señalado por sus méritos y virtudes al ilustre prelado de Toledo.

—Bueno es señor, observó aquel, apenas estuvo disuelta la asamblea de rejentes y magnates, que meditemos con calma lo

que importa hacer para el bien de los reinos, y si vos como habeis tenido á bien manifestarnos, os dignais oir nuestros humildes consejos, procuraremos encaminar á seguro puerto la nave del estado.

El rey escuchó con bondad aquellas oficiosas palabras del arzobispo, quien intentaba recobrar por el favor lo que habia perdido en el poder, y alcanzólo cumplidamente durante algun tiempo representando, por decirlo así, la presidencia de un consejo especial, cuyos fallos acataba con suma política el niño rey. Componian aquel consejo aparte el arzobispo citado, D. Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de la casa real, D. Diego Lopez de Zúñiga y D. Ruy Lopez Dávalos, camarero mayor del rey; quienes tenian entre sí tal conformidad de pareceres, que al decir de un cronista de su tiempo, era cosa que rayaba en miraculosa, atendido que los cuatro eran privados. Pero si bien se examina, no era tan estraño el comportamiento de aquellos señores, porque gozando del favor por el rey y del valimiento por la union que constituia su fuerza, agrupados alrededor del trono su autoridad se consolidaba, al paso que divididas sus fuerzas, era probable que uno en pos de otro hubiesen caido en la desgracia, siendo reemplazados por los demás rejentes que llenos de los mismos deseos, estaban de continuo acechando la ocasion favorable para ásaltar su puesto.

Entre los mal contentos que debieron conspirar desde luego en el silencio, hallábase el duque de Benavente, quien como veremos mas tarde, hubo de aliarse con los que mas debian sostener al trono y que solo intentaron derribarle al impulso de sus golpes.

Ya el duque mostró al rey con palabras preñadas de intencion, aunque con suma reserva, el desagrado con que habia visto la solemne escena de Sta. Maria la Real de las Huelgas.

—Si bien como fiel vasallo debo respetar vuestras resoluciones, dijo el duque al rey al salir de la sala de aquel monasterio, permitid sin embargo, que os manifieste que hubiese preferido ver otro motivo en vuestro acuerdo, y que hubieseis elejido otro lugar para manifestarlo á vuestros rejentes.

—¡No os comprendo en verdad duque! díjole admirado el rey.

—Me pesa os digo; que para decidiros á empuñar el cetro en vuestra mocedad, os hayais apoyado en las instancias y proteccion del rey de Francia, y que hayais elejido este sitio retirado y misterioso, para esponer la resolucion que acabais de tomar.

—Por lo que hace á la proteccion é instancias del rey de Francia, entended duque, que las he tenido en muy poca consideracion en este caso; y si bien es cierto que he recordado á mis rejentes la buena amistad que me profesa mi pariente y aliado Don Cárlos, ha sido para manifestarles que contaba, en el remoto caso de oposicion, con poderosos ausiliares. Por lo que respeta á la eleccion de sitio, no vayais á creer D. Fadrique que haya sido para daros una sorpresa, ni tampoco por querer ocultar tan importante acto. Creo que aprobareis mi pensamiento, cuando os diga que al elejir este monasterio en vez del salon de mi real alcázar ú otro lugar mas público, ha sido por recordar que Don Alonso VIII fundó este insigne monasterio, no solo para panteon real, sino tambien para que se coronasen en él los reyes de Castilla. Vos podreis decirme que no me he ceñido hoy la corona; que estaba ya coronado desde mucho tiempo; pero si bien esto es cierto, no lo es menos que antes por ser muy niño eran mis rejentes los reyes, y desde hoy por mi voluntad empuñaré solo mi cetro.

—Ojalá que así sea, señor, contestó el duque con una imperceptible sonrisa de ironía y mirando de reojo y con cierto desprecio á los rejentes sus rivales que iban desfilando silenciosamente por el segundo claustro del monasterio.

Si D. Enrique leyó en el corazon del infante, si adivinó los pensamientos que bullian en su mente, hizo semblante de no comprenderlo, porque dirijiéndose á uno de sus pajes, mandó que le trajéran su caballo en aquel sitio. Al poner el pié al estribo con aquella gracia y marcial talante que habia heredado de su padre, tendió la mano al arzobispo de Santiago, diciéndole en

presencia de todos los que habian sido sus rejentes, reunidos en aquel momento á su alrededor.

—Don Juan García, os espero mañana en mi palacio. En adelante todas las provisiones y cartas reales, se robrarán con mi sello.

Aquella órden equivalia el nombramiento de primer ministro. Asi debieron comprenderlo los correjentes, porque apenas D. Enrique se hubo alejado algunos pasos, cuando todos le rodearon felicitándole por el favor que le dispensára el rey.

El poder de aquel primer ministro fué sin embargo de corta duracion. Como á D. Pedro Tenorio, le llegó tambien el dia de la desgracia; le llegó tambien el dia del desengaño; y como el primado, se alejó de la córte convencido de que el favor es pasajero y efímero el poder. Aquellos dos prelados que en la época que historiamos eran los mas señalados del reino, dotados ambos de prendas y partes aventajadas, de injenio, sagacidad y dilijencia, fueron víctimas de la ambicion por la ambicion. Dirijiéndose ambos por diversas vias á un mismo fin, ambos llegaron á él en diferentes circunstancias y cayeron de su altura por diversos motivos. La nobleza, la edad, la elocuencia, la grandeza de ánimo, eran cuasi iguales en ellos; si bien que aquellas dotes de la mente y del corazon las empleáran muy diversamente. El de Santiago usaba de caricias, astucia y liberalidad; el de Toledo se valia de su entereza en que no tenia par y de una resolucion que nada podia destruir. El primero era jovial y granjeaba la voluntad de los grandes; el otro se señalaba por su gravedad y mesura. Si la severidad era el distintivo del de Toledo, la tolerancia sonreia al de Santiago; el uno daba, el otro tenia mas que dar; aquel amparaba á los culpados y los defendia; el de Toledo queria que los culpables fuesen castigados. El uno era solícito, vijilante, favorecia á sus amigos y á nadie negaba lo que estuviese en su mano; el otro ponia gran cuidado en la templanza y en el ejercicio de todo género de virtudes; ambos dignos de los altos puestos que ocuparon, ambos han dejado un rastro

luminoso en la historia de su pais y un recuerdo imperecedero de los bellos sentimientos que los animaban, en varios monumentos que se conservan todavia en el reino.

Al llegar el rey al puente del Arlanzon de regreso á la ciudad, volvió la vista atras, y observó que le seguia á una respetuosa distancia, Guzman su menino mandando los hombres de armas que habia conducido al monasterio, y que entonces le servian de escolta. Hízole seña D. Enrique, y acercándose el hijo del conde de Niebla, le dijo con semblante risueño.

—Guzman, hemos triunfado; de hoy mas D. Enrique III será rey de Castilla, y la primera gracia que se le pida está concedida de antemano. Amigo mio, tú llegas el primero; habla, que antes de llegar á palacio, tus deseos quedarán satisfechos.

—Señor, dijo agradecido el capitan de su reales guardias, prefiero aguardar algunos instantes, el silencio de vuestro real alcázar es mas propio que el tumulto de este sitio para abriros mi corazon.

—¡Pues vamos á Burgos! repuso el rey espoleando su caballo.





CAPÍTULO IX.

En que se demuestra con algunos hechos, porque la imparcial historia califica de dulce la memoria de D. Enrique III.

Xubete, espada y loriga vestia el rey, cuando salió de su real alcázar para dirijirse al monasterio de Sta. Maria la Real de las Huelgas; pero cubria sus armas como dijimos en el capítulo anterior, un holgado manto de seda blanco. Apenas estuvo de vuelta, sin cuidarse de quitarse aquellas armas, deseoso de oir cuanto antes de boca de Guzman su menino, la peticion que éste queria hacerle, se encaminó á su cámara, sentóse en un sillon, y señalando otro sitial que estaba á su lado, hizo sentar en él á su fiel amigo.

—Por fin hemos llegado á palacio, díjole el rey con semblante risueño, satisfecho enteramente nuestro propósito; falta ahora únicamente que quede cumplido tu deseo, el cual espero me lo has de manifestar ahora mismo.

—Lo haré, señor, dijo Guzman, que como el rey deseaba que llegase aquel instante.

—Habla pues, que ya te escucho.

—Recordareis, señor, que poco tiempo despues de la muerte de vuestro padre, salimos un dia de Madrid para ir á cazar en los bosques del Pardo y que persiguiendo á un hermoso corzo jóven, descubrimos en las ruinas de cierto valle solitario, á un judío anciano que moraba en aquellas soledades en compañía de su bella hija.

—En tanto lo recuerdo, contestó el rey, que ofrecí proteccion al israelita en nombre del paje negro. Recuerdo además perfectamente los hechos que mas tarde tuvieron lugar con motivo del rapto del padre; tus sospechas de que uno de los mantenedores del torneo fuese el amante de la hija, es decir, ese duque misterioso que nadie, segun él, debia resistir á su voluntad y cuyo nombre, la verdad sea dicha, no me acordé de averiguar preguntándoselo á D. Pedro Tenorio, quien sin duda debia saberlo, asi como habia casi olvidado al judío y á su hija desde que partieron á Toledo.

—No teneis necesidad, señor, del arzobispo para averiguar quien fué el caballero osado que arrebató al judío y á su hija, porque pronto, si vos me prestais atencion, habeis de saberlo asi como el paradero de Roboan y Raquel, que tales son los nombres de aquellos hebreos.

—Gustoso, contestó D. Enrique, sabré esos secretos; pero no acierto á comprender que tienen que ver Roboan y su hija con la gracia que quieres pedirme.

—Aunque os parezca estraño, prosiguió Guzman, que os recuerde semejantes nombres, como estas personas sean los actores principales de una historia para mí muy interesante que voy á referiros, no están por consiguiente fuera de lugar.

—Cuéntame Guzman esa historia, contestó el rey, escitada cada vez mas su curiosidad.

—Pues que llevo propósito de abriros enteramente mi corazon, sabed que desde el instante que ví á Raquel en las ruinas del valle solitario, el fuego del amor se encendió en mi pecho. Desde aquel momento la hija de Roboan fué para mí el objeto

de toda mi ambicion; toda mi gloria la cifré en ella, en su posesion fundé mi mas bello porvenir. Todos los instantes del dia, en mis sueños de la noche, la imájen de Raquel me sonrie de contínuo. Por ella acudí á los bosques del Pardo y por su amor la libré de los brazos de su raptor. Llevado tambien por mi pasion volé á Toledo, y alli la salvé tambien otra vez de su tenaz perseguidor; por ella en fin, os he pedido permiso repetidas veces para alejarme de vuestro lado y poder admirar durante algunos rápidos instantes, su angélico semblante y oir de su boca una palabra de amor ó ternura; porque habeis de saber señor, que Raquel me ama como yo la amo á ella, es decir, como se aman los ángeles del cielo, con un amor puro pero inestinguible. ¡Mas ay! en vez de correr por una senda sembrada de flores, ambos nos vemos forzados á pasar por un camino lleno de abrojos y espinas. El caballero misterioso de los bosques del Pardo; el que la persiguió en Madrid y en Toledo; el que de nuevo acecha sus pasos é insiste que ha de darle su mano de esposa; es un rival poderoso, señor, ante el cual mis fuerzas y mi amor son impotentes. Además debo luchar con un enemigo tanto ó mas temible que aquel, cual es la aversion que tiene el padre de mi amada á los cristianos, pues antes preferiria dar la muerte á su hija, que entregarla por esposa á un nazareno, segun el dice. Las preocupaciones de aquel hombre, están tan arraigadas en su pecho, que dudo que yo pudiera convencerle para lograr mi anhelo. La última vez que le hablé en Segovia, me dijo que solo la voluntad del rey podria forzarle á darme la mano de su hija, y hé aquí señor la gracia que imploro de vos.

—Atentamente he escuchado tus palabras, Guzman, pero ellas me han dejado algunas dudas que deseo me aclares antes de darte una contestacion á lo que me pides. En primer lugar me has ofrecido revelarme el nombre de tu rival, y ese nombre todavia no lo han pronunciado tus labios; además no concibo como siendo tú cristiano, quieres llamarte esposo de la hija de un miserable judío, de un.....

—Señor, observó Guzman interrumpiendo al rey, no ultrajeis al padre de mi amada; el amor todo lo iguala.

—Pero á tí el amor te ciega Guzman, repuso el rey con acento tranquilo, sin darse por resentido de las altivas palabras de su menino. Tú mismo acabas de confesarme que Roboan profesa una irresistible aversion á los cristianos; ¿cómo quieres que un cristiano que no esté dominado por una violenta pasion como la tuya, no corresponda con mucho mas motivo al desprecio que se merecen los descendientes de los que dieron muerte al Hombre Dios.

—Pero Raquel, contestó Guzman, podrá llegar á ser un dia cristiana, y entonces, señor, juzgo no ecsistiria ningun motivo que impidiera ser mi esposa.

—Enhorabuena, Guzman, prosiguió el rey con satisfaccion, el dia que las aguas del bautismo hayan regenerado á esta jóven, yo te doy mi real permiso para que seas su esposo.

—Sin embargo, esto no es posible, señor. Roboan su padre, como os he dicho, solo me la concederá en fuerza de vuestra voluntad, y Raquel al lado de su padre nunca podrá ser cristiana.

—Si esa jóven te profesa un amor verdadero, fácil será que venza esa dificultad que se opone á mi deseo.

—No concibo, señor, como esto sea posible, porque si bien Raquel me profesa un cariño entrañable, no es menos el amor que tiene á su padre, y en esa dura alternativa, en esa lucha del deber con el corazon, tal vez Guzman quede vencido.

En este momento llamaron respetuosamente á la puerta de la estancia real. Algo disgustado D. Enrique, volvió la cabeza en la direccion donde sonaban aquellos golpes, y dijo con cierto enfado.

—¿Quién llama?

—Señor, dijo la voz del arzobispo de Santiago, al través de la puerta; urje sobremanera que os hable ahora mismo.

—¡Entrad! dijo el rey abriendo al mismo tiempo la puerta.

¿Qué asunto es este tan grave, que os lleva aqui en este momento?

—Señor, repuso el arzobispo en voz baja, á fin de que no pudiesen ser oidas sus palabras por Guzman que permanecia en pié á cierta distancia. Vos me dijisteis esta mañana que acojeriais benévolo mis consejos y advertencias, y en fuerza de esta autorizacion, y tambien en descargo de mi conciencia, he creido deber advertiros el peligro que os amenaza.

—¡Peligro decís! esclamó el rey con sobresalto.

—Efectivamente acabo de saber que el duque de Benavente, con Doña Leonor de Navarra y algunos de los que fueron vuestros rejentes, se han reunido secretamente para tramar un plan de conjuracion contra vos y tal vez contra vuestro trono.

—¿Y bien, dijo Enrique, creeis que estos señores han de poder nada con la fidelidad de mis vasallos y el apoyo que me presta mi ejército?

—En verdad que su empresa es muy quimérica; pero todo debe temerse de estos osados señores que acostumbran prescindir de los medios para lograr su objeto.

Calló el arzobispo, y tambien el rey permaneció sumido durante algunos instantes en un profundo silencio. Dijérase que de repente le habia asaltado una idea de salvacion, y que aquella idea absorvia en aquel momento toda su atencion.

—¿Y quién juzgais vos que es el alma de ese foco de rebeldía? preguntó D. Enrique al arzobispo que luego habia de serle contrario, rompiendo el primero aquel significativo silencio.

—¡Quién ha de ser señor, sino el infante! ¿Quién sino él, ha sido constantemente la poma de la discordia en el consejo durante vuestra menor edad? ¿Quién sino el duque, habia de abrigar ideas tan perversas y criminales contra vos?

—En efecto, D. Juan; conviene que detengamos la carrera á ese caballo desbocado, prosiguió D. Enrique, y creo haber hallado un medio para aplacar su fogosidad. He concebido en este momento un plan, que juzgo ha de destruir el que vos me decis están fraguando el duque y sus satélites. Dejad que lo me-

dite un poco y volved mas tarde que he de someterlo á vuestra aprobacion.

En efecto, el infante y Doña Leonor, en union de algunos rejentes descontentos, habian tenido una reunion apenas estos últimos habian llegado á Búrgos de regreso de Santa Maria la Real de las Huelgas. La reina de Navarra que al conocer la resolucion del rey, habia previsto sus funestas consecuencias para ella, se habia esforzado desde luego en avivar la llama de la ambicion que ardía en el pecho del infante. Este con aquel ausilio y el de algunos malos correjentes, creyó, en pro de sus intereses, no deber sujetarse al repentino acuerdo del rey, máxime al ver que daba todo su favor al arzobispo de Santiago, como se lo dió en otro tiempo al de Toledo.

Conocedor el prelado de aquella intriga palaciega, se habia apresurado en revelársela al rey para captarse mas su benevolencia y su favor al lado del monarca. D. Enrique, que como dijimos en otra ocasion, reunia á una prudencia de anciano, una penetracion de jóven, sin desconocer el peligro que le anunciára el arzobispo, imajinó un medio de apartarlo, y para ello recordó los consejos y los medios de que en otro tiempo se habia valido el arzobispo de Toledo para sujetar al mismo duque. Muy pronto ha de conocer el lector cual fué el plan del rey.

Apenas D. Juan García Manrique hubo salido de la réjia estancia, volvió el hijo de D. Juan á sentarse al lado de su menino, diciéndole.

—Este buen arzobispo me viene ocupando de asuntos que en verdad para mí tienen muy escaso interés, comparativamente con la conversacion que los dos teníamos.

Aquella era la primera vez que el rey engañaba á su menino; tambien la primera que le ocultaba los secretos de su corazon; pero Enrique debia hacerlo asi para el perfecto logro de sus buenos fines.

—Decias pues, prosiguió Enrique, que tienes un rival poderoso en tu amor á la bella hebrea, y este rival si mi memoria no me es infiel, creo que es un duque.

—Efectivamente, señor.

—Y ese duque, si tampoco me engañan mis presentimientos, juzgo que me es conocido. Por tus palabras colejí, que siendo el raptor de la hija de Roboan ó mejor su amante, el vencedor en el torneo, naturalmente debia ser.....

—D. Fadrique de Castilla, duque de Benavente, añadió Guzman. Hora es ya que levante el velo á este secreto que he conservado en el fondo de mi pecho durante vuestra menor edad, para no ser causa con su revelacion de mayores males; ahora que ya sois rey, señor, justo es que todo lo sepais; que nada se os oculte; vos podreis juzgar asi con perfecto conocimiento de causa.

—¿Y crees tu Guzman, prosiguió el rey con notable complacencia, que D. Fradrique ama de veras á Raquel?

—La ama como la amó yo mismo, es decir, cuanto se puede amar á una mujer.

—Pues entonces; ¿cómo se esplica la pasion del infante con Doña Leonor de Alburquerque? ¿Cómo es posible que el duque amase á dos mujeres á la vez. No concibo en verdad, este doble sentimiento, como no sea que quisiera á la una por esposa y á la otra por amiga.

—Señor, estos son secretos del corazon, y no seré yo por cierto quien se atreva á esplicar sus misteriosas causas; pero sí puedo deciros formalmente, porque tengo suficientes motivos y hasta pruebas para creerlo asi, que D. Fadrique compartia igualmente su amor entre estas dos mujeres, y que no siendo ya posible á lo que parece, ser correspondido por Doña Leonor de Alburquerque, todas sus ansias se cifran ahora en la posesion de Raquel.

—¿Y crees tú que la hija del judío corresponda á la amorosa pasion de tu rival?

—En tanto no le corresponde, esclamó Guzman con voz de satisfaccion, que ódia su nombre y aborrece su presencia. ¿Cómo quereis que Raquel sea el amante de este hombre, él que la

arrebató contra su voluntad de los brazos de su padre y ha sido mas bien su tirano que su amigo?

—En efecto, tus palabras me convencen, contestó el rey; y luego despues de un momento de reflecsion añadió. Ya sabes Guzman, que te quiero como á mi propio hermano; deja que yo recapacite en el silencio y en el sosiego, lo que acabas de revelarme: espero que no tardaré en ocuparme de este asunto en el que se cifra la felicidad de tu vida. Ahora escribe estas palabras:

—«Obedeced sin titubear al mensajero del paje negro.»

El menino hizo lo que el rey le mandó.

Salió Guzman del cuarto del rey y éste sin quitarse sus armas, tomó la pluma y escribió las siguientes palabras:

«Duque, el rey desea hablaros esta misma noche en su palacio; lo que intenta comunicaros, os interesa mucho mas á vos que á él; por consiguiente espera que no faltareis.»

—Apenas el rey hubo trazado estas palabras, hizo llamar por un paje al arzobispo de Santiago.

—Leed, le dijo, este mensaje que voy á enviar al infante Don Fadrique.

Leyó atentamente el arzobispo y luego dijo á D. Enrique:

—No comprendo, señor, el objeto que llevais con este escrito.

—Voy á decíroslo. Vos me acabais de revelar que el duque conspira contra mi persona, y os creo por vuestra palabra y porque conozco el carácter rebelde del infante. Todos nuestros esfuerzos por el momento, no serian capaces para contener á ese hombre en su desatentada carrera; solo hay un medio para sujetarle, y este medio por una feliz casualidad creo tenerle en mi poder.

—Manifestadmelo, señor, si os place, que me interesan vivamente vuestras palabras, esclamó el arzobispo.

—Un solo medio, prosiguió el rey, conozco yo para dominar al infante y es escitarle una pasion que sea mas viva que la que impera ahora en su pecho. Este recurso que me lo enseñó D. Pedro Tenorio y que ya otra vez dió muy buenos resultados, es el que ahora trato de emplear de nuevo. Mientras D. Fadrique

abrigó la esperanza de poder dar la mano de esposo á Doña Leonor de Alburquerque, el arzobispo hizo de él lo que quiso; luego que perdió aquella esperanza, se declaró rebelde abiertamente. Ahora bien, no pudiendo echar mano del mismo recurso, se me ofrece otro muy parecido. Acabo de saber de una manera que no deja lugar á la menor duda, que el infante ama apasionadamente á una judía de Segovia, cuyo nombre tambien me es conocido. El duque tiene un rival; pero asi éste como el infante nunca obtendrán el consentimiento del padre de la judía, sin que yo le fuerze á darlo por mi voluntad. Este judío que se llama Roboan ha sido perseguido, preso y maltratado por el duque á quien naturalmente profesa un ódio á muerte; la ocasion oportuna ha llegado para que la hija de ese israelita nos sirva de ausiliar y de gran provecho. Ahora mismo mandad secretamente uno de vuestros mas fieles mensajeros á Segovia que busque al padre y á la hija. A aquel, que le advierta de parte del paje negro, recordad arzobispo bien este nombre, que tanto él como su hija corren inminente peligro de verse maltratados por su tenaz perseguidor, y que urje sobremanera que se ausenten de aquella ciudad. Añadale que el paje negro, debidamente autorizado por el rey, que es su íntimo amigo, no solo le ofrece, sino tambien le ruega, que acepte un seguro asilo, á cuyo efecto podreis destinar un lugar apropósito cerca de esta córte donde aquellos israelitas no puedan ser arrebatados por el duque, si llegase á descubrir su paradero. A la hija que le diga en secreto que su salvador le ruega que obedezca al paje negro y para que dé fé á su mensaje, que le entregue este escrito.

Al decir estas palabras, el rey dió al arzobispo las líneas que habia escrito Guzman.

—Comprendo perfectamente vuestras intenciones, dijo el prelado, pero no atino el modo con que quereis llevar á cabo vuestro plan.

—Voy á manifestároslo. Dueños nosotros de Raquel, tal es el nombre de la judía, tendremos una prenda certera de la fidelidad del duque, os diré como. Este vá á llegar aqui dentro de po-

cos momentos. Manifestaréle haber recibido noticias de querer faltar á sus treguas el árabe, y que el objeto de haberle llamado es para confiarle un puesto importante en la frontera del moro; que en razon de su alta alcurnia, le concedo los honores de adelantado con el sueldo que como á tal le corresponde; si acepta, si este nombramiento satisface su ambicion, logramos alejar de la córte al infante; si por el contrario, se resiste mas ó menos abiertamente en aceptar el nombramiento, vos que estareis presente á la entrevista, so pretesto de haber recibido algunas comunicaciones, me direis en alta voz que un judío ciego llamado Roboan acompañado de una jóven israelita de singular hermosura, me esperan en la antecámara para confiarme un secreto importante. El infante caerá irremisiblemente en nuestras redes; el resto dejadlo para mí.

El plan de D. Enrique no podia ser mas acertado; pero para su logro, contaba el rey con el infante y el infante tuvo á bien no venir á palacio. Léjos de hacerlo, apenas hubo recibido el billete del soberano, montó á caballo y sin despedirse de sus amigos, se encaminó apresuradamente á Benavente, temeroso de que el rey le preparaba una celada para mandarle preso á algun castillo. Cuando ya se creyó á salvo en su fortaleza, conoció que con sus solos quizas tal vez no podria contener la corriente de los sucesos que cada vez mas le llevaban á su ruina, y entonces, como veremos luego, volvió á aliarse con Doña Leonor de Navarra y sobre todo con D. Pedro de Castilla conde de Trastamara, y lo es que es mas notable aun, con D. Alonso de Gijon que hasta entonces habia sido su mortal enemigo, pero cuyos ódios acalló la esperanza del triunfo de sus propios intereses. Tan cierto es que para dar pábulo á sus innobles pasiones, los hombres olvidan sus rencillas, y de enemigos encarnizados se hacen amigos.

Á pesar de haber faltado el infante á la cita, cumplióse la órden del rey, y Roboan y su hija confiados en la proteccion del paje negro, y temerosos por sus vidas, abandonaron voluntariamente su morada de Segovia para trasladarse al sitio retirado señala-

do por el mensajero que les habia enviado el arzobispo de Santiago por mandato de D. Enrique.

Cuando el rey y su consejo supieron la resolucion que habia tomado el infante, mucho se holgaron de ello, porque les daba pié para alejarle de su lado, fundándose en su rebeldía. En efecto, reunidas á poco las córtes que habia congregado para Madrid Don Enrique, despues de haber repetido á los procuradores lo que habia manifestado á sus rejentes en Santa Maria la Real, esto es, que queria gobernar por sí los reinos; les confirmó sus privilejios y libertades aprobando todo lo que sus tutores en los años pasados habian hecho, y por la necesidad en que se hallaba, les pidió le hiciesen algun servicio con que pudiese remediar sus muchas costas y deudas á ellos notorias. A lo cual los tres estados que presentes se hallaron, dando las gracias y á lo del servicio que pedia respondiéronle con grande voluntad de servirle; pero le suplicaron reformase los reinos, donde entre los demas negocios se hacian grandes fraudes en lo tocante á las lanzas y otras jentes de guerra, porque donde pensaba tener cuatro mil apenas hallaria dos mil. Representáronle mas; que si en todo hubiese órden, las rentas estaban harto altas porque las alcabalas de los reinos, pagándose la veintena, habian rendido y valian doce cuentos cada año, asi como nueve cuentos las seis monedas de servicio y siete cuentos las rentas viejas, foreras, salinas, diezmos de mar, juderías, morerias, montazgos, portazgos y otros derechos, formando un totál de veinte y ocho cuentos lo que de ordinario valian los reinos, que en concepto de los procuradores era harto. Finalmente suplicáronle que si algun servicio pidiese, fuese con consejo de personas maduras y consulta de los reinos.

Aquellas palabras de los procuradores no podian ser mas favorables á los designios del rey y su consejo, asi es que agradecióles D. Enrique todo lo que por su servicio le habian dicho, y como ellos, opinó que los reinos estaban sobremanera cargados y porque los gastos en tiempo de sus tutores habian crecido á mu-

cho, opinaba que se revocasen todas las gracias y mercedes de tierras y oficios que sus tutores habian hecho durante aquellos tiempos.

Aprobóse unánimemente la propuesta del rey y fué borrados de la lista civil el esceso de las grandes pensiones que por varios conceptos se habian dado á muchos caballeros de los reinos, especialmente al duque de Benavente y á la reina de Navarra.

Saltada la primera valla, el rey y su consejo siguieron adelante; el rey, llevado por su grande ánimo y sus justos deseos de ocupar dignamente el sólio de Castilla, y el consejo, para cimentar en la rectitud de su marcha y en la aparente firmeza de sus medidas la fuerza que bien habia menester para dominar los elementos de discordia que todavia existian en los reinos, y cuya mala apagada tea ajitaba todavia en Benavente el osado infante.

—No mas consideraciones, no mas respetos, dijo á su vez el niño-rey; puesto que he cumplido los catorce años en que debe tenerse por seguro mi matrimonio con la hija del duque de Lancaster, de hoy mas el rey de Castilla será el esposo de Doña Catalina, y en su consecuencia el infante D. Fernando mi hermano, que secretamente con palabras de futuro esposo está desposado con Doña Leonor condesa de Alburquerque, se unirá ahora á ella con palabras de presente.

El cumplimiento de aquellas resoluciones, como fácilmente comprenderá el lector, no hizo mas que ecsasperar los ánimos de los tres infantes que en Benavente se hallaban reunidos espiando la ocasion favorable para sembrar una vez mas la ajitacion y el sobresalto en la córte de Castilla. Cada dia llegaban á oidos del soberano como el duque de Benavente su tio en mucho desacato suyo, tomaba por füerzas, opresiones y tiranías todas las rentas reales, sin respetar tampoco las del infante su hermano y las de las tierras abadengas de toda la comarca de Benavente; todos los instantes llegaban á conocimiento del rey nuevas desobediencias, nuevos desacatos debidos á la audacia del conde de Gijon ó al carácter altanero de D. Pedro, conde de Trastamara.

—Señor, le decia el consejo: Doña Leonor de Navarra des-

de el castillo de la villa de Roa está conspirando contra vos; los condes de Gijon y de Trastamara muestran de tratar ligas con la reina, y el duque de Benavente reune cada dia nuevas fuerzas en su castillo; urje por tanto poner coto á sus demasías y prender á estos rebeldes que amenazan la paz de Castilla.

Y el rey contestaba á su consejo.

—Dejadles luchar en su impotencia; ellos han de herirse con sus propias armas; no les provoquemos á una lucha abierta; no seamos nosotros los que abramos la puerta á la guerra civil. Antes de llegar á este triste estremo, yo he de apurar todos los medios de conciliacion; prefiero sacrificar mis intereses y mi reposo, antes que hacer derramar la sangre y turbar la tranquilidad de mis vasallos.

Y el niño-rey, como pudiera hacerlo un hombre encanecido en la esperiencia y en el trato del mundo, puso en planta sus propósitos; apuró todos los medios; escribió de su propio puño al duque de Benavente mandándole cesar de aquellas violencias y diciéndole que lo que se le debia, le librarian los contadores mayores; recordó á Doña Leonor reina de Navarra, las mercedes que le habia hecho; á D. Alonso conde de Gijon la libertad que le habia concedido y á D. Pedro conde de Trastamara los honores y dignidades que le habia dado. Todavía mas; envió el rey á todos aquellos señores, viendo que sus súplicas eran ineficaces, á su mariscal Garcia Gonzales de Herrera, mandando á todos y rogando á la reina, se apartasen de aquellos movimientos. Al duque significó en particular diciendo que si hacia lo contrario, no dejaria de proceder contra él, y que la reina y todos ellos se contentasen de haber y tener en sus libros lo que en las últimas córtes de Madrid se habia ordenado, porque era imposible serles pagado lo que los tutores les consignaron. La galantería y bondad del rey llegó en esta ocasion hasta el estremo de ofrecer de su propio peculio á la reina de Navarra, la cantidad de cien mil maravedises además de los que tenia señalados.

Jamás ningun rey se humilló hasta tal punto con sus propios

parientes; nunca ningun rey obró con mas prudencia, ni encerró un corazon mas noble que aquel soberano de Castilla, y tambien nunca sin duda fueron menos apreciados los bellos sentimientos de un pecho magnánimo. D. Enrique podia anonadar con las fuerzas que contaba, á todos aquellos señores que no eran mas que unos aventureros osados; á su voz se hubiese levantado Castilla como un solo hombre á favor de su soberano, que si como rey le amaba, le idolatraba como á un hijo suyo; y sin embargo, respetando el jóven hijo de D. Juan aquellos miembros corrompidos de su familia y tambien la tranquilidad de sus vasallos que son la verdadera familia del soberano, sufrió por mucho tiempo con resignacion los manifiestos ultrajes que le estaban haciendo aquellos magnates.

El rey que á causa de la peste que se habia declarado en Madrid, pasára á vivir temporalmente en la villa de Illescas, paseábase una tarde por el jardin de su morada, cuando la llegada de un mensajero vino á sorprenderle en su ejercicio. Aquel mensajero traia la contestacion del duque de Benavente á una de las últimas súplicas del monarca. Despues de haber despedido á aquel, rompió D. Enrique el sello de la cinta que cerraba el pergamino y vió que el duque se escusaba, diciendo que el rey estaba mal informado y que si le daba en rehenes de seguridad, sendos hijos de D. Juan Hurtado de Mendoza, de Don Diego Lopez de Zúñiga y de D. Ruy Lopez de Avalos sus grandes privados, iria á la córte á descargarse de lo que le imponian.

Causó al rey tan grande alteracion de ánimo la lectura de aquel escrito, que en alta voz esclamó:

—¿Con qué el rebelde duque desconfia del soberano y osa imponerle leyes? ¿Con qué debo yo dar rehenes al que es mi súbdito para que no pueda ser traidor con él, él que siempre lo ha sido conmigo? ¡Duque de Benavente, crees burlarte impunemente de mí porque soy un niño, pero el niño puede que el dia de la justicia se acuerde de tu rebeldía y te haga subir las gradas de un cadalso!

—No hareis tal, señor, dijo una voz muy conocida del rey, si debeis seguir mis humildes consejos.

Aquella voz era la de D. Pedro Tenorio, que humildemente venia á dar gracias á D. Enrique por haberle devuelto su amistad.

—Era inocente, señor, díjole aquel virtuoso prelado, y solo por no turbar la paz de vuestros reinos, obedecí sumiso vuestros mandatos y sufrí con resignacion el castigo que no merecia y que no vos, sino vuestro consejo me impuso.

—Olvidemos, amigo mio, lo que fué, contestóle D. Enrique con dulzura, para ocuparnos tan solo del porvenir. De hoy mas ya no te separarás de mi lado. Yo tengo necesidad de tus consejos mas que de ninguna otra persona.

Algunos dias despues, el arzobispo de Santiago, so pretesto de hallarse enfermo, despedíase del rey y se retiraba á la villa de Amusco. El verdadero motivo era porque D. Pedro Tenorio privaba mas que él. Aquellos dos hombres no podian estar juntos, como no lo están nunca ni en la selva ni en el llano dos árboles corpulentos; la sombra que proyectan les es mortífera.





CAPÍTULO X.

Si la prudencia ahuyenta los peligros, el amor vence imposibles.

GRANDES eran los males que la continuada permanencia de Doña Leonor de Navarra en la córte, habia ocasionado á la corona de Castilla. En el decurso de esta historia, habrá podido conocer el lector cual era el espíritu de intriga de aquella mujer, y cuanto se habia esforzado para mantener siempre viva la ajitacion que otros ánimos turbulentos habian sembrado en los reinos. Don Pedro Tenorio que mas que el rey, habia podido apreciar, aunque oculta y calladamente, los males que aquella mujer ocasionára, en descargo de su conciencia, y para el bien de la república, lo primero que aconsejó al rey, fué la necesidad de enviar otra vez á su real esposo á Doña Leonor. Coincidió con aquel consejo la llegada de algunos embajadores de D. Cárlos, soberano de Navarra, rogando afectuosamente al rey, diese órden en la vuelta á Navarra de la reina Doña Leonor, su mujer, á hacer vida maridable. Envió D. Enrique á Roa sus mensajeros, pero no

se pudo acabar con la reina, pretestando varias escusas y oponiéndose abiertamente á la voluntad de los reyes su esposo y su pariente. En su temor de verse espulsada de Castilla, su rebeldía tomó entonces mayores creces, y si antes se habia recatado, ya no se ocultó de tratar ligas, no solo con el duque y los condes de Gijon y Trastamara, sino tambien con el arzobispo de Santiago y D. Juan, infante de Portugal. Ya no era entonces solo el duque el que conspiraba, eran todos los grandes señores los que dirijian sus tiros y fraguaban asechanzas contra el jóven monarca. La ambicion, la sed de mando y riquezas, se habian entronizado en Castilla al par del rey, y difícilmente podian avenirse los que abrigaban aquellas innobles pasiones á renunciar á sus propósitos ante la soberanía de un niño.

Los unos como los infantes citados, formaban liga aparte, y so pretesto de que no era razon que el rey se gobernase por ciertos hombres que poco antes se habian levantado del polvo de la tierra, y ahora tenian ellos solos el cetro y el mando, imajinaban tener derecho á la resistencia, y creian disculpada su rebeldía; los otros como los maestres y caballeros que habian formado parte del consejo y no podian alegar aquellas escusas, bajo otros pretestos especiosos, creiánse tambien autorizados para esquilmar los pueblos y alborotar los reinos. Nunca por consiguiente habia arreciado tanto la tempestad, ni habian amenazado mayores males á Castilla, como al subir D. Enrique al trono y al sentarse por segunda vez en su escabel, el arzobispo de Toledo. Sin embargo, la prudencia del monarca y el talento del ministro, contuvieron el torrente devastador que amenazaba destruirlo todo. Surjió tambien en esto un hecho providencial, que si bien parecia deber atraer nuevos males, fué causa de que todos los ánimos quedasen un momento en espectativa ante el peligro jeneral; cesó el clamoreo y dominados por el recelo todos enmudecieron.

Entre los magnates que ambicionáran alzarse con gloria, mando y riquezas do quiera ecsistiesen, contábase D. Martin Yañez de Barbuda, el maestre de la órden de Alcántara, quien ya vimos

al principio de esta historia que abrigaba sentimientos hostiles contra el arzobispo de Toledo. Imajinó sin duda el maestre que ya que no podia luchar con ventaja en las aspiraciones de los infantes, debia ir á disputar una corona, á labrar un cetro, á buscar un trono, junto al sólio de Castilla. El de Granada alhagó su ambicion, y llevado por su injenio precipitado, voluntario y resoluto, y lo que es mas por las seducciones de un ermitaño llamado Juan Sago, tenido por hombre santo á causa de la vida retirada que por mucho tiempo hiciera en el yermo, quien díjole habia tenido una revelacion, fué á retar al poderoso monarca musulman.

—Si no quereis batiros vos solo conmigo, escribió el orgulloso maestre en su cartel de desafío al rey de Granada, os ofrezco que entrarán conmigo en la liza veinte, treinta, cien y hasta mil caballeros cristianos, y asi yo el maestre, como los caballeros mis amigos que os proponemos al reto, os permitimos que el número de los caballeros moros sea doblado.

Aquel singular reto era un insulto hecho al reconocido valor del musulman, por manera que éste no solo no hizo caso del desafío, sino que ultrajó y maltrató á los embajadores que habian sido portadores del cartel. El maestre mas indignado por aquella conducta, confiado en la revelacion del ermitaño y la justicia de su querella, determinó entrar armado por la frontera del moro, á fin de llevar á cabo sus intentos de venganza, gloria y conquista.

Ninguna cosa tiene mas fuerza para alborotar el vulgo, dice un distinguido historiador español al narrar este hecho, que la máscara de la relijion: reseña á que los mas acuden como fuera de sí, sin reparar en inconvenientes. A la fama pues, de la empresa que el maestre tomaba, le acudió mucha jente, no de otra guisa que si tuvieran en las manos la victoria. Pasaron alarde de mas de trescientos de á caballo, hasta cinco mil peones de toda broza, los mas aventureros, mal armados, sin ejercicio de guerra, finalmente mas canalla que soldados de cuenta.

En vano D. Enrique por tener treguas con el rey de Grana–

da, escribió al maestre que cesáre en su loca empresa: en vano en Córdoba muchos caballeros notables le advirtieron el precipicio á que corria; en vano en Alcalá la Real, D. Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Aguilar y su hermano, le salieron al paso, diciéndole:

—¿Dó vais maestre á despeñaros? ¿Por qué llevais esta jente al matadero? Vuestros pecados os ciegan; estos infelices nos dan compasion, puesto que pretendeis entregarlos á sus enemigos carniceros. Volved por Dios en vos mismo; desistid de ese vuestro intento tan errado; enfrenad con la razon, los violentos ímpetus de vuestro corazon, que si no tomais nuestro consejo, ni dais oidos á nuestros ruegos, el daño será muy cierto y el llanto, junto con la mengua de toda la nacion y reino.

—Dios guia mis pasos, contestó con resolucion el maestre; él infunde aliento en mi pecho, él comunicará fuerza á mi brazo, y puesto que peleamos en defensa de la Cruz, ella nos dará la victoria.

Y el maestre fijos siempre sus ojos en el trono de Granada y ambicioso de rico botin, atravesó impávido la frontera. Mas ya sea que el moro tuviese conocimiento de su venida, ya porque el rey de Granada acostumbraba vijilar sus tierras, de repente se vió envuelto el imprudente maestre por un ejército de cinco mil jinetes y ciento veinte mil infantes. Todos los creyentes fueron obligados á tomar las armas para arrojar al enemigo comun, y esto esplica el porqué aquel ejército llegó á ser tan numeroso. En vano los cristianos en vista de la morisma, con grande ímpetu se arrojaron á la lid;pero el número venció á la audacia y el moro acabó por salir triunfante. Los mas de los soldados que capitaneaba el maestre, quedaron tendidos en el campo de batalla, acuchillados por los caballeros musulmanes. Los que pudieron salvarse encomendaron á la fuga su salvacion; los que mas sostuvieron el peso de la batalla, fueron los jinetes cristianos á cuyo frente se hallaba el osado maestre. Éstos sin mostrar cobardía, ni volver las espaldas, lucharon mientras tuvieron aliento de vida como esforzados caballeros; el mismo maestre dió en esta oca-

sion grandes pruebas de su valor; mas finalmente, como quier que los enemigos eran tantos, cayó muerto de una lanzada que le dió un moro y en pos de él dejaron de ecsistir los que le acompañaban (*).

Mientras estos hechos tenian lugar hallábase el rey D. Enrique en el monasterio de Santa María de Pelayos cerca de la villa de San Martin de Valdeiglesias donde acudió un mensajero del rey de Granada por saber si por su mandato ó licencia, el maestre de Alcántara habia penetrado en aquel reino, á lo cual contestó el rey, que no solo habia entrado sin su licencia, sino que le habia mandado que tal no hiciera por querer guardar las treguas con el rey de Granada su amigo. Si bien aquella contestacion pareció satisfacer al moro, creyóse sin embargo que el rey de Granada penetraría con su formidable ejército en Castilla para tomar cumplida venganza. En estos temores que se hicieron jenerales en el reino, D. Enrique recibió otro mensajero cuyas palabras hubieron de darle á comprender que todavía sus contrarios los infantes de Castilla, abrigaban un resto de amor á la patria. Si en ello les aconsejaba su interés personal, es cosa que no debemos averiguar, pero es un hecho que en tratándose de los enemigos esteriores de Castilla, asi el duque como los condes citados se ponian al lado del rey.

—Conviene señor, dijo á D. Enrique el maestre de Santiago Don Lorenzo Suarez de Figueroa, secreto mensajero de aquellos señores, que os pongais en órden para cualquier evento si la guerra de los moros sigue adelante, y en tal tiempo, añadió, no receleis del duque de Benavente y dèl conde de Gijon, asi como del condestable D. Pedro conde de Trastamara ni tampoco de sus parciales.

(*) Refiere el historiador P. Juan de Mariana, que el cuerpo del maestre con licencia de los moros, fué llevado á Alcántara y le sepultaron en la iglesia mayor de Sta. Maria, en una caja de piedra en forma de sepulcro; y en él un epitafio que el mismo maestre se mandó poner, decia: *Aquí yace aquel en cuyo corazon nunca pavor tuvo entrada.* Cierto caballero leyó este epitafio al emperador Cárlos V quien dicen contestó:—Nunca ese fidalgo debió apagar una candela con sus dedos.—Y no fué así porque el maestre era un cumplido caballero.

Aparte aquellas significativas palabras, el mae tre de Santiago llevado siempre por los sentimientos que animaban á sus partidarios, se atrevió á aconsejar al rey que para dar calor y ánimo á las jentes de las fronteras, enviase al arzobispo de Toledo y á el mismo á Villa-Real á fin de disponer y ordenar lo que mas conviniera á la defensa de Castilla. Afortunadamente todos aquellos proyectos y propósitos quedaron sin realizarse, porque habiendo ido el rey á Toledo, se certificó que el de Granada queria guardar las treguas.

Apenas sin embargo hubo cesado el temor de ser invadida Castilla por el ejército musulman, renacieron otra vez con mas calor que nunca las rencillas, ódios, pretensiones y parcialidades entre los grandes del reino. Prolijo seria enumerar estos hechos, que tampoco conducirian á nuestro propósito, antes bien habian de estorbar el curso de nuestra relacion. Prescindiendo pues igualmente de las pretensiones del marqués de Villena que dieron mucho que hacer al arzobispo de Toledo, y de las cuerdas resoluciones tomadas por éste á fin de contener los amagos de los infantes, bastará que digamos que animados estos siempre por su propósito de derrocar al primado, habian logrado reunir un número considerable de jentes de guerra para obtener á la fuerza lo que les habia negado la voluntad del rey. El duque de Benavente tenia en Cisneros seiscientas lanzas y dos mil infantes, y el arzobispo de Santiago en Amusco, otras seiscientas lanzas y mil infantes.

Decia el consejo al rey.

—Preciso es señor que mandeis á vuestro ejército muy luego contra el duque, del contrario sus fuerzas van creciendo cada dia mas, y tal vez luego no sea posible reprimir su audacia.

Pero el arzobispo de Toledo en quien cabia mas templanza, deseando sin ruido de armas atajar aquellos alardes, decíales:

—No provoqueis la lid, que no es de prudentes arrostrar los azares de la guerra, y si podemos lograr apaciguar las ambiciones sin peligros, sin derramamiento de sangre, y lo que es mas,

hacer de nuestros enemigos unos aliados, es mas preferible y aceptable.

—En verdad que sí, díjole el consejo por boca de D. Ruy Lopez de Avalos; pero lo que vos pretendeis, es punto menos que imposible.

—No asi como á vos os lo parece, contestóle el gran ministro de Enrique III; si como no dudo el rey tiene confianza en mi persona, como vosotros la teneis, segun imajino, señores; concededme ámplios poderes para tratar con el duque de Benavente y el arzobispo de Santiago, y dentro breves dias yo me comprometo formalmente á traeros aqui sumisos y obedientes al duque y al arzobispo.

Aquellas palabras causaron honda sensacion en el consejo; el mismo rey quedó asombrado al oirlas; mas como se tuviese una ilimitada confianza en Tenorio, contestó sin titubear:

—Obra como mejor quieras, yo te cedo todo mi real poder.

Y notando el primado que los señores del consejo continuaban todavia mudos en su asombro, temeroso de que como en otro tiempo no abrigasen como los rejentes, algunas sospechas acerca sus propósitos, añadió:

—Si bien el sijilo que os recomiendo eficazmente me es necesario en la empresa que voy á acometer, os juro por lo mas sagrado que obraré, como obrariais vosotros en mi caso, con fé y lealtad á mi rey y á mi patria.

Don Pedro Tenorio cumplió fielmente su promesa; por manera que valiendose de D. Juan Hurtado y D. Diego Lopez á quien envió á Calabazanos, donde se hallaba con sus jentes de guerra el arzobispo de Santiago, logró que depusiera sus rivalidades y viniese á la córte. Lo que por conducto de aquellos enviados ofreció Tenorio á D. Juan Garcia Manrique, fué un secreto; pero es un hecho que el arzobispo de Santiago fué á Valladolid á verse con su concolége con quien tuvo una larga entrevista, finida la cual quedaron en apariencia muy amigos.

—Y bien, dijo D. Enrique á su ministro, ¿podrás llevar á cabo tu noble proposito?

—Señor, contestóle D. Pedro con tono satisfecho, vuestros deseos que son tambien mis deseos, quedarán dentro de poco cumplidos.

—Por los buenos comienzos de tu ardua empresa, repuso el rey, auguro un buen fin; pero á pesar de esto se me hace muy difícil creer que el infante renuncie á sus locas pretensiones. El duque es sobrado orgulloso para venir á someterse sin un poderoso motivo que á ello le impulse.

—Merced á vuestras prudentes precauciones, D. Fadrique vendrá á vuestro lado apenas el arzobispo de Santiago le dé á entender que está en vuestra mano darle la de Raquel. He sabido por este prelado que mas que nunca le domina su pasion por la judía, y la hija de Roboan otra vez ha de salvarnos.

—¿Quién habla de la hija de Roboan? esclamó Guzman con voz ronca entrando apresuradamente en aquel momento en la estancia del rey.

El semblante del menino estaba desencajado y en él se veian pintadas la desesperacion y la ira. Cubiertos sus vestidos de polvo y sus miembros de sudor, apenas podia sostenerse en pié postrado como se hallaba por el cansancio. En presencia del venerable arzobispo, procuró reprimirse trocándose su enojo en esa especie de languidéz moral que sucede á los esfuerzos violentos de un alma sensible.

Viendo el rey que aquel jóven permanecia callado, le dijo:

—¿Guzman, qué ajitacion es esta? ¿Qué significan tus palabras?

—¿Y vos me lo preguntais, señor? Vos á quien dí el billete que me mandasteis escribir para Roboan y su hija, y que sin duda valiéndoos de él, me habeis arrebatado el objeto de mi ternura, á la que por tanto tiempo me embriagó de amor y felicidad? Acabo de llegar de Segovia; Roboan y su hija hace algunos dias han desaparecido de su morada habitual, sin que nadie sepa de ellos. En vano he intentado seguir sus huellas; sus huellas han sido borradas. ¡Señor, solo vos podeis saber su paradero, devolvedme á Raquel y yo os prometo que por mi amor se hará cristiana!

—¡Vanos propósitos, Guzman! Renuncia para siempre á esa pasion insensata que solo puede labrar tu desdicha! ¡Raquel nunca será tu esposa!

—¡Que renuncie á Raquel, señor! primero renunciaría al alimento que me dá la vida, al astro vivificador que nos alumbra, hasta mi propia ecsistencia. No es amor lo que profeso á esta jóven, es una adoracion que raya en idolatría. Para mí no puede haber felicidad posible sino en la contemplacion de su belleza perfecta; para mí una sola de sus palabras vale cien años de dicha; todo lo que ella ha mirado me parece santo, envidio la tierra que ha hollado, los rayos del sol que la envuelven, el aire que respira, y seria capaz de dar muerte al hombre que osára interponerse entre ella y yo.

—El delirio perturba vuestra mente, reponeos amigo mio; díjole el primado tomándole cariñosamente por la mano, tratando de calmar su ajitacion.

Pero Guzman apartando el brazo del anciano, añadió:

—Dad vuestros consejos al rey, tal vez en daño mio, pero no á mí que no os los pido ni los deseo. Ni tampoco podríais dármelos, porque vos no habeis conocido jamás el amor que yo siento, aunque sea hijo del cielo.

—El arzobispo, prosiguió el rey, te profesa el mismo cariño que yo y por esto desea arrancarte la venda que te ciega.

—Vuestra amistad, señor, me es bien funesta, y recompensais mal, con hondo pesar lo digo, mi fidelidad y mis servicios. Fiando en vuestra lealtad os dí la llave con la cual os habeis hecho dueño de mi tesoro, porque para mí Raquel es toda mi gloria y mi riqueza.

—Por el contrario, Guzman, la hija del israelita debiéra ser tu perdicion sino te guiára la voz de la prudencia. Como tú mismo me confesaste, el infante tambien es víctima del amor que le ha inspirado esa mujer funesta; y aun cuando fuese posible que tú pudiéras llamarte un dia su esposo, ni yo ni tú seríamos capaces de evitar las funestas consecuencias que traería consigo semejante enlace.

—No digais mas, señor, repuso el menino con acento de amargura; todo lo comprendo ahora; vos quereis sacrificarme al infante, vos quereis arrebatarme ó mejor me habeis arrebatado ya á Raquel para dársela á mi rival, á ese hombre desleal contra cuyas asechanzas siempre me habeis tenido constante á vuestro lado. No seré yo por cierto quien os recuerde los servicios que os tengo prestados durante los tristes dias de vuestra minoridad; pero á buen seguro que no debeis haber olvidado, merced al feliz écsito de vuestras empresas, mi ausilio en Búrgos y en Santa Maria la Real; fiel siempre, fuí el único de vuestros caballeros que arrostré todos los peligros y que hubiese sacrificado mi propia ecsistencia para mantener incólume vuestro honor y hacer respetar vuestra soberana voluntad. Pues bien, ahora que habeis triunfado de vuestros embozados enemigos, y que para nada me necesitais, me arrebatais la única prenda, el único galardon á que aspiraba, en recompensa de mis afanes y de mi lealtad nunca desmentida; pero vos sin curar de la profunda herida que abris en mi corazon, vais á conceder sin duda este premio á vuestro enemigo y á mi rival, porque mi rival es un terrible duque y un infante osado, y yo soy tan solo el respetuoso y humilde hijo del conde de Niebla!

—¡Guzman! esclamo Enrique con acento irritado, basta ya! En tu delirio olvidas que hablas con tu rey y tus palabras envuelven una acusacion que sienta mal á mi persona. Es mi real voluntad que esa israelita quien con sus maleficios te habrá hechizado, no sea tu esposa, y mi voluntad será cumplida. Sal de mi presencia antes que el enojo que en mí causan tus palabras, me haga olvidar el cariño y la amistad que te profeso.

Obedeció sumiso Guzman con el corazon lleno de amargura, luchando empero interiormente entre su amor y su deber. El amor habló mas alto y venció al deber. Entonces el menino del rey llevado por su propia voluntad, montó á caballo y se alejó de la córte. Un momento volvió la vista atrás para dirijir al rey estas palabras que ya no podia oirlas:

—Tú me pagas con ingratitud el amor de hermano que des-

de niño te he profesado; tú olvidas al amigo de tu infancia para sacrificarlo á intereses pasajeros; tú le arrancas á su amada para contentar á un vil bastardo; mas, Pero Guzman á quien asiste la razon y el derecho, arrancará á su vez de tu poder y hasta de los brazos de su rival si es necesario, á la mujer que el cielo le ha señalado por esposa. ¡Rey Enrique, bien puedes haber escondido en el seno de la tierra mi preciada jóya, yo he de descubrirla aunque la oculten los mas impenetrables muros ó las mas ignotas cavernas; ahora vas á ver como para el amor no hay imposibles!

Y Guzman volvió á Segovia para proseguir con nuevo ahinco sus investigaciones á fin de descubrir el paradero de Roboan y su hija.

Cortos dias habian trascurrido despues de la escena que acabamos de referir, en la que el lector habrá podido apreciar fácilmente el porqué D. Enrique se resistia á acceder á los deseos de su menino; cuando la córte vió con sorpresa la llegada del duque de Benavente en compañia del arzobispo de Santiago. Nadie podia esplicarse como el duque y el prelado que tan rebeldes se habian mostrado hasta entonces, y que tan considerables fuerzas habian logrado reunir manifiestamente contra el rey, venian sin motivo aparente, sin aparato de ninguna clase y como leales servidores, á prosternarse ante la majestad del trono. Hasta para los mismos cortesanos, esos heraldos incansables que alagan constantemente su amor propio proclamando, no solo los mas reservados secretos de los palacios, sino hasta los ocultos pensamientos de los príncipes, era un misterio y un misterio asaz inesplicable, la venida á la córte del duque y del prelado.

Lo que pasó entre aquellos dos personajes, el rey y su ministro favorito, fué tambien un secreto que no nos es dable á nosotros tampoco revelar; pero á buen seguro que asi el infante como el arzobispo de Santiago, hubieron de quedar muy satisfechos de aquella entrevista y reconciliados con el rey, porque al dia siguiente fué público en Valladolid que el duque ante D. Enrique y los de su consejo, se descargó de muchas cosas diciendo;

que si dineros habia tomado en las tierras de su comarca, era de lo que el rey y sus contadores le debiéran librar, y no mas; y que otros caballeros y prelados, de quienes no se tenia aquella cuenta, habian hecho lo mismo; y que si se habia visto en Roa con la reina de Navarra, no hiciéra ningun trato contra su servicio; y finalmente que si él y D. Juan Garcia Manrique habian juntado algunas jentes, lo hiciéran por habérselo rogado asi el maestre de Alcántara antes de ser muerto por los moros; á cuyas aparentes disculpas contestára D. Enrique imponiendo ciertas condiciones al infante y á su ex-ministro, condiciones que fueron juradas por uno y otro, obligándose ambos á despedir sus jentes de guerra y quedando el duque con cien lanzas al inmediato servicio del rey.

Esto fué lo que sonó en la córte, pero la córte ignoraba las secretas promesas y secretas condiciones que habian mediado entre ambas partes. Una de aquellas promesas, como fácilmente se deja colegir, era la entrega, por decirlo así, de Raquel al infante. Consideraba el rey como una cosa despreciable la hija del israelita y en sus tratos con el duque que hábilmente habia conducido D. Pedro Tenorio, figuraba aquella jóven como un precio de la transaccion habida entre ellos. Aquel precio habia sido ya reclamado, y el rey se disponia á hacerlo efectivo, fiel siempre á sus compromisos, cuando la inesperada vuelta de Guzman á la córte hubo de retardar indefinidamente el cumplimiento de aquellos propósitos.

Hallábase el rey platicando placenteramente con el duque de Benavente; manifestábale el infante el grande amor que siempre habia profesado á la judía y las dificultades que constantemente se habian opuesto á la realizacion de sus deseos; como habia intentado olvidar por Doña Leonor de Alburquerque á quien tambien habia amado, á la hija del israelita; como mas tarde habia renacido con mayor fuerza su primer amor; como hubiese renunciado á un trono por la posesion de aquella bella jóven, y como en fin esperaba con ansia el momento feliz de poder llamarla suya, cuando uno de los pajes del rey anunció que Pero Guzman

acababa de llegar á Valladolid y deseaba ofrecerle sus respetos. Presumió D. Enrique que su menino querria hablarle una vez mas de su pasion por la israelita; y para que D. Fadrique pudiese apreciar mas la importancia de lo que habia hecho por él, permitió que Guzman se presentase en aquel momento.

—Va á entrar vuestro rival, díjole el rey sonriéndose.

—¿Pero Guzman?

—¿Con qué ya sabíais vos que mi menino era vuestro rival?

—Lo sabia, señor, hace mucho tiempo; sabia que vuestro jóven capitan suspiraba tambien por mi amada; pero verdaderamente nunca temí la concurrencia de tan humilde enemigo.

—Con todo, tal vez debiais ignorar, duque, que mi menino era correspondido.....

La réplica del rey quedó sin terminar por la aparicion de Pero Guzman. Éste á la vista del infante, se estremeció de todos sus miembros; detuvo sus pasos, y dudó un momento si adelantaria ó retrocederia, pero despues de reflecsionar un instante dijo para sí.

—Nada debo temer ahora, mi triunfo será mas completo en su presencia, y me complaceré en su desesperacion.

Y animado por el gozo interior que sentia su alma, dijo al rey con el mas profundo respeto:

—No sé si deba señor, manifestaros el objeto que me ha traido á vuestras reales plantas.

—Yo te concedo mi permiso. Como crea adivinar lo que vas á decirme, pláceme que lo oiga tambien el duque.

—¡Y yo que creia en su amistad! dijo para sí con dolor el menino del rey. ¡Bien imajiné que querria sacrificarme á ese hombre! ¡No contento con haberlo intentado, ahora desearia humillarme á sus plantas; pero el Dios que me proteje, permitirá que bien pronto se truequen aqui los papeles; no adivinas por cierto D. Enrique, lo que voy á decirte, y luego en voz alta añadió:

—Sumiso siempre á la voluntad de mi rey y señor, vuestros deseos han sido constantemente para mí otros tantos mandatos. Verdad es que me alejé de vuestro lado sin solicitar vuestro real

permiso, pero habeis de saber señor, que si lo hice fué por obedeceros. Os pedí la mano de mi amada porque sois mi jefe y soberano, y vos me dijisteis que Raquel era indigna de ser mi esposa porque era una vil judía. Os contesté que la judía podia llegar á ser un dia cristiana; pues bien, Raquel lo es ya.

—¿Qué decís? enclamó el rey con sorpresa.

—Digo que la hija de Roboan es digna de que yo la dé mi mano de esposo; y como tengo muy presente que vos me la ofrecisteis bajo esta condicion, vengo á recordaros vuestra promesa y á rogaros que supuesto queda llenada por mí la condicion, tendreis á bien llenar á vuestra vez el cumplimiento de aquella.

Preciso nos es al llegar á este punto, dirijir una mirada retrospectiva á los hechos que se pasaron entre Guzman y Raquel, desde que el menino del rey se alejó de Valladolid, ecsasperado por las palabras del monarca.

Habiendo vuelto Guzman á Segovia, y preguntando á cuantas personas creyó podian orientarle acerca del paradero de Roboan y su hija, andaba divagando sumido en la mayor tristeza por la ignorancia en que todos se hallaban, respecto al lugar donde habian ido á morar aquellos israelitas, cuando una feliz casualidad hizo que al pasar por delante de la sinagoga encontrase al médico D. Mayr, quien como dijimos anteriormente, era muy afecto á los hebreos, y aun secretamente profesaba su relijion. Guzman que creia conocer los sentimientos de aquel hombre, resolvió interrogarle acerca de lo que hasta entonces habia hecho en vano con muchas personas, y el médico del rey, que le estaba agradecido por haber salvado la vida á muchos israelitas cuando el saqueo de la aljama de Toledo, díjole que reservadamente podria confiarle lo que deseaba, y hasta se alegró de su presencia.

Júzguese cual seria la satisfaccion de Guzman, al oir aquellas palabras, y en su agradecimiento ofreció, al que él llamaba su salvador, su vida y su espada.

—Tal vez me sea necesario algun dia vuestro generoso ofrecimiento. Vos sembrasteis en mi pecho el reconocimiento, y hoy

os paga mi gratitud la deuda contraida. Puede que tambien un dia os recuerde el agradecimiento que hoy me manifestais.

—Nunca, os lo juro, se borrará de mi pecho, esclamó el entusiasta jóven.

—Pues bien, á nadie mejor que á mi persona podiais dirijiros para averiguar el paradero de Raquel, porque no sé si sabeis que Roboan ha dejado de ecsistir.

—¡Roboan ha muerto! esclamó Guzman con un acento en el que iban envueltos el dolor y la admiracion.

—Sí, murió Roboan agoviado por el peso de los años, y al morir me hizo jurar que protejería á su hija contra las asechanzas del duque. Afortunadamente por mandato del rey, pude ausiliarle en sus últimos momentos, y recibí el postrer suspiro de aquel padre desgraciado. Dios me condujo á su lado y cumpliré, no lo dudeis, las promesas que le hice cabe su lecho de muerte.

—Pues entonces, díjole Guzman, entended que el rey trata de dar á su hija por esposa al duque de Benavente.

—¡Al duque de Benavente! dijo el médico acompañando sus palabras con una sonrisa indefinible. No será tal mientras yo aliente.

—¡Vos luchar con el rey! ¡Vos oponeros á su real voluntad! Entended D. Mayr, que Raquel se halla en poder del soberano, y que éste de grado ó por fuerza, ordenará que la hija de Roboan cumpla su voluntad.

—En efecto, no seria estraño que el rey apelase á la violencia, dijo D. Mayr reflecsionando algunos momentos.

—Urge por consiguiente que arranquemos del poder del rey á esa jóven á quien yo amo de todo corazon.

—Ya lo sé; Roboan y tambien Raquel me hablaron de vos, el uno con favor y la otra con interés.

En la noche de aquel mismo dia, D. Mayr y Guzman salian de Segovia y se dirijian á Medina del Campo, donde, segun revelacion de aquel, habian sido hospedados los judíos por mandato del arzobispo de Santiago; y donde habia quedado Raquel en su castillo al cuidado de una dueña; pero ignoraba el médico

que al caer en desgracia aquel prelado, y al aliarse con D. Fadrique el arzobispo de Santiago, el de Toledo habia tenido buen cuidado de trasladar á la judía á otro sitio desconocido, por manera, que la sorpresa de D. Mayr y Guzman fué grande, cuando supieron que Raquel habia partido de Medina de Campo, hacía algunos dias.

—¡Tal vez sea ya tarde! dijo con hondo sentimento el menino del rey.

—No lo creais, contestóle D. Mayr, me interesa mas que á vos descubrir el paradero de mi hija adoptiva, porque si vos la amais como puede amar un mancebo á una jóven, yo la amo como un padre, y he de arrancarla de las manos de sus perseguidores para dárosla á vos que no dudo la hareis feliz.

Aunque D. Mayr no pensase cumplir su promesa, porque habia jurado á Roboan que nunca su hija seria la esposa de un cristiano, y que en su nombre se vengaría del infante, juzgó que convenia á sus intereses aliarse con el menino, para poder cumplir sus juramentos.

Como el médico traidor logró descubrir el paradero de Raquel, fué un misterio hasta para el mismo hijo del conde de Niebla; pero es un hecho que tres dias despues de aquella escena, Guzman atravesaba de noche el puente del Arlanzon que ya conoce el lector, y se dirijia dando algunos rodeos al palacio y casa fuerte de Miraflores que acababa de mandar levantar D. Enrique III con todo el lujo y comodidades de un sitio real.

Temeroso D. Mayr por el écsito de su empresa, habia querido asociar á ella á Guzman.—A media noche le habia dicho, me esperareis junto á la primera puerta que dá al jardin de oriente.

Las cercas de los jardines no estaban todavía terminadas y Guzman penetró en el que le designó el médico con todo el cuidado de un hombre que no desea ser visto. Raquel que estaba advertida, al percibir un lijero rumor de pasos acudió al lugar de la cita, pero quedó sorprendida al ver solo á su amante.

—D. Mayr me hizo advertir que amenazándome un inminente peligro, le aguardase en este sitio donde vendria con vos á li-



Enrique III.–lám. 11.

bertarme secretamente, dijo la hermosa Raquel; ¿cómo es que no vais en su compañia?

—El deseo de hablaros á solas un momento ha hecho que adelantase de algunos instantes la hora de la cita, he juzgado que vos esperariais y mi corazon nunca me engaña.

Entonces Guzman reveló á la hija de Roboan la promesa del rey; pero Raquel que amaba con todo el fuego de un pecho juvenil al hijo del conde de Niebla, no quiso ocultarle el peligro que corria su amor, si D. Mayr llegase á ser conocedor de aquel propósito. El médico del rey, le dijo, profesa la relijion de mi padre, y antes me daria la muerte que permitir que yo fuese cristiana.

Los momentos eran preciosos; y aquellos amantes los aprovecharon para jurarse una vez mas amor eterno; cuando dos corazones están unidos por la mas noble de las pasiones, fácilmente se comprenden. Antes que D. Mayr llegase á Miraflores, Raquel y Guzman cabalgaban muy distantes de aquel sitio en un mismo caballo, y á favor de las tinieblas de la noche dirijiánse á las vecinas montañas de Búrgos. A la luz del nuevo dia entraron en la humilde cabaña de un viejo cenobita que les dió consuelo y hospitalidad, ocultándoles de algunos hombres de armas del duque que recorrian aquellos montes. Raquel por amor á Guzman, abrazó la relijion del verdadero Dios y fué bautizada por el venerable ermitaño.

—Violante, díjole Guzman con ternura, pues tal fué el nombre cristiano que recibiéra la judía; te dejo por corto tiempo; parto á la córte á implorar el permiso del rey mi buen amigo, para poder llamarte mi esposa. Ruega entre tanto al Dios de los cristianos que guie mis pasos, y me dé favor y amparo. Si mi ausencia se prolongase por muchos dias, ruega á Dios por tu amante, tu prometido esposo habrá dejado de ecsistir.

Guzman llegó á Valladolid pocos momentos despues que lo hiciera tambien D. Mayr, quien respiraba tan solo venganza.

Conocidos los hechos que acabamos de referir, podrá apreciar mejor el lector el sentido de las palabras dirijidas por Guzman á D. Enrique en presencia del duque.

Bien recordó D. Enrique haber ofrecido en consentir que Pero Guzman fuese el esposo de la judía, si ésta abrazaba el cristianismo, pero en aquel momento altas razones de estado hubieron de hacerle aplazar el cumplimiento de su promesa; asi es, que dirijiéndose á su menino, le dijo:

—¿Y cómo esa jóven se ha hecho cristiana hallándose en mi poder y sin mi consentimiento?

—Os engañais, señor, contestóle Guzman, mirando con aire de triunfo á su rival: Raquel no se halla en vuestro poder, Raquel está libre!

—Este jóven está loco de amor, dijo el rey en voz baja al infante, no debeis hacer caso de las palabras que acaba de pronunciar. Su febril imajinacion trueca en realidad la ilusion. Pronto os he de presentar á Raquel.

En aquel momento los dos rivales se arrojaron una prolongada mirada: la del infante era de compasion, la del menino era de desprecio.

Sin embargo, una terrible duda asaltó el ánimo del jóven monarca, y aquella duda le hizo tomar una severa resolucion. Llamó á uno de sus pajes á quien dijo algunas palabras al oido. Apenas el paje hubo salido, repuso el rey:

—Retiraos Guzman, que luego volveremos á ocuparnos de vuestro amor.

Al salir el hijo del conde de Niebla de la réjia estancia quedó privado de la libertad. Dos dias despues era conducido secretamente al castillo de Búrgos. El alcaide quedó responsable con su cabeza de la persona del menino del rey.





CAPÍTULO XI.

La venganza de un judio es funesta al rey, quien recibe la muerte del que debia velar por la conservacion de su vida.

Zahorí debe haberle vuelto el amor á ese apasionado mozo, decia el arzobispo de Toledo á D. Enrique pocos dias despues de las escenas que hemos referido en el capítulo anterior, para que pudiese descubrir el secreto retiro donde habíamos ocultado á la jóven israelita.

—En efecto, repuso el jóven monarca, hasta ahora ha sido para nosotros un misterio inesplicable la desaparicion de Raquel del mi palacio de Miraflores. La fiel dueña á cuyo cuidado estaba confiada, me ha jurado por lo mas sagrado, que durante su lijero sueño desapareció de su lado de un modo portentoso, y lo mas singular es, que al dispertar halló cerradas todas las puertas y ventanas. Un momento he llegado á imajinar si esa mujer que ha hechizado con sus gracias personales al infante y á Guzman, era un ser sobrenatural que se goza en atormentar á esos dos caballeros con los alhagos de un amor que nunca podrán ver

satisfecho. La primera vez que la ví fué en un lugar solitario y apartado del comercio de las jentes, su único compañero era un corzo al cual, si bien herí de muerte, prosiguió su veloz carrera hasta refujiarse entre las ruinas donde se hallaba oculta esta jóven, con un anciano venerable á quien llamaba su padre. Estos hechos de que fuí yo mismo testigo, y otras circunstancias mas ó menos notables que me han sido referidas, todo me ha hecho sospechar si Raquel seria una de esas hadas maléficas que diz toman á su antojo las formas humanas que mas les placen para atormentar á los mortales.

—Desechad, señor, estas ideas supersticiosas que solo pueden hallar cabida entre el vulgo de las jentes. Si la hija del judío ha desaparecido de Miraflores, lo habrá hecho burlando la vijilancia de sus guardas, llevada por el temor de ser arrebatada del lado del que mas quiere, ó mas bien arrastrada por el amor que indudablemente profesa á vuestro menino. Lo que conviene ahora sobre todo, es saber donde Pero Guzman la ha ocultado, para que vos podais dársela al infante que vivamente la reclama.

—En vano lo han intentado hasta ahora D. Juan Hurtado y Don Diego Lopez, á quienes he enviado al castillo de Búrgos para poder descubrir este secreto; pero mi menino se ha mostrado inflecsible á mis ruegos y á los suyos, diciéndoles que antes le arrancarian la vida, que el secreto del paradero de Raquel.

—Y sin embargo, repuso el arzobispo, nos hallamos formalmente comprometidos con el infante, y éste vá á imajinar que bajo un simulado pretesto, vos no quereis cumplir con las promesas que le teneis hechas. Vos que conoceis el carácter irritable del duque, podeis concebir muy bien que todo debe temerse de su enojo, y sensible por demás seria, que habiendo llegado las cosas á tan propicio término, hubiese de romperse otra vez una alianza tan favorable á vuestro trono como á la paz de Castilla, por la posesion de una despreciable mujer.

—Difícil se vá haciendo nuestra posicion, D. Pedro, y pre-

veo que tendremos que apelar á medios estremos; conozco que el infante vá á ecsijirnos, con muy justa razon, el cumplimiento de mis promesas, y no hallo escusa plausible para retardarlo. Por otra parte, Guzman se mantendrá tenaz en su propósito, y como me es conocido su carácter resoluto, nada podrán con él ni las amenazas, ni el rigor; por manera que.....

—Permitid que os interrumpa, señor, repuso algo pensativo el arzobispo; se me figura haber hallado un medio de acelerar el cumplimiento de nuestros deseos.

—Veamos tu idea, dijo D. Enrique con interés, fijando sus grandes ojos en la persona del arzobispo.

—Diz que el amor es la locura del corazon y que se cura con la ausencia del objeto que la causa; pues entonces apelemos á este remedio para hacer olvidar á Guzman el amor de la judía. Enviadle si os place vuestro último mensajero; que éste insista para que vuestro menino le revele el lugar donde se halla depositada la jóven; pero si se muestra pertinaz en ocultarlo, que le diga en vuestro real nombre que ya nunca mas se le interrogará sobre el particular; pero en castigo de su desobediencia, pasará incomunicado el resto de sus dias en el castillo de Búrgos.

Aceptada por el rey la idea del arzobispo, fué advertido á Guzman el propósito del soberano; pero aquel, léjos de mostrarse débil ni cobarde ante la triste perspectiva de una pérpetua cautividad, contestó al enviado del rey, que si preferia antes la muerte que ceder á su amada, mucho mas debia preferir la esclavitud. Asi viviré con sus recuerdos, como ella vive en mi memoria; decidle al rey, añadió, que nunca Guzman ha sido perjuro á la voz de su corazon; que dos juramentos solemnes ha hecho en el decurso de sus dias, y éstos juramentos que han sido ser fiel á su rey y á su dama, los cumplirá mientras aliente.

Sabedor el médico D. Mayr, que el menino del rey se hallaba preso en Búrgos, en el carácter especial de que gozaba en palacio, obtuvo el permiso de visitarle antes que el soberano por consejo de Tenorio le pusiera incomunicado. Lamentóse D. Mayr del proceder que habia guardado Guzman con su hija adoptiva,

acusándole de los males que sobre él habia acarreado con su imprudente conducta. Advertido como estaba el hijo del conde de Niebla por su amante, guardóse bien de revelarle, asi la determinacion tomada por Raquel, como el lugar en que se hallaba depositada. Tanto insistió sin embargo el médico judío y tantas promesas hizo al menino, que éste le dijo finalmente:

—Dos medios teneis para que os descubra el paradero de Raquel, y estos son; ó bien que el rey me la conceda por esposa, ó bien que el infante deje de ecsistir; vos como allegado que sois del rey, teneis medios y favor para lograr lo primero.

—Prefiero lo segundo, dijo para sí el falso médico, y luego en voz alta, añadió:

—Me despido de vos animado con la esperanza que me habeis dado; tal vez no tarde en venir á reclamaros el cumplimiento de vuestra promesa.

—Estais en un error, D. Mayr, repuso Guzman inclinando tristemente la cabeza. Nunca lograreis de D. Enrique que me prefiera al infante, porque vos ignorais lo que puede el duque en el ánimo del rey y sus ministros.

—Pero tambien vos ignorais lo que puede el amor de un padre para con su hija, y Raquel es mi hija desde la muerte de Roboan. Yo la salvaré del duque y tambien de vos, añadió para sí; os lo juro Guzman; juradme ahora vos lo que me habeis prometido.

Y Guzman lo hizo como D. Mayr se lo ecsijió.

Desde aquel dia el médico del rey estuvo acechando el momento oportuno para poder llevar á cabo su criminal propósito de dar muerte al duque. No tardó en presentarse una ocasion que él juzgó favorable para poner en obra sus traidores intentos.

Hallábase D. Enrique en su estancia platicando con D. Mayr, cuando fué anunciada la llegada del duque de Benavente.

—Dispensadme querido duque, le dijo el rey, que os reciba en esta estancia y al lado de mi médico, de cuyo ausilio he tenido necesidad, á causa de una lijera herida que recibí ayer en una batida que dimos en los montes cercanos. Mirad, añadió

el rey, mostrando su desnudo brazo al duque; fué un simple rasguño, y atended que la flecha me rozó la espalda. La herida es muy poco grave como os dije, y con un simple apósito que me está disponiendo mi médico, confio que el mal desaparecerá muy pronto.

En efecto, D. Mayr estaba preparando en una mesa colocada en un ángulo del aposento en que se hallaba el rey, el remedio al cual éste habia aludido, y aunque con mucho disimulo, se enteraba el judío de la conversacion que mediaba entre el duque y el soberano.

—Vuestra herida, prosiguió D. Fadrique, logrará sanarse mediante los recursos de la ciencia; pero la herida que en mi pecho ha causado el amor, y que vos podriais cicatrizarla, porque en vuestra mano está el bálsamo que le es necesario, permanece todavía abierta y me tarda mucho el suspirado instante en que pueda hallar alivio á mi dolor.

—Comprendo perfectamente duque, repuso D. Enrique, lo que quereis decirme, y siento no poder complaceros desde luego en vuestros deseos; pero creo que habeis de disculpar la tardanza, cuando sepais que he resuelto daros á Raquel, cuando esta jóven sea enteramente digna de vos.

—¡No os comprendo, señor! repuso el duque con admiracion.

—Mi deseo es de que Raquel al daros su mano de esposa, sea digna de un príncipe cristiano, y para ello he dispuesto que fuese debidamente catequizada; asi nunca podreis avergonzaros de haberos unido con lazos indisolubles á una despreciable judía.

En aquel momento D. Mayr miró con sonrisa infernal á aquellos dos personajes, diciendo interiormente.

—Aunque semejantes propósitos, oh rey Enrique, se funden en quiméricas ilusiones, tus palabras despiertan en mi pecho la venganza que he jurado. ¡Los manes de Roboan no estarán satisfechos hasta que aquella quede cumplida, y si es preciso el sa-

crificio de tu vida, D. Mayr la sacrificará en pro de su relijion y del que fué su amigo!

—¿Con que habeis dispuesto que Raquel sea instruida en los preceptos de nuestra relijion? dijo el duque con cierta desconfianza; pero esto no debe impedir que yo pueda contemplar desde luego su anjelical semblante y oir entre tanto su dulce voz, si á vos os place revelarme el retiro do se halla?

—El amor divino se aviene mal con el amor terreno, contestó sonriéndose D. Enrique, apelando á todos los medios que le sujeria su imajinacion para retardar la presentacion de la judía.

D. Mayr que podia apreciar la posicion embarazosa en que se hallaba el rey, para sacarle de ella y poner en planta su venganza, se acercó respetuosamente á D. Enrique, y le dijo:

—Señor, la sangre que habeis derramado á causa de vuestra herida os ha dejado un poco de debilidad; conviene que tomeis de vez en cuando algun lijero alimento para reponeros de la pérdida sufrida. Si me lo permitís dispondré que os sirvan entretanto un lijero refrijerio.

—Como á ti te parezca Mayr; D. Fadrique me acompañará.

—Lo haré, si asi es de vuestro agrado, dijo el infante aparentemente reconocido al fino ofrecimiento del rey.

Y luego aprovechándose de la momentánea ausencia del médico, añadió:

—Por boca de D. Juan Manrique, señor, me ofrecisteis algunas recompensas para mis amigos, y si bien hasta ahora no habia llegado el caso de recordároslo, el favor que debo á dos de ellos me fuerzan á pediros una gracia.

El rey que deseaba á toda costa tener contento al infante, máxime en la imposibilidad en que se hallaba de darle á Raquel, contestó.

—Decid, duque, cuales son estos amigos y la merced que por ellos deseais.

—El uno de ellos es mi caballero D. Alvar Vazquez de Losada para quien me atrevo á pediros la comandancia de cien lan-

zas, y el otro D. Juan Sanchez que podreis señalarle el destino en vuestro palacio que mejor sea de vuestro agrado.

La primera de las gracias pedidas por el duque era la satisfaccion de una deuda de amistad; la segunda bien conocia que era el pago de la ingratitud, pero como estaba en deber al usurero considerables cantidades que no podia abonarle, necesario le era apelar á la munificencia del rey para acallar las justas pretensiones de aquel hombre que tan funesto le habia sido.

—Bien, ya diré á D. Pedro Tenorio que señale á vuestros amigos un puesto, en el que siendo útiles á la nacion y al rey, puedan reportar al mismo tiempo algunos beneficios.

La resolucion del soberano hubiese provocado la hilaridad del duque, á habérselo permitido el carácter del personaje con quien hablaba, porque parecíale cosa risible que el usurero fuese recompensado por el arzobispo.

—Pues bien, añadió aquel hombre siempre desconfiado, si vuestra majestad se digna darme ahora mismo una nota firmada por su propio puño, á fin de que con ella queden satisfechos desde luego mis amigos, y puedan recordar la real promesa á vuestros ministros, mucho os lo agradeceré.

Y el rey á fin de complacer una vez mas al infante, estendió y rubricó en su presencia la nota que le pedia.

—Nunca dudé de vuestro noble corazon, esclamó D. Fadrique en pié delante de la mesa donde acababa de escribir el rey; si malos consejeros lograron enemistarnos, no fué vuestra la culpa, sino de ellos, señor.

—Olvidemos infante, lo que fué, y bendigamos á Dios que ha logrado reconciliar todos los ánimos. Tomad, ahi teneis la nota que tanto os interesa y brindemos por la prosperidad de Castilla.

En aquel momento entraron dos pajes, quienes despues de haber dejado sobre apartada mesa una botella de trasparente licor y algunas copas, sirvieron al rey y al infante un lijero refrigerio en fuentes de plata. D. Mayr en un estremo de la sala habia visto como el rey firmaba y entregaba al duque un escrito, cuyo

contenido ignoraba, y creyendo que fuese aquel un nuevo y formal compromiso para entregarle á Raquel, aquel hombre que habia jurado venganza á Roboan y que estaba resuelto á llevar á cabo su promesa á todo trance, decidió en aquel momento dar muerte al infante. Aprovechándose de la distraccion en que se hallaban aquellos dos personajes, llenó dos copas con el contenido de la botella que habian dejado junto á él los pajes; luego sacando del interior de sus vestidos un diminuto frasquito, derramó algunos gotas de un licor parecido al agua en uno de aquellos vasos. Indudablemente D. Mayr llevaba intencion de verter todo el contenido del frasquito en una de dichas copas; pero como el rey volviese repentinamente la cabeza en la direccion en que se hallaba, temeroso de que D. Enrique llegase á sospechar su criminal accion, escondió apresuradamente el veneno, pues tal era lo que habia empezado á dèrramar en la copa, y tomando apresuradamente la fuente que contenia los dos vasos, acercóse con ella al rey, diciéndole:

—Permitid, señor, que os sirva al par de vuestros pajes.

—Gracias D. Mayr, díjole el rey con dulce sonrisa, tomando la copa envenenada.

En la precipitacion que habia llevado el médico judío en servir al rey para ocultar su infame accion, mediaron dos circunstancias singulares, y estas eran que unicamente habia podido derramar unas pocas gotas del licor corrosivo que ocultaba cabe su pecho traidor aquel infame asesino, y que al servir las dos copas al monarca y al infante, dominado por la emocion que naturalmente debe sentir un hombre por perverso que sea al dar muerte á su semejante, no hubo de conocer la copa que estaba destinada al duque. Quiso Dios en sus altos designios que la tomase al rey, y al brindar por la prosperidad de Castilla y la alianza de todos los defensores del trono, ignoraba el infeliz que bebia la muerte; no una muerte pronta y violenta que apaga en un momento la vida con el dolor que no alcanzan á resistir las fuerzas humanas, pero sí una lenta agonía peor mil veces que la muerte, porque con ella vá un dolor que nunca acaba y sin ani-



Enrique III.-lám. 13.

quilar las fuerzas con el sufrimiento, sujeta al paciente á torturas indecibles. En vano el mismo D. Mayr que pocos dias despues hubo de conocer su fatal error, llevado tal vez por los remordimientos, procuró con los antidotos que aconseja la ciencia que poseia, evitar el mal que habia hecho; pero ya era tarde; desde aquel fatal instante, la vida del rey fué una série no interrumpida de dolores y sufrimientos, y pasó los mas floridos años de su vida, luchando con la muerte que nunca llegaba. Mas tarde hemos de ver como la providencia que tarde ó temprano castiga al culpable, permitió que fuesen conocidas las perversas intenciones del médico judío, y recibiese ya en la tierra el condigno merecido á que por su maldad se habia hecho acreedor.

No obstante, á pesar de los nuevos males que plugo al cielo enviar á D. Enrique, éste se mostró siempre grande, siempre digno de ocupar el trono de sus mayores. En tanto que bajo varios pretestos él y su ministro favorito entretenian la ansiedad del duque, y acallaban su loca pasion amorosa, alimentando su insaciable ambicion y la de sus amigos, ponian á raya el condestable D. Pedro, conde de Trastamara, y á D. Alonso, conde de Gijon. Tambien la reina de Navarra, viendo que el duque de Benavente sin hacer caso de ella se habia concertado con el rey, hubo de alejarse de la córte; y aunque varias veces llegó su audacia hasta el estremo de apelar á las armas, fué siempre vencida hasta llegar un dia en que temiendo con justa razon la cólera del soberano, vestida de negro y de rodillas, imploró su perdon, sujetándose á lo que D. Enrique tuviese á bien ordenarla. Pero el hijo de D. Juan siempre clemente y generoso, no solo la perdonó, sino que además consintió que le quedasen los pechos y derechos de sus villas de Roa, Sepúlveda, Madrigal y Arévalo, y la trajo consigo á Valladolid.

Faltaba únicamente sujetar al osado infante, y si bien lo habian intentado con empeño el rey y su ministro, valiéndose como queda dicho, de la hija del hebreo, la viva pasion de Guzman por aquella jóven, y el secuestro hecho por el menino de la persona de Raquel, hubo de desconcertar todos sus planes. Cada

vez mas ecsijente el duque, cada vez mas imperioso para obtener lo que no podia darle D. Enrique, hubo de conocer éste que á retardar por mas tiempo la entrega de la israelita, las mal encubiertas amenazas del infante, llegarian á trocarse en realidades, volviendo á encender de nuevo la guerra civil en sus dominios.

Entonces D. Enrique apeló á una resolucion estrema, pero necesaria; á una de esas resoluciones propias de su carácter, las cuales asegurándole su trono, evitaron dias de luto y sangre á la nacion, en los cortos años que permaneció sentado en el sólio. Obtenida la aprobacion del arzobispo de Toledo, su constante consejero y leal amigo, confió el propósito que abrigaba de sujetar para siempre al infante D. Fadrique, á su almirante D. Diego Hurtado de Mendoza y al maestre de Calatrava, quienes como hombres de armas tomar podian reemplazar, pero que no reemplazaron en aquella ocasion, á Pero Guzman, de cuyos servicios se habia valido hasta entonces el rey en casos análogos. Aquellos señores declinaron toda la responsabilidad al rey, pero hasta en su abandono le fueron provechosos como diremos luego.

—Os confio, señores, díjoles el soberano, un secreto cuya revelacion podria comprometer no solo mi tranquilidad, sino tambien la de mis reinos. Vosotros como yo mismo, estais altamente interesados en que desaparezca para siempre de Castilla, ese foco de turbulentas y bastardas ambiciones que alimentan algunos grandes y magnates. He logrado apaciguar, merced al ausilio divino, y al laudable esfuerzo de mis buenos consejeros, entre quienes os cuento, no solo á D. Pedro de Castilla, conde de Trastamara, y á D. Alonso de Castilla, conde de Guijon, sino tambien á mi parienta Doña Leonor, reina de Navarra, que me ha ofrecido no separarse de mi lado, hasta que llegue el momento de juntarse otra vez con su real esposo. Pero queda todavía otra persona, en quien todas las dádivas y favores son ineficaces para acallar su loca ambicion y su sed de mando y riquezas. Esta persona que no es necesario nombrarla, porque la conoceis muy bien vosotros, y estoy cierto pronunciais interiormente en

este mismo momento su nombre, esta persona digo, sobre la cual tiene fija la vista Castilla, y que asi como hoy se dice nuestro amigo, se declarará tal vez mañana en abierta lucha contra el rey y su consejo, conviene, en mi entender, que la reduzcamos á prision, no sea que abusando de nuestra bondad y de la aquiescencia que con algunos de sus hechos se ha guardado, alimentemos la víbora en nuestro seno que mañana puede darnos la muerte.

La proposicion del rey fué aceptada con agrado y hasta con aparente interés, por el almirante y el maestre; pero en su interior no querian romper abiertamente con el infante, á quien todo el mundo temia.

—Pues bien, díjoles el rey, confio en vosotros. Mañana partimos á Búrgos, en cuyo castillo posaremos. Dentro cinco dias la España celebra la festividad del apóstol su patron; pues bien, que aquel dia sea de gozo cumplido para mis reinos. Yo os convocaré á consejo, so pretesto de que se ordene la respuesta que debe darse á la reina de Navarra. Vosotros sereis los únicos que asistireis armados por si el duque se muestra rebelde. Dos escuderos quedarán encargados de prender al infante, y vos D. Diego lo conducireis á la torre del Caracol, que se hallará dispuesta á propósito para recibir á D. Fadrique. Os repito que depende el buen éxito de nuestra empresa, en que vuestras bocas permanezcan mudas.

Si bien aquellos señores ofrecieron al rey que guardarian el secreto; fuerza nos es repetirlo, fueron infieles á su promesa; D. Fadrique fué sabedor de que querian prenderlo; pero asi como hasta entonces habia abrigado la mayor desconfianza, no solo no quiso dar crédito á aquella revelacion, sino que fué desarmado al consejo. Éste conforme habia ordenado el rey, tuvo lugar un dia sábado, á la tarde veinte y cinco de Julio, fiesta de Santiago Apóstol, siendo presentes asi el rey como el arzobispo de Toledo, los maestres de Santiago y Calatrava, el almirante D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Juan Hurtado y Ruy Lopez de Avalos.

En el momento de entrar el duque en el consejo, Juan San-

chez, el usurero que habia obtenido un alto empleo en la servidumbre del rey, se acercó á aquel, y tomándolo con interés por el brazo, le dijo:

—¡Señor, á donde vais! ¿ignorais acaso que van á prenderos?

—¿Tambien tú Sanchez, tambien tú conspiras contra mí?

—¡Yo conspirar contra vos señor! ¡A fé mia que no os comprendo!

—Llevas muy adelante tu finjimiento, falso amigo, contestóle el duque mirándolo con desprecio. Mucho estraño despues de los favores que de mí has recibido, que sirvas de ciego instrumento á los ocultos planes del rey y su consejo.

—Cada vez os comprendo menos, señor, contestóle el usurero, quien quizás era la única vez de su vida que hablaba de buena fé.

—Pues bien, repuso el infante, para que asi tú como los que se han valido de tí para engañarme y ahuyentarme de la córte donde les estorbo con mi presencia, sepan que conozco sus fines, entiendan todos que no me separaré de la córte por mas que me amenacen prenderme.

—Pues señor, si os aprisionan; si como á D. Alonso os encierran en un castillo ¿de qué habrán servido vuestros desvelos y mis sacrificios? observó Juan Sanchez á quien le estaba en deber el duque algunos cuentos de maravedises.

—¡Insensato! contestóle el duque, si es que no seas víctima de los planes engañosos del consejo, ignoras á buen seguro que este se vale de semejantes medios para infundirme temor y le deje libre de los compromisos que asi él como D. Enrique tienen pendientes conmigo. Tengo un rival, como tú sabes, en la persona del menino del rey, y el soberano quisiera sin duda con mi fuga favorecer á su amigo; pero no lo han de lograr ¡vive Dios! porque yo no he de separarme del lado del rey, hasta que me dé la mano de Raquel, y cuando Raquel será mia, mis sacrificios y los tuyos quedarán compensados, Sanchez.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas lentamente por el duque.

Indudablemente no hubieron de convencer al usurero los razonamientos del infante, porque, encojiéndose de hombros le dijo con el acento de la desconfianza:

—Puesto que tal imajinais, señor, haced lo que mejor convenga á vuestros intereses, yo no he hecho mas que obedecer la voz de mi corazon, y advertiros del inminente peligro que corre vuestra persona. ¡Ojalá que los acreditados rumores que á mí han llegado, resulten falsos, y que al fin os veais libre de la celada que se os tiende!

Pero D. Fadrique sin hacer caso de las nuevas amonestaciones de su amigo, entró resueltamente en el consejo.

Hallábanse en él congregadas las personas que dejamos citadas anteriormente, y el rey que presidia aquel acto, despues de haber tomado parte en una lijera discusion acerca de lo que debia contestarse definitivamente á Doña Leonor reina de Navarra, dijo al arzobispo de Toledo:

—El mal estado de mi salud, D. Pedro, no me permite que permanezca por mas tiempo en el consejo; preciso me es tomar algun alimento; vos y los demás señores, ordenareis la respuesta que á la reina de Navarra se haya de dar.

Y levantándose del puesto que ocupaba, atrevesó la sala del consejo saludando graciosamente á las personas que lo componian.

Al llegar á su aposento, hizo llamar al maestre de Calatrava, y ya éste en su presencia, le dijo:

—Recordareis bien maestre la promesa que me hicisteis en Valladolid.

—La recuerdo muy bien señor, dijo el maestre.

—Pues bien, ha llegado el momento de prender al duque.

—Señor, díjole entonces el maestre con respetuoso acento; el duque es mi amigo y pésame en verdad tener que desempeñar tan triste mision.

—Antes que la amistad es el deber maestre, esclamó el rey montado en cólera, pero os absuelvo de vuestra promesa, id que para nada os necesito.

Y el maestre volvió cabizbajo al consejo, y al sentarse al lado del duque díjole con disimulo al oido:

—¡Todavía es tiempo duque, van á prenderos!

Y el infante acojió con la sonrisa de la incredulidad el aviso del maestre.

A su vez fué llamado por D. Enrique el almirante de Castilla, á fin de que cumpliese la promesa que hacia algunos dias le habia hecho de prender al duque; pero como el maestre, se disculpó como mejor pudo con el rey y al volver al consejo, como lo hiciera su concólega, dijo al oido del infante:

—Aun os quedan algunos momentos de libertad; aprovechadlos duque, ó tal vez luego os pesará.

Pero otra vez el infante acojió con la sonrisa en los labios, la advertencia que se le hacia.

—Bien juzgué yo, decia para sí el infante, que esos señores habian de echar mano de todos los medios para amedrentarme; en pos del maestre me acaba de enviar el rey al almirante, para que huya, como si esos señores debiesen advertirme el peligro, si realmente ecsistiera.

Y mirando entonces fijamente á D. Pedro Tenorio, que con disimulo le estaba observando, añadió para sí:

—En tu semblante veo pintada la sorpresa que te causa mi conducta; y es porque no imaginas, insensato, que he descubierto el hilo de tus planes para perderme. Pero yo no he de moverme de aqui, ni de tu lado, hasta que se hayan cumplido las promesas que me tienes hechas. Ahora veremos quien puede mas de los dos, si tu con tu astucia ó yo con mi imperturbabilidad.

Apenas el duque hubo proferido interiormente estas palabras, un mensajero del rey entró en el consejo, mandando de parte de aquel, que concluyesen presto; y luego dirijiéndose particularmente al duque de Benavente, dijole que el soberano deseaba hablarle.

—¿Si tambien el rey querrá advertirme el peligro que corre la libertad de mi persona? dijo irónicamente el infante para sí, siguiendo sin titubear al mensajero portador de aquellas órdenes.

Sin imajinarlo, el duque ponia todas sus fuerzas y su voluntad para que se cumpliese su destino.

La noche habia cerrado enteramente, cuando D. Fadrique salió del consejo. Para dirijirse al aposento que dijéronle ocupaba el rey, era preciso atravesar el gran patio del castillo que á la sazon se hallaba completamente á oscuras. Hízolo sin titubear el osado infante, discurriendo de qué medios se valdria D. Enrique para ahuyentarle de la córte; de modo que abismado en sus reflecsiones, no observó que á poco de haber salido de la sala del consejo, habian seguido sus pasos dos escuderos armados. El mensajero que le precedia tenia todas las trazas de un carcelero; paróse de repente delante de una puertecita que remataba en un pequeño, pero robusto arco diagonal, y cuyas hojas de hierro se hallaban abiertas de par en par. La mas profunda oscuridad reinaba bajo la bóveda inmediata al arco de la puerta, á la cual seguia un angosto y tortuoso corredor, que arrojaba por intervalos algunas bocanadas de un aire sútil y sobremanera húmedo. Al pararse el mensajero delante de aquella puerta, dijo al duque con respeto:

—Dispensad, señor, la oscuridad, porque la corriente de aire que aqui reina, ha apagado la luz que habia en este corredor. Si os dignais adelantar algunos pasos, podremos entornar la puerta y encenderé la luz apagada.

Impávido el duque, adelantó algunos pasos en la oscuridad. El rumor que produjeron sus pisadas fué repetido tristemente por los ecos de la bóveda. Entonces el mensajero encendió una pequeña linterna enrejada que se hallaba en el suelo; oyéndose en el mismo instante jirar los enmohecidos goznes de la puerta, cuyo dintel acababan de atravesar. Al rumor de los goznes, sucedió el áspero rechinar de unos pesados cerrojos que corrian por la parte esterior, unas manos invisibles, y luego el doblar de

una llave que al parecer aseguraba los cerrojos. Instantáneamente la luz de la linterna alumbró aquella escena, y entonces el duque fijando la vista á su alrededor, esclamó con cierta sorpresa, que revelaba bien el temor de que se hallaba poseido.

—¿Dónde nos hallamos? ¿quién ha cerrado esta puerta?

El mensajero con la mayor indiferencia, contestóle:

—Nos hallamos en el piso bajo de la torre del Caracol, y han cerrado la puerta dos criados que seguian á los escuderos que veis aqui armados, para hacer cumplir en caso necesario las órdenes del rey.

—¿Entónces me hallo preso? repuso el duque en el colmo del asombro.

—Lo ignoro, señor; pero tengo órden del soberano, de dejaros encerrado en este sitio, hasta que él disponga lo contrario. Si os place, os mostraré el aposento de que podeis disponer.

Y el mensajero, sin aguardar la contestacion del duque, se puso en marcha. Siguióle maquinalmente aquel, y al llegar á una pieza abovedada de forma circular, donde habia un banco de piedra, y un jarro de hierro lleno de agua sujeto por una cadena, añadió:

—Aunque no haya aqui lo necesario para que podais descansar y manteneros cual conviene á vuestro rango, no ha de faltaros luego lo preciso, que yo me encargo de ello.

Al oir aquellas palabras, el duque acabó por conocer, aunque tarde, la espantosa realidad de su posicion, y estallando repentinamente la ira en su pecho, esclamó:

—¡Infame traicion! ¿Con qué era cierto lo que me decian mis amigos? ¿Con qué el rey quiere condenarme tal vez á una perpétua esclavitud? ¡Atrás villanos! esclamó con voz de trueno abalanzándose como un leon ambriento sobre el criado del monarca. Pero éste que estaba muy alerta, desembainó rápidamente su espada y se puso en guardia; otro tanto hicieron los dos escuderos, de modo que el duque se halló con las puntas de tres espadas que le cerraban el paso. El infante se hallaba desarmado y no podia batirse con aquellos tres hombres; hubo un momento

que con la vista buscó un objeto que le sirviese de arma, pero el único mueble que habia en la estancia, era un jarro de hierro y aun este como dijimos, estaba sujeto con una cadena.

Indudablemente asi los escuderos como el criado del rey, no tenian órden de herir al infante, por grande que fuese su resistencia, porque á pesar de los violentos esfuerzos que aquel hacia para arrojarse sobre ellos, se contentaban con ponerse á la defensiva. Habian llegado los tres en su retirada, debajo del pequeño arco que daba entrada á la pieza circular donde tenia lugar aquella escena, cuando D. Fadrique cuyo valor es bien conocido del lector, despreciando todos los peligros, hizo trizas su jubon, y con un jiron que le quedó en la mano derecha, la envolvió apresuradamente. Un momento despues por un movimiento tan hábil como veloz, habia cojido por el corte con aquella mano la espada de un escudero, y sin duda en su furor la hubiese arrancado del poder de aquel, si el mensajero del rey no hubiese tocado en aquel momento solemne, un resorte que habia en la pared del arco. Aquel resorte sostenia en lo alto una reja, la cual abriéndose paso por entre las paredes de dicho arco, cayó con grande fuerza y estrépito sobre la espada que dividió en dos trozos iguales, quedándose el infante con la punta y el escudero con el puño, contuviendo al propio tiempo la fiera impetuosidad del duque.

Al verse preso éste, é impotente en aquella especie de jaula de piedra y hierro, se agarró á los barrotes de la reja, y trocándose su ira en desesperacion, y su furor en amargura, apeló primero á las súplicas y despues á las promesas; aquel hombre tan altivo, llegó á humillarse en presencia de aquellos criados; pero pronto sus voces y sus lamentos quedaron perdidos en los espesos muros de piedra que le rodeaban. El mensajero y los dos escuderos volviéronle con desprecio las espaldas, atravesaron lentamente el corredor, y al llegar á la puerta á una seña convenida, corriéronse los cerrojos, abrióse media hoja, salieron al patio aquellas tres personas, y luego volvió á cerrarse la puerta.

Como el mensajero del rey se llevase la linterna, el duque quedó envuelto en las tinieblas de su cárcel. Al oir cerrar la puerta del patio soltó los barrotes de la reja, y recordando el banco de piedra que le habia señalado el criado, fué á sentarse en él. Entonces escondiendo su semblante entre las palmas de sus manos, se entregó á amargas reflecsiones.





CAPÍTULO XII.

El lector despues de asistir á un diálogo singular, se reconcilia con el rey por el desagravio de algunas severas medidas, tomadas por éste contra su mejor amigo.

Enhiesta y orgullosa levantaba su erguida frente al cielo la famosa torre del Caracol en el centro del castillo de Búrgos, parecida á un jigante de granito que atento y alerta noche y dia, velase en la guardia que le habia sido confiada. La accion del tiempo habia impreso en sus sillares, ese tinte parduzco y sombrío que carecteriza á los antiguos monumentos arquitectónicos de la edad media, y enmohecido los robustos barrotes de sus angostas lumbreras. Una sola puerta, cubierta de hierro, aquella por donde habia penetrado confiadamente el infante, daba entrada á la formidable torre. En mitad del tortuoso pasillo que ya conoce el lector, se abria otra puerta que comunicaba con una escalera de piedra de forma espiral, la cual indudablemente habia dado nombre á la gótica torre.

El piso bajo como queda referido, fué destinado al infante Don Fadrique, pero éste no se hallaba solo en aquel edificio; ocupa-

ba el principal hacía algunos dias el menino del rey; por manera que aquellos dos irreconciliables rivales encerrados é incomunicados en aquella cárcel por motivos muy análogos, se hallaban sin saberlo, únicamente separados por la bóveda que dividia el piso superior del inferior.

El mas profundo silencio reinaba alrededor de la sombría torre. Solo de vez en cuando era interrumpido aquel silencio por la lejana voz de los centinelas, ó el silvido del viento que se estrellaba en las altas almenas y en las troneras de sus catapulcas, finjiendo tristes lamentos.

Era ya muy adelantada la noche del dia en que el duque habia sido encerrado en la fortaleza, cuando el menino del rey que se habia entregado al dulce descanso que permite una conciencia tranquila, fué dispertado por unos tristes jemidos que creyó oir sonar muy cerca de aquel lugar. Acostumbrado como se hallaba á no oir otras voces que las de las aves nocturnas, aquellos jemidos hubieron de llamarle tanto mas la atencion, cuanto juzgó que subian del terraplen inmediato á la torre. Entonces acercóse al pié de la reja, la única entrada que tenian el aire y la luz en su reducido aposento, y subiendo sobre una mesa que le habia sidoconcedida para poder comer con alguna comodidad, aplicó su oido junto á los hierros de la lumbrera. Durante algunos momentos calló la persona que se lamentaba, mas á poco Guzman creyó oir muy distantemente, que aquella misma persona pronunciaba el nombre de Raquel.

Júzguese cual seria la admiracion del menino al oir aquel nombre para él tan grato, y tan lleno de dulces recuerdos. Mil ideas á cual mas estrañas se agolparon en su mente, pero como todos aquellos pensamientos encerraban una esperanza, Guzman que ya la habia perdido, desechólos uno en pos del otro.

—Pero ¿quien será, dijo para sí, el que ha pronunciado el nombre de mi amada al pié de esta torre? ¿Y porqué este nombre vá envuelto en llantos y suspiros? ¿Si será un mensajero de la desgracia que aprovecha las calladas horas de la noche para anunciarme que Raquel ya no puede ser mia, por haber sido

descubierto su retiro y obligada violentamente á dar la mano á mi rival? ¿Si por el contrario, Violante la cristiana y mi esposa ante Dios, habrá dejado de ecsistir, agoviada por el peso del dolor que habrá sentido con la pérdida de su amado, y su pura alma volando al cielo me envia un suspiro de amor? Los sollozos que he oido me auguran una fatal nueva; pero ¿qué mayor desgracia puede pesar sobre mí que verme privado de la única luz de mi corazon? Si Violante ha muerto para Guzman, ya descendiendo, flor lozana, al sepulcro; ya arrastrada, víctima espiatoria, por la voluntad del rey al altar de himeneo; me siento todavia con sobradas fuerzas para rogar al Todopoderoso que la acoja en su santo regazo ó bien se apiade de ella en la fiera esclavitud á que la ha condenado su infausto destino.

Y acercándose cuanto pudo á los barrotes de la reja, dijo con amistoso acento.

—Voz misteriosa que has pronunciado el dulce nombre de Raquel, dime ¿por qué al hacerlo supiras, por qué lloras? Confíame tus secretos y no temas.

Fadrique ignoraba que su rival estuviese preso y preso como él en aquella torre; de modo que al oir aquellas palabras venidas de lo alto y que en el silencio de la noche llegaban á él muy distintas, fué tan grande su asombro como lo habia sido el de Guzman al oir su voz. El amor es muy crédulo, por manera que los hechos mas insignificantes alimentan su esperanza ó encienden su fuego. Aquellas palabras cuyo oríjen le era desconocido, motivaron en el infante una súbita revolucion, porque enjugando de repente las amargas lágrimas que hacía un momento habian surcado su varonil semblante, como el náufrago que batallando con la muerte se apodera con gozo de la tabla que le arrojan las olas, se abalanzó gozoso á la lumbrera de su calabozo, y si bien no pudo alcanzar su altura, como lo habia hecho el menino, pegóse al muro y esclamó con la voz entrecortada, de un hombre que acaba de salvar la vida de un inminente peligro.

—¡Quien quiera que seas ánjel ó demonio, que en estos tristes instantes vienes á dar consuelo ó mayor pena en un pecho

despedazado por las furias del Averno, yo te saludo, bien venido seas! Aunque me avergüence tener que decirlo, sepas fantasma que á mí llegas para endulzar las horas de mi soledad, ó ser humano que intentas tal vez mofarte de mi dolor; que ahora llora de despecho quien siempre arrostró con faz serena la muerte, y que se estremece en presencia del triste porvenir que le aguarda, el que hizo temblar á los tronos y á los reyes!

—¿Seria posible? dijo para sí Guzman cada vez mas asombrado. Esta voz, si mi memoria no me es infiel, es la voz del infante. Si, ese acento es el que oí yo en los bosques del Pardo, en la aljama de Toledo y mas tarde en el palacio del rey; acento odioso y maldecido para mí. Pero, si es el infante, ¿por qué llora y se lamenta al pié de esta cárcel? ¿Por qué confiesa su debilidad ese hombre tan orgulloso? ¿Por qué me toma á mí por un ser sobrenatural? ¿Tal vez en la imposibilidad de poder ver satisfecha su loca pasion, ó en la satisfaccion quizas de ella, haya enloquecido? ¿Llora por la pérdida de Raquel ó porque esta jóven le ha negado su amor?

En estas dudas, el menino del rey quiso cerciorarse ante todo, de si efectivamente era D. Fadrique el que le hablaba.

—En verdad me admiran, díjole, vuestras palabras ¿cómo es posible que os aflijais vos cuyo lema era «nada resiste á mi voluntad?»

—Vos os admirais de mis palabras, y yo por las vuestras conozco que sois tal vez un enviado del rey ó de sus pérfidos ministros, para derramar mas hiel en mi corazon. Si tal es vuestra triste mision, mis oidos permanecerán sordos y mi boca muda.

—No creais tal, repuso el menino, convencido ya de que estaba hablando con el duque; pero me admira en verdad que un caballero como vos, gozando hoy de gran favor y riquezas en la córte, y que está prócsimo á dar la mano á la hija de Roboan, si es que no se llame ya su esposo, para cuyo logro ha sacrificado el rey á su mejor amigo, se lamente como pudiera hacerlo un desgraciado.

—¿Entónces vos ignorais lo que ha pasado hoy en este castillo?

—¡Cómo quereis que lo sepa, si como vos me hallo preso!

—¿Pues entonces, cómo sabeis que estais hablando con el duque de Benavente?

—Os creí reconocer por vuestro acento. En otro tiempo tuve con vos algunas sencillas relaciones.

—Decidme ¿cuál es vuestro nombre?

—Permitidme que por ahora me lo calle; tal vez mas tarde os lo diga. Ahora sabed tan solo, que me interesa vivamente conocer porque habeis venido á lamentaros al pié de esta cárcel.

—Diríais mejor en el fondo de este sombrío calabozo, repuso el duque con un acento en el cual se traslucia la indignacion.

—¡Vos preso! ¡Vos encarcelado en esta torre! esclamó el menino en el colmo de la sorpresa. ¿Os habeis rebelado nuevamente contra el soberano, ó le habeis hecho traicion cuando mas os colmaba de favores?

—¡Traicion! repitió el infante con amargura; si, traicion; pero esta vez no he sido yo, sino ellos los que me han engañado vilmente.

—¿Entónces vos mismo os confesais culpable por vuestra anterior conducta?

—Cuando mayor era mi poder, repuso el infante, sin contestar á la pregunta que le hacia Guzman; cuando iba á arrojar de la córte á los infames consejeros que rodean al jóven monarca, llegaron á mí algunos de ellos, y seduciéndome con falsos alhagos y mentidas riquezas, y sobre todo, ofreciéndome la mano de la mujer á quien amo mas que á mí mismo, y por quien moriria gustoso á trueque de una sola de sus sonrisas, para poderla decir una vez mas que la adoro, me arrastraron mañosamente á la córte. Algunas promesas fueron cumplidas á fin de sujetarme; pero indudablemente el rey hubo de arrepentirse mas tarde de haberme ofrecido la mano de Raquel, y ¿sabeis por qué? Porque el rey tiene un amigo de la infancia, un hijo de cierto conde que siempre me ha hecho una encarnizada guerra, y que diz quiere á la hija del judío; como si Raquel pudiese amar á otro que no fuese yo. Pues bien, conociendo sin duda D. Enrique ó mejor el ar-

zobispo, ese hombre funesto que nunca le abandona, que mi sufrimiento tocaba á su límite; temeroso de que otra vez empuñase las armas para arrojarle del puesto que indignamente ocupa, resolvió prenderme á traicion. Hoy á pesar de una desesperada resistencia, me han hundido en este calabozo, donde tal vez me dejen morir de hambre; mientras, ¡ira de Dios! el menino del rey se unirá para siempre con Raquel!

—Si, duque, repuso Guzman, el menino del rey haria la felicidad de la hija de Roboan, porque la ama con un fuego que nunca se estingue, porque es amado como nunca lo habeis sido ni lo sereis jamás vos, porque en fin, ya es su esposo ante Dios.

Al oir aquellas palabras el infante, como una fiera herida de muerte por el dardo del cazador, haciendo un esfuerzo sobrenatural, dió tan terrible salto, que logró alcanzar los barrotes de la reja. Pegando á ella su cuerpo, dijo con rapidéz á su interlocutor:

—¿Y quién sois vos insensato, para poder afirmar lo que acabais de decirme?

—¡Pero Guzman, el menino del rey!

—¡Pero Guzman! repitió el infante, como un hombre que despierta sobresaltado de un profundo sueño. ¿Vos Pero Guzman, preso en esta torre?

—¡Y para el resto de mis dias, duque, aunque os asombre!

Grande habia sido la sorpresa de D. Fadrique, cuando al anochecer de aquel dia el mensajero del rey le habia dicho que se hallaba preso en la torre del Caracol; pero fué todavía mayor su asombro, al oir de boca de Guzman, cuyo acento hubo de reconocer entonces, que éste estaba encarcelado como él en aquella fortaleza. A poco sin embargo, sucedió al asombro el contento, y como si el infante se hubiese hallado libre de repente de un enorme peso que oprimiéra su corazon, dilatóse su pecho y respiró con holgura. Si Guzman hubiese podido ver su semblante, le hubiera causado tal vez espanto la sonrisa diabólica que le animaba en aquel momento. El gozo que esperimentaba el duque, era parecido al que deben sentir los condenados al ver sujetos al

mismo tormento á los séres que han odiado en el mundo. Su dolor no puede amenguar su dolor, pero debe inflamar su ira.

—¿Con qué tambien vos estais preso? repuso el duque con un acento indefinible; ¿con qué tambien vos estais sujeto á todos los rigores de un hombre que ha perdido su libertad? ¿Con qué tambien á vos os han hecho traicion? ¡Ah! pues entonces mi esclavitud ya no lo es. ¡Qué me importa tener por morada un suntuoso palacio ó una sombría cárcel, mientras todavía pueda esperanzar la dicha de poder llamar mia un dia á Raquel! ¡Rey Enrique, y vos arzobispo D. Pedro, creisteis tal vez entregarme á la desesperacion; imajinásteis que iba á ser devorado por mi dolor, y os habeis engañado tristemente; sin pensarlo me habeis enviado el único consuelo á que podia aspirar, despues de la posesion de mi amada, el solo bálsamo que pudiese cicatrizar mi herida, y mientras vosotros os reís quizás de vuestra víctima, esa víctima se rie de vosotros porque es feliz en su desgracia!

Luego alzando la voz, prosiguió:

—No os preguntaré Guzman por qué os hallais aquí, porque no quiero ni debo saberlo; me basta que os halleis privado de la gracia del rey y sus ministros, y tambien de vuestra libertad, para que pueda considerarme dichoso; pero sí os ruego me digais donde se halla Raquel donde se esconde mi dueño idolatrado para que yo pueda fijar mi vista en los astros del firmamento que la ven y aspirar con amor las dulces auras que han acariciado su angélico semblante.

El mas completo silencio sucedió á las palabras del infante.

—¿Cómo no contestais amigo mio, á mis preguntas? prosiguió el duque, ¿os mostrais sordo á mis ruegos? ¿Temeis acaso que os robe con el pensamiento á esa mujer que en mal hora pusisteis los ojos sobre ella? Sois un ingrato, Guzman; porque si Raquel os quiere como un amigo, porque esa jóven no puede quereros de otra suerte, la correspondeis muy mal ocultando á su amante el sitio en que se halla.

—Por última vez y solo llevado por la compasion, doy contestacion á vuestras locas palabras, contestóle por fin Guzman con

breve acento. Bien hubiese querido dejaros en la ilusion que alimentais, único consuelo de que os es dado gozar en esta cárcel; mas puesto que insistís en interrogarme, á mi vez os haré una pregunta á la que deseo respondais con toda injenuidad. ¿Si dominado por ese amor que decis teneis por Raquel, la hubieseis prometido ser su esposo; si ella á su vez os hubiese hecho igual juramento; si Dios hubiera sido testigo de vuestros solemnes votos, y mas tarde un hombre que ella odiase y vos despreciaseis, abrigase insensatas esperanzas por la esposa é hiriese con sus imprudentes palabras los oidos del esposo, que harias con ese hombre?

—Como ella y como él, lo despreciaria y le odiaria.

—Pues bien, Raquel la judía, hoy violante la cristiana, es mi esposa ante Dios y vos sois el amante odiado; pero yo en vez de despreciaros, ahora os cómpadezco; no hagais que con vuestros insensatos propósitos os ódie como mi esposa!

Una carcajada infernal sonó en el calabozo del infante.

Mas tarde reinó el mas completo silencio en las dos cárceles de la torre. Los dos prisioneros se entregaron al descanso, pensando ambos en un mismo objeto, y ambos alhagados por diversas ideas.

Cerca de un mes habia transcurrido desde que tuvo lugar el singular diálogo entre los dos presos de la torre del Caracol. Despues de aquella conversacion principiada con el mas vivo interés por los interlocutores, sostenida al través de los barrotes de unas espesas rejas, y terminada por aquellos estraños rivales con cierto placer mezclado de enojo; habian ocupado al jóven rey algunos asuntos harto graves, para acordarse por el momento del infante y de su leal menino. D. Alonso de Castilla, conde de Gijon, rebelándose otra vez en contra del rey, se proclamó por su propia voluntad soberano de Asturias, en cuya ciudad de Oviedo entró como señor, y se fortificó como tirano, merced al ausilio de sus numerosos partidarios. Acostumbrados de muchos años un gran número de caballeros y aventureros á seguir los pendones que sin mote ni autoridad, pero sí en contra

del soberano habian levantado los tres infantes; vencidos dos de estos por la prudencia de D. Enrique, no les quedaba mas recurso que acojerse al amparo del conde de Gijon; y si bien era éste el que menos simpatias alcanzaba, preciso les era á aquellos señores un nombre para cohonestar su conducta rebelde, y á sus soldados un jefe para poder merodear impunemente.

Don Enrique habia recibido el aviso de que D. Alonso entrára con grandes pretensiones en Gijon, en el mismo momento que él salia del consejo habido en el castillo de Búrgos, y tanta fué su justa indignacion, que sin curar de los prisioneros que quedaban en aquella fortaleza, partió al dia siguiente con un respetable cuerpo de tropas á Mansilla, cuya fortaleza haciendo derribar, tomó para su corona la villa que era del duque, asi como otros pueblos suyos, y mandando en seguida que Gijon fuese por mar y tierra apremiada, llegó el rey á la ciudad de Leon. No esperaba sin duda el conde verse cercado tan de repente ni de aquel modo, por manera que acrecentándose su temor á medida que las tropas del rey adelantaban y se fortificaban en sus tierras de Asturias, resolvió capitular antes que haber de entregarse á discrecion.

—Don Enrique, dijo al rey el mensajero del conde; mi señor me envia á vos para deciros que os dará todos los rehenes de seguridad que le pidais, para serviros bien y fielmente, con la única condicion que hasta los veinte y cinco años de vuestra edad, no le mandeis ir á la córte, por tener por sospechosos á los que os gobiernan.

—Decidle al conde, repuso el rey en el colmo de la indignacion, que el soberano de Castilla es el que impone condiciones, mas nunca las recibe; que es mi voluntad, que si dentro de tres dias no ha venido á rendirme pleito homenaje como á infante y como á vasallo, no solo he de confiscarle todos sus bienes, mas en cuanto sea habido, sino paga con la vida su rebeldía, la acabará donde consumió muchos años de ella, esto es, en Almonacid.

Las resueltas palabras del rey, hicieron que el conde procu-

rase mas y mas por su defensa personal, y ante la triste perspectiva que le ofrecia su derrota, resolvió luchar hasta estinguirse su último aliento. Aumentó por su parte las fortificaciones, alistó nuevas jentes y se aprestó para una desesperada resistencia. El rey que tomó aquellos alardes por un reto hecho á su poder, no atendiendo á mas dilaciones, antes de descargar el último golpe al conde, quiso probar á la faz de la nacion que procedia con justicia y con razon, respecto de aquel rebelde. Al efecto convocó en la iglesia mayor de Leon, asi á todos los principales capitanes de su ejército, como á los mas notables señores y pecheros de aquella ciudad y sus alrededores. El templo se hallaba ocupado por un inmenso jentío, cuando D. Enrique penetró en él, y puesta la mano sobre el signo de redencion, dijo á la multitud que le escuchaba con el mas relijioso silencio:

—Quiero que mi pueblo fiel sea conocedor de los actos de justicia, que como rey y como majistrado estoy obligado á dictar; el que lee en el fondo del corazon de los hombres, sabe que aborrezco el engaño y que ódio el perjurio. ¡Oid, vasallos mis palabras, que son palabras de verdad!

Y D. Enrique refirió á la asamblea la prision que el rey Don Juan su padre, hizo de la persona del conde; como habia faltado á sus juramentos, evadiéndose varias veces de su cárcel, ora burlando la vijilancia de sus guardas, ora sobornándoles; como habia intentado encender la guerra civil, durante los azarosos dias de su minoría; como fué perdonado y pagó con ingratitudes y rebeldías su perdon; la soltura que los tutores le dieron y finalmente los bienes y mercedes que despues recibió de él.

—Pues bien, añadió, este hombre ingrato acaba de declararse una vez mas rebelde; una vez mas intenta encender pertinaz la tea de la civil discordia en mis reinos; una vez mas me fuerza, á pesar del mal estado de mi salud, á abandonar mi córte para perseguirle, como se persigue á un animal indómito y peligroso. Mi conciencia está tranquila; la espada de la justicia vá á caer sobre el culpable, y puesto que mis vasallos conocen

donde está la sinrazon y donde el derecho, cúmplase mi voluntad que está en la razon.

Don Enrique despues de haber dado aquella cumplida satisfaccion á sus fieles vasallos, dijo que declaraba y declaró efectivamente los bienes del conde confiscados á la corona real, escepto el señorio de Noruеña, que segun la voluntad primera del rey D. Juan su padre le daba á la iglesia de Oviedo y lo juró todo en manos del obispo de Leon.

Algunos momentos despues de aquella solemne escena, el rey montaba á caballo y al frente de sus jentes de guerra, partia como el rayo á Oviedo.

Los soldados del conde que guarnecian aquella ciudad huyeron despavoridos al acercarse el ejército real, y el conde que con alguna tropa se hallaba en la vega, se encerró en Gijon, cuya villa por mar y tierra cercó el rey. Verdad es que D. Enrique no quiso llevar para aquella empresa mas que dos mil ballesteros y cuatro cientos jinetes, atendida la miseria que reinaba en el pais; pero dispuso tan convenientemente sus fuerzas, que fué imposible ya á los sitiados salir de aquellos muros. A poco de haber sido establecido el cerco, D. Fernando, hijo bastardo del conde que se hallaba en la fortaleza de S. Martin, entrególa al rey y se puso á su servicio, y pocos dias despues el condestable Don Pedro, el único de los infantes que habia quedado en libertad, fué á ofrecer tambien su espada al monarca, quien no solo le recibió muy bien, sino que además en muestra de gratitud, le hizo merced de las villas de Ponferrada, Villafranca y Valcarcel que fueron del duque de Benavente.

—Vos habeis sido el único de mis caballeros, le dijo D. Enrique que no habeis pagado con ingratitud mis favores, y puesto que en los momentos del peligro acudís en mi ausilio, justo es que obtengais la recompensa.

A pesar del brillante estado en que se hallaba el ejército del soberano y sus probabilidades de triunfo sobre el conde, llevado siempre el niño-rey por sus humanitarios sentimientos y por sus deseos de evitar el derramamiento de sangre, habia retardado el

asalto de la villa; mas apremiado por la necesidad, hubiese al fin apelado á aquel partido estremo, si el conde no hubiese insistido de contínuo en darse á partido. Por otra parte, la estacion se hallaba bastante adelantada y como la tierra de Asturias es muy fria y la salud de D. Enrique se hallase harto quebrantada, éste, á consejo de los suyos, accedió por último á las reiteradas peticiones del conde y le perdonó concertándose con él de esta manera:

Que el rey de Francia fuese juez en aquel caso, en el cual si dicho soberano hallase de derecho que el conde debia perder su condado, que lo perdiese, cuyo fallo debia pronunciarse dentro de seis meses á mas tardar; si lo contrario falláre, que se quedase en la pacífica posesion de sus tierras y fuese perdonado. Que hasta ser conocida la determinacion de aquel árbitro, la villa de Gijon quedase en poder del conde, pero con la precisa condicion de que no podia abastecerla de mas armas ni vituallas, ni podia salir dentro de los dichos seis meses de tres leguas á la redonda de Gijon, como no fuese á Francia á la defensa de sus negocios. Que las demas tierras del conde quedasen en fidelidad y poder de Ruy Lopez de Avalos, camarero mayor del rey, quien en rehenes de cumplir estas cosas, daria su hijo D. Enrique; y finalmente, al objeto de que el conde pudiese ir á Francia á sostener su litijio, el rey le daria por gastos de viaje tres cientos mil maravedises.

Aceptados estos tratos por ambas partes, alzó el rey el cerco y salió de Asturias, su principado.

En tanto que estos hechos tenian lugar llegó al rey un mensajero portador de una triste noticia. Acababa de fallecer en sus reinos D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, caballero muy llano y nada entremetido en bullicios y privanzas de los reyes. Mucho sintió el rey la muerte de aquel caballero á quien profesaba desde muy niño singular afecto. Su muerte le hizo recordar la existencia de su menino en la torre del Caracol de Búrgos, y como ya hubiesen cesado los motivos que á su arresto le indujeron, atendido el encarcelamiento del duque de Benaven-

te, consultó con D. Pedro Tenorio sobre si debia darse libertad á su menino á pesar de la notoria desobediencia que hizo á los mandatos de su rey. Opinó su leal consejero por la afirmativa, y Guzman fué puesto en libertad con la condicion que inmediatamente se pusiese á las órdenes del soberano.

Cuando Guzman recibió aquella inesperada nueva y pudo convencerse por la órden que tenia en sus manos de que se hallaba libre, su corazon se estremeció de placer é iba á salir de su calabozo para volar en brazos de su amada, cuando se acordó de su compañero de infortunio.

—Permitidme, dijo al carcelero, que antes de abandonar esta morada donde he derramado por tanto tiempo lágrimas de amargura, me despida de ella como se despide un amigo de otro amigo. En mis dias de orfandad esas paredes han tenido oidos para mis palabras y ojos para mi dolor, y al despedirme de esta triste estancia, quiero en mi alegria estar solo, como solo he estado durante mucho tiempo en mi quebranto.

El carcelero accedió á la demanda del que hasta entonces habia sido su preso, y salió dejando abierta la puerta de su calabozo.

—Observad, le dijo despues de haber dado algunos pasos, que al llegar al estremo del corredor que sigue al pié de la escalera, hallareis la puerta cerrada; llamad con la mano que yo os estaré aguardando para abriros.

Ya solo Guzman, despues de algunos dias que habia permanecido sordo á las repetidas interpelaciones que le dirijiera sin cesar el duque desde la lumbrera de su estancia, alzó la voz y dijo:

—Duque, hoy rompo el silencio para comunicaros una nueva, que si bien es muy grata para mí, me temo que habrá de enojaros.

—¿Qué nueva es esta? dijo el duque con interés.

—Que voy á partir ahora mismo.

—¿Para ser trasladado á otro calabozo quizás? porque solo esto debeis esperar de quien os pagó con ingratitud vuestra lealtad.

—Os engañais, duque, me hallo en libertad.

—¡Infeliz, tal vez correis sin imajinarlo al suplicio!

Al oir aquellas palabras, permaneció silencioso el menino del rey; la desconfianza del duque, como afilada saeta, habia penetrado en su pecho, y hubo un instante en que una terrible duda embargóle el habla; mas á poco confiando en la conocida hidalguía del rey, desechó todo temor y le dijo:

—No creais tal; el rey me ha concedido la libertad; la puerta de mi calabozo se halla abierta, y tambien lo está mi corazon á las aspiraciones del amor. Antes que el astro del dia se haya ocultado en el ocaso, estaré en brazos de mi esposa. El amor me dará alas y la esperanza infundirá aliento en mi pecho. ¡A Dios duque; si el rey me vuelve su amistad, yo le rogaré que alivie en cuanto sea dable vuestra esclavitud!

—¡Vos mentis, vos no estais libre! esclamó el duque, y con vuestros sarcasmos quereis acallar vuestro dolor. A mi vez os compadezco. En el aislamiento de vuestro encierro habeis perdido el juicio. ¡Dios se apiade del infeliz loco!

Pero el menino del rey contestó con una prolongada carcajada, á las palabras de despecho del duque, como éste lo habia hecho hacía un mes á sus palabras de amor; pero la risa de Guzman era la risa de placer y la del infante habia sido la risa del dolor.

Un momento despues el jóven Guzman se hallaba á corta distancia de la reja que ya conoce el lector. Al verle el duque, brincó como el leon del desierto sobre la tímida presa que halla á su paso. En el salto que dió quedó cojido á los barrotes de la reja, fija su vista en la persona del menino. Un rayo de sol que penetraba por la lumbrera de su calabozo y que daba de lleno en su desencajado semblante, imprimia á éste un aspecto infernal, haciéndole destacar del fondo oscuro que le rodeaba.

—El infeliz loco, díjole Guzman con ironía, se despide por última vez de su compañero de cautiverio. Muchos dias de amargura me habeis hecho sufrir por mi amor á Raquel; todo os lo perdono en este momento supremo, el último tal vez que nos vemos en la tierra. ¡A Dios!

—Deteneos, esclamó el duque, no dudo ya ahora de vuestra libertad; creo que vais á ser dichoso con la mujer á quien yo he amado mas en este mundo. Si algun daño os hice, fué llevado por la ceguedad de mi amor, pero puesto que me perdonais, aceptad mi sincero reconocimiento. ¡Sed dichoso y acordaos en vuestra felicidad de este desgraciado!

Y el infante hizo ademan de buscar en el interior de sus vestidos un pañuelo para enjugar las lágrimas que estaban muy distantes de asomar en sus ojos. Enternecido Guzman se acercó mas y mas á aquel infeliz, diciéndole.

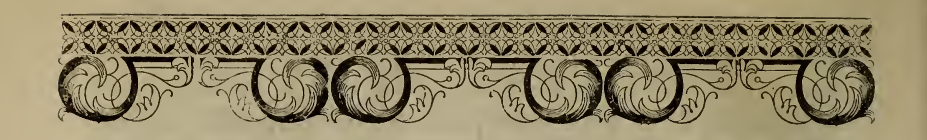
—No os aflijais, duque, todavia os queda la esperanza; todavia el rey puede perdonaros y recobrar la libertad y los honores que habeis perdido.

—Si, contestó el duque, aun me queda la esperanza, y confio en la promesa que me habeis hecho, y en muestra de mi agradecimiento, estrechad esta mano que os ofrezco como amigo.

Dióle confiadamente Guzman su diestra; mas apenas estuvo en contacto con la del duque, estrechándola éste fuertemente le atrajo cuanto pudo á sí y sacando de debajo de sus vestidos la mitad de la espada rota que habia quedado en el calabozo en la lucha habida con el escudero, transformada en sus manos en puñal, levántolo á la altura de su cabeza para hundirlo en el corazon del menino. Ya la hoja habia brillado como un rayo al atravesar el del sol que iluminaba al infante, é iba á penetrar en el pecho de Guzman, cuando fué á dar en uno de los barrotes de la reja. Al violento impulso que le habia impreso el duque, fué debido que se quebrase la punta contra el hierro. Entonces arrancando Guzman su mano del que habia atentado contra su vida, díjole con tranquilo acento.

—Hice mal en fiarme de un traidor, la culpa es mia. Os dejo con vuestros remordimientos; podria vengarme de vos, pero no lo haré; solo sí al salir de esta triste morada, arrancaré de mi memoria vuestro nombre y vuestro crímen.

Y Guzman adelantó con paso firme hácia la puerta de la torre. Al abrirse ésta, el menino lanzó un grito de alegría y el duque un grito de dolor.



CAPÍTULO XIII.

Como las luchas entre el deber y el amor son las mas nobles de las luchas cuando tienen cabida en pechos generosos

Oscura y fria era la noche; el otoño tocaba á su fin. Violentas ráfagas de viento ajitaban las cabelleras de los árboles, los cuales al desprenderse de las galas con que la naturaleza les habia adornado durante la estacion florida, parecian lanzar prolongados suspiros de dolor. El cielo se hallaba encapotado de pardas y densas nubes, y de vez en cuando se desprendian de su seno azulados relámpagos, precursores del trueno que sonaba á lo léjos. A la momentánea luz de aquellas ecsalaciones, podia verse un caballero jóven aun, que montaba un brioso corcel, el cual aunque con mucha lentitud, pero obediente á la voz de su dueño, seguia una senda rodeada de precipicios que atraviesa el corazon de las montañas de Búrgos. Aquel caballero era Pero Guzman, el menino del rey, quien oyendo tan solo la voz de su amor, habia desobedecido el mandato de su soberano, que le ordenaba

pasar inmediatamente á su lado, y despreciaba la voz de la tempestad que le amenazaba envolverle en su furor. Pero ¿qué le importa á un pecho amante, que los elementos se desencadenen contra él, y los hombres le impongan obediencia, si corre á ver cumplidos sus mas ardientes deseos? Ni el rey, ni el rayo y las tinieblas tenian en aquellos momentos bastante poder para amedrentar, y por tanto detener á Guzman, á quien le tardaba el momento de poder estrechar entre sus brazos á su amada. En su vivo deseo de volar al lado de Violante, hubiese salvado sin titubear los mas profundos abismos que se abrian á sus piés, ó trepado por las escarpadas peñas que cual fantasmas de granito se alzaban orgullosas en aquellos solitarios sitios.

La tempestad habia desplegado sus alas y se cernia con majestad sobre la cabeza de Guzman, cuando éste llegó á la altura de un picacho, desde el cual era fácil descubrir una grande estension de terreno; pero como las tinieblas envolvian con su denso velo la superficie de la tierra, y esta era sumamente quebrada, abierta y llena de matorrales en aquel sitio, era cuasi imposible poder adelantar, sin correr inminente peligro de estrellarse contra las peñas. Entonces Guzman se apeó y atando su caballo al tronco de un árbol, esperó que la fugáz luz del rayo le alumbrase el valle que debia estenderse á sus piés, en cuyo declive inferior, semi-oculto entre algunos corpulentos árboles, se hallaba la cabaña del cenobita á quien habia dejado confiada á Violante. El rayo no se hizo esperar, y serpenteando por la atmósfera, alumbró un momento con su luz fatídica el monte y el valle. Bastó aquel momento para que Guzman pudiese reconocer el sitio donde se hallaba la cabaña, y aunque le separaba de ella un largo trecho, aunque volvió á quedar envuelto en la mas profunda oscuridad, adelantó impávido en aquella direccion.

Cuando aquel fiel amante llegó á la mitad de su camino, la tempestad que habia arreciado cada vez mas y mas, desencadenóse con todo su furor. Las negras nubes parecian vomitar colunas de fuego y agua á la vez, y al retemblar del trueno, se estremecia la tierra que pisaba Guzman. Mas despreciando con

faz serena las contrariedades que el cielo parecia oponerle, cuando mas cerca se hallaba del fin de su jornada, luchaba y vencia á los elementos para volver á luchar, vencer y ser vencido por las tinieblas que le cegaban.

Llegó un momento en que jadeante y postrado por el cansancio, dobló una rodilla al suelo y sus fuerzas parecieron querer abandonarle. Sus miembros habian sufrido varias contusiones, y sus manos estaban ensangrentadas. El agua del cielo y el sudor de la fatiga bañaban su frente. Los latidos de su corazon eran frecuentes y violentos, y su respiracion penosa y entrecortada. Guzman imajinaba haber perdido la senda que debia conducirle á la cabaña, y el desaliento empezaba á apoderarse de él. Mas de repente brilló de nuevo el rayo, y esta vez como una serpiente de fuego cruzando veloz el espacio, fué á enroscarse entre las ramas de un árbol cercano al lugar en que se hallaba el menino del rey. El árbol habia sido herido de muerte, pero al abrirse su seno, dió pábulo á la llama que lo transformó en un instante en una grande hoguera. A la vivísima luz que proyectó á su alrededor, Guzman descubrió la cabaña del cenobita. Las chispas que arrancaba el viento á aquella hoguera, llegaban á ella. El inminente peligro que corria su amada, restituyóle las perdidas fuerzas, y en un momento estuvo cabe la cabaña; llamó repetidas veces á su puerta, pero en vano; creciendo el peligro empujóla en fin con violencia, y se abrió de par en par. A la última luz del árbol incendiado, Guzman vió que estaba enteramente desierta. A aquel violento é inesperado golpe, no pudo resistir. Aquel desgraciado amante cayó vencido por el dolor y postrado por la fatiga.

Cuando Guzman volvió en sí, la tempestad se habia alejado. La primera luz de la aurora doraba las inhiestas crestas de los montes cercanos. Con el nuevo dia las aves, brutos y plantas parecian recobrarse del estupor que se habia apoderado de ellas durante la tempestad de la pasada noche; y plantas, brutos y aves levantaban sus frentes al cielo y ya mudos, ya en conciertos no aprendidos, bendecian á Dios y saludaban al astro del dia.

A aquel himno matutinal Guzman volvió en si. La tempestad al pasar habia dejado impresa su huella por do quiera, pero aquella huella pronto iba á ser borrada por la fecunda naturaleza. A la luz del nuevo dia árboles y plantas volvian á abrir sus hojas y á enderezar sus tallos, y las pintadas aves y temidos venados, abandonaban gozosos sus humildes nidos y ocultas guaridas. A las tinieblas habia sucedido la luz, al luto la alegria; del seno de la tierra parecia salir una voz de agradecimiento que bendecia una vez mas al Criador. Solo Guzman estaba melancólico; solo el enamorado doncel no podia borrar de su alma la triste impresion que habia esperimentado al hallar abandonada y desierta la cabaña del cenobita. Un funesto presentimiento le decia que no veria ya mas á Violante; y si su vista erraba acá y acullá como si intentase descubrir la huella de sus pasos ó una imájen que pudiese recordarle á su amada, no era con la esperanza de encontrarla, aun que abrigase el deseo de verla.

El menino del rey no podia resolverse á abandonar aquellos lugares llenos para él de tan dulces recuerdos; como el avaro, á quien un ladron desconocido ha robado el tesoro fruto de los afanes de toda su vida, su sorpresa corria parejas con su amargura; mas cuando hubo dado curso á la natural espansion de su dolor; cuando pudo hacer cargo de la triste realidad; cuando se vió enteramente solo en mitad de aquellos bosques, resolvió huir rápidamente de aquellos sitios cuya presencia solo podia dar pábulo á su quebranto. Dando un triste adios á aquella humilde cabaña, bajo cuyo pajizo techo por tantas noches debia haberse entregado al sueño de la inocencia su amada; donde su nombre debia haber sido pronunciado primero con el acento de la esperanza y despues tal vez envuelto en la duda y el llanto; Guzman volvió á subir hasta la cresta del monte donde habia dejado atado al tronco de un árbol su caballo. Al verle el noble animal piafó de contento. Montó en el su aflijido dueño, y pronto perdió de vista el solitario valle. ¿A dónde va? El mismo lo ignora. ¿Qué objeto lleva? El dolor y el enojo embargan su mente. Guzman marcha al acaso; Dios guia sus pasos. Abandone-

mósle por tanto un momento que pronto hemos de volver á encontrarlo.

Desde la partida del hijo del conde de Niebla de la cabaña del cenobita, lós dias y las noches habian corrido triste y lentamenpara Violante la cristiana. Las últimas palabras de su amante, «si mi ausencia se prolongase por muchos dias, ruega á Dios por tu amado, tu prometido esposo habrá dejado de ecsistir» no se apartaban de su imajinacion á medida que se añadian nuevos dias á los muchos dias que Guzman estaba ausente de su lado. Cerca de un mes habia transcurrido desde que aquel jóven partiera á la córte. Violante instruyéndose en la doctrina del Salvador por el venerable anciano, quien con ella compartia sus escasos alimentos, elevaba fervientes súplicas al Divino dispensador de todas las gracias, para que le concediera volver á abrazar á su amado; por muchos dias la llama de la fé habia ardido tranquila en su pecho, y la consoladora esperanza calmado el dolor de tan prolongada ausencia; mas al fin la fé y la esperanza abandonaron á Violante, y las lágrimas del dolor empezaron á surcar su angelical semblante.

Un dia en que aquella jóven postrada al pié de la cruz que se levantaba junto á la ermita, era presa del mayor desconsuelo, acercóse á ella el cenobita, y la dijo con dulzura:

—¿Por qué lloras hija mia? ¿Por qué desconfias de la Providencia que siempre ampara al justo y dá consuelo al aflijido? ¿Por qué te entregas á la desesperacion cuando debias dar gracias á Dios que te ha abierto sus brazos, cuando mas apartada te hallabas de él? Concibo muy bien tu dolor, porque te hallas viuda del esposo á quien amabas, pero ¿acaso Dios no es el esposo de las vírjenes puras, que como tú elevan á él su alma sin mancilla?

—Decis bien, padre mio, contestóle Violante con relijioso entusiasmo; si los hombres han dado muerte á mi esposo, Dios lo será mio en adelante, él me acojerá en su santo regazo y me dará el consuelo que bien he menester, porque él no abandona nunca á las criaturas que con fé le invocan.

La resolucion tomada por Violante de entrar en el cláustro, léjos de ser combatida por el ermitaño, fué aprobada y sostenida por éste. La hija de Roboan recordó el cariño que en otro tiempo le habia profesado la ilustre viuda de D. Juan, y confió al cenobita su propósito de impetrar la proteccion de Doña Beatriz para llevar á cabo su pensamiento. Ofreció aquel acompañarla á Valladolid, donde se hallaba á la sazon la reina viuda, retirada de los negocios de la córte; y pocos dias antes de salir Guzman de la torre del Caracol, Violante y el ermitaño se dirijieron á aquella ciudad. Doña Beatriz recibió á la desgraciada amante, como una madre recibe á su hija, con los brazos abiertos, y con toda la efusion de la mas acendrada ternura. Cuando Violante repuesta de la fatiga del viaje abrió su corazon á la reina, confiándole su amor á Guzman; como llevada por su pasion habia abrazado la relijion del crucificado; como mas tarde se habia alejado aquel jóven de su lado para solicitar el permiso del rey, á fin de darle su mano de esposo; como nunca mas habia vuelto á saber de él, sospechando habia dejado de ecsistir, y finalmente su resolucion de tomar el velo de relijiosa; Doña Beatriz díjole con cariñoso acento:

—Puesto que os amo, os diré la verdad, porque me intereso vivamente en vuestra felicidad; deseo que antes de tomar ninguna resolucion sepais algunos secretos que tal vez nadie se os atreveria á revelároslos, y que lo haré yo confiada en vuestra discrecion.

—Hablad, señora, contestóle Violante con el mas vivo interés, y confiad que nunca esos secretos, que no dudo han de ser muy importantes para mi futura dicha, los pronunciará mi boca sin vuestro permiso.

—Pues bien, sabed que Guzman no ha muerto......

—¡Guzman vive! esclamó la enamorada jóven brillando en su semblante la alegria que inundaba su pecho. ¡Guzman no ha muerto! ¡Ah! repetídmelo, señora, decidme que no me engañais, y olvidaré todos mis pasados sufrimientos.

—Si os he dicho, repuso la prudente viuda, que Pero Guzman

vive, ha sido para añadir, como lo hago ahora, que ha muerto para vos y para todo el mundo.

—No os comprendo, señora, repuso Violante, en cuyo semblante se pintó de repente la mas viva ansiedad. ¿Acaso Guzman ha faltado á la fé de sus juramentos? ¿Tal vez el infiel ha huido de mí, despues de haber seducido mi corazon con los alhagos de un mentido amor? Pero no, repuso en seguida rechazando aquellas ideas; Guzman tiene un corazon harto noble para faltar á sus promesas que oyó un dia el Dios del cielo; si mi amante no puede cumplirlas, será porque no estará en su mano poder hacerlo, porque una voluntad ajena contrariará su propia voluntad. ¿No es verdad señora?

—Vos lo habeis dicho; Guzman se halla preso y preso de por vida por mandato del rey.

—¡Infeliz, repuso la aflijida jóven! por mi amor se vé privado de la libertad, es decir, del don mas apreciable que puede conceder el cielo á los mortales; por mi amor está condenado á una perpétua esclavitud, por mi amor peligra tal vez su ecsistencia. Funesto le ha sido por cierto este amor, y mas funesto le seria quizás todavia, si con mi presencia ó mis palabras le diese nuevo pábulo. Que Guzman ignore para siempre lo que ha sido de mí; que nunca sepa donde me he retirado; vos misma Doña Beatriz podeis participar al rey mi muerte, porque deseo entrar ahora mismo en un convento donde no ecsistiré para el mundo. Tal vez asi el rey le devuelva su libertad y con el sacrificio voluntario de la mia, llegue él un dia á ser feliz.

Al pronunciar Violante estas palabras su semblante estaba animado por una espresion angelical. Aquella alma noble al dar el último adios al mundo, al renunciar al amor del hombre que le habia hecho sentir sensaciones desconocidas, aspiraba al amor divino, el único que podia estinguir el fuego que ardía en su pecho.

—Puesto que esta es vuestra voluntad, díjole Doña Beatriz, será cumplida. Si vuestro corazon adivinó la causa de la prision de Guzman, el mio no debe ocultárosla. D. Enrique ha ofrecido vuestra mano á D. Fadrique.....

—No pronunciéis, señora, el nombre de este hombre tan funesto á mi familia, primero me arrancaria la vida antes que mirar su semblante. Escondedme, señora de él, yo os ruego con las lágrimas en los ojos, imploro de vos este favor de rodillas, salvadme señora de ese mal caballero á quien maldeciria, si Dios no me lo prohibiera. Doña Beatriz, prosiguió Violante cruzando sus manos y en ademan suplicante; por el cariño que siempre me habeis profesado, os ruego ardientemente que nadie del mundo sepa que ecsisto y con vuestro poder, haced que hoy mismo se me abra el cláustro donde deseo pasar el resto de mis dias en la soledad.

Doña Beatriz satisfizo cumplidamente los deseos de la hija de Roboan. La prision de D. Fadrique solo la sabian en aquellos dias un corto número de personas, y la reina viuda que la ignoraba todavia, pero que conocia los propósitos del rey, para salvar á aquella desgraciada jóven, no solo ausilió sus propósitos, sino que llevaba intencion de valerse del ermitaño que poco despues volvió á su querida soledad, para proclamar su muerte. Sin embargo, la repentina llegada de Guzman á la córte, le hizo desistir de aquel propósito, sin que por esto reveléra la ecsistencia de Violante.

El menino del rey despues de haber cumplido con su amor, quiso cumplir con su deber. Éste llevó sus pasos á la córte y en presencia del soberano. Imajinaba Guzman en su última esperanza, que el rey habia de saber el paradero de Violante y el ermitaño, y esto le dió aliento para dirijirse á D. Enrique, diciéndole:

—Vengo á doblar mi rodilla ante vuestra majestad, señor, agradecido por haberme devuelto la libertad de que me privasteis en un dia bien triste para mí. Grande ha sido el castigo de mi desobediencia, asi como es grande la merced que ahora me habeis dispensado; pero ¿de qué me servirá esta libertad si otra vez me veo privado de la dicha de poder unirme con la esposa que Dios me habia destinado y que mi corazon habia elejido? Señor, os ruego que tengais compasion de mí y que me devol-

vais á esa mujer á quien Dios y el amor me han dado, y que solo la muerte puede hacerme olvidar.

Sobremanera admirado D. Enrique por las estrañas palabras de su menino, contestóle:

—No te comprendo en verdad Guzman, esplícame el sentido de tus quejas que para mí encierran un gran misterio. ¿Acaso no fuistes tú el que descubristes el paradero de Raquel? ¿no fuistes tú el que la ocultaste? ¿quién sino tú, contra mis mandatos, persististe en no descubrir su paradero?

—Efectivamente.

—Pues entonces, ¿por qué me preguntas por esa jóven que no he vuelto á ver nunca mas desde que la encontramos con su padre en las ruinas del valle solitario? ¿Acaso te la han arrebatado? ¿A quién la confiastes? ¿Qué hicistes de ella?

—Señor, la confié á un venerable ermitaño que hacia ruda penitencia en las montañas de Burgos; pero ambos han desaparecido; la ermita está desierta y borrada la huella de los pasos de sus moradores. En vano he preguntado á los habitantes de aquellas montañas, nadie sabe de ellos, nadie los ha visto, nadie puede darme la menor luz acerca de su paradero. Por esto os lo pregunté á vos, y puesto que vos lo ignorais, ya no me queda ninguna esperanza, y sabe Dios, prosiguió Guzman con desgarrador acento, cuán grande es el dolor de mi corazon, cuánta la tristeza de mi alma; solo la muerte puede poner término á mis sufrimientos.

—El tiempo cicatrizará la herida que ha abierto en vuestro pecho el amor, repuso el rey con cariñoso acento. A vuestra edad las pasiones son vivas pero fugaces; todavia teneis abierto un ancho campo para aspirar á mayores conquistas; todavia os queda la gloria, Guzman, y el rey vuestro amigo os conducirá á ella. Partid, la guerra de Portugal os llama; Raquel habrá dejado de ecsistir, y cuando en el campo de batalla falte aliento á vuestro pecho ó fuerza á vuestro brazo, evocad su memoria, alzad los ojos al cielo, que ella os sonreirá desde la mansion de las vírge-

nes bendecidas de Dios, y os devolverá la fuerza y el aliento que habreis menester.

—Partiré, señor, si vos lo mandais, y consagraré mis tristes dias en defensa de mi rey y de mi patria; pero si pereciese en la lucha con sus enemigos y mi amada no hubiese muerto, decidla señor, que he muerto pensando en ella, como vive siempre en mí su dulce imájen: que no se acerque á mi tumba, que no pronuncie sobre ella mi nombre, que no deposite en su losa una flor; porque mis huesos se estremecerian de placer, y si fuese dado á los que fueron volver al mundo, levantaríame de mi sepulcro para decirla una vez mas que la amo!

El rey adivinó por las palabras de Guzman el delirio amoroso de que estaba poseido el amigo de su infancia; se esforzó en consolarle, y para hacerle olvidar un amor que podría serle funesto, si el fuego de otra pasion no absorviese el que ardia voraz en su pecho, le señaló un puesto distinguido en la milicia, y al frente de un numeroso tercio, le mandó á la frontera de Portugal, donde el ambicioso maestre de Avis habia reunido un considerable cuerpo de tropas.

Antes de partir Guzman para su destino, quiso el rey que le acompañase, no solo hasta la frontera de Navarra, donde esperaba D. Fernando á su esposa Doña Leonor, sino que fuese el mensajero que participase á la reina la resolucion de D. Enrique. Con suma repugnancia accedió aquella ambiciosa mujer á los deseos del soberano de Castilla.

—Señora, díjole Guzman, á quien Doña Leonor profesaba cierto cariño; vos os lamentais porque os fuerzan segun decis á vivir con un esposo que os quiere, y yo he sufrido atroces tormentos por no poder unirme con mi esposa idolatrada. Ignoro si la perfidia me la oculta, ó la muerte me la ha arrebatado; como quiera el deber me aconseja obedecer. Vos lo hareis tambien señora, porque cuando lucha el deber en un pecho noble, por muy poderosas y altivas que sean las pasiones contra quienes haya de combatir, callan las razones y vence el deber. Por mí se deciros, que la vida hubiérame sido enojosa si la voz de aquel no me

hubiese ordenado la obediencia. Acaté sumiso sus mandatos y aunque rebose el corazon de amargura, mi conciencia está tranquila. Lo estará la vuestra, señora, si ois los consejos de un desgraciado para quien todo es el honor y el deber, y en ambas cosas busca el olvido de sus penas. Si animado por la síncera amistad que me profesais, me atrevo á hablaros de esta suerte, no dudeis, señora, que lo hago por vuestro bien y por vuestra futura felidad.

Sobremanera admiró á Doña Leonor semejante lenguaje en boca de aquel jóven, y sino llegó á convencerla por la razon de sus palabras, hubo de reconocer la bondad del corazon que encerraba tan nobles sentimientos; olvidó su audacia en gracia de su virtud, ofrecióle imitarle en su conducta, sino vencida por el raciocinio, en fuerza de los sucesos que le habian cerrado toda otra senda. Sola Doña Leonor en la córte, destruidos uno en pos de otro todos sus recursos, alejados, presos ó impotentes ya sus ausiliares y partidarios, encerrada en un reducido círculo, no le quedaba mas recurso que la obediencia; pero antes de rendirse aquel pecho ambicioso, capituló, por decirlo asi, con el rey, y ecsijió de él todas las garantías que reclama un hábil capitan sitiado á quien se intima la rendicion. Antes de abandonar la fortaleza que habia levantado su ambicion y sus deseos inmoderados de mando y riquezas, pidió nuevas gracias, nuevos favores, y obtenidos de su jeneroso vencedor, partió Doña Leonor á Navarra con todo los honores de la guerra. Acompañóla D. Enrique hasta las fronteras de Navarra, en donde salió á recibirla su esposo, al cual tomándole juramento y homenaje de tratarla bien y honradamente, tornó á su reino acompañado de algunos prelados y caballeros de Castilla.

Guzman siempre dominado por una mortal melancolía, en fuerza de su deber, partió entonces á la frontera de Portugal, y Don Enrique á Guadalajara, donde le esperaba el arzobispo de Toledo. Al saber éste el definitivo regreso de la reina viuda de Navarra á su córte, dijo al rey.

—Si la historia se lamenta un dia de la ambicion y estorsio-

nes de vuestros parientes, tambien os hará justicia por vuestra prudencia y nobleza. Nos hallábamos en medio de una mar embravecida, cuando Dios puso en vuestras manos el timon del estado; pero pronto vamos á entrar en el puerto con la nave salvada.

—Todavia no, D. Pedro; aun el conde de Gijon acecha desde la vecina frontera el momento oportuno para encender la tea de la civil discordia en mis reinos; y en Sevilla D. Pero Ponce de Leon, al frente de numerosos partidarios, ha alzado el pendon de la rebelion.

—¿Os sentis con bastantes fuerzas para subyugar las parcialidades de Sevilla?

—¡Si bien mi cuerpo está enfermo, mi mente está sana y mi corazon palpita con el fuego de la juventud!

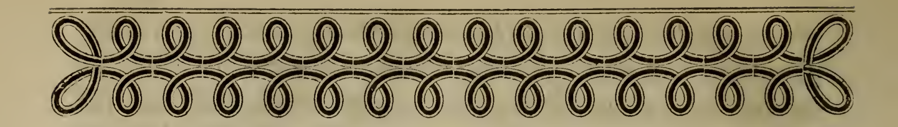
—¿Teneis confianza en mi persona?

—Ilimitada.

—Pues bien, partid á Sevilla; castigad cual cumple á la justicia y al honor de vuestro trono á los rebeldes que han osado levantarse en aquella ciudad, que yo me encargo con vuestro beneplácito de destruir todos los planes del conde de Gijon.

Dos dias despues el rey partia á Sevilla y el arzobispo en nombre del soberano, mandaba algunos embajadores á D. Carlos rey de Francia.





CAPÍTULO XIV.

Una vez mas se muestra el rey gran justiciero en Sevilla.

FUÉ Tenorio ademas de un escelente consejero, un buen español. Al enviar en nombre de su soberano los embajadores al rey de Francia para que dirimiese el litijio que tenia con su tio D. Alonso, conde de Gijon; cuidó bien de hacer constar que si se hacia remision de aquellas cosas tocantes á súbditos españoles á un monarca estranjero, no era porque las fallase como juez legal, sino como amigo y hermano de D. Enrique.

Los embajadores cumplieron dignamente su cometido, merced á las instrucciones que les diéra el primado. No solo refirieron ante el rey de Francia los bienes y las mercedes que el soberano D. Enriqne habia hecho al conde, soltándole de su prision, devolviéndole libremente sus tierras y haciéndole muchas otras mercedes, mas aun en mayor justificacion del rey su señor, refiriéronle muchos deservicios y desobediencias que en los años pasados, como ingrato le habia hecho el conde, por lo cual con

razon y justicia debia perder el condado de Gijon y las demas tierras que poseia en los reinos de Castilla y Leon. Especialmente le hicieron cargo de la violenta toma que habia hecho de Paredes de Nava, villa del condestable D. Pedro, conde de Trastamara; de los casos arriba referidos, que sobre ello sucedieron, y de haber usurpado y tiranizado las rentas reales, en menosprecio de los muchos mandamientos del rey; de no haber querido jurar las treguas de Portugal, que tantas veces le habia enviado á mandar lo hiciese por cumplir lo asentado con el maestre de Avis; de haber hecho contra el rey su señor ligas y feas confederaciones con el duque de Benavente y otros caballeros, y finalmente, de no solo haber sido rebelde á los mandatos del rey, cuando de la ciudad de Leon le envió á llamar, mas aun de prender á sus mensajeros.

Atentas estas poderosas razones, y la negativa del conde en admitir la carta de seguro que para volver á Castilla le ofrecia D. Enrique, el rey de Francia mandó á todos los gobernadores de los puertos de mar, que no fuese dado ningun socorro ni ayuda al conde, mas aun á ruego y requerimiento suyo, le prohibió que sacase de Paris, ni de otra parte de sus reinos, cierta jente de armas, especialmente de castellanos, en aquella ciudad estantes, que el conde habia tomado á sueldo. Habiéndose sido notificada por el rey de Francia aquella resolucion, volvieron los embajadores á Castilla.

—Habeis cumplido dignamente vuestro cometido, les dijo el arzobispo al darle cuenta de su mensaje, y el rey nuestro amo ha de quedaros muy agradecido por semejante comportamiento. Mas decidme, ¿cómo ha recibido el conde el fallo de D. Cárlos, y qué se ha hecho de él?

—Dicen que el conde al saber aquella resolucion, contestó uno de los embajadores, se entregó á la desesperacion y que queria atravesarse el pecho con la daga que pendia de su cintura; mas algunos de sus partidarios le impidieron que pudiese consumar tamaño atentado, y con palabras de amistad le consolaron.—Todavía os queda, le dijeron, la villa de Gijon que por ser

plaza fuerte y cercana al mar, puede defenderse por mucho tiempo, y si vuestra estrella se os ha mostrado adversa hasta al presente, puede lucir brillante cuando menos lo imajineis. El rey Enrique se halla gravemente enfermo, y sus ministros cuidarán mas por sus propios intereses que por los del soberano, cuando le falten á éste las fuerzas para dominarlos y la salud para vijilarlos. —Diz que el conde se dió por convencido de aquellas razones y se consoló del fallo que contra él acababa de pronunciar el. rey de Francia.

Los embajadores que á aquel soberano habia enviado D. Pedro Tenorio en nombre de D. Enrique, eran como dijimos ya amigos suyos, asi es, que no debe estrañar el lector la confianza que tenian en su persona, á quien no ocultaban ninguno de los hechos que á su noticia habian llegado relativos al conde.

—Consuelo de aflijidos es la esperanza, repuso el primado, y bien hace el conde en dejarse acariciar por sus dulces ilusiones, que al menos podrá llegar el dia del desengaño, y sin perder para siempre su alma en la desesperacion, puede que conozca sus pasados yerros y se arrepienta. Luego despues de un momento de reflecsion, añadió: ¿y mientras tanto qué se hace del conde?

—Lo ignoramos, señor, solo sí os podemos decir que apenas tuvo conocimiento de lo resuelto por el rey de Francia, volvió á entrar apresuradamente á España.

—No importa, yo he de vijilarle tan de cerca que no me serán desconocidos todos sus planes.

Salieron los mensajeros y el arzobispo sin confiar sus secretos á nadie, él mismo escribió algunas cartas que prontamente fueron llevadas á sus destinos. Pocos dias despues el primado escribia á su soberano:

«Tengo en mi poder todos los hilos de la nueva rebelion que está fraguando el conde. Despues de haber entrado en Gijon é infundido aliento con su presencia á los pocos parciales que cuenta, el temor sin duda se ha apoderado de él, y pretestando ir en busca de ausilio, ha vuelto á entrar en Francia. Por los últimos avisos que he recibido, cónstame que se halla en un pueblo lla-

mado Maraanti cerca de la Rochela, que pertenece al feudo de la vizcondesa de Tuarres. Aunque es de creer que en fuerza de las órdenes de vuestro amigo y pariente D. Cárlos, no saque el conde hombres ni armas de aquel reino, bueno seria que aprovechásemos la ocasion de su ausencia, para batir á Gijon y arrancar del conde su último baluarte. Las tropas que cuenta para su defensa, se componen de soldados indisciplinados, y al frente de ellos se halla la esposa del infante, la condesa Doña Isabel de Portugal. Ya podeis considerar, señor, la resistencia que debe esperarse de unos malos soldados mandados por una mujer. Ademas, la voluntad de esta mujer, será nuestra voluntad, el dia que le recordemos que es madre y que teneis por rehenes en vuestro poder á su hijo D. Enrique.....»

Contestó el rey al arzobispo:

«Si tus leales consejos me han valido sin duda la salvacion de mi trono, no es justo que yo abuse de tí en esta ocasion solemne. Tu carácter sacerdotal es para la paz, no para la guerra. Verdad es que mi salud cada dia mas quebrantada, ecsigiria la tranquilidad y el reposo; pero cuando se trata del bienestar de los vasallos y de la paz del reino, el soberano debe sacrificar su propia ecsistencia en aras de aquellos sagrados objetos. Todavia no he entrado en Sevilla para descargar la espada de la justicia sobre la cabeza de los culpables; todavia no está llena la medida, pero en su desatentada carrera, la medida se llenará. Entretanto partiré para las tierras de Leon y creo, como tú propio imajinas, que muy pronto Gijon abrirá las puertas á su lejítimo soberano.»

En efecto, despues de haberse detenido algunos dias el rey en Valladolid, donde se celebraron con mucha solemnidad las bodas del infante D. Fernando, duque de Peñafiel y señor de Lara, su hermano, con Doña Leonor, condesa de Alburquerque su esposa, llamada ya en adelante infanta de Castilla, como mujer del infante, pasó el rey á Leon é hizo asediar á Gijon por mar y tierra.

En los primeros dias fueron frecuentes los encuentros entre si-

tiados y sitiadores, rechazados éstos y firmes y valerosos aquellos. Mas luego fueron tan severas las medidas tomadas por Don Enrique á fin de que los sitiados no recibiesen ningun ausilio del esterior, que á los pocos dias de haber sido estrechado el cerco, ya los gijonenses dieron muestras del apremio que sufrian. El hambre empezaba á diezmarles. Un parlamentario con bandera blanca se acercó por fin al campamento real pidiendo permiso para hablar al rey; habiéndolo éste otorgado, abriéronle paso los ballesteros que hacian la guardia de la tienda real; mas al ir á penetrar en ella, un capitan de D. Enrique quiso desarmarle; opúsose el mensajero alzando la voz, y como fuese ésta oida desde el interior de la tienda por el soberano, levantó la cortina que cerraba aquella, y esclamó:

—Dejad que entre armado cual cumple á un caballero, que aunque sirva á D. Alonso, no todos han de ser traidores; espero que este mensajero proclamará su nombre y jurará por la cruz de su espada que no faltará á las leyes de la caballería.

—Yñigo Rodriquez lo jura, contestó aquel, poniendo su diestra en el pomo de la espada.

—Pues bien, adelanta. ¿Qué me quieres?

—D. Alonso de Castilla se halla ausente de Gijon y su esposa Doña Isabel me manda á vos con secreto mensaje.

—Sabía la ausencia del conde y adivino las pretensiones de la condesa, repuso el rey con breve acento.

—Pues entonces no deberá admiraros que os pida en su nombre el permiso para salir de Gijon donde se halla contra su voluntad y sin ánimo de permanecer en ella.

—Me admira la repentina resolucion de esta mujer que haciéndose superior á su secso y á todas las desgracias de la guerra, ha tratado hasta ahora de defender la villa á toda costa. Sea enhorabuena. ¿Que me dará la condesa en cambio?

—Lo ignoro, señor, repuso el mensajero con débil voz y torva mirada.

—Pues yo he de decirtélo y bien alto, para que asi lo repitas á la condesa. Doña Isabel obtendrá su libertad y la alcanza-

rán tambien los escuderos que con ella se hallan, si inmediatamente me rinde la villa y su fortaleza. Dile que es condicion que no admite enmienda, y si se mostrase perpleja en aceptarla, añádele que tengo en rehenes á su hijo; y que la sangre que su pertinacia pueda hacer derramar, clamará á voces venganza. Si mañana antes que el astro del dia asome en oriente, la condesa no ha entregado la villa, estoy resuelto á que sea mia antes que el mismo astro se oculte en occidente. No me intimidan sus fuertes muros, ni altos castillos.

Partió el mensajero, mas apenas la luz del crepúsculo se hubo estendido sobre la tierra, estaba de regreso otra vez en la tienda del rey. Doña Isabel rendiria la villa, pero con la precisa condicion de que debia serle restituido su hijo D. Enrique, que desde el cerco pasado, estaba en rehenes en poder del rey, y de ser ambos puestos en libertad fuera de Castilla, con algunos de sus amigos.

—El amor filial triunfó, dijo para si el rey, estinguiendo la última esperanza del antiguo prisionero de Almonacid. D. Pedro Tenorio no se habia engañado. La condesa despues de haber dado muestras de un valor ficticio, ha acabado por ser consecuente con su sexo.

—Dí á la condesa, prosiguió en alta voz, que venga por su hijo, que yo le doy por mi real palabra de que le será devuelto, y ambos gozarán de la suspirada libertad.

No se hizo de esperar la condesa. Corria media noche cuando Isabel de Portugal cubierta con un holgado manto negro y seguida de algunos escuderos, entraba en la tienda de D. Enrique que estaba velando á la sazon. Al doblar una rodilla en presencia del monarca español, éste tomándola por la mano la hizo levantar con galantería, diciéndola:

—Respeto el cariño de la madre y el dolor de la esposa. Si hace un siglo que Guzman el Bueno sacrificó á su hijo en aras de la patria, vos acudis á su rescate en bien de la paz, no porque yo seguir pudiera la infame conducta de D. Juan, sino para evitar nuevos dias de luto á este suelo tan trabajado por las civiles

discordias. Bien hicisteis señora, y al devolver á su lejítimo soberano esta villa, cumplis con el deber de un alma grande devolveis la tranquilidad á vuestro imprudente esposo, y podeis entregaros á las dulces efusiones de un pecho maternal.

—¿Señor, dónde se halla mi hijo? esclamó la condesa como si la preocupase un pensamiento oculto.

—Pronto lo estrechareis en vuestros brazos. Ahora mismo van á partir para la villa los ballesteros con las instrucciones que vos dareis á mis capitanes, y cuando hoy al salir el sol el pendon de Castilla ondee en los muros de la villa, D. Enrique vuestro hijo se unirá con vos. Os lo he jurado, y el rey de Castilla nunca ha faltado á su palabra!

Durante las últimas horas de la noche, un respetable cuerpo de tropas se introdujo secretamente en la villa, por las mal guardadas poternas de los fosos por donde habia salido la condesa y sus escuderos, y cuyas llaves entregó al rey. Para reunir aquella fuerza, fué preciso romper la línea del cerco, de cuya favorable circunstancia se aprovecharon los pocos parciales del conde que quedaban en la villa, cuando al verse sorprendidos no les quedó mas recursos que la fuga. No le pesó al rey ésta, por cuanto le ahorraba el derramamiento de sangre. Con la luz del nuevo dia los muros de Gijon se llenaron de soldados de D. Enrique, y éste fiel á su promesa entregó á la condesa su hijo. Ambos pasaron á reunirse con su esposo y padre respective, que como dijimos se hallaba cerca de la Rochela.

Al llegar la nave en que se embarcó la condesa, su hijo y sus partidarios á larga distancia del puerto, los remeros que le habian impreso una veloz marcha, pararon de repente de bogar. La esposa del conde subió sobre el castillo de popa, y fijó atentamente la vista en la villa que acababa de abandonar. Momentos despues, de los cuatro ángulos de ésta se alzaron otras tantas columitas de blanco humo, que rápidamente fueron ennegreciéndose y dilatándose.

—Mi propósito queda cumplido, esclamó gozosa dirijiéndose á los que la acompañaban; el fuego ha prendido, dentro de po-

cas horas el rey Don Enrique III de Castilla se habrá convencido por sus propios ojos, que despues de grandes fatigas, ha conquistado un monton de cenizas. Mi venganza y la de mi esposo quedan satisfechas. Gijon está ardiendo, ya las llamas suben al cielo; remeros unid vuestras fuerzas al fresco viento de la mañana que hincha las velas de la nave!

En efecto, Gijon fué reducida á cenizas por las llamas, habiendo sido impotentes todos los esfuerzos de los soldados del rey para estinguir el incendio. No tuvieron parte en semejante atentado los fieles é ilustres Gijonenses. Reducida á escombros aquella hermosa y rica poblacion, trataron sus vecinos de reedificarla en virtud de la facultad que para ello les concedió el rey algunos años despues, como asi se verificó.

Con el corazon lleno de dolor partió el rey para Andalucia, pasando primero por Córdoba, cuyos vecinos le recibieron con grandes fiestas, y luego entró en Sevilla donde tambien fué muy bien acojido. Todo el mundo queria admirar al jóven monarca, y al ponderar su mocedad y jentil talante, estaban bien léjos de imajinar el drama sangriento, pero necesario, que estaba concibiendo allá en su mente el niño rey.

La empresa que iba á acometer D. Enrique, era sobrado grande para que como católico monarca no implorase ante todo, el favor divino; asi es, que despues de haber atravesado la ciudad seguido de una numerosa escolta, se dirijió á la iglesia mayor, donde permaneció de hinojos buen espacio de tiempo haciendo oracion al que rije los destinos del mundo. Despues de haber cumplido el deber de cristiano, se levantó para ir á llenar el deber de rey y juez, deber bien triste por cierto, cuando jerminan las malas pasiones entre los magnates, y los bastardos sentimientos en los que por su cuna ó su estado debian encerrar un corazon noble.

Al salir de la iglesia mayor, montó otra vez el rey á caballo y abriéndose difícilmente calle entre la multitud que se agolpaba á su paso, dirijióse al alcazar en cuyo gran patio se apeó. Acompañábale el valiente capitan D. Pedro Menendez, que mucho se habia distinguido en el cerco de Gijon, y á quien con-

fió la guardia de la fortaleza y una parte del secreto plan que abrigaba. Despues de haber tomado las medidas que aconsejaba la prudencia, mandó á buscar el doctor D. Juan Alonso de Toro, persona muy proba y bien reputada, á quien dijo:

—He venido á Sevilla para buscar alivio á mis males, seducido por la fama de su templado clima; pero quiero aprovechar mi permanencia en esta ciudad, para procurar el alivio de algunos males que tambien es fama la aquejan. Vos que sois honrado y leal, me ayudareis en esta empresa, y como primero es el bien y tranquilidad de los vasallos que la salud del rey, justo es que empezemos por aquellos. ¿Qué remedio os parece D. Juan debemos emplear, que dé mejores resultados en el mal que yo y vos conocemos?

—Señor el mal es grave y la cura difícil.

—Entonces alcanza mas gloria el que logra estirparlo, y de esta gloria quiero que participeis vos, D. Juan Alonso.

—Mi vida y cuanto poseo es de mi soberano; mandad y sereis obedecido.

—Ya se que tu alma es pura y tus sentimientos muy leales; por esto me confio á tí y espero que corresponderás esta vez como siempre á lo que la fama pregona de las virtudes que te enaltecen. Yo necesito de buenos vasallos que me ausilien en la árdua empresa de gobernar los reinos con sus buenos consejos, y la esperiencia que es dote de la edad y de la reflecsion. Soy todavia muy jóven para que pueda aspirar á estas cosas, y si bien miro por mis reinos como un padre mira por el bien de sus hijos, no siempre me siento con fuerzas para poder alcanzar cumplidamente mi propósito. Ahora mismo, prosiguió el rey con acento melancólico, me hallo postrado por la fatiga de mis habituales achaques corporales, que bien se revelan en mi rostro pálido y desfigurado; las fuerzas del cuerpo son flacas y las del juicio á veces no son bastantes para tantos y tan diversos cuidados.

Al pronunciar estas últimas palabras D. Enrique apoyó su cabeza en la palma de su mano, y sus ojos velados por el sufrimiento, se cerraron un instante.

—No os fatigueis, señor, díjole D. Juan Alonso, tomad descanso, que luego trataremos despacio de lo que mas convenga al bien de vuestros estados. Si me lo permitis, dispondré lo necesario para que nada falte á vuestro bienestar.

El silencio de D. Enrique demostró á aquel benemérito patricio que el soberano accedia á sus ruegos. Momentos despues Don Mayr el rejicida, que como médico del rey nunca abandonaba á su ilustre víctima, se hallaba en la cámara de D. Enrique ausiliándole con los remedios que aconseja la ciencia. Si aquel hombre tenia corazon, en presencia del virtuoso jóven en cuyo pecho en infausta hora derramára un mortal veneno, necesariamente habia de sufrir todo el rigor de los mas fuertes remordimientos. Y atiéndase que nada era capaz de poder sosegar aquellos remordimientos, cuya lucha interior solo debia acabar con su ecsistencia. Dios sin embargo, en su inerrable justicia, le conducia, sin preveerlo el culpable, ante el juez que debia conocer su crímen y pronunciar su sentencia de muerte. Los dias de Don Mayr estaban contados: el infame envenenador iba á purgar su enorme falta; la justicia de los hombres estaba pronta á pronunciar su fallo.

Repuesto algun tanto el rey de la fatiga y postracion que le habia acarreado su rápida y larga travesía desde las playas del mar cantábrico á orillas del Guadalquivir, por consejo de Don Juan Alonso convocó en su real alcázar á los principales ministros de justicia y rejidores de la ciudad. A los primeros hízoles severos cargos, porque como á sacerdotes de la ley no sabian hacerla guardar y cumplir, y á los segundos por tolerar que en la ciudad se perpetrasen los mas inauditos atentados.

—Señor, dijeron los primeros, contra el poder de las armas la justicia enmudece.

—Señor, contestaron los rejidores, contra la voz de la relijion ninguna voz alcanza.

—El que empuña las armas para cometer robos, muertes y otros daños, repuso el rey con firmeza, es un traidor que está

fuera de la ley; el que invoca el sagrado nombre de Dios y de la relijion para amotinar las turbas, es un infame!

—En Sevilla, dijo con resolucion D. Juan Alonso que hacia las veces de secretario y fiscal al lado del rey, algunos nobles han faltado á la ley y una parte del pueblo á sus deberes.

—¿Quién ha sido el que ha descarriado á la nobleza? ¿quién ha conducido por la mala senda al pueblo? preguntó el rey dirijiéndose á los que estaban presentes. La nobleza ha sido siempre fiel á su soberano, y el pueblo español amante de sus reyes!

El mas profundo silencio siguió á las palabras de D. Enrique.

—¡Callais, prosiguió, vosotros los que debiais velar por la conservacion de la paz, por el amparo de la ley, por el respeto debido al soberano; callais los guardadores de estos sagrados objetos! Pues entended que vuestro silencio os hace culpables. Si, vosotros sois responsables de los robos, muertes y daños que en la ciudad se han cometido; porque asi ahora como entonces, habeis enmudecido cuando debiais levantar vuestra voz para castigar antes al rebelde, y mostrarlo hoy al soberano. Mal habeis cumplido con vuestro deber, vosotros los jueces que debiais administrar justicia en nombre del rey; vosotros los rejidores que debiais hacerlo en nombre del pueblo. Decis que el temor de las armas os ha hecho enmudecer; que ha sido apagada vuestra voz por la de la relijion. Las armas que se esgrimen en la oscuridad, son armas de mal temple que desprecia un pecho animoso; la voz del fanatismo no puede nunca ahogar los sentimientos de un corazon noble. Por última vez os interrogo, señores, ¿quién desenvainó la espada contra el rey? ¿quién cubrió su semblante con la máscara de la relijion para oprimir á mis vasallos?

Un silencio sepulcral reinaba en la gran sala del alcázar.

—¿A vuestras anteriores faltas añadis la de la desobediencia? ¿Al olvido de vuestros deberes juntais la cobardía? prosiguió Don Enrique despues de algunos momentos, pudiendo apenas reprimir su cólera. No importa, vuestro crímen no admite defensa, ó

bien quereis renunciar á ella. Sin embargo, yo intento dárosla; quiero invocar la voz de mi pueblo fiel, para que diga lo que vosotros os obstinais en callar, para que revele lo que envuelve el silencio; asi la justicia será cumplida. D. Pedro Menendez, prosiguió el rey, levantando la voz, conducid ante mi presencia vendados de ojos al primer hombre y á la primera mujer que pasen por delante de este réjio alcázar.

Luego dirijiéndose á la asamblea, prosiguió:

—Asi como contra mi voluntad habeis permanecido silenciosos, hasta este momento, os mando ahora que calleis. Que nadie pronuncie una sola palabra sin mi real permiso.

Un momento despues el capitan Menendez entró en el salon, seguido de un hombre y una mujer que iban con los ojos vendados y á quienes guiaban dos soldados.

A una seña de D. Enrique, el capitan tomó por el brazo al hombre, y se lo llevó fuera del salon, quedando en mitad de éste la mujer á quien hizo sentar el rey en un taburete que le llevó uno de sus pajes. Aquella mujer jóven aun, vestia un traje que participaba á la vez del que usaban los cristianos y los judíos en aquella época. Todos los circunstantes pudieron notar que estaba temblando.

—No temais, díjole el rey con voz amistosa, que ningun daño se os pretende hacer, ¿cómo os llamais?

—Maria, contestó la jóven con débil acento.

—Atended, repuso D. Enrique, que si decis la verdad en lo que voy á preguntaros, no solo quedareis inmediatamente libre, sino que se os recompensará; al paso que si faltais á ella, sereis castigada severamente.

—Ignoro señor quien sois, y porque me habeis mandado prender; pero os digo que soy inocente; si Dios quiso que mis padres fuesen judíos, no es mia la culpa. Llamáronme Rabeca aquellos y Maria mi protector; soy huérfana y habria perecido en el abandono, si un buen cristiano no se hubiese apiadado de la pobre niña!

Los sollozos ahogaron la voz de aquella jóven.

—Dios recompensará á vuestro bienhechor, díjola el rey, porque asi lo sentia y para tranquilizar á la judía. Luego prosiguió: ¿Y conocisteis á vuestros padres?

—Hasta la edad de diez años viví bajo el amparo de su amor; mas llegó un dia bien terrible para ellos y funesto para mí; para ellos porque fueron degollados en un mismo instante, y para mí que tuve que presenciar la muerte de los autores de mis dias. Nunca se borrará de mi memoria la mirada de ternura que me arrojó mi buena madre, y todavía me parece que siento el estrecho abrazo que me dió al espirar mi padre idolatrado. ¡Ah! señor! ¿por qué el arcediano no hundió tambien el puñal en mi seno? ¿por qué las jentes que le seguian é incendiaron la casa de mis padres, no me arrojaron á las llamas que devoraron todas nuestras riquezas? Si, prosiguió aquella desgraciada jóven con un acento en el que iban envueltos el dolor y la resignacion; he nacido judía, asi como mañana podré ser cristiana, si por esto me habeis preso, si sois el arcediano de Ecija ó alguno de los suyos y quereis darme la muerte, dádmela pronto, porque en vano seria suplicar al que diz no tiene corazon; pero que vuestra ira no alcance á mi compañero que me ha salvado, porque él.... él es cristiano!

Calló la jóven, y D. Enrique arrojó una mirada de acusacion á la asamblea de jueces y majistrados.

—Rabeca, por vuestro acento y por vuestras lágrimas, conozco que habeis dicho la verdad y sereis recompensada. La providencia vela por los desgraciados; tened fé en Dios y él enjugará vuestro justo llanto.

Salió Rabeca del salon y entró su compañero. Este tenia algunos años mas que aquella; su traje era humilde, pero noble su presencia. Aquel hombre no temblaba, pero toda su persona revelaba el mas profundo abatimiento. Para inspirarle confianza díjole el rey con dulzura:

—No estrañeis que se os hayan vendado los ojos al entrar en este sitio, porque quiere interrogaros un amigo que no desea ser

conocido. Sabe que abrigais un noble corazon, y procurará que recibais el premio merecido.

—Quien quiera que seais, contestóle el desconocido con voz entrecortada, mis labios no se abrirán por la amistad ni por el terror. Yo fuí causa, si, me acuso de que yo fuí causa de que el infame D. Pedro Ponce de Leon descubriese el paradero de mi hermano, á quien mandó dar muerte por mano de sus partidarios. La amistad me vendió, y sin quererlo fuí un fatricida; pero Dios me castigó, porque al arrebatarme D. Pedro la vida de mi querido hermano, me robó la herencia de mi familia, y la alegria que es la riqueza del corazon. Ahora entended el que me preguntais, aunque seais el mismo D. Pedro Ponce, que si quereis quitarme la vida, apagareis tambien los remordimientos que la matan lentamente. Pero os ruego por lo mas santo que ampareis á mi hermana Maria!

Las parcialidades de Sevilla habian arrastrado al sepulcro al hermano de aquel hombre; el amor fraternal le habia trastornado el juicio. Conociólo el rey, y mandó que lo trasladasen á otro sitio. Entonces dirijióse á la asamblea, diciendo:

—Las primeras personas que al acaso hemos interrogado, son dos víctimas, y dos víctimas bien dignas de compasion. Las dos han perdido lo que todas las riquezas del mundo, ni yo mismo con ser rey, puedo restituirles: sus padres la una, el juicio la otra! ¡Cuántas víctimas como estas contará Sevilla! Y yo mas temo las maldiciones del pueblo, que las armas del enemigo. Vosotros sois responsables de todos estos males, señores, y la justicia será esta vez inflecsible. Ya sabemos los nombres de las cabezas de sedicion, que vosotros por innoble temor tal vez habeis querido ocultarnos, y que la inocencia y el dolor acaban de revelarnos. Ahora oiremos sus descargos y pesaremos en nuestra fiel balanza vuestro indigno comportamiento y sus maldades!

Levantóse el rey con semblante enojado; atravesó silenciosa y rápidamente el salon, y al salir dió órden de que todas aquellas personas quedasen presas en el alcázar. Mandó en seguida á

D. Juan Alonso que tomase nota de la habitacion de Rabeca y su protector, á quienes les fué devuelta la libertad, y escribió de su propio puño el auto de prision de D. Fernan Martinez, arcediano de Ecija y de D. Pedro Ponce de Leon.

Ya presos aquellos personajes y condenados á graves penas por sus altos delitos, que aparecieron debidamente comprobados, D. Fernan Martinez, arcediano de Ecija, solicitó y obtuvo del rey una audiencia particular en la cual le reveló horribles secretos.

—Vos me castigais, le dijo, cuando debiais recompensarme por haber perseguido y dado muerte á vuestros enemigos. El amor que profeso á mi Dios y á mi rey, ha guiado mis pasos y dado ánimo á mi pecho. Verdad es que he levantado la voz y arrastrado en pos de mí á los fieles; pero yo necesitaba quien me ausiliase en mi santa empresa. Si mi celo por la relijion y por la patria merecen castigo, lo sufriré con resignacion, y moriré si es necesario como un apóstol de Jesucristo.

Y como el rey se mostrase inflecsible, prosiguió el perverso con satánica sonrisa:

—¡Tomad, aqui teneis mi testamento, en él os lego la venganza!

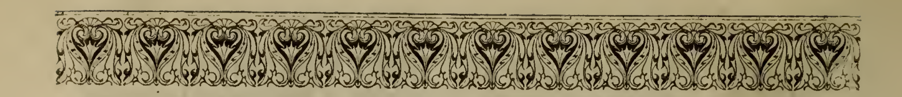
El testamento del arcediano contenia terribles revelaciones, porque aquel clérico-juez habia logrado arrancar con el terror los mas profundos secretos de la sinagoga. En aquellas revelaciones estaba escrito el nombre de D. Mayr con caractéres de sangre.

Refieren las crónicas que el rey residió buen espacio de tiempo en Sevilla. Durante su permanencia en aquella ciudad castigó á muchos culpables con penas pecuniarias, cuyo producto fué repartido entre las víctimas de los partidos politicos y del fanatismo relijioso, llevando una buena parte Rabeca y su jeneroso protector; otros muchos con destierro y otras puniciones; por manera que afirman haber sido mas de mil, y que algunos fueron degollados, otros ahorcados y otros privados de sus oficios. Don

Juan Alonso de Toro ausilió al rey en su justicia, y éste en recompensa dióle al partir el correjimiento de aquella ciudad.

Faltaba todavia una escena de sangre y esta tuvo lugar en Segovia. Preso y trasladado á aquella ciudad el médico rejicida, fué puesto al tormento por órden de los jueces que debian juzgarle. En el confesó no solo haber envenenado al rey, si tambien muchos otros crímenes. D. Mayr fué condenado á ser arrastrado por Segovia y hecho cuartos, y lo fué. Solo el rey y los jueces supieron el porqué. Aquella espantosa muerte era el resultado de dos venganzas: la de Roboan y la del arcediano. El rey habia participado inocentemente de su hálito emponzoñado; pero al entregar á la espada de la justicia á los criminales, perdonó como cristiano al que le habia dado la muerte, y al que señalándole su matador, le habia dado á conocer con refinada malicia, el letal veneno que circulaba por sus venas.





CAPÍTULO XV.

Como nunca Dios abandona á los que alimentan la pura llama de la fé en su corazon.

Si fuese dado al mortal poder contemplarse á sí mismo despues de muerto, sin duda rogaria ardientemente á Dios que estinguiese aquel funesto soplo de vida, para que al cerrarse sus sentidos desapareciera la espantosa imájen de la muerte y su fúnebre séquito. Condenado Don Enrique á arrastrar una ecsistencia cadavérica en los últimos años de su vida, si bien plugo á Dios endulzar sus males bendiciendo su amor con la reina Doña Catalina su esposa, y dándole un sucesor al trono en la persona del infante D. Juan, puso sin embargo á dura prueba sus virtudes cristianas de la que salió triunfante el católico monarca.

Acalladas las rivalidades y ódios cortesanos, merced á la fortaleza y prudencia del rey; derrotados uno en pos del otro los enemigos interiores, alzaron otra vez la cabeza los enemigos esteriores, y cuando mas necesidad tenia de reposo el doliente príncipe, mas la defensa de la patria y el bienhestar de sus súbdi-

tos le forzaron á esgrimir la espada que apenas podia levantar su cadavérica mano. El orgulloso portugués queriéndose aprovechar tal vez del estado de postracion moral en que yacia el monarca castellano, finidas ya las treguas, desplegó otra vez el estandarte de la guerra y penetró en Castilla con mas osadía que valor. Aceptó Enrique el reto, y lo que no alcanzó su brazo lo hizo la firmeza de sus capitanes. Dios favoreció la santa causa de la patria. Despues de una larga série de combates siempre prósperos al ejército castellano, el portugués tuvo que doblegar la cerviz, y de agresor paso á ser perseguido; de modo que en pos de muchas humillaciones tuvo que replegarse en sus tierras donde con escasa esperanza se mantuvo á la defensiva. El pendon de Castilla tremoló victorioso en sus fronteras, y en los tres años que duró la guerra, puso el rey D. Enrique en grande aprieto y estrechura al usurpador maestre de Avis. Muchos hidalgos que antes habian peleado con ardor bajo sus banderas, seducidos por la próspera fortuna del castellano, pasaron á servir á D. Enrique de quien siendo muy bien acojidos, heredó á muchos de ellos. Entre los numerosos y distinguidos capitanes portugueses que con numerosas lanzas pasaron á las órdenes del rey de Castilla, y que mas tarde se distinguieron por el amor á su nueva patria, citan los historiadores á Don Martin Vazquez de Acuña; sus hermanos Gil Vazquez y Lope Vazquez de Acuña; Juan Fernandez Pacheco y Alvar Gonzalez Camelo, prior de San Juan. Si el rey D. Enrique, como era mas amigo de la paz que de estruendo de armas, hubiera llevado adelante aquella guerra, viérase indudablemente el rey de Portugal en mayor angostura, por cuanto todas las ventajas estaban de parte de aquel.

No obstante, las mas grandes cosas solo se obtienen á costa de dolorosos sacrificios. Verdad es que el monarca español venció y humilló al portugués; pero tambien perecieron en la contienda valerosos y muy dignos hijos de la patria. Tambien fué regado con la sangre de ilustres caudillos españoles el suelo portugués, y muchos nobles hijos de Castilla dejaron de ser al impulso del hierro enemigo.

Hallábase el condestable D. Ruy Lopez de Avalos, que habia sustituido en aquel cargo al de Trastamara, con aguerridos tercios al pié de la villa fuerte de Peña-Macor, y los portugueses que la guarnecian habian jurado vender caras sus vidas antes que entregar aquella importante plaza á los castellanos. Los sitiados se hallaban bien provistos de víveres y el cerco se hubiese prolongado por mucho tiempo, antes que rendirse por hambre sus defensores. Por otra parte el honor español estaba harto interesado en apoderarse de ella cuanto antes, y el tiempo urjia. En esto el condestable tomó consejo de sus primeros capitanes, y todos unánimamente opinaron por el asalto. La plaza tenia fuertes y elevados muros en cuasi todo su alrededor; solo en el lado del norte presentaba un trozo de cortina, que si bien bastante elevada, lo era menos que el resto del muro. Aquella cortina que comunicaba con la fortificacion enlazándose con uno de sus baluartes, adelantaba al propio tiempo en el foso protejiendo la salida de una caponera que daba paso desde la plaza á las obras esteriores. Fué aquel por tanto el sitio elejido para el asalto. Mientras que el grueso de las tropas del rey debian amagar el muro opuesto, un buen número de soldados escojidos provistos de los injenios necesarios, debia asaltar y apoderarse de la cortina, favoreciendo en seguida la entrada del resto de las fuerzas. Aquel plan estratéjico fué aprobado tambien por aclamacion, y todos los capitanes que componian el consejo se levantaron á la vez para solicitar del condestable ir al frente de los soldados que debian pisar los primeros el muro. Perplejo el condestable en la eleccion y deseando contentarles á todos, les dijo:

—Puesto que sois muy dignos de la empresa y solo puede llevarla á cabo uno de vosotros, decida la suerte.

Doce nombres de otros tantos jefes fueron escritos en unos cedulones y echados en el fondo de un casco; el mas jóven introdujo la mano, sacó uno, y leyó:

—Pero Guzman.

El tinte de habitual melancolía que bañaba el semblante del menino del rey, desapareció por un momento reemplazándole el

vivo encarnado de una estraordinaria animacion. Brillaron sus ojos con un fulgor inusitado, palpitándole el pecho como en sus dias mas felices. Al estrechar la mano del condestable y de sus compañeros de armas, esclamó con entusiasmo:

—Dios oyó mis votos. Una sola vez en mi vida me ha sonreido la suerte, siempre adversa para mi, y al señalarme el puesto que el deber me impone y mis mas ardientes deseos ambicionaban, considérome el mas feliz de los mortales. Si en él hallo la muerte, no lloreis por la pérdida de vuestro compañero, porque al fin habré hallado la paz y el reposo que me fué negado en este suelo. Mi postrer suspiro será por mi patria y por mi rey. Decidle á D. Enrique que el último pensamiento del infeliz Guzman ha sido por el amigo de su infancia.

Los compañeros de aquel desgraciado jóven escucharon con respeto sus palabras, y le juraron cumplir fielmente su encargo. Pronto el toque marcial del clarin reunió á las huestes que se hallaban acampadas alrededor de Peña-Macor y el estandarte de Castilla fué desplegado al viento. Coronados por sus defensores los muros de aquella villa fundada por el rey D. Sancho I, se aprestaron á la defensa, no dudando ya que el castellano iba á intentar un golpe decisivo. Entonces separándose del grueso del ejército un centenar de hombres escojidos y ocultándose en el cauce de un torrente cuyas aguas iban á reunirse con la corriente del Eljas, el condestable adelantó rápidamente hácia los fosos del Sur que finjió querer atravesar. Una lluvia de dardos y otras armas arrojadizas partió del muro yendo á estrellarse en los escudos de los castellanos. Estos á su vez prepararon sus ballestas y la lucha se empeñó con encarnizamiento. Ya los hombres de la vanguardia del condestable habian logrado arrojar un puente provisional sobre el foso que lograron cegar arrojando un gran número de gruesas piedras y haces de leña; ya se habian llevado las escalas destinadas al parecer para asaltar el muro, cuando de repente una buena parte de la fuerza de la plaza salió secretamente por la puerta de la caponera, en cuyas inmediaciones se hallaba oculto el menino del rey y sus jentes, á fin

de sorprender y acuchillar por retaguardia á los soldados castellanos empeñados aparentemente en asaltar el muro.

Como observase Guzman la salida del enemigo, asi para apoderarse con sorpresa de la puerta falsa, como para impedir que los portugueses atacasen de improviso á sus compañeros de armas, salió apresuradamente de su escondrijo, y dando aliento con el ejemplo á sus soldados, arrojóse sobre los portugueses con la esperanza de la victoria. Abriéndose paso espada en mano al través de sus filas, seguido siempre de los suyos, pronto estuvo junto á la poterna acorralando á los que intentaban salir por ella, é impidiendo que volviesen á entrar los que se hallaban ya en los fosos. Pero los portugueses eran mayores en número y su empuje era violento; y aunque los del muro se abstenian de disparar sus armas contra los castellanos temerosos de herir á sus compañeros que andaban revueltos con los enemigos, aquellos se veian ostigados por todos lados. Los momentos eran solemnes, y mientras el clarin advertia al condestable que acudiesen veloces sus soldados á aquel sitio, Pero Guzman luchaba pecho á pecho con los que le disputaban el paso. Ya un monton de cadáveres impedia que la puerta pudiese cerrarse; ya las jentes del condestable iban llegando á aquel sitio, haciendo morder el polvo á cuantos portugueses hallaban á su paso, cuando un dardo que partió del fondo de la poterna atravesando la coraza de Guzman, fué á clavarse en su pecho. El desgraciado amante arrojó un grito de dolor; la herida habia sido mortal.

Mientras el valeroso capitan era trasladado en brazos de sus soldados á otro sitio, D. Ruy Lopez de Avalos penetraba á viva fuerza en la plaza, cuya guarnicion se rendia á discrecion. Los últimos rayos del sol doraron con su purpurina luz, el glorioso pendon de Castilla que flotaba al impulso de la brisa de la tarde, en la torre del castillo de Peña-Macor, levantada hacía dos siglos por D. Galdim Paes, maestre de la órden de los Templarios.

Apenas el condestable hubo tomado posesion de aquella importante plaza, y asegurado su dominio al rey D. Enrique, hizo

trasladar en su propio alojamiento á Pero Guzman, donde se le prodigaron cuantos ausilios reclamaba su delicado estado.

—Os agradezco en el alma D. Ruy, el cuidado verdaderamente paternal que os tomais por mí; pero fuerza es que os diga que no sobreviviré á mi herida. Cortos son los dias que me restan de vida, y estos dias señor, quisiera aprovecharlos para poder ir á despedirme del rey, del compañero de mi infancia, ya que ese compañero por sus deberes y por sus dolencias, no puede venir á mí. Suplicoos por tanto, que me mandeis conducir á la córte en una litera, para poder dar el último abrazo á mi amigo y soberano.

En vano D. Ruy le manifestó los inconvenientes de un largo viaje, y la necesidad que tenia de reposo; Guzman abrigaba además una secreta esperanza, y aquella esperanza le parecia deber ahuyentar la muerte que estendia sus fúnebres alas sobre su cabeza.

Algunos dias despues Guzman llegó todavía con vida á Valladolid, en donde se hallaba á la sazon la córte; pero la fatiga del viaje habia abierto su herida y sus dolores eran mortales. Habia llegado el postrer dia para el menino del rey, y éste que lo recibió con el amor de un hermano querido, y le destinó el mejor aposento de su palacio, al conocer que iba á perder á su mejor amigo, no pudo menos de derramar sínceras y copiosas lágrimas.

—Perdona amigo mio, le dijo, si en bien de la patria te privé un dia de la libertad; solo la fuerza de los sucesos me obligaron á ello; esas lágrimas que ahora derramo te probarán cuán grande ha sido el cariño que siempre te he profesado, y cuán profundo es mi dolor en estos tristes momentos.

—Señor, olvidemos lo que fué; Dios asi lo quiso y cumplida fué su santa voluntad. Durante mi vida os he sido siempre fiel, y si llegué á faltaros á la obediencia, culpad á mi amor que fué mas poderoso que mi razon. He derramado mi sangre en defensa de mi rey y de mi patria, y muero contento habiendo logrado dar un dia mas de gloria á la una, y conquistado el aprecio del

otro. Pero si á un moribudo nada le debe ser negado, ruegoos, señor, ardientemente, que me digais con toda verdad, si sabeis el paradero de Raquel; que vuestra síncera confesion borre de mi pecho la terrible duda que le martiriza.

—Guzman, díjole el rey con voz solemne; te juro por lo mas sagrado que no puedo contestarte á la pregunta que me haces, no porque deba ni quiera ocultarte cosa alguna, sino que como para tí mismo ha sido para mí un misterio la desaparicion de tu amada. Si me fuese conocido su paradero, me haria un deber en darte yo el rey su mano en este instante.

Guzman abrigaba la esperanza de que su amigo podria revelarle por fin lo que habia sido de la hija de Roboan, pero las palabras que acababa de pronunciar con el acento de la sinceridad, no le dejaron ninguna duda de que D. Enrique nada sabia del paradero de Raquel. Aquella última esperanza burlada, sumerjió al desgraciado amante en un profundo abatimiento, acelerando el fin de su ecsistencia.

—Tened fé en el Todopoderoso, cuya mano omnipotente puede cicatrizar todavía vuestra herida, y devolveros las fuerzas que tan bien habeis empleado en defensa del trono y de la patria, decíale algunas horas despues la reina viuda Doña Beatriz, sentada cabe la cabecera de su cama.

—Ah! señora, contestóle Guzman, verdad es que aquel que tiene escrito en su libro del porvenir el destino de los mortales, puede con el soplo divino volverme á la vida, pero ¿quién me devolveria la alegria del corazon, quién con ella á mi amada, como no fuese esta misma divinidad á quien invocais? Pero entonces serian precisos dos milagros, y yo soy una indigna criatura para que Dios los haga por mí.

—No es preciso ningun milagro para alcanzar nuestro deseo. Vos todavia sois muy jóven y la naturaleza puede luchar y vencer al mal. Por otra parte, conservo un vago recuerdo de haber oido hablar en la córte de un anciano ermitaño que depositó en retirado lugar á una jóven de singular belleza llamada....

—¿Violante tal vez, señora? esclamó Guzman incorporán-

dose rápidamente en la cama á pesar de sus débiles fuerzas y arrojando una mirada penetrante á la reina viuda.

—Si, Violante era su nombre, repuso Doña Beatriz, como si lo recordase de repente; Violante, antes judía y despues convertida al cristianismo por los esfuerzos de aquel anciano.

—¡Y por mi amor! añadió Guzman cuyo pálido semblante se coloreó lijeramente al percibir su corazon aquel inesperado rayo de esperanza.

Luego como si le faltase tiempo para pronunciar las palabras, añadió:

—¿Y no podríais averiguar señora, lo que fué del anciano y de la jóven Violante? Porque habeis de saber que es mi amada, por cuya pérdida he derramado amargas lágrimas en el espacio de dos años y por cuya memoria todavia aliento. ¡Ah! corred, corred señora, y si teneis la dicha de poder hablarla, decidla que su esposo desde el lecho de la muerte la envia su postrimer suspiro. Mi amor ahuyentará hasta vuestro regreso las sombras de la muerte que me cercan; pero apresuraos porque no lleguen á faltarme las fuerzas.

—Si prometeis tranquilizaros, díjole Doña Beatriz, cumpliré gustosa vuestros deseos.

—¡Señora, quien mas que este infeliz amante está interesado en obedeceros!

Momentos despues la reina viuda llevada por su buen corazon, confiaba á D. Enrique el secreto que hasta entonces en fuerza de la promesa hecha á Violante, habia guardado en su pecho. El contento del rey fué sumo esperanzando poder restituir tal vez la salud á su amigo con el inesperado gozo que iba á sentir. Una órden fué espedida inmediatamente para que Violante pudiese salir de la clausura y otra para que en una litera y debidamente acompañada pasase á palacio.

Aunque la hija de Roboan hacía algunos meses habia hecho solemnes votos al pié de los altares de ser la esposa de Dios, renunciando para siempre al mundo, apoderóse de ella el sobresalto al recibir la órden del rey. Estaba bien distante de imaji-

nar aquella infortunada jóven, el objeto que llevaba el soberano en llamarla á su réjia morada, y como toda su vida habia sido un tejido de persecuciones y violencias, imajinó la infeliz que Dios la sujetaba á otra terrible y penosa prueba. La funesta imájen del infante D. Fadrique volvió á aparecérsele como en los dias mas tristes de su vida, y aquella imájen tambien evocó otros recuerdos que el amor divino habia logrado cuasi borrar de su alma pura. Resignada sin embargo á la suprema voluntad, la humilde relijiosa entró temblando en el palacio del soberano.

Apenas D. Enrique fué advertido de la llegada de Violante, apresuróse en salir á recibirla en uno de los salones del palacio apoyado en los hombros de dos pajes y seguido de algunos señores de la córte. Al verle la hija de Roboan hincóse de rodillas y en actitud humilde, solicitó el permiso de besar la mano de su rey. Diósela el doliente jóven con benevolencia; ayudándola al propio tiempo á levantarse. Luego rogóla que le siguiese á uno de los aposentos interiores donde sin testigos la habló de esta suerte:

—Muchos años y muy tristes cosas han pasado, hermana mia, desde que os ví por vez primera en las ruinas del valle solitario en los montes del Pardo. Entonces vos erais una niña cuyo amor se compartia entre vuestro padre y el pequeño corzo que os servia de amigo y compañero. Yo tambien era un jóven dotado de fuerza y ajilidad para quien los placeres de la caza constituian todas mis delicias. Vos y yo éramos felices, porque todavia no habíamos pisado las sendas del mundo que están sembradas de espinas; todavia la desgracia no habia llegado á nosotros; aun podíamos esperanzar un porvenir venturoso. Mas pasaron bien pronto aquellos dias, y si vos fuisteis desgraciada en vuestra inocencia y amor, lo he sido tambien yo en mi trono y con todo mi poder.

—Señor, dijo con humildad Violante, si bien es cierto que el amor terreno pudo un dia dominar mi alma, quiso Dios mas tarde derramar en mi pecho su amor divino, y los solemnes votos que he proferido al pié de los altares, me prohiben el recuerdo de las pasiones de mi borrascosa juventud.



D. Enrique III.-lám. 12.

Escudándose en las prerrogativas de su respetable estado, imajinaba la hija de Roboan ponerse en salvo de los proyectos mas ó menos osados que pudiese abrigar el rey respecto de su persona.

—Nunca hubiese turbado la paz de vuestro retiro, prosiguió Don Enrique, si el estado de mi salud no me hubiese inspirado sérios cuidados. Mas por el semblante y por la debilidad de mis fuerzas, podeis conocer que me hallo gravemente enfermo, y antes que la muerte venga á sorprenderme, quiero cumplir una promesa que hice en dias no muy léjanos al hombre á quien despues de Dios y vuestros padres, mas habeis amado sin duda en este mundo.

Violante levantó súbitamente los ojos y los fijó en los del rey. Hubo un momento en que aquella jóven se olvidó de que era esposa de Dios, para acordarse tan solo que antes habia sido la esposa de Guzman. Mas de pronto volvió á inclinar la vista al suelo ahogando un profundo suspiro. Aquel suspiro era debido á otro recuerdo; al encarcelamiento de por vida del hijo del conde. Pronto sin embargo la sacó de aquel error el rey, quien prosiguió diciendo:

—Al partir Guzman para la guerra de Portugal se llegó á mí y me dijo:—Vanos han sido mis afanes para poder descubrir el paradero de mi amada; solo la muerte puede poner término al dolor que despedaza mi corazon; mas vos me mandais que parta, sereis obedecido y consagraré mis tristes dias á la defensa de mi rey y de mi patria; pero si pereciese en la lucha con sus enemigos y os fuese dable ver á mi amada, decidla, señor, que he muerto pensando en ella.....

A medida que el rey fué pronunciando aquellas palabras, mil sentimientos encontrados estaban luchando en el corazon de Violante; su pecho palpitaba con violencia y sin ser ya dueña de sus acciones, fué acercándose lentamente al sitio que ocupaba D. Enrique; pero cuando éste acabó de pronunciar la palabra muerte, un grito involuntario se escapó de sus labios y cruzando las manos dijo con el acento de la mas honda amargura.

—¡Ah! ¡todo lo comprendo! ¡me revelais la libertad de Guz-

man para noticiarme su muerte! ¿Por qué me lo decíais señor? ¿por qué me habeis arrancado del claustro para hundir el puñal en mi corazon?

—Guzman vive, repuso el rey enternecido por el dolor de aquella amorosa jóven; hace dos años que noche y dia no se aparta un instante vuestra imájen de su memoria. Mi menino ignora vuestro estado y en su esperanza de poderos volver á hallar algun dia, su valor no conoce límites y su espada se cubre de gloria en los campos de batalla.

—¡Guzman ecsiste! ¡Gran Dios! esclamó la religiosa con un gozo indecible; ¡y se halla libre, y goza de la amistad de su soberano! ¡Ah! señor, prosiguió despues de un momento de pausa, perdonad la efusion de un pecho amante; pero el gozo que siento en este momento, embarga mi alma, y si los deberes de mi estado no me lo prohibiesen, llegaria á enloquecer de contento. Guzman ecsiste y tambien vive su esposa, y sin embargo un abismo nos separa; el mismo Dios que nos unió un dia, ahora nos prohibe acercarnos, y debo morir sin poder oir una vez mas su acento, sin que me sea dado contemplar su semblante, sin que pueda decirle los inmensos sacrificios que por él he hecho en este mundo. ¡Y él me creerá tal vez culpable; él imajinará quizás que fuí falsa é ingrata, cuando sabe Dios las amargas lágrimas que por él he derramado! ¡Restituidme, señor, al claustro, sino quereis que vacile mi virtud; volvedme á mi divino esposo, sino quereis que en mi loco amor pueda olvidarle por un mortal!

Violante la cristiana estaba sublime en la terrible lucha que la revelacion del rey habia provocado en su pecho. Aquella mujer en quien los cilicios y la oracion habian logrado ocultar el poderoso fuego de su inestinguible amor, se estremecia sintiendo avivarse la llama al soplo de las palabras de D. Enrique. Éste que no podia desconocer sin embargo los severos deberes que le imponia el estado de aquella jóven, vacilaba tambien en la resolucion que debia tomar. Hubo un momento que estuvo tentado en acceder á los ruegos de la relijiosa; mas recordando que el amor hace milagros y que sòlo un milagro podia salvar á su

amigo, resolvió apelar al amor de Violante para volver á la vida á Guzman.

—Sé muy bien que vuestros votos os prohiben aspirar á todo amor terrenal, dijo el rey á Violante, pero cuando se trata de la salvacion de un hombre sin faltar á los deberes del cristiano, Dios permite los nobles sacrificios.

La hija de Roboan quedó estática al oir aquellas misteriosas palabras. Muda y temblando acompañó al rey que la hizo seña de que le siguiese, y despues de haber atravesado algunos aposentos interiores y solitarios del palacio, llegaron delante de una puerta que cerraba una holgada cortina. Allí pararon ambos sus pasos. Mientras que Violante cuasi desfallecida apoyaba su brazo en el respaldo de un sillon, D. Enrique levantó un ángulo de la cortina, y dirijió algunas palabras al oido de una persona que se acercó á aquel sitio. Luego tomando por la mano á Violante, le dijo tambien en voz muy queda:

—Guzman se halla en el aposento cercano. Una grande herida le ha puesto en los bordes del sepulcro; los médicos desesperan de su curacion; yo apelo al remedio de vuestro amor para salvarle; él os cree muerta; pues bien, que vuestra voz destruya su error y alimente la esperanza en su pecho.

Dudó un momento Violante si obedeceria al rey; mas al fin venció el amor.

—Dios me lo perdonará, dijo para sí, acercándose lenta y silenciosamente hácia la cortina.

Iba sin duda la hija de Roboan á pronunciar una palabra, cuando cerró sus labios la voz de Doña Beatriz que decia al enfermo:

—Guzman, vengo á derramar el mejor bálsamo en vuestra herida. He sido tan afortunada que he podido descubrir el paradero de Violante, de vuestra esposa, siempre amante, siempre fiel á su primer amor. Pronto acudirá á este palacio llevada por su cariño al mas cumplido de los caballeros.

—¡Ah! ¡Ya es tarde! esclamó con voz penosa Guzman. La muerte tiende su fúnebre manto delante de mis ojos y me vela los

objetos que me rodean.... Su aleteo llega confusamente á mis oidos.... Violante habeis dicho, señora.... Violante no puede levantarse de la tumba donde duerme el sueño de los justos..... La tempestad abrió los senos del monte y sepultóla con el anciano que la enseñó la relijion del verdadero Dios.... Mirad como me sonrie desde el empíreo..... ¡Oh! que bella está!

Las palabras delirantes de Guzman arrancaron tiernas lágrimas de los ojos de Doña Beatriz, y un grito de dolor del pecho de su amante.

—¡Guzman! esclamó la relijiosa levantando con anhelo un ángulo de la cortina, dominada por su amor. Mas al punto sujetóla por el brazo el rey imponiéndola silencio.

—¿La ois, señora, prosiguió el moribundo con voz cada vez mas débil, la ois como me llama desde las celestiales mansiones? ¡Si, es su voz, su dulce voz la que llega á mis oidos y me estremece de placer en este lecho de dolor! ¡Amada mia.... al fin voy á juntarme contigo.... para siempre!

Violante, aquel tipo de la belleza y del sentimiento, ya no pudo contenerse por mas tiempo, y á riesgo de incurrir en el desagrado del rey, penetró en el aposento do yacía su amante. Su pálido semblante corria parejas con el de aquel; la infeliz apenas podia sostenerse en pié, pero en la fiebre amorosa que la animaba, dió algunos rápidos pasos en la sala que alumbraba una débil luz. Al descubrir á Guzman, paróse de repente, hincó una rodilla en el suelo, cruzó sus manos, levantó los ojos al cielo y murmuró en voz baja:

—¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡Ya sabia yo que nunca abandonábais á los que alimentan la pura llama de la fé en su corazon! Ahora moriré tranquila.

Al lijero rumor que al entrar Violante en aquel aposento ocasionaron sus holgados hábitos, los ojos del herido rodaron lijeramente en sus órbitas como si buscáran el objeto que lo motivára.

—Ya llega... señora, balbuceó con angustia, apenas su imájen se pintó confusamente en ellos.... desgarrad ese velo que me ofusca.... para que pueda contemplar su divina belleza....

vedla aqui.... transformada en santa vírjen.... rogando á Dios.... por mi.... salvacion.....

—¡Esposo mio! esclamó Violante levantándose del suelo y arrojándose en brazos del menino del rey.

—Vio....lan....te....

—¡Guzman!

Un momento despues aquella desgraciada amante abrazaba un cadáver. Guzman acababa de entregar su alma al Criador. Renunciamos á pintar la desgarradora escena que tuvo lugar cabe aquel lecho de muerte. Cuando las lágrimas del rey y de Doña Beatriz dejaron de correr un instante, aquellas dos almas sensibles trataron de dar algun consuelo á la infortunada jóven, quien en su amargo desconsuelo invocaba á voces la muerte. Habiendo logrado arrancarla, no sin grande esfuerzo, del lado del cadáver de su amante, D. Enrique apeló á la voz de la relijion para salvar á Violante, como antes habia apelado aunque en vano, á la voz del amor para salvar á Guzman. Esta vez fué mas feliz. Violante escuchó resignada sus palabras y los consejos de Doña Beatriz que tambien en aquellos tristes instantes fué para ella una verdadera madre. La religiosa volvió á entrar en el claustro, y cuando se cerró su puerta tras ella, imajinó la desgraciada ver la losa de su tumba que no debia levantarse jamás. Y lo fué en efecto; porque si bien los consuelos de la relijion dulcificaron su dolor, aquella tierna flor que apenas abierta á la luz del sol fué ajada por fiera tempestad, cayó marchita sobre su tallo, languideciendo y deshojándose rápidamente. Una terrible consuncion minó sordamente su ecsistencia hasta conducirla al sepulcro. Al descender á él, dos nombres pronunciaron sus labios: Dios y Guzman. Todavia aquellos nombres sonaban en el espacio; cuando su alma ya volaba al cielo.

Asi dejaron de ser aquellos dos tiernos amantes, modelo de virtudes cristianas. Si el amor los uniéra un dia, la relijion logró estrechar sus lazos y salvó sus almas. Ambos murieron bendiciendo á Dios que les habia condenado á tan terribles pruebas

en los cortos dias de su ecsistencia. Su galardon fué tanto mas glorioso, cuanto supieron luchar y vencer.

Cortos dias habian transcurrido desde la muerte del menino del rey, y D. Enrique, cuyas dolencias iban agravándose todos los dias, hallábase en el monasterio de Santa Maria de Pelayos, cuyo sitio habia elejido, asi por lo templado de su clima, como por hallarse en lugar céntrico de los reinos desde donde podia atender mas fácilmente á su gobernacion, cuando recibió el rey la triste nueva de haber fallecido el justísimo varon, el arzobispo de Toledo, Don Pedro Tenorio.

Retirado hacía algun tiempo de los negocios públicos, aquel virtuoso prelado, hallábase consagrado esclusivamente á Dios en una humilde morada cerca de Toledo, agoviado por el peso de los años. Apenas fué conocido el peligro que corria su vida, Doña Beatriz y Doña Leonor, aquellas dos mujeres que le eran deudoras de tan grandes favores, fueron á visitarle y como si fuera un miembro de se familia, juntas le prodigaron sus cuidados, juntas elevaron fervientes plegarias al altísimo para que conservase la vida de aquel ilustre varon que tan singularmente habia logrado señalar su ecsistencia con su amor al soberano y á la patria; pero llegó el dia en que debia satisfacer el comun tributo á la naturaleza, y aquel virtuoso anciano dejó de ecsistir llevando las bendiciones de cuantos pudieron apreciar sus escelentes dotes morales. En los largos años de su pontificado, como someramente queda señalado en esta historia, fué por decirlo asi el único que logró salvar el trono y la nacion. Viéronse los reinos de Castilla envueltos en muy árduos y difíciles negocios; la desmesurada ambicion de los grandes, las parcialidades de los nobles, el cisma que tambien tuvo la iglesia, provocaron grandes males y encendieron implacables ódios; pero aquel hombre desde la soledad de su retiro logró conjurar la tempestad, siempre fiel, siempre buen amigo al lado del rey. Al saber éste su muerte, esclamó con dolor:

—Murió mi padre cuando yo era muy niño, y en la horfan-



Enrique III.–lám. 14.

dad á que me ví condenado, mi corazon se cubrió de tristeza; dejó de ecsistir el amigo de mi infancia y su pérdida me arrancó las lágrimas que debe derramar el que aprecie los juramentos de fidelidad que se hacen y reciben en la aurora de la vida; pero al perder á mi mejor amigo y protector, ni las lágrimas corren por mis ojos, porque hay dolores que embargan el alma, ni hallo palabras para poder espresar el luto que cubre mi corazon, porque mas que padre y amigo era para mí Don Pedro Tenorio, prosiguió dirijiéndose á los cortesanos; fué mi salvador y tambien el de la patria. Me reconozco débil sin su ayuda, porque si bien yo he sido hasta ahora el rey, él fué el brazo; si yo he empuñado el cetro, él gobernó los reinos; y sabeis todos, señores, los males que la ambicion y el orgullo han sembrado en torno del niño-rey. ¿Qué podrá ya el soberano de Castilla sin aquel apoyo?

—Confiad, D. Enrique en el amor de vuestro pueblo; teneis delante de vos un porvenir de gloria; todavia os quedan los corazones leales, contestaron sus cortesanos.

—Asi me lisonjeo en creerlo, señores, pero yo imajino que solo me queda una esperanza.

—¿Cuál, señor?

—¡La muerte!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



EPÍLOGO.

LA agonía del rey fué lenta y penosa, porque de agonía fueron los cinco años que vivió Don Enrique, despues de los hechos que hemos narrado anteriormente. Refieren los cronistas de su tiempo, que sus largas dolencias no solo le dañaron la complecsion, pero tambien le afearon el jesto, demudándole su primer semblante y parecer, que sin dejar de ser varónil era agraciado; parándole tan flaco, que le faltaba, lo que á la reina sobraba en carnes. Con los grandes trabajos y enfermedades, vino á la fin de sus dias á hacerse pesado y triste, y aun á veces enojoso y grave de verle. Por lo comun lleno de melancolía, lo mas del tiempo estaba sin compañia, pero no obstante esto, traia bien

rejida su casa y reinos, siendo cosa de que se preció y presumió mucho ayudándose de sus ministros.

Escriben de este príncipe, que deseando saber la órden y forma que los otros reyes y grandes señores estrangeros tenian en la gobernacion de los reinos, y estilo de administrar justicia, á costa de su propio peculio envió sus embajadores, no solo á las córtes de los reyes cristianos, y de otros muchos príncipes y señores de grande cuenta y potentados, repúblicas y príncipes eclesiásticos, mas tambien á la de los reyes infieles, especialmente al soldan de Egipto, con quien el rey Don Juan su padre, habia tomado amistad y conocimiento, y al gran Tamberlan que en aquellos dias, merced á sus talentos y virtudes, de un pobre hombre habia venido á ser el mayor príncipe de sus tiempos.

Pero todos aquellos nobles esfuerzos, todas aquellas saludables miras para el porvenir de la patria, los hizo infructíferos la muerte. Bien dijo D. Enrique á sus cortesanos; en aquella triste palabra quedaron reducidas todas sus esperanzas. El funesto veneno que en hora infausta derramó D. Mayr en la copa del rey, asi segó el hilo de la vida de aquel monarca en la flor de sus años, como privó á la España de un soberano que con la ayuda de tan sabios varones como abundaba su consejo, acertó á gobernar sus reinos, no solo en paz de los prin cipes sus circunvecinos, pero tambien en grande justicia, encomendando los oficios de gobernacion á personas renombradas por su saber y su buena conciencia, á los cuales sabiendo bien conocer, les remuneraba sus trabajos y á los malos jueces castigaba con severidad y rigor, como lo deben hacer los buenos reyes. Supo domar á los soberbios, usando de clemencia con los flacos y con la paz que casi siempre tuvo, enriqueció á sus vasallos, los cuales en el tiempo de su reino se tuvieron por muy felices.

Un príncipe que abrigaba tan bellos sentimientos para con sus vasallos, necesariamente debia ser un buen jefe de familia. Fuélo en efecto, porque á la reina Doña Beatriz, su madrastra,

mantuvo y conservó en la real autoridad que merecia, y aun en su testamento mandó al tiempo de su muerte, que se le diese todo cuanto en vida le solia dar. Amó y respetó á la virtuosa princesa Doña Catalina de Lancaster, como debe amar y respetar un esposo á la madre de sus hijos, y profesó toda su vida un entrañable cariño á su hermano D. Fernando, duque de Peñafiel. Fué éste á su vez tan fielmente adicto á su hermano y rey, aun despues de haber tenido D. Enrique un sucesor, que á pesar de que los grandes del reino le tentaron y requirieron para que tomase la gobernacion de los reinos, atendidas las grandes dolencias del rey, ofreciéndole ayudarle con sus personas y estados, no solo se negó á ello, sino que les amenazó con su desagrado si otra vez le proponian cosa alguna que pudiese atentar siquiera remotamente á la fidelidad que debia al rey su hermano y señor.

Tanto amor fraternal fué debidamente apreciado por el bondadoso rey, quien en los últimos dias de su vida, espontáneamente cometió sus veces plenarias al infante D. Fernando cuya buena traza hizo que se allanasen todas las dificultades que en la gobernacion de los reinos surgieron en aquellos dias.

Hallábanse las córtes de Castilla reunidas en la ciudad de Toledo, córtes muy señaladas por el concurso grande que de todos los estados acudieron y por la importancia de los negocios que en ella se trataron, cuando en el dia que la iglesia se viste de gala por el recuerdo de la venida al mundo del Salvador de los hombres, la noble ciudad se vistió de repente de luto. D. Enrique III acababa de morir en la paz de los justos. Era el dia 25 de diciembre del año 1406. Tenia el rey veinte y siete años de edad: de ellos reinó los diez y seis, dos meses y veinte y un dias. Dejó de la reina su mujer al príncipe D. Juan que fué el segundo de su nombre y á las infantas Doña Maria y Doña Catalina. El sentimiento de los vasallos fué grande y las lágrimas muy verdaderas.

Pocos dias despues de haber acontecido la muerte del rey, Juan Sanchez el usurero de Sevilla, á favor de un injenioso dis-

fraz, lograba penetrar en el interior del castillo de Monreal donde habia sido trasladado D. Fadrique de Castilla, duque de Benavente.

—Vuestro enemigo y vuestro rival han dejado de ecsistir. La aurora de vuestra libertad se acerca.

—¿Y Raquel? preguntó con vivo interés el infante.

—Raquel..... tambien murió.

—Entonces ¿de que me serviria la libertad? contestó con indiferencia el duque.

Don Fadrique no la obtuvo jamas. En tiempo del rey Don Juan II, fué enviado á Andalucia, donde en el castillo de Almodovar del Rio acabó en prision sus dias.



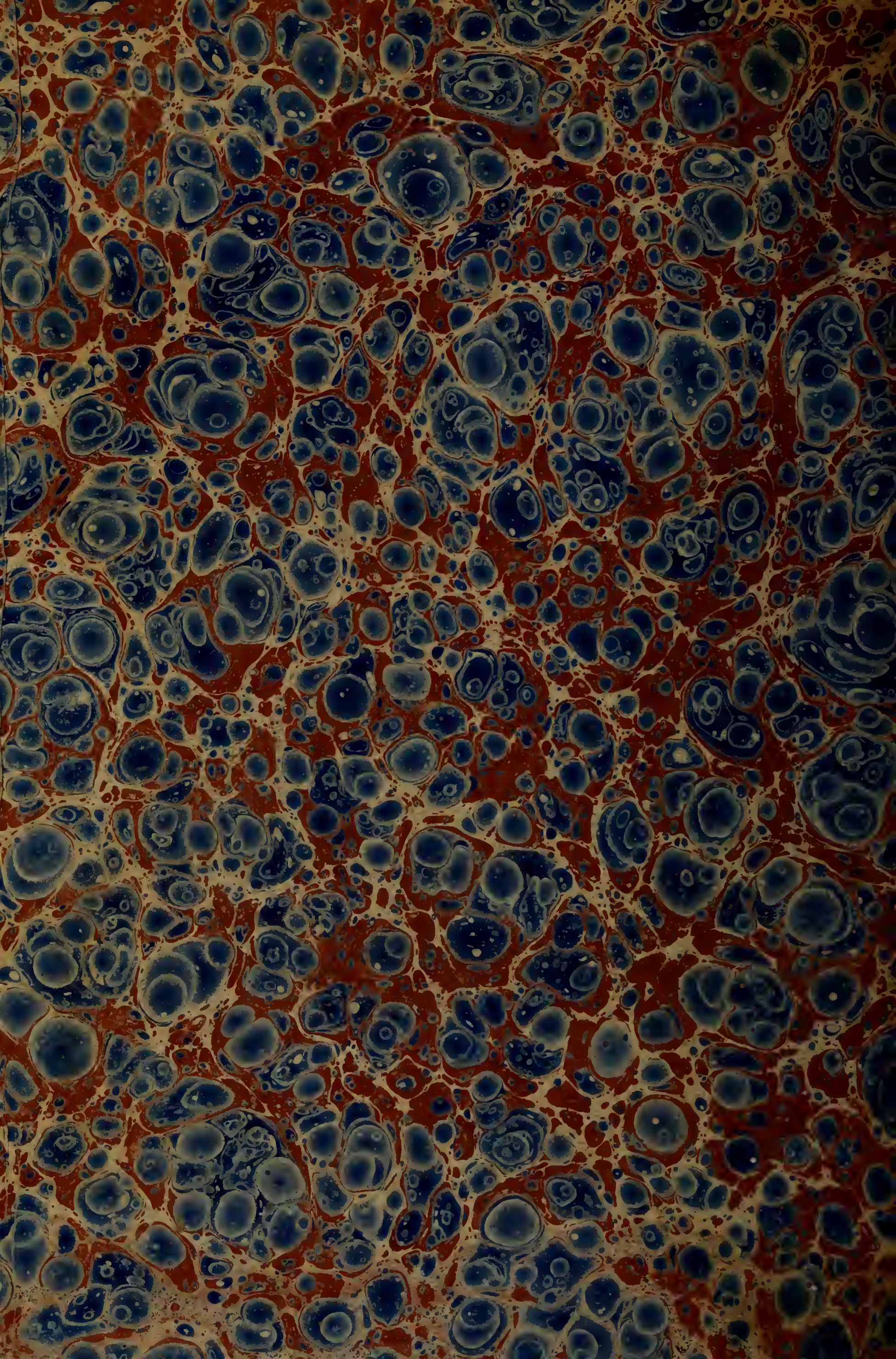
ÍNDICE

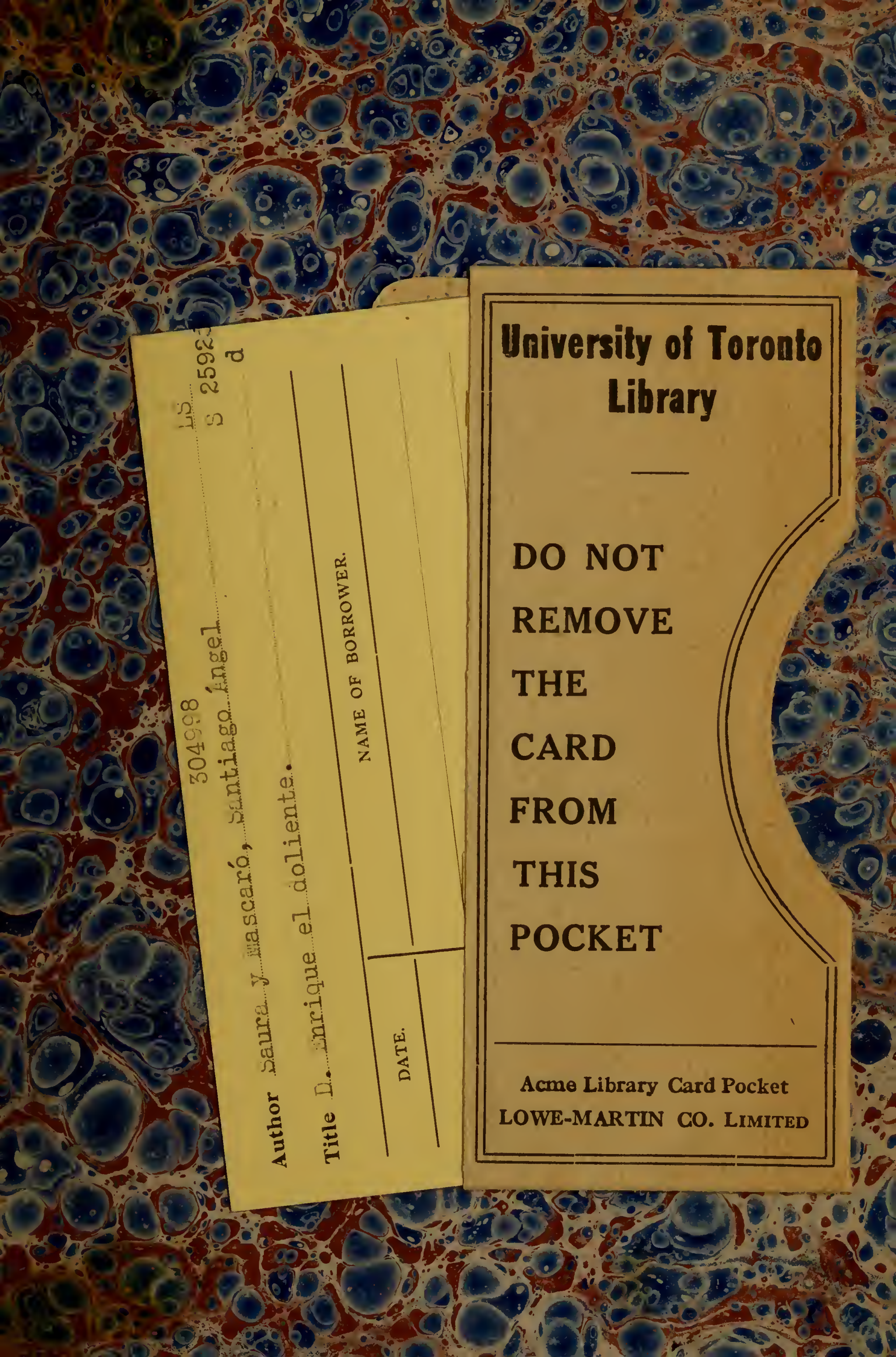
DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.



Pauta para la colocacion de las láminas.

☞ En la impresion de esta obra se han cometido algunas lijeras erratas que fácilmente podrá suplir el lector.





University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
304998
LS
S 2592
d
Author Saura y Mascaró, Santiago Ángel
Title D. Enrique el doliente.
NAME OF BORROWER.
DATE.

